HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

las transformaciones del mundo mediterráneo

Siglos III–VIII

FRANZ GEORG MAIER

11a. edición



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 9

Las transformaciones del mundo mediterráneo

Siglos III/VIII

EL AUTOR

Franz Georg Maier

Nace en el año 1926 en Stuttgart. En 1951 recibe el título de doctor por la Universidad de Tübingen. Tras un período de estudio en Italia y en Grecia (como miembro, entre otras cosas, de la expedición Kouklia a Chipre), se dedica a la docencia como profesor ordinario de historia antigua en la Universidad de Frankfurt. A partir de 1966, es profesor ordinario de historia en la Universidad de Costanza y dirige la misión arqueológica alemana a Chipre. F. G. Maier ha centrado su atención preferentemente sobre la historia de la Antigüedad y del Próximo Oriente. Recordemos entre sus escritos: *Augustin und das antike Rom* (1955),*Griechische Mauerbauinschriften,* 2 vols. (1959/1961) y *Cypern. Insel am Kreuzweg der Geschichte* (1964).

TRADUCTOR

Pedro Viadero

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 9

LAS TRANSFORMACIONES DEL MUNDO MEDITERRANEO

Siglos III/VIII

Franz Georg Maier





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1972

decimoprimera edición en español, 1986

ISBN 968-23-0009-6 (obra completa)
ISBN 968-23-0887-9 (volumen 9)

primera edición en alemán, 1968

título original: die verwandlung der mittelmeerwelt

Indice

Nota editorial

La Historia del Mundo Mediterráneo, entre los años 300 y 700 d. C., rara vez ha sido tratada con detalle hasta ahora. Se ha minusvalorado como simple apéndice de la antigüedad o malentendido como extraño y complicado preámbulo a la Edad Media. El profesor Franz Georg Maier, de la Universidad de Constanza y autor de este tomo, se ha ocupado de la historia de la antigüedad clásica y el Próximo Oriente y es, por tanto, especialmente idóneo para trazar sin prejuicios una imagen nueva de esta época.

El tema central de su libro es el paulatino rompimiento de la unidad mediterránea. Este proceso se encuentra íntimamente relacionado con el destino del imperio romano, que se divide en los imperios de Oriente y Occidente. El intento de Justiniano de restablecer la unidad imperial desde Oriente no alcanza un éxito duradero. Finalmente, sólo sobrevive el imperio de Oriente, el imperio bizantino, que en el siglo VII se separa por completo de la antigua tradición romana y se convierte en un estado puramente griego. Bizancio asistirá al surgimiento de dos nuevas áreas culturales y políticas: la del Islam y la de los pueblos germánicos. Se verá envuelto en una peligrosísima lucha defensiva contra sasánidas, árabes y eslavos; renunciará al dominio del mar Mediterráneo y, finalmente, se percatará del fin mismo del monopolio de su imperio.

F. G. Maier muestra los factores que actúan en la transformación y reorganización del mundo mediterráneo. No sólo la expansión del Islam y la irrupción de los germanos cuentan como factores fundamentales en este cambio; también señalaríamos la progresiva transformación de la economía urbana en rural. El autor utiliza para sus investigaciones modelos sociológicos. Describe las relaciones económicas de la época, las transformaciones de las creencias religiosas, la evolución espiritual. De todo ello surge la imagen interna y externa de una época, cuyo peculiar carácter y significación histórica (y no sólo para la historia europea) se ha subestimado durante mucho tiempo.

Prólogo

Durante mucho tiempo se entendió la historia de los pueblos europeos del área mediterránea, desde finales del siglo III hasta principios del VIII, como un conjunto de siglos oscuros y enmarañados, *dark ages,* en los que, según Edward Gibbon, la religión y la barbarie triunfaron sobre la civilización. Hoy, muchos valoran estos tiempos como el periodo en que tuvo lugar el nacimiento de Europa. Tal punto de vista encierra un doble peligro: ocuparse sólo del Occidente mediterráneo y considerar los acontecimientos de un modo demasiado unilateral, a partir de la Edad Media europea. Intentamos aquí, por el contrario, presentar estos siglos desde el punto de vista de la unidad de la historia mediterránea, sobre la base del tardío imperio romano; presentarlos como una fase histórica en que se produce la transformación del mundo mediterráneo antiguo. El proceso político parte del conjunto del imperio romano de Diocleciano y Constantino; sigue con la desmembración de Occidente en los estados germánicos, subsiguiente a las grandes migraciones del Este, y con el renovado imperio de Justiniano, para terminar con las invasiones árabes y eslavas del siglo VII, que provocan la coexistencia del Califato, Bizanzio, el reino Franco y el naciente mundo eslavo. Durante estos cuatro siglos, el *Imperium Romanum Christianum* constituye la potencia dominante. También aquellas ramas que se desgajan del imperio permanecerán por mucho tiempo influenciadas por él. Sólo lentamente se producen allí evoluciones discrepantes, que conducen al aislamiento del tipo de cultura tardía romano-bizantino, y que dividen al imperio en tres grandes regiones históricas. Desde finales del siglo VIII, Europa, Bizancio y el mundo islámico, con sus conflictos y sus mutuas influencias, configuran la imagen del futuro.

Constituye la premisa fundamental de nuestra reflexión la unidad, durante estos cuatro siglos, del proceso histórico y del ámbito cultural mediterráneos (cuyo centro ha de situarse en Constantinopla, punto de referencia espiritual del observador). Esta tesis contiene una segunda: el mundo de la Edad Media europea no ha surgido, en un proceso continuo, de las ruinas de

la antigüedad cristiana. Esta época ha encontrado soluciones propias a sus problemas espirituales y sociales. La Roma del Este, Bizancio, es su encarnación; pero estas soluciones actúan también, siguiendo su estructura, en el Occidente latino y en el primer Islam. Sólo una ruptura con estas tendencias evolutivas conduce a las formas de existencia de la Edad Media.

De Lord Acton parte la frase de que la historia debe ocuparse de problemas y no de periodos. De hecho, sólo es posible presentar estos siglos como un problema con múltiples aspectos. Aquí se operan trascendentales y duraderas transformaciones de la sociedad y la cultura: del estado burocrático del absolutismo tardío romano al feudalismo europeo occidental y a la estructuración en *themas* de Bizancio; de la posesión del suelo en el imperio tardío al vasallaje medieval; de la esclavitud, pasando por el colonato, a la servidumbre de la gleba. Surgen lenguas populares y rudimentarias naciones, mientras la Iglesia accede al poder espiritual y social. En esta época de lenta creación de nuevas formas sociales se plantean con mayor fuerza los problemas acerca de los mecanismos e impulsos ocultos de las transformaciones estructurales socialmente condicionadas, de las repercusiones de los nuevos conceptos de valor y formas de existencia en un sistema social establecido, de las implicaciones del desarrollo económico-social y cultural en el proceso de formación de la sociedad.

Evidentemente, los problemas son más claros que las soluciones. Sobre los grandes rasgos del desarrollo histórico existe una sustancial concordancia. Pero la estructura y evolución de la economía, de la sociedad y de la cultura no han sido satisfactoriamente estudiadas. Las fuentes son, frecuentemente, escasísimas. Razón por la que, hasta el presente, numerosas escuelas y opiniones se encuentran enfrentadas. De ahí que algunos problemas queden, más que resueltos, formulados. Nuestro estudio intenta mostrar la sociedad y la cultura en los diversos estadios de su evolución y también, en conexión con esto, las principales tendencias históricas y los conflictos que actúan de modo decisivo en el ritmo y dirección de la evolución. Un retrato totalizador de la época es más importante que las historias particulares de los estados, instituciones o ideas. Que un solo autor (que no puede ser especialista en todo) se ocupe de escenarios y temáticas tan dispares, constituye un gran riesgo. No hubiese sido posible llevarlo a cabo sin el constante apoyo de mis colaboradores Mechtild Nüsslein y Hermann Beckedorf.

F. G. Maier

Introducción: La leyenda de las "dark ages"

Constantino el Grande y Carlomagno constituyen los dos polos del proceso histórico en el área europea-mediterránea. Ambos soberanos se encuentran en el umbral de una nueva época: Constantino como fundador del *Imperium Romanum Christianum;* Carlomagno como restaurador del imperio de Occidente. Nombres y figuras históricas constituyen, a veces, meros símbolos de una profunda transformación de la vida; las fórmulas usuales de la representación histórica popular no siempre aciertan con las auténticas tendencias del desarrollo histórico. Sin embargo, aquí parecen coincidir la realidad histórica y los esquemas comúnmente utilizados. Los nombres de estos emperadores personifican acertadamente un momento de cambio, al que ambos soberanos contribuyeron, en extraordinaria medida, con sus propios actos.

Bajo el poder de Constantino, el antiguo imperio romano se transforma decisivamente, tanto por vías evolutivas como revolucionarias. La vieja forma estatal de principado ha llegado irrevocablemente a su fin. El estado de la temprana y encumbrada época imperial, en el que aún persistían tradiciones procedentes de formas políticas mucho más antiguas, es desplazado por un sistema absolutista de carácter militar y centralista. En su conjunto, la organización de esta nueva forma de estado, preparada por Diocleciano y Constantino en el siglo III, constituye el aspecto evolutivo del cambio de los tiempos. En el año 312, Constantino vence, a las mismas puertas de Roma, en el puente Milvio, a su contrincante Majencio. La conversión del emperador, subsiguiente a la victoria, significa un salto revolucionario para la hasta entonces lenta penetración de la fe cristiana en el mundo precedente, de religión pagana y tradición clásica. *De facto,* comienza la cristianización del imperio, llevada a cabo *de iure,* casi un siglo más tarde, por el emperador Teodosio. El mundo espiritual del imperio se transforma desde sus cimientos y con él la posición del emperador. Este deja de ser tan sólo el monarca temporal absoluto, para convertirse, además, en señor de la Iglesia, que, como ya hizo Constantino el año 325, en un acto de

graves consecuencias, convoca y preside concilios, interviniendo también con sus leyes en la vida y la doctrina de la *ecclesia.*

El centro de gravedad de la vida del imperio se desplaza. En lugar de Roma, pasa a ocupar la capitalidad Constantinopla, residencia oficial y centro administrativo en la frontera de Asia y Europa. No por ello disminuye el carácter unitario del mundo mediterráneo y se abandona la aspiración a la hegemonía del imperio romano. Este sigue abarcando desde Britania septentrional, España y Marruecos, hasta Egipto y Armenia. Pero las provincias helenísticas, económicamente fuertes —Asia Menor, Siria y Egipto, con sus ricas ciudades densamente pobladas— pasan a primer plano.

De la concomitancia entre la nueva forma de estado y la nueva religión —que alcanza su plena capacidad de acción a partir de Constantino—, así como de su confrontación, surge una nueva forma de imperio, la cual se diferencia claramente de la de los tres primeros siglos de la época imperial, aunque política, social y espiritualmente se base en las tradiciones del mundo antiguo. El imperio de Augusto, Trajano y Septimio Severo se ha convertido en el *Imperium Romanum Christianum,* que no es, como se ha creído durante mucho tiempo, un simple producto decadente de la Antigüedad. De la conjunción de absolutismo, economía estatal y religión estatal cristiana ha nacido un nuevo organismo, cuyos principios y ordenamientos permanecerán vivos durante siglos y se mantendrán vigentes en Bizancio hasta después del siglo XV.

El día de Navidad del año 800, Carlomagno es coronado emperador por el Papa en Roma. Con ello concluye un doble proceso: el ascenso de los carolingios al trono de los francos y la separación política y espiritual del Occidente de Europa del reino bizantino. El rey de francos y lombardos es ahora, como lo fue Constantino, emperador de un *Imperium Romanum,* que, conscientemente, ve en su dignidad una renovación de la constantiniana. Ya las monedas de Carlomagno muestran esta aspiración. En ellas se imita la imagen imperial romana del *solidus aureus* constantiniano, del mismo modo que la construcción octogonal de la capilla palatina de Aquisgrán se inspira en la tradición arquitectónica antigua. En la concepción imperial de los carolingios, que se ha convertido en el fundamento espiritual de la idea de imperio en occidente, subsiste un lazo de unión entre el *imperium* de Constantino y el de Carlomagno. Pero así como en las monedas, a pesar de la consciente estilización de la imagen del soberano, se advierte la profunda diferencia de los personajes, del mismo modo existen

más elementos de separación que de unión entre el *imperium* del siglo IV y el del siglo IX.

Carlomagno es *Imperator Romanorum* en un mundo nuevamente transformado. En la extensa y totalizadora cuenca mediterránea, con sus regiones limítrofes y vecinas, que formaba el estado unitario del *Imperium Romanum,* ha surgido un sistema político pluralista: en los Balcanes y Asia Menor se encuentra el imperio bizantino, auténtico y legítimo continuador del *Imperium Romanum Christianum;* en el Oriente Próximo, Africa del Norte y España, el califato árabe-islámico; en la Europa centro-occidental, el reino franco, a los que habría que añadir gran número de estados menores vecinos. El dominio de los carolingios se extiende solamente sobre una parte del antiguo territorio imperial; no tanto sobre el «mundo» como sobre Europa, nombre con el que empieza a designarse ahora la zona occidental, que pese a su falta de unidad política, presenta una estructura social y espiritual unitaria [1].

Nada describe mejor la nueva situación que la existencia de dos emperadores en Aquisgrán y Bizancio, los cuales no gobiernan como colegas la totalidad del imperio, en principio indivisible, sino que son soberanos de estados independientes, idea impensable en el *Imperium Romanum* de Constantino. Estado, sociedad y cultura han cambiado radicalmente en la parte del antiguo imperio que Carlomagno domina como *imperator.* El absolutismo centralista es sustituido por un sistema feudal de vasallaje, que constituye la base del poder. En la Iglesia han dejado de oírse las grandes polémicas de carácter dogmático. En Oriente y Occidente las Iglesias griega y latina se diferencian ya claramente en la fe, los usos y la actitud respecto al estado. En lugar del indiscutido poder imperial sobre la Iglesia, hacen su aparición los elementos originarios de una organización eclesiástica autónoma, bajo el dominio del Papa romano, que pronto habría de convertirse en oponente del emperador. Cultura y vida espiritual están casi exclusivamente en manos de la Iglesia. Los centros de cultura no se encuentran ya en las zonas ribereñas del mar Mediterráneo, sino en el norte: Tours, París, Fulda, York. La cultura y la actividad económica características de la vida urbana han retrocedido. En lugar de una sociedad bien articulada y basada en la división del trabajo, dotada de un sistema económico unitario y de una red comercial que se extendía desde Inglaterra a la India, domina el mundo limitado y autárquico de las grandes propiedades de la nobleza, de las dependencias monacales y de la economía y vida de los

caseríos campesinos. El perfil de la existencia se ha transformado; ha comenzado la Edad Media.

Los cuatro siglos y medio transcurridos entre Constantino y Carlomagno representan hasta el día de hoy una fuente de perplejidad para la ciencia de la historia. A pesar de la riqueza de la época en manifestaciones históricas de transcendencia mundial, en experiencias políticas y creaciones espirituales, todavía se presenta demasiado a menudo como un periodo «de sueño profundo en el interregno entre la destrucción del imperio romano y el lento surgimiento de nuestra sociedad occidental del caos»[2]. Aún no ha desaparecido de nuestra conciencia el concepto de las *dark ages* —que debe a Gibbon buena parte de su atractivo—, la imagen de siglos de caos semibárbaro, lleno de supersticiosa ignorancia y de sofocante letargo, de intrigas bizantinas y de horrores cometidos por árabes y germanos, en los que se van salvando trabajosamente los últimos restos de la cultura antigua, elementos de construcción de la futura Europa.

La representación que hace Gibbon de la época, como medio milenio de destrucción, ya no es aceptada unánimemente. Las versiones sobre la caída del imperio romano se diferencian cada vez más y se tiende a revalorizar estos siglos. Bizancio es definida como potencia histórica autónoma, de admirable plenitud de vida y fuerza regeneradora. Su arte es respetado como corresponde a su alto rango y a su influencia en el mundo eslavo. También el significado histórico mundial del Islam se hace más claro y no únicamente por lo que entraña su transmisión de la herencia cultural de la Antigüedad a la tradición espiritual de Europa. En Occidente se reconocen comienzos creadores, en lugar de una caída catastrófica del mundo romano; se ve allí la lenta edificación de las bases del mundo medieval. Pero aunque esta época tiene múltiples aspectos, carece de un perfil propio. Nada es más instructivo acerca de la inseguridad de la historia que la constante discusión sobre la frontera temporal entre la Antigüedad y la Edad Media, ya que la cuestión de los límites temporales se identifica necesariamente con el problema de la significación y ordenamiento históricos de una época.

La polémica sobre los límites entre la Antigüedad y la Edad Media es, en el fondo, tan antigua como la misma ciencia histórica[3]. Tres opiniones se impusieron al respecto en el siglo XIX: la primera fechaba el comienzo de la Edad Media en el 324, año en que Constantino, primer emperador cristiano, se deshacía de sus rivales; la segunda, en 395, fecha de la parti-

ción del Imperio; la tercera, en el 476, coincidiendo con el fin del imperio romano de Occidente. Tales fechas aisladas no pueden significar cesura alguna en el proceso histórico. No existe ninguna frontera temporal en un punto dado, sino «amplias zonas de graduales transformaciones». Tal zona fronteriza se sitúa hoy en torno al año 600, concibiendo la época que va desde Diocleciano a Constantino hasta tal fecha como un periodo propio de la Antigüedad tardía. De hecho, a finales del siglo VI y principios del VII, se producen una serie de acontecimientos que parecen caracterizar este espacio de tiempo como zona fronteriza entre dos épocas: la creación por los lombardos de la última formación estatal germana sobre suelo imperial (568); el papado de Gregorio el Grande (590-604); la reforma incipiente del imperio bizantino, a partir de Heraclio (610-641); la aparición de eslavos y ávaros en los Balcanes; y, por último, el comienzo de la expansión islámica (632). Pero la teoría de una elástica frontera temporal en torno al 600 no permaneció indiscutida. La historia económica y artística postulaban una continuidad de la evolución cultural de «la Antigüedad tardía» hasta Carlomagno. Se acentuó el carácter romano tardío del reino merovingio y se demostró en el reino visigodo español la existencia de «vestigios de la Antigüedad tardía» hasta la conquista árabe en 711. También para H. Pirenne la Antigüedad se extendió, en el fondo, hasta Carlomagno. La destrucción de la antigua cultura mediterránea, iniciada por el Islam y no por la invasión de los bárbaros, se completa, después de un siglo de convulsiones, alrededor del año 750. En fin, hay una fuente de perplejidad: los siglos que median entre Diocleciano y Carlomagno (tiempo que correspondería al que va desde la Reforma hasta el día de hoy) constituirían una «época de transición», en la que se habría producido, mediante el desarrollo de nuevas formas sociales, el paso de la antigüedad romana a la sociedad medieval europea. Según la necesidad, podría atribuirse a la Antigüedad o a la Edad Media propiamente dicha.

Esta situación no puede atribuirse tan sólo a las escasas exploraciones de esta época o a las perspectivas individuales del historiador. La verdadera causa de esta inseguridad puede establecerse fácilmente: constituye un falso planteamiento histórico el querer establecer una clara frontera entre la Antigüedad y la Edad Media; error que sólo se modifica, no se elimina, introduciendo entre ellas los términos de Antigüedad tardía y Alta Edad Media. Sobre el fin de la antigüedad romana y el comienzo de la Edad Media, en sentido estricto, se puede

llegar a un acuerdo. El carácter epocal de la reforma diocleciano-constantiniana y de la hegemonía carolingia ha sido, en este aspecto, raramente discutido con seriedad. Pero, evidentemente, faltan criterios válidos y suficientes para establecer una zona más o menos delimitada, que nos permita saber lo que en ese tiempo corresponde a la «Antigüedad tardía» o a la «Alta Edad Media». Esto se debe a que ambos conceptos (utilísimos para el conocimiento del carácter peculiar de estos siglos, extraordinariamente fructíferos) permanecen prisioneros de la alternativa «Antigüedad-Edad Media», lo mismo que el recurso de un «periodo de transición de cinco siglos». Esta alternativa procede del esquema de periodos humanista, con su división en tres partes de la historia universal, que ya no es adecuado al proceso histórico como se entiende hoy, en sus múltiples formas de concepción. Para una historia universal que incluya India, Asia oriental y América, son estos siglos una de tantas fases de la evolución de aquel peculiar tipo cultural que surgió en el milenio IV a. de C., en la «fecunda media luna» del Oriente Próximo. La inseguridad en el ordenamiento de las edades tiene su origen en falsas categorías históricas. Las *dark ages* son, en parte, una creación nuestra. Las perspectivas han sido falseadas y limitadas por un humanismo clasicista asociado al concepto de estado nacional. Del clasicismo proviene la caracterización de la época como decadente. A partir de sus normas culturales, en la transición de la Antigüedad a la Edad Media sólo puede verse decadencia y destrucción, embrutecimiento bárbaro, por un lado, y degeneración oriental, por otro. Lo nuevo o significativo de esta época es ignorado o desvalorizado. Incluso allí donde la reflexión, aun partiendo de la Antigüedad, ha descubierto el valor peculiar de la «Antigüedad tardía», solamente se valora de manera unilateral la transformación y conservación de las formas clásicas. En esta prolongación de la Antigüedad, en su paulatina extinción y muerte, amenazan con desaparecer los elementos nuevos, ajenos a la tradición. El pensamiento histórico que se vale de las categorías de la historia nacional ve en esta época, por el contrario, de manera unilateral, los fundamentos de la propia historia medieval (francesa o alemana). Esto conduce con frecuencia a un craso error de juicio sobre los reinos de los pueblos invasores y, en principio, reduce espacialmente el escenario histórico, hasta el punto de que apenas aparezcan los principales centros de estos siglos. Tan fructuosa fue la consideración del futuro para el conocimiento de los elementos no an-

tiguos de la Edad Media como perjudicial se mostró después el estancarse en el examen de los comienzos del Medioevo.

Verdaderamente, la imagen de una prehistoria de Europa parece más justificada que el bosquejo de una historia de la decadencia de la Antigüedad. Pero tal actitud tiene la desventaja de atribuir a la época un puro carácter de transitoriedad (ya problemático desde el punto de vista de su duración), sin que nos aclare el problema de hasta dónde llega el antiguo *imperium* y dónde comienza la vida medieval. Queda un determinado aspecto, que escapa a la búsqueda de nuevas formas, búsqueda a la que obliga el constante dualismo en la comprensión de estos siglos[4]. Se hacen aquí visibles la utilidad y las limitaciones del concepto de época, que escapa a una sencilla y fácilmente comprensible definición, sobre todo en el momento en que Oriente y Occidente comienzan a marchar por separado; por otra parte, sólo a través de la búsqueda de formas nuevas se consiguen determinar en el conjunto examinado las correlaciones internas. ¿Fueron las *dark ages* una época de experiencias, éxitos y fracasos, en la que se desarrollaron posibilidades específicas de organización de la vida social y de la propia conciencia histórica? Una respuesta a tal pregunta depende más que de hechos nuevos, de nuevas perspectivas; de una formulación revisada del problema.

En los siglos comprendidos entre el reinado de Diocleciano y Constantino, por un lado, y el ascenso de los carolingios, por otro, se perfila con nitidez una interna homogeneidad y peculiaridad en determinados elementos que no pertenecen específicamente ni a la Antigüedad ni a la Edad Media. Su primera y fundamental característica es la continua unidad de las regiones mediterráneas como espacio histórico; unidad que se rompe por primera vez en el siglo VIII. Ni la separación lingüística y religiosa entre el Oeste latino y el Oriente griego ni la división política en varios estados soberanos, estorban esta unidad hasta finales del siglo VII. La vida converge en las orillas del *mare nostrum*, convertido en lago interior romano. Hacia allí conducen las rutas comerciales; allí se asientan los grandes centros de la economía y de la cultura. El control de las rutas marítimas y comerciales constituye un factor importante en el mantenimiento de la soberanía. El Mediterráneo, como campo de fuerzas políticamente unidas, como área económica y espacio cultural, tenía ya, evidentemente, una importancia fundamental en la antigüedad romana. Pero la preeminencia alcanzada por las

provincias orientales del imperio introduce un cambio en la situación. En estos siglos —tanto en la conciencia de los contemporáneos, como en la misma realidad histórica— el centro de gravedad de los acontecimientos se encuentra en la parte oriental del imperio. Bizancio-Constantinopla es ahora el centro indiscutido del mundo; la capital del Oriente domina la política y la vida espiritual. La supervivencia política del imperio de Oriente durante la invasión de los bárbaros ha fortalecido aún más tal situación de preeminencia. Al mismo tiempo, el hecho de que Constantinopla, al contrario de Roma, sea un puerto importante y una metrópoli comercial, contribuye decisivamente a conservar la unidad mediterránea durante tanto tiempo. El carácter mediterráneo de la política y de la cultura perdura de este modo hasta muy entrado el siglo VII. Incluso para los reinos germánicos de occidente sigue siendo Constantinopla el centro del acontecer mundial y el modelo del arte y de la forma de vida.

Un segundo factor explica la unidad y peculiaridad de la época: durante siglos permanece como fuerza dominante la nueva estructura social del *Imperium Romanum Christianum*. En primer lugar, abarca políticamente la totalidad del ámbito mediterráneo durante 200 años (284-476). Pero, incluso cuando la unidad estatal del área se había diluído hacía ya mucho tiempo en el pluralismo del imperio bizantino, el califato y los estados germánicos, siguió siendo determinante la herencia político-social y espiritual del tardío imperio romano sobre la total extensión del antiguo imperio, aunque éste se estructurara de manera diferente. Las formas sociales y políticas que surgieron en el siglo IV y que, en principio, representaron un precario balance de nuevas instituciones e ideas en un sistema social conformado al estilo tradicional, mostraron hasta comienzos del siglo VIII una extraordinaria eficacia y vitalidad. Estas siguieron vigentes en el imperio romano hasta el fin de la época justinianea. Pero determinados rasgos fundamentales (monarquía hereditaria absolutista, burocracia centralizada y pagada, economía monetaria y posición de la nobleza terrateniente) determinaron, por encima de las reformas de Heraclio, la historia posterior de Bizancio y contribuyeron a crear su posición de poder y su alto nivel cultural. Tampoco en Occidente queda eliminada esta herencia con la invasión de los bárbaros; actúa intensamente en los estados germánicos orientales y en el reino de los merovingios. Los señores germanos se sirven aun durante largo tiempo de formas absolutistas de poder y de una buro-

cracia organizada según los modelos del tardío imperio romano. La forma también romano-tardía del dominio de las tierras (grandes fundos con campesinos ligados a la gleba, en poder de la nobleza) configura sociedad y economía, convirtiéndose en el preámbulo del sistema feudal. Igualmente se conservan en los dominios germanos, si bien en proporciones reducidas, carreteras y acueductos y, en general, los medios de comunicación y de comercio de la época romano-tardía. «Desde el punto de vista organizativo, (los reinos germánicos) sólo representan, en el fondo, un ordenamiento provincial romano, ampliado con el estamento guerrero germano y con su rey» [5]. Incluso en el temprano Islam persisten en el estado, en la sociedad y en la economía formas tardías romano-bizantinas. Los primeros califas dominan en Siria y Egipto con ayuda de la estructura administrativa bizantina y su organización fiscal. Durante mucho tiempo, la disolución política es incapaz de destruir la unidad cultural del mundo mediterráneo. A pesar de las particulares formas originadas por la evolución local, el arte mantiene su carácter unitario. Sus creaciones están inspiradas, también en Occidente y en el temprano Islam, por un estilo que no es ni antiguo ni medieval: el protobizantino.

Las construcciones de Rávena o la gran mezquita de Damasco, así como las creaciones merovingias tardías y visigodas, constituyen magníficos e impresionantes ejemplos de esta influencia dominante. Pero no sólo el estilo, tampoco la intención y significacón del arte y la literatura pertenecen a la Antigüedad. La fe y la doctrina cristianas constituyen el impulso dominante de toda creación, su inconfundible transfondo espiritual. Tanto en la forma como en el contenido, el cristianismo establece una nueva escala de valores. Las manifestaciones espirituales y culturales de esta época no pueden valorarse según cánones clasicistas, con los que, por el contrario, podrían enjuiciarse similares creaciones históricas de la antigüedad grecoromana. No son literatos efímeros, con una forzada «latinidad» clásica, las figuras espirituamente importantes y típicas de esta época, sino los Padres de la Iglesia, pese a que a menudo usen de un latín mediocre y un tosco griego.

Ninguno de estos factores es por sí mismo decisivo. Lo que da personalidad a la época son sus interferencias y posteriores transformaciones. Pues, a pesar de tantas estructuras transitorias, no es una época sin historia. Las grandes dislocaciones políticas, motivadas por la invasión de los bárbaros y la expansión islámica, transforman la fisonomía exterior del mundo [6]. Pero, tam-

Fig. 1. *El mundo mediterráneo en el siglo IV.*

DIOCESIS
I- AEGIPTUS
II- ORIENS
III- PONTUS
IV- ASIANA
V- THRACIA
} Bajo el Praefectus Praetorio para Oriente.

VI- MACEDONIA
VII- DACIA
VIII- ILLYRICUN (PANNONIAE)
IX- ITALIA ANNONARIA
X- ITALIA SUBURBICARIA
XI- AFRICA
} Hasta el 395 d.C., reunidas bajo el Praefectus Praetorio de Ilirica, Italia y Africa; más tarde, las diócesis VI y VII fueron asignadas a un particular Praefectus Praetorio Illyrici.

XII- BRITANNIAE
XIII- GALLIAE
XIV- LAS LLAMADAS SIETE PROVINCIAS
XV- HISPANIAE
} Bajo el Praefectus Praetorio de las Galias.

Límites del Imperio Romano de Oriente y de Occidente en el 395 d.C.

bién anteriormente se producen procesos de transformación social y espiritual. El imperio de «guerreros y monjes» de Heraclio es un organismo distinto al imperio de Constantino. Desde Clodoveo hasta la aparición de los primeros carolingios, el estado merovingio sufre radicales cambios de estructura y poder. El estado árabe evoluciona desde el poder carismático de Mahoma hasta el estado secularizado de los Omeya (Umayya).

Junto a la impronta de la estructura romano-tardía-bizantina, hacen su aparición elementos evolutivos de otras tendencias que conducen a nuevas formas estatales, sociales y espirituales, como se manifiesta en la evolución del papado y en los comienzos del vasallaje. Estas nuevas tendencias son, en parte, perceptibles hace ya tiempo como fuerzas latentes: ya en los siglos V y VI se produce, sobre todo en las Galias, la fusión de la tradición tribal germánica con el orden social romano-tardío, la fe cristiana y la cultura latina tardía. Pero todos estos elementos no llegan a actuar plenamente hasta la crisis de finales del siglo VII y comienzos del VIII. Ahora surgen en la, al menos culturalmente, aún homogénea área mediterránea y del Próximo Oriente nuevos centros de gravitación espiritual y económica: en el Noroeste, en la región franca y anglosajona; en el Este, en las capitales del mundo islámico. Simultáneamente, comienzan a consolidarse las fronteras entre las tres grandes áreas de poder creadas por la invasión árabe y el ascenso de los carolingios. De un mundo con una sola capital han surgido, en un proceso de fecundas diferenciaciones, tres nuevos mundos con sus propios centros impulsores: la Edad Media europeo-occidental, el Bizancio greco-ortodoxo, y la región árabe-islámica, cada uno de los cuales representa un tipo de cultura peculiar.

Las *dark ages* poseen su propia forma de vida, distinta también de la medieval; no pueden definirse solamente como el periodo del lento crecer de Europa en su propia historia. El mundo medieval de Occidente (y con él, en última instancia, la estructura de la vida y el pensamiento europeo) no ha evolucionado sin rupturas, a partir de la herencia clásico-cristiana del tardío imperio romano. El distanciamiento de los pueblos germánicos, sobre todo de los francos, de las tradiciones culturales y políticas del imperio, crea precisamente en estos siglos las premisas decisivas del futuro. Pero el surgimiento de la Europa medieval no fue un proceso inevitable. En un momento determinado se llevó a cabo una ruptura radical: el reino franco se separó de las antiguas tradiciones. Esta ruptura fue una crisis de crecimiento, no una catástrofe. Lo que de allí

surge como nueva forma de vida no es ni obligado ni natural, como lo demuestra la distinta evolución que tiene lugar en Oriente. Europa nació de un acontecimiento que se aparta de las tradiciones espirituales y de las tendencias evolutivas del mundo del *Imperium Romanum Christianum*. La permanencia de las formas tardío-romanas-bizantinas hubiera dado a la historia de Occidente una dirección fundamentalmente distinta.

1. Imperium Romanum Christianum

El 20 de noviembre del año 284, fue aclamado como emperador el general dálmata Diocles, comandante de la guardia imperial, después de una revuelta general, en Calcedonia, de los ejércitos romanos de Oriente. La proclamación de C. Aurelius Valerius Diocletianus, como se llamó el nuevo emperador, pareció solamente repetir lo que el mundo romano, en el lapso de pocas generaciones, había conocido hasta la saciedad: el ascenso de un nuevo emperador procedente del círculo de los grandes jefes militares, que dirigiría el imperio durante esta época de crisis, por breve tiempo y con éxito cambiante, a menudo en colaboración, pero más frecuentemente en agotadora pugna con otros regentes. *Imperatorem facit exercitus* (el ejército hace al emperador): para millones de súbditos romanos, desde Cádiz hasta más allá de Palmira, desde Tréveris hasta Asuán, tal axioma parecía tan natural que apenas merecía ser discutido. El ejército no sólo era, como en los días de Augusto, la base del poder imperial, al que respaldaba con su sola presencia desde el fondo de la escena política. Ahora intervenía directamente en las decisiones políticas. No sólo proclamaba a los emperadores, sino que además escogía para ello a hombres de sus propias filas.

Los éxitos de la permanente dictadura militar eran, evidentemente, escasos. La paz imperial, que en otro tiempo había hecho del Mediterráneo y de sus márgenes una gran zona cultural y económica, no era ya más que un tópico gastado, sin relación con la realidad. El aparentemente invencible sistema de defensa de las fronteras imperiales, basado en las líneas fortificadas de los *limites,* había sido roto en múltiples lugares. En el interior, el imperio era sacudido por las guerras civiles, los conflictos sociales, y la depresión económica. Sin embargo, las monedas del nuevo régimen celebraban al nuevo emperador como *parens aurei saeculi,* como padre de una edad de oro. Tampoco esta expresión constituía ninguna novedad para los súbditos. Esto era ya natural predicado y promesa de cada nuevo emperador. Ciertamente, el carácter programático de estas le

yendas numismáticas, que constituían un medio oficioso de mentalización, poseía una peculiar ambivalencia. La contraposición de su temática tranquilizadora y optimista —con amarga ironía se repiten una y otra vez las fórmulas *pax, securitas, abundantia, felicitas temporum, fides mutua augustorum*—, a la cruda realidad de la vida, era brutal. A pesar de todo, estas leyendas no sólo son propaganda sugestiva, sino también expresión de la inagotable esperanza de las masas en que el nuevo hombre creará y garantizará, esta vez de verdad, el orden, la paz y el bienestar.

Nadie podía sospechar en aquel lluvioso día anatolio de noviembre que Diocleciano era, efectivamente, el emperador destinado a inaugurar no una edad dorada, pero sí un nuevo y duradero orden de cosas. Algunos años más tarde, son restablecidas la paz y la unidad en el imperio; se provee a las fronteras de nuevas fortificaciones y se las protege con un ejército reorganizado y combativo. Diocleciano es, como pocas figuras históricas, un hombre a caballo de dos edades. Por la forma de llegar al poder, por los métodos con que lo ejerce, por su mismo carácter, es un hijo del mundo antiguo, un soldado-emperador. Pero lo que creó como soberano miraba hacia adelante y habría de perdurar, aunque tuviera sus raíces en el «viejo» mundo del siglo III.

I. EL VIEJO MUNDO DEL IMPERIUM ROMANUM: IMPERIO Y CRISIS IMPERIAL EN EL SIGLO III

Con la muerte de Cómodo en el año 192 terminaba aquella época del estilo alciónico, que sería para Edward Gibbon el punto culminante de la cultura de la Antigüedad. En los decenios siguientes, la anarquía y la amenaza de desmembración produjeron un estado permanente de desasosiego social, político y espiritual. Bajo el terror y la violencia se produjeron entonces enfrentamientos, que no pertenecían ya a aquellas normales condiciones de la existencia histórica, en las que el organismo social se adapta a su propio crecimiento. El antagonismo entre la vieja religiosidad pagana y las religiones orientales de redención y de los misterios no fue sino un exponente de los conflictos más profundos que aquejaban a la sociedad. Las concepciones del hombre sobre el mundo y su posición en él sufrieron una brusca transformación. Al abrigo de la confusión, se abrieron camino transformaciones que tendrían gran influencia en el futuro.

a) *Orbis romanus y orbis terrarum*

El *imperium romanum* de principios del siglo III se diferenciaba poco del que habían creado los emperadores, desde Augusto a Adriano. El *orbis romanus* era para sus habitantes el *orbis terrarum,* el mundo de la cultura por antonomasia. Este «mundo» romano abarcaba desde las fronteras de Escocia y las orillas del Rin y del Danubio hasta los límites del Sáhara y del Sudán; desde Portugal hasta más allá de Anatolia oriental, el Eufrates y Transjordania. Su verdadero centro era el mar Mediterráneo, que ofrecía gran seguridad a la navegación. La población de este inmenso imperio apenas alcanzaba una cuarta parte de la actual. Además se encontraba muy desigualmente repartida; Asia menor, Siria y Egipto eran, con gran diferencia, las más densamente pobladas; sólo en Egipto vivía probablemente una octava parte de la población total del imperio.

En el interior, la administración y las vías de comunicación, el uso del derecho romano y de la lengua latina contribuyeron a unificar economía, cultura y estilo de vida. Una red de carreteras, base de un intenso comercio interior, unió entre sí las innumerables ciudades del imperio, que eran al mismo tiempo centros económicos y administrativos. Desde Siria hasta España, las ciudades provinciales, con su red geométrica de carreteras, sus templos y basílicas, sus mercados y parques, sus acueductos, sus circos y baños públicos y sus bibliotecas, testimoniaban la unidad cultural del *orbis romanus.* Pero también el campo se vio afectado por esta civilización, al menos las grandes villas de los terratenientes y altos funcionarios, con sus soportales, baños y suelos de mosaicos.

Pero, pese a su unidad, existen en un área geográfica tan extensa diferencias perceptibles. Las provincias de Oriente eran las fuentes principales de la fuerza productiva y de los ingresos en concepto de impuestos; allí se encontraban los mayores centros industriales y de oficios artesanales. El Occidente actuaba más bien como consumidor y proveedor de materias primas, si bien algunas regiones de las Galias se hallaban entre las más ricas del imperio, con importantes industrias de lana y *terra sigillata.* También la influencia de la cultura romana-helenística era de distinto tipo según las regiones. En algunas provincias, como Africa, Siria y Egipto, se agitaban tradiciones locales, encubiertas durante mucho tiempo, capaces de marcar una evolución que terminó por romper la unidad cultural del imperio. Más allá de sus fronteras se mantenía en las tinieblas el mundo de los bárbaros: en el Oeste, el océano desconocido y apenas transitado; en el Sur,

tras la delgada y feraz zona costera del Norte de Africa, el Sáhara, con sus indomables tribus bereberes, y más allá, la desconocida Africa interior. El Norte y el Nordeste permanecían en la penumbra: la región de las estepas, de los bosques y de las zonas pantanosas, en las que vivían las tribus ilirias y germanas, era conocida a grandes rasgos. El *limes* no era aquí una frontera cerrada. Un sistema de puertos comerciales, situados en los extremos de las carreteras romanas, suministraba al imperio materias primas, como cuero y ámbar y esclavos.

Propiamente, el mundo romano se abría hacia el Este, donde limitaba con el gran estado constituido por el nuevo imperio persa de los sasánidas. Centros comerciales como Antioquía, Damasco o Alejandría, eran puntos terminales de las grandes caravanas y de las rutas marítimas, a través del Golfo Pérsico y del Mar Rojo; rutas que abrían al comercio romano el camino de Arabia meridional, de Uganda por Etiopía, de Ceilán por la India y hasta de China. Trabajos en plata, instrumentos de vidrio y cobre, artículos de lencería y vinos iban hacia Oriente, a cambio de objetos de lujo codiciados en el mundo romano: madera de ébano, de teca, marfil, seda, diamantes, perlas, especias e incienso. «El mundo se hace cada vez más civilizado y rico; por todas partes hay carreteras, por todas partes comercio» [1]: Este cuadro de una vida económica floreciente y pacífica, esbozada por Tertuliano a principios de siglo, conoció profundas transformaciones en los siguientes decenios.

b) *Evolución de la política exterior: de la actitud defensiva a la lucha por la existencia.*

El comienzo del proceso de transformación se debe en parte al nacimiento de una auténtica política exterior en el siglo III Durante dos siglos, el imperio había sido un estado mundial que no tuvo, en el fondo, oponente alguno. En la ideología del imperialismo romano, el mundo, el *orbis terrarum,* fue equiparado al pacificador orden romano, a la *pax romana.* El imperio estaba protegido por sus fronteras naturales: el cinturón desértico del Sáhara y del desierto sirio, la zona montañosa de Anatolia oriental y las grandes cuencas del Rin y del Danubio. En las zonas abiertas, como Alemania sudoccidental y el norte de Inglaterra, tales barreras naturales eran sustituidas por fortificaciones fronterizas. Los intentos de invasión eran rechazados por las legiones estacionadas en los *limites,* preparadas para entrar inmediatamente en acción. El emperador garantizaba con la paz del imperio la continuidad de la vida cultural. Pero, desde comienzos del

siglo III, llovieron los ataques sobre las fronteras imperiales del Nordeste y del Este, lo que condujo a un notable cambio en la situación: de su acostumbrada posición de superioridad defensiva hubo de pasar a una verdadera lucha por su existencia. Esta situación de crisis debió producir un *shock* en la mentalidad de extensas zonas de la población imperial. Para una burguesía, privada de intereses y de responsabilidad política, que se había consagrado con especial cuidado a lograr ventajas para su vida privada y sus negocios, desapareció la conciencia de seguridad, fraguada a lo largo de dos siglos. Motivos de la peligrosa crisis fueron las simultáneas transformaciones operadas en el frente germánico y en el persa, viejas zonas de fricción militar. Los enfrentamientos con tribus germánicas constituían un tema rutinario de la política romana. Durante doscientos años, Roma había defendido sus fronteras contra pequeños grupos tribales desde una posición de clara superioridad. Ahora aparecían nuevas y más poderosas agrupaciones y federaciones de tribus: alamanes, francos, marcomanos, cuados. Su inquietud encontró potentes acicates en los territorios europeos centrales y orientales, como consecuencia de las migraciones de godos, vándalos, hérulos y burgundios, procedentes de Escandinavia. En los Balcanes se produjo la expansión de los sármatas iraníes, cuyos dominios se extendieron desde el Sur de Rusia hasta el Tisza (Theiss) y el Danubio, donde se convirtieron en peligrosos vecinos del imperio. La rapiña, el hambre y la presión de los sármatas comprimieron a las federaciones tribales germánicas contra las fronteras romanas en un gran arco, que iba desde los Países Bajos hasta la desembocadura del Danubio.

Una evolución similar se produjo en la frontera oriental, donde el imperio tuvo como enemigo una formación estatal sólidamente organizada, en lugar de conjuntos de tribus sin coordinación entre sí. El problema fronterizo tampoco era aquí nuevo. En el siglo III a. C., el reino parto de los Arsácidas había restituido al Irán su independencia política, tras el dominio de Alejandro y los Seléucidas. El conflicto con Roma empezó cuando los partos se anexionaron Mesopotamia y trasladaron la capital a Ctesifonte. Craso pagó con la muerte su derrota en el Eufrates, en el año 53 a. C. Desde Trajano hasta Septimio Severo, los emperadores intentaron una y otra vez asegurar las fronteras mediante puestos avanzados junto al Eufrates y en Armenia. No obstante, el imperio parto, con su débil estructura feudal, no constituyó hasta entonces un serio peligro.

La situación cambió radicalmente como consecuencia de una revolución en el reino parto, que en el año 224 puso en el trono

a su jefe Ardasir (Artajerjes) I, de la familia imperial de los Sasánidas. El «imperio neo-persa» se vio a sí mismo como un renovado estado nacional persa. Los Sasánidas mantuvieron a la privilegiada nobleza feudal del reino parto en sus cargos militares y administrativos, pero fortalecieron la hasta entonces dispersa confederación de estados vasallos, mediante una rígida centralización y una magnífica organización. La superior fuerza combativa del ejército se basaba en el arma más moderna del siglo: la caballería pesada acorazada. En el resurgimiento nacional tuvo parte decisiva el renacimiento de la religión de Zoroastro, que, con su influyente jerarquía, constituyó un elemento unificador del imperio sasánida (cf. esta *Historia Universal,* tomo VIII). La aspiración al dominio del mundo del antiguo imperio persa se convirtió en el lema político de los Sasánidas. Esto significaba equiparación con Roma y «liberación» de los antiguos territorios persas en Asia Menor, Siria y Egipto. El nuevo estado era suficientemente fuerte como para emprender una política dirigida a la expulsión de Roma de estos territorios; esto se hizo patente ya a los pocos decenios (cf. *idem*). En el año 260, tras sangrientas derrotas, el emperador Valeriano cayó prisionero del monarca sasánida Sapor I (241-272). El prestigio de Roma en el Oriente Medio quedó gravemente quebrantado; los Sasánidas celebraron su victoria en múltiples representaciones, como en el gran relieve en roca de Naqs-i-Rustam (en Persépolis).

Así, pues, desde los años treinta del siglo, el imperio hubo de sostener una guerra en dos frentes, que se diluía en un complicado mosaico de constantes acciones aisladas. Hasta los años setenta no cedió la presión de constantes agresiones. La peligrosa caballería persa avanzó muchas veces hasta el corazón de Asia Menor y Siria. Simultáneamente, francos, alamanes, cuados y godos lograban penetrar profundamente en los provincias fronterizas del Rin y del Danubio. Sus devastadoras expediciones alcanzaron incluso Italia y el norte de España. Los piratas sajones dominaban el Canal; flotas de godos y hérulos, partiendo de sus bases en el Mar Negro, saqueaban el norte del Egeo. Las fuerzas militares del imperio, debilitadas por conflictos internos, no eran suficientes en ninguna parte. De este modo, volvieron a su anterior agresividad tribus trabajosamente pacificadas en otras fronteras: en la fortificación de Adriano, los pictos escoceses; en el sur de Egipto, los blemnios; y en el *limes* desértico del norte de Africa, los bereberes, que, con sus dromedarios, habían conseguido ampliar el campo de sus acciones de rapiña. Para comprender tal estado de cosas, basta con observar las nuevas o renovadas fortificaciones de las hasta ahora abiertas ciudades, incluso de aquellas

situadas en el corazón del imperio. La misma capital tuvo bajo el emperador Aureliano (desde el 271) sus murallas. No es casual que la lucha contra los bárbaros constituyera en esta época un típico motivo ornamental de los sarcófagos de las altas clases romanas.

c) *Estado y sociedad en crisis.*

La crisis en la política exterior tuvo enormes repercusiones en la interior. La defensa del imperio constituía el objetivo primordial y, por tanto, comenzaron a primar inmediatamente los intereses militares, lo que tuvo muy graves consecuencias. En los decenios de la anarquía militar (235-284), gobernaron tres docenas de emperadores-soldados, procedentes la mayor parte de ellos de las legiones. Sus mandatos eran extraordinariamente cortos: dos años y medio de promedio. Las luchas por el trono estaban al orden del día; casi todos los emperadores y pretendientes murieron de muerte violenta.

La dificultad de mantener y reclutar grandes ejércitos, en un mundo acostumbrado a un largo periodo de paz y al libre ejercicio de las actividades económicas, obligó a tomar medidas que incidieron profundamente en la estructura política y social del imperio. En los dos primeros siglos de la época imperial, el concepto de principado liberal coexistió siempre con el de monarquía absoluta. Con Cómodo terminó el absolutismo ilustrado del imperio adoptivo. El principado comenzó a transformarse, a grandes rasgos, en una monarquía militar absoluta.

El absolutismo militar se basó en dos postulados decisivos, en los que se hace patente el papel dirigente jugado por la dinastía de los Severos. Por una parte, tendía a completar la estructura estatal del imperio. La administración fue unificada y el *status* de los ciudadanos nivelado: la *constitutio Antoniniana* del año 212 concedía a todos los súbditos del estado la plena ciudadanía romana. Pero esto significaba menos una política de igualdad jurídica de todos los ciudadanos (que eran ya súbditos hacía mucho tiempo), que un nuevo elemento de unificación. En segundo lugar, y éste es el factor más importante, se modifica la estructura del ejército, que acoge cada vez mayor número de bárbaros. En vez de por itálicos, la espina dorsal de las reservas militares está formada por súbditos semi-romanizados del imperio, como los ilirios, pero también por partos y germanos. Al mismo tiempo los legados de la clase senatorial fueron substituidos en los cargos directivos del ejército por oficiales de carrera, desapareciendo con ello definitivamente la antigua estructura romana del mando. El paso de la tropa al cuerpo de oficiales fue

considerablemente facilitado, y constituyó la vía de ascenso de muchos emperadores-soldados. Junto a las transformaciones étnicas y sociológicas, se impusieron los cambios de táctica y organización. Como tropa de ataque para las zonas de peligro en la frontera imperial surgieron los incipientes ejércitos móviles de reserva, cuerpos armados que podían asumir un papel político decisivo en el momento en que su comandante no se contentase ya con ejercer una función puramente militar. Las formas de combate de los principales adversarios del imperio obligaron a la creación de una caballería pesada como tropa de choque.

Desde el punto de vista político, el aspecto fundamental de la nueva forma de poder residía en la diferente posición del emperador. En los primeros tiempos del principado existía aún un frágil triángulo de poder entre el emperador, el ejército y el senado. Ahora, el senado se ve cada vez más apartado del juego político. Su formal asentimiento al nombramiento del emperador pronto dejó de ser requerido: importantes atribuciones pasaron al *consilium principis,* el consejo de estado del emperador. En lugar de la vieja aristocracia, ocupó el senado la nobleza de espada proveniente del ejército y, a menudo, superficialmente romanizada. A finales del siglo, el senado era una institución que se reducía a aprobar por aclamación las órdenes imperiales. El auténtico sostén del poder lo constituyen las legiones, sobre las que disponía el emperador, como comandante en jefe de un ejército que le era sumiso. No se debe infravalorar el papel de los militares ya en el temprano principado; pero ahora, el ejército se convierte en el fundamento absoluto de la soberanía. El espíritu profesional de cuerpo, propio de un ejército mercenario, hizo desaparecer los últimos vestigios de lealtad al estado. La dependencia personal del ejército respecto al emperador se hizo cada vez más estrecha. El ejército no era, con todo, un fácil instrumento de poder. El poder del emperador a través del ejército descansaba en un precario equilibrio, que fácilmente podía romperse a favor del dominio del ejército sobre el emperador. El siglo III ofreció muchos y peligrosos ejemplos de esto, cuando las legiones proclamaban o deponían emperadores en cortos periodos de tiempo, sin consideración alguna hacia los intereses del imperio. Los intereses particulares de los grandes grupos militares de los frentes del Rin, Danubio y Tigris hicieron surgir *de facto,* cada cierto tiempo, verdaderos estados independientes, como el de la Galia, bajo Póstumo y Tétrico (259-274), o el de Palmira, la metrópoli del comercio oriental, bajo Odenato y Zenobia (262-273).

La nueva posición del emperador encontró su expresión en el culto a su persona y en el ceremonial imperial. El poder fue ideologizado. Si en los primeros siglos el emperador fue solamente magistrado y primer ciudadano, al menos en teoría, ahora se convierte en señor absoluto del estado, en fuente de paz y bienestar, como representante de la divinidad. Este proceso alcanzó su punto culminante con Aureliano, que subió al trono como *dominus et deus* (señor y dios), gobernando en su inaccesible majestad por encima de los mortales.

A lo largo del siglo II, en la administración del imperio, se constituyó una burocracia centralizada que actuaba como instrumento de dominio del emperador. En contraposición a la tradicional unidad de los puestos de mando civiles y militares, fueron rigurosamente separadas las carreras del ejército y de la administración civil. Sin embargo, existía un común denominador para ambos instrumentos del absolutismo imperial: la militarización alcanzó también a la administración civil, en la que se colocaban, sobre todo en sus cargos más elevados, muchos de los antiguos oficiales. Esta administración, de carácter centralista, extendió también, paulatinamente, sus tareas y competencias a la vida económica. Se elaboró escrupulosamente un más riguroso sistema de exacción de impuestos y de reglamentación estatal de la economía.

La economía sufrió gravemente las consecuencias de las constantes incursiones militares, de las guerras civiles y de las requisiciones. Las ciudades eran saqueadas y destruidas, las cosechas devastadas y los ganados robados. La producción agrícola y la actividad comercial e industrial disminuyeron intensamente a causa de la inseguridad general y del bloqueo de numerosas vías de comunicación. «El campo es menos productivo, la producción del suelo y el número de campesinos disminuye[2]». La inflación, provocada en parte por la política monetaria estatal, empujó salarios y precios al alza (cf. el tomo VIII de esta *Historia Universal)*. Muy probablemente, la población del imperio disminuyó de manera sensible a lo largo de este confuso siglo[3]. Al mismo tiempo, las permanentes guerras civiles y defensivas hicieron cada vez mayores las exigencias fiscales y las requisiciones. Mediante medidas coercitivas, la burocracia intentó expoliar los últimos bienes del campo, con lo que naturalmente no se detuvo la decadencia económica. Lo que originariamente se concibió como medidas de emergencia, sirvió de base a un nuevo planteamiento que contenía los elementos más significativos de la estructura social del siglo IV: prestación de servicios al estado por personas o ciudades; explotación de los arrenda-

tarios campesinos; formación forzosa de corporaciones de trabajadores manuales y profesionales del transporte. El peso económico comenzó a desplazarse de las ciudades, en parte gravemente afectadas por la crisis, al campo. Estaba naciendo un sistema que significaba algo más que el mero reparto del poder político. Las medidas tomadas por los emperadores y las nuevas funciones de la burocracia tuvieron repercusiones decisivas en la vida social, preparando aquellas profundas transformaciones de la economía y la sociedad, que alcanzaron su pleno desarrollo en el siguiente siglo.

d) *Cambios culturales.*

Las causas de la gran crisis se encontraban en la interacción de factores y conflictos políticos y sociales; el factor originante o, al menos, acelerador fue la situación de la política exterior Pero también en la cultura se operó un cambio en el comportamiento social, que corría paralelo a la separación del individuo de las viejas agrupaciones. La insatisfacción e inseguridad del individuo en el orden tradicional condujeron a un cambio fecundo en la mentalidad de la sociedad. La religión politeísta pagana y el mundo cultural clásico, estrechamente ligado a ella, fueron poco a poco sustituidos por nuevas formas religiosas de pensamiento. Los hombres de la época comenzaban a poseer una elevada sensibilidad religiosa. Fenómeno destacado fue la penetración de los cultos y las religiones de los misterios orientales, favorecida por el reclutamiento de parte de las tropas en Oriente. El Mitra persa, la Cibeles frigia, el dios del sol de Emesa, Isis y Serapis, *Sol Invictus,* etc., encontraron cada vez mayor número de creyentes entre la población del imperio. A ellos se unió, especialmente en los territorios periféricos, la teoría de la *gnosis,* con su rígido dualismo entre espíritu y materia, que sobre todo fue adoptada como religión por la gente culta. Manifestaciones marginales de esta situación religiosa fueron la difusión de un bárbaro sincretismo y un portentoso auge de la astrología, la magia y la hechicería.

Las nuevas religiones eran, en oposición a la tradicional, religiones monoteístas de revelación y de salvación. Respondían a las exigencias de los tiempos respecto a una mayor seguridad religiosa y a un contacto personal con la divinidad, prometiendo el conocimiento mediante la iluminación y la redención a través de la revelación; se propugnaba, pues, una ruptura fundamental con el universalismo racional de la antigüedad clásica greco-romana.

También en filosofía se anunciaba la disolución del racionalismo. Con el neoplatonismo se introducían en el edificio aparentemente racional de la filosofía elementos místico-extáticos y ascético-contemplativos. Se trataba más de una forma de vida que de un estricto sistema de pensamiento.

Esta situación espiritual no se limitaba al imperio romano; existían casos paralelos, sumamente instructivos, en la Persia sasánida, con la renovación del zoroastrismo y el surgimiento de la religión de Mani y su rígida doctrina severamente dualista. El monoteísmo y la severa regulación del culto estatal encontraron su expresión tanto en Persia como en Roma. Fue Aureliano quien intentó convertir el *Sol Invictus* de su fe personal en la máxima divinidad del estado y en patrono del imperio.

Evidentemente, la conversión de las nuevas religiones en culto oficial del estado era sólo una posibilidad. A diferencia de los cultos tradicionales, ligados al poder político, las nuevas religiones, en un principio extrañas al estado, podían actuar políticamente, procurando un mayor distanciamiento o una más acusada unión con éste. En aquel tiempo, el maniqueísmo y, sobre todo, el cristianismo entraron en conflicto con el estado a causa de su actitud hostil a la autoridad. Para sus contemporáneos, el cristianismo era solamente una de tantas religiones orientales, con sus ritos secretos, prescripciones ascéticas, fiestas y santos. A lo sumo, llamó la atención por su rigurosa oposición a las exigencias puramente formales del culto oficial. En sus múltiples comunidades, sobre todo en las de Oriente, pero también en Italia, Galia y Africa, comenzaron a crearse las bases de una ordenada jerarquía y organización (cf. el tomo VIII de esta *Historia Universal*). Clemente y Orígenes, los grandes teólogos alejandrinos, habían concedido la máxima importancia a la lucha contra la *gnosis* y la filosofía pagana. A excepción de algunas sectas, el conjunto de la Iglesia no se opuso sistemáticamente al estado. Pero su negativa a presentar las ofrendas prescritas por el estado, fundada en razones religiosas, desencadenó las abiertas persecuciones de Decio y Valerio. De tales persecuciones surgió la *ecclesia martyrum*, con aquella nueva confianza en sí misma, que el apasionado africano Tertuliano resumió en la orgullosa fórmula de *militia Christi* (el ejército de Cristo).

El poder militar logró atajar la amenazadora desintegración del imperio; el estado autoritario actuó como factor de orden, defendiendo al imperio del caos completo y de la barbarie. Hacia la mitad del siglo, cuando el imperio, bajo el poder de Valerio y de Galieno (253-268), parecía al borde de la ruina, se produjo la superación política de la crisis imperial. Esta fue la obra de

los emperadores ilirios, militares austeros, que por sus dotes de mando habían sido escogidos por el ejército para dirigir los difíciles combates defensivos y para restablecer el orden.

El proceso de estabilización comenzó con Claudio Gótico (268-270); avanzó con Aureliano (270-275), Probo (276-282) y Caro (282-283), para concluir con Diocleciano. Las incursiones germánicas se rechazaron victoriosamente; Persia sufrió una derrota; los reinos autónomos de Galia y Palmira fueron barridos. El admirable balance fue que, a partir del año 280, las fronteras del imperio pudieron ser afianzadas casi en los mismos límites del siglo II, lo que representaba un admirable balance. Unicamente dos pequeñas regiones fueron definitivamente evacuadas: Dacia y los *Agri decumates* en la Germania sudoccidental, entre el alto Rin y el lago de Constanza, ocupados por los alamanes desde el año 254. A pesar de operarse esta trabajosa recuperación en política exterior, la decadencia monetaria y económica no fue en modo alguno eliminada. La situación política interior siguió siendo inestable y la posición del emperador precaria, como lo prueba el que Aureliano fuera eliminado a los cinco años de mandato, por una conjuración de oficiales y que Probo y Caro murieran a manos de sus prefectos pretorianos.

Pero la estabilización de la política exterior era la condición necesaria para el desarrollo, durante las dos generaciones siguientes, de las nuevas formas de vida que habían surgido a la sombra de los desórdenes. El absolutismo militar, que constituyó durante mucho tiempo un mero sistema de emergencia, llegó a transformarse en un orden estable.

II. NUEVAS FORMAS DE VIDA: ABSOLUTISMO Y CRISTIANISMO

a) *El reinado de Diocleciano y Constantino: de la tetrarquía a la monarquía.*

La propaganda oficial saludó al emperador Diocleciano como *parens aurei saeculi* y, al contrario de lo que había ocurrido con sus antecesores, existía en esta fórmula algo de verdad. De todas formas, esta fase de la evolución del imperio está ligada a dos nombres: los creadores de las nuevas formas de vida del *Imperium Romanum Christianum* fueron Diocleciano y Constantino. Incomparablemente más significativos como gobernantes que sus antecesores, afrontaron la herencia caótica de la anarquía militar, con la desesperada voluntad de conservar y renovar la organi-

zación del imperio, logrando realizar con éxito tan gran empresa. Resulta imposible distinguir los logros de cada emperador en la reforma y reorganización del estado. Frecuentemente, apenas es posible atribuir con certeza determinadas medidas a Diocleciano o a Constantino. Sin duda, en la transformación del imperio pueden observarse dos aspectos diferentes que, según los casos, van estrechamente ligados al nombre de uno de los dos emperadores. En la reorganización del estado y la sociedad —proceso reformador esencialmente evolutivo—, muchas decisiones fueron tomadas ya por Diocleciano. Lo que Constantino continuó, pero también lo que cambió, estaba ya orientado por tales decisiones en una determinada dirección. Por el contrario, Constantino fue el único responsable del reconocimiento del cristianismo y de su vinculación con el estado, lo que tuvo grandes consecuencias sociales y culturales. Constantino representa el modo revolucionario de actuar en este periodo de profundo cambio histórico. Por eso lleva, con más derecho que ningún otro, el sobrenombre de «Grande».

Los cuarenta años que van desde el 284 hasta la instauración de la monarquía por Constantino, en el 324, fueron una casi ininterrumpida cadena de luchas internas por el poder. Al mismo tiempo siguieron desarrollándose los combates defensivos en las fronteras, aunque la presión de las tribus había cedido momentáneamente. Los primeros años de gobierno de Diocleciano se caracterizaron por frecuentes luchas contra francos, alamanes y sármatas, así como por revueltas internas, entre las que destaca la de Carausio en Inglaterra, que se prolongó hasta el año 293. Ya en el 286, Diocleciano había nombrado corregente, con el título de Augusto, a un jefe militar capacitado y leal: Maximiano. En el año 293, creó el sistema de la tetrarquía, con el fin de neutralizar a los posibles pretendientes al trono, pero sobre todo para repartir la inmensa carga de las tareas políticas y militares. Diocleciano, Augusto de Oriente, nombró a Galerio césar asociado y Maximiano, Augusto de Occidente, hizo lo mismo con Constancio Cloro, ambos distinguidos militares. La buena inteligencia de los cuatro soberanos (simbolizada en el retrato de grupo situado en el exterior de la basílica de San Marcos de Venecia) y el funcionamiento del sistema sin fricciones, bajo una dirección unificada, fueron asegurados por la indiscutida autoridad de Diocleciano. El fue en la tetrarquía el verdadero emperador. Los césares ejercían la función de gestores de una activa y coordinada política militar en las fronteras: Constantino lucha contra los alamanes (victoria de Langres en el año 298) y Galerio dirige las campañas contra carpos y godos y contra los persas, en Ar-

menia. La primera tetrarquía proporcionó al imperio una época de relativa tranquilidad: *tranquillo orbis statu et in gremio altissimae quietis locato*[4]. En el año 303, poco después de una solemne visita a Roma para festejar su veinte aniversario de mandato, se quebrantó seriamente la salud del casi sexagenario *Senior Augustus* y, en el año 305, abdicó juntamente con Maximiano. Constancio y Galerio pasaron a ser augustos, y Severo y Maximino Daia fueron nombrados césares. Diocleciano vivió después de esto más de ocho años, retirado en su inmenso palacio de Espalato en admirable *détachement* del poder y apenas interviniendo ya en la política.

Diocleciano fue uno de esos grandes personajes, silenciosos y austeros, extraordinariamente pragmáticos, como Felipe el Bueno de Borgoña o Guillermo de Orange. Un pragmático que, sin duda, creía al mismo tiempo con fe ciega en Mitra, el dios de los legionarios, el «sol invencible», y en un orden eterno del mundo, cuyos secretos podía desentrañar la astrología. Es posible que el viejo organizador del absolutismo monárquico viera desmoronarse la obra de su vida en los tumultos de la segunda tetrarquía; sentimiento que, a la vez, tenía y no tenía justificación. La autocracia imperial fue mantenida por Constantino, aunque sin el sistema artificial de la tetrarquía. Pero el espíritu del nuevo estado fue profundamente transformado por el cristianismo, contra el que Diocleciano había luchado inútilmente.

En el relevo del año 305, funcionó el sistema de tetrarquía previsto por Diocleciano. La soberanía de la segunda generación se disolvió muy pronto en las luchas por el poder, debido a la ausencia de una gran autoridad. Ya en el año 306, murió Constancio en York; mientras que las legiones aclamaban a su hijo Constantino como sucesor, en Roma se nombró augusto a Majencio, hijo de Maximiano. Siguieron años de larga lucha militar y diplomática por el poder. El año 308, la conferencia de Carnunto declaró a Majencio (que seguía manteniendo sus posiciones en Italia y Africa) enemigo del imperio, sin que se llegara a un compromiso efectivo entre sus comunes adversarios. La muerte de Galerio (311) condujo a un nuevo reagrupamiento de fuerzas y a un conflicto abierto. En el año 312, Constantino marchó sobre Italia y, tras duros combates, derrotó a Majencio en Turín, Verona y el puente Milvio, frente a Roma. Fueron victorias ganadas *instinctu divinitatis* (por inspiración divina), como prudentemente el Senado hizo inscribir en el arco de triunfo erigido en honor del emperador, teniendo en cuenta su reciente conversión. Licinio, el aliado de Constantino, aniquiló en los años siguientes a Maximino Daia en

Oriente. Los augustos Constantino y Licinio se convirtieron, por tanto, en soberanos absolutos de Occidente y Oriente. Sus relaciones fueron tirantes desde un principio. En el año 323, al plantear Licinio en el oriente una política hostil a los cristianos, se inició la batalla decisiva. En el otoño del 324, Constantino obligó a Licinio a abdicar y, poco después, ordenó ejecutarlo como enemigo del imperio. Constantino había alcanzado su meta: la monarquía universal, bajo la forma del Dominado. La tetrarquía, lo mismo que el triunvirato al final de la República, se había manifestado como una solución transitoria. Los trece años de monarquía absoluta (aunque nominalmente sus hijos Crispo, Constantino II, Constancio II y Constante eran corregentes con el título de césares) se vieron ensombrecidos por una tragedia familiar: la ejecución de Crispo y de la emperatriz Fausta. En estos años Constantino consolidó y completó el edificio del nuevo orden, cuyos cimientos y líneas fundamentales había creado Diocleciano.

b) *Restauración: El estado reformado.*

En el ordenamiento político y militar, social y económico, que surgió en casi cincuenta años, culminó la institucionalización y fundamentación ideológica del absolutismo militar. El sistema del Dominado adquirió validez jurídica. De ahí que hubiera pocas formas nuevas o creadoras en este ordenamiento estatal; constituyen sus rasgos característicos la adaptación realista a la situación del momento, la reorganización y la restauración. Ciertamente, dentro de estos límites, alcanzó una gran transcendencia, al resumir en una sola fórmula las tendencias aisladas y fragmentarias precedentes.

En sus reformas, Diocleciano no partió, en modo alguno, de un proyecto total y sistemático, sino del limitado objetivo de asegurar las necesidades del ejército y la defensa del imperio. Pero, su mismo carácter y el desarrollo de las medidas conscientemente tomadas por sus sucesores transformaron pronto el inicial pragmatismo de una «constitución de excepción» en un complejo sistema de grandes reformas políticas, sociales y económicas, de enorme resonancia, que condujeron a una monarquía absoluta. cuyo aparato de poder se caracterizaba por la centralización, la burocracia y el militarismo. El emperador era la única fuente del poder y del derecho; gobernaba con autoridad ilimitada. Desapareció para siempre la ficción jurídico-constitucional de principado imperial, como estado de excepción

continuamente prorrogado. Senado y funcionarios senatoriales asumieron funciones puramente representativas, aunque los senadores, como capa social, siguieron manteniendo un considerable prestigio y gran influencia. «A partir de entonces, se fortaleció el poder militar y se retiró al senado la facultad y el derecho de crear emperadores». Este juicio, de una generación posterior, resultaba evidentemente unilateral[5]. El ejército siguió siendo el fundamento decisivo del poder, pero el orden jerárquico del Dominado había sido sustraido a la arbitrariedad de las legiones. Junto a la fuerza pura y simple, apareció una nueva legitimación de la autoridad imperial: el ejercicio de la soberanía en virtud del derecho divino.

El poder absoluto del soberano no era sólo institucional y de derecho público, sino que se fundaba también en una ideología religiosa. En Roma, la identificación del emperador con lo divino o con la divinidad, no era algo completamente nuevo. Tal concepción ganó terreno con la penetración de las religiones orientales. También la tetrarquía fue, según la concepción de Diocleciano, un sistema teocrático, por el que, en virtud de su ascendencia divina y del derecho divino, gobernaban *Diocletianus Jovius,* como hijo de Júpiter, y *Maximianus Herculeus,* como hijo de Hércules. Evidentemente, el cristianismo no podía identificar al emperador con Dios, pero su legitimación y autoridad moral las recibía necesariamente de El. El carisma de la soberanía y del poder emanaba de la gracia divina. El verdadero origen del poder lo anuncian las monedas de finales del periodo constantiniano, en las que una mano surgida del cielo sostiene la diadema imperial. La figura del emperador como administrador terreno del poder divino está ya presente, en el fondo, en el concepto paulino de la soberanía. A partir de aquí se desarrollaron, tanto en la teología cristiana como en la fe popular, las representaciones del emperador como sustituto de Cristo en la tierra. El emperador tenía el derecho y el deber de realizar en la tierra el orden divino; al mismo timpo, era el «origen de todas las buenas acciones, la «luz del mundo». En los campamentos militares, en las oficinas y en las viviendas, su imagen se hallaba iluminada por las velas.

Tanto en los emperadores-dioses paganos como en los emperadores cristianos por la gracia de Dios, el origen divino del poder se manifestaba también en el atuendo y el ceremonial, de intensa influencia persa. La diadema de perlas incrustadas, el manto de oro y púrpura guarnecido de piedras preciosas, y el cetro y el globo, el incienso, las genuflexiones de los súbditos y el recogimiento en las recepciones y ceremonias oficiales —pre-

servado por un cuerpo especial, el de los *silentiari*—, servía para informar al común de los mortales de la elevada majestad del soberano. Como Cristo y los Santos, el emperador era representado con el nimbo, atributo de la majestad. También en el lenguaje oficial se reflejaba el carácter teocrático del poder. Todo lo que, aún lejanamente, tuviese algo que ver con la persona del emperador era ahora «santo» y «divino»: el palacio, un *sacrum palatium;* las promulgaciones imperiales, *divinae institutiones;* incluso el presupuesto anual de los impuestos se designaba como *divina delegatio*. El imperio ha cubierto el camino que va de la magistratura a la grandeza eterna; su titular, el camino que llega hasta Dios o hasta la representación de Dios en la tierrra.

Organos del ilimitado poder del emperador fueron la reorganizada administración imperial y el ejército recientemente reformado. Un gigantesco aparato burocrático, directamente subordinado al emperador, debía imponer su voluntad hasta en el último pueblo. Tal aparato se distinguió del sistema administrativo tradicional en múltiples aspectos. Un extremado centralismo se conjugó con una amplia unidad y nivelación en el aparato administrativo (que se reflejó, por ejemplo, en la supresión de la diferencia entre provincias senatoriales e imperiales) Con el centralismo administrativo vino, como siempre, la burocratización. Concebida como garantía del absolutismo imperial, esta administración, por su intrincada complejidad y largos trámites, así como por sus polémicas sobre competencias y por su abandono, entorpeció y paralizó en gran medida la vida del imperio. Hubo dos elementos característicos en este burocratismo del tardío imperio romano. En primer lugar, un cuerpo de funcionarios —cuya formación estaba exactamente regulada con un plan de estudios jurídico-teórico— estructurado conforme a una rigurosa escala jerárquica, lo que hacía surgir en cada funcionario una aguda conciencia de su rango. Tratamientos y títulos correspondían a un sistema exactamente fijado de acuerdo con la categoría de los funcionarios: del *vir perfectissimus*, pasando por el *clarissimus*, hasta el *spectabilis* e *illustris*[6]. El nombramiento para ciertos cargos llevaba consigo la incorporación automática de los elegidos a una clase similar a la de los senadores. Con todo, el título más elevado en cuanto a rango, el de *patricius,* era puramente honorífico y no correspondía a ninguna función determinada.

El segundo elemento fundamental del sistema burocrático era la fuerte diferenciación de derechos y deberes de cada funcionario, lo que creó notables dificultades en la coor-

dinación de las diversas funciones administrativas. Ya la separación iniciada por Galieno (253-268) entre el ámbito militar y la administración civil había constituido parte de este proceso. Ahora, la escala jerárquica se asocia a una detallada separación de tareas y delimitación de competencias. Este proceso se vislumbraba ya en los rasgos fundamentales de la administración imperial, en la que las 57 provincias iniciales se convirtieron primero en 100 y, finalmente (a comienzos del siglo V), en 120, al tiempo que hacían su aparición diócesis y prefecturas como divisiones intermedias. Una causa de esta evolución residía en la tendencia propia de la burocracia, de multiplicarse y de crear nuevas divisiones administrativas. Un prefecto pretoriano tenía a su cargo alrededor de seiscientos funcionarios y su sustituto, a trescientos. A ello obligaba, en parte, la existencia de las nuevas y amplias funciones de control y las tareas económico-fiscales de la burocracia. A esto se añadió el intento de alcanzar una estricta supervisión de la administración, a través de una recíproca vigilancia, lo que condujo, como en todo sistema centralista y absolutista, a un intenso clima de desconfianza. Elementos clave del sistema fueron los *magistri officii* del ejército y del aparato administrativo, que actuaban como secretarios de cancillerías o jefes militares y debían refrendar decretos u órdenes de funcionarios u-oficiales, cumpliendo así importantes funciones de control. Resulta significativo que el perfeccionamiento de la policía secreta alcanzara su punto culminante en este tiempo. El cuerpo especial de los *agentes in rebus* no sólo sirvió para el servicio de la correspondencia y las normales funciones de policía (llevaba, entre otras cosas, una lista de las personas sospechosas, desde los ladrones hasta los cristianos), sino también para el control de la administración y, especialmente, de la opinión pública. Para mantener en calma al pueblo y conseguir información [7], disponía de la censura de la correspondencia y de un amplio servicio de espías y delatores. El *agent provocateur* estaba presente en todas partes y la amenaza constante del terror policial hacía soñar a todo hombre influyente en «torturas, cadenas y oscuras mazmorras» [8]. Como instrumento de control de la opinión pública el sistema fue extraordinariamente eficaz, sobre todo si tenemos en cuenta las posibilidades técnicas de la época. Existía además una base formal jurídica, extensible a voluntad, para todos aquellos casos de *crimen laesae maiestatis*.

La estructura del nuevo aparato político fue compilada a principios del siglo V en la *Notitia dignitatum*, especie de manual sobre el estado. En ella se distinguen cuatro gran-

des sectores: la administración central, la administración civil general (administración regional), el ejército y la corte. La administración central constituía el centro nervioso político y administrativo del imperio y trabajaba en el lugar de residencia del emperador. El dignatario y funcionario de mayor rango era el *magister officiorum,* al que incumbía la supervisión y responsabilidad de los cargos cortesanos, de la totalidad de la administración y de las relaciones diplomáticas. Mandaba también (lo que contribuía a su gran poder) la guardia particular, a caballo, del emperador *(scholae palatinae)* y la policía secreta. Apenas menos influyente era el *quaestor,* especie de secretario de estado y ministro de justicia del emperador, por el que pasaban todos los escritos de súplica. De los dos ministros de finanzas, uno era responsable del fisco y de la administración financiera pública *(comes sacrarum largitionum);* el otro, de los ingresos privados del emperador *(comes rerum privatarum).* A sus órdenes trabajaba el cuerpo de empleados de la administración central, distribuido en múltiples negociados *(scrinia).* Junto con algunos otros altos dignatarios, oficiales y juristas, los ministros formaban el Consejo del emperador o *sacrum consistorium.* En las sesiones de este gabinete (que llevaba el significativo nombre de *silentium)* se preparaban las principales medidas políticas y administrativas. La dirección de la administración imperial, centralizada de este modo, hubo de enfrentarse con múltiples fricciones y disputas sobre competencias, teniendo en cuenta sobre todo que en la administración civil regional existían cargos importantes, cuyos titulares disponían de considerable poder e influencia: los cuatro prefectos del pretorio *(praefecti praetorio)* eran una especie de virreyes, que, con su cuerpo de funcionarios, dirigían las prefecturas de las Galias (con España e Inglaterra), Italia (con Africa y los Balcanes noroccidentales) Iliria (Balcanes y región del Danubio) y Oriente. En las zonas que administraban, tenían también la responsabilidad del suministro y reclutamiento del ejército. En las cuatro grandes prefecturas la administración imperial se estructuró en diócesis (primero doce, después diecisiete), administradas por un *vicarius,* y en 120 provincias. Estas habían sido sensiblemente reducidas para facilitar el trabajo administrativo y como medida de precaución. Como el gobernador provincial *(consularis,* pero también *proconsul, corrector o praeses)* no poseía ya ninguna competencia militar, existía en los límites provinciales un *dux* o comandante en jefe del ejército. Sólo la vieja y la nueva capital fueron excluidas de este sistema rígidamente articulado: Roma y Constantinopla eran administra-

das, cada una por separado (pero bajo el control de un *vicarius* imperial), por los *praefecti urbi* senatoriales.

La administración civil incluia una extensa y racional burocracia encargada de las finanzas y de los impuestos, ya que parte esencial de la reforma administrativa consistía en la elaboración de un nuevo sistema tributario. La reforma fiscal de Diocleciano creó por primera vez la posibilidad de calcular previamente con exactitud los ingresos del fisco y elaborar con ello un presupuesto estatal. El capítulo principal de impuestos del siglo III descansaba en la *annona,* un impuesto de derrama cobrado en especie a los propietarios de tierras. La *annona* se transformó después en un impuesto legalmente tasado (que podía seguir pagándose en especie). Su cuantía se fijaba por la superficie y calidad de las posesiones y según la producción del suelo en relación al número de colonos, esclavos y ganado doméstico allí acomodados. Esta *capitatio-iugatio* (impuesto mixto, agrario y personal) se tasaba de nuevo cada cinco años, y a partir del 312, cada quince años. Esta «indicción» tuvo tal significación en la vida pública y privada, que se convirtió hasta muy avanzada la Edad Media en la base para llevar la cuenta del calendario[9]. Desde el año 297, cayó sobre los súbditos un diluvio de declaraciones de impuestos y de notificaciones de reparto: «Los recaudadores aparecían por todas partes (...). Los campos eran medidos palmo a palmo; se calculaban las superficies cultivadas de viñedos y frutales; se anotaba el número de animales de todo género y se contaba a los hombres uno a uno»[10]. Informes completos y exactos calculaban detalladamente la potencia económica y la capacidad contributiva del imperio. El sistema impositivo, aplicado rigurosamente, sin tener muy en cuenta las particularidades económicas o las diferencias de la estructura social de cada provincia, fue, sobre todo inicialmente, muy duro para la población. Pero, indudablemente, dio lugar a un reparto más justo de las cargas fiscales y fue durante siglos el fundamento de las finanzas estatales.

El ejército seguía teniendo un peso decisivo. Persistió la situación defensiva; la paz ya sólo podía asegurarse con grandes esfuerzos y ambiciosos planes militares. El emperador era comandante en jefe del ejército; le estaban directamente subordinados los más importantes jefes militares, los *magistri militum.* El sistema, iniciado ya en el siglo III, de separación del ejército de campaña y de las guarniciones fronterizas es completado ahora: sólo una defensa estrechamente articulada podía responder a la situación estratégica. Para la vigilancia rutinaria de las fronteras

se estacionaron permanentemente en determinados sectores de los límites, en parte fortificados, guarniciones integradas por aborígenes, llamados *limitanei* o *ripenses*. En situaciones difíciles servía por el contrario, como reserva estratégica de choque en diferentes puntos, un ejército móvil de campaña, el *exercitus comitatensis* (derivado del *comitatus Augustorum*, tropas que acompañaban al emperador). Esta tropa de élite, generalmente de a caballo, estaba formada esencialmente por mercenarios extranjeros, sobre todo germanos. Tanto la guardia como el ejército de campaña estaban al mando de los *magistri militum praesentales*.

Armamento, organización y táctica experimentaron ulteriores cambios para adaptarse a la estrategia del enemigo persa y germánico. Las legiones fueron reducidas a una tercera parte de su capacidad numérica, mientras que las formaciones auxiliares bárbaras, muy apreciadas en el plano militar, pasaron a jugar un papel cada vez más importante. Pero la medida más radical fue el ulterior reforzamiento de la caballería acorazada, organizada en *vexillationes*, que pasó a ser el arma de choque más importante del ejército.

La fuerza total de todas las tropas alcanzó los 400.000 hombres, aunque, evidentemente, se trataba en su mayor parte de milicias y guarniciones de escaso valor combativo.

Un cuarto elemento era la corte, que no debe infravalorarse en el plano político. A la cabeza de un ejército de chambelanes, eunucos, *silentiarii* y servidores se encontraba el Chambelán Mayor (*praepositus sacri cubiculi*). Este cargo, pronto equiparado en rango al de los más altos dignatarios y generalmente ocupado por eunucos, tenía una destacada influencia en los asuntos del imperio.

En el nuevo estado, el aparato centralizado del poder, con su burocracia y su ejército profesional, estaba coordinado por el emperador, fuente de todo poder, al que competía el control del complejo funcionamiento del conjunto. El ciudadano era ya sólo un súbdito, cuyo primer y principal deber consistía en servir al estado y trabajar para su mantenimiento. Tras haber perdido, hacía ya mucho tiempo su libertad política, entregaba ahora su libertad social y económica para asegurar el orden y la supervivencia colectivas. Esta aspiración a organizar incluso la vida social y económica se mantuvo siempre viva. Las interminables guerras fronterizas y el aparato burocrático, constantemente ampliado, elevaron cada vez más las necesidades financieras del tardío estado romano. El inicial estatismo del sistema se transformó pronto en fiscalismo. La burocracia imperial, al tiempo que constituía un instrumento de administración y de poder, era

también un medio de explotación. La corrupción crónica de la burocracia no contribuyó a mejorar la situación.

Es difícil comprender cómo se desarrollaba en realidad la vida en este sistema y cuál era el verdadero grado de eficacia de tal aparato. Las exageraciones de sus contemporáneos son perfectamente lógicas en esta situación. Que la reglamentación de la vida fue en aumento lo testimonian los síntomas paralizadores, típicos en estos sistemas. Sin duda, existían limitaciones técnicas: la amplitud territorial del imperio y el estado en que se encontraban en aquella época los medios de comunicación y de correspondencia, impedían el perfeccionamiento del sistema. A pesar de todo, cualquiera podía darse cuenta de la actividad coercitiva del estado, que mostraba la peligrosa tendencia de inmiscuirse cada vez más en todo, con el natural fastidio de sus contemporáneos.

Este estado absoluto fue, en cierto sentido, una creación restauradora. Estabilidad y conservación constituían sus metas principales. Mediante una decidida simplificación del aparato estatal, aunque a costa de la libertad personal, el mundo romano estaba en disposición de seguir viviendo bajo nuevas formas y de defenderse aún por mucho tiempo de los ataques exteriores. Contrariamente a lo que podría suponerse, este orden estatal mostró una increíble resistencia y tenacidad. Cierto que, a la larga, desaparecieron destacados elementos (como la nueva supresión en el siglo VII de la separación del poder civil y militar), al tiempo que cambiaron competencias, cargos y títulos. Pero el absolutismo imperial, de carácter autocrático-oriental, y la burocracia centralizada, con sus múltiples cargos y su sistema fiscal, constituyeron los puntales del estado bizantino hasta el momento de su caída. También los estados germánicos recogieron la herencia del estado diocleciano-constantiniano, así como las decisiones de Constantino en el plano religioso.

c) *Revolución: Constantino y el Cristianismo.*

Junto a la reorganización del estado como un sistema de soberanía basado en la fuerza, vino con Constantino el aspecto revolucionario de su obra histórica: el reconocimiento del cristianismo como legítima religión del estado lo que iba unido a su conversión personal. Esta decisión causó gran impacto en la antigua religión y en la Iglesia y la fe cristianas, teniendo también extraordinaria trascendencia en todo el mundo histórico de los siglos siguientes. Tanto sus contemporáneos como las generaciones que les siguieron percibieron claramente su carácter revolu

cionario. El emperador Juliano calificó a su tío Constantino de «hombre revolucionario y subversivo de las viejas leyes y de las costumbres ancestrales»[11]. El pagano Zósimo vio en el edicto del año 313 la causa de la decadencia del imperio en el siglo V; los cristianos, en cambio, celebraron a Constantino como nuevo Augusto e instrumento de la Providencia. A principios del siglo IV, el cristianismo era aún una de tantas religiones de salvación de origen oriental. Pero, hacia la mitad del siglo, la Iglesia, a través de su influencia espiritual en la población del imperio, así como por su posición social y económica, se había convertido en una de las fuerzas vivas de la época, de extraordinaria influencia en la sociedad y la política, el arte y la cultura.

La religión antigua había sido siempre también una forma de religiosidad política. En ella se encontraba profundamente anclada la creencia de que la paz, el bienestar y el éxito de las ciudades y estados deben agradecerse a la acción de los dioses poderosos. El culto a determinados dioses estatales era, por esta razón, una función necesaria para toda sociedad organizada. A tan natural exigencia cedieron también las religiones orientales, que carecían de toda aspiración religiosa exclusivista. Los cristianos constituían, en este aspecto, la gran expectación; su fe les obligaba a rechazar el sacrificio a las divinidades oficiales, por lo que se consideró que ponían en peligro la ayuda divina al imperio, tan necesitado de ella en estos momentos de crisis. De «traidores a las leyes patrias» les calificó el filósofo pagano Porfirio (232-301). También el poder de los tetrarcas descansó en las convicciones tradicionales de una religiosidad política. Diocleciano, al querer imponer la unidad de la fe en la tradicional religiosidad romana, no hizo sino llevar a sus últimas consecuencias el sistema teocrático. Aquí y no en la presión de Galerio, fanático enemigo de los cristianos, residió la auténtica causa de las grandes persecuciones contra el cristianismo.

Parecía que iba a producirse una lucha desigual: el poderoso aparato del estado reorganizado contra las dispersas comunidades cristianas. A partir de Valeriano, en los decenios de discreta tolerancia, el cristianismo se había extendido extraordinariamente, sobre todo en el oriente del imperio, consiguiendo adeptos en el ejército y en la alta administración. Sin embargo, los cristianos sólo representaban hacia el año 300 una fracción mínima de la población imperial. Las medidas anticristianas de Diocleciano se iniciaron en el año 302, con una depuración incruenta en el ejército y en la administración civil. En el año 303, comenzó la persecución general con prohibición del culto, detención de clérigos, destrucciones de iglesias, quema de libros sagrados, sa-

crificios forzosos y numerosas ejecuciones. Tras la retirada de Diocleciano, la persecución prosiguió enérgicamente, sobre todo con Galerio y Maximino Daia.

Sin duda, la persecución se mostró como un gran error político de Diocleciano, que había subvalorado el enraizamiento de la nueva fe y su capacidad de resistencia pasiva. El edicto de parcial tolerancia para la fe cristiana que hubo de promulgar Galerio en Sárdica, en el año 311, implicaba el reconocimiento de que la destrucción de los cristianos era tan imposible como vencer su lealtad religiosa. El edicto obligaba a los cristianos a realizar algo a lo que, en realidad, nunca se habían negado: rezar a su Dios por la permanencia y bienestar del imperio. El primer paso político-religioso de Constantino, «el Edicto de Milán», promulgado conjuntamente con Licinio en 313, no hacía sino confirmar el edicto de tolerancia de Galerio, precisando más exactamente sus términos. Pero, para el posterior desarrollo de los acontecimientos, existía una diferencia fundamental entre que la nueva fe fuese tolerada por el estado junto a las demás religiones o que el soberano, haciéndola suya, la favoreciese decididamente. De ahí la extraordinaria significación de la decisión personal de Constantino; sin ella, la historia de la Iglesia y del imperio romano hubiese discurrido por caminos completamente diferentes.

Constantino era extraordinariamente capaz como militar, administrador y legislador y estaba dotado de una energía que, a veces, resultaba brutal. No podía ocultar la tosquedad característica del soldado ni la debilidad del autócrata por los personajes palaciegos. Como hombre de estado, era un planificador exigente y flexible en sus ideas. De su actitud religiosa y de sus posibles cambios sabemos pocas cosas con certeza. Conocemos al emperador a través de fuentes cristianas o paganas que, precisamente en esta cuestión, mantenían siempre una actitud parcial. Durante mucho tiempo dominó la brillante tesis de Jacob Burckhardt según la cual, Constantino sería, en definitiva, un político irreligioso y amoral, para el que el reconocimiento del cristianismo constituía un acto de frío cálculo, con el que utilizaba la nueva fe como fermento espiritual para la renovación del imperio. Esta tesis resulta ya insostenible, pues significaría atribuir a Constantino una visión demasiado profética para su época sobre las posibilidades del cristianismo. Constantino poseía, sin duda, una especie de predisposición religiosa y buscó con denuedo, durante mucho tiempo, la seguridad en la fe. Comenzó siendo adepto del Sol Invicto, para cambiar más tarde esta religión militar por un monoteísmo ligado al culto de Apolo, que paso a paso le condujo a la nueva fe. Posiblemente llegó a un

contacto y confrontación con el cristianismo bajo la impresión de la gran persecución. Sin duda alguna, muchos de estos pasos encajaron extraordinariamente en sus cálculos y consideraciones políticas.

Lo cierto es que, en el año 312 y ante las puertas de Roma, Constantino ordenó luchar a sus soldados con el anagrama de Cristo puesto en sus estandartes. ¿Se debió a una indicación del cielo en sueños durante la noche anterior (como refiere Lactancio), o lo intentó «a modo de prueba» para comprobar el poder del cristianismo, lo que le decidiría en caso de éxito a abrazar esta fe? Esto coincidiría con una concepción de la acción divina, que Eusebio atribuye al mismo emperador. «El que siendo creyente cumple con la ley de Dios y no traspasa sus mandamientos, es premiado con la plenitud de sus bendiciones (...) y con mayor fuerza para conseguir sus fines[12].» Cualesquiera que fuesen sus motivaciones personales, en el año 312, manifestó su posición personal en favor del cristianismo. La consecuencia de ello fue el Edicto de tolerancia de Milán, que definitivamente dio la libertad al cristianismo. Evidentemente, también jugaron aquí un gran papel las motivaciones políticas, sobre todo en Licinio, obligado a tener muy en cuenta las fuertes comunidades cristianas de Oriente. Pero es indudable que Constantino gobernó más tarde como decidido cristiano. Sus monedas mostraban emblemas cristianos, sus leyes favorecían a los cristianos; intervenía por intereses políticos y religiosos en la actividad eclesiástica. Actuando como soberano, pero sin un absoluto sentido dogmático, presionaba sobre donatistas y arrianos para unificar el culto a la divinidad y asegurar así la gracia del cielo para el imperio. Cuando murió, se le enterró en un mausoleo dispuesto por él mismo, junto a la Iglesia de los Santos Apóstoles, en Constantinopla, rodeado de símbolos conmemorativos de los doce apóstoles, conforme al concepto isapostólico de la futura ortodoxia.

Constantino no era un cristiano en el sentido moderno y espiritualizado de la fe. En su época, existía una compacta unidad de lo religioso y lo político. La divinidad era un poder que intervenía de manera muy concreta en este mundo y cuya ayuda debía, por tanto, requerirse, aunque su eficacia podía ponerse a prueba y tomar decisiones en consecuencia. De ahí que fuese tarea del hombre de estado buscar la recta fe e implantarla para la salvación del estado. Constantino no era ni el puro autócrata ni el *homo religiosus*, cuyas decisiones serían independientes de las consideraciones políticas. Para él, una decisión religiosa

podía contener componentes políticos, sin que en ello viese una contradicción.

Constantino no concebía una tajante separación entre los campos político y religioso, pero tampoco aspiraba a imponer la exclusividad del cristianismo frente a otras religiones. No renunció (al igual que sus primeros sucesores) al cargo de sacerdote de la religión pagana estatal *(pontifex maximus)*. El paganismo no fue perseguido; funcionarios paganos detentaban todavía gran parte de los altos cargos. En realidad, el edicto de Milán se pensó como un estatuto de tolerancia para todas las religiones: «Que a los cristianos y a todos los demás les sea dada la posibilidad de confesar libremente la religión por ellos elegida, para que lo que de divino y celestial exista sea propicio a nosotros y a nuestros súbditos» [13]. Tal tolerancia en los principios del estado constituia una novedad inaudita. Claro que —aunque *de iure* duró hasta el año 378— la situación de tolerancia desapareció pronto ante la necesidad del estado de conseguir el apoyo de una religión políticamente fuerte. Constantino no elevó nunca el cristianismo a religión oficial y única del estado; tan sólo lo liberó de su hasta entonces ilegal situación, equiparándole, como *religio licita,* a las demás religiones. Se devolvieron a las comunidades sus bienes confiscados y clérigos e iglesias recibieron, como corporación, los mismos privilegios jurídicos que el clero pagano. La simple equiparación jurídica abrió a la Iglesia enormes posibilidades de desarrollo. Ya en los últimos años de Constantino, se manifestó un claro favoritismo hacia la religión cristiana frente a las demás. La política religiosa de Constantino aceleró la caída del politeísmo pagano y el retroceso de las religiones reveladas orientales. Se inicia entonces un intenso proceso de expansión del cristianismo; a lo largo del siglo, fue cristianizada una gran parte de la población imperial, aunque por ello no murieron los viejos cultos. Formas religiosas paganas subsistieron hasta el siglo VI. El paganismo se redujo cada vez más a un pequeño círculo de gentes cultas y a las zonas campesinas menos desarrolladas. Ya por el número de fieles, la Iglesia se convirtió en un factor de poder, junto al emperador, al ejército y a la administración. A esto se añadieron medidas estatales en su favor: los obispos obtuvieron el derecho de fallar juicios inapelables en los procesos civiles entre laicos; las comunidades podían aceptar legados testamentarios y constituir patrimonios propios; el domingo cristiano fue reconocido como fiesta estatal. La Iglesia se fortaleció considerablemente, en el plano económico, mediante enormes donaciones. Las primeras construcciones eclesiásti-

cas monumentales de la cristiandad, como la Basílica Lateranense, en Roma, o la Iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, son, en parte, fruto de fundaciones de la misma casa imperial. Al poder espiritual sobre los círculos cada vez mayores de cristianos entre los súbditos y en el ejército y a la posición económica y social de la Iglesia, se añadió el peso político de los altos cargos eclesiásticos, que se fue consiguiendo lentamente en las confrontaciones del siglo IV. La política religiosa de Constantino abrió así el camino a un mayor desarrollo de la Iglesia y de la cristiandad, independientemente de que el emperador se percatara de la transcendencia de sus decisiones.

Las grandes, aunque problemáticas, posibilidades de unión del emperador y la iglesia, fueron expuestas proféticamente en la «teología política» de Eusebio de Cesárea, uno de los consejeros cristianos de Constantino. Para Eusebio, el reino terrenal único y el Dios cristiano único encontraban con Constantino la unidad a que estaban predestinados: un imperio, un emperador, un Dios. Con ello se propugnaba una ligazón indestructible entre el cristianismo y el imperio romano, que para ambos podía resultar tan fructífera como peligrosa. Para el cristianismo, la revolución constantiniana constituía un triunfo con dos caras. La libertad y el apoyo del estado dieron a la Iglesia un poder y un desarrollo imprevisibles, que tuvieron consecuencias decisivas para la cristiandad. Al unir estrechamente sus intereses con los del estado, la Iglesia renunció a una parte de su independencia, lo que más tarde quedaría ampliamente demostrado en la política religiosa estatal. El entrelazamiento de la Iglesia con el mundo provocó pronto en la misma Iglesia movimientos de protesta, que condujeron a una crisis espiritual: «La Iglesia ha tomado a los príncipes cristianos en su seno y así, evidentemente, ha ganado en poder y riqueza, pero, en cambio ha perdido en fuerza interior» [14].

Por otra parte, las repercusiones del cristianismo y de la Iglesia sobre el mundo político y social eran también de doble filo. Las intromisiones del estado en las disputas internas de la Iglesia iban en detrimento de la fuerza y autoridad del poder político. Pues lo que en principio se desarrollaba en la Iglesia como disputa teológica y conflicto interno, terminaba repercutiendo en la política interior del imperio. Ciertamente, el cristianismo podía actuar como factor de unidad en el imperio y como sostén del absolutismo imperial, pero del mismo modo podía convertirse en un elemento de disgregación. Cuando la Iglesia se escindió en las grandes controversias teológicas de la época. esta división penetró también en el campo político, ame-

nazando con provocar la guerra civil. Constantino tomó además una decisión de importantes consecuencias: dio una nueva capitalidad al imperio. El 11 de mayo del año 330, inauguró solemnemente, en el lugar de la vieja Bizancio, la nueva ciudad sobre el Bósforo que lleva su nombre. Roma había perdido, hacía ya mucho tiempo, la función de centro gubernamental: Tréveris, Milán y Aquileia, Sirmio, Sárdica y Nicomedia habían sido las residencias de la tetrarquía. Esta situación correspondía al desplazamiento del peso político hacia el Este, determinado, a su vez, por la superioridad económica de la mitad oriental del imperio, con sus grandes metrópolis comerciales, y por la situación militar. Los frentes principales se encontraban ahora en las provincias de los Balcanes, en Armenia y en Siria. Ya Diocleciano, como Augusto de Oriente, residió por lo general en Nicomedia. En la fundación de Constantinopla jugaron también un papel importante las consideraciones de orden político, económico y estratégico. Pero, junto a ellas, se encontraban sin duda las motivaciones religiosas y político-religiosas. La nueva capital debería verse libre del lastre de las viejas tradiciones paganas y de los recuerdos políticos. Roma seguía siendo el centro venerable de las viejas tradiciones paganas, mientras que el centro de gravedad del cristianismo se encontraba en ese momento en Oriente. En Siria y Asia Menor existían en el siglo IV numerosos y florecientes centros eclesiásticos, mientras que, en comparación, la extensión y organización del cristianismo en Occidente eran más débiles.

Constantinopla fue fundada, sin ningún género de dudas, como una segunda Roma; como capital imperial y no sólo como residencia del emperador. En la organización de la administración y en la estructura de la ciudad se expresó esta aspiración, que no pasó desapercibida en Roma. La nueva ciudad tuvo, como la vieja Roma, un senado, un capitolio, catorce distritos, pan gratuito para la plebe, un palacio imperial y numerosos edificios oficiales. Pero existía una profunda diferencia: La nueva Roma (en la que no estaba permitido el culto público pagano) se manifestó como una Roma cristiana, como la capital del Imperio Romano Cristiano.

La fundación de Constantinopla tuvo incalculables consecuencias históricas: «Desde la fundación de Roma, no ha sido creada en el mundo una ciudad más importante que ésta» [15]. Constantinopla representa el triunfo de aquella peculiar síntesis de dominación romana, cristianismo griego y cultura helenística-oriental, que había de mostrarse como eficaz poder en los siglos siguientes. Durante mil años Constantinopla fue el centro

de gravedad de la vida y el último núcleo de resistencia del imperio bizantino. Que la ciudad conociese este destino dependió en gran medida de su posición extraordinariamente favorable. En las condiciones del siglo IV, la ciudad se encontraba en una posición dominante entre Asia y Europa, que hacía de ella, incluso desde el punto de vista geográfico, el centro del imperio y el lazo de unión entre Oriente y Occidente. Situada en la línea estratégica de las principales comunicaciones entre los frentes germano y persa, Contantinopla dominaba también las más importantes vías comerciaes entre las cuencas del Danubio y el Eufrates. Desde el punto de vista de la estrategia naval y del comercio marítimo, su posición era también extraordinariamente favorable; emplazada entre el Mar Negro y el Egeo, mantenía comunicaciones marítimas directas con Siria, Egipto, Africa del Norte e Italia. Su posición natural y sus modernos dispositivos de defensa hacían de ella la más importante fortaleza y la mayor ciudad comercial del Mediterráneo, sólo conquistada dos veces en el curso de su larga historia (en los años 1204 y 1453).

El ascenso de Constantinopla significaba la continua decadencia de Roma, que llevaba una digna y fantasmal existencia, a la sombra de sus grandes monumentos y de las viejas tradiciones. Ya sólo era el lugar donde los emperadores, en sus raras estancias, celebraban triunfos y aniversarios de gobierno. Sin embargo, la significación simbólica de Roma era todavía muy grande para los contemporáneos. A la *aeterna urbs* se ligaba la creencia mágica en la *aeternitas imperii,* de ahí la consternación que se produjo cuando los godos conquistaron la ciudad, en el año 410. Esto también afectó a los cristianos; a las tradiciones paganas se unía la tradición de Roma como ciudad de las tumbas de los apóstoles. Aquí se fraguó el futuro papel de Roma: la despolitización de la ciudad era la condición necesaria para que el papado, como centro de la cristiandad occidental, pudiese alcanzar un día la independencia.

III. IGLESIA Y CRISTIANDAD

Imperio e Iglesia, estado absoluto y cristianismo cambiaron la realidad de la vida y la existencia del individuo. El estado romano tardío constituía tan sólo la cobertura exterior de este cambio. Los modelos y las formas de vida individuales y sociales, surgidos de la acción recíproca del orden político absolutista y de la revolución espiritual del cristianismo, sobre-

vivieron a tal estado. Con el ascenso de la Iglesia en una sociedad que se estaba renovando, se completó el proceso de transformación, que debía constituir las bases del futuro.

Los decenios que van desde Constantino a la muerte de San Agustín (430), constituyeron la gran época de la cristiandad. De una secta, no sin influencia pero sí reducida, la Iglesia se convirtió con gran rapidez en una organización que abarcaba todo el imperio. Partiendo de las catacumbas (en las que ciertamente no había vivido de hecho, pero sí desde el punto de vista político y espiritual, la Iglesia llegó a convertirse, junto al estado, en un factor de poder.

La Iglesia del siglo IV es una *ecclesia triunphans*. Los creyentes se entregan a sus obligaciones con la conciencia de pertenecer a una comunidad que ha conquistado su propia libertad y ve ante sí un grandioso futuro. Las nuevas posibilidades de acción y su gran atractivo hacen de la Iglesia en el orden espiritual y cultural, durante la época de los Santos Padres y del primer arte cristiano monumental, un factor creador. El nuevo espíritu se expresa a través de las representaciones artísticas de Cristo. En los monumentos de la época, como en el sarcófago romano de Junio Basso (358), en los relicarios de Brescia (alrededor del año 370) y, más tarde aún, en San Vital de Rávena (530-547), no nos encontramos la figura dolorosa y barbada, que se convertirá en típica de la iconografía bizantina del siglo VI. El elemento central no es la Pasión, sino el Cristo triunfante con la cruz como signo de victoria. De la figura del joven Maestro, del taumaturgo o del juez del mundo, que, entronizado en la gloria, entrega a Pedro la ley, emana un sentido de apertura hacia el mundo, de triunfo y dominación. En estas tempranas representaciones de Cristo perdura el tipo dionisíaco, propio del arte romano-tardío. Pero en la adaptación a Cristo de este tipo de imaginería —«no conocemos su rostro, como tampoco el de su madre», escribía San Agustín— se manifiesta claramente la espontaneidad de la fe en esta época.

La fe y sus problemas penetran también rápida y profundamente en las amplias masas, modificándose el sentido y la concepción del mundo de todos los grupos sociales. En el año 382, el obispo Gregorio de Nisa nos ofrece un cuadro muy instructivo de la atmósfera reinante en Constantinopla: «La ciudad está llena de gentes, que dicen cosas ininteligibles e incomprensibles por las calles, mercados, plazas y cruces de caminos. Cuando voy a la tienda y pregunto cuánto tengo que pagar, me responden con un discurso filosófico sobre el Hijo engendrado o

no engendrado del Padre. Cuando pregunto en una panadería por el precio del pan, me responde el panadero que, sin lugar a dudas, el Padre es más grande que el Hijo. Cuando pregunto en las termas si puedo tomar un baño, intenta demostrarme el bañero que, con toda certeza, el Hijo ha surgido de la nada»[16]. Los grandes problemas de la fe no eran asunto exclusivo del clero o de las gentes cultas, sino una cuestión vital para todo el mundo. Las sesiones o conclusiones de los concilios se discutían y criticaban como hoy ocurre con los partidos de fútbol o el «Tour de France»; tal era la intensida con que estos problemas ocupaban la mente de las amplias masas populares.

a) *El ordenamiento eclesiástico*

Desde sus comienzos, un orden perfectamente estructurado distinguió al cristianismo de las formas comunitarias mucho menos rígidas de otros cultos. La Iglesia, como comunidad edificada jerárquicamente, que transmitía la salvación al hombre, creó en su seno una capa dirigente que, por su selección, su espíritu de cuerpo y su estricta organización, no tuvo paralelo en las religiones orientales de los misterios. Con ello, se constituyó un clero rígidamente organizado, que, al contrario del de los cultos oficiales, no se hallaba ligado al estado. Esta independencia fue reforzada por los privilegios constantinianos. La Iglesia pudo así convertirse, por su influencia en el estado y en la sociedad, en aliado decisivo o en poderoso oponente de las fuerzas políticas. Pero ése era tan sólo un aspecto del ordenamiento eclesiástico. Otro factor importante consistía en el hecho de que su estructura organizativa fue hábilmente uniformada con la de la administración estatal. Independencia y solidaridad interna, juntamente con el apoyo de las organizaciones políticas, constituyeron la base del éxito y de la supervivencia de la Iglesia. La Iglesia era una Iglesia episcopal; el elemento central del ordenamiento eclesiástico lo constituia la autoridad del obispo. En lugar de la dirección colegial de los ancianos, se había afirmado ya desde el siglo II en cada comunidad la posición rectora del obispo. La autoridad y dignidad del cargo emanaban del concepto de la *successio apostolorum*. Todo obispo, a través de una larga serie de predecesores, era considerado como sucesor de los apóstoles, los cuales habían transmitido a los rectores de las primeras comunidades cristianas la autoridad docente de Cristo. Con su sentido autoritario, casi despótico, Ignacio de Antioquía (muerto hacia el año 110) tiende ya a con-

vertirse en omnímoda autoridad docente, consagrante y jurisdiccional. La posición preeminente del obispo en la jerarquía persistió también en el sigo IV. Elegido por el pueblo de su diócesis, y más tarde por el sínodo metropolitano, dirigía su propia comunidad con plena autonomía. Su extenso poder descansaba no sólo en su autoridad docente y espiritual, sino también en su reconocida potestad jurídica sobre el clero y las propiedades eclesiásticas. Los presbíteros y diáconos eran nombrados y, frecuentemente, mantenidos por él, que les controlaba con el mismo rigor con que administraba los bienes diocesanos.

Respecto a los laicos, disponía de las amplias medidas disciplinarias eclesiásticas, pero también del derecho a emitir juicios inapelables en los conflictos civiles. Todo ello le confería una influencia y consideración, en su lugar de residencia, que frecuentemente superaba a la de la autoridad civil. Tan especial posición social no era privativa del obispo, alineado por su rango entre los altos funcionarios del imperio y libre en todos los asuntos religiosos de la potestad judicial civil, sino que también los clérigos se beneficiaban de grandes privilegios (estaban exentos de las cargas comunales y del servicio militar). Esto hacía atractivo el estado sacerdotal, incluso para las clases sociales elevadas, como la de los curiales (cf. más adelante, pp. 75 y siguientes); no sin razón, los emperadores promulgaron leyes contra el abandono de los cargos comunales por el servicio eclesiástico. La riqueza de ciertos clérigos y el enriquecimiento de las comunidades por las dádivas imperiales o privadas condujeron, en ciertas sedes episcopales, a ostentosos modos de vida, criticados por los contemporáneos como moralmente escandalosos. Pero, por otra parte, el obispo contribuía considerablemente a mitigar las necesidades sociales, mediante la caridad, el cuidado de los enfermos y las hospitales. La estructura de la Iglesia episcopal correspondía a la constitución de la ciudad, ya que la ciudad y su región formaban la jurisdicción del obispo. De ahí que las diócesis fuesen mucho más pequeñas que hoy; solamente en el Norte de Africa había en aquel tiempo más de 300 sedes episcopales. Los obispos metropolitanos tenían cierta jurisdicción eclesiástica sobre los de cada ciudad. Sus jurisdicciones coincidían muchas veces con los distritos de las provincias imperiales. En la fase final del imperio romano de Occidente, esta estructura eclesiástica, que correspondía a la administrativa, permitió a la autoridad episcopal, gracias a su influencia espiritual, a sus atribuciones jurídicas y a su poder económico, sustituir temporalmente la organización civil-estatal, que

se vino abajo en el transcurso de las guerras contra los invasores bárbaros.

A través de la constitución metropolitana, sancionada en Nicea, se desarrollaron las zonas de influencia de los grandes patriarcados. Muy pronto existieron algunas Iglesias madres de fundación apostólica —como Alejandría, Antioquía o Roma—, cuyas comunidades filiales se regían según el ordenamiento y usos de estos especiales protectores de la verdadera tradición. Al considerarse estas Iglesias como misionales, las comunidades filiales empezaron a depender de las originarias, que poco a poco se atribuyeron jurisdicción sobre un grupo de provincias eclesiásticas. A lo largo del siglo IV, se formaron cinco de estos patriarcados, definitivamente sancionados por el concilio de Calcedonia del año 451: Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén y Roma (la cual, en su origen, era una de las sedes patriarcales, independientemente de la posterior posición especial del obispo de Roma). El rango especial de estas sedes episcopales no sólo dependía de su importancia como grandes centros religiosos, sino también del hecho de estar enclavadas en puntos neurálgicos de la administración, de especial significación política y económica. Sólo Jerusalén no era ni sede de un gran poder político ni un gran centro de misión; retuvo una posición honorífica entre los mayores patriarcados en virtud de su tradición religiosa.

La estructura de la Iglesia era esencialmente administrativa y disciplinar. Obispos y patriarcas poseían autoridad docente, pero no dogmática. Se aceptaba la igualdad de rango de todos los obispos como responsables de la transmisión de la fe, igualdad que había defendido con decisión el cartaginés Cipriano, a mediados del siglo III. Las cuestiones dogmáticas y teológicas las debatía y decidía una asamblea de obispos: el sínodo, que podía limitarse al ámbito metropolitano o reunir a todos los obispos de un patriarcado. Por intervención del emperador Constantino se creó después una institución semejante, que abarcaba la totalidad del imperio: el sínodo general o concilio ecuménico, asamblea que reunía a todos los obispos cristianos para deliberar y tomar conclusiones sobre cuestiones litúrgicas, dogmáticas y jerárquicas de la Iglesia universal y de sus miembros. El concilio era convocado y presidido por el emperador, pues no existía una autoridad eclesiástica superior, investida del necesario poder para sustituir al emperador en estos menesteres.

El papel dominante de las sedes episcopales y de los patriarcados no acabó con la conciencia de la unidad en la fe

común y en una misma Iglesia. La Iglesia de los obispos era la Iglesia «una, santa, católica y apostólica» —que comprendía unitariamente a todos los hombres y que conservaba la tradición apostólica de la fe, esforzándose en la imitación santificadora de Cristo.

b) *Jerarquía, comunidad, monacato.*

La ascensión y el desarrollo de la Iglesia modificaron la estructura personal y social, además del armazón institucional. La transformación de los grupos rectores, la extensión de la comunidad y el nacimiento del monacato, como tercera fuerza junto al clero y los laicos, fueron factores que incidieron en el cambio de la función social de la Iglesia.

A pesar del rápido crecimiento de la jerarquía en el siglo IV, la Iglesia se hizo con un amplio grupo de fuerzas rectoras extraordinariamente capacitadas, sobre todo en las filas del episcopado. Los nuevos hombres que dieron personalidad a la Iglesia, procedían de todas las capas sociales, aunque habían sido formados e influenciados por la aristocracia; en ello residía su fuerza. Hasta muy avanzado el siglo VI, muchos de los principales teólogos e influyentes políticos de la Iglesia provenían de la clase dirigente, de las grandes familias nobles del imperio. El estrechamiento del campo de iniciativas y decisiones en la actividad social, a causa del inmovilismo burocrático de la administración estatal, condujo a muchos de los mejores talentos intelectuales y prácticos de la época a la Iglesia, que ofrecía una mayor libertad de acción. Frecuentemente abandonaban prometedoras carreras en la administración civil o en la universidad para introducirse en los rangos dirigentes de la jerarquía eclesiástica. En muchos casos, el motivo no residía tan sólo en la devoción religiosa, sino sobre todo en lo atractivo de las nuevas ocupaciones. Pero junto a los grandes talentos prácticos y políticos actúan también espíritus de una extraordinaria envergadura, pasión y profundidad de pensamiento teológico. Bajo tales condicionamientos, surge la figura del príncipe de la Iglesia, que desde su residencia gobernará soberanamente su diócesis y que, sobre todo en las grandes sedes patriarcales, llegará a ser más poderoso, desde el punto de vista político y social, que el representante del emperador. En estas figuras episcopales, que se encontraban en la cima de la jerarquía, encarnaba entonces aquella compacta unión del poder político y religioso, que difiere extraordinariamente de la imagen contem-

poránea del sacerdocio y la moral cristianos. Pero, para estos obispos y teólogos, la procedencia divina de su cargo y su ministerio se extendía a todos los aspectos de la existencia. Para ellos, toda actividad mundana debía estar subordinada a la vida religiosa y todo orden terreno constituía una copia imperfecta del orden divino. Como en la antigüedad pagana, la extrecha correlación entre el mundo político y el religioso constituía aún un hecho indiscutible.

En el Occidente del imperio, en la Iglesia latina, la figura más destacada fue Ambrosio de Milán (339-397). Hijo de un alto funcionario del imperio, residente entonces en Tréveris como *praefectus praetorio Galliarum*, llegó a ser gobernador de la provincia Liguria-Emilia, tras cursar los normales estudios retóricos. Sólo entonces (374) se convirtió en obispo metropolitano, bajo la presión de la comunidad de Milán, capital de su provincia. Ambrosio fue menos un teólogo que un hombre de extraordinario sentido práctico para los asuntos eclesiásticos y un magnífico pastor de almas y orador sagrado. Pero, sobre todo, fue el principal político de la Iglesia de Occidente en la lucha contra el arrianismo. Al mismo tiempo, como influyente consejero de tres emperadores, jugó un papel político transcendental en las crisis internas del Imperio Romano de Occidente. Decisivo para la ulterior relación de la Iglesia y el poder secular en Occidente, fue el hecho de que Ambrosio no renunciara nunca, ni en la teoría ni en la práctica, a la independencia de la Iglesia frente al emperador, a pesar de su estrecha colaboración con la autoridad imperial: «El emperador está en la Iglesia, no sobre la Iglesia». Llegó al extremo de obligar a hacer penitencia pública al mismo Teodosio, tras la masacre que éste llevó a cabo en Salónica, en el año 390. Defendió con la misma fuerza la autonomía del episcopado frente al obispo de Roma, al que solamente correspondía un *primatus confessionis et fidei*, pero no *honoris et ordinis* (precedencia en la confesión y en la fe, no en dignidad y jerarquía)[17]. Ambrosio, autor de la primera ética cristiana *(De officiis ministrorum)*, reune las tradiciones políticas de la romanidad con las obligaciones de la nueva fe; fue uno de aquellos nobles romanos que, en el paso de la administración imperial a la jerarquía eclesiástica, acuñaron el estilo propio de los príncipes de la Iglesia.

De otro estrato social proviene el africano Agustín (354-430), uno de los más grandes doctores de la Iglesia, al que se dio el título de *Doctor gratiae*. Hijo de una familia curial pequeñoburguesa, se dedicó, con grandes dificultades financieras, a los estudios universitarios y vivió durante mucho tiempo en Roma

y Milán como profesor particular de brillante futuro, pero insatisfecho de sí mismo. Profundas dudas religiosas, que describe en sus *Confessiones,* le impulsaron a la conversión, bajo la influencia de Ambrosio. Pero en poco tiempo, a partir del año 396, Agustín se convirtió, en su diócesis de Hippo Regius (Hipona), en el obispo dirigente de la Iglesia africana. Ocupado hasta el fin de sus días en sus obligaciones pastorales, en las luchas políticas de la Iglesia y en las disputas teológicas, murió el año 430, junto a la guarnición de Hipona, asediada por los vándalos. Tres temas centrales se destacan en sus trabajos teológicos: las polémicas con el maniqueísmo, la lucha contra los donatistas y el esfuerzo por dilucidar la cuestión de la gracia y del libre albedrío. Su fama como teólogo, su fuerza de persuasión y su no pequeño tacto político-eclesiástico contribuyeron decisivamente a salvar al África cristiana de su total caída en manos de la secta donatista.

Pero, Agustín no era sólo un simple teólogo brillante en la controversia y un gran político de la Iglesia africana. Como teólogo fue, por su teoría de la gracia y por su tratado *Sobre la ciudad de Dios,* el espíritu más profundo y fecundo que ha salido de la vieja Iglesia de Occidente. Su influencia fue decisiva para los estudios teológicos y la vida eclesiástica de Occidente hasta la alta escolástica. Influyó también en la dogmática, en la teología moral y en la mística, así como en la educación, en la política eclesiástica y en la teoría del estado. Más allá del dominio de la teología, este Padre de la Iglesia, a través de Buenaventura y Lutero, sobrevive aún hoy en la tradición espiritual de Europa, ejerciendo en ella una acción vivificadora.

Jerónimo (alrededor de 347-419/420) pertenecía a la generación de Agustín, pero poseía un carácter completamente diferente. Hijo de una familia acomodada de la alta burguesía dálmata, representaba a la tercera de las clases sociales que jugaron un destacado papel en la Iglesia. Jerónimo era solamente un sacerdote y no un obispo; en el fondo, no podía decirse que fuera un eclesiástico propiamente dicho, sino sobre todo una naturaleza cultivada y humanista. Tras vivir algunos años en Roma como secretario del Papa Dámaso I (366-384), ricas viudas romanas de su feligresía le facilitaron la construcción, en Belén, de una especie de monasterio destinado al estudio y provisto de una biblioteca, que constituyera un lugar de vida cristiana retirada y de trabajo científico. Jerónimo, hombre de inmensa erudición, fue el más grande polígrafo de su tiempo. Consciente de ello y, sin embargo, siempre deseoso del reconocimiento de los demás, era al mismo tiempo extraordiamente irritable y mordaz. Solía apostrofar a sus enemigos con expresiones como «burros

de dos patas», «comedores de cardos» o cosas por el estilo; en aquel tiempo, a la precisión dialéctica de la teología, que afrontaba cuestiones extraordinariamente difíciles, se unía con frecuencia un violento tono polémico, no siempre coincidente con la pobreza de pensamiento.

Jerónimo no era un teólogo propiamente dicho, pero su obra principal fue de gran significación para la Iglesia de Occidente y la cultura medieval: se trata de una obra gigantesca, fruto de veintiún años de trabajo, consistente en una traducción latina de toda la Biblia a partir del texto original: la *Vulgata*.

Hasta entonces existían efectivamente varias versiones lalatinas del texto bíblico, que en ciertas partes diferían bastante entre sí. La *Vulgata* y todas sus formulaciones fueron obteniendo poco a poco validez canónica. Pero, puesto que en la Edad Media casi todos los teólogos eran incapaces de estudiar el texto original, la traducción de Jerónimo adquirió finalmente también una extraordinaria significación para el trabajo dogmático.

También en la Patrística del Oriente griego nos encontramos con personas y obras de similar envergadura. Los «Tres Capadocios», los hermanos Basilio y Gregorio de Nisa y su común amigo Gregorio Nacianceno, provenían de una clase social similar a la de Ambrosio: la nobleza provincial terrateniente de Anatolia oriental; Basilio (alrededor de 330-379) era, de los tres, el más práctico y realista. En las grandes polémicas político-eclesiásticas se convirtió, junto con Atanasio, en la figura más importante en la superación del cisma arriano. Pero su sentido realista se mostró, sobre todo, en la reforma y primera auténtica organización del monacato. Basilio fundó algunos monasterios en las extensas posesiones de su familia y reguló con precisión la vida monacal, que debía ofrecer la posibilidad de meditación y recogimiento frente a la ya mundanizada Iglesia de su tiempo. Sobre este modelo, se estructura aún hoy el monacato de la Iglesia grecoortodoxa; aquí se perpetúa la sólida obra de Basilio.

Gregorio Nacianceno (329-330 hasta alrededor del 390) poseía un carácter completamente diferente; como Jerónimo, tenía una personalidad de erudito y escritor enormemente sensible y compleja y estaba dotado de una gran capacidad oratoria, a lo que unía sus extraordinarios conocimientos literarios. Curiosamente, fracasó por completo en la política eclesiástica. Consagrado obispo de Sasima en el año 372, se negó a tomar posesión de su cargo en «aquel mísero lugar». En el año 381 fue, durante algunos días, obispo de Constantinopla, pero se mostró completamente incapaz, en el punto álgido de las disputas cristológicas,

de entenderse con el clero y con su grey. Sin embargo, sus escritos, de depurado estilo, tuvieron una gran influencia en la historia griega a través de su liberal programa de formación cristiana, que incluía, con pequeños retoques, el ideal retórico de educación. Para los ortodoxos sigue siendo todavía el «Demóstenes cristiano», el estilista que más fielmente caracteriza la literatura clásica greco-cristiana.

En contraposición a Basilio, Gregorio de Nisa (335?-394), a pesar de su variada e influyente carrera episcopal en Anatolia, no puede ser considerado como un político eclesiástico, sino como una naturaleza contemplativa, con exraordinarias dotes místico-especulativas. Educado profundamente tanto en la filosofía platónica y neoplatónica como en las ciencias naturales y en la medicina, Gregorio pasó a ser la mayor autoridad en cuestiones teológicas y dogmáticas de la Iglesia griega, a finales del siglo IV. Se interesó especialmente en problemas de antropología, redención y escatología. Como teólogo es un espiritualista platónico, en la vía de Orígenes, cuyas concepciones desarrolla en múltiples sentidos. Une a la especulación platónica, elemento intelectual de su teología, una piedad místico-extática, ya que el fin último de todo su esfuerzo teológico es la unión del alma, purificada por la ascesis, con Dios. En Gregorio, el elemento griego de racionalidad especulativa se relaciona muy estrechamente con una concepción religiosa oriental, el deseo de llegar a la inmediata visión de la divinidad en su esencia corpóreo-espiritual.

Junto a los «Tres Capadocios», se encuentra una generación más vieja, a la que pertenece Atanasio de Alejandría (alrededor de 295-373), el político eclesiástico más importante del siglo IV. Señor, desde el año 328, del más poderoso aparato eclesiástico de su tiempo, fue también la personalidad más destacada entre las muchas que sobresalieron en la sede patriarcal de Alejandría. Cabeza dirigente de los ortodoxos durante el cisma arriano, debió producir ya en sus contemporáneos una impresión imborrable. Cuando se trataba de la meta de su vida —la lucha por la verdadera doctrina y, al mismo tiempo, por la preeminencia de la sede patriarcal de Alejandría— se mostraba inflexible, apasionado e intrépido. Fue un político que, a pesar de sus cinco destierros, persiguió sus metas con tanta tenacidad y acierto como con decidida energía, con intrigas y, si era necesario, con brutal autoridad. Sus contemporáneos afirmaron que no retrocedía ni siquiera ante el crimen cuando se trataba de sus enemigos político-eclesiásticos; por lo menos, no se mostraba nunca mojigato en desear su muerte (así, por ejemplo, decía de Arrio: «Ese hereje ha reventado en la letrina», la única muerte que, según Ata-

nasio, se merecía)[18]. Bajo la influencia de esta poderosísima figura, los conflictos internos de la Iglesia se veían dominados por intensos odios y las disidencias se producían en un sobrecargado clima de enfrentamiento, que nunca se daba en las relaciones con el paganismo.

Cuanto más fuertes eran las motivaciones político-eclesiásticas que incidían en esta lucha, tanto más resalta la figura de Atanasio, como eclesiástico y obispo gobernante, frente a las anteriores generaciones filosófico-especulativas de teólogos alejandrinos; las motivaciones decisivas de su comportamiento fueron, sin duda, sus convicciones teológicas y la voluntad de mantener la verdadera doctrina. Pese a los dudosos rasgos de su carácter, la figura de Atanasio era de tal envergadura, que no actuaba nunca *mala fide,* sino que sinceramente estaba convencido de la rectitud de sus actos. El es el precursor de todos aquellos prelados, más dados a la política que a la teología, que tanto abundan en la historia de la Iglesia griega. Sin duda, su lucha contra los ataques del poder político y contra la evolución del cristianismo hacia una mera filosofía de tipo idealista, hizo volver a la Iglesia, en un momento decisivo, a su original carácter de institución salvadora.

La transformación de la capa dirigente indica, en sentido vertical, las nuevas posibilidades de la Iglesia en la sociedad. Simultáneamente, se produce la extensión horizontal, el crecimiento de la comunidad cristiana entre las grandes masas de la población imperial. No poseemos datos estadísticos para tal afirmación, sino sólo ciertos puntos de referencia, como el número creciente de sedes episcopales y la extensión de la institución metropolitana, que a finales de siglo se implantó en todo el imperio. De tales indicios se deduce un fuerte crecimiento de la religión cristiana en el imperio durante el siglo IV. También obtuvo el cristianismo nuevos seguidores en provincias hasta entonces poco evangelizadas, sobre todo en el norte de Italia, Francia, Renania y España. Se evangelizaron también las zonas rurales donde aún estaban muy extendidas entre los *pagani* («habitantes de las aldeas» = «paganos») las creencias mágicas y demoníacas. La obra misionera, llevada a cabo por obispos como Martín de Tours o Vigilio de Trento, creó las bases de la organización eclesiástica en el campo. Pero la misión traspasó las fronteras del imperio y alcanzó a las tribus godas de Rusia meridional, así como a Abisinia, muy al Sur de la esfera de influencia romana. Nada ilustra más significativamente el continuo avance de la cristianización como la restauración pagana intentada por el emperador Juliano, basándose originalmente en la estructura de la Iglesia cristiana,

restauración que nunca pudo desarrollar una acción amplia y profunda.

La entrada de amplias masas en el cristianismo no fue el resultado de la presión externa o del mero oportunismo. La política religiosa del estado fue en el siglo IV —aparte de contadas excepciones— muy tolerante. Las conversiones obligatorias sólo se producían muy esporádicamente, lo mismo que las manifestaciones de fanatismo por parte de algunos monjes y obispos contra las comunidades religiosas paganas. Ni siquiera existió una presión indirecta, pues los paganos seguían teniendo posibilidades de acceso a los cargos públicos, como lo demuestra la temprana carrera de Agustín. Constantino favoreció claramente a la Iglesia; esta inclinación del soberano pudo convertirse para muchos en motivo suficiente para aprovecharse de una Iglesia encumbrada en la sociedad. Pero una intromisión directa del estado sólo se produjo contra ciertos cultos orientales, escandalosos desde el punto de vista moral. En honor a la verdad, bajo Constantino II, se agudizó la política oficial: se promulgaron leyes contra los sacrificios paganos y se cerraron algunos templos. Pero, durante los reinados de Joviano, Valentiniano I y Valente, se volvió de nuevo a la antigua tolerancia oficial respecto al paganismo. Las medidas posteriores de los emperadores comprendidos entre Teodosio y Justiniano muestran que el paganismo pudo seguir existiendo durante mucho tiempo entre el pueblo llano y determinadas clases cultas.

Se plantean aquí dos interrogantes: ¿Por qué se produce en el siglo III un cambio en la actitud religiosa que hace abandonar el politeísmo tradicional por las religiones orientales, en las que la promesa de una redención personal y de una vida individual después de la muerte está condicionada a elevadas exigencias éticas? ¿Por qué el cristianismo, de modo tan sorprendente, gana la preeminencia entre estos cultos, a primera vista emparentados? El historiador pagano contemporáneo Amiano Marcelino lo atribuye a que el cristianismo es una *religio simplex et absoluta*[19]. Sin duda, el cristianismo era superior a las sutilezas esotéricas del neoplatonismo o a la confusión sincretista de algunas religiones de misterios, por su claro monoteísmo, basado en una revelación transmitida por escrito y en un creciente cuerpo dogmático cada vez más sólido. Junto a ello, la promesa de una resurrección del cuerpo puede haber tenido un atractivo especial; tampoco debe subestimarse la influencia de una jerarquía culta. Evidentemente, por encima de esto, la nueva fe debió poseer una particular fuerza de convicción, racionalmente inexplicable. En fin, no podemos hacer otra cosa que precisar el hecho de

que el cristianismo, sin gran coacción por parte del estado, se manifestó como la religión superior, aunque el proceso de desaparición de los cultos paganos durara hasta bien entrado el siglo VI.

Evidentemente, tal éxito tuvo también su lado negativo. Las conversiones masivas provocaron, casi necesariamente, un debilitamiento de la fe y un reforzamiento de las prescripciones dogmáticas y rituales. Tampoco pudo evitarse la penetración de usos y concepciones paganas. Tal vez, como secta oscura, el cristianismo hubiera podido protegerse de tales influencias. Pero la Iglesia hubo de pagar por partida doble el reconocimiento estatal y su constante extensión, permitiendo la introducción de tradiciones paganas y su creciente secularización, que, a veces, parecía anticipar, en aquella época histórica, el fin de los tiempos y la irrupción del reino de Dios. Muchas voces, como la de Jerónimo, criticaron que la Iglesia estuviese demasiado entregada a lo terreno: «Ahora se construyen iglesias con paredes de mármol, con gigantescas columnas, que van adornadas de magníficos capiteles; las puertas llevan adornos de ébano y plata. No condeno esto incondicionalmente (...) pero existe, con toda certeza, otro precepto fundamental: vestir a Cristo en los pobres, visitarle en los enfermos y acogerle en los sin casa»[20]. Pero la crítica más dura llegó del monacato, tercera fuerza eclesiástica, junto a la jerarquía y el pueblo. El monacato constituia un fenómeno relativamente tardío en la vida de la Iglesia; se distinguía claramente del mundo laico por su aspiración a realizar los ideales cristianos más rigurosos y de la gran Iglesia organizada, por la independencia de su jerarquía y su propio estilo de vida. En Egipto, bajo el influjo personal de Antonio, «el padre de los monjes» (muerto hacia el año 356), algunos cristianos, siguiendo la antiquísima tradición cristiana de la ascesis personal, se retiraron a cuevas y cabañas a orillas del desierto, para renunciar a las alegrías y tentaciones del «mundo». Lo que buscaban estos eremitas, estos fanáticos que trataban de huir del mundo, era la soledad para la contemplación, como perfecto culto a Dios. Esta forma individualista de la ascesis se conservó, sobre todo en Oriente, donde más tarde dio lugar al particular fenómeno de los estilitas (cf. más adelante p. 155). Casi simultáneamente surgió, junto al modo de vida eremita, un segundo estilo de existencia, cuya creación atribuye la tradición a Pacomio: el monacato «cenobita», compuesto por comunidades de monjes, que se establecían en pueblos monacales siguiendo ciertas reglas de vida ascética comunitaria. Bajo estas formas, el monacato se extendió, a lo largo del siglo IV, por Egipto, Palestina y Siria.

Pero fue la acción de Basilio la que dio fortaleza y perseverancia al movimiento monacal. Los grupos dispersos de eremitas y anacoretas cristianos se transformaron en comunidades monacales, cuyo fin primario no era vivir según las rígidas normas de la ascesis, sino la contemplación común en oración y caridad cristiana. El monacato basiliano buscaba, más que la automortificación, una vida del agrado de Dios, apartada del mundo. La alabanza de Dios no se consigue con la mortificación sino con una *ascesis spiritualis*, espiritualizada por la meditación. Las comunidades monacales nacientes que siguen estrictamente las instrucciones y reglas de Basilio, practican ya el voto de obediencia y el principio de la *stabilitas loci,* la unión por toda la vida al monasterio, que sólo debe abandonarse con autorización especial. Numerosas comunidades monacales de este tipo se encuentran ya repartidas por todo el imperio a finales del siglo IV; entre ellas, importantes fundaciones, que han llegado hasta hoy, como el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. Sólo entonces penetra en el Occidente del imperio la idea monacal. Debido, sobre todo, a la actividad de Juan Casiano (alrededor de 360-430/435), surgen en Marsella monasterios que siguen de forma mesurada los conceptos introducidos por Basilio, y la vida en comunidad regida por reglas sustituye a los círculos dispersos de ascesis privada, como los surgidos en torno a Martín de Tours o entre algunas damas de la nobleza romana. El elemento culto está ausente aún en el monacato del siglo IV y constituye una creación posterior de Occidente, debida a Benito de Nursia (alrededor de 480 hasta 547 aproximadamente), que tiene su más directo precedente en Casiodoro (cf., más adelante p. 208 y ss.).

En el monacato se manifestó una culta corriente de opinión del cristianismo de la época que protestaba contra el apoderamiento de este mundo por la *ecclesia triumphans.* El origen de esta corriente no se encontraba solamente en el deseo de revitalizar ideales ascéticos y rigoristas del cristianismo primitivo, en el resurgimiento de tradiciones orientales o en una reacción contra el orgullo de educadores que tenían los intelectuales cristianos. El monacato, con su negación de la sociedad, la política y la cultura, encarna la protesta contra determinadas formas de la Iglesia y la cultura de la época y, en general, contra el modo de vida del nuevo imperio cristiano; constituia la expresión de la duda radical sobre la compatibilidad de tan diversas concepciones como las sostenidas por el estado romano y la Iglesia cristiana. En amplios círculos, mas allá de la crítica dirigida contra la secularización de la Iglesia, existía —basta con ojear

las *Confesiones* de Agustín— una profunda y peculiar insatisfacción con la cultura de la época, derivada del reconocimiento de la incompatibilidad de las viejas y las nuevas formas de vida.

No es que sobre tales cuestiones se hubiesen suscitado agudas controversias entre paganos y cristianos. Odio y desprecio habían dado paso, hacía ya mucho tiempo, a una recíproca tolerancia. Precisamente las clases cultas, representadas en la Iglesia, se ganaron el respeto de los paganos, cosa hasta entonces imposible por el orgullo de su formación cultural. Ambas partes coincidían en su profundo amor a Roma y la cultura romana, a la que consideraban su común patria espiritual y, durante todo el siglo IV, mantuvieron amistosas y corteses relaciones, que incluso podrían calificarse como de gran liberalidad y tolerancia [21]. Pero precisamente tales contactos despertaban la conciencia de la incompatibilidad del cristianismo y los contenidos culturales del viejo mundo. Entre los cristianos clarividentes se imponía la opinión de que la cultura pagana tradicional era ya algo estéril, pero que, no obstante, no se podía prescindir de ella por completo. Del conflicto, casi insoluble, entre el cristianismo y las tradiciones espirituales de la cultura clásica, nació entonces, entre los espíritus más despiertos, aquel profundo sentimiento de malestar, que estimuló el desarrollo de las comunidades monacales y contribuyó a elevarlas por encima de la simple práctica ascética.

La protesta de los monjes se entendió como una vuelta a lo que se consideraba como la esencia del cristianismo primitivo. Bien es verdad que el monacato en su aversión hacia el mundo visible, en su deseo de acercar, mediante la ascesis, la existencia terrena a la divina (en el fondo, se trata de un intento de pasar, ya en esta vida, del devenir al ser), constituye, al mismo tiempo, la manifestación de la nueva fe más profundamente separada de la antigüedad clásica. Es en él donde se manifiestan con mayor pureza los orígenes y tradiciones orientales del cristianismo.

Pero el monacato no es una mera contracorriente del cristianismo, que trata de dar la espalda al mundo, sino un fenómeno mucho más complejo en su conjunto. En él se manifiesta claramente la relación dialéctica con el «mundo», que, aunque muy ocultamente, la encontramos también en la aparente conquista del mundo por la Iglesia. Con su propagación ganó pronto una gran consideración espiritual entre la población, como la forma más perfecta de vida cristiana y como una especie de sustitutivo del martirio. Un signo de tal consideración nos lo ofrece el hecho de que incluso los más altos funcionarios del imperio

abandonasen sus carreras por el claustro, fenómeno que se repite constantemente en la historia bizantina. Pero el monacato, como institución de protesta cristiana se convirtió a través de su poder espiritual en un instrumento simultáneo de poder y propaganda, capaz de actuar tanto en el campo político-social como en el eclesiástico. Esta doble función se manifiesta especialmente en los siglos VI y VII, sobre todo durante las disputas iconoclastas. Pero, ya en el siglo V, Constantinopla se vio conmovida por los disturbios monacales y la vida de Atanasio nos muestra la importancia que tenía para la política eclesiástica el apoyo de los monjes.

c) *Formas de la fe: Teología, devoción popular, arte.*

Los monjes, y no sólo ellos, habían protestado contra unas relaciones demasiado estrechas con el mundo. Pero la Iglesia, que tenía entre sus fines el de la transformación del mundo, no podía vivir en un espacio enrarecido; el ímpetu de la nueva libertad, junto a la simbiosis con el mundo pagano circundante, dio lugar a un espléndido desarrollo de la Teología, la literatura y el arte cristianos. El mundo espiritual pagano y el cristiano se hallaban íntimamente ligados, tanto en lo referente a las formas del culto y las prácticas devotas, como en la general creencia sobre la actuación de poderes invisibles en este mundo. Teología y piedad popular no pueden sustraerse al influjo del mundo en el que viven los cristianos. Aún conservando lo fundamental, tres siglos de contacto con tradiciones orientales, griegas y latinas habían modificado las costumbres y las formas de expresión del cristianismo. Con la revolución constantiniana se aceleró aún más la influencia recíproca.

Una de las grandes aportaciones del cristianismo en esta época fue la teología. Originariamente, la doctrina de la Iglesia consistía en la tradición del mensaje evangélico. En él se revelaban un conjunto de verdades, que podían ser interpretadas, pero no aumentadas con nuevos descubrimientos. Guardianes de la doctrina eran cada una de las comunidades apostólicas, donde se dieron las primeras interpretaciones divergentes del dogma. La tradición surge, en última instancia, de la lucha contra tales desviaciones; la herejía, siempre presente en la antigua Iglesia, es la madre de la teología. A su aparición contribuyó también otro poderoso impulso: la polémica con la filosofía, aún más determinante (y problemática) que la disputa eclesiástica interna sobre la verdadera tradición. Ya en la escuela alejandrina de

Orígenes (alrededor de 185-253/254), en el proceso de una más exacta determinación de las verdades de la fe, las tradiciones científicas de la antigüedad impregnaron inevitablemente la doctrina eclesiástica. La filosofía platónica y neoplatónica se convirtieron en el instrumento de la evolución dogmática y de las polémicas teológicas.

Desde finales del siglo I, sobre todo en su disputa con la gnosis, la Iglesia se aseguró sus relaciones con el mundo, partiendo de las formas de pensamiento griegas. Con el siglo IV comenzó un nuevo capítulo en la lucha por la conservación de la tradición y por una mayor exactitud en la comprensión conceptual de las verdades de la fe, esfuerzo que se hallaba necesariamente entrelazado con las disputas sobre el rango de las comunidades, las enemistades personales y los intereses político-eclesiásticos. Continuaron las confrontaciones con las corrientes filosóficas del paganismo, pues en la Iglesia empezaban a ser aceptadas la ciencia y la cultura clásicas. Los temas de discusión de los grandes concilios fueron planteados, debatidos y esclarecidos —con imprevisibles consecuencias— conforme a los conceptos y formas de pensamiento platónicos y aristotélicos, tan usuales entonces. Según el catálogo de herejías elaborado por Agustín en *De haeresibus,* existían en la Iglesia de su tiempo 88 grupos heréticos y cismáticos. Evidentemente, sólo algunos de ellos constituían un problema para el conjunto de la Iglesia. En las polémicas teológicas y político-religiosas del siglo IV, ocupaba un lugar destacado la cuestión, más bien regional, de la Iglesia donatista africana. Apoyándose en Cipriano los donatistas, así llamados por el nombre de su segundo jefe, Donato, hicieron depender la validez de los sacramentos del estado de gracia del sacerdote y rechazaron los sacramentos dispensados por sacerdotes apóstatas durante la persecución de Diocleciano. Con jerarquía y organización comunitaria propias, los donatistas se convirtieron, a lo largo del siglo IV, en una especie de Iglesia nacional, en la que alcanzó nuevo vigor la tradición del cristianismo africano, ya perceptible en Tertuliano, de enemistad hacia el mundo y el estado. Del ala izquierda de los donatistas surgieron fuerzas social-revolucionarias, sobre todo entre los *circumcelliones* (especie de «trabajadores de temporada»). Estos fanáticos, con oscuras concepciones religioso-anarquistas, dirigidos por «capitanes de los santos» y armados de mazas, llamadas «israeles», atacaron, al grito de *laus Deo* (alabado sea Dios), a los clérigos católicos y a los terratenientes[22]. Esta forma religiosa de oposición social, con la que no tienen paralelo alguno los primeros levantamientos de esclavos y campe-

sinos del imperio, convirtió al donatismo en un verdadero peligro, tanto desde el punto de vista religioso como político.

Más importante para la unidad del imperio y la Iglesia fue la cuestión suprarregional, aunque especialmente candente en Oriente, sobre la relación entre Dios Padre y Dios Hijo. Debido a su ligazón con las luchas político-religiosas por el poder, la controversia se extendió rápidamente hasta asumir las proporciones del gran cisma arriano, que dividió pasajeramente imperio y jerarquía, motivando violentos conflictos durante casi todo el siglo. Naturalmente, los laicos no solían comprender casi nada de aquellas sutilezas teológicas, pero, por lealtad a los dirigentes eclesiásticos locales, tomaban partido, apelando a los garrotes y a los puños, en pro de la «verdadera doctrina» y contra los «malditos herejes». «Ninguna bestia se muestra tan feroz enemigo del hombre como los cristianos cuando atacan a sus correligionarios», tal fue el mordaz comentario del pagano Amiano Marcelino[23].

Pero las emociones de la gran disputa dogmática sólo constituyeron el aspecto llamativo de la vida religiosa. La fe encontró su activa expresión diaria en los oficios divinos y en las múltiples formas de piedad popular, con lo que verdaderamente se buscaba la certidumbre de la salvación (la misma razón que motivaba las tomas de partido en las disputas dogmáticas). Sacramentos, ceremonias litúrgicas, fiestas eclesiásticas, días de abstinencia y peregrinaciones crearon una común experiencia religiosa, que, incluso en la Edad Media, como *catholica fides*, está por encima de las diferencias de clase. Las prácticas piadosas tampoco se sustrajeron, como la teología, a la confrontación con el mundo. Los usos y costumbres heredadas estaban, precisamente en las formas del culto, tan asentadas, y las analogías con las religiones orientales de misterios eran tan numerosas, que difícilmente la Iglesia hubiera podido evitar un proceso de adaptación y síntesis, en el que, en ciertos casos, se llegaron a aceptar demasiados elementos de la Antigüedad. El centro de la vida comunitaria era el culto divino. Como la cosa más natural, afluían imágenes y símbolos del exterior, tanto para configurar el primitivo sacrificio de la misa, hasta convertirlo en una rígida estructura ceremonial, como para organizar el ciclo del año litúrgico. Incienso, agua bendita y ornato de velas procedían del ceremonial de la corte y de las festividades de los misterios; la divina Virgen sobre la luna, del culto de Isis; las navidades fueron ya fijadas en tiempos de Constantino, en el aniversario del nacimiento del dios-Sol (25 de diciembre).

En la devoción privada pasa claramente a primer plano la veneración de los santos y de los mártires. Los relatos de sus sufrimientos (*acta, passio*), continuamente leídos, se convirtieron en el género literario que configuró más intensamente la piedad. Desde el punto de vista teológico, no se podía impugnar el que se invocase a los santos y a los mártires como intercesores, el que se considerase su vida como ejemplo, ni el que se erigiesen monumentos (*memoriae*) e iglesias a su memoria. Pero pronto surgieron costumbres anticristianas de las raíces de la fe popular, para la que el mundo estaba lleno de poderes sobrenaturales y espíritus buenos y malos. Se empezó a creer en el poder personal y milagroso de los santos. El naciente culto de las reliquias, basado en la convicción de la acción mágica de su contacto, derivaba también de concepciones paganas, así como las bodas de amor nocturnas —que pronto degeneraban en bacanales—, junto a las tumbas de muertos venerados, uso que Agustín y Ambrosio combatieron con energía. También las peregrinaciones tienen precursores y orígenes no cristianos, por ejemplo, en el judaísmo. La necesidad de centros conmemorativos, de santuarios, y peregrinaciones a los lugares en los que vivieron santos o grandes hombres, o en los que se apareció, según la creencia popular, una divinidad sobre la tierra, corresponde a un impulso ancestral de la naturaleza humana. Las peregrinaciones son en el cristianismo manifestaciones tardías; para la primitiva Iglesia, Cristo, como Dios transcendente y Señor del Universo, se hallaba en primer plano. Sin embargo, nunca cayeron completamente en el olvido los lugares de su peregrinar terreno. Ya en el siglo III, lugares como la gruta del nacimiento en Belén, Gethsemaní o el Huerto de los Olivos venían siendo visitados por algunos peregrinos, que esperaban dirigir desde allí plegarias especialmente eficaces y vivir intensas experiencias religiosas en contacto místico con Dios, lo que constituía el auténtico fin de su peregrinación.

Durante la época constantiniana, las peregrinaciones, sobre todo a Palestina, se producían ya en gran escala, favorecidas, en parte, por las que realizó la emperatriz-madre Elena, en busca de las reliquias de la Pasión. Sus excavaciones, naturalmente, sacaron a la luz la verdadera cruz, y en el lugar del hallazgo fue construida la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén. Diarios y cartas describen ya en estos años los viajes a Palestina y Egipto de peregrinos procedentes de Aquitania, o de damas nobles de Roma, a las que Jerónimo había estimulado para que emprendiesen tales peregrinaciones. Algunos Padres de la Iglesia, como Gregorio de Nisa, rechazaron de modo

radical estos viajes. Jerónimo, en cambio, aceptó la general creencia en el valor de tales peregrinaciones, afirmando que constituia un especial acto de fe rezar allí donde Cristo estuvo. Las peregrinaciones a Tierra Santa tomaron tal incremento, que, ya a principios del siglo V, vivían de ellas cerca de 200 monasterios y hospicios de los alrededores de Jerusalén. La importancia de las peregrinaciones siguió en aumento, a pesar de las pasajeras dificultades originadas por las invasiones de los bárbaros, y sólo se interrumpieron tras la conquista de los Santos Lugares por el Islam, aunque no por mucho tiempo. A las peregrinaciones va unido el nacimiento del comercio de reliquias. Cada vez era más frecuente que los peregrinos regresasen a su tierra con reliquias, a las que destacados teólogos de la época, como Ambrosio, atribuían un poder milagroso. El poeta Prudencio aseguraba a los creyentes que junto a la tumba de los mártires se alcanza la gracia divina y que sus restos son capaces de realizar milagros [24].

Tales manifestaciones de la vida eclesiástica no podían liquidarse fácilmente con la fórmula «paganización del cristianismo». Ninguna de las principales verdades de la fe se impregnó de concepciones paganas, a no ser que se quiera ver el desarrollo del dogma mediante el pensamiento filosófico griego, como un falseamiento de la doctrina original del Evangelio. Numerosos elementos extraños (que siguen actuando aún hoy entre católicos y ortodoxos), procedentes de la gran reserva de la fe popular antigua, han penetrado en la piedad cristiana, como se manifiesta en el culto y en las prácticas piadosas populares. Entonces, aquello, evidentemente, no parecía extraño, sino natural. El cristianismo cambió la esencia de la vida pero, al mismo tiempo, conservó profundas corrientes del comportamiento tradicional.

Crecimiento de la comunidad, liturgia y piedad popular fueron poderosos estimulantes para la literatura y el arte cristiano que, partiendo de los limitados comienzos del siglo III, llegan ahora a su primer gran florecimiento. Nace una nueva poesía específicamente cristiana y Ambrosio introduce en la Iglesia latina el canto de himnos durante los oficios, lo que fue tan importante para el desarrollo de la liturgia como para el de la poesía. Algunos grandes himnos eclesiásticos los redactó y compuso el mismo Ambrosio, como el *Deus creator omnium* o el *Aeterne rerum conditor* (sin embargo, no escribió el llamado Himno Ambrosiano). Junto a él se encuentra Hilario de Poitiers (alrededor de 300-306), pero sobre todo Aurelio Prudencio Clemente (348 hasta después del 405), el mayor poeta latino de la

Iglesia, que procedía de la nobleza senatorial de España. Maestro de las formas poéticas clásicas, que utilizaba con gran personalidad en la expresión de sus vivencias, compuso la respuesta en hexámetros al famoso memorial en defensa del paganismo de Símaco, prefecto de la ciudad de Roma. Por su forma y contenido, estos himnos son creaciones de una altura aún hoy impresionante. En ellos se expresan con claridad la conciencia de la Iglesia del siglo IV cara al mundo y sus esperanzas en el futuro, como puede apreciarse en los versos de Ambrosio:

Devota sanctorum fides
Victa spes credentium
Perfecta Christi caritas
*Mundi triumphat principem**.

De este modo, se creó una tradición cristiana, que, a través de Sedulio, Venancio Fortunato y Gregorio el Grande, llegaría hasta Beda el Venerable y la Edad Media.

La monumental arquitectura cristiana surgió por dos motivos de distinto orden: por la necesidad de sustituir las precedentes casas adaptadas por edificios adecuados para el culto de las cada vez más numerosas comunidades, y por la política oficial de construcciones eclesiásticas, que se inicia con Constantino. La casa de Dios se convirtió en una pieza de la arquitectura estatal, que representaba públicamente la nueva fe y manifestaba el cambio de orientación oficial hacia el cristianismo. Las grandes construcciones religiosas de Roma (Basílica Lateranense, San Pedro), pero también de Tréveris, Aquileia, Jerusalén y Belén, parten ya de la época constantiniana.

Uno de los modelos fundamentales de edificio religioso cristiano fue el de la basílica, desarrollado a partir de la basílica profana de la época imperial y adaptado a las exigencias de la liturgia. Era un edificio de varias naves con columnas y techo de madera; con un ábside, en que se asentaba el altar, situado en la parte angosta, haciendo frente a la entrada. Este esquema dominará en la etapa siguiente, sobre todo en las construcciones religiosas occidentales. De los mausoleos profanos y de las iglesias sepulcrales paleocristianas procedían los edificios de planta central octogonal, cubiertos por una cúpula y con una nave circular, delimitada por una columnata. Este tipo de construcción, representado ya en Roma, en la época constantiniana, por Santa

* La piadosa fe de los santos / la invicta esperanza de los creyentes / la perfecta caridad de Cristo / triunfa sobre el príncipe del mundo.

Constanza, pero sobre todo por la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, ejerció una gran influencia, especialmente en las formas arquitectónicas del Oriente cristiano. En contraposición a su austeridad exterior, las iglesias son adornadas interiormente con gran magnificencia, mediante frescos y mosaicos. Este tipo de construcción, de planta central, modesto hacia el exterior, pero resplandeciente en el místico esplendor de sus interiores, cubiertos de imágenes de Cristo y de los santos, constituye, por la combinación de mosaicos y arquitectura y por su orientación hacia el interior, la creación más destacada del arte cristiano de aquel tiempo.

En este tipo arquitectónico y en este estilo, en el lenguaje de las formas y en el repertorio de imágenes en frescos o en mosaicos, se manifiesta con claridad la fuerte influencia oriental en el arte cristiano. Espíritu y formas proceden fundamentalmente de Oriente y, bajo la capa cultural griega, se produce el resurgimiento de las tradiciones de la cultura oriental. En lugar de la decoración plenamente clasicista de las catacumbas preconstantinianas, que, a veces, conservan un carácter profano, aparecen elementos del arte egipcio y sobre todo del sirio, hierático y realista, creador, por ejemplo, del tipo de Cristo sufriente y lleno de majestuosidad. Una consciente y rigurosa estilización, símbolo de la inaccesible majestad divina, coloca al arte cristiano oriental en abierta oposición al romano-helenístico. Esta orientación estilística se extendió cada vez con mayor intensidad hacia Occidente, por influjo de las construcciones constantinianas de Palestina y las miniaturas y trabajos en marfil que se traían como recuerdo de las peregrinaciones. A pesar de las múltiples influencias, surgió en el arte cristiano de los siglos IV y V un estilo armónico, expresión monumental de la conciencia que de sí misma tenía la nueva religión triunfante.

d) *Iglesia y orden político*

La posición de la Iglesia respecto al orden político de la época no fue nunca unitaria. La relación dialéctica con el mundo de una parte de la cristiandad, determinó también el pensamiento de la antigua Iglesia sobre la realidad sociopolítica y sobre las normas de comportamiento político y social de un súbdito cristiano. Las soluciones para tal relación, muy variadas, iban desde la afirmación de Tertuliano de que nada es más extraño al cristiano que el estado *(nec ulla magis res aliena quam publica)* [25], hasta la de Eusebio, que consideraba necesa-

ria para la salvación la unión de Imperio y Evangelio. La polémica no versó nunca sobre el concepto abstracto del estado en sí, sino que partía siempre del imperio romano como único estado existente. Si, por una parte, el planteamiento se restringe a un plano histórico concreto, tiene también, por otra, aquella profundidad axiomática, en la que se hace visible un aspecto de la confrontación secular entre cristianismo y cultura antigua. Frente a la identidad del ser humano y el ciudadano, expresada por primera vez por Aristóteles, se halla la fundamentación transcendente de la existencia humana.

Evidentemente, existe un transfondo de experiencias y resentimientos tras las categorías teológicas y escatológicas con las que los Padres de la Igesia enjuiciaron al Imperio Romano como ordenamiento político. Las recientes vivencias de una existencia sin protección e, incluso, en abierta contradicción con el poder secular, no se olvidan fácilmente. También por este motivo la relación de la Iglesia antigua con el orden político fue siempre vacilante, incluso después del reconocimiento oficial del cristianismo. Pero este conflicto no se produce exclusivamente por razones históricas y psicológicas. La contradicción entre Iglesia y estado surge, de modo distinto a como sucedía en el paganismo, no sólo de las disputas sobre competencias, sino también de motivaciones sistemáticas: el orden mundano siguió siendo, en la mente de amplias capas de la Iglesia, una cuestión, al menos, problemática.

En sus comienzos, el cristianismo no poseía ninguna teoría política y social elaborada. Pero el Nuevo Testamento ofrecía dos planteamientos diferentes para una orientación práctica y teórica del cristiano de cara al estado, si prescindimos de la parábola del tributo al césar, más comprensible desde una posición quietista que desde una actitud revolucionaria. Frente a la indiferente lealtad hacia el estado de San Pablo, alimentada por la creencia en un próximo advenimiento del reino de Dios, se encontraba la identificación de Roma con Babel, como enemiga de la comunidad, tomada de San Juan y acuñada durante las persecuciones. Las palabras, tan importantes en las posteriores discusiones de Occidente, de la *ordinata potestas* (Romanos, 13) hacían referencia mucho menos a una completa obediencia a la autoridad, que a un simple desinterés por la historia terrena y la política. En la esperanza escatológica del próximo advenimiento del reino de Dios, era posible la renuncia a un enjuiciamiento radical del poder terreno, considerado como irrelevante. Por el contrario, en el Apocalipsis, en el que Babel aparece significativamente equiparada a Roma como la fuerza

del mal de este mundo, se expresa en forma mítica un juicio metafísico que tendría graves consecuencias en el plano práctico. Ambas posiciones contrarias se hallan fundamentadas escatológicamente, pero testimonian la envergadura de las divergencias que podrían surgir en la interpretación del futuro escatológico en la primitiva Iglesia. De ellas partió todo el pensamiento cristiano posterior sobre el orden estatal.

La respuesta cristiana se dividió en dos direcciones diferentes. Siguiendo a Orígenes, la contraposición fundamental de imperio e Iglesia se resolvía estableciendo entre el hecho político-histórico del imperio romano, por un lado, y el cristianismo y la Iglesia, por otro, una relación necesaria para la salvación. Al mismo tiempo, se constataba una esencial analogía metafísica entre ambas manifestaciones. Los argumentos de Orígenes fueron ampliamente desarrollados por Eusebio, teólogo de la corte de Constantino: la *pax augusta* realiza las profecías del Antiguo Testamento sobre la paz de los pueblos y la monarquía corresponde al monoteísmo, del mismo modo que el politeísmo expresa la división política del mundo. La monarquía mundial surge con Augusto, es decir, en la época del nacimiento de Cristo. No se trata solamente de una sincronía histórico-redentora, ya que el imperio mundial facilita la expansión del cristianismo; la paz imperial hace también posible la comprensión de la doctrina de paz del Evangelio. El plan divino sobre la historia se realiza con Constantino en el *Imperium christianum:* el mundo tiene *un* Dios y *un* emperador.

Esta teología política, esta utilización abusiva del mensaje cristiano como justificación de una situación política, se convirtió para núcleos importantes de la Iglesia en el fundamento de su posición frente al estado, sobre todo en el oriente griego, pero también entre prominentes Padres de la Iglesia de occidente, como Ambrosio y Jerónimo. Ya entonces se planteó la cuestión de si no se estaría convirtiendo la escatología religiosa en ideología política, de si una escatología transcendente a la historia no había pasado a ser un movimiento histórico de salvación *in hoc saeculo.* El problema no sólo había surgido de experiencias escatológicas discrepantes, sino también de una experiencia de incompatibilidad del *regnum Dei* con un imperio, cuyo ordenamiento político era de origen pagano. El primer gran testimonio de oposición a la colaboración entre Iglesia y estado y de crítica cristiana al imperio, como óptima forma de orden institucional, fue el del africano Tertuliano (alrededor de 160-220). Sus juicios son tan complejos como toda su construcción teológica. Pero su puesto en la tradición es claro. Para

él como para el Apocalipsis, Roma constituye un aparato de poder del orgullo humano, un enemigo de los santos de Dios. Su crítica acerba de la ética estatal romana predica la total secesión del cristiano respecto al estado de su tiempo: «Sacramento divino y juramento humano, signo de Cristo y signo del demonio, la luz y las tinieblas no pueden caminar nunca juntos; no se puede seguir, a la vez, dos poderes, a Dios y al emperador». Tras de estos juicios existe una radical negación de todo orden político que obligue a los cristianos, negación que va más allá del concreto estado romano. Su tratado *De pallio* constituye un apasionado y retórico alegato contra el mundo político-civil en general: «No tengo ninguna obligación frente al foro, el ejército o el Senado (...), evito las urnas electorales y los tribunales (...), no presto servicio como magistrado, ni como soldado; nosotros los cristianos estamos más allá del mundo político *(secessi de populo)*»[26].

Esta aguda antítesis entre el cristianismo y Roma pudo deberse a la conversión de Tertuliano a la secta de los montanistas, uno de cuyos extremistas, Chiliasmo, califica al mundo entero de diabólico. Pero que la oposición a la ideología imperial no se basa solamente en extremismos sectarios, lo prueba, en la época constantiniana, la actitud de oposición y desconfianza de hombres como Osio de Córdoba, Hilario de Poitiers o Lucifer de Cagliari. Pero, sobre todo, Agustín, que vivió durante mucho tiempo la realidad del *Imperium Christianum,* nos muestra cómo la posición de desconfianza hacia el orden mundano no es mera consecuencia de las persecuciones. En su más importante obra, *De civitate Dei* (412-428), rechaza abiertamente la teología imperial. Cierto es que Agustín considera un imperio cristiano como una gracia de Dios, pero no como una revolución histórica providencial, pues, a su juicio, pueden surgir perseguidores en cualquier época. Esta toma de posición se reafirma en una aguda crítica de la historia romana, que se extiende a una crítica del imperio, como forma de estado fundada en la fuerza y en el dominio del hombre. Inicialmente, Agustín se halla en el ámbito de la filosofía política de la Antigüedad, representada por Cicerón. La imagen ideal de un mundo pacífico, dividido en pequeños estados, tal como aparece en el libro IV de la *Civitas Dei,* apenas puede considerarse una exigencia política real, pero sí está en abierta oposición a la idea de la monarquía mundial, al imperio como orden político preestablecido. Tal crítica, sin embargo, une el razonamiento filosófico con uno puramente teológico: la identificación de Roma y Babilonia que, en un primer momento, recuerda a Tertu-

liano, aunque apenas se vislumbra la radical hostilidad escatológica de Tertuliano hacia Roma. El juicio indudablemente implícito en la equiparación formulada por Agustín no se apoya simplemente en el texto del Apocalipsis. Para él, Roma y Babilonia son esencialmente iguales como prototipos de grandes estados autoritarios y, en su concepción metafísica de la historia, Roma constituye la encarnación de la *civitas terrena*. Pero este juicio vale también para el imperio romano del siglo IV; para Agustín, el mundo político terrenal será profano hasta el fin de los tiempos, es decir, estará determinado por las normas de vida de la *civitas terrena*. Todo orden político debe ser, como consecuencia del pecado original, un orden perverso, es decir, *dominatio*, de dominio del hombre sobre el hombre. La cristianización de un orden basado en el poder no es posible. La acción de los cristianos y de los emperadores cristianos sólo puede constituir un intento de obtener lo mejor de unas instituciones de suyo cuestionables. *Ultimur et nos pace Babylonis* (también nosotros vivimos en la paz de Babilonia). La desconfianza metafísica hacia todo orden político, como orden corrompido por el hombre pecador, termina siempre imponiéndose.

Estas posiciones encontradas en el enjuiciamiento del imperio corresponden a fundamentales posiciones teológicas, fuertemente discrepantes entre sí. La ideología imperial se basa en una ontología platónica, monística: en la creación divina nada puede considerarse como radical y eternamente malo. De este modo puede compararse la estructura metafísica de la soberanía terrena y de la soberanía divina y convertir la historia en una historia de salvación, que concluye con la redención de toda la humanidad, por lo que, en el plano terreno, tampoco se reconoce ningún poder absolutamente malo. Frente a tal teología antiescatológica, que excluye, en definitiva, el pecado original, se sitúa la posición agustiniana, determinada por una ontología que, desarrollando la doctrina de la predestinación a partir del pecado original, califica al mundo, en una concepción rigurosamente dualista, de *civitas daemonicola*. De ahí nace la desconfianza sistemática contra todas las creaciones del hombre *in hoc saeculo*[27].

Sin embargo, existe una sorprendente relación entre la teología imperial y la orientación agustiniana hacia una leal desconfianza frente al estado. La doctrina cristiana contenía elementos, que podían actuar de una manera revolucionaria contra el estado. Pero disponía también de numerosos argumentos, que servirían de apoyo al orden establecido. Cuando se trataba de la relación del hombre con la historia y la tradición espi-

ritual de la comunidad política, lo más inmediato y natural era, en el mundo antiguo, conservar la tradición. Esta fue la actitud que tomó el cristianismo en el siglo IV. De ambas direcciones se tomó, casi sin excepción, y se aceptó sin reservas el orden político y social existentes. Esto no excluye la existencia de una crítica cristiana al estado y de una conciencia de responsabilidad cristiana en la sociedad. La Iglesia del siglo IV demostró poseer una acusada disposición para la actividad asistencial. Se esforzó continuamente en mitigar las necesidades sociales y en eliminar ciertos abusos políticos.. Todos los Padres de la Iglesia abogaron siempre por el cumplimiento de los deberes sociales y políticos, en el espíritu de la doctrina moral cristiana. Pero muchas veces atacaron públicamente, con gran fuerza, los comportamientos incompatibles con estas normas. La crítica cristiana al estado llegó incluso a la pública condena de un emperador a hacer penitencia. Pero crítica y acción de los cristianos quedaban esencialmente reducidas a eliminar abusos o a mejorar algunas cosas. Una reforma en profundidad del orden social y político no se intentó nunca. Dicho en otros términos, la Iglesia se convirtió en un sólido apoyo del sistema y colaboró en la conservación del orden existente. En la práctica, consideró siempre la autoridad imperial y estatal (aunque fuera pagana) como un poder soberano designado por Dios, que, al menos, debía ser aceptado con lealtad por el cristiano, al que se recuerdan insistentemente las obligaciones propias de los súbditos. De forma pasiva, apoyó también el orden existente mediante la predicación del carácter provisional y del valor limitado de todo lo terreno, lo que significaba rechazar como no cristiana, una excesiva preocupación por los males de este mundo *(mala istius saeculi)*.

Resulta sumamente curioso que el cristianismo, tan opuesto originariamente al mundo antiguo y a su ordenamiento, no haya desarrollado ninguna doctrina social o política propia y, mucho menos, revolucionaria. La actitud indiferente de la Iglesia antigua ante este tipo de problemas no **sólo** se debe a consideraciones oportunas de colaboración con el estado, o a prudencia político-religiosa frente a la conducta revolucionaria de ciertas sectas, sino que obedece a causas más profundas. Quizás un movimiento como el de los donatistas pudo haber contribuido a que la Iglesia adoptara un comportamiento social fuertemente conservador, pero la renuncia a un proyecto propio de sociedad cristiana se basa, en última instancia, en positivas convicciones religiosas.

El breve periodo de tiempo posterior a la revolución constantiniana, en que pudo parecer posible una renovación, sin

rupturas, del orden estatal y social romano a partir del espíritu cristiano, pasó rápidamente. Tal renovación del estado pudo haberse esperado de hombres como Eusebio o, tal vez, del mismo Constantino, capaces de forjar una segunda edad augusta, ahora cristiana, en un imperio mundial cristiano, concebido como espacio de convivencia pacífica de todos los pueblos. Pero pronto los acontecimientos del siglo IV pusieron de manifiesto los problemas que hacían toda tentativa de este tipo difícil, si no imposible.

Es fácil de adivinar por qué la actitud agustiniana de desconfianza frente al estado se vio acompañada desde el primer momento por un radical desinterés hacia toda modificación sustancial del orden terreno. Aún cuando Agustín hablaba de una sociedad política ordenada conforme al espíritu cristiano, se trataba de una especie de hermandad ciudadana, en que la autoridad estatal, basada en la fuerza, quedaba diluída en una relación de confianza mutua, en el ideal utópico de una *politeia* cristiana. Más difícil es responder al problema de la escasez de proyectos positivos realizados por representantes de la teología política. En principio, la integración del imperio en el desarrollo de la historia de la redención no excluiría una cristianización del estado y la sociedad del Islam aportó un ejemplo de una realización análoga. El hecho de que incluso los teólogos partidarios del estado, tanto en Oriente como en Occidente, renunciasen a la transformación de estado y sociedad, tiene muy antiguas motivaciones. Ya desde el siglo II, puede apreciarse cómo la Iglesia, en su visión escatológica del orden político-histórico, comienza a confundir lo provisional con lo definitivo. Esta confusión se hace cada vez más natural, en cuanto que la Iglesia —paralelamente a la utilización de la ontología griega en el campo teológico— recibe simplemente, en lo que respecta al orden social, los principios básicos del tardío imperio romano sobre poder y sociedad y los consolida a partir de la tradición y los dogmas cristianos. De este modo se sanciona la forma política tradicional.

De una escatología originariamente revolucionaria por antihistórica, nace, a fin de cuentas, un claro conservadurismo político-social. Este se consolida aún más por el hecho de que la esperanza escatológica del cristianismo primitivo, pese al afán de conseguir el éxito terreno, no ha quedado totalmente aprisionada en la teología imperial.

Junto a esto, persiste la conciencia del carácter provisional de todo orden terreno (en el sentido dialéctico del auténtico cristiano). En la espera de la nueva edad anunciada por Cristo,

el mundo terrenal es considerado como la vieja edad, como un mero tránsito, del que no puede esperarse un cambio total, que, por otro lado, resulta innecesario. En última instancia, nos encontramos con una mezcla peculiar de respeto y resignación, de obligación y de renuncia frente al orden de este mundo, que constituye la posición característica de la Iglesia y de los Padres de la Iglesia de la época.

IV. LA SOCIEDAD EN EL IMPERIUM ROMANUM CHRISTIANUM: ECONOMIA Y ORDEN SOCIAL

La vida de los hombres del siglo IV estaba regida por el estado romano tardío, gobernado por monarcas militares absolutistas y administrado por una burocracia centralizada. Junto a este poder del *saeculum,* claramente perceptible por todos, se alineaba la autoridad espiritual y el poder social de la Iglesia. Tras los grandes movimientos políticos y religiosos, se produjo una general transformación de la estructura social del imperio, que si bien estaba mediatizada por la Iglesia, repercutía, a su vez, en ella. La ley que rige la evolución de la sociedad entraña un proceso más lento que la que regula el desarrollo político, interno y externo. Sólo en las grandes crisis, en los procesos revolucionarios, que también sacuden la sociedad, ésta se ve envuelta en un rápido proceso de transformación.

Va surgiendo así una nueva sociedad, extraordinariamente estratificada en clases y estamentos, con una economía estatal centralizada, en cuyo marco aumenta constantemente la propiedad latifundista; esta estructura social no es, en muchos aspectos, sino el fruto de una evolución de las tendencias sociales del siglo III. Sin embargo existen determinadas diferencias de gran importancia. Ya en el siglo III, la sociedad se encontraba profundamente enfrentada a las formas sociales y económicas creadas por la paz imperial. El proceso de transformación había tenido lugar de muy diversas formas, tanto en las diferentes regiones del imperio como en los diversos sectores sociales. Ahora se consolidaban y definían en formas y estructuras universales, que sólo fueron vagas tendencias o manifestaciones aisladas de la vida social. La sociedad del siglo IV dejó de ser una frágil y precaria estructura, necesitada de medidas de urgencia. Se decantaron nuevas formas y el proceso social recobró, en gran medida, su estabilidad, que, a veces, iba ligada a la recuperación económica. Junto a la constante crítica se exteriorizó también una conciencia de esperanza; nuevas fuerzas creadoras hallaron su expresión en el arte y en la literatura.

a) *Cambios de las formas económicas.*

Fundamento y factor determinante en la construcción del nuevo edificio social son los profundos cambios operados en la estructura económica. El sistema económico de la época imperial estaba decisivamente determinado por dos elementos. Por una parte, el intercambio de bienes en todo el imperio hizo posible la especialización de algunas provincias en monocultivos particularmente rentables o en determinadas actividades artesanales. Por otro lado, las formas productivas propias de las ciudades (que comprendían, sobre todo, el comercio y la industria) coexistían con una economía predominantemente agraria a escala imperial. El grado de urbanización era evidentemente muy distinto en cada una de las regiones del imperio, pero, sólo en algunas de ellas, las ciudades, con sus características formas económicas y de explotación, jugaban un papel importante. Además, la ciudad de la época imperial, a pesar de sus industrias y empresas comerciales, era más un centro de residencia y administración, que de actividad económica. No existía una industria y un capitalismo modernos, como se deduce del escaso desarrollo de las instituciones bancarias y crediticias.

Con el constante crecimiento del ejército y de la burocracia, como consecuencia de las guerras defensivas del siglo III, el estado hubo de afrontar crecientes necesidades financieras, al tiempo que se producía un retroceso en la producción, la desvalorización de la moneda y, por consiguiente, la disminución de los ingresos fiscales. Agricultura, artesanía y comercio se veían dañados por las guerras, las luchas civiles y las requisiciones. La creciente presión de los impuestos tuvo consecuencias ruinosas para todas las clases sociales. «Diariamente podía verse cómo aquellos que ayer eran los más ricos se veían obligados hoy a recurrir a la mendicidad»[28]. Las consecuencias económicas de las incursiones de los bárbaros y de las guerras civiles del siglo III se perciben con gran claridad en las Galias, una de las provincias de Occidente más ricas y productivas, pero también de las más vulnerables, a causa de sus exportaciones de vino y cerámica, que llegaban hasta Africa y Siria. Una manifestación complementaria de las tendencias depresivas de la economía es la desvalorización inflacionista de la moneda, ligada, a su vez, a las subidas de precios. La moneda más usada, el denario, descendió, hacia la mitad del siglo III, a 1/30 de su poder adquisitivo precedente. Para remediar esta situación, Caracalla introdujo una segunda moneda de plata, el *antoninianus*. Pero también su contenido en plata se fue reduciendo y, bajo Claudio

Gótico, ya sólo era una moneda de bronce o cobre, recubierta con un ligero baño de plata.

Los males del siglo III —retroceso de la producción, reducción de los ingresos y aumento de los gastos estatales— persistieron durante el siglo IV. El imperio seguía estando militarmente a la defensiva. Es cierto que se redujo la fuerza de la amenaza exterior, pero, a partir de los años setenta, volvió a recrudecerse. Los gastos en burocracia y ejército subieron de nuevo: la *annona* tenía que subvenir diariamente a los gastos de mantenimiento de 300.000 a 400.000 soldados y a medio millón aproximadamente de beneficiarios de la atención pública en las grandes ciudades; se mantuvo, pues, la incongruencia de necesidades y medios. Escritores de la época describieron —no sin cierta exageración— el cuadro impresionante de la despoblación del campo y del empobrecimiento de las ciudades de las Galias. Esta difícil situación, provocada por la amenaza exterior, motivó ciertas reformas, que fueron mucho más allá de la meta que, en principio, se perseguía: asegurar la defensa del imperio. Diocleciano y Constantino comenzaron por adoptar medidas pragmáticas para el saneamiento de la situación militar y financiera, pero, a partir de ellas, se creó en seguida un amplio y complejo sistema de reformas económicas y sociales. Esta reforma social entrañaba, junto a meras tentativas restauradoras, extraordinarias innovaciones e introdujo cambios de enorme transcendencia en la sociedad romano-tardía. El paso de las reformas pragmáticas a un verdadero sistema de reformas sociales se basaba en la lógica interna y en la obligatoriedad de tales medidas. Pero además, Diocleciano y Constantino, junto con algunos de sus seguidores, pensaban y planeaban como verdaderos reformadores: «Corresponde a nuestra sabia previsión, a nosotros, padres del género humano, acabar con situaciones insostenibles mediante leyes justas y otras medidas que puedan convertir en realidad las viejas e insatisfechas esperanzas de los hombres en el bienestar general» [29].

Tanto sus intenciones reformistas como sus medidas, no siempre eficaces, se aprecian con todo detalle en aquella colección de constituciones imperiales que mandó codificar Teodosio II en el año 438: el *Codex Theodosianus*.

La economía dirigista-fiscalista se mostró incapaz de mejorar la situación e, incluso, ahogó muchas fuerzas e iniciativas. La bienintencionada reforma condujo muchas veces a un dañino *circulus vitiosus:* tales intromisiones provocaron, directa o indirectamente, transformaciones sociales, que condujeron a un rí-

gido sistema social, lo que, a su vez, provocó nuevos retrocesos en la situación económica.

La política fiscal elevó aún más, mediante el aumento de los impuestos, la explotación de los súbditos. El impuesto mixto por terreno y por cabeza *(capitatio-iugatio)*, espina dorsal de la política impositiva, era en sí mismo útil y, desde el punto de vista de una política financiera, justo. Pero, en la práctica, resultaba extremadamente gravoso para toda la población imperial, pues junto a él existían los odiados impuestos de producción *(collatio lustralis)* y todo un sistema de tributos en especies y de prestaciones personales *(munera)*, destinados, sobre todo, al aprovisionamiento del ejército. Innumerables funcionarios del fisco, corrompidos, codiciosos y sin escrúpulos, fijaban el volumen de los impuestos y exigían el pago de los atrasos. Algunos contemporáneos, como Lactancio, Zósimo o Libanio, nos describen escenas terribles: la población es reunida en la plaza del mercado y, aplicando tormentos o haciendo que los niños denuncien a sus padres, se fijan impuestos exorbitantes. Los niños son entregados a la esclavitud o a la prostitución para reunir las sumas demandadas. Resultaban proverbiales la corrupción y el enriquecimiento de los recaudadores y los curiales, encargados de llevar a cabo en las ciudades las exacciones establecidas. Al final, sólo llegaba a las arcas estatales una pequeña parte de las elevadas recaudaciones. Salviano decía en el siglo V que el estado romano moriría encadenado por su propio sistema impositivo, como alguien que es estrangulado por un ladrón [30]. Incluso si prescindimos de lo que haya en estas descripciones de intencionada exageración, resulta innegable el hecho de que las exigencias fiscales superaban, a veces, las posibilidades de los sectores productivos. El dudoso éxito de tal política se manifiesta claramente; por una parte, en la siempre creciente presión fiscal y, por otra, en la considerable extensión del fraude, hecho muy significativo en aquel tiempo.

Mediante privilegios, se garantizó la exención del pago de impuestos a la Iglesia y al clero, pero también a muchos miembros de las clases altas, sobre todo a los terratenientes, cuando no se negaban sin más a pagar los impuestos, escudados en su posición frecuentemente invulnerable. «El deber general, demandado por Nos a cada uno, de prestar los servicios prescritos debe ser observado por todo el mundo, sin consideración de méritos o de personas. De todas formas, existen casos en que hacemos excepciones a esta regla general, bien por el rango bien por el mérito de las personas (...) los más grandes empleados de la corte y los miembros del Consistorio Imperial,

así como las iglesias, los retóricos y los gramáticos deben ser eximidos de la prestación de los más bajos servicios»[31]. Eximidas las clases superiores del pago de impuestos, el peso fiscal se cargó sobre las clases productoras propiamente dichas. Presión fiscal, requisiciones violentas, impedimentos a la producción, provocados por crisis interiores y exteriores, condujeron a la desaparición de los capitales de la burguesía de las ciudades y a un insoportable endeudamiento de los agricultores, originado por los préstamos que habían de pagar hasta con un 50 % de interés. Como consecuencia de ello, se produjo una nueva regresión en los ingresos y, finalmente, como último paso de este círculo vicioso, volvió a apretarse el torniquete de los impuestos: «Existen muchos propietarios cuyas exenciones fiscales soportan los pobres, es decir, existen muchos propietarios cuyas cargas tributarias hacen perecer a los pobres»[32].

Ya en el siglo III, sobre todo en Egipto, se difundió un nuevo tipo de evasión del sistema tributario: la huída al desierto, no para dedicarse a la contemplación, como ocurría con los anacoretas religiosos, sino para evitar a los recaudadores. Por varios motivos, este tipo de aislamiento fue muchas veces un subterfugio para ocultar intereses terrenales, lo que motivó una fuerte reacción estatal, que no siempre se vio coronada por el éxito. «Algunos sujetos, poco amigos de trabajar, se han substraído a sus obligaciones para con la comunidad y, bajo el pretexto de la religión y de perseguir la soledad, se han reunido con los monjes en lugares escondidos. Por tanto, ordenamos, con la mejor intención, que todas las personas de esta especie, que se encuentren en Egipto, sean sacadas de sus escondrijos por el *comes orientis* y llevadas a cumplir los servicios públicos a que están obligadas»[33].

Pero no sólo la explotación directa, mediante los impuestos, frenaba la vida económica. En estrecha concordancia con el sistema tributario, se desarrollaron toda una serie de medidas contra el fraude fiscal, que terminaron por configurar una economía dirigista y forzada. El remedio universal de la política consistía, pues, en el intento de regular más exactamente aún todas las prestaciones de servicios y, al mismo tiempo, asignar a cada súbdito su puesto de trabajo, para mejor controlarlo.

Ejemplo del intento de reglamentar la vida económica hasta en sus últimos detalles fue el edicto de precios máximos *(Edictum de pretiis rerum venalium)*, promulgado por Diocleciano en el año 301, en el que se fijaban, considerando especialmente las necesidades del ejército, los precios máximos de los alimen-

tos, de los bienes de consumo, y de los salarios para las diversas prestaciones personales. Según Lactancio, el único efecto del edicto fue que los bienes enumerados en él desaparecieron del mercado[34]. Ya en tiempos de Constantino el edicto hubo de ser derogado; con medidas dirigistas no se podía atajar la elevación de precios.

El sistema de seguridad estatal en materia de impuestos y prestaciones personales, basado en la colaboración de las corporaciones, se expresaba con singular relieve en la responsabilidad fiscal de los curiales (o decuriones) y en la transformación de todos los gremios que eran importantes para satisfacer las necesidades públicas y para el abastecimiento de la población y del ejército, en institutos coercitivos. Desde hacía siglos la administración de las ciudades romanas dependía de la Curia o Consejo Comunal, reclutado entre las clases altas de la ciudad. Incluso ahora, la posición de los curiales era dignísima y entrañaba múltiples prerrogativas; oficialmente, su rango venía inmediatamente después del de los *clarissimi* y, de hecho, ocupaban el lugar de la vieja orden ecuestre. Pero, el estado les impuso, además de sus obligaciones en la administración de la ciudad, la responsabilidad de las recaudaciones, tanto en dinero como en especies, y de las prestaciones para el abastecimiento del ejército.

A la función propia de alcaldes y concejales, ya de por sí pesada (financiación de juegos y construcciones públicas) se añadía ahora también la de funcionarios del fisco, no remunerados. Cada Curia tenía que procurar, en el ámbito de la *civitas* y, si fuera necesario, con ayuda de sus propios fondos (*substantia curialis*), que se realizase la recaudación fijada por el prefecto pretoriano, así como las demás prestaciones al estado.

Ya en el siglo III, apareció un amplio sistema de prestaciones de toda índole (*munera*), destinadas, sobre todo, a satisfacer las necesidades del ejército y de las grandes ciudades: para obras públicas, para mantenimiento y alojamiento de la tropa y de los funcionarios estatales en viaje, para el cambio de caballos del correo estatal, para el transporte de cereales y el aprovisionamiento de las grandes ciudades. Las corporaciones gremiales, existentes desde hacía mucho tiempo (*collegia*), fueron sometidas ahora al control del estado, como por ejemplo la de los marinos (*nautae*) o la de los traficantes de cereales (*negotiatores frumentarii*), y así, paulatinamente, se llegó a una especie de red estatal de transporte y aprovisionamiento. La participación en los *collegia* era obligatoria para todos los profesionales del ramo. A veces estaban organizados incluso en cohortes y some-

tidos a la disciplina militar, como, por ejemplo, gremios tan importantes para el transporte como el de los arrieros *(muliones)*, los caballerizos *(hippocomi)*, los carreteros *(carpentarii)* o los veterinarios *(mulomedici)*. Pero también los navieros *(navicularii)*, en cuyas manos se hallaba el negocio del transporte marítimo, estaban sometidos a control, lo mismo que el importante *corpus pistorum*, corporación que comprendía a molineros y panaderos y estaba encargada del abastecimiento de las grandes ciudades: «La secretaría de Vuestra Espectabilidad preste atención a que ningún miembro del gremio tenga la más mínima posibilidad de separarse de él, incluso en el caso de que todos los demás panaderos asintiesen a su despido»; de este modo exhortaba la cancillería imperial a Símaco, prefecto de Roma[35].

Paralelamente a la supervisión de los *collegia* por el estado, se crearon empresas estatales, sobre todo para la adquisición de materias primas y para el aprovisionamiento del ejército. Junto a las minas, que en su mayoría se encontraban en poder del estado y cuya mano de obra seguía reclutándose por el sistema de condena *ad metalla*, surgieron fábricas de armas y tejedurías de lana y lino. Los *fabricenses*, que trabajaban en las fundiciones de armas del estado, estaban militarizados y llevaban un distintivo en el brazo. Entre los grupos sociales más fuertemente ligados a su profesión se encontraban los colonos. En realidad, el colono sólo dependía de su señor y únicamente a él estaba obligado a prestar determinados servicios, pero, en interés de la política fiscal, para asegurar la continuidad en el pago de los impuestos y la realización de las prestaciones *(munera)*, se les vinculó jurídicamente a su puesto de trabajo.

Como reacción contra el sistema de seguridad de prestaciones e impuestos, algunos individuos e, incluso, grupos enteros, intentaron escapar a tales obligaciones. Tales tentativas se hicieron particularmente significativas y masivas en el llamado movimiento de los patrocinios. El sometimiento al poder protector de los altos funcionarios civiles y militares *(patrocinium potentiorum)* parece haber jugado al principio un papel más importante en Oriente, pero, ya a finales del siglo IV, se extendió con rapidez a otras regiones del imperio. Puesto que los altos funcionarios eran también terratenientes terminó por convertirse en una constante la extensión del poder protector del latifundista a los labradores libres de los alrededores. Para escapar de las contribuciones y de los brutales métodos con que a menudo se realizaba su recaudación, labradores libres o pueblos enteros entregaban sus posesiones al terrateniente, del que, a su vez, las recibían en ocasiones algo aumentadas, como arren-

datarios *(precario)*, asegurándose, en contrapartida, la protección de estos señores. El paso al *patrocinium*, que convirtió a los labradores en colonos, fue, en realidad, un intercambio de obligaciones contra terceros, pero resulta significativo que la dependencia de los terratenientes (de hecho, ofrecía también seguridad económica y protección contra la opresión fiscal) se considerase más suave. De ahí que el patrocinio de bienes se extendiese no sólo a los pequeños labradores sino también a los oficios artesanales e, incluso, a los curiales. La fuerza de atracción y la protección que ofrecían las grandes propiedades condujo, a finales del siglo IV, a una masiva huída de las ciudades hacia el campo.

El estado intentó proceder enérgicamente contra tales evasiones. El *Codex Theodosianus* está lleno de desesperadas llamadas para retener a los hombres en funciones de por sí ruinosas cuando la Iglesia y la misma administración estatal ofrecían mejores posibilidades de evasión: «Observamos que muchas personas se ponen bajo la protección de los poderosos para sustraerse a la prestación de los servicios a que están obligados en sus diferentes lugares de residencia. Todo el que violare esta ley, pagará a nuestra caja estatal cinco libras en oro, si es decurión, y una libra, si pertenece a un *collegium*. Los terratenientes deben despedir a toda persona que hayan aceptado con estas características, si no quieren seguir provocando la ira de Nuestra Benevolencia, despreciando Nuestras Leyes». «Declaramos que nadie tendrá libertad para refugiarse en el servicio eclesiástico abandonando el cumplimiento de sus deberes de panadero». «Para que los decuriones no se ausenten por tiempo indefinido o entren en la administración imperial, con daño de sus ciudades, sus posesiones pasarán al consejo de la ciudad, a no ser que regresen antes de los cinco años»[36].

Muchas fuentes parecen mantener la opinión de que el sistema de corporaciones forzosas, de industrias estatales y de colonato condujo, al igual que el sistema fiscal directo, a un retroceso de la producción. Paralelamente a esto, se habría producido una depresión en la economía de las ciudades, a causa de la paralización de la iniciativa privada y de la desaparición de sus fundamentos monetarios, que, a su vez, favorecería el desarrollo de una economía no monetaria basada en explotaciones agrarias autárquicas. Tales fuentes, como es natural, exageran los aspectos negativos de la situación. Sin duda alguna, en el siglo IV, se produjeron fenómenos económicos regresivos en diferentes puntos y momentos, que se manifestaron en el retroceso de la producción y, por consiguiente, en una conside-

rable disminución de los ingresos estatales. Sin embargo, esta tendencia, contrariamente a lo que ocurrió en el siglo III, fue atajada y debilitada con más prontitud. La situación económica de la población en el siglo IV es más comparable a la de finales del siglo II que a la profunda depresión de mediados del siglo III.

Ya invita a reflexión el simple hecho de que el imperio, hasta bien avanzado el siglo V, pudiera cumplir sus funciones políticas y militares (aunque, frecuentemente, con dificultades). De hecho, en la vida económica no sólo se manifiestan rasgos de decadencia y estancamiento, sobre todo si no se fija unilateralmente la atención en el Occidente de imperio. Con la vuelta a condiciones estables y a una situación política ordenada, se consiguió, a grandes rasgos, un buen funcionamiento del sistema, una eficacia productiva dentro de determinadas limitaciones, e, incluso, una cierta recuperación de la economía. En la Galia puede hablarse de una recuperación económica relativamente importante, pero es, sobre todo, en el Oriente del imperio donde se da un cierto florecimiento económico a finales del siglo IV y durante el siglo V. Los grandes centros productivos y las metrópolis comerciales siguieron floreciendo, sobre todo en Siria y Egipto, regiones apenas afectadas por los trastornos políticos. Un rico comercio se desarrolló por el mar Negro hasta Rusia, Turquestán y China, y, a través del mar Rojo, hasta Etiopía y la India. Una red de agencias comerciales se extendía por todo el mar Mediterráneo y, en Occidente, hasta París. Constantinopla fue en aquel tiempo una especie de plataforma del comercio internacional.

La estabilización de la moneda siguió un camino paralelo a la recuperación económica. Junto a la moneda de cobre, el *follis,* que se utilizaba en los intercambios diarios, el *solidus* de oro, acuñado en tiempos de Constantino, con un peso aproximado de 4,5 gramos, se convirtió en la auténtica base del tráfico monetario [37]. Siguió siendo la moneda más importante del Imperio Romano de Oriente y del Imperio Bizantino y se mostró como una de las más estables de todos los tiempos. Su valor permaneció sustancialmente constante hasta el reinado del emperador Alejo I (1081-1088). El fortalecimiento de la moneda, en el siglo IV, llegó a tener consecuencias deflacionistas, hundiéndose los precios de mercancías fundamentales, como los cereales y la carne. De todos modos, fueron las clases altas las que exclusivamente se aprovecharon de la estabilidad de la moneda de oro; grandes grupos de la población fueron excluidos de los beneficios, a causa de la continua elevación de los im-

puestos y de la costumbre de pagar los salarios en especie. La división de la población en dos grupos totalmente diferenciados por sus posibilidades económicas, fue favorecida por el hecho de que la riqueza y el poder económico descansarían, de ahora en adelante, en una doble acumulación de capital, en oro y en tierras.

A pesar del fiscalismo y de la presión tributaria, a pesar de la creciente descomposición del campesinado libre (especialmente, en la parte oriental del imperio), la recaudación de impuestos volvió a elevarse y llegó a cubrir las necesidades estatales, lo que aseguró, mejor que antes, una normal administración, un ejército capacitado y una mayor capacidad de maniobra en el campo de la diplomacia. Esta situación subsistió hasta las grandes invasiones de los pueblos bárbaros y aseguró a la parte oriental del imperio pleno éxito en su defensa. Estabilización y recuperación no pudieron, sin embargo, reducir los peligros y las desventajas inherentes al dirigismo económico, que no sólo se reducían a los temporales retrocesos en la producción o a la corrupción de la burocracia, siempre en aumento, pese a todas las medidas tomadas por el emperador. Peores consecuencias tuvieron los intentos de todas las clases sociales de sustraerse a la presión del dirigismo económico estatal; intentos que iban desde la revuelta de los campesinos hasta los ingeniosos métodos de evasión de impuestos. Estos acontecimientos debían controlarse sin poner en peligro el funcionamiento de la administración y de la economía. Pero la reacción defensiva del estado consistió en nuevas medidas coercitivas, que, directa o indirectamente, a través de la situación económca, repercutieron en el plano social, derivándose de ello importantes consecuencias sociopolíticas. El elemento económico decisivo fue el progreso de los grandes propietarios terratenientes.

Ya en el siglo III comenzó la lenta transmutación del centro de gravedad económico desde las ciudades hacia las grandes propiedades agrarias. Esta fue, por sus repercusiones sociales y políticas, la consecuencia de este proceso de transformación que más intensamente influyó en el futuro. En este proceso se entrecruzan dos movimientos opuestos. Por una parte, se observa un retroceso del papel económico del estado. Situaciones críticas, en las que se interrumpieron las comunicaciones interiores, condujeron en muchos casos a la fortificación y simultáneo empequeñecimiento de las ciudades. Al mismo tiempo, la especial carga fiscal soportada por los sectores de la producción urbana, como la industria y el comercio, ejerció efectos depresivos sobre su potencial económico.

De todas formas, la decadencia de las ciudades durante los siglos IV y V no se produjo con gran celeridad y presentó una intensidad muy diferente en las diversas provincias, al ser contenida por la estabilización y recuperación económicas que se produjeron a lo largo del siglo IV. En determinadas regiones, como Siria, siguió vigente la atracción de la ciudad sobre la población rural, lo que contuvo provisionalmente el avance del feudalismo.

Sin embargo, estaba en marcha una transformación de la estructura económica, que condujo a una preponderancia de la economía agraria y convirtió a las grandes propiedades rurales, favorecidas por las posibilidades de inmunidad frente a los impuestos y por la seguridad de las inversiones, en auténtico sostén de las clases dirigentes del imperio. Los orígenes de tal evolución son muy antiguos; ya Plinio afirmaba en el siglo I que la mitad de la provincia de Africa estaba en manos de seis terratenientes. Pero ahora, la absorción del pequeño campesinado independiente por las grandes propiedades —lo que puede verse en la redacción romano-tardía del *corpus iuris* o en la relación de Salviano— se convirtió en un fenómeno característico de la época.

Los grandes latifundistas no crearon nuevos métodos de administración económica ni renovaron las técnicas agrícolas. El nivel tecnológico era aquí, como en cualquier otra actividad —a excepción de la arquitectura y la ingeniería—, apenas diferente al que alcanzó el helenismo. Paladio, el último representante romano de los estudios agronómicos, repetía inútilmente en su *Opus agriculturae* las proposiciones de un Plinio o de un Columela. Bien es verdad que las actividades más lucrativas —ganadería, cultivos de olivo y vid y horticultura— se centralizaron en la propiedad agraria principal. Pero, los colonos conservaron las técnicas tradicionales del cultivo de los cereales, lo que convertía cada explotación agraria *(fundus)* en un gigantesco conglomerado de pequeñas explotaciones campesinas. Aunque las técnicas de explotación no cambiaron, la general difusión de la gran *villa rústica* introdujo notables transformaciones económicas y sociales. La gran propiedad agraria pasó a ser una unidad económica, al incorporar formas de producción, que originariamente fueron propias de la ciudad; determinadas actividades de la industria y la artesanía pasaron a formar parte de la explotación rústica. Las grandes fincas no producían solamente para cubrir las propias necesidades, sino también las regionales; los mercados dependientes del *fundus* no sólo comercializaban la producción agraria sino también los productos de

alfarería, tejeduría, fragua, panadería y carnicería. El *fundus* —que, según Paladio, ahorraba el camino de la ciudad a los campesinos— constituía una unidad económicamente autárquica. La industria rural debía aportar beneficios adicionales.

La mayor concentración de las fuerzas productivas en el campo no implicó una transición de la economía monetaria a la no monetaria[39]. El avance parcial, favorecido por los *munera,* de las formas económicas no monetarias ofrecía fuertes diferencias en las diversas regiones y provincias del imperio. Es digno de señalar que, en el transcurso del siglo, surgió de nuevo en Oriente una tendencia hacia la economía monetaria. Estado y economía comenzaron a recurrir nuevamente al dinero, como la más importante forma de pago.

Fue decisivo para la transformación de la economía que se operase un retroceso de la compleja estructura anterior del comercio, basada en la posibilidad de unas comunicaciones relativamente rápidas, en unos mercados en gran medida abiertos y en cierta especialización regional de la producción. Ahora, por el contrario, el *fundus* se convierte en el centro de gravedad de la economía. La gran propiedad agraria (que, en ciertos aspectos económicos e incluso, en el estilo de vida, entraña algunos rasgos «feudales») aparece, por consiguiente, desde el siglo IV, como el factor dominante en las vastas regiones rurales del imperio. El poder de la nobleza imperial se apoyaba, económicamente, sobre todo, en las propiedades rurales. La aristocracia senatorial vivía en el campo, y no sin lujo y refinamiento, de lo que dan claros ejemplos un Ausonio, en el siglo IV, o un Sidonio Apolinar, en el siglo V. En manos de las grandes familias se encontraban extensísimas e innumerables posesiones, la más de las veces en distintas provincias del imperio. Los bienes de los Símacos —administrados, como era habitual, por agentes *(procuratores)* o arrendatarios *(conductores)*— estaban situados en el Lacio, Campania, Italia meridional, Sicilia y Mauritania; otras familias nobles romanas tenían propiedades en Italia, Sicilia, España y Africa. A esto hay que añadir que tales familias, por sus inmensos capitales, estaban ampliamente protegidas de las crisis económicas y de las inflaciones.

La transición gradual de la civilización urbana a las formas de vida de las grandes propiedades agrarias no se aclara suficientemente sobre la base de simples factores económicos y políticos; sobre todo, si tenemos en cuenta que se produjo en una época de gran peligro para las abiertas zonas rurales. La pérdida de poder de una parte de la aristocracia y el menor atractivo ejercido por las ciudades determinó, en gran medida, el regreso

a las grandes propiedades rurales. Pero, sin duda, hay que añadir a esto un fenómeno difícilmente concretable: un cambio del estilo de vida, del gusto por determinadas formas de existencia.

Esta evolución tiende hacia un sistema económico basado en pequeñas unidades autárquicas. De él derivan organizaciones políticas, que se asientan sobre la propiedad y el señorío de la tierra: la gran masa de la población vive en el campo en régimen de semilibertad; la clase dominante es sostenida económicamente por la producción de esta población rural. Esta estructura económica es, en realidad, más compleja, debido a su relación con las actividades comerciales y artesanales. Pero, a partir de ella, en un largo proceso de siglos, cristalizarán en Occidente las condiciones básicas de la Edad Media.

b) *Una nueva estructura social.*

El cambio de la concepción económica, motivado por el progreso del latifundismo, constituyó la base y, al mismo tiempo, el elemento dinámico para la transformación de la estructura social. Se unieron a él otros factores: el profundo cambio de la situación política; el absolutismo, con sus medidas dirigistas, y los intentos de oposición contra el sistema de prestaciones de servicios obligatorias. Todas estas motivaciones se hallaban en constante y estrecha interacción, que sólo el espectador posterior intenta separar artificialmente. De ese proceso de interacciones surgió una estructura social, que, en sus rasgos fundamentales, se mantuvo durante siglos. De la transformación de los grupos sociales existentes nació un nuevo sistema de relaciones entre clases, diferenciadas por su poder, posesiones y posición jurídica y se formó una sociedad cerrada, en la que la posición social del individuo estaba establecida de antemano y resultaba, sustancialmente, inmutable.

La sociedad de la época imperial, tal como había salido del viejo orden social del final de la república, se articulaba en las tradicionales clases senatorial, ecuestre y plebeya. Sin embargo, tal articulación, en la que se mezclaban distinciones por nacimiento, méritos y propiedades, no reproduce la auténtica realidad. La sociedad de la época imperial era apolítica y, al mismo tiempo, más abierta y móvil. Tanto la propiedad como el servicio al emperador conducían rápidamente hacia la cúspide. Sin embargo, no se llegó a una total supresión del viejo orden estamental, al paso de una sociedad de clases a una sociedad de rendimiento. La admirable capacidad creadora y asimiladora de las clases

altas neutralizó considerablemente las repercusiones de la fluctuación social.

La depauperación de la burguesía y el campesinado dividió a la sociedad romano-tardía en dos grupos extremos. Las clases bajas se empobrecieron cada vez más, oprimidas por el peso económico de los múltiples *munera* e impuestos; los restos de las viejas clases medias fueron pulverizadas. Por el contrario, el latifundio, protegido por amplias exenciones de impuestos, se apoderó de una manera cada vez más absoluta del poder económico; el capital se concentró en el pequeño círculo de los grandes propietarios terratenientes. Un reducido número de dominadores, cada vez más influyente en el plano económico y político —los *potentes* u *honestiores*— se contraponía a la gran masa empobrecida de los dominados o *humiliores*. Evidentemente, estas capas sociales no eran del todo homogéneas. Entre los *humiliores* se destacaron varios grupos profesionales. Las diferencias entre los libres empobrecidos, los colonos y los esclavos desaparecieron, tanto jurídica como económicamente; por el contrario, sólo el oficio y la actividad determinaban la posición social y el rango. En la alta capa social, las diferencias entre la nobleza propiamente latifundista y la alta aristocracia militar y administrativa eran más políticas que económicas. Ya la nobleza de la primera época imperial tenía pocos rasgos comunes con el estamento senatorial de la República. Las grandes familias aristócratas habían desaparecido hacía mucho tiempo, formándose una especie de aburguesada nobleza militar y administrativa, a la que podían acceder fácilmente las familias más notables del orden ecuestre. Pero incluso este estamento, hasta entonces privilegiado, fue diezmado y desposeído en el transcurso del siglo III. En su lugar, como nueva clase dirigente, se afirma el nuevo grupo de los *potentes*. Esta nueva aristocracia provenía, en parte, de las familias de la vieja nobleza senatorial y latifundista, pero, sobre todo, de los militares de alta graduación y de los altos funcionarios. A ellos se añadió un grupo de nuevos ricos —restos de la alta burguesía de las ciudades— que, aprovechándose de los conflictos políticos del siglo III, se habían abierto paso hasta la clase de los *honestiores*. Los *clarissimi* poseían no sólo una elevada consideración social, sino también importantes privilegios, como el de la inmunidad de impuestos municipales y el de poseer organismos judiciales propios. La nueva clase dirigente no era una clase sin tradición y artificialmente creada. Los nuevos *clarissimi* se sentían fascinados por los modos de vida de la vieja aristocracia y, al mismo tiempo, el propio interés de clase les movía a tratar de unificar su heterogéneo grupo, formado por cultísimos descen-

dientes de las viejas familias senatoriales y por *homines novi*, personajes brillantes, aunque sin escrúpulos. En el curso de un proceso muy distinto para cada provincia en intensidad y duración, con los restos de la vieja aristocracia agraria, con la nobleza militar y administrativa, poseedora además de grandes latifundios, y con buen número de familias del orden ecuestre, se formó la nueva nobleza senatorial romano-tardía: la clase de los *honestiores* o, como eran designados en el lenguaje usual de la época, de los *potentes*.

Sociológicamente la aristocracia imperial coincide con la clase de los grandes latifundistas. Con sus grandes dominios en Africa, Galia o Asia Menor, el grupo relativamente pequeño de los latifundistas constituía el centro de gravedad del poder económico y disponía de los medios de producción más importantes. La propiedad de la tierra y la vida en las villas principescas acuñaron con fuerza unificadora el estilo de vida de la nobleza, como se nos muestra vivamente aún hoy en las edificaciones y mosaicos de las grandes residencias señoriales de Sicilia, Siria y Africa: el *dominus* monta a caballo, va a cazar con su séquito, vigila sus finanzas y, a veces, se ocupa también de libros y mantiene contacto con gentes instruidas[40]. La nobleza senatorial había perdido, hacía ya mucho tiempo, su viejo poder institucional como estamento. Pero recuperaba ahora una posición política clave, como auténtica detentadora de la administación y del poder imperial. Sus miembros eran realmente los *potentes*: económicamente, por la combinación de latifundio e inmunidad frente a los impuestos; desde el punto de vista político, por sus amplias posibilidades de acceso a cargos estatales decisivos. Los *clarissimi* hicieron valer muy pronto sus propios intereses de grupo frente al régimen absolutista; la misma nobleza de espada, que estaba al servicio del Estado, podía entrar en conflicto con el gobierno central y constituir un poder antagónico. No es ninguna casualidad que el gobierno imperial luchase constantemente, aunque sin resultados, contra la extensión de las grandes posesiones de los magnates. Pues la gran propiedad agraria no sólo constituía un centro de gravedad económico, sino que de ella hicieron los *potentes* su propia plataforma de poder en constante confrontación con el gobierno y con la administración. Las propiedades de la nobleza se encontraban delimitadas por sus propios mojones y separadas del ámbito administrativo de la ciudad. Su independencia económica y su privilegiada posición jurídica se vio fortalecida por las diversas exenciones fiscales y el recurso de negar el pago de impuestos a los curiales, incapaces de llevar a cabo su cometido (desde el siglo IV, los nobles disfrutaban de disposiciones

legales que traspasaban la recaudación de los impuestos sobre las grandes fincas al *officium* del gobernador provincial).

En las grandes posesiones fueron apareciendo paulatinamente milicias privadas *(bucellarii)*, un sistema judicial autónomo y cárceles propias. Se edificaron iglesias *(capellae)* aisladas, sólo dependientes de la jerarquía. El gran latifundio formaba así una unidad autónoma en los planos económico, fiscal, jurídico y religioso, que tendía a arrogarse las funciones públicas. Se dan aquí, por tanto, determinadas formas del feudalismo, pero no existe una estructura política específica, propia de una aristocracia feudal desarrollada.

Frente a los *honestiores* o *potentes* estaban los *humiliores* o *tenuiores*, es decir, la población trabajadora, productora, y, en relación a la nobleza, socialmente nivelada. Un proceso de reestructuración que, a su modo, fue tan importante como el de la clase dirigente, se produjo también en el extremo opuesto de la escala social. Los esclavos disminuyeron en número y perdieron significación económica. En la medida en que estaban ocupados en la economía agraria, se acercaban al *status* del proletariado semilibre campesino, pero sólo jugaban un papel hasta cierto punto relevante en los grandes latifundios y, precisamente, junto a los propietarios. En el campesinado, las transformaciones fueron decisivas. El número de campesinos libres disminuyó también de modo constante, pero nunca llegó a ser tan exiguo como el de los esclavos. Por varios motivos, la miseria económica pesaba especialmente sobre el campesinado, que no siempre podía encontrar un refugio en el anacoretismo.

La política económica estatal, que los precipitaba en el endeudamiento y, por este camino, les hacía perder cada vez más su independencia; la presión fiscal, que les obligaba a buscar una protección eficaz en las grandes propiedades rurales y, finalmente, la natural necesidad de expansión de los latifundios, con su continua búsqueda de una fuente segura de mano de obra, motivaron el que muchos campesinos se hicieran colonos, en parte voluntariamente, en parte forzados por las circunstancias. La entrega jurídicamente formalizada *(precario)* de la propiedad convertía al *rusticus, vicanus* o *agricola* en colono de las grandes propiedades rurales. La lucha contra estos movimientos de patrocinio constituyó un aspecto del constante conflicto entre el estado y el latifundio. Pero la transformación de las capas inferiores campesinas en colonos parecía cada vez más irreversible.

El colono fue originariamente un arrendatario que pagaba una renta sobre la tierra. La mayor parte del terreno de los

grandes latifundios fue arrendado a tales *coloni*, a cambio de la entrega de parte de la producción y por prestaciones de trabajo (*corvatae*). La dependencia económica que ello implicaba, consolidó las relaciones de sujeción y pertenencia del colono con su señor. Ya en el año 332, a consecuencia de un edicto de Constantino, el colono quedaba sujeto a la gleba (más exactamente, al registro catastral de su finca) y, de esta manera, a su profesión y a su señor[41].

La transición del campesinado libre al colonato no se produjo en todas partes sin resistencia. Movimientos campesinos, como el de los bagaudas de la Galia, manifestaban bien a las claras la rebelión de este estamento contra su propio destino.

La aparición de los colonos semilibres, como representantes de un nuevo grupo social, junto a los supervivientes del campesinado libre, de las capas sociales inferiores de las ciudades y de los esclavos, es el envés de la evolución hacia el sistema feudal y constituye el otro extremo de la reestructuración social. Entre la gran masa de *coloni* y el pequeño grupo de la clase dirigente noble, la clase media burguesa, hasta entonces principal protagonista de la vida económica del imperio, perdió gran parte de su significación social. En un orden económico profundamente mediatizado por las ciudades, la burguesía había jugado un papel importante, tanto en el comercio y la industria como en la administración y en los servicios. Ahora, entraba en una cierta decadencia, con excepción de algunos elementos que pudieron acceder a la nueva clase dirigente de los *honestiores*. Presión fiscal, confiscaciones, violentas exacciones, entregas forzosas y dificultad de comercio hicieron desaparecer los bienes de los curiales y despojaron a la bien situada burguesía de gran parte de su influencia precedente. Simultáneamente se reducía su importancia numérica, debido en parte a la emigración a las zonas de producción de las grandes posesiones y, en parte también, a su empobrecimiento y consiguiente proletarización. Esto no implica que no existieran burgueses bien situados, sobre todo entre los representantes del gran comercio y, más especialmente, del floreciente comercio oriental. Pero, el que sobrevivía económicamente, se camuflaba lo mejor posible para no convertirse, como curial, en prenda financiera del estado. Aunque no quedó ningún otro espacio vital para una burguesía urbana al viejo estilo, se conservaron, junto a las industrias estatales, una parte de las actividades productoras de las ciudades. En poder de las clases populares medias y bajas, los *plebei* seguían estando en muchas pequeñas industrias artesanas que, junto a artículos alimenticios y otras mercancías de consumo corriente, fabricaban

también productos especializados, como la lana y el lino. En Oriente (Siria, Alejandría), siguieron existiendo industrias que exportaban sus magníficos productos textiles a todo el imperio. También el comercio, sobre todo el comercio con centros distantes, que traficaba con mercancías orientales de lujo, fue mantenido, en proporciones nada despreciables, por las corporaciones de mercaderes (*negotiatores*) y navieros (*navicularii*). Al proceso de formación de nuevos grupos sociales se unió una paulatina consolidación de los límites entre los distintos estamentos, que condujo a la fosilización del edificio social. El intento, extraordinariamente significativo para la comprensión de la evolución social del siglo, de aplicar el principio de nacimiento como índice de pertenencia a un grupo social, fue una consecuencia de la economía de estado del tardío imperio romano; un último resultado del estatismo intervencionista de un sistema bucocrático, que se había propuesto hacer frente, por encima de todo, a las exigencias económicas estatales.

Las tentativas de abandonar las responsabilidades civiles y escapar al control de las corporaciones (cf. ut supra, pp. 78 y ss.), provocó contramedidas estatales destinadas a conseguir, aunque fuera por la fuerza, el regreso a sus lugares de residencia de los escapistas y el cumplimiento de las prestaciones que el estado creía necesarias para su buen funcionamiento. Inicialmente, el estado trató de crear algunos responsables para el cumplimiento de determinadas prestaciones, pero en la primera mitad del siglo IV, este proceso se extendió a todos los grupos cuyos servicios o capacidad contributiva fuesen de interés. Legislación y administración desplegaron un esquema de política social extraordinariamente ambicioso, que pretendía implantar la dependencia hereditaria de cada individuo a un determinado oficio y, por tanto, a un determinado grupo social.

Para la clase senatorial, hacía ya mucho tiempo que regía el derecho de sangre, aunque siempre existieron algunas posibilidades de acceso a ella, sobre todo a través del ejército. Los funcionarios no sólo estaban sometidos a un servicio obligatorio, regido por normas casi militares, sino que sus mismas funciones se convirtieron en hereditarias. «Los hijos de todo tipo de funcionarios de la administración —se encuentren sus padres en servicio o estén pensionados— han de seguir la actividad de sus padres». El problema de reclutamiento del ejército debería resolverse también dando carácter hereditario al oficio de soldado (lo que, junto a condiciones humillantes, como la de marcar a los soldados una señal en el brazo, no contribuyó precisamente a la mejora de su calidad): «Hay hijos de veteranos, úti-

les para el servicio militar, que, por indolencia, se niegan a entrar en la milicia, servicio que para ellos es obligatorio; otros son tan cobardes que se mutilan para escapar a su obligación. Cuando no resultasen útiles para el servicio militar, por haberse cortado sus dedos, ordenamos que sean incorporados, sin demora alguna, al puesto y deberes de los decuriones». También el grupo de los curiales se transformó muy pronto en casta hereditaria forzosa. El *curialis* estaba ligado a la curia del mismo modo que el *colonus* lo estaba al suelo. Cuando carecía de descendencia directa, el estado procuraba, con ingeniosas medidas, que el comprador de la herencia ocupase el cargo de decurión o que los herederos, económicamente incapaces para ocupar ese puesto, indemnizasen de otro modo a la curia. «Ni rango, ni empleo, al servicio del estado, por mucho tiempo que haya sido ejercido, pueden proteger a nadie, cuando la curia solicita sus servicios, basándose en que es *decurio* por su nacimiento». «El que tome la decisión de entrar en el servicio eclesiástico, debe poner en su puesto de *decurio* a un pariente próximo, transmitiéndole sus propiedades, o entregar sus bienes a la curia que abandona». El fenómeno de la evasión fiscal se produjo también en el otro extremo de la escala social: «En perjuicio de las curias, algunos curiales intentan liberarse de los deberes inherentes a su cargo, alterando (...) su *status* hereditario, mediante la adopción de las obligaciones de *navicularius* (...). Su Eminencia, velando por el mantenimiento de los servicios públicos, no debe permitir a nadie, que se sustraiga a la herencia paterna y abandone la curia».

Los decretos y medidas referentes a los curiales son especiamente detallados y abundantes, pero tambien se usó en un principio el mismo procedimiento para los miembros de todos los *collegia* artesanales y comerciales: «Cuando un miembro de un *collegium* de la ciudad de Roma emigre a otras regiones, debe obligársele a regresar mediante auto administrativo del gobernador provincial, para que siga cumpliendo con las obligaciones de servicio, que, según vieja costumbre, le competen». El estado preveía también los casos en que, por muerte prematura, se produjesen vacantes en el cumplimiento de las obligaciones contraídas por herencia: «Nos ordenamos que los hijos menores de los panaderos sean eximidos de su deber de cocer el pan hasta el vigésimo aniversario de su nacimiento. Sin embargo, en sustitución de ellos, deben incorporarse nuevos panaderos, a cargo de todo el gremio. Al cumplir los veinte años, los hijos de los panaderos están obligados a ocupar el puesto de sus padres. Con todo, aquellos que les sustituyeron seguirán siendo panaderos».

De modo similar se procedió con los carniceros *(suarii)*, con los empleados en la construcción *(calcis coctores et vectores)* o con las empresas navieras privadas *(navicularii)*.

La institución del colonato entró también, finalmente, en el proceso de perfeccionamiento de este sistema de sumisión al oficio, ya que la agricultura era la base de la economía. «El *colonus* no puede marcharse a su antojo a donde le plazca (...). Está ligado al propietario de la tierra, el cual (...) goza de plenos poderes para obligar a regresar a un fugitivo. El emperador recuerda a todos sus súbditos que, por eterno derecho (...), los *coloni* no pueden abandonar la tierra que les fue asignada para trabajarla». Por otro lado, el intento de Constante de hacer también hereditaria la función eclesiástica fue abandonado[42].

Este proceso, que establecía la obligatoriedad de la pertenencia a una corporación y del cumplimiento del servicio al estado, iba mucho más allá de la simple estructuración profesional de los *humiliores*. La vinculación hereditaria a una profesión determinada y, por consiguiente, a un grupo social dado *(ordo)*, consolidó cada vez más las estructuras sociales. Aunque todavía existiese una cierta fluidez, condicionada por las vicisitudes económicas y políticas, la tendencia a la rigidez de límites entre los estamentos sociales hizo ya progresos decisivos hacia mediados del siglo IV. En la relación de Salviano, de la primera mitad del siglo V, aparece ya la contraposición entre *potentes* y *humiliores*, en cuanto *divites* (ricos) y *pauperes* (pobres), como la expresión fundamental de la situación de la sociedad y de los conflictos sociales[43]. Naturalmente, no se logró implantar con absoluto rigor el sistema de sujeción a la actividad profesional; las constantes ordenanzas imperiales sobre el tema dan muestra de ello. El paso, legal o ilegal, de una profesión a otra no se podía suprimir con facilidad. Pero, incluso cuando el cambio en la escala social del *status* hereditario se producía de forma legal, mediante ascensos en la jerarquía estatal, seguía existiendo una marcada diferencia con respecto a la época imperial; mientras que entonces, por ejemplo, la *adlectio* (incorporación) al orden senatorial iba precedida de la familiarización con determinadas funciones, ahora, por el contrario, la pertenencia a una clase social venía dada automáticamente por la toma de posesión de un determinado cargo (lo que se hace patente en la estructuración del estamento superior por el sistema de categorías).

En última instancia, el cambio de *ordo* es tan sólo posible en casos excepcionales: «El que hubiere alcanzado antes de la promulgación de esta ley el rango de *spectabilis* o *illustris*, po-

seerá en el futuro el derecho a los honores y privilegios que con ella ha adquirido. Pero, de ahora en adelante, el *decurio* que (...) adquiriese la categoría de un *spectabilis,* tendrá que cumplir a la vez con sus obligaciones de *decurio* y de senador. Igualmente, los hijos que nacieren después del acceso al rango senatorial, estarán sujetos a esta doble obligación»[44]. El cumplimiento de los deberes y funciones heredados en su día para con los propietarios de la tierra, para con la ciudad o para con el estado pudo ser también impuesto, mediante denuncias a los tribunales. A partir de tan rígido sistema, la tradicional estructura de la sociedad fue evolucionando hacia un nuevo orden social. Se había dado el último paso para la formación de una sociedad jerarquizada, con estructuras cerradas e inmóviles.

c) *El comportamiento de la sociedad.*

Una sociedad no es sólo el simple resultado de la interacción entre el edificio social, con sus estamentos sociales y profesionales, y determinadas formas económicas. Para su funcionamiento se necesita una serie de convicciones fundamentales, que, en conjunto, constituyen la cultura de una época. La conexión causal entre esta actitud espiritual y los factores políticos y económicos de una sociedad resulta siempre más que problemática. La situación económica y el dirigismo estatal no han provocado por sí solos la transformación de la sociedad. Por ello, debe completarse la descripción del orden estatal del dominado y de los cambios estructurales de la sociedad en esta época con el estudio del comportamiento de la sociedad y sus posibles cambios.

La sociedad estamental, con sus rígidas e inmóviles estructuras, no es sino una consecuencia del concepto de servicio obligatorio aceptado por la ideología política de la época; concepto según el cual el ciudadano, en tanto que súbdito, está obligado y debe estar disponible para la prestación de servicios al estado y al bien común. Aquí lo importante es saber si el servicio general obligatorio fue considerado como una imposición o si fue aceptado voluntariamente.

No es fácil contestar a la pregunta de si las disposiciones intervencionistas del estado y de la sociedad fueron acogidas por el individuo como una imposición o, por el contrario, gozaron de su *consensus.*

En el transcurso de la época imperial, el individuo evolucionó de ciudadano a súbdito en su comportamiento político fundamental. El *consensus* político y social (la aceptación del orden establecido y de la propia posición en él, por encima de cualquier conflicto de intereses), destruido al fin de la República, fue restablecido durante el Principado y, a decir verdad, no sólo por la fuerza. Junto a actitudes de resignación y oportunismo, existió una amplia aceptación del nuevo régimen. Evidentemente, nunca pasó de ser un *consensus* parcial, incluso entre las clases dirigentes. Las tradiciones políticas de la República vivían aún en conflicto con la imposición y el control ejercidos por el nuevo sistema; no es casual que los orígenes de la policcía secreta daten de la época de Augusto. La clase alta era presa del dilema de adaptarse a una mentalidad política intermedia entre la del ciudadano y la del súbdito, posición estéril y autodestructiva, si consideramos su impotencia política. Testimonio de esto es la oposición casi patológica de Tácito y de otras muchas voces anónimas, que sólo se comprende a partir de dicho dilema. «En estos tiempos, somos educados desde la juventud para la sumisión e iniciados en prácticas serviles; ya no sabemos cuál es el sabor de la libertad, pero somos genios en el arte de la adulación» [45].

Los últimos residuos del viejo sentido romano del estado se volatilizaron completamente en el siglo III. El derecho civil imperial de la *Constitutio Antoniniana* era un ordenamiento jurídico, pero no un derecho político de los ciudadanos. Disponibilidad para el servicio y servilismo fueron conceptos que el estado implantó con puño de hierro en la mentalidad de las gentes.

Parece concluido el camino que lleva hasta el súbdito, en el sentido negativo del término; hasta el individuo que sólo tiene obligaciones, pero ningún derecho, frente al estado, y que, sin oponer resistencia, se somete a un sistema de fuerza, mando y obediencia.

Existen también súbditos que viven en consenso con el orden político, que no sólo aceptan la monarquía absoluta, sino que la reconocen; pero tal tipo de conciencia frente al estado apenas adquirió vigencia en el siglo IV. La existencia de un orden político asentado en la pura violencia sólo puede darse históricamente en periodos de tiempo muy breves y en territorios muy reducidos (por ejemplo, en la paradójica adaptación de la *polis* griega a la tiranía). Tal situación resulta inverosímil para el Imperio Romano en las condiciones de su tiempo, pero también hemos de admitir que el *consensus* se manifestó, a lo sumo, de un modo fragmentario. Sólo en la clase social dominante, en el

ejército y en la nueva aristocracia burocrática existió una decidida afirmación del ordenamiento social del imperio, que de paso olvidaba los intereses de otros grupos sociales. Pero tal conciencia estaba, sin duda, fuertemente condicionada por intereses de todo orden, lo que se pone de manifiesto, por ejemplo, en las facciones antigermanas de la nobleza de tiempos de Teodosio, o en los escritos de Sidonio Apolinar. Este *consensus* se basa, en parte, en la idea de un imperio cristianizado. Con toda la reserva con que deben aceptarse estas exteriorizaciones retóricas, puede decirse que, precisamente durante las crisis que pusieron en peligro la seguridad imperial en los siglos IV y V el *Imperium* fue concebido como un ordenamiento total de la vida, que debía ser protegido y conservado. Pero esto sólo es cierto para la exigua capa de los *potentes,* incluso entre ellos, el asentimiento al estado se verá condicionado por los intereses particularistas de la nobleza imperial

La actitud de los *humiliores* —hacia quienes se muestran poco favorables escritos y papiros— es difícil de precisar. Las clases inferiores no parece que llegasen nunca a un verdadero *consensus* del orden político.

A pesar de existir un reconocimiento condicionado de las ventajas prácicas de la *Pax romana,* su conducta no respondía a una concepción del estado como realidad fundamental. Para el hombre sencillo, se hallaba en el primer plano lo que siempre había conocido: el eterno sistema de estrechas ataduras y dependencias locales. Desórdenes como los provocados por los donatistas en Africa o los bagaudas en las Galias, constituyen ejemplos del inconformismo y la protesta social de las clases bajas Pero también es verdad que los *humiliores* no opusieron resistencia generalmente a la situación de dependencia de su posición política y social. Esto era, sin embargo, un consenso forzado. Obligados desde hacía mucho tiempo a adoptar una actitud de forzado servilismo frente a la autoridad, en los siglos IV y V siguieron comportándose como súbditos, en el plano político, y como vasallos, en el orden social, dentro de un sistema basado en la fuerza, el autoritarismo y la obediencia. Una lealtad auténtica o un positivo sentimiento de subordinación no podían desarrollarse en aquellas condiciones. Cuando no predominaba la lealtad hacia miembros de la clase dirigente, el *humilis* soportaba el orden estatal y social con apatía y resignación, cuando no con franca hostilidad. Al *colonus* le interesaba poco, en el fondo, cuál fuera el estado que le dominara, ya que ello no modificaría su situación de dependencia y miseria. La gran masa de los súbditos estaba formada por gentes sencillas, a

quienes la preocupación diaria por la subsistencia sólo les dejaba algún tiempo para sus obligaciones religiosas. Juan Crisóstomo (354-407) ha descrito de manera penetrante el agotamiento de los *humiliores* por el duro trabajo y su amedrentamiento ante los brutales administradores de fincas y los recaudadores de contribuciones; Salviano, por su parte, nos da cuenta de su apatía e indiferencia[46]. La conciencia imperial de las clases bajas, que, de todos modos, nunca había sido intensa, fue sofocada por el peso de los impuestos y por la opresión de los grandes propietarios. En este contexto se han de ver las aspiraciones políticas y sociales, tal y como se manifiestan en las inscripciones de las monedas. El abismo que existía entre ideal y realidad era, sin duda, reflejo de la sumisión y debilidad con que se aceptaba tal escapismo y representaba, a su manera, una protesta contra las relaciones existentes.

El papel de la Iglesia en la formación del comportamiento social y, por tanto, también en el proceso de transformación social, fue esencialmente pasivo. A pesar de su poderosa posición económica y de su gran influencia en la cultura de la época, la Iglesia no desarrolló —si se prescinde de actividades aisladas, como sus exhortaciones a la acción caritativa, a la lucha contra la usura, o de sus intervenciones en favor de los esclavos— ninguna teoría social propia, ni, en modo alguno, revolucionaria. Consecuentemente, tampoco dio impulso alguno para una transformación del proceso social (cf. arriba pp. 66 y ss.). Más bien contribuyó de modo decisivo al reconocimiento de la idea de servicio, omnipresente en la nueva sociedad, y, de esta manera, favoreció indirecta, pero intensamente, la consolidación de las autoridades existentes y de las relaciones de subordinación. Constituía un apoyo para el sistema represivo estatal, aunque sólo fuera por el hecho de que el fenómeno de evasión de las obligaciones estatales estuviera casi siempre en estrecha relación con la herejía y el sectarismo.

d) *¿Restauración o renovación?*

La nueva sociedad del siglo IV se diferencia fundamentalmente de la sociedad del Principado. Allí existía un conjunto social verdadeamente móvil y muy diferenciado, a pesar de la estratificación tradicional romana en clases sociales. La sociedad estaba estructurada fundamentalmente al modo liberal-capitalista; la propiedad constituía un elemento decisivo para derterminar la posición social. Esto hacía posible la constante renovación de

las capas y clases de la sociedad. De esta sociedad abierta de la primera época imperial surge ahora una estructura social con una distribución más rígida y fuerte. Los límites entre castas y clases sociales no están ya determinados por la propiedad, sino que son rigurosamente fijados y tienen incluso carácter hereditario. De esta manera se forma una sociedad cerrada, estrechamente ligada a la monarquía absoluta y a su economía de estado dirigista, que consigue, en las diferentes etapas de su evolución, una estratificación de clases perfectamente delimitada El carácter especial de esta sociedad cerrada residía en el hecho de que la reducida clase dirigente representaba sociológicamente a una aristocracia terrateniente con ciertos rasgos feudales.

En la sociedad de los siglos IV y V actuaban fuerzas políticas, sociales y espirituales que, pese a las frecuentes crisis que hubieron de salvar, crearon nuevos modos de vida. En el lenguaje de la época se llamó a esto *renovatio* y no simplemente *restauratio*, vida personal creadora y no mera continuidad. La estabilidad que la sociedad encontró en el nuevo y sólido orden político se percibe en el talante histórico de la época. El juicio de los contemporáneos sobre su propio presente entraña un claroscuro característico de crítica y seguridad. Por una parte, se quejan de la presión fiscal en constante crecimiento (hasta la afirmación, no muy alejada de la realidad, de que los impuestos se habían doblado en el plazo de 40 años), de la piratería de los recaudadores y de la corrupción de toda la burocracia. Se habla mucho de las tierras abandonadas y del retroceso de la producción, así como de las dirvesas formas de evasión de las corporaciones profesionales forzosas y de las prestaciones de servicios. Esta cantinela de la opresión estatal y de la creciente pobreza no enmudece nunca. Es, sin duda, uno de los aspectos bajo el cual vivían los contemporáneos su presente. Pero esto no describe con exactitud la realidad: muchas de las cosas que constantemente se repetían entonces no eran sino viejos motivos sobre la decadencia convertidos en tópicos.

Sin embargo, junto a esto existe, en contraposición al siglo III, una nueva conciencia. Sólo teniendo esto en cuenta, adquieren esas lamentaciones y críticas su auténtico valor. Paganos y cristianos, tanto un Rutilio Namaciano como un Orosio, están convencidos de que el imperio no quedará fundamentalmente afectado ni por las dificultades económicas ni por las crisis políticas, provocadas desde el exterior por las incursiones germanas. En la clase alta de la sociedad existe una clara conciencia de seguridad, éxito y futuro, nacida de la confianza en el nuevo orden estatal y social. La evolución del retrato lo testimonia

—aunque aquí, una vez más, estén representadas casi exclusivamente las clases altas. Después del refinamiento y decadencia, después de la resignación de la época de Galieno, pasando por el peculiar intermedio de la tetrarquía, con sus rasgos de mezquindad y estrechez mental, el retrato adquiere una nueva consistencia y solidez, aunque ésta nazca de una visión lineal, desprovista de toda delicadeza y, a veces, casi primtiva. A la conciencia transformada de los contemporáneos corresponde, en la realidad de la época, junto a la recuperación en el plano económico y a la estabilización de la situación social, una serie de elementos dinámicos y creadores en la vida espiritual y en el arte. Es el tiempo en el que surgen aquellas obras, tanto del lado cristiano como pagano, que garantizan la continuidad espiritual con la Edad Media, así como con Cicerón o Virgilio.

Las creaciones culturales de la época no deben solamente valorarse por las obras paganas, aunque, incluso desde este limitado punto de vista se llegó a una especie de florecimiento, si se compara con el cansancio intelectual del siglo II o con la gran depresión de mediados del siglo III. Naturalmente, mucho es decadencia, epigonismo y manierismo; como siempre, la retórica se convierte en cementerio de la literatura y de la ciencia. En Oriente, la figura más destacada es Libanio (314-393?), prototipo del *rhetor* (retórico) en todos los sentidos. En las ciudades romanas de Occidente aparecieron, en torno al neoplatónico latino Agorio Pretextato y a los dos Símacos, obras típicas de la época, como las *Saturnales* de Macrobio o el erudito comentario sobre Virgilio de Donato. La retórica no fue tan sólo dominio y baluarte del último paganismo; la utilizó también el cristianismo como fundamento de su actividad educadora, que se veía ahora protegida por parte del Estado.

En dos provincias donde la retórica se cultivaba más intensamente comenzó ésta a adquirir un nuevo rostro. Africa, que, ya antes, en el campo de la literatura, había sido una de las regiones más abiertas y fructíferas del imperio, pasó a ser uno de los grandes portavoces de la latinidad. Su significación especial residía en el desarrollo de la literatura cristiana. Prescindiendo de Ambrosio y Jerónimo, casi todas las figuras significativas de la cristiandad occidental, hasta muy entrado el siglo V, pertenecieron al territorio africano: Tertuliano, Minucio Félix, Cipriano, Arnobio, Lactancio y, finalmente, Agustín. También en las Galias comenzó a desarrollarse una tendencia literaria propia, fenómeno de gran significación para la continuidad espiritual de los siglos siguientes. Sidonio Apolinar unía a la retórica la formación

cristiana; Ausonio, cuyo tardío continuador sería Venancio Fortunato, cultivó un arte poético clasicista. Junto a éstos se encuentra la figura original e independiente de Salviano, o el perfeccionamiento de la crónica universal específicamente cristiana de Sulpicio Severo y Próspero Tiro, que influyó mucho en toda la Edad Media.

Pese a las características especiales de cada provincia, la influencia de la tradición clásica continuó dejándose sentir. Amiano Marcelino, aunque era griego de Siria, escribió en lengua latina, imitando a Tácito, la última gran obra histórica latina. El egipcio Claudiano, digno por su técnica poética de sus grandes antepasados, se convirtió en uno de los últimos portavoces paganos de la grandeza de Roma con sus poesías latinas: «Roma se ha constituido en madre de los conquistados, no en dominadora, y ha dado un nombre a todo el género humano (...). A ella le agradecemos, que nosotros (...), aunque bebamos las aguas del Ródano o del Orontes, formemos un mismo pueblo»[47].

La vida espiritual de la época no se agotó, sin embargo, en este florecimiento tardío del clasicismo. A éste podría considerársele históricamente, con cierto derecho, como una restauración. Pero el final del siglo IV y el comienzo del V fue también la época de los grandes Padres de la Iglesia y del más intenso desarrollo teológico. La literatura cristiana vivió su primer esplendor, la poesía cristiana se hizo con Prudencio digna de la pagana.

Las nuevas fuerzas creadoras encontraron su más clara expresión en el arte, que creó sus propias formas desde principios del siglo IV. La revolución del estilo puede medirse por el abismo existente entre el templo pagano y la basílica constantiniana, que constituyó una de las primeras grandes construcciones arquitectónicas de la nueva época. Igualmente claro aparece este salto en el contraste de dos monumentos, que aún hoy se encuentran juntos en el Foro de Roma: el arco de Septimio Severo y la base de las *decennalia*. Aquí se manifiesta que este arco correspondía a una voluntad expresiva y a unos principios artísticos, completamente contrapuestos a las representaciones arquitectónicas clásicas y clasicistas. Al templo pagano, con su orden circular de columnas, se oponía el edificio de planta central de la iglesia cristiana, adornado con mosaicos. Esta forma arquitectónica es la creación típica de la época, que nos encontramos tanto en Rávena, como en Constantinopla o en Siria (Cf. arriba pp. 64 y 65).

El *Imperium Romanum Christianum* no fue una fatigosa y restauradora solución de emergencia, sino un orden vivo y, en muchos aspectos nuevo, que se elevó tanto sobre una concepción

nueva y original del Estado y del poder imperial, como sobre el nuevo concepto de una sociedad que dirige y coordina el trabajo de los ciudadanos, al servicio del bien común. Tanto política como socialmente, era capaz de superar las crisis internas y, dentro de determinados límites, de desarrollar las formas sociales; en muchos campos del espíritu y del arte aportó sus propias creaciones. Las formas sociales y económicas del imperio romano cristiano —disolución de las clases medias burguesas y absorción por los grandes latifundios de los pequeños propietarios campesinos, a lo que va unido el incremento del poder económico y social de la aristocracia rural y la división de la sociedad en grupos desiguales: un reducido número de terratenientes y la gran masa de colonos— son, consideradas históricamente, el resultado más importante de la época. El imperio fue renovado en su orden interno. Ciertamente, esta renovación no alcanzó siempre las metas que sus creadores se habían propuesto; a pesar de ello, fue extraordinariamente rica en consecuencias para el futuro. La conexión, característica de la época, de la fe cristiana y de la Iglesia con las manifestaciones sociológicas complementarias de nobleza senatorial, señorío del campo y colonato, no puede interpretarse como una Edad Media incipiente, a no ser que se haga total abstracción de las circunstancias en que se produjeron estas manifestaciones. Pero en la nueva estructura de la sociedad se crearon significativos elementos y bases para el desarrollo del mundo pluriestatal medieval, en Occidente, y del imperio bizantino.

El estado romano-tardío no fue (cualesquiera que sean los paralelismos que quieran encontrarse) un estado totalitario, en el moderno sentido de la palabra. Para ello faltaban incluso posibilidades técnicas; también el pensamiento político, en que se fundaba este orden, era diferente. Queda sin responder la pregunta sobre si es más justo atribuir mayor importancia a la función del orden y al indudable éxito de este absolutismo centralizado o a la limitada libertad de los ciudadanos que, indudablemente, vivían como súbditos oprimidos. Este es, por encima de todas las repercusiones históricas, el problema que sigue planteando el *Imperium Romanum Christianum*.

V. EL IMPERIO Y LAS NUEVAS POTENCIAS: LA IGLESIA Y LOS GERMANOS (337-393)

El siglo que va de Constantino a Teodosio fue una época caracterizada por las guerras civiles y los continuos cambios de

emperadores y por las incursiones de los visigodos y los sasánidas, que llegaron a adentrarse en el imperio. Pero fue también el periodo en que se produjo una nueva expansión del cristianismo y una progresiva separación entre el Occidente y el Oriente del imperio. La Iglesia y los bárbaros fueron las fuerzas que, desde el interior y desde el exterior, más intensamente afectaron a la vida del imperio en el siglo IV. La relación entre política y religión se manifestó como uno de los temas dominantes de la política interior del siglo. El choque entre el imperio y los pueblos extranjeros en las fronteras decidió la política exterior. Estos conflictos y esta constelación de fuerzas se mantienen hasta el siglo V y serán los factores decisivos en la historia futura de todo el mundo mediterráneo.

a) *Emperadores y política interior desde Constantino hasta Teodosio.*

La política interior del siglo IV se caracteriza por una sucesión de luchas dinásticas por el poder —que en parte se desarrollarán en forma de abiertas guerras civiles—, estrechamente entrelazadas con problemas político-religiosos. Los hijos de Constantino, Constantino, Constancio y Constante, se dividieron en el año 337 el imperio, como *augusti* equiparados en derechos. Pronto se desataron las luchas por el poder, que desembocaron en conflictos militares; el nombramiento de antiemperadores complicó aún más la situación. Sólo después de la muerte de Constantino II, en el año 340, y de que cayera Constante 10 años más tarde en combate contra el usurpador pagano Magno Magnencio, se llegó a la monarquía de Constancio, de diez años de duración. Poco antes de que éste muriese en el año 361, durante la marcha a una campaña contra los sasánidas, designó como sucesor a su primo Juliano —único miembro que quedaba de su familia—, que se había distinguido en la defensa de la frontera occidental de las Galias al mando de las tropas. El corto gobierno de Juliano el Apóstata se ha hecho famoso por el intento de restauración del paganismo. Un edicto del emperador ordenaba «abrir de nuevo los templos y hacer ofrendas en honor de los dioses»[48]. Pero Juliano fue herido de muerte por la caballería sasánida en una operación de retirada, cerca de Ctesifonte, junto al Eufrates. La soberanía de Joviano, general de la guardia, fue sólo un corto entreacto (363-364). Sus sucesores, los hermanos Valentiniano I (364-375) y Valente (364-378), fueron también oficiales panónicos, que accedieron al poder por el

ejército. Para estos nuevos emperadores-soldados, la defensa del imperio estaba claramente en primer plano. Para asegurar su política defensiva, dividieron el imperio de una manera pragmática en diversas zonas de goberno (sin que ello significara planear una auténtica división del imperio) y prosiguieron, habituados ya al estado de sitio, la reglamentación de la vida dentro de los límites del imperio. Valentiniano I poseía un carácter brutal; arbitrariamente, ordenaba ejecuciones en sus accesos de ira, que, al fin, le costaron la vida. Hasta cierto punto, logró conservar las fronteras de la parte occidental del imperio y fortificó los límites romanos en el Ill y el Danubio. En el año 368, atacó una vez más en la región del Neckar. En aquel momento se encontraba en el séquito del emperador el poeta Ausonio, que cantó en delicados versos a una muchacha alamana, llamada Bíssula, a la que se hizo prisionera. Valente, que legó su nombre al gigantesco acueducto de Constantinopla, pero que tuvo escasa fortuna en política exterior, cayó en combate contra los godos, en el año 378, cerca de Adrianópolis, en medio de su ejército derrotado. El sucesor de Valentiniano I en Occidente fue su hijo Graciano, de 16 años (375-383). Este discípulo de Ausonio, interesado por la literatura, no fue nunca un hombre de estado, pese a su amabilidad personal: «Sus virtudes hubieran sido perfectas si hubiese aprendido también el arte de la política, de la que se mantuvo alejado por inclinación y por educación» [49]. En lucha contra Magno Máximo, nombrado antiemperador por el ejército de Inglaterra, el joven emperador fue muerto en agosto del año 383 por las tropas amotinadas. Su acto de gobierno más importante fue la elevación a Augusto y, de hecho, a regente de la *pars orientalis,* en el año 379, de Teodosio, hijo del *magister equitum* de Valentiniano I. Este capacitado general, el último gran español que subió al trono imperial, pasó a ser soberano de la totalidad del imperio a raíz de la muerte de Graciano y se mantuvo en el poder durante doce años. Valentiniano II (hermanastro de Graciano, nombrado emperador en el año 375 a la edad de cinco años), dominado por su madre Justina y por sus ministros, fue sólo nominalmente Augusto de Occidente, hasta que en el año 392 el conflicto con el franco Arbogasto, su *magister militum,* le costó la vida.

Las fuerzas impulsoras de este proceso de división y de reunificación del poder central fueron fundamentalmente de orden político. Las rivalidades por el poder de algunos Augustos se vieron avivadas por los conflictos paralelos entre los prefectos civiles y los comandantes del ejército, subordinados al emperador respectivo, que adquirieron en aquella situación política un amplio

margen de decisión propia. Resultó más grave el hecho de que, en ciertas provincias, el orgullo de los poderosos locales, unido a una nueva conciencia que despertaba lentamente en ciertas regiones del imperio, condujese a una abierta rebelión y a esporádicas secesiones del poder central.

Junto a las motivaciones políticas en sentido estricto, una segunda causa fue también responsable de los conflictos políticos interiores, que sacudían de tiempo en tiempo la estructura imperial y el poder central: las disputas internas de la Iglesia. Ya con Constantino había comenzado una casi inexplicable ligazón entre la política eclesiástica y la interior, entre las confrontaciones dinásticas y las religiosas. En el siglo IV fue el cisma arriano el que ejerció una influencia dominante en la política interior de todo el imperio.

b) *Iglesia y política interior en el siglo IV: la cuestión arriana.*

El cisma arriano comenzó como un mero altercado teológico. El presbítero Arrio, alumno distinguido de la escuela teológica de Antioquía, fue excomulgado en el año 318 por un sínodo celebrado en Alejandría, a causa de ciertas doctrinas discrepantes sobre la naturaleza de Cristo. Pero siete años más tarde, en el 325, la cuestión suscitada por Arrio fue objeto del primer concilio ecuménico de la cristiandad. Las diferencias teológicas en que se basaba la disputa arriana, no eran en modo alguno nuevas; Arrio, formado en una escuela dialéctica, desató únicamente el conflicto con una formulación clara y sin compromisos de un problema largamente debatido. Creyó ver el monoteísmo en peligro con la veneración indiferenciada de Cristo como Dios, monoteísmo que la fe cristiana había separado radicalmente del politeísmo pagano. Esto le condujo a la tesis de que el *Lógos,* como criatura del Padre, no era de su misma esencia, sino, sólo condicionalmente, de esencia semejante a la del Padre. Esta posición se resumió en la palabra muy utilizada de *homoios* (semejante en la esencia). Los ortodoxos o nicenos, también llamados atanasianos por el nombre de su gran dirigente, insistieron en la diferencia fundamental entre creación de la nada y proceso creador inmanente de la Divinidad, frente a la doctrina arriana, de la creación *ex nihilo* y en el tiempo del *Lógos.* El Hijo, como verdadera persona, es también verdadero Dios y de la misma esencia que el Padre, porque se constituyó en su esencia, antes de todos los tiempos, en un proceso inmanente a la Divinidad y no por procreación terrena. Contra el arriano *homoios* se elevó el grito de

guerra *homoousios*, como fórmula de la unidad de la esencia del Padre y del Hijo.

El arrianismo encontró un eco especialmente intenso en los teólogos griegos, fuertemente influenciados por Orígenes. Pero ganaba terreno por todas partes entre los laicos y, especialmente, entre los neoconversos, a causa de su mayor claridad y sencillez conceptual. Una decidida resistencia se produjo sobre todo de parte de los teólogos de Occidente y de Atanasio de Alejandría. Precisamente en la argumentación de éste salen a la luz las motivaciones de la lucha que, en principio, parecía sutileza dialéctica sobre la naturaleza de Cristo. Atanasio siempre afirmó de modo tajante la «unidad» e «identidad» de la «naturaleza» divina del Padre y del Hijo, sin renunciar a la innegable diversidad de las dos personas. La unidad esencial del Padre y del Hijo no se deducía para él de una especulación teológica propiamente racional. Concebía la redención como la aspiración profunda de la fe, redención no entendida como ascenso gradual a la espiritualización (como acontecía en la teología platonizante de un Gregorio Niceno), sino como encarnación en el hombre de fuerzas esencialmente divinas. Por eso Atanasio y sus seguidores insistieron apasionadamente en la unidad esencial de Cristo con el Padre: si Cristo mismo no fuese Dios, no podría haber redimido a los hombres. Sólo el ansia de redención en el cristianismo de la época aclara el fenómeno de que una discusión teológica escolástica pudiera provocar en pocos años un gran cisma, que abarca a todos los creyentes; cisma que ensombreció aún más el enfrentamiento entre paganismo y cristianismo. «La pura y sencilla religión cristiana fue oscurecida por la superstición; debates sutiles y complicados sobre el dogma, que en el fondo no constituían intento alguno de unión verdadera, llevaron a constantes controversias (...); multitud de obispos se apresuraban de acá para allá para ir a sus diferentes sínodos y transtornaban de esta manera el servicio público de postas»; a Amiano, pagano culto e irónicamente distanciado, le parecía toda la polémica superflua e ininteligible [50]. Voces procedentes del campo cristiano, como las cartas de los grandes capadocios, muestran hasta qué punto la disputa sobre la doctrina de Arrio se había extendido entre la población cristiana imperial.

Pero precisamente esto forzó la intervención del Estado. Desde el momento en que la Iglesia se había convertido en puntal de la autoridad estatal, cualquier amenaza a su unidad ponía también en peligro la solidez del edificio imperial. El cisma religioso podía provocar la guerra civil, o, al menos, la pérdida de la lealtad política de los súbditos imperiales no ortodoxos.

Los emperadores de la época estaban profundamente convencidos de su derecho divino y de su deber de intervenir en la política eclesiástica (Constantino declaraba, no sin cierta exageración, que el problema le quitaba el sueño) y ejercieron ese derecho, llegando a veces a cometer excesos. La actitud de la Iglesia frente al régimen teocrático imperial no fue unitaria. En Oriente, se inclinaba más a ceder al poder y a reconocer la autoridad superior del emperador. En Occidente, ofreció mayor resistencia: Hilario de Poitiers llegó a llamar a Constancio el «Anticristo», en el momento más álgido de la polémica [51].

La política eclesiástica de los emperadores comenzó con la convocatoria del primer concilio ecuménico de Nicea, hecha por Constantino. Bajo la presidencia y la influencia decisiva del emperador, aconsejado por el destacado teólogo Osio de Córdoba, el concilio condenó el arrianismo como herético; el *homoousios* se convirtió en el dogma oficial de la Iglesia imperial. Sin embargo, esta conclusión, a la que se llegó en un clima de tensa discusión teológica, fue una victoria aparente. El arrianismo se mostró tan poderoso, que el mismo Constantino se vio obligado a revisar *de facto* su política eclesiástica y a retirar sigilosamente una gran parte de sus decretos antiarrianos. Se vio obligado, incluso, a alejar varias veces a Atanasio de su sede patriarcal.

El arrianismo, problema pendiente de resolver en el plano de la política interior y de la política eclesiástica, se mostró bajo los sucesores de Constantino, como una carga explosiva extraordinariamente peligrosa. Los antagonismos dinásticos y políticos se agudizaban cuando algunos emperadores tomaban partido en su área de gobierno por uno u otro bando, ya fuera por motivos personales o en consideración a la situación político-religiosa. El Augusto de Occidente apoyaba de múltiples maneras a la ortodoxia, mientras que el emperador de Oriente se declaraba en favor de los arrianos. El cisma conducía, por momentos, a la guerra civil, avivado por las constantes intervenciones del poder estatal, así como por la oposición de las escuelas teológicas y las luchas político-eclesiásticas de los patriarcas por el poder. La superior autoridad política del emperador occidental, Constante, logró contener el desenfrenado arrianismo de su hermano Constancio. La unificación que se intentaba por medio del sínodo imperial de Sárdica fracasó (342); el sínodo se disolvió antes del comienzo de las negociaciones. La monarquía de Constancio (350-361) cambió la situación político-religiosa. Dirigentes eclesiásticos ortodoxos, como Lucifer de Cagliari, Hilario de Poitiers y, de nuevo, Atanasio, fueron al destierro; los sínodos de Sirmio (357), con la conformidad pública del viejo Osio, y Rímini (359)

declararon al arrianismo como religión del estado. A pesar de la rigurosa persecución de los ortodoxos, estas conclusiones no pudieron implantarse. Un nuevo enfrentamiento teológico dividió al arrianismo. El ala radical (la de los eunomeos, llamados así por el nombre de su principal teólogo) se atuvo rigurosamente a la diferencia esencial entre el Padre y el Hijo; el ala moderada de los «semiarrianos» se declaró por una semejanza en la esencia y trajo a debate una nueva fórmula de compromiso, la del *homoiousios* (semejanza esencial). La tregua religiosa durante el gobierno de Juliano favoreció, sobre todo, a los nicenos, que habían quedado en gran número en occidente, pues la posición de los obispos romanos fue siempre unánimemente nicena, a excepción de la de Liberio (352-366). Mientras tanto, el arrianismo se desmoronaba. Una parte de los semiarrianos abandonó el *homoiousios* por el *homoios*, uniéndose a los partidarios radicales de la diferencia esencial; pero la mayor parte se aproximó a la ortodoxia, que había suavizado su rígida posición (neonicenos). Con el aislamiento de los arrianos radicales, en el plano teológico, se abrió el camino hacia una renovación de la unidad dogmática, por la que los Tres Capadocios habían trabajado tanto en el plano teológico como en el político-eclesiástico.

La superación definitiva del cisma tardó aún casi veinte años, a causa de las intervenciones estatales y de la rivalidad de los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Roma. Desde el año 364, regían de nuevo el imperio dos Augustos, con diferente ideario político-religioso: Valentiniano I era ortodoxo; Valente renovó la violenta política proarriana de Constancio. De nuevo los arrianos lograron ocupar la mayor parte de las sedes episcopales de Oriente. Sólo tras la muerte de Valente (378), el arrianismo perdió su respaldo político.

De esta manera, quedaba el camino libre para una superación del cisma, preparada por el paulatino acercamiento de las opiniones doctrinales y los partidos eclesiásticos. El mismo emperador jugó un papel decisivo en este proceso. La política religiosa de Teodosio no se orientó solamente a la lucha contra el paganismo y las herejías menores (el obispo Epifanio de Salamina, en Chipre, describió entonces ochenta de estas herejías), sino que, obrando de acuerdo con sus creencias personales, presionó sobre todo por conseguir una solución definitiva de la cuestión arriana. Teodosio, apoyado en el acuerdo alcanzado en el año 370 entre las fórmulas de los neonicenos y la profesión de fe del Papa Dámaso (366-384), elevó la profesión de fe nicena, por edicto de febrero del año 380, a única religión del imperio: «Es nuestra voluntad, que todos los pueblos sometidos al gobierno de nuestra graciosa

benevolencia sigan la fe que el divino apóstol Pedro ha transmitido a los romanos. Este es el credo que observan los pontífices Dámaso y Pedro y el obispo de Alejandría, hombre de santidad apostólica. Creemos, siguiendo la instrucción apostólica, y la doctrina evangélica, en la divinidad del Padre en igual majestad y en Santa Trinidad. El que siga este mandamiento deberá reclamar, por nuestra voluntad, el título de cristiano católico (*nomen christianum catholicum*). Pero todos los demás, en nuestra opinión locos y dementes (...), habrán de enfrentarse a las represalias que judicialmente vamos a establecer, apoyados en la voluntad divina»[52]. Pero los problemas religiosos no podían resolverse ya mediante edictos imperiales. El poder de la Iglesia obligó al emperador —como había de mostrarse de manera más aguda en los siglos V y VI— a recurrir al concilio, si quería conseguir de verdad un entendimiento con los teólogos de Oriente. El concilio de Constantinopla (II ecuménico), convocado en el año 381, en el que, gracias a la habilidad diplomática del emperador, participaron 150 obispos del Oriente griego, corroboró la decisión imperial. Elevó el credo de Nicea a profesión de fe de la Iglesia imperial, completado naturalmente por los conceptos trinitarios que se habían elaborado en el transcurso de la polémica, conceptos que hicieron posible también para Oriente el reconocimiento de la *homoiousia*. La unidad dogmática de la Iglesia fue restablecida con las fórmulas de «un Dios en tres personas», es decir, «de tres personas en una sola substancia». El triunfo de la ortodoxia no se produjo solamente en el plano político, merced a la intervención del emperador. El desarrollo de la teología había contribuido también ampliamente a la superación de la doctrina arriana. Después del concilio de Constantinopla, el arrianismo sólo tuvo importancia entre los germanos.

Aunque la Iglesia logró al fin recuperar su unidad, la disputa arriana jugó un importante papel en la disolución de la unidad imperial. La compleja interdependencia entre la política interior y la política eclesiástica fortaleció de muy diversos modos las fuerzas centrífugas. Pero, el arrianismo, sobre todo, dio un impulso decisivo a la creciente separación de ambas mitades del imperio. El restablecimiento exterior de un credo dogmático unitario no nos puede engañar: la Iglesia latina-occidental y griega-oriental vivían muy separadas ya en lo referente a los principios fundamentales de la fe y de la teología. En el oriente griego se encontraba en el primer plano una especulación teológica racional altamente desarrollada, unida a la mística de colorido oriental y carácter ascético-meditativo; en occidente, predominaban claramente la ética, la eclesiología y una dogmática

de carácter concreto-jurídico. La disputa arriana puso de relieve, de una manera más acusada, estos contrastes en la actitud espiritual. Además, el concilio de Constantinopla aseguró la independencia de la Iglesia griega frente a las aspiraciones al Primado del obispo de Roma. Pasando por alto las tradicionales aspiraciones de Antioquía y Alejandría, el patriarcado de Constantinopla obtuvo el segundo rango, inmediatamente detrás de Roma (porque «aquella ciudad es la nueva Roma»). La coordinación en Oriente del centro imperial y el centro eclesiástico favoreció considerablemente la evolución de la Iglesia griega hacia una Iglesia de carácter estatal.

Una consecuencia importantísima del cisma fue la conversión de las tribus germanas al credo arriano. El godo Ulfilas, consagrado obispo por el arriano Eusebio de Nicomedia en el año 343, fue el pionero de la evangelización de los visigodos. A través de estos últimos, el cristianismo arriano pasó a los ostrogodos, vándalos, burgundios y hérulos. Estas tribus se mantuvieron fieles a su credo durante un tiempo relativamente largo: los burgundios, hasta el año 516; los visigodos, hasta el 589. Entre los motivos de enfrentamiento con estos pueblos, figuraba, junto a la oposición política de las tribus al imperio, la diversidad del credo religioso, un hecho que contribuyó en gran medida a la disolución de la parte occidental del imperio.

c) *El imperio y los pueblos bárbaros: los comienzos de la invasión de los germanos y los sasánidas.*

Durante el siglo IV, los emperadores no sólo hubieron de hacer frente a problemas de política interior y eclesiástica. Cuando las alturas aparentemente diáfanas de la especulación teológica se habían mostrado como amargas realidades políticas, se veían abocados en política exterior a duras necesidades y casi insolubles tareas. El segundo gran problema del siglo fue el choque entre el imperio —sacudido, como en los oscuros decenios del siglo III, por graves enfrentamientos internos— y las primeras oleadas de la invasión de los bárbaros. Sus principales protagonistas fueron, junto a los hunos, los grupos tribales germanos recientemente convertidos al cristianismo. Las nuevas federaciones tribales de germanos orientales y occidentales lograron, ya en el siglo III, penetrar profundamente en el imperio, aunque pudieron ser contenidas, a pesar de su creciente peligrosidad (Cf. arriba, pp. 20 y ss.). Esta situación de encarnizados y constantes ataques fronterizos que, aún a costa

de duras pérdidas, eran enérgicamente rechazados, se mantuvo hasta los años sesenta del siglo IV. La frontera del Rin era la más amenazada, a causa de los ataques de alamanes y francos. El último gran éxito en las guerras defensivas del alto Rin fue la victoria de Juliano sobre los alamanes en Argentoratum, actual Strasburgo (357). También bajo Valentiniano I, que por razones estratégicas residía en Tréveris, así como bajo Graciano, la ofensiva en la defensa fronteriza fue un continuado éxito. Las medidas militares se vieron apoyadas por la actividad diplomática. Más de cincuenta tratados se concertaron durante estos decenios entre Roma y las tribus fronterizas.

Sin embargo, fue una paz efímera la que se logró en las fronteras germanas del imperio, en los años sesenta. En Oriente fueron necesarias duras guerras defensivas contra los sasánidas; desde los años setenta, se produjo un cambio repentino en los frentes germanos. Con una renovada presión de los pueblos germanos en la frontera de los Balcanes se iniciaba la invasión de los bárbaros en sentido estricto. Los hunos, pueblo de jinetes nómadas del Asia Central, fueron la fuerza que desencadenó la súbita transformación de la situación política y estratégica exterior. Procedentes de la zona fronteriza noroccidental de China, se habían puesto en marcha hacia el Occidente en el siglo I d. de C., tras las victorias definitivas de los emperadores chinos de la dinastía de los Han; a lo largo del siglo IV, empujaron a los grupos tribales germanos del este y del oeste, comprendidos entre el Mar Báltico y el Mar Negro, y les lanzaron contra las fronteras del imperio. Sólo esta presión exterior obligó a los germanos orientales, que hasta entonces habían vivido asentados en regiones colonizadas, a emigrar y a convertirse en tribus nómadas, en busca de botín y nuevas zonas de asentamiento.

El primer gran encuentro se produjo en la zona del Danubio. Los godos se habían asentado frente al imperio, entre los ríos Danubio y Don, hasta principios del siglo III (Cf. esta *Historia Universal,* tomo VIII). El Dniester separaba a los ostrogodos de los visigodos. Los contactos con el Reino del Bósforo y con las colonias griegas de Crimea habían procurado a los godos, en contraposición a las demás tribus, un cierto conocimiento de los elevados modos de vida del imperio, así como de su sistema militar. La presión de los hunos se inició sobre los godos. El reino ostrogodo fue derribado; los visigodos, tras diversas negociaciones con la parte oriental del imperio, consiguieron asentarse en la provincia de Mesia como *foederati,* obligados a prestar servicio militar.

Los aproximadamente 70.000 visigodos resultaron, como era de esperar, un cuerpo extraño difícil de asimilar. Fricciones con la administración imperial terminaron en un conflicto abierto y en la marcha de los godos *foederati,* junto a grupos de hunos y alanos, sobre Constantinopla. El ejército romano, acaudillado personalmente en la contraofensiva por el emperador Valente, fue aniquilado en agosto del año 378, junto a Adrianópolis, por los ataques de la caballería germana. Cayeron allí el emperador y cuatro de sus más importantes generales. El camino hacia Constantinopla y hacia el corazón de la parte oriental del imperio parecía quedar abierto para las tribus germanas.

La impresión que causó en los contemporáneos la derrota de Adrianópolis fue enorme. Sólo se vio superada por el eco de la conquista de Roma en el año 410. Adrianópolis anunciaba ya para los mismos contemporáneos una nueva fase del enfrentamiento entre el imperio y los germanos. Por primera vez se resentía profundamente la fe en la solidez, en la seguridad y en la eternidad de imperio *(aeternitas imperii),* como forma de existencia política. Entre los cristianos, esta sensación se asoció con los sentimientos escatológicos, siempre tan fácilmente inflamables; incluso un observador tan austero como Ambrosio reaccionó por un momento de modo apocalíptico: *«in occasu saeculi sumus»* (vivimos el ocaso del mundo) [53]. Este sentimiento de alarma pronto se disipó, pero la conciencia del imperio romanotardío no se recuperó ya completamente de la impresión de Adrianápolis. Se logró salvar por algún tiempo la situación, pero el hecho de que la política exterior no fuera ya una laboriosa defensa de fronteras, de éxito casi seguro, sino una lucha por la misma existencia del imperio, impregnó desde entonces la realidad y la conciencia política del *Imperium Romanum Christianum.*

La situación, que parecía en principio insostenible, a causa de la invasión de los visigodos —lo que había de ocurrir con frecuencia a lo largo de los decenios siguientes—, mejoró con relativa rapidez. Esta fue la obra de Teodosio. La primera tarea del recién nombrado Augusto de Oriente consistió en la liberación de la región de los Balcanes de los grupos godos más peligrosos, lo que pudo realizar con un ejército reorganizado, en el que servían también contingentes godos, que ya el ejército romano había aceptado desde tiempos de Constantino. De ahora en adelante, los germanos lucharon en ambos bandos en todas las guerras contra los invasores bárbaros. Una ingente tarea para el emperador consistió en debilitar la amenaza política que representaban los germanos introducidos en el imperio. Agrupaciones tribales cerradas, como la de los ostrogodos

en Panonia y la de los visigodos que habían quedado en Mesia, estaban permanentemente asentadas en territorio romano, como *foederati*, con completa autonomía, exención de impuestos y una soldada adicional por su servicio como tropas fronterizas. Al mismo tiempo y precisamente bajo Teodosio, el ejército regular fue germanizado hasta en sus puestos dirigentes más elevados. Esta política hacia los germanos constituía el intento de neutralizar el peligro mediante la aceptación de los germanos para la defensa del imperio. De hecho, en los decenios siguientes, se demostró que la nueva política hacia los germanos resultaba de doble filo y era, a fin de cuentas, peligrosa. Pero en los comienzos del reinado de Teodosio, era ésta la única posibilidad de detener, aunque sólo fuera provisionalmente, la amenaza que representaban los godos para la parte oriental del imperio.

Durante estos años, los enemigos del imperio no sólo se encontraban en el nordeste y en el norte (parte de Inglaterra debió de ser abandonada en el año 383), sino también en el este. En política exterior persistía el problema del doble frente, que se había originado en el siglo III con el resurgimiento nacional persa bajo los sasánidas (Cf. pp. 20-21). Los sasánidas seguían constituyendo también en el siglo IV un peligro latente y permanente en la frontera oriental. El conflicto abierto comenzó cuando Sapor II (309-379), uno de los monarcas sasánidas más destacados, hubo dominado la situación en la frontera, donde había perdido el control a causa de los conflictos dinásticos de sus predecesores, y, sobre todo, cuando hubo sometido nuevamente el Kushân. Del 339 al 363, Sapor hizo la guerra casi constantemente contra Roma. Estas operaciones, descritas detalladamente por Amiano Marcelino (que sirvió como oficial en el frente persa durante esos combates), se llevaron a cabo según las reglas de una nueva técnica militar. El arma decisiva era, esta vez también por parte romana, la caballería acorazada, pero en este terreno la caballería sasánida se mostró superior. El ejército persa tomó, por otra parte, del romano las avanzadísimas técnicas de la guerra de asedio. Una parte considerable de la estrategia guerrera consistía en los encarnizados asedios de las grandes fortalezas fronterizas, como Nisibis, Amida o Edesa —en cierto modo algo no muy diferente de las campañas de Marlborough en la Guerra de Sucesión de España.

Después de los éxitos de Sapor II en Siria contra Constancio, Juliano intentó detener el avance sasánida: «Debemos aniquilar a esa nación en todos los aspectos desagradable, y en cuyas espadas gotea aún la sangre de nuestros hermanos»[54]. Pero su contraofensiva se convirtió en un fracaso militar, que

terminó con la muerte del emperador. Joviano tuvo que aceptar la derrota, abandonar la zona de influencia romana en Armenia y entregar las fortalezas de Nisibis y Singara. Bajo estas humillantes condiciones, y gracias a los conflictos interiores que se produjeron en el reino sasánida a la muerte de Sapor II (379), durante el resto del siglo se mantuvo la paz en la frontera oriental.

Fue una gran suerte histórica para el imperio el hecho de que en el momento en que se desataba la primera gran crisis en el frente germano, Persia no estuvise en condiciones de proseguir su agresiva política exterior.

VI. TEODOSIO EL GRANDE

La parálisis interna del estado sasánida y los parciales éxitos militares contra los godos permitieron a Teodosio, a finales del siglo IV y aún por algún tiempo, concentrar las fuerzas del imperio en un conjunto unitario y resistente. El resultado de su trabajo constituyó una solución provisional de los problemas políticos y religiosos. Cortesía y liberalidad alternaban en él con accesos de ira y brutalidad; su rigurosa política financiera armonizaba con su prudente estrategia militar. Que la historia haya sido justa al atribuirle el sobrenombre de Grande es asunto controvertido. Pero él fue la última figura imperial que decidió soberanamente las grandes cuestiones de política exterior, de estrategia y de política eclesiástica. Agustín exagera al afirmar que consideraba más importante su pertenencia a la Iglesia Católica que su dominio terrenal. Pero, es cierto que estuvo mucho más convencido que Constantino de la legitimación divina de su poder y de la responsabilidad que le incumbía de comportarse como señor de la Iglesia y de cuidar de la propagación de la fe, reconocida por él como verdadera.

Teodosio impulsó decididamente la unidad religiosa del imperio e hizo valer inequívocamente la autoridad del emperador, incluso en cuestiones relativas a la fe. La división de la Iglesia quedó eliminada en el concilio de Constantinopla y en las medidas político-eclesiásticas que le siguieron. Durante algún tiempo se mantuvo la paz, pese al predominio indiscutido de la ortodoxia; pero los nuevos conflictos dogmáticos con los pelagianos y los monofisitas comenzaban a hacerse notar. Naturalmente, seguían existiendo maniqueos, donatistas y un gran número de otras sectas más pequeñas. Frente a ellos, Teodosio siguió una política rigurosa. Recibía a los obispos heréticos y rompía ante

sus ojos los memoriales que le presentaban. Las iglesias de los heréticos fueron confiscadas, y retirados incluso los derechos civiles a los restos de algunas sectas.

La *ecclesia catholica,* el cristianismo del credo niceno, debería convertirse en la religión exclusiva del imperio romano. Para Teodosio, la Iglesia había vencido definitivamente; él quería realizar, como soberano cristiano, el estado cristiano. La fe —liberada de las cadenas jurídicas y favorecida por todos los medios— debería ser no sólo el fermento de la sociedad, sino también el principio político que informara todo orden terreno. La política teodosiana tampoco escapó al peligro de identificar a Dios con la conservación del estado y de la sociedad, en lugar de poner a la organización humana al servicio de Dios.

Teodosio arremetió con creciente energía contra el paganismo. Es de destacar que no se invistió ya del cargo de *pontifex maximus.* En los comienzos de su reinado, se produjo la última confrontación importante entre paganos y cristianos, que naturalmente se desarrolló pacíficamente y sin fanatismos, gracias a la segura posición de la Iglesia. Fue simbólica, por su inutilidad, la lucha de la aristocracia senatorial pagana, bajo la dirección del prefecto de Roma, Símaco, por la reincorporación del altar de la Victoria, en la sala de sesiones del senado, que Graciano había ordenado retirar el año 382. Medidas similares a las dirigidas contra los heréticos —prohibición de reuniones, supresión de templos, restricción de los derechos civiles— fueron tomadas ahora contra los paganos. Se cerraron sus templos y se prohibieron, bajo amenaza de graves penas, las ofrendas y la veneración de las estatuas de los dioses, así como la totalidad de los ritos de la *gentilitia superstitio* (superstición pagana). En el año 393, tuvieron lugar, por última vez, los juegos olímpicos, lo que constituye también una fase en la represión del paganismo. El paganismo estaba definitivamente destruido; incluso numéricamente se inició un retroceso relativamente rápido. La lucha contra el paganismo llegó a pasar incluso al plano político, en conexión con la segunda gran realización de Teodosio: el restablecimiento de la unidad del imperio bajo la soberanía de un solo emperador. Primero hubo de derrotar a Máximo, antiemperador nombrado por el ejército de Inglaterra y las Galias. Pocos años más tarde, tras la muerte de Valentiniano II (392), Arbogasto, *magister militum* franco, proclamó antiemperador a Flavio Eugenio, profesor de retórica. Eugenio se declaró nuevamente en favor del paganismo, aunque de una manera mucho más suave que Juliano, pues tan sólo recomendó tolerancia para con los partidarios de los viejos dioses. Pero las

tropas de Teodosio, favorecidas por un huracán, lograron una clara victoria junto al río Frígido, en septiembre del año 394. El resultado de la batalla y el «milagroso huracán» fueron considerados como el juicio de Dios y la corroboración reafirmada del triunfo del cristianismo: «Tú eres el emperador amado por Dios sobre todas las cosas (...), por quien incluso el éter combate y a cuyas banderas los vientos acuden a raudales», poetizó incluso el pagano Claudiano. El *praefectus praetorio* Nicómaco Flaviano, prominente figura del paganismo, escogió (como un día el joven Catón en Utica) la muerte voluntaria.

La tercera gran aportación de Teodosio se produjo en la política exterior, con la superación del peligro godo, que hizo posible el mantenimiento de la frontera imperial en el nordeste, con lo que la invasión germánica fue, al menos por el momento, apaciguada. El imperio parece haber salido fortalecido de los trastornos y dificultades de los decenios anteriores. De nuevo se restablecía la administración unitaria en todo el imperio, se fortalecía el poder central y se aseguraba la intervención imperial, incluso en las provincias más alejadas. En las mismas provincias, sobre todo en Oriente, se hizo perceptible una regeneración económica, aún cuando el elevado esfuerzo militar seguía exigiendo una política fiscal muy rígida. El ejército fue reorganizado, dotado de capacidad combativa y presto para la defensa; las fronteras del imperio quedaron nuevamente aseguradas y sin mengua, tras la situación de peligro del año 378. La *notitia dignitatum*, aparecida presumiblemente poco después de la muerte de Teodosio, ofrece una representación, en buena medida exacta, de la organización y disposición estratégica del ejército. El ejército de campaña estaba formado por más de 135 legiones y 108 *auxilia* (tropas auxiliares), que en conjunto formaban unas 140 grandes unidades de infantería; a esto hay que añadir 88 regimientos de caballería. La fuerza de los efectivos hay que calcularla sobre 180.000 hombres de infantería y 44.000 jinetes. La caballería estaba repartida por igual entre Oriente y Occidente; el número de unidades de infantería era aproximadamente un 10 % más elevado en Occidente que en Oriente. El ejército de campaña estaba organizado y acantonado en los puntos más conflictivos; así, por ejemplo, la reserva estratégica del *magister militum per Gallias* contaba alrededor de 40.000 hombres. Las tropas de defensa de las fronteras comprendían alrededor de 317 unidades de infantería y 258 de caballería, a las que hay que añadir 10 flotillas fluviales. Sus efectivos son más difíciles de estimar; debieron ser de cerca de 250.000 hombres para la infantería y de 25.000 para la caballería. Aquí se daba

una muy acusada diferencia en la distribución: 154 de las 258 unidades de caballería se encontraban en Oriente. El ejército romano era por su número muy inferior a las unidades tribales que avanzaban sobre las fronteras, pero poseía la ventaja de una mejor preparación y organización; además, disponía de la decisiva ventaja estratégica de la línea defensiva interior, con una red de comunicaciones relativamente buena.

La pausa de tranquilidad que creó el esfuerzo desesperado de Teodosio por asegurar las fronteras y lograr la paz interior, tuvo su repercusión también en la cultura. Esta época de relativo sosiego aportó un florecimiento tardío, al que se ha dado el nombre de «renacimiento teodosiano». Junto a las últimas creaciones clasicistas de la literatura pagana, el cénit del humanismo cristiano y de la literatura de los Padres de la Iglesia caracterizó la vida espiritual. Además de grandes figuras, como las de Ambrosio o Gregorio de Nisa, se formó una pléyade de talentos menores, como Sinesio de Cirene, Teodoro de Mopsuestia o Paulino de Nola, que nos presenta Jerónimo en *De viris illustribus*, un brillante testimonio de la época. Una correspondencia extraordinariamente activa, que creó un intercambio espiritual en todo el imperio y afectó a todas las cuestiones del tiempo, nos habla de la vivacidad de la época. En el dominio del arte, el estilo teodosiano se basa intensamente en los modelos de la Antigüedad, con un cierto refinamiento en la ejecución, que anuncia una nueva conciencia capaz de enjuiciar con mayor libertad las tradiciones paganas. El estilo y la voluntad constructiva se manifiestan en mosaicos, como los del ábside de Santa Pudenciana, en Roma (el primer gran mosaico de ábside), o de San Jorge, en Salónica, pero también en los suntuosos monumentos conmemorativos de victorias. En Constantinopla, se conserva la base del gran obelisco que ordenó transportar Teodosio, en el año 390, al hipódromo, desde la egipcia Heliópolis. Sus bajorrelieves muestran cómo el emperador observa la colocación del obelisco o mira una carrera de carros, mientras músicos y danzarinas entretienen al espectador; es éste un monumento que sigue la tradición de las columnas imperiales romanas y de los arcos de triunfo, pero el estilo solemne, casi hierático, se expresa aquí más perfectamente que en el arco de triunfo de Constantino. El emperador, como ser humano, desaparece casi por completo tras la encarnación del máximo poder sobre la tierra. Tanto en el estilo como en la orientación política, estos monumentos reúnen tradiciones paganas y anhelos cristianos; constituyen una clara expresión de la conciencia de la época y de la autorrepresentación del *Imperium Romanum Christianum*.

Teodosio fue también, a los ojos de sus contemporáneos, el gran renovador de la obra constantiniana. Pero fue, al mismo tiempo, el último soberano de un imperio cristiano unificado; su gran esfuerzo carecía de consistencia. Lo característico de su actuación es esa extraña mezcla de lo duradero y lo transitorio. Así como el arte teodosiano fue una corta floración, un fenómeno de transición, de la misma manera gran parte de sus éxitos y de sus soluciones, aparentemente destinadas a perdurar, se manifiestan, en el curso de la historia, como algo totalmente provisional. La eliminación del cisma arriano no trajo a la Iglesia una unidad de credo duradera. A lo largo del siglo V, se desarrolló, con la herejía monofisita, un cisma que afectaba más profundamente a la Iglesia. Algo parecido ocurre en política exterior y en los éxitos de la estrategia defensiva del emperador. Incluso aquí no se resolvió verdaderamente el problema que planteaban las invasiones de los bárbaros. La política de Teodosio para con los germanos, que, en muchos aspectos, se apoyaba en las excelentes relaciones personales del emperador con los príncipes de las tribus germánicas, unió al problema exterior de la defensa de las fronteras imperiales, ya de por sí irresoluble, el problema de la inmigración germana, un peligroso explosivo, al menos para la parte occidental del imperio. Tampoco estaba liquidada la cuestión persa en el frente oriental; en el siglo V, se agudizó de nuevo. Escoceses y sajones se encontraban en Britania; francos y alamanes, además de burgundios, vándalos y suevos, se hallaban en la frontera del Rin y del alto Danubio, pero, sobre todo, los godos habían penetrado en el bajo Danubio. El emperador no hubiera podido impedir esta marcha amenazadora de las tribus bárbaras sobre las extensas fronteras del imperio.

El mismo Teodosio era posiblemente consciente, al menos en un aspecto, de que la unidad del imperio, por él recobrada, no podría mantenerse. De otra manera no se comprende que, ya en su testamento político, él mismo diese marcha atrás en su mayor éxito político: el imperio romano unificado fue dividido definitivamente a su muerte entre sus hijos, en una parte oriental y otra occidental. Arcadio, el mayor, recibió Oriente como Augusto; Honorio, Occidente. Políticamente se pensó esto, en principio, como una simple estructuración del imperio en dos grandes unidades administrativas, pero no radicalmente separadas. *De facto,* ambas unidades administrativas, como era de esperar, se convirtieron rápidamente en conjuntos imperiales autónomos, proceso que se vio favorecido por las diferencias culturales entre la mitad latina del imperio y la mitad greco-oriental.

2. La lucha del Imperio por su existencia: la crisis del siglo V

I. EL SIGLO DE LA CRISIS (395-518)

Cuando murió Teodosio, en el año 395, en Milán, antigua capital de Occidente, no se manifestaron de inmediato la fragilidad de su renovación política interna, lo problemático de las soluciones que había dado a los problemas políticos del imperio. Después del «shock» de Adrianópolis, el imperio parecía nuevamente fortalecido. Forma política y espacio vital de la cristiandad parecían algo unitario en la conciencia política de la época; «Romania» se convirtió en el nuevo concepto con que se designaba el mundo del imperio cristiano. La renovada autoridad imperial era tan fuerte, que la dinastía superó sin peligro el momento crítico de la sucesión en el trono. Dos emperadores menores de edad tomaron el poder nominal del estado, sin síntoma alguno de crisis política interna: En Constantinopla, Arcadio, de 17 años; en Milán, Honorio, de sólo 11. La muerte de Teodosio constituyó, sin embargo, una cesura, con la que comenzaba una crisis, esencialmente provocada desde el exterior, de las nuevas formas de existencia del tardío imperio romano.

Hasta el comienzo del gobierno del emperador Justino, en el año 518, que auguraba la época de Justiniano, se produjo una profunda transformación del mundo mediterráneo: caida del imperio en occidente, mantenimiento en oriente.

El diverso destino político de ambas mitades del imperio transformó la línea de separación entre las dos partes en un hecho geopolítico decisivo. La frontera atravesaba la prefectura de Iliria; las diócesis de Macedonia (la actual Grecia) y de Dacia (Servia meridional) fueron incorporadas a Oriente. Este trazado de fronteras continúa influyendo aún hoy en la historia de los países balcánicos, pues, debido a ello, la mayor parte de los Balcanes eslavos quedaron sometidos a la infuencia cultural bizantina y no a la occidental.

Teodosio, en realidad, había dividido el poder, y no el imperio. Lo que él proyectaba, en consideración a la enorme tarea

de gobierno que exigía la época, era la formación de dos unidades de gobierno: *pars orientis* y *pars occidentis,* como se llamaron en el lenguaje burocrático del tiempo. Constitucionalmente, seguía existiendo la unidad imperial; edictos y leyes fueron promulgados con frecuencia por ambos emperadores conjuntamente. También siguió siendo válido *de iure* el derecho de designación del regente superviviente, en caso de trono vacante en la otra parte del imperio. La idea de un poder unitario se manifiesta en el deseo de los regentes e, inicialmente, incluso de los príncipes germanos de Occidente, de conseguir la legitimación de su poder por el emperador de Oriente, que mantuvo la aspiración a la soberanía de todo el imperio, tras la desaparición del imperio de Occidente. Falsearíamos, ciertamente, la realidad política si intentáramos supervalorar la ficción constitucional, que constituía la unidad de ambas mitades del imperio.

La separación de Oriente y Occidente es el rasgo fundamental del siglo: Las Romas del este y del oeste se procuraron sus propios aparatos estatales, para resolver diferentes problemas, tanto internos como externos. En el siglo V, se consolida la división, ya perceptible en la historia de los últimos decenios, que provocaron las nuevas fronteras, creadas, en principio, de un modo completamente artificial. La división técnico-administrativa del imperio puso de manifiesto y reforzó las diferencias ya existentes. En este proceso ejerció un efecto catalizador la rivalidad política de los mismos regentes, de los grandes *magister militum* y de los prefectos pretorianos. Tanto estas rivalidades personales, como los diferentes intereses políticos de ambas partes del imperio, contribuyeron a dificultar considerablemente la defensa contra la avalancha de la invasión de los bárbaros.

Los problemas centrales de la época siguen siendo la política religiosa y la invasión de los bárbaros. Pero los conflictos religiosos y las luchas contra las tribus germanas tuvieron soluciones muy distintas en Oriente y en Occidente. La invasión de los bárbaros terminó en el oeste con la disolución del imperio como organización política. Oriente pudo superar los ataques exteriores y las migraciones germanas internas, subsistiendo como Imperio Romano de Oriente. También fueron distintas la política eclesiástica y las controversias dogmáticas. La Iglesia Oriental siguió estrechamente unida en su evolución al estado, convirtiéndose en parte integrante de la forma de vida bizantina. Por el contrario, en Occidente, el papado y la Iglesia evolucionaron hasta convertirse en una fuerza autónoma, que, muchas veces entraba en contradicción con el estado. La cristología se-

guía siendo el tema teológico dominante en Oriente; el cisma monofisita afectó tanto a la Iglesia como a la política interior. En Occidente, la atención se centró en la doctrina de la gracia, que condujo a la llamada disputa pelagiana y a una polémica apolítica en el interior de la misma Iglesia.

Como había ocurrido con la discusión teológica, actitudes e intereses profundamente contrapuestos dieron también como resultado soluciones divergentes en el enfrentamiento de cristianismo y cultura antigua. Ya entonces surge, en realidad, la línea de separación entre el ámbito cultural latino-occidental y greco-bizantino-oriental. Sin embargo, siguen existiendo aspectos comunes y rasgos análogos. El estado romano tardío es también, después de la división del imperio, un sistema de dominado; los aspectos exteriores del absolutismo y de la sumisión cortesana se acentúan más. De la misma manera, se mantiene el orden social y económico del siglo IV, con su estructura social inmovilista. Pero, la evolución social acaba por ser diferente. El orden social y estatal se mantiene en Oriente en sus rasgos fundamentales, consolidándose de nuevo en la época de Justiniano.

En Occidente, por el contrario, se inicia, con la división del imperio en los diversos estados germánicos, una transformación de la estructura social, que si bien existía ya en Oriente, permanecía todavía allí en estado latente.

II. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA POLITICA INTERIOR: EMPERADORES FANTASMAS Y CAMARILLAS

La historia política de los años que van del 395 al 518 es, especialmente en Occidente, aún más confusa que la del siglo IV; proliferan las dinastías y los conflictos políticos internos, tanto en el interior de cada una de las partes del imperio, como entre ambas. Ningún emperador alcanzó, ni siquiera de lejos, la talla de Teodosio. Una figura típica del siglo fue la del «emperador-niño», con frecuencia demasiado joven, débil y, en general, escasamente dotado, que vivía en su palacio, separado del mundo por el ceremonial de la corte, los cortesanos y la guardia. La debilidad política del emperador, disimulada tras el velo de un exagerado ceremonial cortesano, provocó el surgimiento de verdaderas camarillas. Estas camarillas provocaban, naturalmente, un juego de rivalidad y complicidades cargado de conflictos, en el que intervenían fuerzas de la más diversa especie. Los palacios imperiales y los centros de gobierno se convirtieron en escena-

rios de constantes intrigas, cuya evolución y causas no podemos reconstruir con seguridad, pese a los muchos tópicos históricos que hemos heredado de esta época. En el centro de este mundo de intrigas se destacan con fuerza las mujeres de la casa imperial, figuras enérgicas y orgullosas, que intentaban preservar en el juego político sus intereses dinásticos (frecuentemente bajo la influencia de sus consejeros espirituales). En Oriente jugaron un papel destacado durante el mandato de Teodosio II su hermana Pulqueria y su esposa Eudocia; en Occidente, y bajo Honorio y Valentiniano III, Gala Placidia, la hermana de Teodosio. Su vida es realmente novelesca; hecha prisionera durante la conquista de Roma, en el año 410, casó primero con Ataúlfo, rey de los visigodos, y después con Constancio, *magister militum* ilírico, ejerciendo una gran influencia, tanto por su experiencia política como por su mística piedad (de la que da testimonio su mausoleo en Rávena). Junto a las mujeres de la casa imperial, la camarilla cortesana constituía una facción importante en la intriga política; a ésta se sumaban ocasionalmente prefectos pretorianos, entre los que había elementos capacitados. Un poderosísimo chambelán, como el eunuco Eutropio, movió prácticamente todos los hilos de la política bajo Arcadio, decidiendo sobre la política matrimonial de la casa imperial y procurando mantener el equilibrio entre los altos mandos militares. Estos *magistri militum*, comandantes en jefe del ejército de campaña y pertenecientes por lo general, como *patricii*, a la clase social más elevada, constituían la tercera gran fuerza en torno a la figura fantasma de los emperadores.

Aunque fueran germanos o ilirios romanizados, como Constancio o Aecio, al controlar el ejército, detentaban el poder real y, frecuentemente, eran los verdaderos responsables de los destinos del imperio. El *magister militum praesentalis*, comandante supremo de las fuerzas armadas, obtuvo una posición claramente superior a la de los prefectos pretorianos de la administración civil, sobre todo en Occidente.

Estas camarillas ofrecían un aspecto eminentemente peligroso en lo que respecta a la política interior. Las luchas e intrigas políticas en cada una de las cortes y la agudización del conflicto latente entre el regente de Oriente y los de Occidente contribuyeron, de muy diversos modos, a que se adoptaran decisiones políticas erróneas (consecuencia de la falta de coordinación) y, finalmente, al debilitamiento de la potencia defensiva. En el mismo sentido repercutió (como ya había ocurrido en el siglo IV) el intento de algunos altos funcionarios y militares de preservar ampliamente sus propias zonas de influencia de la intervención

del gobierno central. Ya existían indicios de aspiraciones autonomistas entre la alta nobleza de las Galias y de Africa. Esta provincia, que seguía siendo muy importante para el aprovisionamiento cerealista de Italia, pasó a ser, *de facto,* autónoma del año 396 al 398, bajo el mandato del *comes* Gildón; el *comes Africae* Bonifacio se hizo independiente del gobierno romano occidental desde el año 427 hasta la invasión de los vándalos. Las camarillas tuvieron también sus aciertos. Todavía, en ciertos momentos al menos, regentes enérgicos y capacitados lograron resolver los problemas políticos y militares que creó la avalancha germana y proteger las fronteras del imperio o, al menos, mal que bien, intentar defenderlas.

La dinastía de Teodosio, con Arcadio (395-408) y Teodosio II (408-450), no disponía en Oriente de talentos políticos. En opinión de sus contemporáneos, Arcadio era «tonto por encima de toda medida»; Teodosio II, que reinó durante casi medio siglo, era conocido como «el bello escribano», por su afición a la caligrafía monacal. La dirección política la detentó Rufino (gran desacierto de Teodosio), *praefectus praetorio Orientis,* hombre intrigante y desagradable como pocos. A los dos años de su mandato fue destituído por el chambelán Eutropio, que pronto sufrió idéntico destino que su antecesor. Durante algun tiempo, jugó un papel decisivo el godo Gaínas, como *magister militum.* Tras ser derribado por una reacción antigermánica, tomó nuevamente la dirección de la política, en combinación con Pulqueria y Eudocia, un civil: el prefecto pretoriano Antemio. Junto a las graves disputas cristológicas se produjeron en aquel tiempo tres acontecimientos importantes para la política interior: la publicación del *Codex Theodosianus* (438), que contenía los edictos imperiales desde la época de Constantino, y que ejerció destacada influencia, tanto en la legislación justinianea, como en el derecho tribal germano (la *Lex Romana Visigothorum* apenas es otra cosa que un extracto del *Codex);* la reorganización de la Universidad de Constantinopla (425), que dotó de un instrumento central de formación a la parte oriental del imperio, y la construcción de la gran muralla de Constantinopla ante la alarma provocada por los visigodos en el año 410, lo que convirtió a la capital en la fortificación más importante del área mediterránea, con extraordinarias consecuencias para el futuro.

Los tres emperadores que siguieron encarnaban un tipo de político diferente, aunque no nuevo. Marciano (450-457), León I (457-474) y Zenón (474-491) fueron generales capacitados, que no procedían de la capa social de las grandes familias griegas.

La política fue dictada, en gran medida, por el ejército. Tanto bajo Marciano, un tracio que llega al trono por su matrimonio con Pulqueria, como bajo León, la verdadera cabeza rectora de la política romana oriental fue el alano Aspar. Sólo en el 471, le eliminó una reacción antigermánica. Los germanos fueron sustiuidos por mercenarios isaurios, pueblo montaraz y semicivilizado de Asia Menor (lo que era como echar los demonios para llamar a Belcebú); Tarasicodisa, cabecilla de los isaurios, subió al trono imperial en el año 474 con el nombre de Zenón, legitimado por su matrimonio con Ariadna, hija de León. Zenón, primer emperador coronado por el patriarca, fue una figura interesante dotada de cualidades poco comunes. Durante casi veinte años, mantuvo con firmeza las riendas del poder contra los ataques de sus compañeros de tribu isaurios y contra las conjuraciones y levantamientos del partido antiisaurio. La resistencia contra los isaurios y contra la política religiosa propugnada por Zenón condujo después de su muerte a una reacción de la ortodoxia y del nacionalismo griego, que llevó al trono al griego Anastasio (491-518). Funcionario de la administración, de edad madura, Anastasio se mostró inesperadamente enérgico en la desarticulación de la oposición isauria. Pero fue en el campo de la administración donde verdaderamente demostró su capacidad. Realizó una reorganización de la recaudación de impuestos que obtuvo importantes éxitos (a su muerte el erario público poseía 320.000 libras-oro). Pero su dura política fiscal y su posterior política eclesiástica en la cuestión monofisita provocaron, en los últimos años de su gobierno, una serie de revueltas locales y de guerras civiles.

En Occidente, el reinado de Honorio estuvo dominado por la figura del vándalo Estilicón, que se había hecho cargo de la regencia durante la minoría de edad del emperador, quien contaba once años (395-423). Estilicón, que muy probablemente planeaba la extensión de su zona de influencia al Imperio de Oriente, se mantuvo en constante conflicto con el gobierno de Constantinopla; simultáneamente hubo de entendérselas con usurpadores en Africa e Inglaterra (el caso de Constantino se repitió en el año 407). Sólo consiguió retrasar la primera invasión de los germanos en el amplio frente del oeste. La situación empeoró tanto, que Rávena, cuya posición era inmejorable por encontrarse sobre una estrecha franja de terreno entre el Adriático y extensas lagunas, hubo de sustituir a Milán como residencia imperial. El antiguo refugio de la flota se convertiría ahora en uno de los más importantes lugares del temprano arte bizantino.

El sepulcro de Gala Placidia (h. el 450) inaugura una serie de grandes monumentos, cuya construcción proseguiría hasta la era justinianea.

Este generalísimo del imperio, querido por pocos, cayó en el año 408, víctima del partido nacionalista romano y del odio siempre vivo de los emperadores contra los «consejeros» demasiado poderosos; Honorio le hizo ejecutar en Rávena. Tampoco a su sucesor como *magister militum,* Constancio, le fue posible detener por mucho tiempo el avance de los germanos, aunque tuvo una gran importancia el que fuera capaz de dirigir con orden la ocupación germánica de las Galias. Al morir Constancio en el año 421, dos años antes que el emperador Honorio, Teodosio II intentó extender su soberanía a Occidente. Sin embargo, hubo de reconocer como augusto a Valentiniano III, de cuatro años de edad, hijo de Constancio, en cuyo nombre asumió la regencia Gala Placidia. Durante treinta años, Aecio, nuevo generalísimo del imperio, rigió los destinos de Occidente, aunque en constante tensión con Gala Placidia y con sus generales favoritos, Félix y Bonifacio. El último gran éxito de las continuas guerras defensivas fue el triunfo de Aecio sobre los hunos (451). Tres años más tarde sería apuñalado por Valentiniano III, durante una entrevista; al año siguiente, el mismo emperador fue asesinado.

Con el fin de la dinastía teodosiana, comenzó en Occidente la disgregación definitiva; la autoridad del gobierno de Rávena no sobrepasaba ya, de hecho, las fronteras de Italia, e incluso en Italia eran frecuentes las situaciones caóticas. En veinte años se sucedieron en el trono nueve emperadores fantasma, a gusto del *magister militum* Ricimero. Mayoriano, demasiado independiente y capacitado, fue asesinado, y Ricimero hizo consagrar obispo a Avito (uno de los métodos más eficaces del siglo V para alejar a alguien de la política, junto al asesinato puro y simple). Finalmente, en el año 476, los germanos *foederati* aclamaron en Italia como rey al general Odoacro y destronaron al emperador niño Rómulo Augústulo (Nepote, el emperador legitimado por Oriente, vivió aún hasta el año 480 en Dalmacia). Reconocido por Constantinopla como una especie de virrey, Odoacro gobernó Italia hasta el advenimiento de Teodorico.

III. EL IMPERIO Y LAS INVASIONES BARBARAS: LA IRRUPCION DE LOS GERMANOS EN LA «ROMANIA»

El verdadero malestar de la época no se debía a la situación política interior, oscura y sangrienta, sino a la política exterior (íntimamente ligada a aquélla); el acontecimiento decisivo, por sus efectos en la nueva estructuración política del mundo mediterráneo, fue el enfrentamiento con los pueblos invasores. La expresión «invasión de los bárbaros», en sentido clásico, como ataque de germanos y hunos al imperio, da una idea limitada de un acontecimiento, que suele englobarse en un fenómeno migratorio general, que afectaba a toda la región de los Balcanes y al Oriente y que amenazaba también al imperio desde otros puntos. No sólo los sasánidas se mostraron enemigos peligrosos en el exterior. Ya en el siglo V se inició el ataque de los nómadas árabes y norteafricanos contra el *limes* de la estepa siria y contra la línea defensiva de Africa, el *fossatum Africae*. Cuando se desencadenó el gran ataque de los germanos, las fronteras restantes permanecieron relativamente tranquilas, sobre todo el flanco oriental, ya que los sasánidas tenían que enfrentarse con los hunos en la frontera norte de Persia.

La desintegración del Imperio Romano de Occidente, en el choque con las tribus invasoras, se inició con la ofensiva de los germanos orientales. Después de la batalla de Adrianópolis, la propaganda oficial había repetido las viejas fórmulas de la *beata tranquilitas* o de los *felicia tempora* («tranquilidad bienaventurada» o «tiempos felices»). Pero ya en los primeros años del siglo V el historiador Zósimo describía al imperio como «morada de los bárbaros»[1]. Los germanos (que, en contraposición a los hunos, no eran nómadas) buscaban botín y tributos, pero, sobre todo, tierras donde asentarse, es decir, la simple incorporación a la más elevada civilización del imperio. Pero, en lugar de esto, surgen, en torno al año 500, reinos germánicos independientes, desde Inglaterra al Norte de Africa.

a) El peligro germánico interior.

El peligro germano ofrecía dos aspectos distintos: el del ataque militar directo y el de las migraciones en el interior del imperio. La penetración creciente de los germanos en el ejército y en los altos cargos del imperio jugó un papel decisivo en la política interior del siglo V. Aquí pudo existir un cierto peligro para la capacidad defensiva del imperio. Sin duda, la idea de una posible

toma del poder por parte de los germanos hizo muy difícil su posición en el ejército y en los puestos militares directivos. La enorme fuerza de la idea romana del estado no perdía vigencia. Los soldados y generales germánicos no pretendían, en modo alguno, la destrucción del imperio; se declararon decididamente partidarios de su mantenimiento, sosteniéndolo durante bastante tiempo. No cabe duda alguna sobre la participación de los grandes *magister militum* en las intrigas palaciegas, para satisfacer su orgullo y sus propios intereses. Pero lo que se hizo en defensa del imperio contra los germanos, fue obra de estas tropas y de estos generales. A pesar de ello, la migración interna de los germanos provocaba siempre violentas reacciones. A muchos jefes de tropa se les consideraba sospechosos o se les eliminaba. Esta reacción, no siempre consciente, se disipó cuando hubo de hacerse frente a una situación en la que se hacía indispensable el ejército, ampliamente germanizado y mandado por germanos.

En Oriente acertaron a resolver definitivamente el problema interno de los germanos, tras largas confrontaciones. También aquí existía a principios de siglo un claro predominio de los godos en el ejército. El *magister militum praesentalis,* el godo Gaínas, era la figura dominante y desempeñaba el mismo papel que Estilicón en Occidente. Sin embargo, la resistencia contra el «dominio de los germanos» era lo suficientemente fuerte como para hacer algo más que promover propaganda del tipo de la vertida en los escritos de Sinesio o de Juan Crisóstomo. Un levantamiento en Constantinopla eliminó a Gaínas, con ayuda del godo pagano Fravita; el ejército fue reorganizado con total exclusión de los germanos. El primer éxito del antigermanismo no fue de larga duración. Las circunstancias hicieron que los germanos se infiltrasen nuevamente en el ejército. En la última época del gobierno de Teodosio II (450), parecía la situación de nuevo amenazadora, especialmente durante el régimen del *magister militum* Aspar que, aún siendo alano, mantenía estrecho contacto con los godos. Pero una vez más, al contrario de lo que ocurría en Occidente, se encontró una solución: el emperador León I trajo de Asia Menor, en el año 466, tropas mercenarias isáuricas. En lugar de un grupo de poder germano, hizo su aparición un nuevo estado dentro del estado, que había de durar casi treinta años y que trajo serias dificultades incluso al emperador Zenón, que procedía del círculo de los isaurios mercenarios. El gobierno de Anastasio, apoyado en la población, eliminó el poder isáurico, liquidando por mucho tiempo el problema político que representaba en Oriente la migración interna de los pueblos bárbaros venidos en su auxilio. Por el contrario, en Occidente eran los

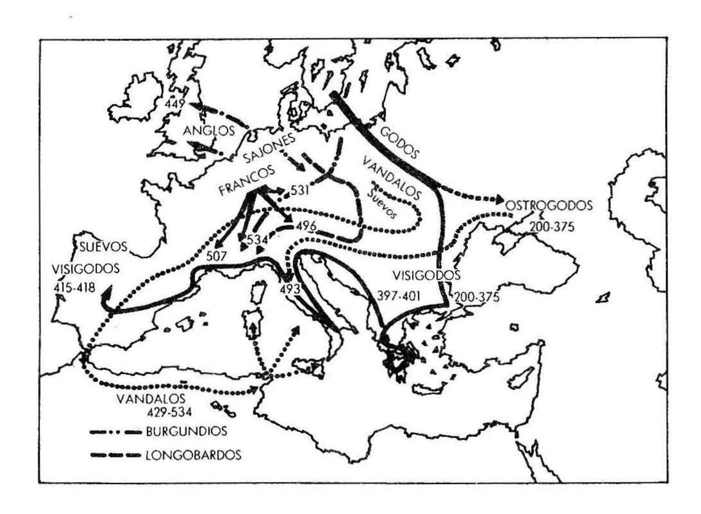


Fig. 2. *Las migraciones de los pueblos germánicos*

generales germánicos los que decidían casi siempre la política imperial. Las reacciones y disturbios antigermánicos, consiguieron, a lo sumo, cambiar a las personas, pero no modificar la situación. De Estilicón a Odoacro gobernó una serie de grandes *magistri militum*, a la que sólo puso fin la disgregación del imperio. El breve mandato del último general germano terminó consecuentemente con el sistema. Todo esto ocurría en un momento en que el Imperio de Occidente se encontraba en completa descomposición por múltiples motivos, y en que ya, *de facto*, se habían constituido varios estados germánicos.

b) La caída del Imperio Romano de Occidente.

La marcha de las tribus germánicas se había perfilado claramente ya en los últimos años del siglo IV. En las fronteras del Rin se encontraban las tribus de los francos; tras ellos, en el Wéser, los sajones; en Schleswig-Holstein, los anglos; en la cuenca del Elba, los suevos. La posición estratégica más peligrosa, comprendida entre las cuencas del Rin y del Danubio, se hallaba ocupada por los alemanes; a continuación, en las fronteras de la

provincia Nórica, en la depresión de la llanura húngara, se encontraban los burgundios, vándalos y alanos. Los visigodos habían penetrado ya en las provincias imperiales del norte de Grecia, en la zona del bajo Danubio; tras ellos, se encontraban los ostrogodos y los hérulos. Naturalmente, no existía ningún mando unificado de estos grupos de tribus, pero sí enfrentamientos sangrientos entre ellos. Los verdaderos ataques, que sólo bajo una perspectiva histórica limitada pueden aparecer como catástrofe única y universal, fueron, pues, ataques locales con fuerzas limitadas. La magnitud de estos grupos tribales es difícil de estimar. Debían contar entre 25.000 y 90.000 hombres, de los cuales, a lo sumo una quinta parte era apta para el combate. Incluso en las grandes batallas entre el ejército romano y los germanos, la cifra de los combatientes apenas superó los 20.000. En el otro bando, el ejército estaba bien organizado y, con frecuencia, extraordinariamente dirigido. Ciertamente, tenía que defender una frontera que iba desde Escocia, pasando por el Rin, Danubio, Cáucaso, el desierto de Siria y las cataratas del Nilo hasta el Sáhara y el Atlas. El ataque más importante de los pueblos bárbaros, condicionado por la dirección de la migración de los hunos, afectó de lleno a Occidente. La auténtica ruptura de la línea fronteriza se produjo a principios del siglo V; hasta el año 425, cayó sobre las provincias occidentales un verdadero alud de tribus germanas. En diciembre del año 406 se rompió definitivamente la frontera del Rin, frecuentemente desguarnecida de tropas a causa del peligro visigodo en el norte de Italia. Los vándalos y, a continuación los alanos y los suevos, que bajo la presión de los hunos se habían abierto camino desde la llanura del Tisza, a través de Panonia, Nórica y Recia, cruzaron el río helado la noche de San Silvestre. Una vez que atravesaron el frente de los francos *foederati,* asentados en las orillas occidentales del Rin, cesó toda oposición organiazda. Las tribus se lanzaron al saqueo de las Galias, convirtiendo en botín, sin hacer distinciones, ciudades fortificadas, pueblos aislados e iglesias: *«uno fumavit Gallia tota rogo»* (toda la Galia humeaba como una gigantesca hoguera)[2]. Solamente Tolosa, cuya defensa dirigió enérgicamente su obispo, resistió todos los ataques. En los años 408-409, pasaron las tres tribus los Pirineos en dirección a España, donde la diplomacia romana logró una solución momentánea mediante su asentamiento como *foederati* entre los hispano-romanos.

Junto a las operaciones militares, se produjeron en estos años intentos de contraofensiva diplomática. Entre el 395 y el 476, fueron concertados más de 100 pactos entre el imperio y las

tribus bárbaras. La ocupación germánica se produjo casi en todas partes, de una manera nominal, como asentamientos regulados por la legislación de Arcadio sobre los *foederati*[3]. El mantenimiento de las formas jurídicas no cambiaba, sin embargo, el hecho de que se hubiera dado un gran paso en la disolución del Imperio Romano de Occidente.

España no conoció la paz durante veinte años. Siguiendo un método acreditado ya en las relaciones con los germanos, Walia, rey de los visigodos, recibió el encargo de atacar a los «bárbaros» en España. Una parte de los vándalos fue prácticamente aniquilada y el pequeño resto de los alanos se alió con los vándalos asdingos. Los visigodos empezaron a parecer peligrosos y se les pidió que regresasen y se estableciesen en Aquitania. Para sustituirlos, se apoyó a los suevos contra los vándalos y los alanos. Pero en esto se superó a sí misma la diplomacia romana. El temor de los previsores políticos romanos ante el posible surgimiento de una fuerza naval germánica iba a estar plenamente justificado: una ley de esta época, recogida en el *Codex Theodosianus,* amenazaba con la pena de muerte a toda persona que iniciase a los bárbaros en la construcción naval[4].

Los vándalos fueron rechazados por los suevos hacia el sur de España, pero, pese a la fuerte oposición romana, conquistaron las ciudades costeras e iniciaron la construcción de una flota. Genserico, rey de los vándalos desde el año 428 y, junto a Clodoveo y Teodorico, el político germano más dotado y con menos escrúpulos de la época, además de duro soldado, tomó una decisión llena de consecuencias para el futuro, al planear la conquista del norte de Africa. El granero de Italia ofrecía ricas tierras de asentamiento para su pueblo; pero el control de la salida del cereal africano iba a poner en sus manos una inapreciable arma diplomática. La desorganización general de la provincia facilitaba la realización de la empresa: las tribus bereberes estaban en constante agitación, los donatistas luchaban contra la Iglesia católica y las relaciones entre el *comes* Bonifacio y Rávena eran tensas. En el año 429, alrededor de 80.000 vándalos pasaron a Africa; la débil guarnición romana se vio impotente para contener su avance. Sólo las ciudades se mantuvieron durante algunos años. Un contrato de asentamiento (435) era sólo una solución provisional; poco después de la conquista de Cartago (439), hubo de reconocerse la independencia de los vándalos. Surgía así, sobre suelo imperial, el primer estado soberano germánico, con una posición estratégica clave en el Mediterráneo, que se convierte desde ahora en un coto de caza para los piratas vándalos. De aquí en adelante el imperio se verá constantemente

amenazado por un desembarco de tropas vándalas en las costas de Italia o de Sicilia.

También en la invasión de Italia por los visigodos jugaría un papel decisivo un gran rey, Alarico, promovido al poder poco después de la muerte de Teodosio. Más intensamente fascinado por el mundo romano que Genserico, es posible que aspirara, en un principio, a seguir la carrera de un influyente *magister militum*. En 395 se encontraba con sus tribus en el Epiro; marchó después a Grecia y, tras ser nombrado en Iliria *magister militum* (397), entró Alarico en Italia (401). Todavía consiguió Estilicón, una vez más, detener el avance de los visigodos en Verona, concentrando todas las fuerzas militares disponibles. A la muerte de Estilicón, los visigodos renovaron sus ataques, que condujeron a la conquista de Roma por Alarico en el año 410. No se ensañaron en el saqueo de la ciudad, pero la repercusión que tuvo el acontecimiento entre los contemporáneos fue enorme. Alarico murió en Italia al finalizar el año, tras una serie de marchas anárquicas de los godos, que sufrían dificultades de abastecimiento. La actitud intransigente del gobierno de Rávena y el bloqueo de las tropas godas obligaron a Ataúlfo, cuñado y sucesor de Alarico, a atravesar el norte de Italia, para desviarse luego hacia el sur de Francia. En Ataúlfo se hace patente, como en ningún otro jefe germánico, que el ataque de los germanos no perseguía la destrucción del imperio. Para ellos, el imperio era una forma de organización política, en la que, a fin de cuentas, sólo pretendían encontrar un puesto adecuado. Se atribuye a Ataúlfo el plan de transformar la «Romania» en una «Gotia» con él mismo a la cabeza como emperador. Este plan, sin embargo, hubo de ser desechado porque los godos eran demasiado indisciplinados para sustituir a los romanos; por esta razón, Ataúlfo acabó por contentarse con poner a su pueblo al servicio del imperio, convirtiéndose él en un *romanae restitutionis auctor*, en un renovador del mundo romano[5]. Su sucesor, Walia, luchó también al lado de Roma en España, y a continuación consiguió un tratado que permitía el asentamiento de los visigodos en la región comprendida entre el Loira y el Garona (con Poitiers, Burdeos y Tolosa), respetando a la población provincial romana. El asentamiento se llevó a cabo según el principio de la *tertia-hospitalitas* (variable en sus diferentes modalidades de tratado a tratado y con frecuencia imposible de reconstruir con exactitud). En el imperio romano tardío, *hospitalitas* era el *terminus technicus* utilizado para el alojamiento de las tropas, que permitía al soldado utilizar la tercera parte de la casa que se le había asignado. Este sistema se siguió usando para el asentamiento perma-

nente de los *foederati* germánicos, al recibir el soldado germánico la tercera parte aproximadamente de una propiedad (sólo se exceptuaban los latifundios) en usufructo permanente *(sors)*. En realidad, se produjo una expropiación parcial de los propietarios romanos. Pero, también aquí, la persistencia nominal de una administración y soberanía romana constituía tan sólo el puente hacia la fundación del reino independiente visigodo de Tolosa. Una reorganización provisional de las relaciones jurídicas en las Galias cerraba la primera fase de la invasión. Esta reorganización fue realizada esencialmente por el *magister militum* Constancio, al que Francia debe, en gran parte, su actual condición de país latino. Pues, al poder asentarse los germanos sin casi contratiempos en suelo romano, tuvieron la oportunidad de asimilar lentamente la lengua, las costumbres y las instituciones del imperio. Los burgundios, que habían luchado ya en el siglo III junto a los alamanes en la región media del Rin y que habían atravesado el río a principios del siglo IV, consiguieron, en el año 413, concertar un tratado que les permitiera asentarse en la región de Worms, a ambos lados del Rin, para proteger la frontera contra los ataques de los alamanes. Al norte de esta zona, los francos habían amenazado también, a fines del siglo III, la frontera del Rin, obligando a los romanos a trasladar la capital de las Galias de Tréveris a Arlés. También en esta región la situación llegó a estabilizarse mediante tratados con los francos.

Por la misma época, los anglos y los sajones establecieron su soberanía en Britania, que ya en torno al 400 había sido abandonada por las tropas romanas.

Así, pues, por los años treinta, parecía posible una solución política, basada en la asimilación pacífica de los agresores germánicos. Pero esta valoración de la situación, que se aceptó por mucho tiempo en Rávena, no hacía la suficiente distinción entre lo jurídico y lo político. En la abstracción jurídica, los compactos grupos colonizadores germánicos se encontraban sobre suelo imperial e incluso bajo la autoridad del gobierno de Occidente; habían sido incorporados al imperio mediante el sistema de la *hospitalitas*. En la realidad política, los reyes burgundios y godos se encontraban ya en camino de alcanzar la misma posición de estados independientes que había conseguido Genserico, cuya flota extendía su piratería hasta Roma (455). La zona de soberanía real del Imperio Romano de Occidente se reducía a Italia, Sicilia, pequeñas partes de Africa y determinadas regiones de las Galias. E incluso en esta última se anunciaba ya, en las abiertas rivalidades entre la aristocracia gala y la imperial (aquélla

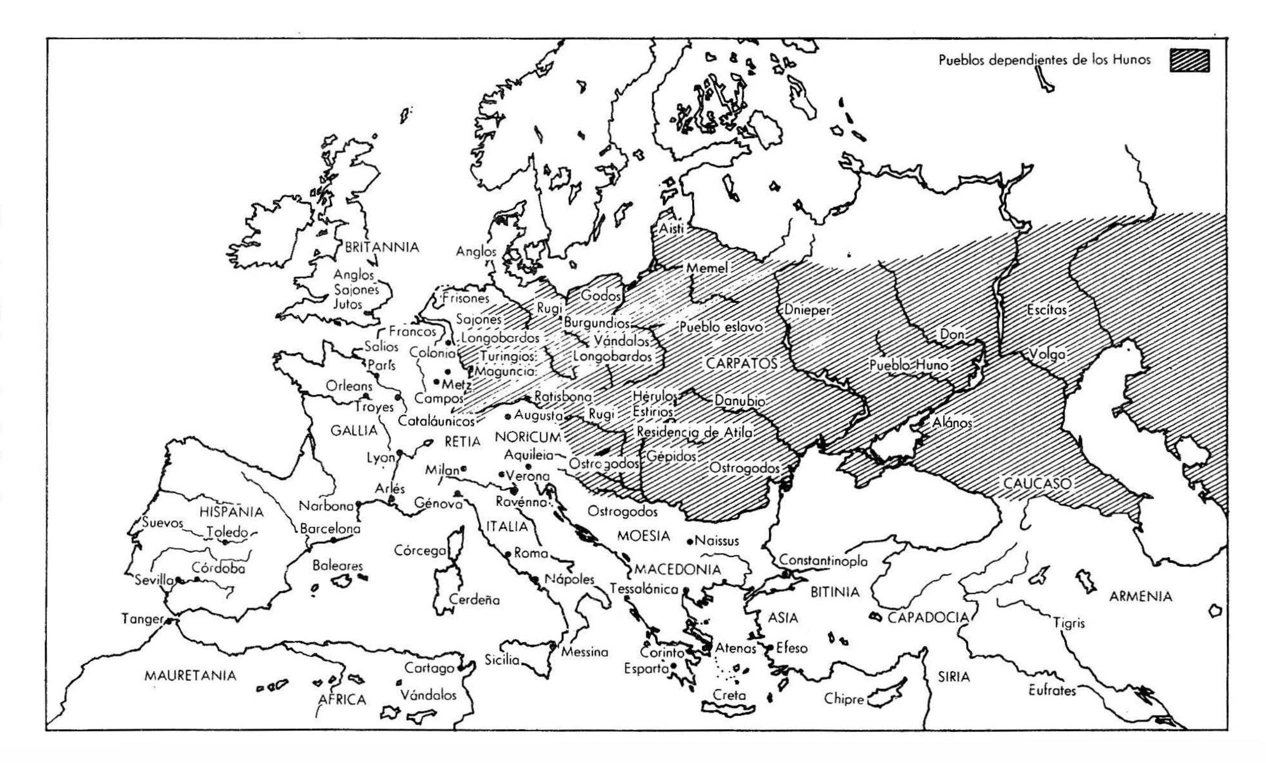


Fig. 3. El imperio de los hunos.

colaboraba con frecuencia con los germanos), la incipiente disolución del imperio como federación política.

Bajo el enérgico gobierno de Aecio, pudo parecer posible por un momento una estabilización de la situación. La colaboración de la administración imperial con las nuevas tribus germánicas invasoras posibilitó la última victoria militar del Imperio de Occidente: la defensa contra los hunos. El imperio de los hunos era uno de los llamados «reinos de la estepa», que fueron instaurados con increíble rapidez por pueblos de jinetes nómadas de la región de Mongolia y del Altai. La estructura y evolución de estos reinos se ajustaba estrechamente al especial estilo de vida de sus pueblos. Los hunos, en su avance hacia occidente, destruyeron el reino godo del sur de Rusia y cayeron después sobre Rumania y Hungría y, posiblemente también, sobre Silesia y Polonia. El imperio de los hunos, cuyo mando asumió Atila en el año 433, era ya un estado constituido por múltiples pueblos; formaba, por así decirlo, una especie de cuadro de la invasión de los bárbaros. Estaban federados a este imperio, aunque con cierta autonomía, ostrogodos, hérulos gépidos y lombardos, así como ciertos grupos de tribus eslavas. Estratégicamente, amenazando al mismo tiempo las partes oriental y occidental del imperio, Atila concentró inicialmente sus ataques en la frontera romana-oriental del Danubio. Simultáneamente, ponía a disposición de Aecio mercenarios hunos, que contribuyeron decisivamente a contener el avance de los burgundios sobre Bélgica (436). De estos combates surgió la leyenda de los Nibelungos, con la historia de la caída del rey Gunter, en la que las figuras de Aecio y de Atila se funden para formar la del mítico Etzel. El resto de los burgundios se asentó, en el año 443, en la región del Jura francés, donde se formó un estado autónomo burgundio.

En el año 450, se agravaron las relaciones entre el imperio de los hunos y Roma. El emperador de Oriente, Marciano, así como el gobierno de Occidente se negaron a seguir pagando tributos, sin duda en una acción calculada. Según las referencias del historiador bizantino Prisco, que en el año 449 fue embajador en la corte de Atila, éste debió supervalorar sus fuerzas y sus posibilidades, endiosado por sus constantes éxitos y la expansión de su zona de influencia.

El rey de los hunos, que vivía con lujo barbárico en su corte-campamento, estaba claramente decidido a una conquista de gran estilo y, en el año 451, concentró sus fuerzas en las fronteras del Rin. Los hunos alcanzaron el Loira, avanzando sobre los puestos defensivos trabajosamente preparados por Aecio. Sin embargo, el ejército romano, con ayuda de contingentes visigodos, burgun-

dios y francos, consiguió una clara victoria en los Campos Cataláunicos (Champaña) sobre las fuerzas hunas. Es cuestionable si la batalla de los Campos Cataláunicos fue una de las decisivas de la historia del mundo, aunque la valoraran así los cronistas de la época, pues las operaciones de los hunos prosiguieron al año siguiente en el norte de Italia. Sólo merced a los esfuerzos diplomáticos del Papa León I (440-461), simultáneos a una ofensiva romana-oriental en el Danubio, se logró la retirada de los hunos. León representaba el papel de los obispos, que actuaron como verdaderos portadores de la autoridad en aquellos tiempos de confusión y decadencia del poder estatal. El verdadero cambio de la evolución se produjo con la muerte inesperada de Atila, en el año 453. Con ella se inició la rápida desintegración del imperio huno, que parecía gigantesco e invencible; un proceso típico de tales imperios de nómadas procedentes de la estepa.

Se diría que este esfuerzo defensivo hubiese agotado totalmente las fuerzas de occidente. Comenzaba la última fase de la disgregación, de la agonía del Imperio de Occidente. A la muerte de Aecio y de Valentiniano III, se desmoronó el último resto de soberanía sobre España y las Galias, en el rápido cambio de emperadores y *magistri militum*. La nobleza senatorial de las Galias, en conflicto con la aristocracia italiana, intentaba llenar por sí misma el vacío político existente, contribuyendo también a este continuado desmoronamiento. Pero, aunque tales tendencias centrífugas de la nobleza senatorial favoreciesen la división, en el orden político constituían ya un elemento de retaguardia. El momento decisivo fue el de la ulterior expansión y consolidación de las unidades tribales germánicas sobre el suelo imperial. La flota de los vándalos era dueña y señora del Mediterráneo occidental. Los visigodos ocupaban España (a excepción de la provincia de Galicia, retenida por los suevos) y algunas zonas del sur de Francia; el ámbito de su soberanía iba desde Gibraltar hasta el Loira. En Saboya, los burgundios conquistaron Lyon y extendieron sus dominios hasta Durance y los Alpes Marítimos.

En el interior del reino de los francos de Childerico, que se extendía desde Colonia y Maguncia hacia occidente y que más al sur estaba en lucha con los visigodos, se encontraba una extraña reliquia de la soberanía romana en las Galias: el reino de Siagrio. Su padre, Egidio, había sido comandante de las tropas romanas en la zona central de Francia y, al quedarse aislado de Italia por los visigodos y los burgundios, se convirtió en una especie de soberano independiente. El mismo Siagrio ostentaba el curioso título de «*Rex Romanorum*» y logró mantener durante bastante tiempo sus dominios en torno a su capital, Soissons. En

el año 481, Clodoveo tomó el poder sobre una parte de los francos. En un tiempo relativamente corto sometió, por asesinato, intrigas u operaciones militares, toda la Francia central y septentrional. Su primera víctima fue Siagrio, que, tras ser derrotado cerca de Soissons, trató de huir, pero fue entregado a sus enemigos por los visigodos y ajusticiado. De esta manera se cimentaban las bases del reino merovingio franco.

El último acto del drama se desarrolló en Italia. Aquí, como en cualquier otra parte en que se encontrasen las tribus germánicas, el ejército se había convertido en un factor autónomo, que apenas si tomaba ya en consideración al último emperador romano y lo que quedaba de su administración. Cuando el gobierno de Rávena negó una concesión de tierras al ejército, semejante a la garantizada a los *foederati,* las tropas aclamaron como rey a su comandante en jefe Odoacro. Este conquistó Rávena y depuso a Rómulo Augústulo (476). El gobierno romano oriental terminó por reconocer *de facto* a Odoacro, al otorgarle el título de *patricius.* Odoacro, haciendo gala de gran tacto político, se mantuvo en el poder durante un decenio, pero después llegó también su fin. El gobierno de Zenón conseguía, en el año 488, mediante maniobras diplomáticas, desviar hacia Italia a los ostrogodos, que marchaban sobre las fronteras de la Roma Oriental. Estos, al mando de Teodorico, conquistaron el país en el año 493. Rávena, último foco de resistencia de Odoacro, estuvo sitiada durante dos años. Finalmente, los dos germanos pactaron un reparto de la soberanía, pero, a los pocos días, Teodorico apuñalaba a su colega en el palacio de Rávena. La familia de Odoacro y sus tropas fueron también pasadas a cuchillo. Teodorico se convirtió en dueño y señor de Italia, aunque en principio sólo fuera como patricio, lugarteniente del emperador de Occidente, siguiendo la ficción jurídica de derecho público. En realidad, con Teodorico culminaba el proceso desintegrador del Imperio de Occidente: Italia, su último reducto, se convierte en un reino ostrogodo independiente.

Así, pues, a finales del siglo V, del *Imperium Romanum* sólo quedaba como realidad política el Imperio Romano de Oriente (bizantino). Pero como idea política, el imperio romano no había desaparecido aún. Esto se manifestó claramente durante estos años y no sólo por la afirmación atribuida por Orosio al godo Ataúlfo de no pretender gobernar una «Gotia», sino una «Romania». Los soberanos germánicos seguían buscando en el emperador de Bizancio una legitimación de su poder. Teodorico era *patricius,* pero también Clodoveo, rey de los francos, mucho menos familiarizado con las tradiciones romanas, se hizo revestir

por el emperador del título de *consul*. Al menos en los comienzos de la creación de los estados germánicos, se reconocía la idea imperial romana en su expresión típicamente bizantina, es decir, en el concepto de «familia del emperador», del cual todos los demás señores y príncipes son «hijos», pues sólo él es la fuente de todo poder legítimo.

c) *Conciencia histórica e invasión de los bárbaros.*

En estos decenios de brusca transformación, el drama de los acontecimientos políticos y la pérdida de la seguridad en vastas regiones del imperio se repite insistentemente en cartas, poemas y obras históricas, tanto de contemporáneos cristianos como paganos. Situación de los refugiados, sitio de ciudades, papel de los obispos como pilares de la resistencia, todo esto se manifiesta pormenorizadamente, así como otras múltiples informaciones sobre los intrusos extranjeros. Muchas cosas importantes pasan lógicamente desapercibidas: las rutas que seguían, su fuerza real, las formas de sus contactos políticos y personales, etc. Pero aquí y allá surgen pinceladas realistas en forma de cliché convencional: los burgundios medían más de dos metros de estatura, utilizaban como pomada mantequilla rancia, tenían un apetito tremendo y hablaban con voz estentórea, según las narracciones de Sidonio Apolinar[6].

La situación es calificada por muchos contemporáneos como la crisis más profunda que haya conocido Roma desde las guerras civiles, pero, en el fondo, no se percibe en toda su importancia lo que está sucediendo con el imperio romano en esta crisis. El paganismo tardío de las clases altas de occidente vivía los acontecimientos de la invasión de los bárbaros como la desaparición del orden mundial, sostenido por la fe en Roma, aquella fe en la que se había encontrado consuelo y seguridad en el pasado. Esta idea de Roma era defendida aún por Claudio Claudiano a comienzos del siglo V con una fuerza inquebrantable. Cuando el poeta y propagandista de la corte de Honorio (talento nada insignificante, formado en los modelos clásicos), no comentaba con hostilidad o con espíritu guerrero la política de cada día, cantaba en sus rimas a la historia romana, al emperador o al estado imperial, como si la batalla de Adrianópolis no se hubiese producido nunca. Estilicón, aseguraba, habría obligado a los bárbaros a convertir sus espadas en rejas de arado y a someterse a la autoridad romana. Aun cuando Roma haya envejecido, sólo caerá cuando caiga el mundo[7].

La caída de Roma, algunos años más tarde, sacó al paganismo de esta actitud ilusoria; aunque carecía de interés militar, tuvo este acontecimiento un gran valor simbólico. Pero también ahora, del sobresalto inicial se pasa a una laxitud estoica e incluso a una cierta confianza. Al menos en la primera mitad del siglo, renacía la esperanza de que el imperio habría de superar también esta crisis. Un testimonio de esta confianza lo constituye el verso del senador pagano Rutilio Namaciano: *«ordo renascendi est crescere posse malis»* («para el renacer, es esencial sacar partido de la adversidad») [8].

También entre los cristianos dominaba este doble sentimiento de fracaso y de esperanza. De todos modos, hubo dos excepciones significativas en esta tónica general de la época: los escritores galos Salviano y Sidonio Apolinar. Ellos percibieron primero y más claramente que otros la realidad de la irrupción de los germanos y de la convivencia con ellos. Salviano, que vivió aproximadamente hasta el año 480 en los alrededores de Marsella, desarrolló ideas sociales radicales y fue el único escritor contemporáneo que, en su obra capital *De gubernatione Dei,* defendió la tesis de que el Imperio Romano de Occidente había dejado de existir. La causa de la caída residía, según su concepción moralizante de la historia, en la opresión social de los *humiliores* por los *potentes* y en la desunión de los mismos romanos. Aunque Salviano no idealiza precisamente a los bárbaros —son analfabetos y sin instrucción, de extrañas costumbres, no se lavan y huelen mal—, declara, en tono polémico, que bajo su poder será posible encontrar libertad y humanidad. Su descripción de la ocupación germánica de las Galias es sobremanera penetrante y ciertamente nos ofrece numerosos detalles sobre la miseria general reinante [9].

Sidonio representaba a la clase social opuesta, la de los *potentes:* sus cartas y poemas arrancan de los comienzos de la segunda mitad del siglo. Ampliamente instruido en la literatura y dueño de una gran finca en Auvernia, estuvo frecuentemente implicado en la política de la alta nobleza gala. Su suegro fue el antiemperador galo Avito. Sidonio le celebró como correspondía a los emperadores legítimos, haciéndose de este modo merecedor, en el año 468, de la prefectura romana. Al fin, de una manera casi inesperada, fue nombrado obispo de Clermont-Ferrand. Dirigió la defensa de la ciudad contra los visigodos y defendió más tarde un entendimiento godo-latino. Sidonio describe el estilo de vida de la nobleza de su tiempo con gran fuerza expresiva. Caza, viajes, visitas recíprocas, deportes ocupaban la vida de la *nobilium universitas,* junto a la inspección de sus

propiedades. La vida de los *humiliores* en general, así como la de los propios colonos no interesaba. Una política de igualdad entre latinos y godos era para Sidonio una actitud obligada más que una convicción política, como ocurría en Salviano. Sidonio no perdió nunca el espíritu de superioridad de romano noble y civilizado: «Tú te apartas de los bárbaros porque al parecer son malos; yo lo hago aunque fueran buenos»[10]. Sólo después de ser nombrado obispo, por su obligado y estrecho contacto con la vida de las capas inferiores, aprendió a comprender que la igualdad con los nuevos señores era de interés para la población, y aceptó la sustitución de la dominación romana por la goda. Pero siguió profundamente convencido de la superioridad de la cultura romana, como representante de aquella nobleza provincial, que salvó propiedades, cultura y posición social, acomodándose a la dominación germánica, y que influyó de este modo decisivamente en la evolución ulterior del feudalismo en estas regiones.

En los lugares más alejados del escenario de los acontecimientos, se mezclaba —como en las cartas y sermones de los Padres de la Iglesia Latina— una apasionada y estereotipada representación de las necesidades de la época con la conmoción producida por la catástrofe política. Agustín dirigió a su grey múltiples sermones sobre el tema *de tribulationibus et pressuris mundi,* con frases centrales como la siguiente: «Toda nuestra tierra no es otra cosa que un gran barco que nos lleva a través de la vida, expuestos a las sacudidas, a los peligros y a todas las tormentas y temporales»[11]. Este sentimiento de inseguridad se extendía por regiones que ni siquiera se veían directamente afectadas por el ataque de los germanos (la irrupción de los vándalos tuvo lugar veinte años más tarde).

La conmoción de la seguridad política desembocó fácilmente entre los súbditos cristianos del imperio en la desesperación, cuando no en la seguridad del próximo fin del mundo. La combinación de fe cristiana y conciencia imperial romana había dado lugar a un patriotismo peculiar teñido de religiosidad: *orbis romanus* fue identificado con *orbis christianus; pax christiana y pax romana* eran en el fondo una misma cosa. Prudencio dio expresión, con mucho calor, a esta conciencia misionera romana y cristiana. Con su renacimiento en el cristianismo, comenzó Roma a realizar su destino verdadero: «Sólo ahora soy en verdad digna de veneración, como cabeza del círculo terráqueo», declara Roma en uno de sus poemas; «aunque todo lo mortal envejezca, a mí me concedieron los tiempos un nuevo siglo»[12]. Para Prudencio, Teodosio inició la eterna soberanía cristiana, que

lleva a cabo la tarea predestinada a Roma, reúne a los pueblos y les conduce a la verdadera fe.

La peligrosa vinculación de la realidad política a la religiosa residía en semejante conciencia cristiana del imperio. Por esto se elevó entre los cristianos, bajo la impresión de los acontecimientos y, sobre todo, como eco de la caída de Roma en el año 410, la pregunta crítica: «¿Por qué el Dios cristiano no protege al imperio, si a su ayuda se atribuyó su existencia renovada?». Con gran fuerza muestran este sentimiento las reacciones de Jerónimo. Sus exclamaciones de consternación recargadas retóricamente («He olvidado el lenguaje, he callado durante mucho tiempo, pues sabía que es el tiempo de las lágrimas») llevan, cuando Roma es amenazada por primera vez, a la pregunta: *«Si Roma perit quid salvum est?»* ¿Qué es lo que se salva si perece Roma?). Y la caída de Roma la comenta con esta constatación lapidaria: *Orbis terrarum ruit* (El mundo se derrumba) [13]. Precisamente en la exageración retórica se hace visible la inseguridad de los cristianos en la crisis política; se puso de manifiesto lo poco enraizada que estaba la fe cristiana en amplios círculos.

Sólo pocos teólogos de la época percibieron la razón última de esta inseguridad. Para Agustín, provenía del compromiso político demasiado estrecho de los miembros de su grey, de la equiparación de la salvación religiosa con la política en la ideología romana. Su gran obra *De civitate Dei,* comenzada bajo la impresión de la caída de Roma, se dirigió no sólo contra los paganos, sino también, y en igual medida, contra el exagerado patriotismo cristiano de sus contemporáneos. Representaba también un ajuste de cuentas con la ideología cristiana de Roma, en la que Agustín veía, no sin razón, lo mismo que en la fe de los paganos en la eternidad del imperio, una forma anticristiana de religiosidad política. Agustín se separó de los modos de pensamiento cristiano de la época, hacia una nueva posibilidad de conciencia cristiana en sí. Frente a la compacta creencia en Roma de la época, él representaba *una* sola voz y, por lo demás, poco escuchada.

d) *La supervivencia del Imperio Romano de Oriente.*

La disolución del Imperio Romano de Occidente fue tan sólo un aspecto de la totalidad del proceso político. El Imperio Romano de Oriente logró la superación del peligro que constituían los germanos en el interior (cf. arriba pp. 124 y ss.) y

se defendió victoriosamente contra la invasión de los bárbaros. El enfrentamiento a los ataques de las tribus invasoras se llevó a cabo en la parte oriental del imperio de una manera completamente distinta a como se realizó en Occidente. Si el peligro germano interno significó aquí una amenaza de tiempo en tiempo, la tormenta exterior de los germanos pasó, sin embargo, con relativa suavidad. La invasión de los bárbaros sólo afectó a la Roma oriental en tres ocasiones, pudiendo rechazarse a los invasores con relativa facilidad.

El ataque de los visigodos, que por algún tiempo estuvieron asentados en los Balcanes como *foederati,* bajo el mando de Alarico, pero que volvieron sin embargo a revolverse a partir del año 395, y se pusieron en movimiento en dirección a Constantinopla, pudo ser desviado gracias a las medidas diplomáticas del prefecto senatorial Rufino, que desvió su marcha hacia Grecia y el Epiro. Las negociaciones de Alarico, poco claras en sus particularidades, con Constantinopla y con Estilicón no tuvieron éxito. Después de ser saqueada Grecia durante varios años, se logró finalmente, en el año 401, provocar la retirada de los godos hacia Italia, a través de Dalmacia, mediante una encomienda imperial al *magister militum* Alarico. El Imperio Romano de Oriente se salvo por primera vez de un ataque de los germanos a costa de Occidente —procedimiento del que supo apropiarse rápidamente la diplomacia romano-oriental—. Ultima consecuencia de esta política fue la ocupación de España por los visigodos.

Siguieron casi cincuenta años de gran tranquilidad política en el exterior, a excepción de las luchas que continuaban en la frontera persa. Esta tregua dio tiempo al Imperio Romano de Oriente a liquidar el problema germano interior, sin molestias exteriores. Después fue el imperio de los hunos el que provocó la segunda gran crisis política exterior. Desde los años cuarenta, las constantes incursiones en los países de los Balcanes llevaron a la Roma oriental al borde de la ruina financiera, con la lenta devastación de la región y con las siempre nuevas exigencias de pago de tributos por parte de los invasores. Ni la diplomacia romana-oriental ni las acciones militares cambiaron la situación, que sólo pudo salvarse por la desviación de la dirección del ataque de los hunos, inexplicable hasta hoy, y la rápida desintegración del imperio huno a la muerte de Atila.

La última crisis política venida del exterior y provocada por los ostrogodos se produjo hacia finales de siglo. Después que

el reino ostrogodo de Ermanrico, entre el Dniester y el Don, hubo sucumbido bajo la avalancha de los hunos, Teodosio I asentó en Panonia al grueso de los ostrogodos. Aquí cayeron nuevamente bajo la soberanía de los hunos y lucharon al lado de Atila en los Campos Cataláunicos. A su muerte, siguieron siendo para el imperio romano oriental vecinos incómodos. En el año 471, un príncipe de la dinastía de los Amalos, Teodorico, pasó a ser el jefe de la federación de tribus. En los diez años que había permanecido como rehén en la corte de Constantinopla, se había convertido, como Alarico, en un buen conocedor de la situación política y militar del imperio y había entrado en contacto, al menos superficialmente, con la cultura de la época. Bajo Teodorico, nombrado rey, los contingentes ostrogodos pasaron de la saqueada Panonia a la región de Salónica y fueron arrastrados, de esta manera, a intervenir en las luchas internas del Imperio de Oriente. En el año 473, el emperador León I daba posesión a Teodorico del cargo de *magister militum praesentalis,* con el rango de *patricius*, y asentaba a los ostrogodos en la Mesia Inferior. Después, durante casi un decenio, el emperador Zenón intentó enfrentar al rey de los ostrogodos con el influyente general, también ostrogodo, Teodorico Estrabón, que mandaba los contingentes godos del ejército romano-oriental. En el año 488, encontró una solución a la espinosa cuestión de los ostrogodos, mediante el alejamiento diplomático hacia el oeste de estos grupos de tribus, que tan peligrosos resultaban en las proximidades del centro del imperio. No se sabe si Zenón acarició alguna vez la idea de recuperar el control político sobre Italia mediante la sustitución de Odoacro por Teodorico. De momento, era decisiva la liberación de la Roma Oriental. En el año 488, los ostrogodos, al mando de Teodorico, nombrado *magister militum per Italiam,* atravesaron la región de los Balcanes en dirección a Italia. En el 489 consiguieron una clara victoria junto al Adda y, finalmente, conquistaron Rávena —en la «batalla de los cuervos» de la epopeya nacional germana—. Teodorico, como plenipotenciario del emperador, había eliminado a Odoacro, nombrado *patricius* por el mismo soberano; es éste un aspecto típico de la política romana de la época de la invasión de los bárbaros. Después de largos combates, Teodorico se convertía, en el año 493, en el señor de Italia.

La existencia del Imperio Romano de Oriente se compraba una vez más al precio de la renuncia de los intereses imperiales en occidente. Aunque Teodorico, como *patricius* y *magister militum,* gobernaba nominalmente en nombre de Zenón (o de Anastasio), aunque la ficción jurídica de derecho público seguía

manteniéndose en torno a la unidad imperial, *de facto*, surgió de entre los restos de la Roma occidental un reino ostrogodo independiente. Las razones de tan distinta evolución no se encontraban sólo en una diplomacia más acertada por parte de Oriente, sino también en la menor capacidad defensiva de Occidente y en el hecho de que la dirección natural de ataque de la segunda oleada de la invasión de los bárbaros se dirigió especialmente, desde un principio, contra la parte occidental del Imperio.

Debido a la menor dureza del enfrentamiento con los pueblos bárbaros, falta en Oriente aquel sentimiento de gran crisis. En la literatura de la época, como por ejemplo en las cartas de los Padres de la Iglesia Sinesio y Juan Crisóstomo, se exterioriza la reacción antigermánica de la aristocracia imperial y eclesiástica, pero no una conciencia profundamente arraigada de pérdida de la seguridad política. Sin embargo, existían graves problemas políticos y militares: la rebelión latente de los mercenarios isaurios, la aparición de nómadas búlgaros en el bajo Danubio, las dificultades surgidas de la disputa monofisita en las provincias orientales del imperio, las ofensivas de los nómadas árabes en los límites del desierto, los ataques de los blemnios en la frontera meridional de Egipto y la presión de los hunos, que, momentáneamente, hacía perder significación al frente persa. Pero estos problemas eran locales y limitados; no se trataba de una crisis estatal. El Imperio Romano de Oriente superó las crisis del siglo V sin sufrir daños decisivos. La forma de gobierno de la monarquía absoluta hereditaria, con su burocracia rígidamente centralizada y su ejército profesional, se mantuvo como sistema político. El orden social no conoció ningún cambio decisivo y, mientras que en la parte occidental del imperio la desintegración política iba ligada a una creciente depresión económica y social, en el Imperio Romano de Oriente se alcanzaba nuevamente un apreciable florecimiento económico. El Imperio Romano de Oriente salió incluso ganando, en cierto sentido, con la caída de Occidente: Bizancio se mostraba ahora como el único sucesor legítimo del imperio y, frente a los estados germánicos, era la potencia dominante del Mediterráneo, tanto en el plano político como militar y económico. Esta situación creó las bases de la era justinianea.

La invasión de los bárbaros transformó las tierras comprendidas entre el Danubio, Escocia y el Sáhara. En lugar de un imperio mediterráneo unitario, apareció un sistema político pluralista; un mundo de estados, constituído por los estados germánicos, sucesores del imperio de Occidente, y por el imperio

bizantino. El resultado de este proceso de transformación, que duró más de cien años, no es tan claro como pudiera parecer *ex eventu*. Hubo momentos en que el destino parecía incierto; momentos, hacia la mitad del siglo, en que parecía posible que, bajo la presión del imperio de los hunos y de los vándalos, la evolución histórica pudiese tomar caminos totalmente distintos. Pese a todas las situaciones extremas locales y temporales, el enfrentamiento de los germanos con el mundo romano no revistió nunca un carácter catastrófico, ni siquiera en occidente. Ciertamente, aceleró una evolución ya en marcha. Sobre el suelo del viejo imperio subsistían los elementos de la cultura romano-tardía, de su estructura social y económica y, en parte, de su organización administrativa. La «Romania», como ámbito de cultura común, sólo se encontraba en peligro en las regiones marginales, en las que estaban asentados grupos germánicos cerrados, como en la zona oriental del Rin, en el norte de Bélgica y en las provincias de Recia, Nórica y Panonia. En todas partes tuvo una significación decisiva la persistencia de los antiguos latifundios y de la vieja aristocracia, con la que rápidamente se aliaron los inmigrantes para formar un compacto grupo de intereses. Era éste un proceso que favorecía el avance de la evolución social y política por caminos ya abiertos.

La invasión de los bárbaros, en un sentido amplio, no termina con los sucesos del siglo V. Hacia el año 500, aparece una especie de factor retardatario: el ala nórdica de todo el eje de movimiento sobre el que discurrieron las migraciones de los germanos y hunos, se aquieta con la formación de nuevos estados sobre el suelo del viejo imperio. El ala oriental se encuentra aún muy retrasada y sólo en los siglos VI y VII podrá desplegar, con los sasanidas primero y después con los árabes, su plena potencia de ataque.

IV. LAS CAUSAS DE LA CAIDA DE OCCIDENTE

La distancia en el tiempo hace aún más dramática la época. El período que va desde Teodosio hasta Odoacro aparece como un rápido derrumbamiento de Occidente. Pero la perspectiva es falsa. Desde el año 1885 hasta hoy, se han producido transformaciones políticas y sociales de, por lo menos, semejante envergadura, sin que percibamos con el mismo dramatismo la disolución y desintegración. Sin embargo existe un hecho llamativo: la diversidad de destino de Oriente y Occidente. Esto

nos obliga a preguntarnos por las motivaciones de la caída del imperio en occidente. Si se pregunta por el «ocaso del imperio romano» o por la «decadencia de la cultura antigua», el problema está falsamente formulado. El imperio romano subsistió como imperio bizantino durante más de un milenio; las formas de vida, políticas, sociales y culturales, que desaparecían lentamente en occidente, persistieron en el imperio bizantino como estructuras determinantes. Pero también la pregunta por la caída del Imperio Romano de Occidente es un problema histórico de primer orden: «tal vez el problema más difícil e interesante de la Historia Universal» [14].

La pregunta es casi tan vieja como el mismo acontecimiento. La discusión de los contemporáneos no pasó de ser un intento de aclaración de tipo moralizador, histórico-filosófico o histórico-teológico. Constituye un capítulo de una más amplia problemática sobre la decadencia de la literatura romana y la historiografía, pero, en el fondo, informa muy poco sobre la decadencia real del Imperio Romano de Occidente. El problema alcanza de nuevo actualidad mucho más tarde: que una potencia mundial y una vieja y grandiosa civilización hubieran podido sucumbir constituía, en sí, un hecho terrible. El treinta de agosto del año 1734 presentaba Montesquieu a la academia de París sus *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*. La pregunta, formulada aquí con insistencia, no ha dejado de repetirse. Edward Gibbon vio en su obra monumental, *Decline and fall of the roman empire,* una doble causa del ocaso del imperio romano: «Lo que yo intento describir aquí es el triunfo de la religión y de la barbarie». Después de él se ha formado toda una gama de teorías y de intentos de solución. Oscilaciones del clima, degeneración de las razas, despoblamiento, cambio de creencias, fueron hechos responsables del ocaso del imperio. Una interpretación consecuentemente marxista, lo identificó con el derrumbamiento de un orden social y económico basado en la esclavitud y con su transición hacia un sistema feudal. Como aclaraciones, fueron sacados a colación los conflictos políticos interiores, las desavenencias entre los dirigentes, y, finalmente, incluso una desventurada suma de errores políticos casuales y de fracasos militares.

Dos interpretaciones violentamente enfrentadas han sido, especialmente defendidas hasta hoy. Por una parte la teoría de la caída de Roma por el desmoronamiento interno de la economía y de la sociedad, que se vio acompañada por el inmovilismo en la vida espiritual y cultural: las tribus germanas invasoras dieron solamente el último golpe a un imperio que se encon-

traba en descomposición. Para M. Rostovzev, los bárbaros no eran otra cosa que ejecutores de un destino, ya decidido hacía mucho tiempo: el imperio, un «organismo gastado y sin sangre», sin fuerzas creadoras, se encontraba hacía mucho tiempo en la «apatía de la senectud». Agonía interna y autodestrucción fueron las causas de la caída. Frente a esta tesis se encuentra la de que un imperio, capaz de funcionar y de vivir, ha sido destruído por fuerzas exteriores o, más exactamente, por los germanos. Para André Piganiol, el más decidido defensor de esta interpretación, el imperio, a pesar de los momentos de crisis, que no deben pasarse por alto, se encontraba más bien en camino de recuperación: «Es completamente falso decir que Roma se hallase en aquel tiempo en el ocaso (...). El mundo romano no ha caído por muerte natural, ha sido asesinado» [15].

Tras la interpretación del imperio durante los siglos IV y V como forma de vida moribunda y estéril, se encuentra la concepción de la sociedad y de la economía de un liberalismo doctrinario, orientado hacia una cultura urbana, basada en las clases medias, que considera condenado a la ruina, por principio, todo sistema económico estatal, y que ve confirmados sus propios puntos de vista en una consideración unilateral de las relaciones específicamente determinadas, que se crearon en el Imperio de Occidente en el siglo V. Esta falsa perspectiva es completada por el clasicismo de una generación de filólogos, que no ven nada verdaderamente nuevo durante los siglos IV y V —pensamiento, literatura y arte de la cristiandad—, que encaje en su modelo «clásico» [16]. Pero estas tentativas antitéticas de solución coinciden en un punto esencial: el enjuiciamiento de la sociedad del imperio en el siglo V es decisivo para responder a la pregunta de si fueron factores interiores o exteriores los que configuraron el destino del Imperio Romano de Occidente de una manera distinta al del Imperio de Oriente.

a) *La capacidad de resistencia del estado y la sociedad.*

Los siglos IV y V, en lo referente a estado, sociedad y cultura no presentan solución de continuidad. El orden político del *dominatus* permanece invariable: una monarquía militar absoluta, sustentada en una impresionante burocracia y cuya legitimidad está fundamentada metafísicamente. En la sociedad se refuerzan las barreras entre las clases y los estamentos, entre la reducida capa dominante de los *potentes* y el estrato inferior, empobrecido y sometido, que acaba por ser también hereditario.

Fiscalismo y dirigismo estatales atan a los campesinos a la gleba, a los artesanos y comerciantes a su corporación; en las empresas estatales y en las minas, los trabajadores, ligados hereditariamente a su trabajo, son esclavos marcados a fuego. El grupo social más importante lo constituye una poderosa aristocracia terrateniente, a la que está sometida la población del campo. Naturalmente, la reglamentación social no podía aplicarse exhaustivamente ni siquiera en teoría y mucho menos en la práctica, como lo demuestran las innumerables repeticiones y excepciones que aparecen en el *Codex Theodosianus*. A esta sociedad cerrada corresponde una estructura económica caracterizada por la tendencia al predominio de la economía agraria y a la propagación de las formas económicas naturales, junto a la economía monetaria (cf. arriba pp. 82 y ss.).

La existencia de esta estructura económica y social se admite sin grandes diferencias de valoración. Pero, ¿cuál es el resultado de la influencia recíproca de estos elementos en el estado, la sociedad y la economía? Ciertamente, a causa de la intervención del estado, así como de la acción indirecta de la estructura social, se producían indicios de debilitamiento político y de regresión económica. Pueden descubrirse elementos de debilidad en la política frecuentemente enfrentada de ambas partes del imperio, así como en las tendencias centrífugas de la nobleza terrateniente frente al poder central. La burocracia imperial constituía una pesada carga desde el punto de vista financiero; según algunas estimaciones, a finales del siglo V, en el Imperio de Occidente, sólo los salarios de la administración de finanzas devoraban casi una cuarta parte de las recaudaciones de impuestos.

La administración, pero también ciertos departamentos del ejército, eran venales hasta el exceso y abrumaban con cargas adicionales a la población, sirviéndose ilegalmente de sus funciones administrativas.

Al examinar la vida económica, se ha hecho frecuentemente responsable a la reglamentación y a la presión fiscales de la decadencia de la economía de las ciudades y, con ella, de un retroceso de la producción, que, a su vez, repercutió en la capacidad financiera del imperio. Pero en esto no puede residir la causa de manifestaciones regresivas fundamentales. Los curiales de las ciudades nunca fueron demasiado productivos en el campo económico; la participación de la industria y el comercio en la recaudación total de impuestos fue, incluso en Oriente, relativamente pequeña. Allí donde puede constatarse un proceso de decadencia, éste se mantiene dentro de unos límites moderados.

Posiblemente, la reglamentación dirigista, con los elementos que contaba, pudo conseguir, mejor que cualquier otro sistema, un *optimum* de estabilidad y producción, como lo demuestra la recuperación económica del siglo IV con respecto al III.

Lo que a veces parece regresivo es la localización de los centros económicos más importantes en ciertas zonas, que hacía mucho más difícil al estado la recaudación de impuestos y de otras formas de contribución. El avance del feudalismo, unido al empobrecimiento de las clases bajas y a la propagación de las formas económicas agrarias, condujo, tanto en Oriente como en Occidente, a abandonar muchas tierras cultivadas hasta entonces. Este proceso estaba, en parte, condicionado por el agotamiento del suelo y por su progresiva erosión, pero también esencialmente por la subida de los impuestos, que convertía en un negocio ruinoso el cultivo de las tierras que no fueran ricas. La cantidad de tierra sustraída de esta manera a la producción no debe ser tampoco sobreestimada; se trataba de las superficies cultivables menos productivas.

Más grave era el inmovilismo tecnológico, que impedía la sustitución de las formas de cultivo extensivas por otras intensivas. Tanto en la alfarería, como en la industria textil o en la agricultura se seguía con las técnicas tradicionales. No existía ningún tiro de caballos para el trabajo, porque aún no se habían inventado los arreos. Se cosechaba a mano con la hoz; incluso la carretilla era un instrumento desconocido. Algunas innovaciones ingeniosas fueron utilizadas en ciertas grandes fincas de las Galias, como una máquina de cosechar tirada por bueyes. Pero, en conjunto, tales innovaciones no llegaron a implantarse; solamente el molino de agua fue abriéndose camino.

Este estancamiento y las desfavorables relaciones entre productores y consumidores no constituían precisamente estímulos para un rápido crecimiento de la productividad. Sin embargo, no se produjo un retroceso general de la producción en la economía rural; de los buenos suelos se seguían obteniendo altos rendimientos. Fueron los derechos especiales de la nobleza territorial y el modo de concebir los impuestos los que contribuyeron a disminuir los ingresos impositivos del estado, pese a que la producción se mantuviera estable.

De todos modos, existían diferencias significativas en la productividad económica y en la estabilidad entre el este y el oeste del imperio. El transfondo político era idéntico en ambos casos: una administración corrompida y entregada a la explotación, un régimen en el que los curiales estaban sujetos a su ciudad

y los *coloni* a su tierra. Tampoco en la vida espiritual y en el arte existían diferencias decisivas entre ambas partes del imperio.

La producción clasicista de la literatura pagana era igualmente fuerte en Oriente y en Occidente y persistió largo tiempo después de la conquista de los bárbaros, como lo muestra la figura de Sidonio Apolinar. Lo mismo puede decirse del florecimento de la teología y la literatura cristiana. Desde mediados del siglo IV, la producción perdió ciertamente en calidad y cantidad. Pero esto también afectó al oriente, signo inequívoco de que esta evolución no venía dictada por las circunstancias exteriores. Rávena demuestra que, en el dominio del arte, el papel de guía no lo ostentaba exclusivamente Oriente y que, aun en medio de la confusión provocada por la invasión de los bárbaros, podían erigirse en Occidente significativos monumentos.

Por el contrario, el Imperio de Oriente fue, desde el principio, superior en el campo económico, gracias a su estructura económica y demográfica. Aparte del sur de las Galias y Africa, la densidad de población, las reservas naturales, la fuerza productiva y la acumulación de capital eran más importantes en las provincias orientales [17]. También se acusó más claramente en Oriente la recuperación iniciada en el siglo IV de la regresión del siglo III, tanto en una nueva expansión del comercio, que llegó hasta China, como en una más fuerte recuperación de la economía de las ciudades (cf. arriba p. 80). Industria y comercio alcanzaron aquí el nivel del siglo II y lo conservaron durante más tiempo. No careció de importancia para la estabilidad y prosperidad económica el hecho de que se hubiesen mantenido en una amplitud mayor, junto a los grandes dominios terratenientes, un campesinado pequeño y medio. Esto tuvo por consecuencia un reparto más igualitario de la propiedad y los ingresos y, verosímilmente, un menor retroceso de la población, consecuencia de una presión económica menos fuerte sobre el campesinado.

La más reducida significación política de la nobleza terrateniente tuvo también repercusiones positivas en la estabilidad interna. En Oriente, los altos cargos administrativos no estaban, en la misma medida que en Occidente, en manos de los notables y fueron más bien desempeñados en interés de la administración central. De ahí que los privilegios fiscales de la nobleza, entre otras cosas, no se extendiesen tanto como en Occidente, de manera que una parte mayor de la fuerza productiva quedó disponible para el ejército e importantes servicios admi-

nistrativos. Esto permitió al gobierno de Oriente fijar unas recaudaciones de impuestos más elevadas, sin sobrecarga de la capacidad productiva, y reclutar más tropas, sin poner en peligro las reservas de mano de obra; la superioridad económica permitió a Oriente mantener, incluso en situaciones críticas, una burocracia efectiva, un ejército bien dotado y una administración financiera eficaz, como elementos de la estabilidad del estado.

El promedio de la densidad de población, de la capacidad productiva industrial y de la fertilidad del suelo era más bajo en Occidente. Esto se debía, sobre todo, al hecho de que los métodos de cultivo, procedentes de las zonas mediterráneas, no resultaban apropiados para el clima centroeuropeo y, por tanto, para amplias regiones de Occidente. El usual arado ligero, por ejemplo, sólo era capaz de abrir parcialmente los pesados suelos de aluvión. De ahí que el exceso de producción sobre las propias necesidades fuese —a excepción de Africa— peligrosamente escaso en relación a la población total y extremadamente vulnerable durante las crisis. En general, la estructura social y económica era menos flexible que en Oriente a causa de la eliminación casi total del pequeño campesinado. Con ello se deterioraron igualmente las posibilidades fiscales. De hecho, bajo el gobierno de Teodosio I, el presupuesto del estado fue casi la mitad del de Oriente. El estado romano occidental estaba prácticamente en situación de bancarrota al final del reinado de Valentiniano III.

Pero el retroceso de la capacidad financiera estatal no implicó aún una regresión económica general. Hay testimonios suficientes de que los latifundios de las provincias occidentales mantenían, incluso en el siglo V, una buena situación económica. El rendimiento de las fincas era bueno y las rentas altas. La aristocracia acumuló en sus manos importantes capitales en oro. Las Galias y Africa siguieron siendo, hasta bien entrado el siglo V, países ricos, en los que las ciudades promovían aún un comercio lucrativo y la aristocracia vivía en sus posesiones con lujoso refinamiento. Incluso Salviano, a pesar de sus lamentaciones sobre la ruina del pequeño campesinado, habla de la riqueza y feracidad de Africa y del sur de Francia [18]. En general, tampoco en Occidente se manifiestan síntomas de decadencia progresiva. Sin duda alguna, existe una estabilidad económica, que reúne las cantidades suficientes en concepto de impuestos para cubrir, al menos, las necesidades de la administración y del ejército. Manifestaciones regresivas en ciertas

regiones y épocas no son factores lo suficientemente poderosos por sí solos para arruinar al estado y a la sociedad.

Por otra parte y sin ningún género de dudas, en Occidente se perfilaba cada vez con mayor claridad una crisis financiera del estado. Las causas de esto no residían en el campo económico, sino en el fiscal. Una decadencia de la economía agraria, motivada, entre otras razones, por la reducción de la superficie cultivada, y la regresión de los ingresos del estado resultante de ello, fueron ocasionadas por un aumento de las cargas fiscales, que, a su vez, eran consecuencia de los crecientes gastos en la defensa del imperio (entre ellos se encontraban importantes pagos de tributos). De hecho, esta agudización de las diferencias económicas entre el este y el oeste está determinada por causas políticas: el comienzo de una regresión económica general en Occidente se produce de una manera relativamente brusca en los años que siguen al 410, es decir, bajo la acción conjunta de las devastaciones y trabas a la producción provocadas por las incursiones germánicas y de la presión de las cargas fiscales, consecuencia del considerable aumento de las necesidades financieras del estado. Sólo ahora, el precedente bienestar económico no alcanza a satisfacer las exigencias del estado. Se inicia el *circulus vitiosus* del retroceso de las recaudaciones de impuestos y del aumento de la evasión fiscal y de las exigencias presupuestarias.

Este proceso alcanza hacia mediados de siglo, bajo Valentiniano III, dimensiones ruinosas. Una parte de las provincias, que hasta entonces habían aportado, además de reclutas, ingresos al estado, se había perdido; otra parte, había sido tan devastada, que los impuestos debieron ser reducidos. Salviano y Sidonio describieron las destruidas ciudades de las Galias, con sus «murallas medio derruídas» y con sus «brillantes ruinas»; después de la penetración de los vándalos en Africa, los impuestos hubieron de reducirse en Numidia y Mauritania a una octava parte de la anterior recaudación [19]. Por otra parte, seguían aumentando los gastos militares y creciendo constantemente para el resto de la población impuestos, libranzas y prestaciones de servicios, con una especie de inexorabilidad suicida. Elemento esencial de la debilidad interna es, en última instancia, una falta de lealtad y patriotismo entre la población imperial. De hecho, también en el siglo V, la idea del servicio obligatorio en la que se basaba el orden político del dominado y la estructura cerrada de la sociedad, es soportada callada y resignadamente, pero nunca aceptada.

Un *consensus* con el imperio, como ordenamiento general, existía solamente en una parte de la clase alta (cf. arriba pp. 92 y ss.). Pero este patriotismo —si quiere emplearse este término— tenía, con demasiada frecuencia, aquel pasivo carácter que informaba en la época imperial la relación de las clases altas con su estado. Había casos de una lealtad estatal entre altos funcionarios del imperio, que llegaban incluso hasta el propio holocausto. Algunos nobles aislados presentaban activa resistencia contra las incursiones de los bárbaros, como es el caso de Valentino de Selge contra los godos, en el año 397; el de Sinesio de Cirene contra los austurianos, en el 405, e incluso, en el año 532, el de Prudencio contra los vándalos, en Tripolitania. Pero, aun en estos casos, estaban en juego tanto los intereses de todo el imperio como la propia seguridad económica. En general, la actitud más corriente, incluso en la aristocracia, en los momentos de máximo peligro, fue la huída o el compromiso con los nuevos detentadores del poder. Además, esta lealtad pasiva de la clase dominante se veía en parte minada por los particulares intereses de la nobleza territorial frente al poder central.

Un tal *consensus* con el estado y la sociedad —aunque condicionado por intereses particulares— faltaba casi por completo en las capas bajas. También aquí se dieron casos en los que la población urbana o los campesinos tomaron parte en la lucha contra las tribus invasoras, como aconteció en la defensa de Clermont-Ferrand (Avernum) contra los visigodos, dirigida por Sidonio Apolinar (471-473).

Pero se trata de casos aislados, que no reflejan una actitud general, en los que, una vez más, se defendía también la propia existencia contra la invasión enemiga. Resumiendo, la capa inferior se integró en el orden dado sólo a la fuerza, con apatía y, más raramente, manifestando su disconformidad. A partir del año 407, se inician nuevamente las revueltas campesinas de los bagaudas en las Galias. Esclavos y colonos se organizaron en formaciones paramilitares y atacaron, tanto a las tropas romanas como a las fuerzas invasoras de los bárbaros. En los años treinta y cuarenta hubo de luchar Aecio denodadamente contra estas bandas; en el norte de España, fueron aniquiladas con ayuda de tropas visigodas en el año 454. En estas rebeliones abiertas, verdaderas excepciones a la pasividad general, se manifestó la disconformidad social de la capa inferior: era un acto de rebelión y de legítima defensa, no sólo contra las invasiones extranjeras sino también contra el estado de fuerza romano-tardío. Frente al orden de clases de la sociedad,

aparentemente bien trabado, existía una situación de conflicto, no de *consensus*.

Si fuese correcta la concepción, ampliamente aceptada por los historiadores, de que una sociedad «sana» y activa se funda en el *consensus* de dominadores y dominados y de que se distingue por una amplia ausencia de conflictos, la sociedad romano-tardía sería, ciertamente, un conjunto social perturbado y enfermo, a pesar de los éxitos externos de la restauración. La sociología ofrece dos modelos completamente opuestos de sociedad. Según el modelo de equilibrios, la sociedad es una estructura flexible y estable, en la que el conflicto constituye una manifestación excepcional y anormal; descansa, por tanto, en un *consensus* general sobre determinados valores y sobre la forma constitutiva del orden social. En el modelo conflictivo, la sociedad aparece como un conjunto en constante mutación, en el que el conflicto es la situación normal y, simultáneamente, el auténtico elemento motor, mientras que integración y orden sólo son posibles mediante una cierta coacción. El conflicto no hace necesariamente su aparición con la violencia; también puede desarrollarse de modo pacífico o mantenerse latente.

En su aplicación al examen de los hechos, además de no ser aplicables a algunos casos particulares, tales modelos sociológicos no son utilizables en su rígida alternativa formal. Estos esquemas deben ser más diferenciados, equilibrados y próximos a la realidad, para poder aplicarse a una sociedad histórica. En toda sociedad existe, al menos, un *consensus* de la capa dominante, que posibilita la acción coactiva indispensable para la integración de las clases inferiores. Una sociedad en funcionamiento exige un poder coactivo de la capa dominante lo suficientemente fuerte como para impedir transformaciones críticas o destrucciones revolucionarias del edificio social, sin que por ello sea eliminado el elemento generador del conflicto, que mantiene vivo el movimiento de la sociedad.

En este sentido, el imperio romano cristiano fue, sin duda, alguna, una sociedad capaz de regenerarse y de funcionar, tanto en su acción hacia el exterior como en su constitución interna. A pesar del absolutismo, de la economía dirigida y de la rigidez de la estructura de clases, el imperio fue capaz de superar crisis internas y depresiones económicas; de desarrollar —como lo demuestra el ejemplo del Imperio Romano de Oriente— formas sociales y de impulsar la actividad creadora del espíritu y del arte. En la posterior evolución del Imperio Romano de Oriente se pone de manifiesto la estabilidad y capacidad transformadora del orden social y económico.

b) *Las razones del ocaso de Occidente.*

Si de la situación en que se encuentra la sociedad no puede deducirse la necesidad de su caída y ni siquiera existe una decisiva debilidad del imperio en sus posibilidades defensivas, se impone entonces con mayor fuerza la pregunta de por qué, sin embargo, la mitad del imperio se hunde bajo la avalancha de la invasión de los bárbaros. Las diferencias en la situación social y económica de ambas partes del imperio no son tan significativas como para ver en ellas la causa determinante. Además, éstas hacen su aparición en proporciones peligrosas justamente en el transcurso de la invasión de los bárbaros; vienen, pues, casualmente condicionadas por otros factores.

Los acontecimientos históricos no pueden ser explicados por un solo principio causal. El ocaso del Imperio Romano de Occidente fue un complejo proceso político y social, en el que rápidamente se manifestó la interacción de diversos factores, que, como siempre ocurre en tales casos, hace casi imposible una diferenciación entre causa y efecto o entre factores primarios y factores secundarios, resultantes de éstos. Ciertamente, en el desencadenamiento de este intrincado complejo de causas se encontraba un acontecimiento político: sólo la acción venida del exterior hizo incurable la «enfermedad del imperio». La suerte de Oriente, donde se dibujaban claramente las posibilidades de resistencia y recuperación, nos habla del papel decisivo jugado por la política exterior, por la invasión de los pueblos bárbaros. Esto no quiere decir que los germanos derribaran el Imperio de Occidente por sí solos, gracias a favorables circunstancias político-militares. Esta teoría es tan monocausal, como aquella otra que busca solamente la causa del desastre en la estructura económica y social. Las fuerzas germánicas fueron numéricamente cada vez más débiles, mientras que el ejército romano se encontró inicialmente en una buena posición defensiva; es importante recordar en este contexto que en aquella época pudo ser mantenida la frontera contra los sasánidas, mucho más fuertes desde el punto de vista militar. Con ambas teorías no se aclara suficientemente cuál fue la verdadera razón de la más reducida capacidad defensiva de Occidente. Se trata de toda una serie de causas parciales y de factores, que, estrechamente ligados entre sí, condicionan la temporal debilidad defensiva de Occidente y su consiguiente caída.

Una condición decisiva fue la situación político-militar. La posición defensiva del este era, al menos desde el punto de

vista estratégico, mucho más favorable en relación al movimiento de los pueblos germanos y hunos. El oeste disponía de una larguísima frontera, que no podía ser totalmente guarnecida. Además, apenas existían líneas defensivas naturales en la retaguardia, aunque se planeó una profunda coordinación del sistema defensivo, mediante ciudades fortificadas. A la desfavorable posición estratégica se unió el hecho de que el movimiento migratorio de los pueblos bárbaros se dirigiera desde un principio unilateralmente contra las fronteras de la parte occidental del imperio. Pero, existía además un segundo aspecto desfavorable: las diferencias políticas entre Oriente y Occidente, determinadas por la división del imperio. La división no sólo hizo ilusoria una coordinación de los esfuerzos defensivos o un eficaz apoyo a Occidente por parte de Oriente en los momentos de crisis, sino que llevó incluso, como en el caso de los visigodos, a que la diplomacia romana-oriental tomara a la ligera los peligros que su política entrañaba para la parte occidental del imperio.

La gran presión exterior a que se vio sometido el Imperio Romano de Occidente, que ya de por sí disponía de un frente defensivo más débil, se concentró sobre todo en las posiciones donde más difícil era la resistencia militar. En esta crítica situación defensiva se produce, a causa de la menor capacidad productiva y financiera de Occidente, una fatal interacción entre la acción directa del estado, las consecuencias indirectas de la estructura social y la potencia defensiva del ejército. Como consecuencia de las incursiones germánicas, el círculo vicioso fiscal de regresión en las recaudaciones y aumento de las exigencias impositivas comenzaba a restringir, en el orden financiero, la capacidad operativa del estado. Debido al sistema de reclutamiento del ejército, los medios financieros jugaban un papel importantísimo, pues decidían si en una situación de crisis podría disponerse de tropas adicionales. Incapacidad tributaria de amplias capas; evasión fiscal de los *potentes,* asentados en sus fincas privilegiadas; pérdida o devastación de regiones enteras repercutieron de manera cada vez más grave en la capacidad defensiva del imperio, al minar las finanzas estatales.

Otro factor decisivo de la caída de Occidente fue un acusado debilitamiento, mucho más fuerte que en Oriente, de la unidad política, consecuencia de las transformaciones de orden económico y social. Este fenómeno no se reveló, al menos, tan peligroso como la cada vez más desesperanzadora situación financiera o como la falta de *consensus* hacia el estado, que se manifestaba en la total apatía política de la población. El egoís-

mo de la clase dirigente favoreció, por su parte, el constante debilitamiento del poder estatal, con la creciente independencia de los territorios abarcados por sus propiedades agrarias Pero el elemento más peligroso de la debilidad política y militar, surgía de la contradicción entre los intereses autonomistas de la nobleza imperial y los del gobierno central del emperador. La frecuente alianza de los *magistri militum* con la nobleza terrateniente contra el poder central, llevó, en un principio, a innumerables roces, pero después a claras manifestaciones de independencia respecto del poder estatal, lo que condujo finalmente a la inoperancia del poder de los emperadores y de toda dirección estatal centralizada.

Esta desintegración política interior contribuyó decisivamente al triunfo de los ataques germánicos. Además, jugaron un papel importante las especiales aspiraciones de ciertas grandes provincias del imperio, en las que, en ciertas ocasiones llegaron a erigirse algunos señoríos de manera formal (cf. arriba, p. 23). En la particular situación de Occidente y bajo la presión de las invasiones germánicas, se llegó de hecho a un triunfo de la nobleza terrateniente provincial sobre el gobierno central y sus órganos administrativos [20]. Si en Occidente la posición de fuerza de la nobleza terrateniente actuó como factor decisivo en la caída del estado, en Oriente se ponía simultáneamente de manifiesto que, bajo otras condiciones políticas exteriores, el poder central era capaz de domeñar esas fuerzas autonomistas. La defensa del imperio no se vio afectada seriamente por particulares intereses políticos; unidad estatal y estabilidad política fueron mantenidas frente a todas las corrientes particularistas.

La desaparición del Imperio Romano de Occidente fue, pues en última instancia, un acontecimiento político, tanto por sus causas como por su desarrollo; un acontecimiento político, naturalmente, que no se explica tan sólo por la situación política exterior. Intervinieron conjuntamente fuerzas político-sociales interiores y exteriores. Pero en su violento final, aunque lento y condicionado por diferentes factores, jugó un papel desintegrador decisivo el diluvio arrollador de los pueblos germánicos y hunos.

V. IGLESIA Y CULTURA EN EL SIGLO V

El Imperio de Oriente, en contraposición al de Occidente, logró dominar las crisis políticas interiores y exteriores, que provocaron las invasiones bárbaras. Su existencia, sin embargo, se

vio también amenazada durante este siglo por una causa distinta. La historia de la época y los intereses de los contemporáneos no dependen tan sólo de los problemas suscitados por la situación política exterior. Una crisis religiosa y espiritual precipitó al Imperio de Oriente durante dos siglos a nuevas y constantes luchas, que conmovieron seriamente la unidad de Oriente, de manera muy distinta al choque con los bárbaros. La Iglesia se había convertido en un poder profundamente asentado en el estado y la sociedad del *Imperium Romanum Cristianum.* Como fuerza espiritual, el cristianismo representaba en la cultura de la época el elemento más creador y lleno de futuro. Junto a las creaciones del pensamiento teológico y del arte sacro, tres grandes controversias se hicieron especialmente significativas por su repercusión en el ámbito político y en la evolución posterior: en Oriente, el cisma monofisita; en Occidente, la disputa sobre la gracia y el problema de la confrontación del cristianismo con la cultura antigua, que también encontró soluciones distintas en Oriente y en Occidente.

a) *La Roma oriental y el cisma monofisita.*

La cuestión monofisita afectó más intensamente aún la evolución del Imperio Romano de Oriente que la disputa arriana. Aquí se puso de manifiesto que la relación de Iglesia y estado era mucho más estrecha en Oriente que en Occidente. La aguda contraposición de las distintas orientaciones teológicas no iba tan sólo unida a las luchas político-eclesiásticas por el poder; surgía también de resentimientos regionales muy difundidos, incluso entre amplios sectores del laicado; resentimientos que contaban con profundas raíces en el enfrentamiento espiritual de la Hélade y el Oriente, del mundo occidental y Asia Menor, superado aparentemente durante mucho tiempo por el helenismo.

Mientras que en Occidente, desde finales del siglo IV, la labor teológica se centraba cada vez más en la cuestión de la gracia, en Oriente, la evolución dogmática no terminó, en modo alguno, con el concilio de Constantinopla (381). La discusión entre los teólogos griegos pasó del problema de la naturaleza de Dios Padre y Dios Hijo, que había constituido el punto neurálgico de la disputa arriana, a la cuestión de la relación entre naturaleza divina y naturaleza humana en Cristo. Para la evolución teológica y político-eclesiástica, con todas sus consecuencias, fue especialmente importante que la Iglesia grecooriental fuese todo lo contrario a un bloque monolítico. Agru-

paciones tradicionales y regionales, considerablemente diferentes en sus concepciones teológicas y actitudes religiosas, formaban la base de la lucha en el interior de la Iglesia oriental.

La región de Grecia y del Asia Menor, cuya sede espiritual había sido durante mucho tiempo el viejo centro apostólico de Efeso, estaba ahora dominada por Constantinopla. Esta zona era la menos influenciada por el elemento oriental, al menos en su especulación teológica y en su sensibilidad religiosa; aquí se encontraba una fuerte tradición ortodoxa y eclesiástico-imperial. En los distritos rurales menos helenizados de la Anatolia interior, seguían subsistiendo naturalmente las viejas tradiciones de los ritos extáticos y de los cultos de la fecundidad del Asia Menor.

La segunda gran región de la Iglesia de Oriente era Siria oriental, sobre todo la zona de Edesa y la Osroena (estado fronterizo semiindependiente), que ya a principios del siglo III se contaban entre las regiones más importantes de la cristiandad. Aquí, donde la helenización no había profundizado mucho, en contraposición a las regiones de Siria más próximas a la costa, se desarrolló una peculiar piedad popular, intensamente penetrada de tradiciones orientales, que rechazaba muchas cosas del complicado ceremonial de la Iglesia imperial. En el nordeste de Siria y en los territorios mesopotámicos limítrofes, surgió entre aquellos grupos de población de habla aramea una literatura sirio-cristiana y, sobre todo, una importante poesía hímnica, que se convirtió en el modelo de la poesía litúrgica griega. A pesar de su fuerte influencia sobre la religión popular y la liturgia, apenas destacó la Siria nordoriental en los grandes conflictos teológicos de la época, seguramente también por su posición geográfica marginal. Auténtico representante del elemento sirio en la Iglesia universal fue la región occidental, con Antioquía como centro. Bajo la constante influencia de la administración seléucida y romana, la helenización había encontrado aquí un eco más intenso; a la habilidad griega para la dialéctica sutil se unía el gusto oriental por la controversia religiosa. En Antioquía, existía desde hacía mucho tiempo una famosa escuela teológica, fuertemente impregnada de influencias neoplatónicas, que, a causa de su acusada tradición escolástica, se encontraba en constante tirantez con Constantinopla y Egipto. Un elemento peculiar de la piedad siria lo constituyeron los estilitas —monjes ermitaños que pasaban su vida, como especial forma de ascesis, sobre la plataforma de una columna (a veces hasta de quince metros de altura). El fundador de esta forma eremítica fue el monje sirio Simeón el Estilita (muerto en 459). La igle-

sia octogonal erigida en torno a su columna, en Qal'at Sim'an (Kalat Simán), pertenece a los monumentos más significativos que se conservan de la arquitectura bizantina del siglo VI.

También existió en Egipto, como en Siria, una Iglesia popular profundamente enraizada; Alejandría había sido uno de los primeros grandes centros de la cristiandad. Pero, en el sur del país no cesaban de resurgir tradiciones nunca completamente superadas de las antiguas formas culturales egipcias. Los comienzos de una literatura cristiana copta se observan ya en el siglo IV. Pero el carácter de la piedad y de la vida eclesiástica en Egipto estaba especialmente determinado por el papel dominante jugado por los monjes, frecuentemente reclutados entre los círculos apenas helenizados de los *fellahin*. El monacato impregnó la Iglesia egipcia de todas sus formas de piedad, desde la sublime meditación mística hasta el ardiente fanatismo religioso, que muchas veces condujo a la persecución de los judíos; esto contribuyó esencialmente a la recepción de leyendas y elementos culturales del antiguo Egipto, que formaron un repertorio cada vez más rico de historias de espíritus, demonios, sueños e infiernos.

El segundo elemento que otorga un lugar destacado al cristianismo egipcio fue la posición de los patriarcas de Alejandría, con la que apenas era comparable la de sus colegas de Antioquía y Constantinopla. Los patriarcas alejandrinos se consideraron magnánimamente como «custodios y jueces del ecumenismo cristiano»; así, por ejemplo, Dióscoro (444-454) se nombró nada menos que «emperador de Egipto» [21]. Evidentemente, su poder descansaba menos en títulos principescos que en la absoluta obediencia de los obispos egipcios y en el apoyo incondicional y siempre dispuesto del monacato. La inmensa riqueza del patriarcado; la situación precaria de Alejandría, eterno centro de revueltas; la significación de Egipto para Constantinopla, como abastecedor de cereales, permitía siempre al patriarcado ejercer la función de lugarteniente imperial de la diócesis de Egipto, es decir, de verdadero responsable político. La sede patriarcal estuvo ocupada desde finales del siglo IV por prelados enérgicos y sin escrúpulos, en la tradición de un Atanasio, que actuaban con brillantez, tanto en la política eclesiástica como en las luchas con el poder civil, sirviéndose de medios tan acreditados como el soborno, la manipulación de la opinión pública, la utilización de la propia guardia personal o de bandas armadas de marineros y monjes.

La posición de los patriarcas alejandrinos en la política eclesiástica fue también durante mucho tiempo muy particular. Ale-

jandría había logrado, desde Atanasio y en alianza con Roma, afirmarse frente a Constantinopla y Antioquía.

El hecho de que cada uno de los grandes grupos tradicionales estuviese representado en la Iglesia griega por un patriarca, agudizó todas las luchas teológicas, mezclándolas con la disputa por el prestigio y el rango, tanto político como personal. En el año 381, el patriarca de Constantinopla recibió la primacía honorífica sobre los otros dos patriarcas de Oriente. La nueva posición de los patriarcas de la capital del imperio despertó amargura y resistencia, en las que también se mezclaba la envidia de Alejandría y Antioquía, antiguos centros comerciales, por la creciente concentración de los negocios en Constantinopla.

El punto de partida del desarrollo teológico fue el concilio de Constantinopla (381), que había convertido en dogma la doctrina de la igualdad esencial del Padre y del Hijo. Esta doctrina pasaba por ser fundamentalmente alejandrina, a causa del papel jugado por Atanasio en la cuestión arriana. La formulación, relativamente flexible, de que en Cristo «naturaleza divina y humana no están mezcladas, sino unidas de modo místico», ofrecía diversos puntos débiles a la crítica teológica. La oposición más abierta llegó de la escuela teológica de Antioquía, de orientación más filosófico-racionalista y rival de la de Alejandría. Ya a finales del siglo IV, se desarrolló allí la tesis de que en Cristo existían dos naturalezas claramente separadas, que sólo moralmente están unidas, en el sentido de la filosofía neoplatónica. Esto no constituía, para la mentalidad de la época, una pura retórica teológica. No se trataba tan solo de una disputa escolástica entre Antioquía y Alejandría, que afectase a limitados círculos religiosos. Si bien ambos partidos rechazaban toda tesis que viniera del bando contrario; si bien las distinciones puestas a debate sólo eran entendidas por teólogos muy formados, la controversia afectó, sin embargo, a la amplia grey y desplegó pasiones inesperadas. Dos elementales necesidades de la fe se veían aquí afectadas. La esperanza de redención y de inmortalidad del cristiano de la época exigía la total divinidad del Redentor. Se temía que peligrase la salvación, a causa de la más mínima diferencia entre la naturaleza divina y humana de Jesús. Por eso pudo movilizar a las masas el lema de la «doctrina de los dos hijos de Dios», con el que teólogos y monjes alejandrinos se lanzaron a la lucha contra Antioquía. Nestorio, portavoz de los antioquenos, había propuesto, en consecuencia con su concepción teológica, la veneración de María, ya no como madre de Dios *(theotokos)*, sino solamente como madre de Cristo *(christotokos)*. La doctrina antioquena parecía, pues, poner en

peligro simultáneamente la veneración del divino Redentor y la ya enormemente popular veneración de la Madre de Dios. Este hecho dio a sus contrarios la base para una gran propaganda.

La primera gran crisis se produjo cuando Nestorio fue nombrado patriarca de Constantinopla, en el año 428. De ascendencia persa y titulado por la escuela teológica de Antioquía, era un orador extraordinariamente dotado, que intentó, en colaboración con el gobierno y desde la plataforma de su sede patriarcal, la implantación de la doctrina antioquena (nestorianismo). El patriarca rechazó con aplomo todo compromiso táctico, consciente de su integridad y de su seguridad dogmática. Pero no estaba a la altura de las sutilezas de la política eclesiástica y cortesana, a las que despreciaba abiertamente. Su verdadero oponente, aunque en su vida personal era un personaje mucho más dudoso, le superaba ampliamente en el terreno de la política eclesiástica; era éste el patriarca Cirilo de Alejandría, tal vez la figura política más grande que haya aportado en aquel tiempo la Iglesia oriental. Superó al mismo Atanasio en su rígido concepto de la ortodoxia, a la que no afectaban sus más sutiles distinciones dialécticas. Al mismo tiempo, se mostraba extraordinariamente flexible en su táctica, sin renunciar en modo alguno a medios dudosos e ilegales para la implantación de su poder eclesiástico. Nuevamente hicieron su aparición los monjes, como tropa de combate del «papa» alejandrino.

El conflicto teológico culminó en el año 431 con el tercer concilio ecuménico, celebrado en Efeso. Ya su convocatoria fue cuestionable: se trataba del intento de Cirilo de adelantarse a una requisitoria que le amenazaba, a causa de las quejas de su clero. Igualmente dudosos fueron los procedimientos del concilio: tomó sus conclusiones en ausencia de los obispos sirios, es decir, de casi todos los partidarios de Nestorio. Nestorio contó, en un principio, con el apoyo de Constantinopla, y fueron necesarias largas negociaciones ulteriores —sobre las que los observadores contemporáneos notaban que el conocido «método persuasivo» del soborno había jugado un gran papel— hasta que el emperador confirmó estos acuerdos. La distinción nestoriana entre las naturalezas divina y humana, unidas en Cristo sólo moralmente, no ponía en peligro la unidad de la persona de Cristo, según la concepción neoplatónica de la conexión entre espíritu y cuerpo. Aunque no coincidía con la cristología ortodoxo-alejandrina, la posición de Nestorio no estaba muy alejada de la fórmula aceptada más tarde por el concilio de Calcedonia. Sin embargo, la doctrina antioquena fue condenada como herejía; Nestorio perdió la sede patriarcal y hubo de marchar al

destierro. Se establecieron medidas estatales contra los herejes —pues como tales se consideró oficialmente a los nestorianos a partir de ese momento. El tercer concilio ecuménico fue de carácter tan dudoso como el de su principal protagonista. Sin duda alguna, se trataba del triunfo de Alejandría: los dos patriarcados rivales fueron humillados y sus sedes ocupadas de nuevo por prelados sometidos a la influencia egipcia. Alejandría parecía el dirigente indiscutido de la Iglesia griega y la potencia político-eclesiástica más importante del imperio bizantino, capaz de hacer frente a Constantinopla y al gobierno imperial. De modo similar a como ocurrió después de Nicea, la polémica no terminó en modo alguno con la resolución conciliar del año 431. Los obispos sirios no cedieron en su lucha contra la doctrina alejandrina y su oposición llevó finalmente a la caída de Alejandría.

La teología alejandrina, demasiado segura de su poder, exageró su propia posición. El archimandrita (una especie de nuncio del patriarca) alejandrino en Constantinopla, Eutiques, defendió la tesis según la cual de las dos naturalezas de Cristo surge, en el momento de la encarnación, *una* naturaleza divina *(monon physis)*; de ahí, que la carne del *Logos* sea distinta a la nuestra en su esencia. Esta extrema formulación de la doctrina «monofisita» fue condenada ya en el año 448 en un sínodo patriarcal celebrado en Constantinopla. Al año siguiente, logró imponerse una vez más Alejandría: el «latrocinio de Efeso», presidido por el patriarca Dióscoro, obligó por la fuerza a los obispos presentes no monofisitas al reconocimiento de la doctrina alejandrina. Pero esto era ya una batalla de retaguardia: una revolución política y una reagrupación político-eclesiástica acabó para siempre, en corto espacio de tiempo, con la supremacía de Alejandría. A la muerte de Teodosio II (450), perdió su posición rectora el chambelán Crisafio, que se había puesto del lado de Alejandría. Marciano, el nuevo emperador, no toleraba a los manofisitas y convocó un nuevo concilio para acabar con las insoportables tensiones político-eclesiásticas: el cuarto concilio ecuménico de Calcedonia (451). El papa Celestino (Nestorio decía mordazmente que el obispo de Roma «es demasiado ingenuo para poder penetrar en las sutiles significaciones de las verdades doctrinales»[22], lo que probablemente no era exagerado) había apoyado a Alejandría. Su sucesor, León el Grande (440-461), apoyó a Constantinopla, tanto por motivos político-eclesiásticos, como a causa de la exageración teológica de la posición alejandrina. En el *tomus Leonis,* una carta doctrinal de carácter dogmático, declaraba, con la autoridad del

obispo romano, que, incluso después de la encarnación, Cristo sigue poseyendo en una sola persona dos naturalezas distintas.

El concilio de Calcedonia, el último en el que aún se reunieron la mayor parte de los obispos occidentales y orientales, se celebró en la basílica de Santa Eufemia. Tras tumultuosas sesiones, destituyó al patriarca Dióscoro y se llegó a la solución patrocinada por Roma, por Constantinopla y por el emperador: «Un Cristo en dos naturalezas» o «una persona que actúa en dos personas inseparables, pero inconfundibles, cada una según su peculiaridad». Con esta fórmula quedaban condenados el nestorianismo y la doctrina monofisita, tendente a una negación de la naturaleza humana de Cristo. El dogma de las naturalezas inseparables e indivisibles iba dirigido agudamente contra el nestorianismo; la fórmula de las naturalezas inconfundibles e inalterables, contra los monofisitas. La decisión conciliar correspondía ampliamente a la concepción occidental formulada por León, que tenía sus orígenes en Tertuliano.

El concilio de Calcedonia tuvo una enorme trascendencia en la evolución posterior de la cristiandad, tanto en Oriente como en Occidente. La fórmula de Calcedonia fue desde entonces la base de toda la teología ortodoxa; el hecho de que fuera elaborada conjuntamente con la Iglesia latina, aseguró la unidad de la Iglesia hasta el año 1054, al menos en el plano dogmático. Desde el punto de vista de la política eclesiástica, el concilio echó las raíces de la división entre Oriente y Occidente. Los obispos griegos se sirvieron del principio: «Pedro ha hablado por boca de León»; pero el canon 28 del concilio equiparaba prácticamente a Roma con Constantinopla. Unicamente Roma seguía manteniendo un «primado honorífico» sobre Constantinopla.

Tampoco Calcedonia solucionó definitivamente las controversias, a pesar de la unificación lograda en torno a una fórmula cristológica. El nestorianismo se redujo a una secta relativamente pequeña, concentrada en la Siria oriental (en torno a Edesa). La Mesopotamia sasánida constituyó su zona de repliegue. Allí formaron los nestorianos, tras las persecuciones iniciales, una Iglesia reconocida, que mantuvo durante los siglos V y VI en Nisibis una floreciente escuela teológica y llevó sus misiones hasta la India («cristianos tomasianos»), Mongolia y China. Probablemente, los nestorianos sucumbieron frente al Islam, pero, a través del interés de su clero, en parte altamente cultivado en la filosofía y la ciencia griegas, jugaron un importantísimo papel en la transmisión del tesoro espiritual antiguo a la cultura árabe y, de esta manera, al occidente latino.

El cisma se produjo en toda su amplitud cuando los monofisitas se vieron empujados a una posición defensiva. En Egipto, Armenia y amplias zonas de Palestina y Siria no fue aceptada la resolución de Calcedonia, sospechosa de compromisos y proclividades nestorianas. La reacción más aguda se produjo en Alejandría. Al conocerse el resultado del Concilio, la guarnición imperial fue pasada a cuchillo y, más tarde, el nuevo patriarca ortodoxo fue asesinado nada más llegar. En pocos años, Egipto fue monofisita, a excepción de un pequeño grupo de ortodoxos que recibían el despectivo nombre de «melquitas» o «basilikoi» (sostenedores del emperador). El verdadero señor de Egipto no era ya el lugarteniente del emperador, sino el patriarca cismático, cuyos sucesores en línea ininterrumpida residen hasta hoy en Egipto, como patriarcas coptos. Los coptos (cristianos que hablan egipcio) formaron una Iglesia nacional egipcia, en la que encontró expresión el viejo contraste, popular y culto, existente entre la población aborigen y la helenizada capa dirigente. Se desarrolló una rica liturgia, literatura y arte propias, en las que se acusa el despegue de los modelos helenísticos y el retorno a viejos motivos egipcios. Fuertes y periódicas persecuciones nada pudieron contra la conciencia monofisita de la rectitud de su fe frente a la tenebrosa incredulidad: «El imperio de los romanos sigue fundado en el permanente recuerdo del impuro concilio de Calcedonia y no está edificado sobre piedra firme»[23].

La doctrina monofisita se extendió, a través de Egipto, a la Iglesia etíope del imperio Aksum, que también junto a la cristología monofisita, conservó en su dogmática (representaciones del más allá, doctrina sobre los demonios) y en su piedad popular (momificación, culto de las reliquias, encantamiento y magia) muchos rasgos del cristianismo egipcio, en los que perviven elementos de la religión pagana y tradiciones gnósticas. También Palestina y Siria occidental se hicieron rápidamente monofisitas. Los cismáticos se organizaron también aquí, como en Egipto, en una Iglesia con jerarquía propia: los monofisitas sirios llevan hasta hoy el nombre de jacobitas, tomado de su primer patriarca. La Iglesia armenia abrazó igualmente la confesión monofisita. De este modo, quedaron separadas de la confesión eclesiástica de Constantinopla casi todas las regiones orientales y sudorientales.

Al separatismo religioso, basado en el dogma y en la propia organización eclesiástica, se unía una peculiar conciencia regional. Las Iglesias cismáticas se transformaron en verdaderas Iglesias nacionales. De esta manera, se convirtieron en im-

pulso y receptáculo del fortalecimiento de la conciencia espiritual de estas regiones, cultural y políticamente sometidas a potencias extranjeras desde hacía mucho tiempo. En las regiones orientales se desarrolló un proceso de deshelenización, como se puso de manifiesto en Egipto, por ejemplo, con la substitución del griego por el copto (un dialecto egipcio escrito con letras griegas). La nueva autonomía espiritual adquirida por estas regiones había de tomar un tinte político, tan pronto como las formas confesionales, fanáticamente mantenidas por las provincias eclesiásticas orientales, fueran perseguidas por el poder estatal. El gobierno de Constantinopla contestó, de hecho, con la fuerza a los primeros actos de secesión. Ejército y administración civil actuaron como brazo secular de la Iglesia imperial ortodoxa contra los herejes. Esto contribuyó, de modo importante, al fortalecimiento del monofisismo; por otra parte, esta represión política despertaba latentes tendencias separatistas, sobre todo en Egipto. El monofisismo se convirtió en expresión del particularismo egipcio, que, a su vez, favoreció la consolidación de la situación político-eclesiástica.

El cisma monofisita se convertía así en un problema político interior de primer orden. Cada emperador, cada gobierno, se encontraba ante el dilema de pronunciarse por la confesión ortodoxa o preservar la paz en las provincias más ricas. La estrecha conexión de las cuestiones religiosas, eclesiásticas y políticas convirtió al cisma, durante casi 200 años, en un peligro para la unidad imperial. Ciertos intentos de compromiso emprendidos por Constantinopla, en su preocupación por la unidad política y religiosa del imperio, fracasaron de la misma manera que los intentos de represión violenta de los monofisitas. Bajo Marciano y León I se encontraba en agitación casi toda la región oriental del imperio; tanto en Alejandría, como en Jerusalén y Antioquía, se produjeron levantamientos monofisitas, que fueron brutalmente reprimidos por el gobierno. Pero esta política de fuerza se mostró ineficaz. De ahí que Zenón intentase un compromiso político-eclesiástico, mediante un edicto imperial: el *Henotikon* (edicto de la unión) del año 482 eludió cuidadosamente todo punto en litigio, pero, consecuentemente, fue rechazado en igual medida por los monofisitas y por los ortodoxos. También Roma rechazó la fórmula de unión.

Tanto la política de la pura represión, como el intento de unificación fracasaron. El último emperador del siglo, Anastasio, utilizó la tercera posibilidad. En su elección para emperador se había obligado expresamente a apoyar la confesión ortodoxa. Pero intentó después romper el nudo del cisma me-

diante una política eclesiástica consecuentemente monofisita. Pero este camino tampoco se mostró transitable. Anastasio tropezó con la decidida resistencia de las regiones del Asia Menor y de los Balcanes, zona neurálgica de la ortodoxia. Su política eclesiástica llevó al imperio bizantino al borde de la catástrofe. Desde el año 512, estallaron levantamientos en la zona ortodoxa del imperio y en Constantinopla. Al año siguiente, el rebelde tracio Vitaliano casi consiguió tomar la capital, con el pretexto de apoyar a la ortodoxia. Cuando en el año 518, con el emperador Justino I, se inició una reorganización de las relaciones políticas, el problema monofisita era todavía más importante que nunca. De hecho, no encontró solución alguna hasta la conquista por el Islam de las provincias orientales.

La irremediable violencia del choque entre el poder central y las provincias orientales, entre Iglesia imperial e Iglesias monofisitas se aclara, en última instancia, por la irrupción en la controversia teológica del contraste existente entre Grecia y Oriente, los dos elementos espirituales que se encuentran unidos políticamente en el imperio bizantino. El antagonismo entre las tradiciones oriental y occidental hacía nuevamente su aparición; la profunda enemistad del Oriente contra la claridad racional y la movilidad del pensamiento griego, que se pone de manifiesto en la especulación dogmática. La actitud espiritual de las Iglesias orientales está representada, sobre todo, por los grandes místicos: un Efrén de Nisibis o un Seudo-Dionisio Areopagita. La divinidad para ellos es inaccesible a la pregunta y al pensamiento humanos; constituye una fuerza inconmensurable y suprarreal, a la que no se llega con especulaciones sobre las dos naturalezas de Cristo. A Efrén se debe la frase extraordinariamente significativa de que «el secreto de la fe es su belleza». A quién acusa cuando dice que son los «hombres los que intentan gustar el fuego, ver el aire y agarrar la luz», se pone de manifiesto en la continuación de la frase: «Pero la maldita disputa, esa fiera que nos devora en silencio, proviene de los griegos» [24].

b) *La Iglesia y la cuestión de la gracia en Occidente*

La evolución de la teología y la política eclesiástica discurre en Occidente sin que se produzcan, aparentemente, situaciones dramáticas. La decisión teológica que ocupa a Occidente durante el siglo V se centra en una temática que no parece haya de conducir a oposiciones irreconciliables ni a vulnerar los prin-

cipios. No se trata de la teoría sobre Dios (que surge en la pregunta por la esencia de Cristo), sino de la teoría del hombre, de la antropología cristiana y de la teología moral.

Ciertamente, no se encontraba Occidente sin conflictos eclesiásticos que rozaran la esfera política. La Iglesia donatista de Africa, que había surgido a partir del año 312, como resultado de las controversias sobre el estado de gracia de los sacerdotes que administran los sacramentos, persistía. Las medidas represivas tomadas por los emperadores en el siglo IV habían quedado sin efecto. Sólo como consecuencia de una revuelta local, apoyada por los donatistas, nuevos edictos imperiales promovieron una más intensa persecución de la secta. Por otra parte, la acción de Agustín hizo retroceder, en el plano político-eclesiástico, a los donatistas (en las conversaciones religiosas de Cartago del año 411 sufrió el donatismo derrotas decisivas). La política represiva estatal condujo, en parte, a combates sangrientos. No se puede excluir completamente que, al menos parte de los donatistas, simpatizaran con la revuelta de Bonifacio contra el gobierno imperial y con la conquista de los vándalos, que se sirvió de aquella. Grupos residuales donatistas existieron aún hasta el siglo VI y quizá incluso hasta después de la conquista islámica; es posible que el renacimiento de la piedad popular berebere-numídica preparara la inclusión del Norte de África en el ámbito cultural del Islam.

La confrontación teológica más importante, la disputa de la gracia, no se encontraba, sin embargo, en conexión alguna con los intereses políticos, tanto interiores como exteriores. Mientras que en Oriente la relación entre la Iglesia y la realidad política se hacía más estrecha, tanto institucional como ideológicamente, incluso en el proceso de formación de las Iglesias nacionales, en Occidente, la Iglesia se distanciaba de las instituciones del decadente poder estatal. Los obispos jugaron en ello un papel decisivo. Posesiones territoriales, potencia económica y autoridad sobre una propia jerarquía, que regía a las instituciones sociales, convirtieron frecuentemente al obispo en rector de los destinos políticos de una ciudad. El obispo, que negocia con los bárbaros agresores, defiende material y moralmente a su grey durante la guerra e, incluso, encabeza el mando de la defensa, es una figura habitual de estos siglos: Sidonio, en las Galias; Sinesio de Cirene, en la frontera africana; Acacio de Amida, en la frontera persa. En la Italia bizantina, los obispos llevan la inspección de las finanzas y el abastecimiento de las ciudades y tienen derecho de presentación de funcionarios provinciales.

La Iglesia va convirtiéndose en una potencia autónoma que, en su proceso de centralización, encuentra en Roma su cabeza independiente. El alejamiento del poder estatal y la simultánea comprensión de las nuevas circunstancias por parte de la Iglesia occidental puede apreciarse claramente en las manifestaciones de los Papas de este siglo. León el Grande pudo todavía escribir a León I que el emperador está iluminado por el Espíritu Santo y no puede errar en materia de fe. Por tanto, tenía que expresar y enseñar lo que creía el emperador. Pero, a finales de siglo, Gelasio I (492-496) sostenía una concepción totalmente distinta. Exige, por principio, una separación del poder espiritual y temporal. En primer término, ambos se encuentran equiparados, porque ambos son de divina procedencia. Pero, si en el orden estatal los obispos y los sacerdotes están también sometidos a las instancias del poder temporal, es su poder, sin embargo, superior, porque «deben rendir cuentas ante Dios también de los reyes»[25]. Estos son los significativos comienzos de un desarrollo completamente distinto, en el pensamiento de la Iglesia, de las relaciones entre *sacerdotium* e *imperium* en Occidente.

El distanciamiento institucional e ideal entre Iglesia y poder estatal hizo que las disputas teológicas de occidente no provocaran complicaciones políticas. Sin embargo, el conflicto espiritual que se produjo en torno a la disputa sobre la gracia tuvo la misma profundidad y similar significación para el futuro de la cultura occidental que el problema monofisita en Oriente. La figura que dio nombre a todo el conflicto fue el monje irlandés Pelagio (h. 360. —h. 425), que hizo su aparición en Roma entre los años 390 y 400 y alcanzó allí gran prestigio por sus trabajos teológicos y su vida ejemplar. Pelagio rechazaba el principio del pecado original y afirmaba que la integridad de la naturaleza humana se basaba en su libre voluntad y en la capacidad del hombre para actuar bien por su propia fuerza. Ciertamente la gracia divina era, en su concepción, una ayuda para la moralidad y santificación humanas, pero no necesaria a este fin. Nominalmente, no abandonó nunca la doctrina cristiana ni sus mandamientos; pero acabó por sostener el punto de vista de un moralismo racionalista, con una indudable fe en la autosuficiencia moral del hombre.

Esta doctrina despertó inmediatamente la oposición de la Iglesia latina. Fue condenada ya en el año 412, en un sínodo africano, bajo la influencia de Agustín; igualmente, en el año 416, en Roma, y, finalmente, en el concilio de Efeso, en el año 431, aunque la cuestión representara allí un problema de

segundo orden y el más destacado discípulo de Pelagio, Juliano de Eclanum (en Campania), no fuera abiertamente molestado. Agustín, el teólogo más influyente de la Iglesia latina, fue el principal adversario del pelagianismo. Su oposición a Pelagio explica la severidad e intransigencia de su doctrina sobre la gracia y la predestinación. La controversia teológica prosiguió después de la muerte de Pelagio, y Agustín dejó inacabado su último trabajo teológico, una obra contra Juliano de Eclanum, que fue, en el fondo, un representante más dotado del pelagianismo que el mismo fundador de la doctrina. En contra de Pelagio, Agustín afirmó la total dependencia de la gracia divina del hombre pecador, como experiencia fundamental de la vida cristiana. De esta preocupación central del último Agustín partirá la línea de pensamiento que lleva a Lutero. Aunque las teorías agustinianas no fueron aceptadas en toda su crudeza, contribuyeron, sin duda, a conformar esencialmente el pensamiento de la Iglesia latina en esta cuestión. El pelagianismo pervivió sólo residualmente hasta el siglo VI, especialmente en la parte meridional de las Galias. Al Oriente, completamente absorto por la cuestión monofisita, debió parecerle hasta cierto punto incomprensible esta problemática. Pero, en el fondo de la disputa pelagiana puede apreciarse la creciente oposición a Oriente, incluso en la teología. En Occidente, se hizo el primer intento de encontrar una separación fundamental entre existencia divina y humana, entre el ámbito terrenal y supraterrenal; una separación que conduciría a las conclusiones de Pelagio, a una autoafirmación del hombre frente a Dios en el marco de un humanismo autónomo. El pelagianismo no es sólo un acontecimiento histórico, sino una posibilidad fundamental de la existencia en Occidente. Aunque en forma más atenuada, continuó subsistiendo, con su insistencia en la libertad natural y en la capacidad moral del hombre, como «semipelagianismo» y en la teología jesuítica del siglo XVII, en el Renacimiento y en la Ilustración como humanismo «cristiano». Pelagio y Gelasio abrieron camino a un pensamiento específicamente occidental; fueron el germen de una nueva forma de vida, en un mundo dominado aún por otros principios espirituales.

c) *Atenas y Jerusalén: Iglesia y cultura secular.*

Para Agustín, el humanismo cristiano de Pelagio constituía una conexión inadmisible de la teología cristiana con la filosofía antigua; una síntesis de pensamientos antiguos, sobre todo estoicos, y de ideas cristianas habían conducido, en el fondo, a

Pelagio a un moralismo anticristiano. Se trataba, sin embargo, de saber si, fuera de los extremismos pelagianos, podrían sentarse las bases de un humanismo cristiano legítimo. La cuestión de la confrontación del cristianismo con las tradiciones paganas, todavía vivas, constituye el tercer gran problema del siglo. De la misma manera que la Iglesia hubo de enfrentarse en el campo propiamente teológico, a la cuestión de la gracia, en Occidente, y al problema de la naturaleza de Cristo en Oriente, tuvo que esforzarse también, tanto en Oriente como en Occidente, en resolver la cuestión general de la compatibilidad de la fe cristiana con la cultura antigua. Constantemente se ponía de manifiesto que el patrimonio cultural de la Antigüedad no se podía erradicar de los teólogos ni de los laicos. Incluso los más fuertes enemigos del paganismo estaban profundamente impregnados de cultura clásica. Hasta Tertuliano, a pesar de su posición extrema en esta cuestión, se servía de la retórica latina, como heredero de las tradiciones clásicas y auténtico hijo de su tiempo. Dada la estructura educativa del imperio romano, se crecía necesariamente desde la juventud en medio de la tradición cultural del mundo antiguo, inseparablemente unida al lenguaje, y se aprendía a operar con la ciencia y los medios culturales de la época.

No siempre el cristianismo sintió la necesidad de distinguirse sustancialmente de este mundo cultural, debido en gran parte a que en la Antigüedad greco-romana no existieron los conceptos de originalidad y novedad, tal y como hoy los entendemos. Todavía el Padre de la Iglesia Juan Damasceno, aseguraba en el siglo VII, que en todo su libro no se encontraba un solo pensamiento propio [26]. No es éste un testimonio de pobreza espiritual, sino de una convicción muy arraigada: no se trata de crear nuevos pensamientos, sino de desarrollar antiguas doctrinas; no se trata de decir algo personal, sino de contribuir a la comprensión y transmisión de la verdad. Trabajo espiritual es explicación de *una* verdad previa, revelada. Por esto, la forma literaria característica de los Padres de la Iglesia es el comentario, que puede interpretar de una manera completamente revolucionaria tradición y revelación. Pero tan escaso concepto de la originalidad impide que exista el estímulo necesario para oponer una literatura cristiana, propiamente dicha, a la pagana.

Sin embargo, la relación de los cristianos con los contenidos y metas del mundo cultural clásico se mostró problemática desde muy pronto. En un principio, existió ciertamente una enemistad cultural, fundada tanto sociológica como espiritualmente,

frente al mundo pagano circundante. Pero esta enemistad cultural está ya superada en el siglo II; el cristianismo abandonó entonces la primera confrontación consciente con el mundo cultural grecoromano. Fue ésta una aportación del Padre de la Iglesia Clemente (m. antes del 215) y, en general, de la escuela teológica alejandrina. Clemente planteó, por primera vez, el problema de la compatibilidad de cristianismo y cultura antigua.

La solución alejandrina correspondía a la concepción formulada por Clemente, según la cual una mediación entre ambas tradiciones espirituales está totalmente permitida y justificada por la frase del Antiguo Testamento de que «es lícito robar a los egipcios» *(spoliare aegyptios)*, es decir, se puede tomar de los paganos todo aquello que de alguna manera sea fecundo para los cristianos. Clemente y después Orígenes concibieron el estudio de la retórica, ciencia y filosofía paganas como propedéutica de la fe y la formación cristianas. La Iglesia griega expresó significativamente su pensamiento mediante un orden jerárquico, al contrario del pensamiento occidental, que prefería expresarse en contraposiciones. Orígenes expuso programáticamente la fecunda combinación de cristianismo y pensamiento griego en esta fórmula: se debe «filosofar y laborar con todas las fuerzas en los escritos de los antiguos (...), no dejar nada fuera ni desechar nada (a excepción de los escritos de los ateos)»[27]. Esta solución alejandrina, liberal y reconciliadora, de una aceptación de la tradición antigua tuvo amplia acogida en el ámbito de la Iglesia griega, sobre todo en los siglos IV y V. Gregorio Nacianceno se veía a sí mismo como un continuador de las tradiciones griegas clásicas; Basilio elaboró el fundamental tratado: *Amonestación a la juventud sobre la utilización provechosa de la literatura pagana.* Su concepción, extraordinariamente magnánima, tuvo la máxima significación a la hora de determinar la posición de la Iglesia sobre este problema.

La actitud espiritual alejandrina no quedaba limitada a Oriente. También Occidente poseía ejemplos de un humanismo cristiano convencido y fecundo, que dio a la teología y a la poesía múltiples estímulos e impulsos. Así, por ejemplo, Prudencio supo reunir tradición clásica y tesoro espiritual cristiano. También, aunque en otro sentido, esta síntesis influyó de modo completamente positivo en Occidente, al poner en contacto la cultura pagana, que se había convertido en algo rígido y completamente formal, con la vida social.

Sin embargo, en Occidente, por determinadas tradiciones espirituales, pero también por el carácter personal de ciertos Padres de la Iglesia, se planteó de manera mucho más aguda

el problema de las relaciones entre cristianismo y paganismo. El humanista cristiano con mala conciencia se dio sobre todo en Occidente. Su prototipo fue Jerónimo, que se vio acusado en sueños de ser, en el fondo, un «discípulo de Cicerón *(ciceronianus)* y no de Cristo *(christianus)*»[28]. Jerónimo no llegó a escapar nunca de su difícil posición entre ambos mundos. Pero, frente a la cultura clásica, existió también una actitud de verdadera enemistad, para la que mundo cultural antiguo e Iglesia constituían realidades irreconciliables. Esta posición de absoluta hostilidad para la cultura antigua fue expresada por Tertuliano en fórmulas tan eficaces, que se convirtieron en consigna durante la confrontación: «*Quid ergo Athenae et Hierosolymis, quid Academiae et ecclesiae?* (¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén, qué tienen en común la Academia y la Iglesia?), preguntaba provocativamente. De manera aún más aguda formula esta misma oposición al final de su libro *Apologeticus:* «¿Qué tienen verdaderamente en común un filósofo y un cristiano, un discípulo de Grecia y un discípulo del cielo, uno que busca el prestigio y otro que busca la vida eterna; (...) el enemigo o el amigo de la verdad(...), el ladrón de la verdad y su custodio?»[29]. El exagerado radicalismo de estas antítesis corresponde, junto al rigorismo de Tertuliano, a la situación conflictiva del siglo III. Pero esta actitud de enemistad hacia la cultura clásica subsistió como una corriente subterránea en los siglos IV y V.

Agustín fue el Padre de la Iglesia occidental que se ocupó más intensamente de esta cuestión. Con la misma decisión que Tertuliano, por razones de principio, negó un humanismo cristiano, basado en la simple compatibilidad de los mundos clásico y cristiano. Sin embargo, no cayó en una actitud puramente negativa de animosidad radical frente a la cultura antigua; veía que este radicalismo era, en sí mismo, cuestionable por inviable. En su lugar y como contribución positiva, sentó las bases de una nueva relación entre cultura antigua y cristianismo. En su libro sobre la *Doctrina christiana* y en otros muchos escritos, emerge la concepción genuinamente cristiana que elaboró la Iglesia antigua sobre esta cuestión. La formación cristiana es concebida como algo que, en su esencia y forma, es completamente distinto de la *paideia* antigua, incluso de la *paideia* filosófica de cuño antiguo y de contenido cristiano, tal como la había cultivado Agustín en sus comienzos. También él encontró para su solución una expresiva fórmula: un cristiano debe orientarse por la regla fundamental del *uti* y del *frui,* del «utilizar las cosas para un fin superior» y del «alegrarse en las

cosas por ellas mismas». Según la concepción agustiniana, el *frui* era sólo válido para la teología: sólo el estudio de la doctrina de Dios y de la revelación tiene valor en sí mismo. Todas las demás actividades espirituales sólo son defendibles en función de este fin superior; lo que no se justifica por éste, cae bajo el concepto, repetidamente utilizado por Agustín en la confrontación, de *curiositas:* el querer saber por sí mismo, que no está sustancialmente justificado por su propio fin. Para el Agustín de esta *doctrina christiana* la única labor plena de sentido del pensamiento cristiano consiste en realizar una penetración y apropiación cada vez mayor de la revelación. Esto significaba la ruptura con todo humanismo cristiano, que emana siempre del propio valor de la formación secular. Pero, la posición de Agustín superaba la mera negación, porque reconocía conscientemente determinados elementos de la cultura antigua y rudimentos de su ciencia, que eran medios auxiliares y premisas indispensables de todo trabajo teológico.

Sin embargo, la teoría agustiniana sobre la cultura no fue aceptada en su totalidad por la Iglesia, como ocurrió antes con su doctrina sobre la gracia. No se comprendió que aquí se anunciaba una nueva conciencia cristiana existencial, la cual iba mucho más allá de la limitada cuestión sobre la compatibilidad de cristianismo y cultura clásica. El «agustinismo» es tan sólo una cadena de actos aislados; su significación no se ha comprendido aún hoy totalmente. Pero no por ello dejó de tener consecuencias el distanciamiento de Agustín de la cultura laica, corrigiendo en la Iglesia latina de los siglos IV y V el excesivo liberalismo que impregnaba el humanismo cristiano de algunos contemporáneos. Su doctrina influyó de modo decisivo en las características fundamentales de la incipiente cultura medieval, forjada en gran parte por el monacato. Pues, aunque modificada, persistió la síntesis de las tradiciones bíblica y clásica, que acuñó la cultura y la estructura espiritual de los siglos IV, V y VI. En Occidente, la Iglesia no sólo fue portadora de la doctrina cristiana, sino también protectora de la cultura clásica y cristiana; conformó la cultura y el mundo espiritual de la Edad Media y creó también los presupuestos del Renacimiento y de la Edad moderna. Aunque la conservación y la transmisión de la literatura y la filosofía antiguas no impedían el surgimiento de una cultura puramente eclesiástica, fomentaban también el desarrollo de una actitud racional y crítica hacia el mundo, característica especial de Occidente.

Agustín y, a través de los siglos los representantes del agustinismo, se sintieron preocupados por la posibilidad de que

en el fruto espiritual, procedente de la combinación de estas dos tradiciones, anidara un grave peligro: el triunfo del racionalismo crítico, heredero de la cultura clásica, sobre la fe y la revelación.

En realidad, esta disolución unilateral de la precaria síntesis en contra del cristianismo se ha producido frecuentemente y ha sido siempre considerada por los más eminentes pensadores como un elemento extraordinariamente problemático del humanismo cristiano. Agustín fue el primero en descubrir, con gran clarividencia, que el humanismo cristiano es sólo *una* posibilidad del enfrentamiento entre la fe y el mundo. Pero, yendo más allá que Tertuliano, comprendió que no se podía eludir toda forma de discusión e, incluso, de síntesis con la tradición clásica.

VI. BALANCE DEL SIGLO

El acceso al trono de Justino I (518) cerraba una época, que fue para los contemporáneos una dramática sucesión de acontecimientos revolucionarios. En el siglo IV, el imperio había sufrido una gran transformación interna, determinada por el cristianismo y la acción del estado absoluto. La invasión de los pueblos bárbaros transformó en el siglo V la estructura política del área mediterránea. Con la desmembración del Imperio Romano de Occidente en reinos germánicos, surgían, en lugar del viejo estado unitario, centros independientes de poder, aunque la totalidad del mundo mediterráneo siguiera permaneciendo, política y culturalmente, dentro del círculo de influencia del Imperio Romano de Oriente y de Constantinopla.

Sin embargo, desde finales del siglo V, comenzaron a dibujarse en la nueva estructuración política del área mediterránea los perfiles de un nuevo panorama espiritual. No sólo se distanciaban cada vez más las mitades oriental y occidental del imperio sino que también en ciertas regiones, como Egipto o Siria, despertaba lentamente una conciencia nacional (cf. arriba pp. 161 y ss.). Siria sólo llegará a ser un centro político independiente con el islamismo, pero su influencia en la evolución del arte, el pensamiento y la religión aumentó considerablemene en este periodo. Hasta muy avanzado el siglo VI fue, con su teología especulativa, una de las regiones rectoras en el desarrollo del dogma cristiano, así como en la creación

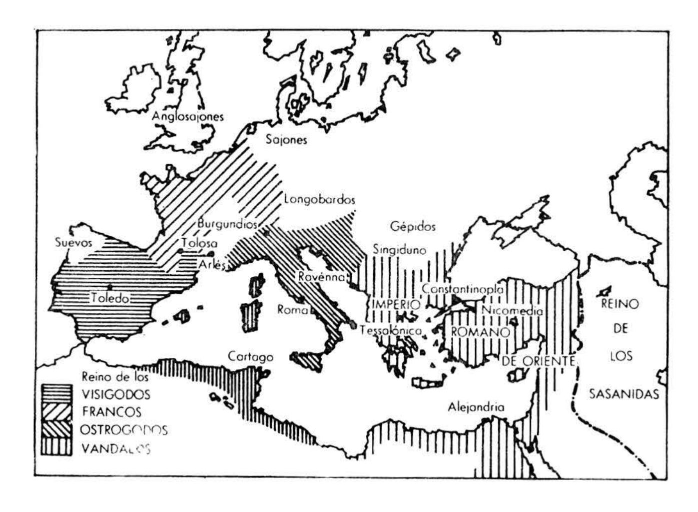


Fig. 4. *El mundo mediterráneo en 526-527*

de formas litúrgicas. Pero su papel fue aún más importante en la historia del arte cristiano. Múltiples formas arquitectónicas, caracteres estilísticos y modalidades figurativas, que tuvieron amplio influjo en Occidente, procedían del área siria. Aquí se produjo la transformación de la imagen apolínea y juvenil de Cristo en el Cristo barbudo, dominador del mundo; aquí surgió el sistema de la perspectiva vertical, los fundamentos del arte arquitectónico bizantino-islámico y la teoría de la iconoclastia (lucha contra la veneración de las imágenes). Sin la influencia siria, el arte bizantino hubiera sido, en muchos aspectos, un simple desarrollo sin dinamismo del arte romano-tardío; sin Siria, jamás hubiera encontrado el arte islámico su peculiar camino [30].

Pero. junto a las transformaciones, existen numerosos elementos de continuidad. En Occidete, la disolución política del imperio apenas afectó, en un principio, al tradicional modo de vida. La frecuente ausencia de autoridad estatal central, de relaciones estables y de un comercio regular, favorecieron aún

más la tendencia a la autonomía económica de las grandes fincas y a una economía cada vez más agraria. Pero también aquí existían diferencias regionales. Italia tampoco fue económicamente autárquica en el siglo VI, mientras que, por el contrario, en una región de economía monetaria y eminentemente móvil como Egipto se manifestaron tendencias «feudales» en los latifundios. Las contramedidas de Anastasio fueron sólo eficaces en parte; incluso para un emperador poderoso, no era fácil reducir la posición privilegiada de los grandes terratenientes y acabar con la servidumbre de los colonos.

El centro del mundo seguía siendo aún, para los hombres de principios del siglo VI, el imperio bizantino, que había superado la avalancha de la invasión de los bárbaros, sin sufrir grandes daños. Las instituciones políticas, las formas fundamentales del orden social, de la economía y de la cultura material se mantuvieron casi idénticas y el Imperio conservó su condición de estado absolutista, cristiano y greco-oriental. La autoridad imperial central estaba nuevamente asegurada; la burocracia funcionaba, la vida ciudadana y el comercio seguían desarrollándose, la moneda permanecía estable. Sin embargo, tras acabar con la amenaza de la invasión de los bárbaros, el imperio hubo de enfrentarse al peligro de la desintegración interna, a causa de los conflictos desencadenados por el cisma monofisita en las ricas provincias orientales. Una vez más, se abría el interrogante de si el poder imperial central sería capaz de reprimir las tendencias autonomistas. De hecho, Anastasio, que, inesperadamente fuerte y activo, desarrolló una gran labor en la reorganización económica y administrativa del imperio, terminó su gobierno en una cadena de revueltas y guerras civiles.

El año 518 constituyó el momento álgido de cambio. En la situación de inseguridad política que se produce a la muerte de Anastasio, el senado, que se había convertido en una figura puramente decorativa, ganó de nuevo influencia política en Constantinopla, hecho verdaderamente extraño en la historia romano-tardía y bizantina. En combinación con fracciones y grupos de la capital imperial, fue elevado al trono imperial, contra los propósitos del chambelán Amancio, el comandante de la guardia imperial Justino, que, como Diocleciano, era hijo de labradores de Iliria, de la región de Skoplje. El enérgico y dotado general restableció rápidamente el orden en Constantinopla y la autoridad del gobierno central en las provincias, a pesar de sus 67 años. Al mismo tiempo, enderezó la política eclesiástica hacia la ortodoxia; estableció una verdadera paz con Roma e inten-

sificó la persecución de los monofisitas. Entre bastidores, tras la consolidación política y el cambio de dirección de la política eclesiástica, comienza a hacerse visible la figura dominante del siglo: Justiniano, sobrino de Justino, que hace su aparición oficial como *patricius* y *cónsul* en el año 521 y más tarde, en el año 527, se convierte, a los 45 años, en el sucesor de Justino.

3. Renovatio Imperii: El siglo de Justiniano

I. JUSTINIANO Y SU EPOCA

Justiniano acuñó con su personalidad el rostro de los años comprendidos entre el 518 y el 610. El emperador que extendió nuevamente la soberanía del imperio hasta España, que creó con su *Corpus iuris* los fundamentos de la evolución de la jurisprudencia europea e hizo construir Santa Sofía, dominó de una manera tan evidente el siglo VI que, no sin razón, da su nombre a la época. Constituye una de las pocas figuras que, con sus actos, han determinado el curso de la historia.

a) *La persona y la obra*

Sin embargo, la obra y las realizaciones de Justiniano, no pueden ser enteramente comprendidas a partir de su personalidad. El alejamiento del peligro germano-bárbaro y la consolidación económica del Imperio de Oriente, tras la primera conmoción que produjeron las invasiones, fueron elementos políticos y económicos decisivos. Anastasio prestó un importante servicio a Justiniano en este sentido. Por otra parte, los éxitos políticos en el exterior no son imaginables sin la relativa debilidad y escasa estabilidad de los estados germánicos sucesores del Imperio de Occidente. Los éxitos de Justiniano son también impensables sin los colaboradores extraordinariamente dotados de que se rodeó, aunque elección, nombramiento y lealtad de estas figuras dan fe por sí mismos de las grandes dotes del soberano. Belisario fue el estratega y caudillo militar más destacado del siglo; el eunuco Narses se mostró tan brillante diplomático como, más tarde, victorioso general. Las reformas políticas internas de Justiniano fueron llevadas a cabo por el prefecto pretoriano Juan de Capadocia, un ministro del interior y de finanzas tan efectivo como odiado. El gran jurista Triboniano fue el gran impulsor de la reforma jurídica.

El más influyente consejero y ayudante del emperador fue, sin embargo, la emperatriz. La elevación de Teodora a empe-

ratriz «no puede saludarse precisamente como un triunfo de la virtud femenina», ha comentado Edward Gibbon [1]. La malévola *chronique scandaleuse* de la corte bizantina, que el historiador Procopio hizo pública, a la muerte del emperador, en su *Historia Secreta,* está llena de aborrecibles desfiguraciones, pero no cabe duda de que algunos hechos son indiscutibles. La hija de un guarda de osos del hipódromo de Constantinopla, huérfana desde muy niña, de la que afirmaban (erróneamente) sus contemporáneos que no casualmente descendía de Chipre, la isla de Afrodita, comenzó como una gran atracción del teatro de variedades de la época, la pantomima. Convertida en la cortesana de moda de Constantinopla, atrajo la atención del cónsul Justiniano, que casó con ella, a pesar de la fuerte oposición de su tía la emperatriz Eufemia. Como emperatriz, Teodora rompió de modo radical con su pasado, pero conservó su encanto y su belleza, lo que Procopio ha de admitir contra su voluntad. Este ha descrito maliciosamente las ocupaciones diaras de la emperatriz: «Cuidaba su cuerpo más de lo necesario, pero quizá menos de lo que hubiera deseado. Cada mañana iba lo más rápidamente posible al baño y lo abandonaba, tras usarlo generosamente, para desayunar. A continuación se entregaba nuevamente al reposo. En el desayuno y demás comidas se hacía servir toda suerte de alimentos y bebidas. En general, dormía siempre mucho: desde el mediodía hasta el atardecer y por las noches hasta el alba. Aunque la emperatriz se entregaba a toda clase de excesos, creía poder gobernar el imperio en las pocas horas del día que le restaban» [2]. Teodora ejerció una notable influencia en el gobierno y no exclusivamente a través de su acusada política de validos, a la que pertenece la caída de Juan de Capadocia, resultado de una sórdida intriga. La emperatriz demostró poseer destacadas cualidades políticas, a pesar de su mojigatería y odio hacia la aristocracia imperial (una reacción inconsciente, producto de las vivencias de la primera época de su vida). No sólo poseía ambición y talento políticos, sino también una gran agudeza. Aportaba además, en los momentos decisivos, la firmeza que le faltaba al emperador. De esta manera, se convirtió en muchos casos en el principal apoyo del soberano, que prestaba gran atención a sus consejos. «Ninguno de ellos me produjo nunca a mí ni a la mayoría la impresión de seres humanos, sino de criminales demonios. Se consultaban entre sí cómo poder destruir de la manera más fácil y rápida a los hombres y a sus obras; después tomaban figura humana y visitaban como demonios la totalidad del mundo habitado». En el romanticismo tremendista de Procopio se refleja, sin du-

da, la estrecha colaboración de los dos soberanos[3]. Con todo, la inclinación claramente monofisita de la emperatriz, que con los años se había vuelto más religiosa, llevó a la política eclesiástica a una situación frecuentemente fluctuante y equívoca, de graves consecuencias —aunque Teodora viese, tal vez mejor que el mismo emperador, el peligro de un creciente alejamiento de las provincias orientales.

«El emperador Justiniano se hizo cargo de un estado sacudido por graves desórdenes. No sólo lo engrandeció, sino que lo hizo aún más importante en todos los aspectos. Era un soberano que poseía la cualidad de reformar completamente un estado» —he aquí un juicio no deformado de Procopio sobre el emperador[4]. La obra política de la época es, de hecho, impensable sin la personalidad de Justiniano, capaz de hacer converger hacia un mismo fin las circunstancias propicias y las cualidades de sus colaboradores.

Justiniano era, como Justino, un simple hijo de labradores macedonios, pero, desde el principio, gracias a su tío el emperador, obtuvo una excelente y brillante formación, que le permitió dominar desde muy joven —favorecido por sus dotes naturales— el saber teológico y mundano de la época, así como las sutilezas del arte político y la diplomacia. Tuvo graves consecuencias el hecho de que su formación y procedencia fuesen romano-latinas y no griegas. Sus cualidades intelectuales y una capacidad de trabajo inagotable contribuyeron en gran parte a su éxito. Poseía un conocimiento magistral de los complejos asuntos del imperio y tenía también la obsesión de intervenir hasta en los más mínimos detalles, ya fueran los proyectos de las expediciones militares, los planos arquitectónicos de las fortificaciones africanas, el programa de los juegos festivos o la elaboración de los preceptos del ayuno. La ascética dedicación a que se entregaba día y noche, en incesante actividad, fue admirada por sus contemporáneos con una mezcla de respeto y temor: «No tenía, por así decirlo, ninguna necesidad de dormir, comer y beber. Apenas gustaba los manjares con la punta de la lengua y con esto le bastaba, pues tales cosas se le antojaban una necesidad accesoria de la naturaleza. Muchas veces pasó dos días y dos noches sin probar alimento alguno, especialmente en el tiempo que precede a la Pascua (...). En ocasiones, dormía sólo una hora y el resto de la noche lo pasaba dando vueltas constantemente»[5].

Encerrado en su palacio, como Felipe II, separado del mundo y de sus súbditos por una rigurosa etiqueta oriental y todo

un ejército de dignatarios palatinos, cuidaba constantemente de los problemas del Imperio. Se esforzó —por lo que le acusaba Procopio de buscar novedades y de destruir el orden existente— en mejorar la situación social y jurídica de sus súbditos y en crear una administración justa e insobornable.

Pero, cuando aparecía en público, aun siendo en el fondo un hombre amable, de mediana estatura y precozmente calvo, la majestuosidad de un ceremonial grandioso le elevaba ante sus súbditos a símbolo inaccesible del poder absoluto.

Más decisiva aún que la capacidad de trabajo y que la preocupación social era la energía sin ejemplo de una voluntad dominadora, que hizo de Justiniano el mayor autócrata del trono bizantino. Una de las grandes ideas que le dominaban con la fuerza de una pasión, fue la del ilimitado poder del emperador como representante de Dios sobre la tierra, ante quien han de doblegarse tanto la Iglesia como el estado. De hecho, logró implantar en el estado y también en parte en la Iglesia este exagerado concepto de la plenitud del poder imperial.

Pero no sólo la voluntad de dominio, que se exterioriza en esta interpretación de la dignidad imperial, contribuye a la configuración de la imagen del monarca, sino también su peculiar capacidad para mantener en todo momento las distancias. Justiniano, que rara vez abandonaba el encierro de su palacio y que gobernaba el imperio desde su despacho, carecía del carisma de un auténtico monarca. Pese a toda su cortesía, que prodigaba en el trato de cada día, pese a toda la sencillez de su vida personal, en contraposición a la pompa del ceremonial estatal, Justiniano era incapaz de despertar entusiasmo o tan siquiera afecto entre sus súbditos. Algo siniestro debió de tener su personalidad para asustar a sus contemporáneos. En la asociación de notables facultades intelectuales con una inalterable voluntad política dirigida a una gran meta, y en el frío distanciamiento del mundo que le rodeaba y de sus súbditos, Justiniano sugiere la comparación con Carlos V. Es curioso el hecho de que pueda constatarse un comportamiento similar de desconfianza y envidia hacia sus principales colaboradores: Justiniano acaba por comportarse con Belisario como Carlos V haría siglos después con Pescara.

b) *Un ideal político: «Renovatio imperii»*

Justiniano y Carlos V fueron algo más que autócratas cultivados. Lo que conribuye a dar relieve a su persona, y finalidad

y posibilidades de acción a sus colaboradores, es el apasionamiento de su visión política. La idea que, como auténtica fuerza motriz, dirige la acción de Justiniano y el carácter de la época es la *renovatio* o *recuperatio imperii:* la restauración del inmenso imperio cristiano en el mundo mediterráneo. Esta concepción política fundamental llevó a la conquista de, al menos, una parte de occidente. El Imperio Romano de Oriente, apenas superada la crisis provocada por la invasión de los bárbaros y asegurada nuevamente su existencia política, se lanza a la restauración de la totalidad del imperio: se muestra aquí claramente la vitalidad de la idea del Imperio romano universal, como concepción jurídica e ideal político.

Bizancio y su emperador siguen considerándose a sí mismos como herederos de la totalidad del imperio romano, con todas las aspiraciones políticas que esto entrañaba, lo que se expresa incluso en la terminología política: los bizantinos se designan a sí mismos como *rhomaioi,* romanos, y no como griegos.

La permanencia de la idea imperial contribuyó a garantizar la cohesión en un imperio como el bizantino, étnicamente muy heterogéneo. Pero, incluso más allá de las fronteras del estado bizantino, en las regiones del viejo Imperio de Occidente, la idea imperial seguía siendo un hecho político. En ella se anudaban aún la lealtad e incluso determinadas esperanzas políticas de las antiguas provincias, sobre todo si, como católicas, se encontraban enfrentadas en el plano religioso con sus nuevos señores arrianos. La idea de la universalidad del poder imperial atraía también a los soberanos germanos de la época. Por el momento, se mantenía incólume la convicción de que el emperador era la fuente suprema del poder legítimo. Por esto y no sólo por consideraciones de orden político interno hacia los súbditos de la «Romania», aceptaron los soberanos germanos títulos imperiales (cf. arriba p. 133), como legitimación de su poder político de manos del emperador de Constantinopla. Jordanes nos transmite en su historia de los godos esta frase significativa de un príncipe visigodo: «El emperador, sin duda alguna, es Dios sobre la tierra. Quien eleve su mano contra él se hace indigno de vivir»[6].

Naturalmente, existía una diferencia decisiva: el reconocimiento de la legitimidad ideal, de derecho público, del poder superior imperial no implicaba en modo alguno para los príncipes germanos una soberanía directa de parte del imperio bizantino. Al conflicto se llegaría en el momento en que la aspiración nunca negada a ostentar el título sobre las provincias occidentales se transformase en la conciencia de Justiniano en

una aspiración política real, en la misión del emperador de recuperar para el imperio de las provincias occidentales. Pero, precisamente esta misión la sintió con extraordinaria fuerza Justiniano, pues su pensamiento político concibió el imperio romano como el imperio cristiano, como el espacio vital de la cristiandad ortodoxa. De ahí nacía para el emperador la obligación de proporcionar a sus súbditos de occidente la liberación del poder de los cismáticos arrianos, poniendo fin a la soberanía de los reyes germánicos. Así, en el ideal político universal de la época, se encuentran estrechamente unidas fe y política. La concepción justinianea se identifica con el intento de restaurar el *Imperium Romanum Christianum,* en su sentido estricto.

c) *Cultura y arte.*

Cada edad tiene para la posteridad su especial carácter histórico, que se refleja en el sentido que den a la vida los contemporáneos. En el sigo IV, en la época del *Imperium Romanum Christianum,* domina una característica coexistencia y mezcla de decadencia y renacimiento: subsistencia del mundo antiguo, a punto de perecer por el despliegue de un cristianismo liberado de las cadenas del siglo III, que comienza ahora a conquistar el mundo. Occidente vive en el siglo V, durante la invasión de los bárbaros, la sensación de una gran crisis. La Roma oriental, al abrigo de estos acontecimientos, es sacudida por el fanatismo religioso. Pero, durante el siglo VI, en el área de los estados mediterráneos, domina una peculiar tranquilidad y seguridad, a pesar de la extrema violencia de las guerras de Justiniano, a pesar de la gran agitación social y eclesiástica. No es una época de calma alciónica. Incluso Constantinopla pierde en pocos decenios el carácter de fortaleza sitiada. Este centro de riqueza y cultura ejerce una fuerza de atracción demasiado grande sobre los bárbaros. Pero una nueva conciencia, una creciente vitalidad, engendran una intensa, aunque no febril, actividad. La época es clásica por su forma cultural en el sentido de que, pese a la persistencia de antiguas tradiciones, se crea un estilo propio, que va moldeándose en las grandes obras.

La aportación verdaderamente creadora de la época —pues reformas internas y sociales quedan estancadas en sus planteamientos— la encontramos en la cultura. El siglo VI constituye la primera gran época del arte bizantino, si no la más brillante

de ellas, pese a las creaciones del renacimiento brizantino de los siglos X y XI. La tradición clásica es transformada de manera creadora en el nuevo estilo. En arquitectura, pintura y artes plásticas hacen su aparición, en lugar de las formas plásticas sensuales, planas abstracciones y una rigurosa frontalidad bidimensional; la imagen natural se sustituye por «la imagen conceptual». El inmanente sentido cósmico de la piedad griega se transforma en una verdad de carácter transcendente: el clasicismo bizantino busca en la teología de la imagen la revelación extraterrena y la visualización de lo invisible. Desde el emperador hasta el trabajador del puerto, el mundo es concebido por todos como una entidad sometida a fuerzas extraterrestres: el arte no tiene función estética alguna; vive de la conciencia de lo transcendente.

En el campo de la ciencia y la literatura surgen notables creaciones. Las ciencias particulares están representadas por destacados matemáticos, como Antemio de Tralles, arquitecto de Santa Sofía, e Isidoro de Mileto, o por el gran médico Alejandro de Tralles. La jurisprudencia romana alcanza, bajo la égida de Triboniano, un nuevo momento estelar de su evolución. Florece también una poesía cortesana, con figuras como Agatias o Juan de Gaza, poeta anacreóntico tardío. Su representante más destacado es Paulus Silentiarius, poeta oficial de la corte, que celebra en epigramas las alegrías de este mundo, pero también la obra maravillosa de Santa Sofía en un largo poema en hexámetros. Nuevamente parece revivir la sociedad culta del mundo grecorromano, sobre todo en los círculos de la capital. El ideal enciclopédico educativo de la retórica, apenas variado por restricciones o retoques cristianos —pues la Iglesia no había desarrollado ningún sistema propio de formación—, determina la educación de las clases altas. Junto a la Sagrada Escritura y a la teología, se enseñan, aunque de forma rudimentaria, la filosofía de Platón y Aristóteles y la de los neoplatónicos Plotino y Proclo. Pero, desde el punto de vista sociológico, es perceptible ya una creciente división del mundo cultural. La transformación del griego hablado en la *koiné* del oriente helenizado profundiza rápidamente el abismo existente entre el lenguaje popular y el elevado lenguaje empleado por la «clase culta» en la prosa literaria y la poesía. Junto a la literatura culta griega de los centros culturales, vivía la poesía popular rítmica de los himnos y de las canciones, que surge bajo influencia siria y encuentra su plenitud en los cantos litúrgicos de Romano (siglo VI). La literatura de la época ha engrendrado un clásico: Procopio, el historiador griego más importante desde Polibio. Nacido en Ce-

sárea de Palestina y educado como jurista, acompañó como secretario a Belisario en las campañas de Persia, Africa e Italia. Debía probablemente su gran formación literaria a la universidad de Constantinopla, pero igualmente importante fue para el historiador su calidad de testigo ocular en las guerras de la época, que se traduce en una representación testimonial de hechos perfectamente conocidos y recogidos seguramente en diarios. Gracias a Procopio (y a numerosos documentos de la legislación y administración justinianeas), conocemos el gobierno de Justiniano tan detalladamente como pocos otros aspectos de la época. La *Historia secreta* —tal vez surgida de la amargura por el postergamiento de que fue víctima— no es, ciertamente, un documento de crítica objetiva, sino de detracción política.

El florecimiento de la cultura justinianea se manifiesta en el arte. Los comienzos de un nuevo gran estilo se anuncian ya en la época de Anastasio. El relieve en marfil Barberini (Louvre) presenta al emperador triunfante a caballo, acompañado por una Victoria; a sus pies, aparece un cortejo de prisioneros asiáticos portadores de tributos; a su cabeza un Cristo joven con su cetro. Característico del arte bizantino, en su afán de distanciarse cada vez más de la Antigüedad, a pesar de todos los clasicismos, es no sólo el que el arte escultórico pierda importancia (lo que ya se anuncia en los retratos del siglo V), sino también que el relieve ceda cada vez más terreno a la pintura unidimensional. El arte del relieve del estilo justinianeo aporta aún algunas obras impresionantes, como el trono en marfil del arzobispo Maximiano, en Rávena. Pero la expresión más típica de la época nos la ofrece la pintura: ilustración de libros, iconos, frescos y mosaicos murales. De los iconos sólo pocos sobrevivieron a la violencia de la disputa iconoclasta y proceden especialmente de las regiones apartadas de Egipto y de los monasterios del Sinaí. Entre las imágenes conservadas (de todos modos difíciles de datar en muchos casos), se encuentran muchas representaciones de los santos de ejecución sencilla, pero, en su mismo primitivismo, extraordinariamente expresivas. Junto a ellas, se hallan obras excelentes, como la imagen de Pedro del monasterio del Sinaí, un brillante ejemplo de la influencia persistente del retrato naturalista romano-tardío. Pero el códice purpúreo de Rosano, con su perspectiva «vertical» (los objetos más alejados no son colocados detrás de los más próximos, sino encima) y con los expresivos gestos de sus figuras, prepara ya el estilo y la iconografía de los códices miniados medievales.

Los monumentos más importantes del arte figurativo justinianeo son los grandes mosaicos murales de las iglesias. El brillo

dorado de sus santos y emperadores, unido al boato de las incrustaciones de mármol, daba a las iglesias de la época un carácter casi ultraterreno. El arte del mosaico floreció no sólo en centros como Rávena, estrechamente unidos a Constantinopla. Influyó en el arte eclesiástico de todo el imperio, arte en el que el estilo justinianeo subsistió hasta principios del siglo VII. Centros más pequeños, como Tesalónica, con la iglesia de San Demetrio, pero también regiones apartadas, como Chipre, con el mosaico de María, en Kiti, o el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí, con el mosaico absidal de la transfiguración (en el que aparece un Cristo barbado, en contraposición al Cristo juvenil triunfante de Rávena), muestran cómo «el estilo imperial» produjo obras de un rango extraordinario, incluso en las provincias.

Los mosaicos son sólo parte de la concepción total de la arquitectura sacra. La arquitectura aportó las más grandes creaciones al arte de la época y mostró una impresionante fuerza creadora. Junto a la basílica tradicional, se intentaba, con las edificaciones cuadradas, poligonales y cruciformes, resolver el gran problema de la arquitectura anterior: el desarrollo de la cúpula sobre un rectángulo. Las formas arquitectónicas típicas de la época siguieron siendo las iglesias cruciformes de cúpula o las construcciones exagonales, como la iglesia de los Santos Sergio y Baco, en Constantinopla. Aquí la solución de cúpula encuentra una forma perfecta en la edificación central, que ofrece mayor recogimiento para la meditación que la basílica con su orientación espacial. Las edificaciones tardías de Rávena, como la basílica de San Apolinar in Classe o el edificio octogonal de San Vital, son los monumentos más impresionantes de la arquitectura sacra justinianea, junto a las construcciones de Constantinopla.

Pero no sólo se levantaron centenares de iglesias en todas las provincias del imperio. También la arquitectura profana creó múltiples edificios, concebidos a veces con gran originalidad: acueductos, cisternas, puentes, baños y una multitud de fortificaciones militares en las fronteras orientales y meridionales del imperio. Los mosaicos del suelo de las ricas villas o de los grandes palacios imperiales, en Constantinopla, combinaban de manera muy característica el tradicional estilo naturalista helénico con abstractos y estilizados modelos de decoración. A la imagen general del arte justinianeo pertenece también el vasto campo de las artes menores: talla en marfil, obras textiles y objetos de adorno conocieron una especial expansión a través del comercio y fueron admiradas en todas partes como signo

del inusitado lujo de la capital del mundo. El arte justinianeo despierta la impresión de una riqueza inconmensurable. Innumerables iglesias y edificios civiles en las regiones griega y oriental del imperio, ciudades enteras, cuyas ruinas abandonadas pueden verse hoy en el Norte de Africa o en Siria, testimonian una sorprendente voluntad de construir e indican el poder económico del imperio.

Fue en la capital donde se cultivaron de un modo especial todas las ramas del arte y del artesanado. La corte imperial, la sede patriarcal, los palacios de la alta aristocracia atrajeron a los artistas y les exigieron especiales esfuerzos. El imperio poseía también otros grandes centros urbanos con su propia tradición cultural, como Alejandría, Antioquía, Tesalónica, Corinto, Efeso o Trebisonda. Pero a todas superaba la capital, centro de comercio internacional y, durante siglos, la ciudad más grande y rica de la cristiandad: «En sus puertos entraban llenos de impaciencia los barcos mercantes de todo el mundo; los vientos mismos se conjuran para llevar hasta allí mercancías y aumentar la riqueza de sus ciudadanos»[7]. Pero con la concentración del comercio, Constantinopla se convirtió también en una encrucijada de diversas influencias culturales. Desde la lejanía podía verse la cúpula de Santa Sofía y otros muchos edificios de la ciudad. Acercándose desde el Bósforo, lo primero que se veía era el gran recinto del palacio imperial, con las terrazas de sus jardines, los baños y, por encima de las instalaciones de los parques, las cúpulas doradas y cimeras de las iglesias. Por la parte de palacio que da a la ciudad, en una gigantesca plaza (el *Augusteum)*, se alzaba en un lado Santa Sofía y, en otro, el hipódromo, con el *Kathisma* o logia imperial. El centro de la plaza lo constituía una piedra miliaria —como en el foro de Roma—, a partir de la cual se contaban las distancias en todas las carreteras del imperio. Junto a ella, se alzaba la colosal estatua ecuestre de Justiniano con su armadura. Amplias calles, flanqueadas por columnatas, descendían hacia el Bósforo. Todo el casco urbano estaba rodeado por gigantescas murallas, que formaban una triple línea de fortificación de aproximadamente 9 Km. de largo. El esplendor de la capital se refleja en la riqueza, seguridad y altura alcanzadas por su arte. El arte justinianeo expresó en un estilo unitario la síntesis de las tradiciones artísticas orientales y occidentales, iniciada en los siglos IV y V. Es al mismo tiempo resultado de la tradición y de la creación original; creación en la que, junto a muchas influencias regionales aisladas, confluyen principalmente dos corrientes artísticas: la romano-tardío y la sirio-orien-

tal. El arte romano-tardío helenístico había evolucionado ya desde el siglo III desde las formas clásicas de la perspectiva y de la plástica escultórica hacia una rigurosa frontalidad bidimensional, concediendo una mayor importancia a la ornamentación formalista. Esta tendencia venía a encontrarse con la tradición siria, hierática y, al mismo tiempo, expresiva y realista, en la que la ornamentación abstracta existía desde hacía mucho tiempo. De ella proviene, por ejemplo, la más típica forma ornamental arquitectónica de la época: el ricamente ornado capitel imposta. Ambos estilos no se encuentran aún mezclados totalmente en todas partes. Existen ejemplos de un estilo puramente oriental, como la vasija de plata antioquena, con querubín de ocho alas, que se contraponen a otros donde es clara la persistencia de motivos estilísticos y pictóricos helenísticos, como en los platos de plata del tesoro de Lambousa (Chipre). Pero en las grandes creaciones del arte justinianeo ha surgido un estilo imperial unitario, que tenía una fuerza impresionante hasta en las más alejadas provincias. Esta irradiación del arte justinianeo es otro de sus rasgos característicos. No sólo era el gran modelo, en el que siguieron inspirándose los ulteriores estilos bizantinos; el arte y los modos artísticos de la capital llegaron hasta el lejano occidente, a través de las vías comerciales y de los monjes peregrinos. Su infuencia llegó a la misma Roma (SS. Cosme y Damián, 526 al 530); a Africa; pasando por Rávena, a la Provenza y a Aquisgrán; a través de Sicilia, a España, y también a Rusia y a Etiopía. Pero, sobre todo, las artes menores y el gran tesoro de formas, contenido en las miniaturas y los manuscritos transmitieron estilo e iconografía y sirvieron frecuentemente de modelos a las grandes pinturas de las iglesias de Occidente. Cronistas anglosajones narran cómo algunos obispos y monjes hacían varias veces el difícil viaje a Roma para procurarse tales manuscritos. El arte bizantino constituía un modelo para Occidente.

Un último rasgo del arte justinianeo —que por esto lleva con razón este nombre— es la voluntad soberana del emperador, que también aquí constituía una gran fuerza promotora. Como todos los grandes dominadores, Justiniano sintió la necesidad de encarnar la idea que tenía de sí en construcciones monumentales. Su conciencia de la grandeza imperial influyó en la importante arquitectura de su época de una manera similar a como más tarde ocurriría con Luis XIV en relación al barroco francés. En esta comparación aparece claramente una contraposición muy significativa. Para Justiniano no era el palacio sino la iglesia la forma expresiva de su propia soberanía. El re-

trato de Justiniano en San Vital, en Rávena, no es un elemento decorativo; no es un capricho del arte cortesano el hecho de que aparezca sobre una superficie lateral del coro con su corte. La imagen del emperador está por interna necesidad en la iglesia y en ese lugar, en el cosmos cristiano que refleja este estilo arquitectónico eclesiástico, está el lugar del rey terrenal, junto al divino rey de los mundos.

Cima de la arquitectura sacra justinianea es Santa Sofía de Constantinopla, llamada sencillamente por los contemporáneos la «gran iglesia». Edificio rectangular, estructurado interiormente por arcadas de columnas de dos pisos, y cubierto por una gigantesca cúpula central, flanqueada al este y al oeste por dos medias cúpulas, Santa Sofía —erigida por Antemio, 532-537— constituye una genial combinación de los dos tipos más importantes de la arquitectura cristiana eclesiástica: la basílica de columnas y de cubierta plana y el edificio central cuadrangular abovedado. Aún hoy resulta grandiosa la visión del interior. Pero debió de ser aún más impresionante entonces, con la cancela del coro y el ambón de plata forjada; con el altar de oro y de piedras preciosas, las puertas de plata, los cortinajes de púrpura, las incrustaciones de mármol y los mosaicos murales. Santa Sofía es la más grande creación que ha producido la arquitectura bizantina y el arte cristiano de Oriente. Pero, para Justiniano, testimoniaba su posición destacada entre los soberanos del mundo: «Gracias sean dadas a Dios, que me encontró digno de terminar obra tan grandiosa y de superarte incluso a ti, Salomón» [8].

II. STATUS IMPERII: CONSERVACION Y REFORMA DEL ESTADO Y LA SOCIEDAD

Epoca y obra de Justiniano no se agotan en el arte, pero tampoco en su política exterior. También en política interior, con sus planteamientos de una reforma del imperio (que terminó naturalmente por fracasar), la idea rectora es también la de una restauración del *Imperium Romanum,* entendido en el sentido del imperio romano-tardío, cristiano y absolutista. «Viendo que la fe de su tiempo se perdía en múltiples errores y direcciones, destruyó todos los caminos que conducían a tales errores y consiguió que el imperio volviese a los firmes fundamentos de una fe única. Viendo por otra parte que el derecho se había hecho impenetrable, a causa de las demasiadas leyes,

que además, en su mayor parte, se contradecían entre sí, expurgó el derecho de todas sus excesivas sutilezas y examinó las modificaciones con gran rigor (...). Ayudó a los necesitados a conseguir el bienestar, les liberó de la opresión de los poderosos y llevó así a todo el estado a la recuperación económica»[9]. Así resume Procopio las metas principales de la política interior justinianea: fortalecimiento del poder central imperial, reforma de la administración y, finalmente, recuperación de la unidad eclesiástica en la ortodoxia.

a) *Agitación social y religiosa*

Tras la brillante fachada del arte y de la vida de la capital y de los grandes centros provinciales, existían en realidad bastantes problemas. Una política ofensiva respecto a Occidente exigía el fortalecimiento militar de las fronteras en el noroeste y en el este; para ello no alcanzaban las tropas. De ahí que Justiniano proyectase, en primer término para la región fronteriza balcánica, un sistema de defensa profundamente escalonado, con centenares de fortines y fortalezas de nueva construcción. Complementariamente, intentó asegurar la situación en los frentes del nordeste y del este por los tradicionales medios de la diplomacia bizantina: tratados, subsidios y tributos; un sistema que despertaba más aspiraciones que las satisfechas con él. Esto exigía sumas considerables. Inicialmente pudo recurrir Justiniano a las reservas en oro de Anastasio. Pero pronto se hizo perceptible un agotamiento de las reservas, debido a los cuantiosos gastos de la política de construcciones del emperador; al mismo tiempo, siguieron disminuyendo las recaudaciones de impuestos. Era necesario encontrar nuevos recursos financieros. La disposición de que todo ciudadano debía «pagar de buen grado los impuestos del estado en toda su cuantía» no era suficiente[10]. Un aumento de las recaudaciones resultaba impensable sin reformas administrativas y sociales. Corrupción y opresión de parte de la administración ponían en peligro la capacidad impositiva y la prosperidad, convirtiéndose también en motivo de insatisfacción y revueltas internas; aspectos ambos que no eran compatibles con los planes del emperador en política exterior (más importantes para él que todo lo demás). La sociedad bizantina ofrecía una fachada deslumbradora en la nobleza, con sus palacios en las ciudades y sus villas en el campo y con su refinada cultura; en la alta clase media, compuesta por los profesores universitarios y los

burócratas de la administración; en los ricos comerciantes y los banqueros, que vivían con lujo, aunque sin ostentación. Pero, detrás de todo esto, dominaba la insatisfacción social y la agitación entre los innumerables servidores, trabajadores, esclavos, mendigos y soldados.

Justiniano no se limitó a afrontar esta insatisfacción de sus súbditos en memoriales e informes a la administración. En los comienzos de su reinado, en el año 532, se produjo en Constantinopla una rebelión abierta (llamada *Nika* por la consigna de los conjurados; *nika:* «¡vence!»), primera consecuencia de la rigidez autocrática del gobierno, iniciada por Justino como reacción contra la anarquía. Los partidos del circo fueron el principal foco de agitación. El circo, con sus luchas de fieras, juegos y carreras de carros, continuaba siendo la fuente principal de pasatiempos y —junto a las cuestiones religiosas— el centro de interés de la población urbana.

Mucho tiempo atrás se habían constituído en las grandes ciudades dos grupos o partidos circenses: el de los verdes (*prasinoi*) y el de los azules (*venetoi*), que, en medio del estado absolutista, representaban una extraña reliquia de la libertad y de la anarquía de la vieja Grecia.

«Azules» y «verdes» no estaban enfrentados únicamente, como los seguidores de los grandes equipos futbolísticos, por su apasionada ambición deportiva. Eran también organizaciones de una cierta influencia política y político-eclesiástica: los azules eran tradicionalmente ortodoxos; los verdes, monofisitas.

Los partidos circenses constituían una válvula de escape, pero, al mismo tiempo, un peligro. La administración estatal había intentado moderar los partidos, mediante su incorporación institucional a la milicia ciudadana. A pesar de todo, siguieron siendo un foco de agitación. En los años de anarquía, bajo Anastasio, habían escapado totalmente al control de la policía. Justiniano, cuyas simpatías iban forzosamente hacia los azules, intentó reducir a los peligrosos grupos mediante medidas administrativas, que, aunque prudentes, eran verdaderamente enérgicas.

En enero del año 532, la acción del prefecto de la ciudad de Constantinopla dirigida contra siete partidarios de los verdes y de los azules, convictos de asesinato, llevó a la unión de ambos grupos y a la rebelión abierta en el hipódromo. Durante varios días, el populacho se enseñoreó de la ciudad. Santa Sofía y los grandes palacios fueron saqueados y, en parte, presa de las llamas; el emperador fue sitiado en su palacio.

Justiniano se vio obligado, en principio, a ceder a la presión de las masas y a destituir al ministro del interior Juan de Capadocia. A pesar de todo, fue aclamado como antiemperador Hipatios, un sobrino de Anastasio. Sólo después de cinco días de anarquía, pudo dominarse la revuelta. Justiniano había dado ya el juego por perdido, tras negociaciones infructuosas con los agitadores, y quería abandonar la ciudad. La firmeza de Teodora le decidió a quedarse: «La fuga es imposible, aunque nos pusiera a salvo. El que ha nacido en este mundo, debe morir; pero un soberano no puede ir al exilio»[11]. Tres regimientos de veteranos, traídos por Belisario, ahogaron en sangre la rebelión. Esta prueba de fuerza entre el emperador y la población constituyó el único conflicto abierto en política interior durante el reinado de Justiniano.

b) *Planteamientos de la reforma administrativa.*

El efecto de la rebelión *Nika* no fue, con todo, el único ni el más importante motivo para los intentos de reforma de Justiniano. Por una parte, éstos respondían a los preparativos extraordinarios para empresas militares en Occidente; por otra parte, a una clara visión de las deficiencias de la administración, de la vida social y de la económica. El emperador estaba profundamente convencido de que también en este sector tenía que realizar, como reformador, un trabajo providencial en bien del estado y de los ciudadanos.

Las bases para la reforma de la administración estaban contenidas principalmente en dos grandes decretos del año 535, que en principio se dirigían con carácter más bien prohibitivo contra la corrupción, plásticamente descrita por Juan Lydo (en su escrito *Sobre la administración estatal romana),* de los cuerpos de funcionarios, el viejo mal de base de la administración romano-tardía y bizantina. Los cargos estatales eran concedidos solamente a aquellos que pagaban las altas tarifas requeridas *(suffragia)* y estaban, por tanto, prácticamente en venta. La recuperación de las cantidades desembolsadas en concepto de *suffragia* por parte del titular del cargo condujo a una explotación adicional de los súbditos. Ahora, suprimidos los *suffragia,* el funcionario se obligaba en juramento solemne y en la toma de posesión de su cargo a la gerencia de sus asuntos «con manos limpias». Deberá «tratar a todos los leales súbditos con paternal cuidado, protegerlos contra la opresión, rechazar todo dinero por soborno, ser justo en los juicios y en las decisiones administra-

tivas, perseguir el crimen, proteger a los inocentes, castigar a los culpables, según la letra de la ley, y, en general, tratar a los súbditos como un padre trataría a sus hijos»[12]. Estos loables propósitos de Justiniano apenas se cumplieron, sobre todo después de que el autoritario prefecto pretoriano Juan de Capadocia dejara su cargo. Tampoco se logró llevar a efecto el segundo deseo del emperador: dar agilidad al pesado aparato burocrático. La engreída burocracia, que en principio debía servir de apoyo al sistema absolutista, resultó en muchos aspectos más bien una traba. Justiniano recurrió a ciertas simplificaciones; por ejemplo, a la concentración de pequeñas provincias en unidades mayores. Entre sus medidas sólo hubo, en realidad, una innovación de importancia: la unificación del poder civil y militar en manos de un pretor, en las provincias con puntos ex-

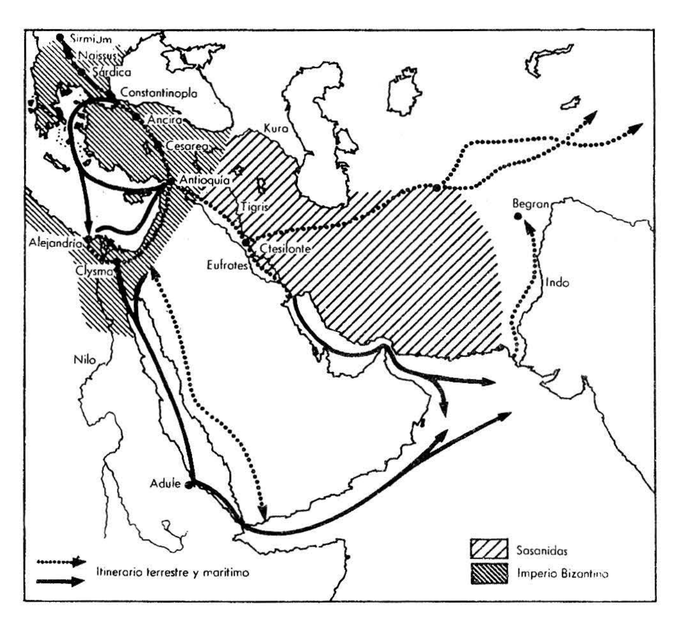


Fig. 5. *Los itinerarios comerciales en el siglo VI.*

puestos. Esta práctica se aplicó más tarde a las regiones reconquistadas de Occidente.

La fusión de la administración civil y del mando militar, rigurosamente separados en el sistema de Diocleciano, preludia las incisivas reformas administrativas del emperador Heraclio.

Pero estas medidas de Justiniano constituían siempre remedios parciales, en los que, como en sus intentos de reforma administrativa, faltaba coherencia.

Lo único que hizo fue mantener en vigor el sistema de Diocleciano y Constantino, sin conseguir transformarlo profundamente. Su meta principal era, en realidad, de carácter fiscal: «Si los funcionarios recaudan con rapidez y éxito los impuestos, Nos los alabaremos por su celo y sabiduría; una pacífica y soberana armonía reinará por todas partes entre gobernantes y gobernados» [13]. Principio fundamental de la «reforma administrativa» es la obligación de los funcionarios de ser honrados y eficientes y la obligación de los súbditos de pagar solícita y regularmente. El aumento de las recaudaciones estatales, como meta principal de la labor gubernativa, constituía ciertamente una amarga necesidad.

La situación política del imperio bizantino generaba la más extrema necesidad a que llegarse puede en medios para la defensa y para la política exterior. Así se llegó nuevamente, como en el siglo V, al *circulus vitiosus* de aumento de impuestos, recaudaciones poco escrupulosas en sus métodos («una incursión exranjera era menos terrible para el contribuyente que la llegada del funcionario encargado de las recaudaciones» [14]), y disminución de las cantidades recaudadas. A fines del gobierno de Justiniano, el estado llegó en ocasiones a críticas situaciones financieras. Mientras que, por una parte, el emperador intentaba proteger al contribuyente contra la explotación de la administración, por otra, elevaba las exigencias financieras del estado.

c) *Política económica y social.*

La política social y económica quedó también apresada en una red de aspiraciones e intereses contrapuestos. Justiniano y sus consejeros acertaron a ver que podía ser de gran importancia económica, en la situación político-comercial del momento, impulsar desde el estado el comercio con oriente. Una política comercial semejante tenía, sin embargo, sus dificultades en el estado en que se encontraba la política exterior, ya que el im-

perio sasánida no era solamente un adversario político. La confrontación con éste constituía también una lucha por las grandes rutas comerciales, que conducían a la India y a China. La administración justinianea inició nuevos ensayos para contrarrestar el peligro sasánida en las dos líneas comerciales más importantes: la ruta terrestre hacia China, a través de Bujara y Persia, y la ruta marítima de Ceilán, Océano Indico y Golfo Pérsico. Mediante la importación secreta de gusano de seda desde China, se logró crear una floreciente industria de la seda en el mismo imperio bizantino y, con ella, la independencia en un producto esencial en el comercio internacional. También se intentó establecer una línea de emergencia para el comercio con el extremo Oriente, asegurándose la ruta marítima del Mar Rojo, mediante contactos políticos con el imperio etíope de Aksum. Con el apoyo de Bizancio, los soberanos de Etiopía fueron capaces incluso de anexionarse el reino de los himiaritas; naturalmente, esto llevó a nuevas complicaciones con Persia, en cuya zona de influencia se encontraba Arabia meridional.

Una obra altamente representativa de mediados del siglo VI, la *Topografía Cristiana* de Cosmas Indicopleustes, se ocupa del comercio, la diplomacia y las actividades misioneras en aquella época. El monje nestoriano describe el Sinaí, las regiones costeras del Mar Rojo, Etiopía, con su palacio real de Aksum, Nubia y Ceilán, uno de los grandes centros comerciales por su situación entre China, Africa Oriental y Persia. En su obra, una mezcla de manual de viajes y de tratado teológico, Cosmas intenta demostrar, entre otras cosas, que, según la Biblia, es errónea la representación pagana de la figura esférica de la tierra. Pero anota también el hecho, constatado por hallazgos arqueológicos realizados en la India y China, que la moneda de oro bizantina *(nomisma)* era en aquel tiempo una moneda mundial: «Todas las naciones, de un extremo al otro de la Tierra realizan su comercio con dinero romano; este dinero es apreciado por todos los hombres, cualquiera que sea el reino a que pertenezcan, porque en ningún otro país del mundo existe moneda semejante» [15].

Exitos de la política de desarrollo justinianea pudieron entonces observarse incluso en provincias marginales como Chipre: se construyen acueductos y fortificaciones; se introduce el cultivo del gusano de seda y la manufactura de la seda; la prosperidad de la isla aumenta. Las ciudades constituyen aún en todas las regiones del imperio los centros de la vida cultural y económica (lo que hace a la cultura material y espiritual independiente de la Iglesia). El sistema económico monetario se utilizó incluso entre los grandes propietarios agrarios y los colonos. Pero,

en su conjunto, la política financiera y fiscal de la administración imperial fue perjudicial para una activación de la vida económica. Una excesiva carga impositiva tuvo repercusiones paralizadoras en el comercio e impidió, de esta manera, que sus contribuciones cobrasen importancia en el plano económico.

Tampoco en el plano político-social salió la administración justinianea del dilema entre el fomento de la economía y el fiscalismo. La expansión de las grandes propiedades rurales era tan peligrosa para la autoridad estatal como para la vida económica del pequeño campesinado. Tanto en Capadocia como en Egipto, vivían familias de la nobleza terrateniente que poseían múltiples pueblos e incluso se apropiaban de bienes raíces del estado. Mantenían su propia guardia personal y tropas, trabajadores propios, personal administrativo y recaudadores de impuestos; disponían incluso de sus propias prisiones. Justiniano luchó incesantemente con medidas legales y administrativas contra la expansión y el abuso de poder de los grandes terratenientes, así como contra el paso forzoso de los campesinos a la condición de colonos. Sin embargo, no logró proporcionar seguridad al pequeño campesinado, que seguía siendo aún una importante capa social. Entre los pequeños campesinos y artesanos, oprimidos constantemente en el plano económico o desposeídos, crecía un resentimiento político contra la administración imperial, que no era capaz de acabar con aquella situación. Pero, al mismo tiempo, el comercio y los latifundios se encontraban en conflicto con el estado, cuyas medidas amenazaban algunos de sus privilegios. La política financiera y económica de Justiniano no consiguió en el fondo otra cosa que incomodar a ambas partes; su consecuencia fue el descontento político y la regresión económica de amplios sectores de la población.

d) *Política eclesiástica.*

También en la política eclesiástica se intentó únicamente curar los síntomas del mal. Justiniano sólo resultó victorioso en la reducción de los últimos restos del paganismo. Medidas administrativas completaron, *de facto,* la cristianización del imperio: a los paganos se les denegaba capacidad jurídica y testamentaria, así como la facultad de ejercer cargos públicos. Famosos santuarios paganos, como el de Júpiter Ammon, en el desierto libio, fueron transformados definitivamente en iglesias cristianas. Sólo subsistieron los cultos paganos en las regiones más apartadas. El cierre de la Academia de Atenas en el 529 constituyó un

acto programático: con él se suprimía el último gran centro de formación pagana y desaparecía una universidad romántica y amada, con una larga historia. Pero la tradición de la vida universitaria no desapareció con ella. Fue mantenida durante muchísimo tiempo en Constantinopla, a través de una institución equiparable, creada por Teodosio II ,sobre bases cristianas.

El máximo problema de política interior que heredó Justiniano de su predecesor fue la confrontación con los monofisitas. En esta cuestión participaba personalmente el emperador. Debía a Leoncio de Bizancio (que ejerció intensa influencia en Juan Damasceno) una excelente formación teológica y era un convencido partidario de la ortodoxia, por sus conocimientos sobre esta cuestión. La inclinación personal a una política eclesiástica ortodoxa se veía robustecida por consideraciones políticas: la política imperial de Justiniano exigía la unidad en la fe, sobre todo en consideración a las regiones occidentales recuperadas, donde súbditos y jerarquía eran inequívocamente católicos (es decir, ortodoxos). Justiniano inició su reinado con una violenta persecución de los herejes: «Es justo robar incluso los bienes materiales de aquellos que no adoran al verdadero Dios»[16]. Inicialmente se dirigió contra las pequeñas sectas, como la de los maniqueos, tras llevar algunas negociaciones fracasadas con los «hermanos en el error», pero después arremetió con brutalidad contra los monofisitas. Con todo, Justiniano promovió a la larga una política de moderación (apoyado en este sentido por Teodora), interrumpida solamente por cortos periodos de persecución. Las graves consecuencias políticas del cisma le impulsaron a proceder cautelosamente y, con frecuencia, a recurrir a complicadísimas y calculadas maniobras.

Justiniano era, al contrario de Zenón, señor absoluto de la Iglesia. Proveía soberanamente las sedes episcopales, decidía de modo autocrático sobre cuestiones de fe, de ritos y del orden eclesiástico; incluso llegó a componer cantos litúrgicos y tratados teológicos. Si en alguna ocasión está justificado el término de césaro-papismo, lo es en ésta. Sin embargo, no logró reducir de modo decisivo a los monofisitas, ni siquiera a provocar un acercamiento entre ambos bandos teológicos. El intento de enfrentarse tácticamente a los monofisitas, sin hacer concesiones fundamentales y de preparar una unión de esta manera, llevó a un robustecimiento de la influencia monofisita en Constantinopla y a una misión monofisita coronada por el éxito en el Asia Menor, llevada a cabo por el discutido obispo Jacobo Baradeo. Solamente en Palestina había ganado nuevamente terreno la ortodoxia desde principios de siglo.

La discusión teológica culminó en la «disputa de los tres capítulos», que duró desde el año 543 al 554. La disputa se entabló sobre escritos sospechosos de tendencias nestorianas de tres Padres de la Iglesia siria: Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa. Tras dramáticas intrigas, Justiniano hizo raptar al papa Vigilio y llevarle a Bizancio, para obligarle, en el año 548, a tomar posición contra estos escritos. El V Concilio Ecuménico, convocado por Justiniano y celebrado el año 553 en Constantinopla, condenó definitivamente a los tres teólogos. El concilio fue —de modo similar al *Henotikon* de Zenón (cf. arriba p. 162)— un intento de conseguir un compromiso con los monofisitas. Pero este gesto del emperador no satisfizo a los monofisitas y, por otra parte, indispuso nuevamente a la ortodoxia y a Occidente (que solamente reconoció las decisiones del Concilio bajo Gregorio el Grande). Justiniano tampoco resolvió el gran problema político-eclesiástico de la época. Finalmente, la política de apaciguamiento agudizó incluso las posiciones. Cierto es que, bajo la enérgica mano del emperador, ambas tendencias permanecieron en abierto conflicto, pero simultáneamente se les impidió provocar agudos conflictos políticos. El absoluto dominio imperial sobre la Iglesia fracasó, sin embargo, al abordar el problema del cisma entre ortodoxos y monofisitas.

e) *El «Corpus Iuris».*

La voluntad de reforma y la idea del estado del emperador sólo se realizaron de una manera verdadera y completa en una obra teórica: el *Corpus Iuris Civilis.* Esta colección de normas y sentencias jurídicas, penales y civiles, que debía sustituir las ediciones jurídicas incompletas anteriores, consta de tres partes. El *Codex Justinianus* contiene los edictos imperiales válidos aún desde Adriano hasta el año 533. Los edictos imperiales aparecidos posteriormente forman las *Novellae* (nuevas constituciones). La segunda parte del *Corpus Iuris* lo constituyen las *Digesta* (también llamada *Pandectae),* selección revisada y ordenada de los escritos de los juristas romanos, que debían considerarse como derecho vigente, junto a las ordenanzas imperiales. La administración de justicia romana procedió, como actualmente el derecho inglés, según casos y decisiones precedentes. Por esto era necesario coleccionar también los principales juicios y comentarios de los juristas clásicos en extractos. La tercera parte, las *Institutiones,* representa una especie de recopilación manual para

el estudio de la jurisprudencia y es esencialmente una breve selección de la primera y de la segunda parte. Constituía el manual de examen de los juristas, que también eran entonces el principal apoyo de la administración pública.

Para la elaboración del *Corpus* se desarrolló un intenso trabajo: sólo para la terminación de la segunda parte, debieron extractarse y escogerse más de doscientas obras, y esto en un tiempo asombrosamente corto. La redacción del *Corpus* fue llevada a cabo en cinco años (528-533), bajo la dirección del más tarde ministro de Justicia, Triboniano, y de un profesor de la universidad de Constantinopla, Teófilo. En su materia, refleja perfectamente el sistema de Justiniano, que se diferencia de la tradición romana clásica por su constante acentuación del absolutismo imperial y también por ciertas influencias de las concepciones cristianas en el sistema jurídico. El *Corpus Iuris* se convirtió en la base jurídica unitaria del estado absolutista. Pero no sólo fue el fundamento de la posterior tradición jurídica bizantina. La adopción del *Corpus* por Occidente a partir del siglo XII influyó decisivamente en la conformación de las concepciones jurídicas y políticas de la Edad Media y del absolutismo. De hecho, fue «el derecho romano, en la forma que le dieron los juristas de Justiniano, un elemento fundamental en la evolución jurídica de toda Europa hasta la época más moderna» (Ostrogorsky).

f) *La reforma fallida.*

La esperanza de Justiniano de «fortalecer el imperio, no sólo para las necesidades de los tiempos presentes, sino también para una edad futura» no se realizó [17]. En contraposición a los éxitos imponentes en política exterior, no se llegó, más allá de la afirmación y mantenimiento del absolutismo como sistema político, a ninguna reforma en profundidad del estado. La política económica y las reformas administrativas constituyeron fracasos similares a los que se produjeron en la política eclesiástica.

La situación económica era ya muy crítica. En Constantinopla y también en otros lugares del imperio se acumulaba el descontento. La constante repetición de las mismas disposiciones y principios en las tardías *Novellae* de Justiniano pone claramente de relieve que proseguían la explotación y las tendencias regresivas, que provocaban una encubierta oposición.

Evidentemente, Justiniano poseía también ideas claras para la reorganización del estado y de la sociedad; para la elevación de

la moral de los funcionarios y de los ciudadanos. Los muchos intentos fallidos e insatisfactorias soluciones intermedias se explican, si se tiene en cuenta que fuerzas e intereses estaban intensamente concentrados en empresas de política exterior y que los problemas de la política interior no fueron afrontados, en general, con la necesaria energía. Pero no sólo la primacía de la política exterior impedía la realización de las ideas del emperador. La misma política interior de Justiniano se veía arrastrada con demasiada frecuencia por la resaca de fuerzas y tendencias irreconciliables, como ocurría en la constante fluctuación entre la ortodoxia y los monofisitas. El aparato estatal siguió siendo efectivo a través de un sistema de ayudas. Pero los intentos de reforma quedaron, a fin de cuentas, atrapados en una red de intereses contrapuestos. Esto tiene, en parte, su explicación en el hecho de que también en lo tocante a política interior vale la divisa de la *renovatio imperii.* Justiniano ha entendido a ésta como una *restauratio,* como una conservación o mejora de lo existente: el absolutismo cristiano centralista y dirigista. Faltaba el incentivo de una concepción nueva; la gigantesca y complicada maquinaria administrativa aplastaba como el plomo toda reforma bien intencionada. Por esto, la época de Justiniano, desde el punto de vista de la política interior, no es otra cosa que una fase de transición entre dos soluciones claras y decididas: el sistema absolutista del siglo IV y el nuevo orden del estado bizantino, que comienza a poner en práctica en el siglo VII el emperador Heraclio.

Sin embargo, estado y administración constituyeron bajo Justiniano y sus próximos sucesores un sistema eficaz. Sólo hacia finales de siglo se hizo visible que la reforma fallida, juntamente con la sobrecarga financiera, llevaba a una conmoción de la estructura política y social. El imperio fue capaz inicialmente de lanzarse a una expansión política en el exterior, que hizo desaparecer de la escena histórica en pocos decenios los estados germánicos ribereños del Mediterráneo, a excepción del reino visigodo.

III. EL NUEVO MUNDO POLITICO: EL SISTEMA DE ESTADOS MEDITERRANEOS DURANTE EL SIGLO VI

a) *Los reinos germánicos.*

El postulado de la política exterior de Justiniano fue la transformada situación política del mundo mediterráneo: el sistema

de estados germánicos sucesores del viejo imperio. Desde Constantinopla, Occidente ofrecía una imagen polifacética y, en ciertos aspectos, complicada. En Inglaterra surgieron numerosos reinos regionales, que se hacían la guerra entre sí; Irlanda estaba ampliamente dominada, en el orden político, por abades y obispos. En grandes zonas de Francia y Bélgica se había establecido la dinastía franca de los merovingios; al sudeste de los francos, se encontraba el reino de los burgundios; en el sur de Francia, dominaban los visigodos, pero su territorio se extendía a la mayor parte de la Península Ibérica. El norte de España se hallaba bajo el dominio de los suevos; Africa, Sicilia y Cerdeña formaban el reino de los vándalos. Finalmente, Italia, Dalmacia e Iliria constituían la zona de soberanía de los ostrogodos. Las fuerzas políticas superiores de este conjunto de estados germánicos eran los vándalos, los visigodos, los ostrogodos y los merovingios.

Todos los estados germánicos se encontraron en sus comienzos ante los mismos problemas fundamentales, provocados por el choque con el orden estatal, con las formas sociales de vida y con la religión y la cultura del imperio. La herencia romana forzó a los germanos a salir de su mundo tribal y ahistórico, para acceder a un modo de vida regulado por el estado.

Cuando los germanos irrumpieron en el imperio eran aún, en lo esencial, federaciones de tribus nómadas, relativamente poco organizadas, cuya unión estaba fundada en el principio personal de la estirpe y de la adhesión, aún en el caso de que fueran dirigidos por reyes. Ciertas tribus, como la de los ostrogodos, vivieron mucho tiempo en la zona de irradiación cultural del Imperio Romano de Oriente y habían cubierto las primeras etapas de una organización política desarrollada. Pero, en general, federaciones políticas muy rudimentarias chocaron con un mundo, cuya estructura administrativa, económica y social, altamente desarrollada según normas y representaciones institucionales, estaba organizada de una manera fundamentalmente distinta.

La confrontación con este sistema político extranjero no era posible evitarla. Del mismo modo, la fundación del estado no podía significar la simple sustitución de lo existente, porque los germanos representaban en sus nuevos espacios de soberanía y residencia, casi en todas partes, una minoría frente a la población romana aborigen. Los romanos de provincias no fueron oprimidos por éstos a través de una intensiva colonización, sino que los germanos, como una capa dirigente relativamente reducida, cubrieron amplias regiones de población romana. No

vinieron como colonos, sino como señores; esto creó de entrada un enfrentamiento político interior. La resistencia de la clase alta romana en las provincias, como la testimoniada por Sidonio Apolinar en Francia o Víctor Vitense en Africa, se apagó rápidamente a la vista de la superioridad militar de los germanos. Pero en la mayor parte de los reinos surgidos tras la invasión de los bárbaros apareció inicialmente una estructura estatal dualista, en la que germanos y latinos vivían según sus propias leyes e instituciones. La oposición entre minoría dominante y súbditos se agudizó a causa de un motivo más de continuos roces: casi todos los germanos eran arrianos, mientras que los antiguos súbditos del imperio se mantenían en la fe católica. Además de una población romanizada, seguían existiendo también elementos esenciales de la vieja estructura política y social romano-tardía: ordenamiento administrativo, comercio y economía agrícola. Teodorico mantuvo el sistema romano porque estaba absolutamente convencido de sus ventajas. Pero también en otros estados germánicos se conservaron diversos aspectos del viejo sistema administrativo, manteniéndose en sus puestos a los funcionarios de menor rango, ya fuera por pereza o porque llegaran al convencimiento de que éste era el único camino para mantener en pie un orden estatal eficaz. La continuidad de las formas de vida, como puede comprobarse en la historia de las ciudades, de la cultura material y de la estructura social no conoció, inicialmente, ninguna brusca interrupción. No sólo la capa de los *humiliores* se mantuvo en su antigua función y posición, también siguieron desempeñando un papel dominante los grandes terratenientes. El latifundio, en sus formas romano-tardías, con sus relaciones de dependencia y sus métodos de cultivo, siguió manteniéndose como sistema económico, prescindiendo de ciertos desarrollos técnicos aislados. Nada cambió en las condiciones de vida de los *coloni* ni en la administración de las grandes fincas de los *conductores*. Sobre todo, no se realizó ninguna expropiación sistemática de los antiguos propietarios, aunque la lógica parcialidad de los afectados oculte esto en ciertas fuentes. La poderosa aristocracia senatorial terrateniente mantuvo, junto a sus propiedades heredadas, su estilo de vida y su mundo cultural. Esto ejercía, a su vez, una intensa influencia en la nueva capa de los *possessores* germánicos, que administraban sus fincas del mismo modo que sus vecinos romanos. Las formas tradicionales del latifundismo romano-tardío se acercaban más a la mentalidad de los invasores germánicos que cualquier sistema económico basado en el cálculo de la rentabilidad. De ahí que el grupo de los viejos y de los nuevos señores se unie-

sen con relativa rapidez: el propio interés de clase de esta pequeña capa de familias nobles impidió todo cambio fundamental del orden social. Para los mismos graves problemas con los que se encontraba cada uno de los nuevos estados se produjeron muy diversas soluciones. Como en estas soluciones, los estados germánicos se diferencian también notablemente en la duración de su existencia.

b) *Los vándalos en Africa (429-534).*

El reino de los vándalos, fundado en el año 429, fue en muchos aspectos el más característico de los estados germánicos sucesores del viejo imperio. Los vándalos dominaron hasta el año 534 el norte de Africa —una de las despensas cerealistas del imperio—, Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares. Al contrario que las demás tribus germánicas, los vándalos se constituyeron en potencia marítima, ganando así hacia mediados del siglo V zonas de influencia y de soberanía tan grandes, que, por un momento, parecieron, juntamente con los hunos, los futuros señores de Occidente.

Sin embargo, los vándalos sólo conservaron (de manera similar a los ostrogodos) una posición importante en el centro del Mediterráneo bajo su gran soberano Genserico (428-477), fundador del reino. El fue quien planeó el ataque a Africa y quien lo llevó a cabo, con lo que los vándalos dominaron 1.000 Km. de costa en poco más de un año. Pese a la resistencia de las tropas imperiales, de la nobleza y del clero católico, en el año 432 la región había sido conquistada, empresa en la que, al menos, simpatizaron con los vándalos invasores algunos grupos de la población, como los donatistas extremistas. Tres años después de la conquista de Cartago, la capital, Genserico obligaba al gobierno imperial a un pacto (442) por el que se cedía al soberano de los vándalos todo el norte de Africa, a excepción de Mauritania y de parte de Tripolitania. La expansión ulterior se llevó a cabo en el Mediterráneo, después de la muerte de Aecio (454) y de la invasión de los hunos, cuando las posiciones de los gobiernos de Oriente y Occidente eran extraordinariamente débiles. Los vándalos conquistaron las Baleares, Córcega, Sicilia y Cerdeña, al tiempo que saqueaban las costas de Italia; en el 455, la antigua capital, Roma, fue sistemáticamente expoliada. El emperador Zenón hubo de reconocer en el año 474 la formal independencia y soberanía territorial del reino vándalo, pactando con él una «paz eterna». Genserico casi no

sabía hablar latín. Sus sucesores cayeron pronto, sin embargo, bajo la influencia de la superior cultura romana.

Pero esto no impidió a Hunerico, durante su corto reinado (477-484), crear un régimen de terror para la Iglesia católica de Africa. Guntamundo (483-496) hizo cesar la persecución de los católicos, pero su sucesor, Trasamundo (496-523), que estaba casado con Amalafrida, hermana de Teodorico, comenzó nuevamente la deportación de obispos. Ya bajo Trasamundo, la creciente degeneración de la casta guerrera de los vándalos ponía en peligro la defensa de la frontera sur y sudoccidental contra los bereberes. Con los últimos reyes se inicia claramente la decadencia. Hilderico, crecido en la corte de Constantinopla y más romano que vándalo, inició nuevamente, después de su ascensión al trono, en el año 523, una política liberal con la Iglesia pero fue destituido a causa de esto en el año 530 y mantenido prisionero por el príncipe heredero Gelimero. El destronamiento de Hilderico constituyó el pretexto de que se sirvió Justiniano para su intervención en Africa, que se retrasó hasta el año 533 a causa de las campañas contra Persia y de las dificultades internas de Bizancio.

El reino de los vándalos se diferencia claramente de los demás estados germánicos en el ordenamiento del estado y de la sociedad. Aquí la fusión con el sistema romano-tardío fue menos acusada; las formas propias que crearon los vándalos son ciertamente las menos germánicas; la ruda convivencia de lo viejo y lo nuevo es más fuerte en el reino de los vándalos que en ninguna otra parte. Los vándalos formaban, frente a la población latina y bereber, una pequeñísima minoría; el número de personas que desembarcaron en la costa africana ascendía aproximadamente a 80.000. Los invasores no se asentaron en todo el país junto a la población romanizada por el sistema de la *hospitalitas,* como ocurrió en los demás estados germánicos. Las grandes propiedades de la nobleza provincial fueron enajenadas sin consideración alguna (sólo en las regiones marginales permaneció la gran propiedad en poder romano). Las *sortes vandalorum* se formaron a costa de los bienes raíces imperiales y de la propiedad privada confiscada en las provincias de Africa Proconsular y Bizacena. Estas importantísimas fincas, libres de impuestos, de los guerreros vándalos, en las que quedaron los colonos para su explotación, tienen su antecedente más próximo en las tierras asignadas a los soldados de la época romano-tardía. De esta manera, la capa dirigente de los vándalos se concentró en torno a la capital, organizada militarmente por millares.

Como en otros territorios invadidos por los germanos, los matrimonios entre vándalos y romanos estaban prohibidos, permitiéndose tan sólo las uniones entre individuos de la casta guerrera vandálica. Esto pudo suscitar inicialmente una fuerte conciencia nacional y una mayor combatividad, pero, a la larga, condujo a una degeneración y, por consiguiente, a una menor resistencia de las tropas, como pudo comprobarse, en el año 533, en la rápida y poco honrosa derrota de la caballería vándala. Para la administración de los súbditos romanos se conservó la vieja estructura provincial y ciudadana, bajo el mando de una especie de primer ministro (*praepositus regni);* los impuestos siguieron recaudándose por el sistema de la *capitatio.*

Así como la «ocupación» vándala estaba organizada de una manera racional y casi artificial, puede decirse también que la monarquía apenas tenía nada en común con el viejo reino tribal. Ya Genserico eliminó, no sin tener que enfrentarse a una resistencia sangrienta, la influencia de la nobleza y los derechos de reunión de los libres, creando una autocracia militar. El poder absoluto del rey, en lo que se refería a la guerra y la paz, la dirección del ejército y la política, tenía rasgos de la época romano-tardía. Tampoco la sucesión estaba ordenada según el sistema hereditario germánico, sino como jefatura de primogenitura: al trono ascendía el heredero varón de mayor edad. El rey de los vándalos era completamente independiente del emperador de Constantinopla. Ni siquiera existía un reconocimiento nominal de la soberanía del emperador; el rey de los vándalos entró en relación con él como soberano de igual legitimidad. Al contrario de lo que aconteció en los restantes reinos germánicos, aquí se rompió desde el principio con la idea imperial.

La autocracia militar del reino vándalo —dotado de una flota, además del ejército normal con su caballería, integrada por la nobleza— constituía una absoluta necesidad, a causa de la situación política interna. En ninguna otra parte como aquí existió una amenaza tan grande y constante para la clase dirigente. Esta se encontró desde un principio en un doble frente contra sus súbditos católicos romanizados y contra los «mauri», pertenecientes a las grandes tribus bereberes de las fronteras del reino.

En el reino de los vándalos dominaba —con breves interrupciones— la más violenta política religiosa anticatólica de todos los reinos germánicos. Aunque Víctor Vitense y otros escritores católicos exageren retóricamente, ya Genserico procedió de una manera sistemática: iglesias y propiedades eclesiásticas fueron confiscadas, los obispos desterrados y el servicio religioso

católico prohibido en todo el territorio bajo soberanía vándala. Hunerico recurrió a medidas aún más violentas: 4.966 obispos y clérigos fueron deportados al sur, dejándoles prácticamente en manos de los bereberes. En el año 484, hizo condenar la confesión católica como herejía en un sínodo en el que participaron obispos arrianos y católicos y aplicó a los católicos las más severas leyes antiheréticas imperiales de la época de los donatistas. También bajo Trasamundo perdieron los católicos nuevamente sus iglesias y sus obispos. Estas medidas represivas generaron una resistencia latente en constante crecimiento, aunque en ninguna parte se llegase a una rebelión abierta. Pero la cruel y violenta política religiosa ha contribuido ciertamente más que sus incursiones de saqueo a acuñar el falso concepto histórico de «vandalismo» (aunque, comparada con el sistemático y casi científico saqueo de Roma por los vándalos en el año 455, la conquista de la ciudad por los visigodos en el 410 parece una empresa de principiantes). Si los vándalos afrontaron con escaso éxito el problema religioso, tampoco lograron liquidar el problema de los «mauri». Primero por su orientación hacia el Mediterráneo y después a causa de la decadencia de su fuerza militar, las fronteras del desierto y de las cordilleras no estuvieron nunca seguras ante las constantes incursiones bereberes. Esta situación contribuyó a una decadencia económica relativamente rápida de Africa, que había sido hasta muy entrado el siglo V una de las provincias más ricas y florecientes. Sin embargo, la dominación vándala produjo un corto florecimiento cultural en Africa. Bajo los últimos reyes vándalos, renacieron las escuelas de retórica, y poetas latinos, como Fulgencio de Ruspe o Draconio, vivían en la corte de los reyes. Sus afectados epigramas, en los que imitan a Marcial, ofrecen un reflejo de la lujosa vida de la clase alta de los vándalos en las villas y baños del país. Pero se trata de epígonos latino-tardíos sin huella alguna de influencia vándala. Unicamente se han conservado indicios de la artesanía de tradición germánica. Pero su calidad es escasa, como se manifiesta también en el aspecto bastante bárbaro de las monedas vándalas, si se las compara, por ejemplo, con las ostrogodas, de estilo bizantino.

La dominación vándala, que después de poco más de cien años sufría las consecuencias de su propia política segregacionista y las insólitas condiciones ambientales, hizo retroceder la cultura y la economía africanas en varios siglos. Pero no puede aceptarse que el poder marítimo de los vándalos y su piratería paralizaran el comercio y la economía en el Mediterráneo, favoreciendo de manera decisiva el proceso de retorno a la econo-

mía natural en Occidente. Pues la repercusión del poder marítimo de los vándalos se reduce a pocos decenios; éste disminuyó rápidamente bajo los sucesores de Genserico. Estos entorpecimientos esporádicos del comercio en el Mediterráneo no han producido nunca daños duraderos.

c) *Los ostrogodos en Italia (493-553)*

El reino de los ostrogodos tuvo más corta vida que el de los vándalos. Su dominio sobre Italia sólo pudo mantenerse durante 60 años. Como en el caso de los vándalos, en la historia del reino ostrogodo pueden distinguirse claramente dos fases: el reinado del fundador, Teodorico, y el gobierno de sus sucesores. Bajo el mando de Teodorico, conoció el reino de los ostrogodos su época de oro cultural y logró su mayor prestigio entre los demás estados germánicos. Teodorico fue el único monarca germánico de la época que realizó una política consecuente y de gran apertura, que no sólo iba dirigida a la expansión de sus propios territorios. Una meta fundamental de esta política fue la conservación de amistosas relaciones con la corte imperial de Constantinopla. Teodorico consiguió evitar así, durante su gobierno, todo conflicto con la Roma Oriental —a excepción de cuestiones de política eclesiástica y de la anexión de Sirmio (año 504), que constituyó, sin embargo, la única ampliación del territorio ostrogodo a costa del imperio. Una segunda meta política fue la seguridad de las fronteras de su propia zona de soberanía, mediante un complicado sistema de alianzas con los restantes soberanos germánicos, que tal vez estaba destinado también a asegurar su papel de mediador entre los germanos y Constantinopla, a través de este equilibrio de fuerzas. Teodorico unía posiblemente a este propósito la idea de contrarrestar las tendencias expansionistas de Constantinopla en Occidente, mediante federaciones de estados germánicos. La política exterior de alianzas de Teodorico estuvo coronada por el éxito en su primera fase. El mismo casó, en el año 493, con una hermana del rey franco Clodoveo; dio por esposa a una de sus hijas al rey de los visigodos Alarico, y otra al heredero del trono de los burgundios, Segismundo; su hermana contrajo matrimonio (500) con el rey de los vándalos Trasamundo. Pero la política matrimonial no se mostró lo suficientemente fuerte para asegurar la paz. Este equilibrio cuidadosamente construido se vio perturbado rápidamente y de modo sensible por el avance del poder merovingio. Con la intervención de Clodoveo más allá de las fronteras de su propio reino, dio comienzo la se-

gunda fase de la política exterior de Teodorico. Sus esfuerzos diplomáticos no pudieron impedir que merovingios y burgundios infligieran una aplastante derrota, en el año 507, al rey de los visigodos Alarico II, en las proximidades de Poitiers, y que avanzaran hacia el sur sin encontrar resistencia. Decidido a mantener a los francos alejados de la costa mediterránea, Teodorico ordenó a su general Iba, que se encontraba en Provenza, que avanzase contra los burgundios y ocupase su país hasta Arlés. En nombre del rey de los visigodos Amalarico, menor de edad, y por el que ostentaba la regencia, Teodorico reconquistó a continuación para los visigodos Septimania y destituyó al anti-rey de España. Durante su regencia sobre España, robusteció su posición mediante alianzas con los turingios, una poderosa tribu germánica situada a espaldas de los francos, y con los hérulos, que vivían en la región del Danubio. Su política de equilibrio de fuerzas entre los germanos fracasó a la larga. Pero el reino de los ostrogodos, bajo Teodorico, supo afirmar su posición rectora incluso en el aislamiento. La muerte de Clodoveo (511) frenó provisionalmente el expansionismo franco; con el ascenso al trono del ortodoxo Justino mejoraron nuevamente las relaciones con Constantinopla, después de cierto tiempo de tensiones político-religiosas.

En los últimos años del reinado de Teodorico comenzaba a prepararse la tormenta. En política exterior se abría camino el juego combinado de Bizancio con el rey católico de los burgundios. Al mismo tiempo, se hacían visibles las pretensiones francas sobre la Italia septentrional. Los hérulos habían sido ganados por Constantinopla como *foederati*, convirtiéndose de esta manera en un peligro, así como los vándalos, enemistados en el ínterim con Teodorico. El gobierno de Teodorico se encontraba también en política interior bajo un mala estrella. Medidas antiarrianas del emperador de Oriente provocaron una crisis de confianza entre los godos detentadores del poder y la nobleza senatorial romana de Italia. El rey, enfermo y ya anciano, ofuscado por la desconfianza, perdió la serenidad que le caracterizaba e hizo ejecutar hacia el año 524 a Boecio, su más importante consejero, y encarcelar al papa. Cuando murió, en el año 526, la soberanía de los ostrogodos en Italia se encontraba quebrantada en sus más profundos cimientos. Fue una obra personal y única, como el monumental mausoleo del rey en Rávena.

Teodorico, el que mató con sus propias manos a su invitado Odoacro, aparece como un personaje ambiguo. No hay duda de que, rigiendo los destinos de Italia, alcanzó gran altura co-

mo prudente estadista. Había llegado a los siete años como rehén a Constantinopla, donde residió once años, recibiendo una buena formación y casándose con una princesa de la casa imperial. Esta procedencia puede aclarar la influencia romano-tardía en su modo de gobernar. El intento consciente de mantener, en la medida de lo posible, las instituciones del imperio bajo la ocupación goda, le distingue de todos los demás monarcas germanos. La idea central de Teodorico era la *civilitas,* entendida como coexistencia entre godos y romanos. «*Regnum nostrum imitatio vestra est (...) unici exemplar imperii*» (Nuestro reino es una imitación del vuestro (...) un ejemplo del único imperio), escribía en el año 508 al emperador Anastasio[18]. La interpretación que el rey hace del poder real está muy alejada de la concepción gótico-germánica.

Era para sus súbditos «*Flavius Theodericus Rex*», *de facto* independiente, pero reconociendo siempre al emperador del «único imperio» como soberano supremo. Por esta razón, renunció a acuñar su propia moneda y a la potestad legisladora; publicó tan sólo edictos, valederos únicamente en Italia. «*Theodoricus gloriosissimus et inclytus rex (...) semper Augustus propagator romani nominis*», se dice de él en una inscripción[19]. Corresponde a su concepción de cumplir, como rey germano, una misión política del imperio, que continúa subsistiendo: ser el «último soberano romano» en Occidente[20].

Correspondiendo a la concepción política que de sí mismo tenía el soberano, el reino de los ostrogodos era también por su estructura el reino germano más intensamente romanizado. Tampoco aquí existía ninguna íntima relación del elemento romano y germano, sino una estructura estatal dualista. La idea fundamental de Teodorico era la integración de ambos pueblos en una pacífica convivencia de germanos y romanos, aunque separados según sus derechos y obligaciones. En su política religiosa, que fue enteramente tolerante con respecto al catolicismo, al que incluso defendió contra los intentos de intromisión arriana, y en su política interior, se puso de manifiesto el deseo de gobernar con justicia y para el bienestar de ambos pueblos. Teodorico es el estadista más destacado de todos los monarcas germanos de la época —aunque al precio de reducir a sus godos, en el marco del estado, al *status* de una casta guerrera extranjera bien pagada.

Los godos se asentaron en Italia siguiendo el sistema de la *hospitalitas.* Como *possessores* pagaban los impuestos, contrariamente a los vándalos. De todos modos, en grandes zonas de Italia no había ningún godo asentado, como en Calabria y Apu-

lia. En el reino ostrogodo, una tercera parte de todas las tierras estaban sujetas a la *hospitalitas*. Si en algún sitio no se habían asentado los germanos, la *tertia* había de cobrarse mediante un impuesto. Más tarde existieron posibilidades de revocar este impuesto; en ciertos contratos de compra-venta se aclara expresamente que la tierra que se vende está libre de tales cargas: *libera a sorte barbari*. También aquí los colonos permanecen en las fincas transferidas, como fuerza laboral. Región de asentamiento de los godos fue sobre todo el norte de Italia, donde se concentraron en torno a Rávena, Verona, Pavía y Milán. En medio de los romanos provinciales, los godos formaron una especie de cuerpo extraño, un ejército de guarnición, que constituía el fundamento militar del reino. Los ostrogodos vivían en sus posesiones conforme a su propio derecho, sin lazos familiares ni religiosos, como arrianos, con la población civil; eran mandados por *comites* y *duces* godos.

Junto a ellos seguía subsistiendo el orden estatal y social romanos: división de las provincias, constituciones municipales, administración de impuestos y sistema burocrático. Teodorico mantuvo el aparato de la administración central imperial, con su estado mayor, así como un *praefectus praetorio* para Italia y un *praefectus urbi* para Roma. El senado, tratado siempre con respeto por el rey, seguía reuniéndose en Roma; los altos cargos del estado fueron ocupados por hombres como Símaco, Casiodoro o Boecio. La administración de justicia para la población romana quedó en manos romanas; de acuerdo con el principio de la personalidad del derecho, la vieja constitución judicial no se vio nunca afectada. Con los *saiones*, Teodorico creó un cuerpo de agentes reales, a los cuales se les encomendaban fundamentalmente misiones militares, pero también fue utilizado para proteger a los romanos de las depredaciones o abusos de los godos.

Como conjunto político, el reino de los ostrogodos fue efímero. Pero la dominación ostrogoda conservó la cultura romana en Italia durante el siglo VI de modo ininterrumpido; esto constituyó un hito en el camino de la transmisión del tesoro cultural antiguo a la Edad Media. La influencia germana se produjo solamente en las artes menores, sobre todo en la orfebrería, de la que son ejemplo las estilizadas fíbulas de fieras del tesoro de Cesena. Las artes menores del llamado estilo de la invasión de los bárbaros («estilo animalístico germano»), son muestras de una corriente artística que penetró profundamente en la Europa meridional y occidental durante las correrías de los germanos orientales. En realidad, este estilo, con sus figuras de

animales abstracto-expresionistas, con piedras preciosas montadas en filigranas de oro y con sus esmaltes, proviene, por sus formas y motivos, del arte de los griegos pónticos («greco-sarmático»), de los nómadas de la estepa euroasiática y del Irán. Todas las creaciones restantes fueron romano-tardías y bizantinas. Teodorico hizo restaurar en Roma y Verona edificios romanos, entre ellos el Coliseo. No sólo hizo construir edificaciones de utilidad, como fortificaciones y acueductos, sino también palacios y, sobre todo, iglesias. En la capital, Rávena, que en aquella época era un conjunto brillante, se erigieron obras de puro estilo bizantino: la basílica de San Apolinar el Nuevo, el baptisterio arriano y el no conservado palacio del rey, cuyo aspecto frontal se conserva en un mosaico de San Apolinar. A esto hay que añadir la grandiosa edificación del Mausoleo. Las monedas (imperiales) acuñadas por aquel tiempo en Italia muestran, no sólo en el estilo sino también en leyendas, como *Roma invicta,* la consciente continuidad de la tradición estatal romano-tardía.

Rávena constituía también un gran centro de intercambio cultural. Teodorico proporcionó al rey de los burgundios un reloj de agua y a Clodoveo un tañedor de cítara y un médico bizantino célebre. En la corte se desarrolló una intensa vida literaria y espiritual. Roma y Milán eran otros centros. Gramáticos, retóricos, juristas y médicos ocupaban puestos en el estado; poetas como Enodio de Pavía o Rústico Elpidio trabajaban en la corte. Teodorico, que hizo aprender a su hija Amalasunta el griego y el latín, poseía, sin duda, como su sobrino Teodato (del que decía Procopio que tenía mejor conocimiento de Platón que de la guerra), un interés personal en la conservación de la tardía literatura latina. Los círculos de la nobleza senatorial se preocupaban de las reediciones de autores clásicos como Virgilio u Horacio. Pero tres nombres encarnan la verdadera vida espiritual de la Italia de los ostrogodos: Boecio, Casiodoro y Benito de Nursia. Boecio, que procedía de una vieja familia de la nobleza senatorial fue nombrado cónsul en torno al 480, a los treinta años de edad; pasó a ser después *magister officiorum* (canciller) y, hacia el año 524, en los últimos años del gobierno de Teodorico, fue ejecutado. Teólogo, naturalista y poeta, en posesión de toda la formación enciclopédica de su época, era, de los tres, la cabeza verdaderamente filosófica. No sólo su *Consolatio Philosophiae,* escrita en la cárcel, se ha hecho importante para la historia del pensamiento, sino igualmente su traducción y comentario de Aristóteles. Lo que él tradujo y

comentó es lo único que conservó la Edad Media sobre Aristóteles, hasta el comienzo de la alta escolástica.

Flavius Magnus Aurelius Cassiodorus Senator (¿490-580?) representó, como Boecio, una política de equilibrio religioso y cultural entre godos y romanos. Hijo de un prefecto pretoriano, descendiente de una distinguida familia de la nobleza calabresa, es, como terrateniente y como hombre de estado al servicio de Teodorico, una típica manifestación de la nobleza senatorial de la época romano-tardía. Nombrado muy joven secretario del gabinete del rey, se convirtió en el sucesor de Boecio como *magister officiorum,* después del proceso seguido contra éste por alta traición, y, finalmente, pasó a ser prefecto pretoriano para toda Italia (jefe de la administración civil) en el año 533, bajo Atalarico. Casiodoro legó, como hombre de estado, las *Variae,* una colección de 468 cartas y actas de la cancillería real, de gran influencia en la formación del estilo de las cancillerías medievales y valiosísimas como fuente de información histórica de la época. Su *Historia Gothorum* se ha conservado solamente en el enjundioso resumen de Jordanes (de mediados del siglo VI), que continuó la obra hasta la muerte de Vitiges y, al mismo tiempo, la transformó en un panfleto para la política de asimilación godo-romana.

Casiodoro desarrolló su trabajo más importante después de retirarse de la política. Su proyecto de crear una universidad cristiana en Roma fracasó. En su lugar, fundó un «monasterio», el *Vivarium,* en las extensas posesiones de su familia en Squillace (Calabria), donde actuó incansablemente como maestro y organizador durante cuarenta años. El *Vivarium* no era en realidad un monasterio, sino un centro de estudios de aspecto monacal, que contenía una gran biblioteca, y a cuyos miembros Casiodoro les proponía sobre todo una tarea: el estudio de la teología y de las ciencias profanas, junto a las copias y comentarios de la literatura teológica y profana. Como una especie de enciclopedia introductora al trabajo del *Vivarium* escribió sus *Institutiones divinarum et humanarum literarum.* La primera parte es una introducción al estudio teológico; la segunda, que, en sus diversas versiones, tuvo gran influencia en la Edad Media, constituye un bosquejo de las siete *artes liberales.* Aunque como escritor carecía de categoría artística y era más un recopilador enciclopedista que un pensador original, a través de este programa de formación cristiano-latina ha dado Casiodoro un impulso decisivo al mantenimiento de la tradición clásica en Occidente.

Tanto la postura espiritual de Casiodoro, como el movimiento iniciado en el *Vivarium* para mantener y comentar la literatura pagana y cristiana, fueron eficaces porque se conjugaron con los trabajos de Benito de Nursia. Nacido hacia el año 480, Benito vivió primeramente como monje y como abad en las proximidades de Subiaco, en los Apeninos, al este de Roma; después, hacia el año 529, fundó su propio monasterio en Monte Cassino. La regla que dispuso para la vida en comunidad de sus monjes constituye el acta fundacional del monacato latino. En la *regula Benedicti* es importante la *discretio,* transformación de la ascesis oriental en una vida comunitaria más equilibrada; pero, junto a la oración y al trabajo manual necesario para el sostenimiento de la comunidad, aparece también como elemento esencial de la vida monacal la *meditatio,* es decir, la lectura y la meditación. En este concepto benedictino de la *meditatio* se abre camino la idea fundamental del *Vivarium;* en adelante, los monasterios serán focos de ciencia y literatura, en los que más tarde jugará un papel importante, sobre todo bajo influencia irlandesa y anglosajona, la transcripción de códices. El monacato benedictino conservará gran parte del pensamiento y de la litetatura profana de la antigüedad, cuando se extinguen en el siglo VIII los últimos restos de la cultura laica. La actividad desarrollada por Benito y Casiodoro, de decisiva influencia en el surgimiento de la vida medieval, es, por su transcendencia, el acontecimiento más importante acaecido bajo el dominio de Italia por los ostrogodos.

d) *El reino de los visigodos.*

El reino de los visigodos, en el sur de Francia y en España, se convirtió en el estado más duradero de los germánicos orientales; sólo acabó con él la conquista árabe de los años 711 al 713. La lucha por la consecución de la soberanía se hizo mucho más difícil para los visigodos de lo que había sido en ninguna otra parte. Tuvieron que enfrentarse no solamente con una población provincial romanizada y católica —las diferencias confesionales crearon innumerables problemas— sino también y simultáneamente con dos grupos políticos independientes: en el norte y el noroeste de España estaban asentados los suevos germánicos, y, junto a ellos, los vascones, nunca totalmente sometidos a la administración romana. El proceso de penetración germánica duró, por este motivo, todo un siglo: desde Eurico (466-484) hasta Leovigildo (568-586). En este proceso, de una rígida

unificación de España, mediante la incorporación de vascones y suevos, el centro de gravedad de la dominación visigoda se desplazó del sur de Francia a España, debido también a la presión de los merovingios.

Los visigodos se habían asentado inicialmente como *foederati* —después de su marcha de Italia en el año 418— en torno a Burdeos y Tolosa (véase arriba p. 128). Durante decenios demostraron ser aliados útiles de la corte romana ocidental, a pesar de ciertas tensiones. Teodorico I (418-451) cayó en la batalla de los Campos Cataláunicos a la cabeza de sus godos, como aliado de Aecio. Teodorico II (453-466) llevó a cabo, por mandato romano, «acciones de pacificación» contra los suevos, como lo hicieron otros reyes visigodos. Pero éstos no se sentían satisfechos con su papel de aliados semiautónomos.

La expansión en dirección al Mediterráneo alcanzó su primer éxito en el año 462 con la conquista de la Galia Narbonense. El verdadero monarca fundador del reino visigodo fue Eurico, que hizo asesinar en el año 466 a su hermano Teodorico II. Bajo su cetro (hasta el año 484), el reino de los visigodos se convirtió a los pocos decenios en la más extensa zona de soberanía germana sobre el viejo suelo imperial. Aprovechando la progresiva desintegración del estado romano occidental, Eurico ensanchó las fronteras de su reino en las Galias hasta el Loira, el Saona y el Ródano mediante combates encarnizados con la aristocracia local y los obispos católicos de Auvernia. En lucha tenaz con la nobleza aborigen, y, con frecuencia, después de sitiar durante años ciudades fortificadas, sus generales conquistaron España paso a paso. Sólo Galicia, en el extremo noroccidental, se mantuvo bajo soberanía sueva; también los vascones conservaron su independencia. A las ocupaciones militares de las ciudades seguían pronto los pobladores godos. En los años 475 y 477, los emperadores de Occidente y Oriente, Nepote y Zenón, reconocieron el *fait accompli:* la soberanía del reino de los visigodos en las regiones conquistadas. A la muerte de Nepote, Eurico ocupó adicionalmente Arlés y Marsella, o sea la región que hace frontera con Italia.

El centro del «reino tolosano» fue la corte de Eurico en Tolosa. Esta inmensa región, en la que los visigodos representaban a lo sumo el 2 % de la población, no pudo mantenerse ya bajo los más débiles sucesores del enérgico rey Eurico (Alarico II, Teodorico y Amalarico). Después de la eliminación de Siagrio, la presión de los aliados merovingios y burgundios sobre la frontera norte visigoda se hizo cada vez más fuerte; los visigodos, en número cada vez mayor, abandonaban el sur de Fran-

cia en busca de nuevas tierras de asentamiento en España. La derrota de Vouillé (cerca de Poitiers), en el año 507, frente a los francos de Clodoveo, trajo el fin del reino de Tolosa. Gracias a la intervención de los ostrogodos, Teodorico pudo conservar Septimania. Pero el centro de gravedad del estado visigodo se desplazó definitivamente hacia España, con Toledo como nuevo centro de soberanía.

Al término de la dinastía de Eurico, en el año 531, graves enfrentamientos políticos internos entre el rey y la nobleza sacudieron el estado: «Los godos habían tomado la abominable costumbre de asesinar al rey que no era de su agrado, y de sustituirle por otro de su gusto»[21]. En efecto, tanto Amalarico como Teudis (531-548) y Teudigiselo (548-549) fueron asesinados sucesivamente. Agila (549-554) se vio pronto enfrentado a una opocición de católicos, cuyo centro se encontraba en Córdoba, y fue sustituido por Atanagildo (554-567), nombrado antirrey ya en el año 531. La intervención de Justiniano del año 553 en España se inició oficialmente como apoyo al levantamiento de Atanagildo. Pero al apercibirse de los propósitos bizantinos de conquista, Atanagildo se volvió contra sus aliados, aunque, sólo en parte, pudo liquidar la zona de ocupación bizantina. Córdoba y las ciudades de la costa permanecieron en poder bizantino. Sólo Leovigildo logra (568-586) completar la reconquista de Andalucía, incluída Córdoba.

Paralelamente al desarrollo de la política exterior del reino visigodo, se inició una lenta aproximación entre los elementos romanos y germanos. La tendencia romanizante de los soberanos germanos no era en modo alguno tan clara como en el reino de los ostrogodos. Inicialmente, tanto en las Galias como en España, existió una convivencia de los godos con la población provincial romanizada. Cierto es también que, después de la concentración de los pobladores visigodos en España —cuyo asentamiento puede seguirse perfectamente entre los años 495 y 533, mediante el estudio de los hallazgos funerarios con fíbulas de la época de la invasión de los bárbaros (estilo animalístico póntico o húnico)—, la población goda no sobrepasó nunca el 3 %. El asentamiento de los godos en el sur de Francia se produjo siguiendo el principio de la *hospitalitas*. Sin embargo, en lugar de una tercera parte, las *sortes* de los *hospites* godos alcanzaron pronto dos terceras partes de los bienes raíces de los anteriores propietarios romanos (al menos en los asentamientos que se llevaron a cabo en España). Las *sortes* eran hereditarias (aunque esta norma fue con frecuencia eludida); al parecer, además no estaban sometidas a ningún impuesto.

Para el rey, godos y romanos formaban conjuntamente un pueblo —*populus noster*. Pero la capa social constituída por los pobladores germanos, que se dividía socialmente a su vez en capa superior e inferior, en *potentiores* e *inferiores*, vivió en los primeros momentos junto a los provinciales romanizados, sometida a una jurisdicción propia y a la prohibición de matrimonio mixto. Actuó nuevamente de elemento separador la contraposición religiosa, aunque la política eclesiástica de los visigodos era más liberal que la de los vándalos. Eurico, arriano fanático, intentó varias veces reducir el catolicismo, prohibiendo la ocupación de las sedes episcopales vacantes. Pero sus sucesores respetaron a la Iglesia católica y sus derechos con el mayor escrúpulo, sin duda por consideraciones de política interior. Sin embargo, persistió una latente oposición, alimentada por las diferencias confesionales, hasta las guerras justinianeas de España: en algunos lugares, las tropas bizantinas fueron recibidas por los católicos como libertadoras. El arrianismo se mostró, a la larga, en inferioridad de condiciones frente a la jerarquía católica, fuertemente estructurada, y a su teología. Esto aceleró el proceso de acercamiento, que en el caso de los visigodos, al contrario de lo que ocurrió en los demás estados, llevó paso a paso a una total integración cultural del elemento germano.

En la cultura del reino visigótico, los elementos germánicos se limitan casi exclusivamente al estrecho campo de la orfebrería en oro. Pero incluso en éste, ya hacia finales del siglo VI, las formas estilísticas bárbaras son lentamente sustituídas por las romano-tardías. Tal vez inicialmente siguiera cantándose en la corte la poesía heroica-germana; pero ya en tiempos de Teodorico II vivían representantes de la literatura latina tardía, como el canciller León, una mezcla de historiador, poeta y jurista, o el profesor de retórica Lampridio. Sus poesías no alcanzaron ni con mucho el rango de las de Sidonio, pero encarnan, como las de él, la tradición cultural de la aristocracia galorromana, superior a la de los invasores. En la arquitectura, tanto sacra como profana, influyeron los modelos romano-tardíos, como puede verse en los mosaicos con escenas de caza de Centcellas (Tarragona).

También en el reino visigótico existía, junto a la organización del ejército germano, que, salvo en algunas zonas de ocupación fortificadas, era movilizado sólo en las épocas de guerra por centurias, una administración de estructura romano-tardía. Se mantuvo la antigua división provincial, modificada con *rectores* o *iudices* como gobernadares. Del mismo modo, la *civitas* era regida asimismo por un *comes*, que desempeñaba simultá-

neamente las funciones de comandante en jefe militar —típica simplificación del sistema romano-tardío. Los cuadros administrativos para las funciones inferiores eran provistos con personajes provinciales; los altos cargos de la corte se repartían entre germanos y romanos. Los funcionarios administrativos eran civiles, nombrados y pagados por el rey. El sistema de impuestos romano-tardío siguió estando vigente, junto con los curiales. Jugaban también un papel importante en el sostenimiento del estado los ingresos de la corona *(domus fiscales)*.

La potestad del rey, que se titulaba *dominus noster gloriosissimus Rex,* se diferenciaba poco de aquella de un monarca absoluto de la época romano-tardía. Como aconteció entre los vándalos, no se mantuvo la vieja monarquía electiva germana. Las reuniones de los ciudadanos libres de la comunidad habían desaparecido hacía mucho tiempo con sus aspiraciones políticas.

Cierto es que la nobleza intentaba siempre de nuevo la implantación del reino electivo de corte germánico, con el rey como *primus inter pares,* en su lucha contra la vigente monarquía hereditaria absolutista. Esto llevó, en la primera mitad del siglo VI, a una decadencia temporal de la monarquía y a una rápida sucesión de reyes elegidos entre la alta aristocracia.

El único resultado fue una importante disminución del poder central. Con Leovigildo, que llevó a cabo una purga sangrienta entre la nobleza de la oposición —«Leovigildo mató a todos aquellos que solían eliminar a los reyes, sin dejar ningún superviviente de la línea de varones»[22]— se inició el robustecimiento de la soberanía real, según el modelo bizantino.

e) *Los burgundios.*

Los tres estados germano-orientales, fuertemente romanizados, en los que los germanos sólo representaron siempre una débil mayoría, estaban orientados hacia el Mediterráneo. El estado de los burgundios, de corta vida, estuvo desde su asentamiento en Saboya, de modo similar a los visigodos, en estrechas relaciones con el estado romano occidental. Varios reyes fueron *magistri militum;* los burgundios tomaron también parte del lado romano en la batalla de los Campos Cataláunicos. En confrontación constante con alamanes y francos, la extensión del área de soberanía de los bungundios llegaba por el sur hasta Durance, por el norte y nordeste hasta Langres y la región de Solothurno (Soleure). La capital fue Lyon. Bajo Gundobado (en torno al 490-516), el reino estuvo aliado primeramente con Bizancio y

los ostrogodos para resistir la presión franca. Bajo la influencia del destacado obispo católico de Vienne, Avito, que era uno de los diplomáticos más hábiles de la época, Gundobado cambió de frente y se alió con Clodoveo. Mientras que las pérdidas territoriales de los visigodos después de la batalla de Vouillé fueron pequeñas, gracias al apoyo de Teodorico, los burgundios fueron quienes salieron perdiendo. Bajo el débil sucesor de Gundobado, Segismundo (516-523), se convirtieron a la confesión católica. Tras nuevos enfrentamientos con el reino merovingio, Segismundo fue ahogado por las tropas francas en la fuente de un monasterio donde se había refugiado. Su hermano y sucesor, Godomero (523-533), pudo conservar Borgoña por algún tiempo, combatiendo constantemente. Bajo Teodoberto I (533-547), el reino fue anexionado definitivamente al estado merovingio. El reino de los burgundios no se diferenciaba fundamentalmente por su estructura de los demás estados germánicos. La síntesis entre germanismo, orden romano-tardío y cultura latino-tardía se produjo de modo similar.

f) *El reino franco de los merovingios.*

Si en el reino de los visigodos la herencia tardío-romana se fue haciendo más sensible al correr del tiempo, la situación era muy distinta al principio en el reino franco de los merovingios, fundado en el año 486 sobre suelo galo, puesto que había una instauración católica en lugar de la dominación arriana. Los provinciales romanizados y los invasores francos se mezclaron cultural y étnicamente con relativa rapidez. En este proceso jugaron desde el principio un papel determinante dos factores: la ausencia del sistema de la *hospitalitas* y de una barrera confesional, pues los francos, en su conversión al cristianismo en los años 498-499, no se hicieron arrianos sino católicos. Además, el conocimiento que los francos tenían del imperio y de su cultura fue originariamente mucho menor que el de los germanos orientales mientras que las Galias, sobre todo en el sur, era tal vez la región imperial más intensamente romanizada. También la densidad del asentamiento y, con ello, la mezcla de poblaciones en las diferentes regiones del reino franco era muy diversa, lo que jugó un importante papel en la historia posterior de este estado. A través de los hallazgos arqueológicos y de la investigación lingüística y toponímica, pueden aún reconstruirse, en cierta medida, aquellas relaciones. En el norte y en el nordeste existió una zona de asentamiento franco relativamente

intenso. En Bélgica y en la región norte del Mosa, se habían asentado desde finales del siglo IV fuertes contingentes de guerreros francos, como *foederati,* mezclados con alamanes y turingios. Una gran cantidad de cementerios alineados, manifestación típica de estos pueblos, que entierran a los hombres con sus armas, y a las mujeres con sus aderezos, dan fe de la intensidad de la repoblación. Tras la frontera lingüística germano-latina (fijada en el siglo X), se encontraba la frontera meridional de esa región inicialmente fluctuante y finalmente establecida más o menos en la línea que forman Boulogne, Bruselas, Lieja y Metz [23]. Aquí la proporción de población franca era mucho mayor que la de germanos en cualquier otro estado: hasta un 20 % aproximadamente. Esto, unido a las relaciones relativamente estrechas con Inglaterra y las regiones limítrofes, ocupadas por tribus de germanos occidentales, llevó a una amplia germanización de la región.

Por el contrario, en las regiones reconquistadas más meridionales apenas si se llegó a la larga a una colonización germánica digna de mención. Ciertamente existía, a juzgar por los hallazgos de tumbas alineadas, en las regiones que circundan Reims y París, grupos de inmigrantes germanos, que aquí, sin embargo, no desempeñaron un papel predominante. Más hacia el sur y hacia occidente, los francos estaban únicamente representados por la nobleza instaurada por el rey y por tropas de guarnición. Todo el sur del reino franco siguió habitado casi exclusivamente por los provinciales romanos y la nobleza local. Pero precisamente esta región, también orientada en el orden económico hacia el Mediterráneo, se convirtió en el centro de gravedad del poder merovingio. El norte germanizado jugó un papel menos importante hasta finales del siglo VII, aunque allí se asentaba la mayor parte del ejército. Las ciudades situadas más hacia el sur, como Reims, Soissons, París y Orléans, eran, junto con Metz, los centros políticos, económicos y culturales del reino. El estado franco de los merovingios estaba predominantemente constituido por Neustria, así se llamaba la región media sudoccidental, en tanto que la nororiental formaba la Austrasia.

A comienzos del siglo V la zona de colonización franca se extendió hasta el Rin, pero suevos, burgundios y visigodos parecían predestinados a convertirse en los señores futuros de las ricas provincias galas. Sin embargo, bajo la soberanía de Childerico (hacia el 464-481) y de su hijo Clodoveo, hombre con dotes excepcionales, los francos se convirtieron a los pocos decenios no sólo en los señores de las Galias, sino en el estado germano dirigente, junto al reino ostrogodo de Teodorico. A la

muerte de Childerico —cuya tumba fue hallada en Tournai con el anillo-sello *Childarici regis,* en el año 1653— Clodoveo sólo contaba 16 años. La imagen de su personalidad fue pronto deformada por el odio y la adulación (sobre todo por Gregorio de Tours en su *Historia Francorum).* Sobre su energía, vitalidad, inteligencia y astucia no hay ninguna duda, pero tampoco sobre su brutalidad (no le importaba, en un acceso de ira, matar a golpes con su propia mano a uno de sus soldados, a modo de castigo). Era, con Teodorico y Justiniano, la cabeza política más importante del mundo mediterráneo de aquel tiempo. En una rápida sucesión de estratagemas diplomáticas y de operaciones militares, Clodoveo —en principio uno entre tantos príncipes francos— se dirigió contra sus contrarios y agrandó la zona de su soberanía, que hasta entonces sólo llegaba hasta el Somme, para convertirla en el núcleo central del estado franco. En el año 486, se deshizo de Siagrio en Soissons; en el 496 (ó 497), rechazó a los alamanes, anexionándose una parte de su territorio, y venció a los visigodos en Tours. En el año 507, conquistó, aliado con los burgundios, la mayor parte de la Francia meridional visigoda. Murió (511) antes de poder organizar la conquista de Borgoña.

Clodoveo no sólo dotó al reino franco de unas bases territoriales; en los años 498-499 se convirtió al catolicismo y se hizo bautizar por el obispo Remigio de Reims, con 3.000 de sus soldados. Con su paso al catolicismo y una prudente valoración del problema religioso en los demás estados germánicos, Clodoveo puso los cimientos de la unidad interna de su reino y de la integración de sus súbditos. La creación del reino católico de los francos sobre suelo galo, contribuyó como ningún otro acontecimiento a la suerte futura de los pueblos europeos occidentales durante el proceso de desintegración del Imperio Romano de Occidente.

La historia de los sucesores de Clodoveo es una historia confusa y sangrienta, dominada por el desorden. La ulterior expansión de las fronteras del reino franco puede decirse que quedó terminada hacia el año 537. En los años 533-534 se efectuó la conquista de Borgoña, la más importante adquisición de los hijos de Clodoveo, tanto desde el punto de vista económico y cultural, como por su favorable posición estratégica con respecto a la Italia ostrogoda. En el sur, se anexionó la región dominada por los visigodos, a excepción de Septimania (la zona costera en torno a Narbona), que permaneció bajo el poder de los visigodos hasta la conquista islámica.

Teodoberto I forzó a los ostrogodos, que se encontraban bajo la presión de la reconquista justinianea, a la cesión de Provenza (537) y obtuvo, de esta manera, una importante salida al Mediterráneo, de interés no sólo para la economía del reino merovingio sino también para su orientación política. La frontera oriental del reino se vio envuelta constantemente en combates durante los siglos V y VI y en innumerables campañas contra turingios, sajones y bávaros. El único resultado permanente de estas operaciones militares fue la conquista por Teuderico I, en el año 531, de parte del territorio turingio hasta el río Saale. Con ello alcanzó el reino merovingio las fronteras que conservó hasta comienzos del siglo VIII. Teodoberto I —el primer merovingio que acuñó sus propias monedas de oro con el título de augusto— informó al emperador Justiniano, no sin exageración, que su zona de soberanía llegaba desde el océano hasta Panonia.

La política interior se convirtió en una serie de enfrentamientos dinásticos de las diferentes líneas de la casa merovingia: de sus príncipes, princesas y reyes. En ningún estado germánico se andaba con miramientos y melindres cuando se trataba de cuestiones políticas. Pero incluso si no se toman en consideración las tremendas exageraciones de la *Historia* de Gregorio de Tours y de la crónica de Fredegario —las fuentes más importantes para esta época—, el crimen, las atrocidades y el vicio sobrepasaban todo límite entre los soberanos merovingios. Crueldad, traición, asesinato, adulterio, incesto, alcoholismo, eran para los merovingios (y para una parte de su nobleza) el pan de cada día.

Clodomiro, uno de los hijos de Clodoveo, mandó ahogar a Segismundo, rey de los burgundios, imitando a su padre en el asesinato de sus enemigos políticos. Las mujeres de la estirpe, como Fredegunda, no desmerecían en nada de sus maridos. Las luchas dinásticas llevaban a una constante división del reino franco en principados, no siempre ligados entre sí.

Las normas hereditarias germanas fueron aplicadas a la sucesión dinástica: el *regnum* era una especie de propiedad privada, no una institución pública. Austrasia, Neustria, Aquitania y Borgoña fueron divididas cada decenio y, frecuentemente, cada menos años, para volver a unificarse y dividirse constantemente. Las aspiraciones de uno de los monarcas a la soberanía total terminaban en crueles campañas de exterminio de las otras líneas y de sus descendientes. Una primera fase del enfrentamiento violento por razones de herencia se desarrolló entre los hijos de Clodoveo, de los que sólo queda al final Clotario I, como

único soberano (558-561). A su muerte se inicia una serie de guerras civiles que terminó con la desintegración política del reino. Sólo en el siglo VII volvieron nuevamente a encontrarse bajo una sola soberanía las distintas partes del reino, reunificación que llevó a cabo Clotario II (613-629) y Dagoberto (623-638). Sólo en estos dos períodos relativamente breves estuvo reunido el reino merovingio bajo *un solo* soberano, desde la muerte de Clodoveo, si bien la zona de París, con sus diversas residencias reales constituyó durante mucho tiempo una especie de centro común y posibilitó una cierta coordinación de la política exterior.

Sin embargo, la situación interior del reino no correspondía exactamente a este desbarajuste del estado, dominado por las luchas por el poder. En la estructura política y social, en la coexistencia de los elementos culturales francos, romanos y católicos, se mezclaron elementos germánicos y romanos, aun cuando de modo diferente a como ocurrió en los estados germánicos orientales. También aquí el peso del sur hizo retroceder a un segundo plano durante mucho tiempo el elemento franco-germánico.

En el reino de los merovingios se unían elementos romano-tardíos y germánicos. El orden sucesorio mediante la división del reino se basaba en una concepción personalista germánica del poder. También persistió durante mucho tiempo la creencia germana en la capacidad taumatúrgica del rey (con la que estaba estrechamente unida la larga cabellera de los reyes). Pero en la monarquía merovingia fueron más fuertes aún los rasgos absolutistas, evidenciándose sobre todo en el uso de métodos burocráticos centralistas de impronta romano-tardía. Los derechos populares de las asambleas del ejército fueron totalmente suprimidos; los de la nobleza, al menos en ciertas épocas, limitados. El rey constituía la fuente ilimitada de toda autoridad. Su poder se fundaba en los cuadros de la administración, en el ejército y en sus importantes posesiones de tierras. La fuerza económica del rey fue enorme, debido a la ocupación del *fiscus* romano, con sus extensísimas posesiones, minas y canteras, completado por la recaudación de impuestos y por los aranceles. El rey declaraba como un emperador romano: «Si alguien no cumple nuestras órdenes, se le castigará sacándole los ojos»[24].

También la relación entre el rey y la Iglesia descansaba en la supremacía del monarca sobre la vieja Iglesia de las Galias. En la política eclesiástica no se produjo ciertamente ningún problema confesional, pero sí en cambio otras dificultades. Ciertas iglesias y sedes episcopales fueron provistas de numerosas posesiones e inmunidades por los reyes. Pero, en

general, la Iglesia estaba sometida, exactamente igual que los demás súbditos, a un severo régimen de tributación; Gregorio de Tours narra repetidamente los enfrentamientos de los reyes con los obispos, a causa del importe de la tributación y el cobro de los impuestos. Además, una gran parte de las sedes episcopales fueron utilizadas como sinecuras de los colaboradores del rey y de los altos funcionarios, merecedores de premios. Algo de la unidad política y religiosa, que caracterizó al imperio bizantino, vivía también en la Francia de Clodoveo; éste explicaba (según Gregorio de Tours) la finalidad de su guerra contra los visigodos de la siguiente manera: «No me agrada que esos arrianos sigan en posesión de una parte de Francia. Partamos y, con la ayuda de Dios, derrotémoslos y conquistemos su país»[25]. El enemigo político y el herético eran una misma cosa —aunque esto, para el mismo Clodoveo, era más bien una cómoda tapadera de sus intereses políticos y sus ambiciones de poder.

La estructura social correspondía ampliamente al orden estamental tardío-romano. Las diferencias de lengua, cultura y derecho —originariamente, los francos vivían conforme a su derecho popular, según la *Lex Salica,* redactada bajo el gobierno de Clodoveo, y los súbditos latinos y la Iglesia según el derecho de los visigodos del *Breviarium Alaricianum*— cedieron pronto a una amplia fusión, con lo que en el reino merovingio penetraron también en el derecho público concepciones germánicas, como la del rescate de la sangre *(Wergeld).* Desde un principio no existió prohibición matrimonial entre germanos y latinos. En las luchas por el poder de la primera época merovingia desapareció prácticamente la nobleza original de la época de la invasión de los bárbaros. En su lugar, hizo su aparición una nueva nobleza de espada que se unió rápidamente con la nobleza senatorial del sur de las Galias (que hasta finales del siglo VI no poseyó ningún privilegio jurídico, pero sí una importante posición social) para formar una clase unitaria de nobleza terrateniente. Posición social, constitución económica y estilo de vida de esta sociedad noble tenían rasgos «feudales» característicos, como puede comprobarse en la descripción que nos ofrece Sidonio Apolinar sobre la vida de la nobleza romanizada y del alto clero católico en el sur, que vivían en las grandes fincas, con sus baños, bibliotecas y comedores adornados de damasco. Pero una relación personal de adhesión o vasallaje entre el rey y la nobleza, que es lo que constituye el feudalismo, no existía aún. Sin embargo, el auténtico problema político interior en las últimas fases del reino merovingio, junto a

las luchas dinásticas por el poder, lo constituyó el enfrentamiento entre la alta nobleza terrateniente y el poder real (cf. más adelante p. 248). Este proceso político tiene las mismas bases que el enfrentamiento entre el gobierno central y la nobleza senatorial en el siglo V, de ahí que la comparación sea permisible en su planteamiento, si no en sus resultados.

El verdadero instrumento de la soberanía real lo constituía el aparato administrativo romano-tardío superviviente (ahora muy simplificado), que durante mucho tiempo fue ocupado por romanos y funcionarios laicos. Las tareas de la vieja administración central fueron asumidas por la corte real (siguiendo a su soberano de residencia en residencia), que, como centro administrativo ambulante, conservaba en ciertos aspectos el carácter de un gabinete real germánico. Los funcionarios más importantes eran los *referendarii,* que llevaban el sello real y entendían en asuntos tanto administrativos como financieros, en su calidad de primeros consejeros y funcionarios del rey. La cancillería real elaboraba los documentos, según el modelo de la cancillería cortesana bizantina. La vieja administración provincial subsistía solamente en la Provenza, con un *praefectus.* Por lo demás, la unidad administrativa en el reino merovingio era la *civitas* (en la Austrasia septentrional, el *pagus*), a cuyo frente se encontraba un funcionario directamente responsable ante el rey y por él nombrado, con el título de *comes.* Estos «condes» reunían en su persona, como ya ocurrió con frecuencia entre los *comes* romano-tardíos, funciones administrativas, fiscales, judiciales y militares. Se conservó la divisa en oro así como el sistema impositivo, aunque hacia finales de siglo los cobros y aplicación del catastro encontraron dificultades y la moral contributiva de los grandes propietarios terratenientes no se elevó precisamente. En ciertos casos, como bajo Chilperico I (561-584), se llegó incluso a rebeliones, reprimidas sangrientamente, contra las recaudaciones de los impuestos de la corona.

Con la estructura administrativa romano-tardía subsistió por algún tiempo el viejo orden económico en el reino merovingio. El sistema económico monetario no había desaparecido en modo alguno, y todavía el *wergeld* seguía siendo pagado en dinero. Comercio e industria jugaron su papel junto a la producción agraria. El siglo VI aportó incluso una ligera estabilización económica, tras los trastornos del siglo V; también los contactos comerciales con Constantinopla y con el mundo oriental conocieron nuevos progresos. El *solidus* de oro fue mantenido como divisa; los reyes merovingios acuñaron, junto a su propia moneda, la moneda imperial hasta comienzos del siglo VII. Bajo

Clotario II (584-629), en las casas de moneda del sur de Francia, el nombre del rey desplazó al del emperador. Por el reverso, se sustituyó *Victoria Augustorum* por *Victoria Chlotarii*. La vida de las ciudades se recuperó, hasta un cierto grado, de las invasiones del siglo V. Cierto es que no surgieron otras nuevas ni aumentó tampoco la superficie habitable, que se había ido reduciendo considerablemente desde el siglo IV. Pero las ciudades amuralladas, sobre todo del sur, con una población relativamente densa, como Marsella, Frejus, Nimes o Tolosa servían no sólo como centros administrativos y eclesiásticos, sino que eran además sedes de la industria y el comercio. Como lo muestran los hallazgos arqueológicos, se ampliaron los talleres industriales de cerámica, productos textiles y orfebrería artística, que según todas las apariencias obtenían importantes ganancias. La ciudad era el centro de intercambio de las regiones campesinas circundantes y del aún relativamente intenso comercio interior.

También el comercio internacional tenía, al parecer, sobre todo si se trataba de importaciones, un volumen considerable y, con frecuencia, era muy lucrativo. En la obra de Gregorio de Tours aparecen comerciantes como Cariolfo, hombre muy rico e influyente, cuyas tiendas y comercios en la ciudad tenían una gran capacidad de negocio. Fueron muy corrientes los negocios especulativos, aun siendo con frecuencia muy arriesgados, a causa de la inseguridad de los transportes y de las comunicaciones: «El comerciante Cristóforo vino a saber (en un momento en que existían dificultades de abastecimiento), que una gran carga de trigo había llegado precisamente a Orléans. Púsose inmediatamente en camino con un préstamo tomado de su suegro, compró el vino y lo cargó en barcazas fluviales. Cuando regresaba a su casa a caballo, fue apuñalado por los dos esclavos sajones que le acompañaban»[26]. El tráfico marítimo no se limitó al Mediterráneo y a las relaciones comerciales con Bizancio, Egipto, Siria y Africa; Burdeos y Nantes mantenían un animado comercio con las Islas Británicas y con el norte de España. Los puertos más importantes fueron, sin embargo, los del sur de Francia, como Marsella, Narbona, Niza y Fos, que estaban administrados según el antiguo sistema romano; funcionarios reales cobraban los aranceles. Allí tuvo sus comienzos la gran arteria del tráfico comercial, que discurría por el valle del Ródano, llevando a las regiones germánicas septentrionales el comercio y, con éste, rudimentos de un sistema económico monetario. Los mercaderes judíos y sirios fueron los que manejaron el comercio con el Mediterráneo oriental. Como había de ocurrir

más tarde, en la Alta Edad Media, predominaban los artículos de lujo: especias, dátiles, tejidos, objetos de adorno, piedras preciosas y papiros. Estos artículos penetraron incluso en las regiones septentrionales del reino franco; también aquí se complacían en imitar las modas dictadas por Constantinopla. Asimismo la importación de aceite de oliva era un capítulo importante en el comercio con el oriente. A esto hay que añadir la importación de camellos, que tuvieron su importancia en el ejército de los visigodos y de los burgundios, así como para el comercio como medio de transporte. Llama la atención el hecho de que sea muy escasa la información sobre exportación de mercancías galas, en contraposición a su abundancia, por ejemplo, en el siglo IV.

También en el sector económico más importante, el agrario, se conservó la impronta romano-tardía. Las grandes fincas de la nobleza, con sus colonos y esclavos, tanto en el modo de explotación agraria como en su tendencia a constituirse en economías domésticas cerradas, coincidían con las grandes *villae* de los siglos IV y V. Junto a los grandes señores rurales existía, sin embargo, en los pueblos romanizados del sur y, sobre todo en el norte, un pequeño campesinado libre; estos hombres vivían en pueblos y villorrios con casas de una planta y tejado de paja, que estaban separadas de las huertas, mieses y campos circundantes, mediante sencillas empalizadas de madera. Una cierta atenuación de las cargas fiscales y una lenta mejoría de los métodos de cultivo dieron un nuevo florecimiento económico a este grupo. Un ejemplo del avance técnico lo constituyeron los molinos de agua y los grandes molinos movidos por bueyes, que fueron sustituyendo al antiguo molino de mano. Antimo, el médico bizantino que Teodorico proporcionó a Clodoveo, redactó por aquel tiempo un pequeño escrito extraordinariamente interesante sobre los hábitos alimenticios de los francos. Los productos que se comían entonces, como carne, verduras y frutas, apenas se diferenciaban de los normales de hoy; el pescado, las aves y la caza se aderezaban con verduras y salsas, cuyos ingredientes eran la miel y el vino. Una excelente comida la constituía un plato de jamón y huevos cocidos; de todos modos, éstos no eran recomendados por Antimo. El queso franco era muy alabado, pero sólo cuando estaba fresco; el que lo come duro, «no necesita de otro veneno»[27].

La Iglesia constituía en el reino franco un factor de poder cada vez más fuerte, tanto en el plano espiritual como en el económico. Por la unidad de fe existente entre los francos y la población romanizada acabó convirtiéndose en una Iglesia estatal,

a diferencia de la existente en los demás estados germánicos. En todo caso, fue controlada inicialmente por el rey. Este se arrogó el derecho de dar posesión de sus sedes a los obispos y, al menos Clodoveo, añadía anotaciones personales a los temas que se trataban en los sínodos. El obispo metropolitano de Arlés era el representante oficial del papa; sin embargo, esto no le confería sino una preeminencia puramente honorífica con respecto a los demás obispos del reino. De todos modos, ya bajo Clodoveo, un acuerdo sinodal determinó que la Iglesia franca debía observar la doctrina y el derecho de la romana. Los obispos provenían de la nobleza y, en el siglo VI, casi por completo de la nobleza senatorial galo-romana. Sólo en el siglo VII asistieron al Sínodo de París 41 obispos germánicos, frente a 38 romanos. Este transfondo sociológico y el creciente peso económico, derivado de sus gigantescas posesiones y privilegios fiscales, fueron convirtiendo a la Iglesia en un elemento que, como la alta nobleza, tendía también políticamente a una cierta autonomía.

La posición principesca de los grandes obispos, con sus complejas funciones administrativas locales, se puso especialmente de manifiesto en sus suntuosas edificaciones. Niceto de Tréveris hizo restaurar su basílica por canteros italianos; la basílica de Tours, que por contener la tumba de San Martín era el centro más importante de peregrinación del reino franco, fue restaurada siguiendo el modelo de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. La Iglesia fue, junto a la nobleza galo-romana, un motor decisivo de romanización. El lenguaje eclesiástico creó el lazo de unión con el patrimonio cultural romano-tardío. Ciertamente, la vida espiritual de la Iglesia franca, así como el latín eclesiástico merovingio, dejaban mucho que desear. Prelados y sacerdotes estaban frecuentemente muy implicados en las cosas mundanas y carecían de cualquier tipo de formación superior. La Iglesia tuvo que luchar mucho tiempo entre las gentes del pueblo contra los restos de los cultos paganos. Nunca consiguió expulsar del todo los amuletos salvadores o las innumerables leyendas sobre espíritus, demonios y ángeles. El culto de las reliquias estaba extraordinariamente difundido y aún fue fomentado más tarde por los misioneros irlandeses. Para los traficantes en reliquias y para los orfebres, que crearon gran número de preciosos relicarios, este aspecto de la fe suponía un gran negocio. La religiosidad merovingia fue una curiosa mezcla de vitalidad bárbara y de fe confusa en la acción de poderes supraterrenales ocultos. La espesa niebla de los pantanos de la Germania renana, que se ocultaba en ella, no pudo desvanecerse del todo ante la clara luz de Provenza.

Junto a la jerarquía del clero secular, el monacato, en la línea trazada por Casiano (véase arriba pág. 57), adquirió mayor influencia y expansión. Mediado el siglo VI, existían alrededor de 200 monasterios, sobre todo en la región al sur del Loira. Pero sólo con la actividad desarrollada por los monjes irlandeses a finales de siglo, se inició el verdadero florecimiento de las fundaciones monacales y del papel cultural del monacato.

La nobleza latina y la Iglesia fueron conjuntamente las patrocinadoras e inspiradoras de la vida espiritual y artística. La cultura de los merovingios era, como en ningún otro de los estados germánicos, una síntesis de influencias increíblemente variadas y, en parte, muy extrañas: en ella se encontraban tradiciones germanas, galo-romanas, lombardas, bizantinas, coptas y sirias en una unidad, que, con frecuencia, dio a luz creaciones de una rara magnificencia a la vez bárbara y refinada.

No ocurría lo mismo en el campo de la vida literaria. Sin duda, seguía aún la tradición de la escuela de gramática y retórica, de inspiración latino-tardía, en ciudades meridionales como Lyon, Vienne, Burdeos o Clermont, aunque con un programa modesto; y esta tradición encontraba también un poderoso apoyo en las grandes familias de la nobleza. El latín era el lenguaje de la administración, pero también de la Iglesia y de su cultura. De ahí fueron surgiendo en el siglo VI, junto a las residencias episcopales y, más raramente, junto a las parroquias rurales, escuelas eclesiásticas para la formación de nuevos clérigos. Por este tiempo se inicia el proceso de transformación del latín en lengua romance.

Sin embargo, se conservó temporalmente el interés por la herencia espiritual del imperio cristiano y por la vida intelectual tradicional, aunque la educación y la literatura tomaron una forma modesta de expresión. Todavía a finales de siglo reprendía Gregorio el Grande al obispo Didio de Vienne porque gustaba más ocuparse de la gramática que de la teología. Sólo surgieron obras muy aisladas de cierto valor. Chilperico I (561-584) llegó a componer poesías latinas. En la corte de Sigiberto I (561-575), en Poitiers, vivía en los años sesenta el poeta Venancio Fortunato. Su vida fue típica de la época: después de aprender gramática, retórica y derecho en Rávena, trabó conocimiento en la corte con la princesa turingia Radegunda, que hacía vida monástica. Bajo su influencia, se hizo sacerdote y murió siendo obispo de Poitiers. Sus poesías son un último resplandor del clasicismo latino-tardío, penetrado del pensamiento cristiano.

Encarnan más claramente que ninguna otra el declinar de la tradición y una nueva síntesis vital. A su pluma se deben himnos eclesiásticos grandiosos como el *Vexilla regis prodeunt*. Pero sus poesías mundanas, por lo general de un carácter claramente panegírico, pese a su forma de perfección indiscutible, son de escaso valor y se limitan a imitar a Virgilio y Ovidio, como es el caso del *Epitalamium Cupidinis et Veneris*, que compuso para la boda de Sigiberto y Brunegilda.

Otro obispo, Gregorio de Tours (consagrado en el año 573 y muerto en el 597) fue el único historiador importante del siglo en occidente. Sus *Historiae*, que llegan hasta el año 591, ofrecen una imagen extraordinariamente vigorosa de las relaciones en el reino franco. Es la obra de un observador, cuya mente es capaz de ver con claridad, aunque se muestre demasiado parcial en lo que respecta a la Iglesia. Abunda, además, en historias milagrosas y de santos y no siempre ensambla en un cuadro unitario la totalidad de las luchas dinásticas y sus crueldades.

En arte y arquitectura dominaba el sur, con sus fuertes tradiciones romano-tardías. Clodoveo y sus sucesores fueron grandes mecenas de la construcción y a ellos deben su existencia abadías e iglesias en las principales ciudades del reino. Junto a ellos, fue notable la actividad constructora de los obispos. Sin embargo, no se ha conservado prácticamente nada de la arquitectura franca de la época, a excepción del baptisterio de San Juan de Poitiers (reconstruido en el siglo VII): la planta, la técnica de construcción en ladrillo y la ornamentación plástica del entablamento, así como los escasos capiteles de esta época, conservados en Tolosa, atestiguan la persistencia del estilo romano-tardío. Por el contrario (de modo similar a los demás estados germánicos), la influencia germánica es perceptible en el dominio de las artes menores. En los hallazgos funerarios de la época figuran, junto al vidrio romano, procedente de las vidrieras renanas, gran número de recipientes trabajados en oro, plata, piedras preciosas y vidrios de color, así como adornos metálicos para vestidos, armas con incrustaciones y fíbulas. A este estilo pertenecen, entre otros, los centenares de cigarras de la tumba de Childerico, cosidas a su manto como símbolo de la inmortalidad real (Napoleón las sustituyó erróneamente por abejas, al decorar su propia vestimenta para la ceremonia de su coronación). Lentamente, el estilo de los invasores se fue mezclando con las técnicas muy desarrolladas y refinadas de la orfebrería romano-tardía y bizantina y con sus modelos artísticos. Pero, junto a estos elementos, se hizo sentir en el arte merovin-

gio una fuerte influencia oriental, que le da un aire peculiar. La situación acomodada de la clase alta y el comercio consiguiente con la región mediterránea oriental, aportó nuevos elementos estilísticos extranjeros; pero también penetraron motivos y formas procedentes de Siria y, sobre todo, del arte copto egipcio, a través de los monasterios, que se incorporaron a los modelos venidos de Italia y de Bizancio. Tales relaciones son atestiguadas también por las importaciones directas, como el atril de Santa Radegunda de Poitiers, procedente de Siria, y los vasos de bronce coptos, encontrados hasta en Renania. También la influencia de los productos textiles coptos puede seguirse en el arte franco de la época.

Del oriente cristiano procede el motivo (que tiene su último antecedente en modelos sasánidas) del santo a caballo, que se propagó en las artes menores francas y, más tarde, en el siglo VII, se aplicó de modo creciente a los monumentos funerarios. La clara influencia del estilo copto la atestiguan también la escultura en bulto redondo de la escuela de Metz. La pieza más bella es la tumba del obispo Boecio de Carpentras (muerto en el año 604). El elemento decorativo principal es una cruz de la que penden las letras alfa y omega; motivo usual por aquel tiempo en el Mediterráneo oriental, aunque el copista franco, desconociendo el griego, ha cambiado el orden de las letras. Por el contrario, el tímpano con inscripción se encuentra profusamente en la tradición occidental romano-tardía. De tan varias influencias nació también en el siglo VII, mediante un amplio proceso de asimilación creadora, el arte merovingio con su mezcla de refinamiento y primitivismo. Es éste otro signo de que el reino franco del siglo VI vivía aún inmerso en la cultura mediterránea cristiano-bizantina de su tiempo; era un reino germano romanizado con una fuerte impronta romano-tardía, aunque aquí se haya conservado el elemento germánico con más intensidad que en los demás estados. Tanto las condiciones especiales del comienzo, como la ausencia de perturbaciones profundas procedentes del exterior, permitieron el surgimiento de una síntesis distinta de los elementos germanos y romanos y, al mismo tiempo, abrieron también la posibilidad de un desarrollo que iba más allá de la herencia romano-tardía.

g) *Los germanos y la tradición romano-tardía.*

Los Estados germanizados, surgidos del encuentro con el Imperio, constituyeron, por su propio ordenamiento, estructura so-

cial, formas económicas y cultura, un tipo característico. Común a todos estos Estados, con excepción del reino franco, es, al menos en sus comienzos, una «estructura estatal dualista», legado de la oposición confesional entre católicos y arrianos. La unión de ambos grupos de población venía siendo garantizada por una monarquía de carácter absolutista, que ejercía su poder mediante una administración civil laica. En todas partes se conservó, en sus rasgos fundamentales, la infraestructura de la administración romana, el sistema de impuestos y la constitución de la *civitas*. Se mantuvo una economía monetaria fundamental en el *solidus* de oro bizantino o en la moneda de acuñación local, que la tomaba como modelo. La autoridad regia se fundaba en la propiedad de tierras y también en el cobro de impuestos para el fisco y para la caja privada del rey. Después de superada la confusión inicial, vuelve a entrar en juego la forma económica y la infraestructura social de la época romano-tardía, que se muestra extraordinariamente consistente. La tendencia a la transformación de la economía en economía agraria se mantiene, aunque las ciudades, con su industria y comercio, siguen jugando un papel importante en la vida económica. La subsistencia del latifundio y, con él, de parte de la antigua nobleza senatorial, es un elemento adicional de la continuidad, que suele observarse frecuentemente en la historia de las colonizaciones y que se hace visible en la persistencia inalterada de las clases bajas. Es de gran interés en este contexto la evolución jurídica: cuanto más se contrastan las recopilaciones jurídicas de los estados germanos con la política jurídica unitaria y clasista de Justiniano, tanto más claramente se manifiesta que el triunfo del derecho vulgar constituye una tendencia completamente romano-tardía.

La Iglesia sigue jugando un papel importante en el ordenamiento de la vida terrena, a pesar de las múltiples disensiones político-religiosas, debidas a las diferencias confesionales. Nada cambia de la tradición romana en lo que respecta a la organización y la doctrina. Conserva además su importancia económica, basada en extensas propiedades territoriales y en su peso social. Nadie discute la suprema autoridad del rey sobre la Iglesia, comparable a la que ejercían los emperadores romano-tardíos; el rey designaba a los obispos, convocaba los sínodos y, con frecuencia, tomaba parte personalmente en ellos.

La cultura y el arte de la época son, en sus rasgos fundamentales, romano-tardíos, pese a la influencia ejercida por la ornamentación germana y persa (traida de Oriente a Occidente, a través de las poblaciones germanas en migración) en las artes

menores; las influencias extrañas que más intensamente se hacen notar son las bizantinas y orientales. También la cultura y la poesía profanas presentan una síntesis típica del clasicismo romano-tardío y del cristianismo. La Iglesia no tiene aún el monopolio de la tradición cultural y espiritual, aunque se perciben ciertos indicios de ello. El latín se transforma visiblemente, pero la interpretación de este proceso como barbarización o decadencia se deriva de una perspectiva errónea. El latín vulgar, como lengua del pueblo, crea un elemento de unidad entre germanos y latinos. Así pasa por una evolución nueva y viva, que corresponde a la creciente helenización lingüística en el oriente; pero, a diferencia de lo ocurrido en la Edad Media, no ha conocido aún coexistencia alguna de una lengua popular y otra literaria. Sin duda, el mundo latino ha experimentado pérdidas: Pomerania, grandes zonas de Nórica, la región renana oriental y Britania. Pero, en general, se conservó en Occidente su ordenación de la vida espiritual y política. Los germanos que se asentaron en el antiguo suelo imperial fueron absorbidos por éste, así como su cultura. Los Estados germanizados «sólo pueden comprenderse en su estrecha vinculación con las premisas y elementos de la Antigüedad tardía (...). Lo nuevo, que indudablemente existe, se manifiesta en la aparición de la población germánica triunfante en el territorio del imperio romano, pero pronto demostrará no ser lo suficientemente vigoroso como para destruir la vieja tradición o darle una dirección completamente distinta» [28].

Los germanos constituyen minorías que son incapaces de destruir la estructura romano-tardía y bizantina y de sustituirla por algo nuevo. Las viejas formas de vida subsisten bajo los nuevos reyes, aunque sólo en parte. La sociedad y la cultura, así como también el orden administrativo del imperio romano-tardío se muestran inusitadamente resistentes en su lento proceso de degeneración. De ello dan testimonio los contemporáneos. En sus poesías, Venancio Fortunato opone la «Romania» a la «Barbarie». El franco o el godo romanizados se sentían miembros y defensores de la «Romania», frente al mundo de las poblaciones germanas bárbaras, aún incivilizadas (o no católicas), que se encontraban más allá de las fronteras de sus propios reinos.

Pese a la estrecha vinculación con la cultura bizantina, existe una creciente diferenciación entre Oriente y Occidente, dentro de la unidad mediterránea. Del mismo modo que la latinización del imperio bizantino por Justiniano resultó un fracaso, así tam-

bién, en Occidente, se fue perdiendo ya desde el siglo V el conocimiento de lo griego y con ello la íntima relación con la literatura clásica latina y griega cristiana.

h) *El mundo oriental: El imperio sasánida en el siglo VI.*

El mundo político que circundaba a Bizancio no se limitaba únicamente a los reinos germanos de occidente. El viejo problema de los dos frentes del imperio evolucionó, incluso a lo largo del siglo VI, hasta convertirse en un problema trifrontal. Las primeras incursiones de eslavos y búlgaros en los Balcanes fueron sólo el preludio: anunciaban, sin que por el momento fuera perceptible, la apertura de un tercer frente. La amenaza latente en la frontera oriental se agudizó de nuevo, y precisamente, en la época de Justiniano.

El imperio sasánida había alcanzado su punto culminante, su primera cima política y cultural, en el siglo III bajo Artajerjes y Sapor I (véase arriba pp. 21 y ss.). También en el siglo IV, Sapor II se había mostrado un enemigo militar peligroso (cf. *supra,* p. 110). Sólo la decadencia interna, que se inicia a la muerte de Sapor II, suavizó la presión en la frontera romano-oriental y mantuvo durante casi 150 años la confrontación entre ambas potencias mundiales al nivel de conflictos locales limitados. Las disputas dinásticas y las luchas con la nobleza y la clase sacerdotal conmovieron gravemente el poder del reino durante el siglo V. A esto se unieron confrontaciones religiosas, que incidieron en lo social a causa de la doctrina revolucionaria, en parte fundada en concepciones maniqueas, del predicador Mazdak. Al mismo tiempo, el imperio sasánida, al igual que Bizancio, estaba amenazado por dos frentes. En la frontera nororiental, en la región del viejo imperio de Kushân, se había asentado, a mediados del siglo V, una tribu emparentada con los hunos, la de los heftalitas («hunos blancos»), que amenazaba seriamente la meseta iraní e infligió una derrota aniquiladora al ejército sasánida en el año 484, que costó la vida al rey Peroz (459-484).

El reinado de Cosroes I (531-579) aportó una profunda renovación al imperio sasánida —tal vez la cima absoluta de su poder y de su significación cultural. Ya el padre de Cosroes, Kawadh (488-531), que se mantuvo con pleno éxito en el poder, tras sofocar las conspiraciones de la nobleza, fortaleció nuevamente el poder de la monarquía y sentó las bases de este resurgimiento —entre otras cosas, al restar fuerza al cargo del

todopoderoso Gran Visir, mediante el nombramiento de cuatro virreyes al frente de la administración regional. Cosroes continuó la obra de reforzamiento en el interior y de estabilización hacia el exterior. Al mismo tiempo puso fin temporalmente a la agitación social, mediante la represión de los mazdeistas. El imperio heftalita fue destruido de modo definitivo, siendo rechazadas otras tribus húnicas en la frontera septentrional; en la parte meridional, el Yemen fue incorporado a la zona de soberanía sasánida. La reorganización de la administración continuó y se mejoró la estructura del mando y el sistema de reclutamiento del ejército. Para mejor defensa de las fronteras, Cosroes asentó guerreros de las tribus extranjeras dentro de territorio imperial —un medio político-militar que hizo escuela en el imperio bizantino y fue heredado después por el imperio otomano.

El gran rey inició un ingente programa de reconstrucción y de colonización: carreteras y canales fueron reparados o nuevamente reconstruidos y se inauguraron sistemas de abastecimiento de aguas. Con el creciente bienestar comenzó también un nuevo florecimiento de la vida espiritual y del arte. La gran universidad, fundada ya por Sapor I en Gundesapur, al este de Susa, recibió un nuevo impulso con Cosroes (el gran rey acogió a una parte de los profesores de filosofía paganos emigrados tras el cierre de la universidad ateniense), que reanudó sus relaciones con Bizancio y la India. Fue incorporado el sistema decimal indio, con los guarismos llamados arábigos; en la Facultad de Medicina, que gozaba de gran fama, se celebraron congresos de médicos en presencia del rey, siendo dirigidas las discusiones con el más riguroso protocolo. La corte real en Ctesifonte, a orillas del Tigris, equiparable en lujo y ceremonial a Constantinopla, era un centro del arte y la artesanía. Telas coloreadas con motivos animalísticos, escenas de caza y cuadros de batallas formaban un producto especialmente típico y de gran valor para la exportación, así como los trabajos en plata, en los que persistían la tradición pictórica oriental antigua y la aqueménida. Influencias bactriano-helenísticas e indias se mezclaban con las formas bizantinas, en especial con las procedentes del arte sirio. La influencia del país vecino occidental era especialmente intensa en la acuñación de la moneda (a la que debemos la serie de retratos del conjunto de los reyes sasánidas, cada uno de ellos representado con una corona, creada exclusivamente para él). Frente a la decadencia del arte numismático en los siglos IV y V, se hizo sentir la acción del nuevo estilo bizantino. Impresionantes y típicos a la vez son los grandes

relieves en roca de los reyes, que se relacionan con las tradiciones aqueménidas. En Naqs-i Rustam y Taq-i Bustam, esta serie se extiende desde las imágenes triunfantes de Sapor I hasta la figura ecuestre de Cosroes II armado (al amparo de un nicho abovedado, imitando el estilo de los arcos de triunfo romanos).

El arte sasánida tiene también sus propias creaciones en el campo de la arquitectura, especialmente en edificaciones de palacios, donde sigue la tradición parta. El centro del edificio, rodeado de ricos jardines y adornado en su interior con suelos de mosaico y decoraciones de estuco policromadas, lo constituía el llamado *līwan* —una sala de recepción, flanqueada por dos accesos más pequeños, cubierta por una bóveda de cañón abierta hacia el frente. En su construcción, así como en la empleada en los departamentos palaciegos anejos, los arquitectos sasánidas desarrollaron una técnica avanzada en lo referente a las cúpulas y bóvedas. El palacio de Cosroes en Ctesifonte (Taq-i Kisra) sigue siendo aún hoy un monumento impresionante de su voluntad soberana; sólo desde el punto de vista técnico, es una de las más grandes creaciones de la arquitectura de la época —con una bóveda enladrillada de más de veinticinco metros de luz.

Bajo los sucesores de Cosroes, sin embargo, se inicia nuevamente el debilitamiento del poder real, a causa de las revueltas de la nobleza, apoyadas por la diplomacia bizantina, siempre dispuesta a intervenir. En el año 590 sube al trono, con ayuda bizantina, Cosroes II, el último soberano sasánida digno de mención, cuya ofensiva militar a comienzos del siglo VII había de ser casi mortal para el imperio bizantino.

IV. RECUPERATIO IMPERII: IDEOLOGIA Y REALIDAD

a) *El punto de partida.*

El punto de partida de la política exterior justinianea lo constituyó la situación general de las fronteras del imperio, desde la perspectiva de la política militar bizantina hacia el año 530. La impresión que había recibido la diplomacia bizantina de los estados germanos sucesores de limperio en el Mediterráneo occidental era la de una inestabilidad considerable, tanto de conjunto como en los distintos reinos. Los estados germanos se encontraban, en los primeros decenios del siglo VI, en sus relaciones políticas internas, incluso en aquellos casos en que se habían superado las primeras dificultades del asentamiento, en

pleno enfrentamiento con sus súbditos latinos y católicos. A esto se añadieron los conflictos dinásticos. Pero era evidente también la ausencia de todo frente político común de cara a Bizancio por parte de estos estados. Las relaciones intergermanas del siglo VI, con su complicada política matrimonial y de alianzas —también gracias a la ayuda de la diplomacia bizantina—, están presididas por constantes rivalidades e intentos de ampliar los propios dominios a costa de los vecinos. La oposición entre Clodoveo y Teodorico era irreconciliable y pasó a ser un elemento más de la concepción política de estos soberanos. Esta situación proporcionó desde el primer momento al imperio bizantino una posición de superioridad, que se manifestó claramente cuando, bajo Justiniano, abandonó la pasividad del siglo V en lo tocante a política exterior.

La escasa coordinación en la defensa por parte de los germanos hizo posible a Justiniano y a sus generales utilizar plenamente su posición militar superior y desmembrar paulatinamente al mundo germano con acciones aisladas. Existían ya las posibilidades financieras necesarias para una política exterior ofensiva en Occidente; Justiniano había tomado también medidas para el rearme bien planificado del ejército. Ciertamente había que pensar también en cubrirse las espaldas en oriente. El enfrentamiento secular con los sasánidas había conocido ciertos momentos de entendimiento, y en todo caso había dado lugar a un conocimiento más exacto de los modos de reacción políticos y militares de ambas partes. El reconocimiento recíproco como potencias de igual rango se ponía de manifiesto en el trato utilizado entre los soberanos, al dirigirse el saludo de «hermano» en los actos oficiales, y también en una carta de Cosroes II al emperador Mauricio: «Desde los orígenes, la divinidad ha dado al mundo como dos ojos para dirigirlo e iluminarlo: el poderoso imperio de los romanos y la experimentada monarquía de los persas» [29]. Los métodos de la diplomacia bizantina en la defensa de la frontera oriental desarrollaban probadas tradiciones romanas, que habían de pasar más tarde al imperio otomano: una mezcla cada vez más refinada de contactos políticos, espionaje y propaganda religiosa, sanciones económicas y acciones militares, sin las cuales Bizancio no hubiera sobrevivido en los siglos posteriores. Los hijos de príncipes, con los cuales se mantenían relaciones amistosas, o de poderosos que gozaban de cierta autonomía, eran educados en Constantinopla y, en caso necesario, se sacaba también partido de su antagonismo. Sobornos, pagos de tributos y subsidios completaban este procedimiento. En ciertos sectores de la frontera, surgió una

zona perfectamente delimitada de estados intermedios. A ella perteneció en algunas ocasiones Armenia. Durante la época justinianea, el rey del Lazistán (la actual Georgia), situado en la zona norte, fue un aliado del imperio bizantino. En el segundo sector crítico de frontera entre las dos grandes potencias, el desierto sirio, se encontraba el principado de los gasánidas, una tribu árabe cristiana, con capital en Bosra; el rey Harit ibn Gabala recibió de Justiniano el título de *patricius*. Tras esta zona, se encontraba la verdadera frontera defensiva, que se extendía desde Crimea, pasando por el Lazistán, Armenia y el curso superior del Tigris y del Eufrates, hasta la zona que precede a Palmira y hasta Petra.

Tras largos decenios de una calma relativa, la frontera persa se había visto nuevamente en peligro durante algunos años. En el 527, Justiniano, aprovechando la situación supuestamente favorable frente al imperio sasánida, que soportaba en ese momento fuertes presiones del este, inició el ataque contra las fortificaciones fronterizas persas de Nisibis. La guerra que se desarrolló a partir de este ataque no sobrepasó los límites de los normales combates fronterizos y terminó en el año 532 con «un pacto de paz eterna», que, como frecuentemente ocurre, no duró demasiado tiempo. La situación parecía suficientemente estabilizada como para poder iniciar la ofensiva en Occidente, tras la crisis política interna que representó la rebelión *Nika* del año 532 y la superación de las incertidumbres de Juan de Capadocia.

b) *Exitos en Occidente.*

Las campañas de Occidente se convirtieron en una serie de éxitos, a través de las empresas anfibias de los generales Belisario y Narses, brillantemente organizadas y que pueden considerarse como la cima de la técnica guerrera de la época. Con la iniciativa diplomática, cada una de las ofensivas seguía el mismo esquema: el apoyo a un miembro de la familia reinante en su lucha por el trono era el motivo oficial de la intervención bizantina.

La expedición de Belisario a Africa comenzó en el año 533. Africa, que por su riqueza y capacidad productiva podía compararse con las grandes provincias orientales, había sido entregada por el Imperio Romano de Oriente con mucha más morosidad y resistencia que cualquier otra provincia. El intento de reconquista bajo León I, en el año 468, había fracasado. Por el contrario, Belisario logró aniquilar al reino vándalo con un

cuerpo expedicionario de sólo 18.000 hombres, en una campaña relámpago que dura hasta el verano del año 534. La caballería vándala fracasó en dos batallas; Belisario se llevó prisionero a Constantinopla al último rey, Gelimero, el tesoro de la corona, obtenido en innumerables incursiones de saqueo, pasó a engrosar las finanzas bizantinas. Gelimero pudo pasar sus últimos años con tranquilidad en una gran finca de Galacia, puesta a su disposición por el emperador.

Bizancio no tuvo nunca motivos para alegrarse de la reconquista de la provincia. La reinstalación de los antiguos propietarios de las tierras en las fincas confiscadas por los vándalos creó ya las mayores dificultades. Pero, sobre todo, se desarrolló a continuación de la conquista bizantina una nueva rebelión de los bereberes, que se prolongó en una complicada guerrilla, en la que la caballería acorazada bizantina era claramente inferior desde el punto de vista táctico a los bereberes, que con sus caballos y camellos tenían mucha mayor movilidad. En realidad, el ejército bizantino no logró resolver nunca el problema bereber. Hasta la conquista árabe, produjo un constante desgaste de las fuerzas militares del imperio en las fronteras del desierto africano.

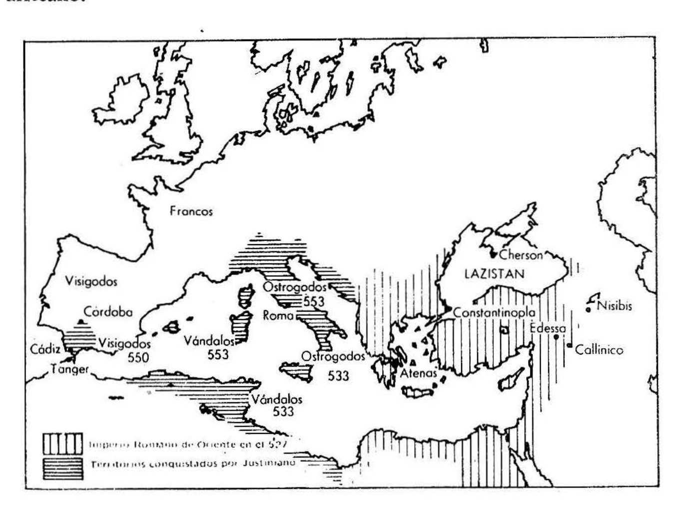


Fig. 6. *La reconquista de Occidente bajo Justiniano*

A pesar de la carga que suponía el problema berebere, al finalizar las operaciones contra los vándalos, ya en junio del año 535, comenzaba la campaña italiana contra el reino de los ostrogodos. Estaba planeada como un enorme movimiento de tenaza: un ejército, procedente de los Balcanes, penetraría por Servia, Yugoslavia y Dalmacia hacia la Italia septentrional, mientras que las tropas de desembarco de Belisario ocuparían Sicilia. La isla, que apenas era zona de ocupación goda, pues ningún godo se había asentado allí, cayó casi sin lucha. En la primavera del año 536, el emperador estaba convencido de que «Dios, tras todos sus éxitos anteriores, le había de garantizar también la posesión de todos los demás bienes que se habían perdido por negligencia, después que los antiguos romanos extendieron su soberanía hasta las fronteras de ambos océanos» [30]. Efectivamente tuvo lugar el desembarco en el sur de Italia y, con un ejército compuesto por apenas 8.000 hombres, Belisario consiguió éxitos increíbles, gracias a su superior capacidad de maniobra y a su mejor organización. Sin embargo, la lucha en la península italiana fue más larga que en Sicilia. Nápoles cayó relativamente pronto, pero desde el invierno del 536-537 hasta marzo del 538 se luchó duramente en torno a Roma, donde el ejército imperial se mantuvo encerrado durante mucho tiempo. En el año 540, cayó finalmente Rávena. El rey de los ostrogodos Vitiges (que subió al trono en el año 534 en lugar de Teodato, hombre falto de decisión, derribado por el ejército godo) fue llevado prisionero a Constantinopla.

Como en Africa, pero naturalmente de una forma aún más peligrosa, al primer éxito conseguido en Italia con relativa rapidez siguió un fuerte revés. Desde el 540, una nueva ofensiva sasánida retenía a una parte de las tropas bizantinas en el frente oriental. En Italia se sublevaron en el año 541 los ostrogodos, al mando del nuevo rey Totila. La rebelión goda fue el inicio de una lucha de catorce años en Italia, en la que, tras muchos reveses, Belisario fue sustituído como comandante en jefe por el eunuco Narses.

Sólo la derrota de los godos de Totila en Busta Gallorum, en la región de los Apeninos (551), que les ocasionó grandes pérdidas, llegó a quebrantar su resistencia (y retrasó aún más en la Italia septentrional las operaciones de alamanes y francos). En el año 555, fueron aniquiladas las últimas guarniciones godas en la Italia meridional; sólo en el norte resistieron Brescia y Verona (con ayuda merovingia) hasta el año 563. Italia volvía a ser de nuevo parte integrante del Imperio. Justiniano instauró una administración de corte bizantino, en la que todos

los gobernadores eran elegidos por los notables de las provincias —una concesión al poder de la nobleza territorial. A la cabeza del aparato administrativo se encontraba Narses, como *patricius,* con poderes civiles y militares.

La tercera gran acción militar, el ataque a España, coincide con la fase final de la guerra de Italia. Nuevamente fueron aprovechados con habilidad, como punto de partida, los trastornos provocados por la sucesión al trono, y de manera similar a lo acontecido en Africa, un pequeño ejército de desembarco obtuvo importantes victorias militares. El reino de los visigodos no podía ser derribado como el de los ostrogodos, pero, con todo, se llegó a ocupar, además de las Baleares, las principales fortificaciones y ciudades portuarias de la España sudoriental, incorporándolas de nuevo al imperio bizantino. Si la intención de extender la soberanía del imperio *usque ad utriusque oceani fines* (hasta las orillas de ambos océanos) no pudo cumplirse más que en parte, la cabeza de puente bizantina establecida en España significaba, además del control marítimo del mar Mediterráneo occidental y del estrecho de Gibraltar, sumamente importantes desde el punto de vista estratégico, un destacado éxito también para la política comercial.

En el año 555, después de algo más de veinte años de guerra en el Mediterráneo occidental, el imperio romano había sido restablecido, al menos en parte. Faltaba ciertamente la Galia, las provincias germanas y varias regiones de España y del norte de Africa. Pero los países neurálgicos del mundo occidental habían sido reconquistados; el Mediterráneo era nuevamente un mar romano-bizantino. Justiniano había conseguido un brillante éxito, que impresionó a sus contemporáneos: la *recuperatio imperii* se había llevado a cabo en gran parte, aunque no del todo.

c) *Balance de la reconquista: Logros y fracasos de Justiniano*

Pero estos éxitos brillantes tuvieron su sombrío reverso —la discrepancia entre ideología y realidad. La política de conquista, con la recuperación de una parte de las provincias imperiales en Occidente y de la soberanía sobre las costas del mar Mediterráneo, trajo gravísimas consecuencias para el imperio bizantino e influyó decisivamente en la evolución posterior de la totalidad del mundo mediterráneo. La destrucción del reino de los ostrogodos eliminó la última barrera capaz de ofrecer una seria resistencia a la penetración de los lombardos en la Italia

septentrional. Bizancio se encontraba obligada en occidente a mantenar una peligrosa actitud militar defensiva y a descuidar los problemas políticos. El frente persa solamente permaneció tranquilo hasta el año 540, a pesar de la «paz eterna» pactada. Aprovechándose inteligentemente de la guerra con los ostrogodos, Cosroes, en el año 540, tomó como pretexto para atacar las provincias bizantinas orientales los litigios fronterizos entre los gasánidas y los lajmidas en Siria. Avanzó profundamente en el interior de Armenia y del Lazistán, pero, sobre todo, en Siria. Antioquía, el centro de esta región, fue destruída. Solamente en el 545 y a cambio de grandes concesiones bizantinas, se llegó a una tregua que, tras largos años de incidentes fronterizos, se convirtió finalmente, en el año 562, en una paz duradera. El *status quo* allí acordado (por el que se devolvía el Lazistán al imperio bizantino) se mantuvo en gran parte durante los cincuenta años de duración del tratado, gracias tan sólo a los elevados tributos pagados a los sasánidas. En efecto, el precio de la paz gravó duramente el presupuesto estatal y dañó de modo considerable la reputación política de Bizancio en el oriente.

En el frente persa se llegó a mantener y asegurar las fronteras, aunque a costa de grandes sacrificios. Para el tercer teatro de guerra, el frente de los Balcanes, no eran suficientes las fuerzas militares del imperio bizantino. Justiniano promovió aquí conscientemente y desde el principio una política puramente defensiva.

En el Danubio y en Tracia se construyó una especie de *limes* bizantino, una cadena de fortificaciones separadas y a la vez conjuntadas entre sí. Detrás de esta línea de disuasión y ataque, se extendía un sistema de grandes puntos de apoyo aislados que deberían servir de centros de defensa y que llegaban hasta el corazón de Grecia. Pero faltaban las fuerzas móviles que deberían operar a partir de estas fortificaciones. Como consecuencia de esto, bajo la avalancha eslava se hundió el costoso y artificial sistema de instalaciones militares, casi sin haber sido utilizado. Su destino se asemejó al de las fortificaciones de los cruzados en Siria: también éstas constituyeron creaciones maestras de su época, desde el punto de vista militar y técnico, pero al fin cayeron sin gran resistencia, porque faltaban fuerzas militares para una defensa móvil. El gran valor de los fuertes bizantinos residía en poder dar refugio a la población.

Ya desde los tiempos del emperador Anastasio, toda la región de los Balcanes se veía amenazada por constantes incursiones de numerosas tribus: primero, hunos y germanos; después, eslavos y búlgaros. Las tribus constituían una verdadera plaga para el

país, pues invadían anualmente estas provincias con la misma periodicidad de la llegada de la primavera o de la época de la cosecha.

Muchas veces llegaban hasta las proximidades de la misma capital. Salónica, e incluso Corinto, se encontraban en peligro muy a menudo. Por el momento, sólo se trataba de incursiones de saqueo: las tribus nómadas atravesaban el país, saqueándolo en grandes y pequeños grupos, pero después abandonaban de nuevo el territorio bizantino. Sus movimientos fueron, sin embargo, precursores del asentamiento eslavo y de la formación del estado búlgaro en la región de los Balcanes. La migración de los pueblos eslavos no se produjo de una forma coordinada, ni en grandes acciones de federaciones tribales, al mando de destacados caudillos políticos y militares. Se trataba de acciones más anónimas y aisladas, llevadas a cabo por reducidos contingentes de guerreros, en las que eslavos y búlgaros demostraron ser excelentes soldados, particularmente expertos en el uso del arco y la guerra de guerrillas. El anonimato de su penetración tal vez haya podido contribuir al hecho de que los afectados apenas notasen, durante largo tiempo, cómo se formaba en la Europa sudoriental una peligrosa zona de depresión política.

Los dos problemas más amenazadores del imperio bizantino eran el de la invasión eslavo-búlgara en los Balcanes y el gran poderío conseguido por los sasánidas en oriente. Pese a sus medidas defensivas en los Balcanes, Justiniano subestimó el problema eslavo y sasánida, que era, sin embargo, vital para Bizancio. Su visión unilateral, determinada por su propia ideología, no le permitió tener en cuenta los peligros que acechaban en las fronteras nordoriental y sudoriental. Agotó sus fuerzas en las conquistas de occidente, que sólo en muy escasa medida podían mantenerse a largo plazo. De este modo, no actuó a tiempo, cuando aún era propicia la situación para acabar de raíz con el problema de los Balcanes. Las consecuencias de esta grave omisión política iba a sentirlas violentamente el imperio bizantino a finales del siglo VI.

Pero esta orientación errónea de la política exterior, de cara a una situación cambiante en la región nororiental, no constituía la única herencia peligrosa del reinado de Justiniano. También afectaron a la vida interna del imperio serias y desfavorables repercusiones de veinte años de guerra. Los costos gigantescos de las campañas y de las fortificaciones —sin ellas no hubiera sido posible mantener desde un principio las provincias occidentales— habían agotado rápidamente las reservas financieras del estado, acumuladas por Anastasio. Nuevas y más eleva-

das exigencias impositivas fueron, como siempre, el resultado de esta política. La carga de la administración bizantina se sintió duramente, sobre todo en las regiones occidentales reconquistadas. Ya al final del reinado de Justiniano, se hace sentir el fantasma de una nueva crisis financiera y, a causa de ésta, se podía apreciar dondequiera una creciente insatisfacción política de los súbditos.

Los años centrales del siglo VI constituyeron el punto culminante y también la peripecia de la época protobizantina, que se consideraba a sí misma como heredera del imperio cristiano. A los contemporáneos, tanto en Oriente como en Occidente, se ofrecía un cuadro deslumbrante. La obra de Justiniano parecía lograda: Santa Sofía simbolizaba su triunfo como majestuoso vicario de Cristo sobre la tierra, pues había restaurado la soberanía del *Imperium Romanum Christianum* y asegurado la unidad del Estado y de la Iglesia.

Hacia la mitad del reinado de Justiniano, sus metas políticas parecían corresponder a la realidad. En el mundo mediterráneo del siglo VI, el imperio bizantino era, tanto política como espiritualmente, la potencia dominante. Del reino de Justiniano surgieron realidades destinadas a ejercer una influencia duradera. Su *Corpus iuris* se convirtió en el fundamento de la vida jurídica de Oriente y, más tarde, también de Occidente. El esplendor y la alta capacidad creadora del arte justinianeo influyeron durante siglos en Occidente (capilla de Carlomagno en Aquisgrán). La irradiación del arte parecía corresponder en el campo político, a la *recuperatio imperii.* Los estados germanos orientales habían sucumbido a la política justinianea: vándalos y ostrogodos desaparecieron del mapa político; los visigodos se vieron desalojados, durante algún tiempo, del Mediterráneo; el reino merovingio, con su inestabilidad interior, no constituía para Bizancio un serio oponente.

Pero todo aquello no estaba destinado a perdurar. Peligros y fracasos oscurecieron ya los últimos años del viejo emperador, cuya atención se volvía de manera cada vez más unilateral a los planteamientos teológicos. La guerra había desangrado al imperio y la reforma administrativa no tuvo éxito ni vigencia. El lento y rígido sistema administrativo había demostrado ser demasiado poderoso; las crecientes cargas financieras habían hecho fracasar las reformas de orden político-social y conducido nuevamente a la opresión fiscal, con la consiguiente corrupción, que el emperador trató de combatir. El desarrollo de la sociedad se detenía. El conflicto religioso seguía ocultamente encendido, pero, con el menor pretexto, volvía a resurgir con extraordinaria

violencia en las crisis políticas y durante el reinado de los gobernantes más débiles. En fin, el abandono de los problemas verdaderamente peligrosos que planteaba la política exterior en Oriente había creado para las regiones afectadas una amenaza cada vez más grave.

Es difícil sopesar aportaciones y omisiones, éxito y ceguera. A lord Salisbury se debe la frase: «*The commonest error in politics is sticking to the caracasse of dead policies*». Tanto la situación presente del imperio como su ideal futuro, la *recuperatio imperii,* no era ya una idea política viva, sino tan sólo una ideología gastada, que despreciaba la realidad. El ideal de la restauración de la totalidad del imperio hasta España sobrepasó las fuerzas de Bizancio y, ya a finales de siglo, le hizo hundirse en una anarquía, que significaba el fin del primer estado bizantino. Aunque esto es sólo una verdad a medias. La discrepancia entre ideal político y realidad es sólo una cara de la época. La situación del imperio en el año 610 era muy diferente a la del año 518. El rápido hundimiento del sistema justinianeo no afectó a realizaciones esenciales de la *renovatio imperii.* La neorromanización del imperio no alcanzó un éxito duradero, pero contuvo el proceso de orientalización hasta el momento en que las provincias orientales se separaron, con la conquista islámica. Esto creó la base de la posicion histórica de Bizancio entre Occidente y Oriente.

La fuerza de atracción sobre Bizancio de la tradición estatal romana impidió a Justiniano y a los emperadores posteriores ver los problemas primordiales de su estado y tomar las decisiones pertinentes. Pero éste es un juicio de la posteridad: si la obra de Justiniano constituyó un error, no estuvo, sin embargo, exenta de grandeza. Sus sucesores tuvieron que cargar con el peso de su herencia. Las conquistas se les fueron demasiado rápidamente de las manos, mientras nuevas amenazas se agolpaban en torno al imperio. Los años que van de la muerte de Justiniano al régimen del usurpador Focas, son los años de un sueño enterrado; de un mundo que se hunde estruendosamente, en el que emperadores y generales se resisten inútilmente a la caída.

V. LA DESINTEGRACION DEL SISTEMA JUSTINIANEO

La desintegración del sistema de Justiniano y del poderío bizantino se inició ya bajo sus inmediatos sucesores; fue un rápido proceso de sólo 37 años de duración. Justino II, Tibe-

rio I y Mauricio eran políticos y militares enérgicos y capacitados, que dirigieron los combates defensivos con todas sus fuerzas e intentaron detener la decadencia, sin poder por ello impedir la crisis final del estado bajo Focas (602-610), con el hundimiento del sistema defensivo de los Balcanes y de la frontera oriental.

Justino II (565-578) prosiguió la política imperial de su tío Justiniano de manera aún más acentuada y con menores posibilidades de éxito. Combates simultáneos contra ávaros y sasánidas llevaron, a pesar de ciertos éxitos momentáneos, a una serie de derrotas, pues faltaban reservas militares y financieras. Cuando la megalomanía política de Justino se transformó en verdadera locura, fue sustituído por el general tracio Tiberio I (578-582). El intento de pasar a una defensa elástica en el escenario de los Balcanes, abandonando ciertas regiones, llegó demasiado tarde: Sirmio, punto clave estratégico, se perdió en provecho de los ávaros. Los enfrentamientos militares con los sasánidas no terminaban nunca y continuaron bajo el reinado de Mauricio (582-602), yerno de Tiberio. Solamente en el año 591, la paz pactada con Cosroes II, que subió al trono con ayuda bizantina, posibilitó una concentración de las fuerzas militares en el frente de los Balcanes. Pero después de algunos éxitos iniciales, Mauricio cometió el error de no permitir invernar en los cuarteles próximos a la capital a sus agotadas tropas, provocando un motín del ejército que condujo a la más completa anarquía.

Junto a la situación político-financiera y económica, tres hechos condicionan la debilidad política del imperio bizantino en las postrimerías del siglo VI. En primer lugar, subsistía el cáncer monofisita. Los sucesores de Justiniano eran decididos ortodoxos; especialmente bajo Justino II se llegó a nuevas y duras persecuciones de los monofisitas. A la agudización de los enfrentamientos religiosos iba vinculada, en el orden político interior, un debilitamiento del poder central. Entre la nobleza territorial se percibían tendencias a la autonomía política, que correspondían a la evolución de Occidente. Al mismo tiempo, despertaron, bajo la presión de la crisis exterior, los partidos circenses urbanos (véase arriba, pág. 188), que rápidamente escaparon al control del gobierno. Además, la disciplina en el ejército se debilitó y las tropas empezaron a desobedecer las órdenes del emperador y de sus mismos generales. Entre las causas de este estado de cosas, se encontraban, en primer plano, las dificultades financieras. Una vez más quedó a la vista el talón de Aquiles de todo ejército mercenario: la desaparición o disminución de las

soldadas amenazaba con una reducción de la fuerza combativa, si no con el motín abierto. Sin embargo, llegó un momento en el que las inteligentes medidas tomadas por el emperador Mauricio llevaron al orden y a una firme estabilidad, con la creación en Occidente del sistema de los exarcados de Rávena y Cartago. En estos gobiernos militares, el poder civil y militar quedó reunido en una sola mano. Mauricio obtuvo resultados de una cierta duración con la militarización del aparato administrativo, medida que sirvió de modelo para la organización de las *themas* del siglo VII y constituyó una etapa importante en el desarrollo del estado bizantino medio.

A partir de la creación del exarcado de Cartago, a principios del siglo VII, se inició, de hecho, la renovación del imperio.

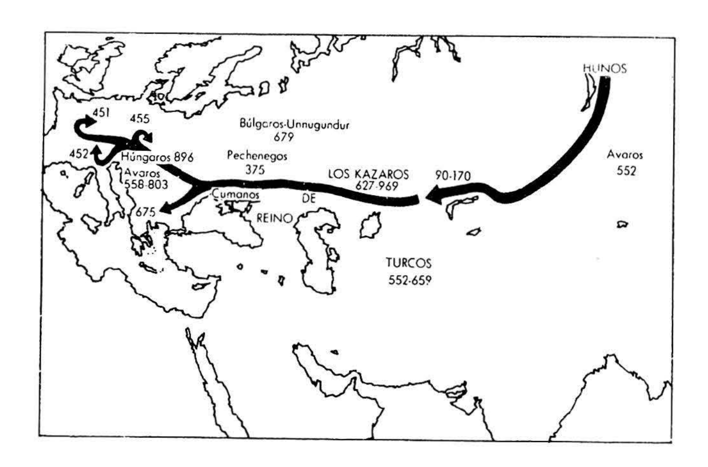


Fig. 7. *Los pueblos de las estepas y sus movimientos*

En cuanto a la política exterior, en el transcurso de una generación, debieron ser nuevamente abandonadas muchas de las conquistas de la época justinianea. En las postrimerías del siglo VI, el frente oriental del imperio se encontraba constantemente amenazado. Después de que Justino II rompió la paz con Persia, siguieron veinte años de graves enfrentamientos militares, hasta que finalmente, en el 591, bajo Mauricio, se llegó a un tratado de paz, relativamente favorable para Bizancio, en virtud del cual una parte de Armenia quedaba anexionada al imperio bizantino. La momentánea estabilización de la frontera

oriental parecía ofrecer aún la posibilidad de detener en el nordeste la presión de la avalancha eslava.

Bajo los sucesores de Justiniano, los Balcanes habían escapado ampliamente al control del imperio. Junto a eslavos y búlgaros emergía una tercera fuerza procedente de las, al parecer, inagotables reservas de las estepas asiáticas interiores: los ávaros. Estos jugaron durante esos decenios un papel similar al de los hunos anteriormente, por la rapidez con que cambiaban de lugar, fundaban imperios y reunían a las más diversas tribus bajo un efímero mando unificado. Ejercieron una presión adicional sobre las tribus nómadas eslavas, empujándolas contra las fronteras imperiales y en dirección a las provincias septentrionales. Con esto se complicó, de momento, la escena política y militar hasta tal punto, que la situación apenas era comprensible para los diplomáticos experimentados y los generales bizantinos.

A pesar de las constantes luchas defensivas, en los años setenta del siglo, no se encontraba segura ninguna región bizantina de los Balcanes, a excepción de las grandes ciudades fortificadas, como Salónica. La avalancha eslava no alcanzó solamente Dalmacia, sino también el Peloponeso e incluso el archipiélago griego. Estas regiones siguieron siendo, tanto cultural como étnicamente, fundamentalmente griegas. Pero en todas partes se generalizó, por los años ochenta, un cambio decisivo en el comportamiento de las tribus eslavas: en lugar de las correrías de robo y saqueo se inició el asentamiento sobre suelo bizantino.

Al finalizar el siglo VI, la frontera del Danubio existía solamente en el mapa. La población imperial latina y helénica de los Balcanes había sido empujada hacia la franja costera del Adriático y del Egeo. En el siglo VII, Macedonia llevaba ya el nombre de «Sclavinia», a causa de su densa población eslava. La situación, vista desde España, hizo decir a Isidoro de Sevilla que «los eslavos habían arrebatado Grecia a los romanos» [31]. El incipiente asentamiento de los eslavos constituía, aunque no pudiesen percibirlo los contemporáneos, el acontecimiento más importante de la política exterior en las postrimerías del siglo VI. Bizancio no estaba en condiciones de dominar diplomáticamente o de rechazar por las armas este gran movimiento de pueblos, como lo había hecho con las diversas oleadas precedentes. Como aconteció con la conquista germana de Occidente, el resultado final de la ocupación eslava de tierras en los Balcanes fue la fundación de estados independientes sobre suelo imperial —aunque las ofensivas en los Balcanes, bien planeadas

por Mauricio desde el año 592, hicieron aún creer, por un momento, que las cosas tomarían un cariz diferente.

En Occidente se percibía aún con mayor claridad la inutilidad de la lucha de los tres sucesores de Justiniano contra la lenta disolución del imperio. La lucha comenzó ya en el año 568 con la penetración de los lombardos, procedentes de Hungría (empujados a su vez por los ávaros), en Italia, que ocuparon el país hasta Roma, Rávena y el sur de la península. También en España se debieron abandonar, ya en el año 572, una parte de las nuevas conquistas. En el 584 cayó Córdoba y en el 629 toda España estaba otra vez en manos godas. Africa, que conoció una vez más un florecimiento de las construcciones religiosas y profanas, había sido dotada por Justiniano de un cinturón de fortificaciones moderno; pero que no ponía fin a las luchas agotadoras contra los bereberes.

Al finalizar el siglo, los grandiosos e ilusionados éxitos de la política de reconquista justinianea se habían esfumado en proporciones considerables. Allí donde aún quedaban tropas bizantinas, se encontraban envueltas en constantes y graves combates defensivos.

VI. LAS TRIBULACIONES DE OCCIDENTE

a) *La irrupción de los lombardos.*

Occidente estuvo siempre expuesto a los huracanes de la política mundial, aunque las relaciones con Oriente se iban relajando poco a poco. Jugó un papel decisivo en este proceso la irrupción de los lombardos en Italia. También aquí, los comienzos de un nuevo estado están ligados a la figura de un destacado caudillo fundador: Alboino (568-572). Fortificaciones fronterizas bizantinas como Cividale y Aquileia fueron pronto arrolladas, en tanto que la mayor resistencia se concentró en las márgenes del Po. Sin embargo, Vicenza y Verona cayeron rápidamente; en el 569, fue conquistada Milán y, finalmente tras un largo sitio, se tomó Pavía, la futura capital de los lombardos. Después de haber consolidado esta posición, se dirigieron hacia el sur. Rávena y Roma siguieron en poder bizantino; pero más al sur de esta línea se levantaron los grandes ducados lombardos de Spoleto y Benevento.

El asesinato de Alboino en el año 572 fue, por sus secretas motivaciones, sintomático del *status* semibárbaro de los nuevos

señores de Italia. Los lombardos habían luchado, como *foederati,* bajo Justiniano, en la cuenca del Tisza, contra la inquieta tribu de los gépidos y la destruyeron en el año 567, en colaboración con los ávaros. Alboino tomó por esposa a la hija del rey de los gépidos, pero después de la conquista de Pavía cayó víctima de una conjura urdida como venganza por su mujer Rosmunda. La muerte de Alboino interrumpió la expansión de los lombardos y, al mismo tiempo, hizo decaer el poder real, que sólo se había apoyado en sus cualidades personales. Del año 574 al 584 no se eligió ningún rey. El país se vio sumido en una temperada anarquía, bajo la soberanía de treinta y cinco duques lombardos; una acción planeada conjuntamente por los ejércitos merovingio y bizantino amenazaba peligrosamente al nuevo estado. Sólo con Autario (584-590) y Agilulfo (590-616) se volvió a un poder centralizado y al robustecimiento del edificio estatal, recuperándose los territorios perdidos.

Para finales de siglo, un nuevo Estado se había establecido en la Italia septentrional y media. Su interna debilidad, debida a los elementos feudales de la estructura estatal, contribuyó naturalmente a que, durante decenios, la situación territorial apenas variase. La posición bizantina se consolidó en Liguria, Venecia y en una franja que atravesaba la Italia media, entre Rávena y Roma, mientras que la soberanía sobre Calabria, Apulia y Sicilia permanecía intacta. Durante bastante tiempo, entre los lombardos y Bizancio no existió prácticamente otra cosa que una tregua, que no dejó de tener repercusiones sobre la organización de los territorios a ambos lados de las fronteras. La Lombardía está sembrada de ciudades fortificadas y castillos. Más allá de la frontera, en Liguria, en los Apeninos, y en las márgenes de la *terra ferma* veneciana surgieron fortificaciones bizantinas, apoyadas por las guarniciones de las grandes ciudades y por la flota, estacionada en Rávena y Sicilia. La influencia cultural bizantina en los territorios italianos fue especialmente fuerte durante estos decenios, sobre todo en Venecia y Sicilia (cf. más adelante, p. 338). En el sur de Italia, prosiguió el proceso de rehelenización, hasta el comienzo de la soberanía normanda.

La fundación del reino lombardo tiene una significación histórica que va más allá de las confrontaciones locales con el exarcado bizantino de Rávena. Este trazó una barrera espiritual y política en la Italia meridional, que, de modo creciente, aisló a los merovingios de la influencia bizantina; hecho que tuvo para la historia posterior del reino merovingio extraordinaria importancia por su desarrollo a partir del mundo romano-tardío bizantino.

b) *Los merovingios (561-613)*

La historia política del reino merovingio a finales del siglo VI venía siendo ampliamente determinada por las crueles luchas dinásticas. La falta de normas precisas para la sucesión creó una situación dramática en una casa real, donde dominaban las pasiones incontroladas, los excesos y la brutalidad.

Con la muerte de Clotario I en el año 561, terminaba un corto período de soberanía unitaria. De sus cuatro hijos, Cariberto, el rey de París, había muerto en el año 567. Gontrán (561-592) quedó como soberano de Orléans y Borgoña, al margen de los acontecimientos. En la escena política dominaban el rey de Austrasia, Sigiberto I (561-575), con residencia en Metz y el rey de Neustria, Chilperico I (561-584), con residencia en Soissons; sus mujeres, Brunegilda y Galsuinda eran hermanas y procedían de la casa real de los visigodos. Gregorio de Tours ha dejado un tremendo retrato de Chilperico, donde no faltan los rasgos terroríficos. Fuera de su amante, Fredegunda, sólo

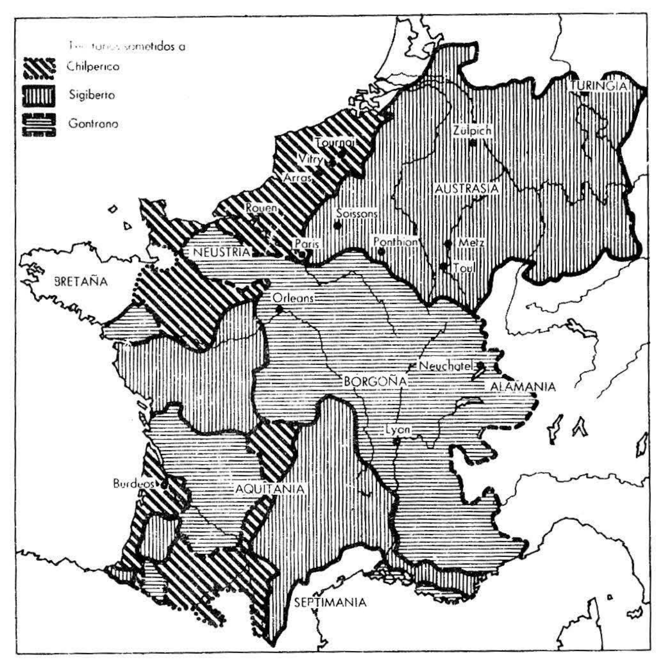


Fig. 8. *El reino merovingio tras la muerte de Clotario.*

le interesaban dos cosas: la expansión de su área de soberanía a costa de sus hermanos y el atesoramiento de la mayor riqueza posible. En cuanto a la elección de medios no era muy refinado: aumento de impuestos y recaudación brutal, multas fortísimas pecunarias contra la rica nobleza, y venta de las sedes episcopales a quienes ofrecían más por ellas; todo ayudaba a llenar su caja. Junto a la avaricia casi patológica y refinada hipocresía política, aparecían en él rasgos originales: Chilperico era un rey merovingio, que compuso poesías latinas, amplió el alfabeto en cuatro letras por real decreto y desdeñó la doctrina trinitaria como insensatez antropomórfica.

La lucha por la soberanía en el reino franco comenzó con el misterioso estrangulamiento de Galsuinda. Sigiberto consiguió éxitos políticos y militares contra Chilperico en «campañas de castigo»; pero, en el momento de su triunfo, Fredegunda hizo que le asesinaran con un puñal envenenado (575). Brunegilda fue hecha prisionera, pero consiguió escapar. Durante los treinta años siguientes ejerció una influencia dominante en la política merovingia como reina de Austrasia, al principio como regente, hasta el año 595, en nombre de su hijo Childeberto II (575-595) de cinco años de edad, entronizado en Metz. Era una persona carente de escrúpulos, que logró durante decenios defender a Austrasia contra los intentos de conquista de Chilperico (asesinado en el año 584) y al mismo tiempo refrenar la oposición de la nobleza contra su propia persona. Cuando su nieto Teodoberto II (595-612), coronado rey de Austrasia por decisión de la reina, se levantó contra ella, movió a su hermano Teuderico II (595-613) a aplastar esta «insurrección». Teudeberto fue entregado en el año 612 a Brunegilda, quien le eliminó. Al morir también Teuderico II, un año después, Brunegilda intentó unificar los reinos de Austrasia y Borgoña bajo el mando de su bisnieto Sigiberto II, que contaba doce años de edad. Pero en este momento se produjo la rebelión abierta de la nobleza de Austrasia, bajo la dirección del obispo Arnulfo de Metz y del mayordomo Pipino (cf. más adelante p. 333). Con ayuda de Neustria, Brunegilda fue hecha prisionera junto al lago Neuchâtel y, durante tres días, sometida a tormento, para, finalmente, morir arrastrada de la cola de un caballo (613).

Había fracasado la tentativa de crear un reino unido y estable a partir de Austrasia. Las luchas por el poder en la casa real fomentaban la desintegración política interior del reino merovingio. El triunfo de la nobleza sobre la realeza llevó a una lenta transformación estructural hacia un estado asociativo. Paralelamente a esto se produjo una importante evolución en

la vida espiritual. Cada vez se imponían más las escuelas eclesiásticas en sustitución de la vieja y decadente educación laica, de modo que sólo podían conseguir una formación literaria quienes pertenecían a la jerarquía eclesiástica y los monjes. *Clericus* significaría de ahora en adelante no sólo el sacerdote, sino la persona culta en general. Este desarrollo se vio favorecido por la actividad del misionero Columbano, que procedía del monasterio irlandés de Bangor (cf. más adelante p. 328). El enorme crecimiento del movimiento monástico contribuyó aún más a la centralización de la cultura en el ámbito eclesiástico.

c) *El reino de los visigodos.*

Mientras que en el reino merovingio se delineaba un proceso de transformación, tras el desorden político interior y la pasividad para con el exterior, lo que señalaba una separación cada vez mayor de las tradiciones políticas y culturales romano-tardías, en el reino visigodo, sin embargo, la evolución fue más bien en sentido contrapuesto. En el único estado germano que superó la política de recuperación justinianea quedó de manifiesto que la inicial solución dualista había de ser necesariamente temporal. En la segunda mitad del siglo VI se puso en movimiento un proceso de clara «bizantinización» del poder. Para Leovigildo (568-586), que robusteció nuevamente la posición de la realeza contra la aristocracia, la monarquía bizantina era el gran arquetipo. El fue el primer rey visigodo que introdujo los símbolos de soberanía de la tradición romana, el ornato real y el trono, así como el primer soberano germánico que fundó ciudades (entre otras, Recópolis, llamada así en honor de su hijo Recaredo) y tomó títulos imperiales en el acuñamiento de la moneda, como *Pius* y *Victor*. Leovigildo dio también el primer paso importante dirigido a una más profunda romanización de los germanos, a un orden estatal y una cultura determinados por formas romano-tardías bizantinas, al abolir la prohibición de que se contrajeran matrimonios entre los germanos y la población romanizada. También contribuyó a robustecer esta dirección política la conversión al catolicismo de los visigodos, durante el reinado de su hijo Recaredo I (586-601): en el tercer concilio de Toledo, celebrado el año 589, en el que participó el mismo rey, la mayor parte de los obispos arrianos abrazaron la confesión católica. El único paso que quedaba por dar era el establecimiento de la total igualdad jurídica de romanos y germanos (cf. más adelante p. 312), y se dio bajo Recesvinto (653-672). A consecuencia de esta conversión, el

papa Gregorio el Grande tomó la iniciativa de mediar diplomáticamente entre Bizancio y el reino visigodo. Pero, sobre todo, con la unificación de la realeza y de la Iglesia se volvió a la situación existente en el período romano-tardío.

Si indudablemente Bizancio constituía un modelo para los reyes visigodos, esto no les impedía, en modo alguno, combatir por todos los medios su presencia en suelo español. El cambio de confesión no modificó fundamentalmente las relaciones políticas hacia Bizancio, a pesar de los esfuerzos papales. También los reyes visigodos católicos luchaban enérgicamente contra las posiciones bizantinas en el sur de España. Recaredo apenas pudo ir más allá de los éxitos de Leovigildo. La segunda gran fase de la reconquista visigoda se llevó a cabo bajo Sisebuto (612-621).

d) *El ascenso del papado.*

En Occidente, sobre todo a través del enfrentamiento entre la Italia bizantina y los lombardos, se fue delineando lentamente la posición del papado. Era antigua la aspiración del obispo de Roma al primado; el concepto de que el sucesor de Pedro fuera el primero entre los obispos de la cristiandad, existía ya en el siglo II. La lucha por la implantación del primado romano fue, de todos modos, difícil y de larga duración, tanto en el terreno dogmático y en el magisterio de la Iglesia, como en el ámbito político-práctico de la jurisdicción eclesiástica. Desde Constantino, el obispo de Roma hubo de defender constantemente sus aspiraciones frente a los grandes patriarcas de Oriente. En las luchas dogmáticas y político-eclesiásticas jugó un papel nada insignificante, incluso en Oriente, y conservó la precedencia honorífica, al menos en los Concilios de los siglos IV y V, sobre los demás patriarcas. Esta precedencia honorífica del obispo de Roma fue un punto de partida ideológico para la posterior evolución de las aspiraciones al primado.

En efecto, la lucha político-eclesiástica por el poder se mantuvo durante mucho tiempo. Fueron muchos los decenios en que el obispo de Roma, desde el punto de vista político-eclesiástico, era una figura sin gran relieve y el papado manzana de la discordia entre las familias nobles romanas. Para la Iglesia oriental, el papa durante los siglos IV y V no fue otra cosa que el patriarca de Occidente. Sin embargo, es en esta época cuando se perfilan dos etapas en el camino hacia el papado, como poder real. Condición previa importante fue el cambio de posición que se operó en la Iglesia de Occidente en sus relaciones con el Estado. Lo que había logrado León el Grande

(440-461) en influencia política y poder eclesiástico, lo instituyó Gelasio (492 al 496) en el plano teórico, con su doctrina sobre los dos poderes (cf. arriba pp. 165 y ss.). Una segunda gran transformación tuvo lugar con la conquista de Italia septentrional por los lombardos. Cuando el poder de Justiniano alcanzaba la cima, la influencia e independencia del papa se encontraban considerablemente reducidas. El exarca tenía bien sujeta a la Santa Sede. El papa Vigilio, pese a su larga oposición, fue forzado a asentir a la condena de «los tres capítulos» (cf. arriba p. 195). Pelagio I (555-560) y sus sucesores sólo pudieron ser elegidos con el asentimiento imperial, lo que venía a significar prácticamente el nombramiento. Simultáneamente, Roma perdía *de facto* su jurisdicción sobre los patriarcados y arzobispados de Aquileia, Milán y Rávena, que, tanto antes como después, recusaron la condena de «los tres capítulos». La irrupción de los lombardos trajo consigo la unión dogmática con Rávena y Milán, aunque fueron confiscados sobre todo bienes territoriales de la Santa Sede en suelo lombardo. Pero lo más importante: ahora se abría para Roma el camino de la independencia política; la sede del obispo de Roma se encontraba en el punto donde confluían la esfera de influencia lombarda y la zona de soberanía bizantina en Italia. De ahí partieron los primeros pasos de una propia existencia política, los fundamentos del poder secular de la Iglesia.

El pontificado de Gregorio el Grande (590-604) significó un hito importante. Sin duda, el papado era aún muy débil para conservarse políticamente independiente. Aún necesitaba por algún tiempo mantener contactos con Constantinopla. La necesidad de un apoyo político en las constantes luchas político-eclesiásticas con el patriarcado de Constantinopla (tras del cual se encontraba, naturalmente, el emperador bizantino), constituyó el punto de partida de la posterior alianza entre el papado y los reyes carolingios. Las relaciones entre el papa y el rey franco eran, por su naturaleza e intencionalidad, completamente distintas a las existentes entre el patriarca y el emperador.

En los años 591-592 hubo aún ciertos éxitos, aunque aparentes, para la política de Bizancio. Se había concertado un tratado de paz con los sasánidas y, en los Balcanes, la ofensiva de Mauricio proseguía con pleno éxito. Pero fueron precisamente las campañas de los Balcanes las que motivaron una nueva crisis. En el año 602, el ejército se amotinaba, produciéndose un levantamiento en Constantinopla, durante el cual Mauricio y sus hijos fueron asesinados. El general Focas (602-610), proclamado emperador, instauró un régimen caracterizado por el

más absoluto terror, que intentó imponerse mediante ejecuciones masivas entre la aristocracia, pero que lógicamente sólo provocó conjuraciones. En Constantinopla, se llegó a luchas callejeras con los partidos del Circo, mientras que en las provincias orientales las revueltas se acercaron a verdaderas guerras civiles, como consecuencia de la rigurosa política eclesiástica ortodoxa de Focas. Estos ocho años constituyen una de las épocas más sangrientas de la historia bizantina. Pero no significaban solamente una crisis política interna. Los primeros años del siglo VII trajeron también a Bizancio una catástrofe en política exterior. La línea defensiva de los Balcanes se hundió definitivamente: eslavos y ávaros se expandieron sin encontrar obstáculos. Simultáneamente, se produjo una contraofensiva sasánida, que penetró profundamente en Asia Menor, hasta Cesárea y Calcedonia; es decir, hasta las proximidades de la capital imperial.

Los años de anarquía bajo Focas eran una consecuencia de la política justinianea. Demostraban una vez más hasta qué punto era precaria la sorprendente expansión del imperio a mediados del siglo VI. Había sido una deslumbrante restauración, pero sin renovación interna que pudiera soportarla. Su consecuencia fue una crisis que llevó al Estado al borde de la ruina. El primer Estado bizantino y con él la última herencia institucional directa del tardío imperio romano desaparecía. Por esto es un hecho simbólico que el último monumento erigido en el foro romano fuese una columna del emperador Focas. Aquí terminaba la tradición romana.

Lo que vino después, pese a que se intentó construir sobre el pasado, fue el Estado bizantino medieval; algo nuevo si la realidad política se sitúa por encima de las concepciones tradicionales de derecho público y de la supervivencia de viejos rótulos. Que aquello fuese a producirse en lugar de la catástrofe que amenazaba abiertamente, no era de todos modos nada seguro por los años 609 y 610. Incluso a los ojos de los contemporáneos se perfilaba la posibilidad de una caída definitiva y completa del Imperio. La salvación vino de Occidente, que estaba, sin embargo, sustrayéndose a la influencia de Bizancio. El levantamiento dirigido por Heraclio, hijo del exarca de Cartago, contra el usurpador Focas puso fin a la anarquía. Heraclio subió al trono de Constantinopla en el año 610. Su reinado, por increíble que pudiera parecer en ese momento, inauguraba una nueva era. Los treinta años de su gobierno —llenos de éxitos sorprendentes y de peripecias fulgurantes— constituyeron el capítulo más dramático, pero también el más transcendental, de la historia bizantina.

4. El despertar de Oriente: El siglo de la conquista árabe-islámica

Existen lugares y momentos en los que el discurrir histórico y sus cambios de dirección se cristalizan simbólicamente. El drama de Heraclio y, con él, el cambio histórico, que se opera en treinta años escasos para el imperio bizantino, se materializa en el destino de una ciudad: Jerusalén. Este centro de la cristiandad fue conquistado en el año 614 por los sasánidas, que, durante largos días, saquearon y devastaron la ciudad y mataron a muchos de sus habitantes. Finalmente, el ejército sasánida se retiró, llevándose consigo la reliquia de la Santa Cruz. Dieciséis años más tarde cambia la suerte. En el año 630 hace Heraclio una entrada triunfal en Jerusalén con la reliquia de la Santa Cruz, que ha recuperado con su triunfo sobre el imperio sasánida. Es éste el punto culminante del poderío del estado bizantino en el siglo VII. Pero apenas ocho años después se produjo un cambio totalmente inesperado. En un frío día de febrero, el año 638, hizo su entrada en Jerusalén el califa Omar, montado en un camello blanco y seguido de un ejército de beduinos, maltrecho pero disciplinado. Al patriarca Sofronio, que espera con su séquito al califa, junto a las ruinas del templo de Salomón, se le imponía la frase bíblica: «Contemplad el horror de la desolación predicho por el profeta Daniel» [1]. Desde esos días de febrero del año 638, Jerusalén se convierte también en un lugar santo del Islam. Sobre el lugar en el que se encontraba el templo de Salomón se eleva ahora la mezquita de Qubbat as-Sakhra (llamada de Omar), construida sobre roca, que es hasta el día de hoy, junto con la Meca, uno de los más grandes santuarios del mundo islámico.

La entrada de Omar en Jerusalén constituía solamente un capítulo de la expansión árabe-islámica, que representa el acontecimiento histórico más decisivo del siglo, aunque inicialmente pudiera parecer mucho mayor el peligro sasánida. Si se contempla la situación de conjunto de la región mediterránea en una conexión histórica más amplia, se percibirán los cambios que se producen por esta época en Oriente y que surgen de las formas de vida del período romano-tardío y bizantino-tem-

prano. También aquí un gran proceso de transformación y de renovación sacude las viejas formaciones políticas y la cultura unitaria helenístico-romana. El renacimiento de los sasánidas con Cosroes I (531-569) era el presagio de un robustecimiento del Oriente. El despertar de esta región histórica se anunciaba ya espiritualmente con corrientes religiosas como el monofisismo. Cierto es que el imperio sasánida, el rival más grande e influyente de Bizancio aún a comienzos del siglo VII, estaba ligado todavía de mil maneras a las tradiciones del viejo mundo mediterráneo. Sólo el Islam aportó el verdadero elemento de cambio: Fue la fuerza determinante en la transformación, que durará dos siglos, del mundo mediterráneo. La conquista árabe-islámica, que se extenderá como una gran mancha de aceite por las regiones mediterráneas a mediados de siglo, crea, a partir de las ruinas de la vieja cultura, un nuevo mundo espiritual y político, que se situará en igualdad de derechos junto a la comunidad de pueblos germano-latinos del occidente medieval y junto a Bizancio. Pese a todo lo que toma de los elementos tradicionales, esa cultura es impulsada por fuerzas propias, que van a influir después en el mundo mediterráneo y la Europa occidental. La historia de los imperios bizantino y franco, así como la de la alta Edad Media, es inconcebible sin el desafío político del califato y sin el intercambio espiritual con la cultura islámica.

Si el Islam transforma la situación política global y, a largo plazo, también la economía del mundo mediterráneo, Bizancio y el occidente sufrieron simultáneamente importantes transformaciones. En el reino franco se lleva a cabo un proceso de rápidos cambios en el orden político y social, que se caracteriza por el desarrollo del feudalismo y el acceso al poder de los mayordomos. Con la batalla de Tertry en el año 687, se decide la posición predominante de los mayordomos de la casa de Austrasia en la totalidad del reino merovingio, sentándose así las bases de la soberanía carolingia. La dinastía de Heraclio significa para Bizancio la lucha por la existencia contra los sasánidas y más tarde contra el Islam. Pero, a partir de este desafío, nace también una profunda reestructuración del Estado y la vida de Bizancio. En el plano de la política exterior, Bizancio perdió por casi tres siglos su posición de gran potencia territorial. A finales del siglo VII, el Imperio se reducía al Asia Menor, algunas regiones de Italia (Rávena, Roma, Calabria, Sicilia y Cerdeña) y la zona sur de los Balcanes, donde, sin embargo, la soberanía bizantina era muy precaria. Las causas de esta evolución sólo en parte provenían de los errores de la política bizantina.

También eran consecuencia de la derrota en Calcedonia y de la política de Justiniano; pero lo realmente decisivo fue la aparición del Islam en la escena política. El imperio bizantino, después del breve éxito del siglo VI, se veía nuevamente desalojado del mundo de estados occidentales, que por entonces surgía, y al mismo tiempo abocado a sufrir una fuerte presión por Oriente, debida al nuevo poder del imperio árabe-islámico. Sin embargo, logró sobrevivir en torno a su núcleo central, tras el nuevo reagrupamiento de su potencia, aunque al precio de considerables pérdidas territoriales y, a veces, de un empobrecimiento de su propia cultura. Bizancio siguió siendo un factor esencial en la historia del mundo mediterráneo y del próximo Oriente durante otros setecientos años. Gracias a la inusitada capacidad de resistencia de Bizancio, el desafío de la lucha por la existencia le hizo capaz de canalizar un heroico proceso de adaptación. El Estado bizantino adquirió una nueva forma, ampliamente desligada de las tradiciones romanas y logró un nuevo robustecimiento en el interior de sus estrechas fronteras. El orden político y la estructura social se transformaron; del estado burocrático romano-tardío, que ya no se mostraba a la altura de unas condiciones de vida transformadas, se pasó a un estado militar. De la mano de esta evolución, se formó nuevamente un estamento campesino libre, que constituyó la columna vertebral del Estado. La provincias monifisitas cayeron en el campo de la conquista islámica. Así Bizancio quedaba libre de los agotadores conflictos religiosos: la ortodoxia y la unidad confesional se convirtieron en elementos decisivos de la estabilidad del Estado. Este proceso tiene un segundo aspecto, en el que se hace perceptible el carácter de transición de la época. Es muy cierto que la cultura se empobreció bajo el peso excesivo de las exigencias militares. Pero también lo es que, con el proceso de unificación religiosa, se produjo una gran helenización. En el plano espiritual se hizo patente una transformación profunda: sólo ahora se convertiría Bizancio, por su lengua y su cultura, en un imperio exclusivamente griego, cuyo centro no se encontraba, naturalmente, en la misma Grecia, sino en la Anatolia helenizada.

En el siglo VII, Bizancio logró tener un semblante propio en la estructura del Estado, de la Iglesia y de la cultura. Estos elementos fundamentales demostraron ser duraderos. No sólo aseguraron la supervivencia, sino la posterior recuperación, que convirtieron al imperio en la primera potencia, en el orden económico y militar, del Mediterráneo oriental. Bajo la capa de un debilitamiento exterior, tuvo lugar en el siglo VII una regene-

ración, en la que se puso de manifiesto, por primera vez, la tenacidad y la fuerza vital de Bizancio. Estos son solamente los principios de una transformación que se opera por todas partes en el corazón del viejo mundo. Nuevas fuerzas se preparan. A partir del año 610 comienza el enfrentamiento con las tradiciones y formas de vida del viejo mundo mediterráneo, tanto en Oriente como en Occidente. El proceso duró más de veinte años. En el aspecto de política exterior la reestructuración de las regiones mediterráneas estaba concluida aproximadamente hacia el año 717. Pero la transformación interna de las tres nuevas áreas políticas y culturales se prolongó hasta mediados del siglo VIII

I. LUCHA DEFENSIVA Y REFORMA DEL ESTADO EN BIZANCIO HASTA EL AÑO 631

La nueva época se inicia con el dramático período del reinado de Heraclio (610-641), caracterizado por una conjunción de catástrofes y estímulos anunciadores de la futura vitalidad. Soporte de la defensa y de la reforma en el imperio bizantino era ahora la dinastía de Heraclio; la primera dinastía bizantina, que duró más de cinco generaciones y todo un siglo. Aportó un grupo de destacados hombres de Estado, en los que también se manifestaban signos de exaltación patológica y ataques de verdadera psicopatía. En cuanto a Heraclio —del todo inmune a tales síntomas— es, sin duda alguna, después de Justiniano, la segunda gran figura del imperio bizantino. También aquí la defensa y reforma del Estado son impensables sin su notable aportación personal.

a) *Política exterior: guerra y derrota de los persas.*

La situación en política exterior era sombría. Desde Oriente avanzaba cada vez más en el interior del imperio la gran potencia de la época, la mejor organizada en el plano militar y la más experimentada en el plano político: el estado sasánida. La avalancha eslava avanzaba constantemente desde el nordeste en dirección al sur. En los primeros años de su gobierno, Heraclio hubo de afrontar, junto al caos político interno, la crítica situación política exterior, que sólo trabajosamente pudo dominar después de graves reveses. El problema ávaro y eslavo, en su perspectiva política, era todavía una cuestión de segundo

rango. Sin embargo, la situación en los Balcanes en conexión con la política sasánida hizo sentir con fuerza su existencia. La ocupación de tierras por los eslavos, iniciada ya bajo el reinado de Mauricio, proseguía en la región de los Balcanes y en Grecia. Tras el entresijo de los grupos tribales ávaro-húnicos, eslavos y búlgaros se hacía cada vez más claramente perceptible la influencia dominante de una evidente estructura política: la del reino de los ávaros en la cuenca del Tisza. Estos mismos se limitaban a hacer expediciones de saqueo y rapiña y exigir tributos. Pero, bajo la presión de éstos, una invasión total de los Balcanes reducía la zona de soberanía de Bizancio, *de facto,* a Constantinopla, Salónica y algunas fortificaciones en la Dalmacia.

Simultáneamente a la pérdida de la soberanía en la región de los Balcanes, la superioridad del enemigo en el Oriente, hacía la situación insoportable. La diplomacia bizantina había hecho lo suyo para llevar al trono a Cosroes II (590-628). Esto resultó un acto casi suicida. El imperio sasánida desplegaba una vez más todo su poder político. Respaldado por reservas financieras considerables, el gran rey pudo desarrollar una ofensiva militar contra el imperio bizantino. La conciencia de la superioridad sasánida se manifestaba ahora incluso en el tono de las relaciones diplomáticas (normalmente muy corteses) entre ambos estados. Cosroes inicia una nota dirigida a Heraclio con la siguiente frase de saludo: «Nos, Cosroes, amado de los dioses. señor y rey de toda la tierra, hijo del gran Ormuz, a nuestro imbécil e infame servidor Heraclio» [2].

La primera medida militar tomada por Heraclio en el año 611 fue necesariamente una ofensiva contra los sasánidas, para aliviar la presión de éstos. Después de la conquista de Cesárea, la ofensiva sasánida fracasó en la región media de Anatolia. Se impidió entonces una nueva ofensiva persa, que verosímilmente estaba coordinada, incluso diplomáticamente, con un avance de los ávaros sobre Constantinopla. Heraclio, que se encontraba ante problemas políticos interiores casi insuperables —disciplina relajada en el ejército, oposición de los grupos políticos de la capital y de la nobleza, agotamiento de las finanzas, persistencia de los conflictos monofisitas— no estaba en condiciones de organizar la defensa. Antioquía fue conquistada en el año 611, Damasco y Tarso lo fueron en el 613; en el 614 cayó Jerusalén, después de tres semanas de sitio. Al año siguiente, el ejército sasánida atravesaba el Asia Menor y avanzaba hasta el Bósforo, mientras que simultáneamente las fuerzas ávaras se acercaban por el otro lado a Constantinopla. En el intento de

estabilizar la situación, al menos en el frente norte, Heraclio escapó por milagro a una emboscada en el año 617, durante las negociaciones con los ávaros.

Las catástrofes se sucedían: en el año 619, los sasánidas conquistaban Egipto y lo anexionaban como provincia a su imperio. En la otra frontera, el avance de los ávaros era ya incontenible. Constantemente llegaban nuevas embajadas con malas noticias. La desaparición del imperio parecía ya sólo cuestión de meses. Heraclio juzgó la situación tan desesperada, que en el año 618 estaba decidido a abandonar Constantinopla y retirarse a Africa, intención de la que le disuadió, a última hora, el patriarca Sergio de Constantinopla.

Al momento de desesperación y de derrotismo sucedió un cambio repentino, apenas esperado. En el año 622 se iniciaba la contraofensiva bizantina, respaldada por un tratado de paz pactado con los ávaros en el año 619, y apoyada por el entusiasmo religioso despertado en Constantinopla, que puede compararse con aquel que en el siglo XI caracterizó las Cruzadas. La ofensiva, dirigida personamente por el emperador, ofrecía todas las características de una audaz acción estratégica, que entrañaba considerables riesgos. La idea fundamental consistía en atacar el centro mismo del poder persa, en lugar de una reconquista sistemática de las provincias orientales perdidas. De hecho, se lograba, a finales del año 622, liberar el Asia Menor, tras un desembarco por sorpresa en Isos, y una rápida campaña, que sorprendió por la espalda a las tropas persas, agrupadas en las proximidades de Calcedonia. Durante los tres años siguientes, prosiguió la ofensiva victoriosa en Armenia y Cilicia, sin recuperar por ello extensiones apreciables. En el año 626 se producía un nuevo revés, que representaba ahora el cambio de signo de la guerra.

Cosroes opuso a la estrategia de Heraclio un plan de operaciones tan hábil como peligroso. Una parte de sus fuerzas debería envolver al ejército del emperador y un segundo grupo de sus ejércitos atacar simultáneamente, por la retaguardia de Heraclio, la capital bizantina. En el año 626 el ejército sasánida penetraba nuevamente en Asia Menor; Constantinopla fue sitiada por sasánidas y ávaros en una operación planeada conjuntamente. Dos cosas salvaron la situación y la capital. La superioridad bizantina en el mar hizo posible una defensa victoriosa de la capital en los meses de verano, bajo la dirección del patriarca Sergio. La increíble sangre fría de Heraclio, que en ese momento se encontraba con sus tropas en el lejano Lazistán y en Armenia, le hizo desistir de un repliegue descabellado.

Sólo a una pequeña parte de las fuerzas armadas se le ordenó regresar a Constantinopla, como ejército de socorro. Por lo demás, esperó en sus posiciones la derrota de los ávaros y la retirada persa del Asia Menor, para continuar después imperturbable sus propias operaciones de guerra. En efecto, el año 627 pudo desencadenar la ofensiva en dirección sur, desde las posiciones adquiridas en Armenia, la cual aportó el éxito decisivo de la guerra, con la irrupción en el valle del Tigris y la victoria en las proximidades de Nínive en diciembre de ese mismo año. La derrota militar definitiva del ejército sasánida tuvo amplísimas repercusiones en la política interior sasánida: las tropas se amotinaron y asesinaron a Cosroes después de haberlo torturado cruelmente. Su sucesor hubo de aceptar unas condiciones de paz durísimas. Bizancio recuperaba la totalidad de las provincias conquistadas por los sasánidas, a las que se añadieron nuevos territorios en Armenia. Heraclio entraba nuevamente como vencedor en Constantinopla, en el año 630, después de sus largas campañas.

También el problema de los ávaros parecía resuelto. Las grandes pérdidas sufridas en el sitio de Constantinopla habían quebrantado, por el momento, la fuerza militar de los ejércitos ávaros; éstos se retiraron hacia Hungría y su poder acabó en un levantamiento de las tribus que habían sometido. Dos movimientos políticos, que Bizancio fomentó con ahínco, embrollaron aún más la posición del reino ávaro: la entrada de servios y croatas en la actual Yugoslavia y la formación del primer estado búlgaro. Servios y croatas reconocían nominalmente la superior autoridad de Bizancio; pero no podía hablarse siquiera de recuperar verdaderamente la soberanía en aquella zona. Todo quedaba reducido a un sistema de ayuda mutua. Pero ambos estados daban, sin duda, un sensible alivio a Bizancio, por su posición a espaldas de los ávaros, que puso fin a las constantes incursiones de saqueo de éstos. Lo que no podía prever la política bizantina era la amenaza que servios y búlgaros supondrían con el tiempo. Nadie podía imaginarse a principios del siglo VII que el imperio bizantino fuera a verse enfrentado 150 años después, en su lucha por la existencia, con el reino búlgaro y que la formación de los reinos servio-croatas fueran a hacer fracasar definitivamente el intento de una recuperación de la soberanía bizantina en la región de los Balcanes. Pero, aun cuando algún político bizantino hubiese vislumbrado esta evolución, las fuerzas del Imperio no estaban en condiciones de resolver el problema eslavo; la única salida era afrontar la situación mediante medidas provisionales de emergencia.

En este estado de cosas, debió de parecer un milagro a los contemporáneos del año 630, que la grave crisis del Imperio desembocara en un éxito semejante. El imperio de los persas, enemigo hereditario y secular, se encontraba militarmente eliminado y desgarrado por trastornos intestinos; el reino de los ávaros se tambaleaba y no constituía peligro alguno; los territorios imperiales perdidos habían sido recuperados y las fronteras estaban aseguradas. En Santa Sofía, el patriarca bendijo con la reliquia de la Santa Cruz al emperador cristiano, cabeza de la Iglesia y defensor de la fe. Pero ese triunfo iba a durar sólo seis años. Nadie podía pensar en ese momento lo que significaba que la primera victoria sobre los persas hubiera sido ganada en el año de la hégira y que en el año 630, cuando el imperio bizantino alcanzaba una nueva cima de poderío, Mahoma conquistara la Meca. Nadie percibía tampoco en Constantinopla el soterrado rencor del desierto árabe.

b) *Política interior: Comienzo de la reforma del Imperio.*

Sólo la reforma política y social de Heraclio permitió al Imperio oponer resistencia al peligro de desintegración interior y a la amenaza de catástrofe exterior. Esta constituyó lo permanente de la obra del gran emperador. Un nuevo orden militar y administrativo echó los cimientos de la supervivencia de Bizancio en medio del torbellino de la invasión árabe y de su posterior ascenso al puesto de gran potencia. El nuevo sistema no pudo renunciar al absolutismo centralista, el único que podía garantizar la dirección efectiva y una compleja estructura estatal. Pero nuevamente se puso de manifiesto la especial capacidad bizantina (que integraba su innato espíritu conservador) para manejar con flexibilidad fórmulas administrativas y sociales y para desarrollarlas con éxito. Pieza central de la política reformadora lo constituía un reordenamiento administrativo, cuya acción llegó a lo más profundo de la estructura social: la «constitución de los distritos *(themas)*». El *thema* se convirtió en la unidad fundamental del ejército bizantino (que corresponde aproximadamente a la moderna división). A varias de las antiguas provincias se las reunió en distritos militares y administrativos, en los que el estratega (el general comandante en jefe) recibía el poder ejecutivo supremo, de modo similar a como acontecía en los exarcados de Mauricio. El procónsul de *thema,* que, como jefe de la administración civil, se encontraba ya en un segundo plano, quedó pronto suprimido. De este

modo, se pasó a una administración puramente militar, lo que significaba la supresión del sistema de administraciones separadas romano-tardías, a favor de una organización rígidamente militar [3].

Con esta reforma estaba vinculada otra institución que ya se perfilaba también en los exarcados del siglo VI: los *limitanei*, tropas destinadas a la defensa de la frontera, que vivían dentro de sus propias fincas en los *limites*. Los soldados que pertenecían al *thema* como unidad militar, vivían ahora en el distrito de su *thema*. Ya no eran mercenarios, sino campesinos libres asentados en sus propias fincas y, al mismo tiempo, soldados; el *status* de colono había sido superado para estos «stratiotas». La sustitución del ejército mercenario por un ejército aborigen de campesinos, que vivían en su propia tierra, no constituía sólo una reforma militar que robustecía considerablemente la capacidad defensiva de Bizancio en contraposición a las inevitables dificultades de un ejército mercenario, sino también una revolución político-social y financiera. Con la creación del campesinado libre de los «stratiotas», basado en la posesión de tierras, el gobierno se libraba de los altos costos de los mercenarios y conseguía así una fuerte reducción de los gastos militares. Pero el «stratiota» se convertía, al mismo tiempo, en un factor importante de la política impositiva.

En los *themas* se combinó, de manera genial, el sistema de los exarcados con la institución de los *limitanei*. En sus comienzos, significó una clara militarización del estado bizantino, con las correspondientes repercusiones sobre la vida espiritual y cultural. Pero de cara a la lucha por la existencia, en la que se encontraba Bizancio, este proceso era casi insoslayable. Con el tiempo, el proceso de militarización condujo a una más sana estructura interior del imperio bizantino, a través de la reestructuración de las clases sociales, que iba unida a él. La reforma interior del Imperio, a través de la constitución de los *themas*, se realizó de todos modos con lentitud y no siempre de manera sistemática, en una evolución que duró más de cien años. No era el resultado de un mero acto de promulgación legistativa, sino del conjunto de medidas aisladas de reorganización, que naturalmente correspondían todas a una concepción unitaria de la política defensiva y administrativa. Es muy posible que, junto a las experiencias que Heraclio había adquirido en Cartago, jugase un papel importante el modelo de reorganización del imperio sasánida acometida por Cosroes I. Los orígenes del nuevo orden se encuentran ya, sin duda alguna, antes del año 619; por entonces tomó Heraclio las primeras medidas en esta dirección. En sus éxitos militares se puso ya de manifiesto el primer re-

sultado de la simplificación de la administración y del mando militar. Las repercusiones político-sociales y político-financieras del nuevo sistema sólo podían adquirir plena significación con su paulatina implantación en el transcurso de varios decenios.

De momento, la constitución de los *themas* sólo podía aplicarse en el Asia Menor, ya que se habían perdido las provincias orientales, y gran parte de los Balcanes no se encontraba ya en manos bizantinas. En el siglo VII, surgieron cuatro distritos militares de este tipo: *Armeniakon* y *Anatolikon*, como unidades defensivas de la Anatolia central; *Opsikion*, como distrito militar de la capital, y *Kybyrrhaiotikon*, en la región del Egeo oriental, para la defensa marítima Sólo a finales del siglo VII y en el siglo VIII se implantó la constitución de los *themas*, lentamente también, en los Balcanes y en las regiones costeras de Grecia. Su institución era siempre señal de que la soberanía de Bizancio se había consolidado nuevamente en la región afectada.

Paralelamente a esta reestructuración, se producía una reforma de la administración central. En el siglo VI la prefectura pretoriana se había desarrollado hasta convertirse en un superministerio, que se hizo cada vez más incapaz a causa de su hipertrofia, mientras que simultáneamente se atrofiaba la administración de finanzas (la *comitiva rerum privatarum* y la *comitiva sacrarum largitionum*). La abolición del viejo sistema de la administración central, aunque el prefecto pretoriano mantuviese aún una ficticia existencia incluso hasta el siglo VIII, era, en realidad, una consecuencia lógica de la estructuración de los *themas*. Los nuevos altos cargos centrales que dirigían el gobierno y la administración fueron presididos por funcionarios con el título de *logothetes*. Es de destacar que pronto hubo tres *logothetes* para las finanzas, ocupados respectivamente de la administración financiera militar, la administración general del Estado y la administración de los bienes privados del emperador. El *logothetes tou dromou* sustituía al *magister officiorum*. La reorganización del gobierno con los *logothetes*, que se convirtieron en verdaderos ministros, así como el sistema de los *themas*, siguieron siendo característicos del estado bizantino hasta la alta Edad Media.

Si la capacidad de supervivencia bizantina se manifiesta en la adaptación al nuevo orden estatal, Heraclio no fue sin embargo capaz de resolver un candente problema de la política interior: el de los monofisitas. Tanto la reconquista de Armenia, Siria y Egipto, como el hecho de comprender que las consecuencias políticas del cisma monofisita habían facilitado en muchos aspectos la ofensiva persa, hizo que el problema de la unión eclesiástica fuera más apremiante que nunca. Tanto Hera-

clio como el patriarca Sergio impulsaron con ahínco un movimiento de reconciliación. Desde el punto de vista teológico, era imposible llegar más allá de un compromiso. Por un momento pareció encontrársele en la doctrina del monoenergismo, desarrollada en Oriente: en Cristo existen dos naturalezas, pero sólo un modo de acción humano-divino *(energeia)*. Después de un asentimiento inicial, creció, sin embargo, la oposición de ambas partes, representada del lado ortodoxo por el gran místico Máximo el Confesor, en Constantinopla, y por el patriarca Sofronio de Jerusalén, por parte de los monofisitas. Para suavizar la doctrina del monoenergismo y como nuevo compromiso, el patriarca Sergio desarrolló la doctrina del monotelismo (una sola voluntad divino-humana en dos naturalezas). Heraclio proclamó la doctrina en un edicto imperial, la *Ekthesis,* como fórmula de unión. El monotelismo, como el *Henotikon* (véase la p. 162) no satisfizo a nadie y fue refutado por los ortodoxos, los monofisitas y por el papa en igual medida, sirviendo sólo como punto de partida para nuevas tensiones. La solución del cisma se produjo al fin con sorprendente rapidez, pero naturalmente, no en el plano político-eclesiástico. Ya en el año de la *Ekthesis,* la conquista árabe separaba a Armenia y Siria del imperio y, pocos años más tarde, a Palestina y Egipto. Las Iglesias monofisitas del oriente se convirtieron en Iglesias especiales cismáticas, en zona de soberanía extranjera; en la región imperial griega del Asia Menor, el monofisismo jugó un papel secundario.

II. SURGIMIENTO Y EXPANSION DE UNA NUEVA POTENCIA: DAR-AL-ISLAM

El éxito de la ofensiva de Heraclio fue clamoroso: Bizancio estaba asegurado en su frontera más peligrosa. La lucha secular con los sasánidas por la hegemonía del próximo oriente parecía decidida definitivamente a favor de Constantinopla. La soberanía del mundo griego y del cristianismo estaba de nuevo asegurada en Asia Menor, Egipto, Siria y Mesopotamia. Pero también en Occidente existían zonas de indiscutida soberanía bizantina, a pesar de la confrontación con los lombardos y de la pérdida de los territorios bizantinos en España. La construcción de fortificaciones y la organización militar en Africa y en Italia se encaminaban a la consolidación de las posiciones adquiridas. También el poder marítimo se encontraba en manos bizantinas y la diplomacia de Constantinopla mantenía relaciones, cuidadosa-

mente ambiguas, con francos y visigodos. El prestigio de Bizancio era, tanto en el Oriente como en Occidente, más alto que nunca: soberanos indios enviaron embajadas de felicitación después de la guerra persa; el rey Dagoberto de los merovingios pactó una «eterna» paz con Bizancio.

Sin embargo, se trataba de un triunfo vacío. El reinado de Heraclio tocó a su fin rápidamente, y los veinte años que van del 610 al 630 se desarrollaron en un escenario engañoso. La concentración unilateral y el mortal agotamiento de la guerra, que duró decenios, en la que culminaba la lucha política por el poder entre la Roma oriental y Persia, hizo a ambos contrarios incapaces de notar las transformaciones del mundo que se producían a sus espaldas e impidió igualmente que ofreciesen resistencia a la nueva avalancha. Con los comienzos del feudalismo en Italia y Francia; con la consolidación de la posición papal; con la creciente cristianización de Inglaterra, comenzaba a configurarse la Europa medieval. Sin embargo, el verdadero peligro no se encontraba en Occidente —al que no perdía de vista Constantinopla— y cuya transformación, tras la fuerte barrera de los Balcanes y del reino lombardo, carecía por el momento de consecuencias en el plano de la potencia política. La gran tragedia, tanto política como personal de Heraclio, provenía del surgimiento de una nueva potencia oriental en Arabia, muy superior a la sasánida, durante los años de la guerra contra los persas, sin que nadie se apercibiera de ello.

a) *Arabia antes de Mahoma.*

Tanto Bizancio como Persia subestimaron la plena significación del resurgimiento de Arabia. No solamente porque se tuviera al Islam por una nueva dirección cismática de la cristiandad oriental (como pensaba todavía en el siglo VIII Juan Damasceno). Arabia era desde hacía siglos una región sobre cuyo destino venían decidiendo los estados limítrofes. Bizancio, al igual que Roma, se había contentado con el control del comercio de las caravanas y con mantener continuas escaramuzas entre la tierra fértil y el desierto, con ayuda de estados clientes y la constitución de un *limes*. Arabia no parecía una región controlable con los medios militares usuales. Los beduinos, que vivían en federaciones de tribus, compuestas por algunos centenares de personas cada una, eran los señores indiscutidos de la ancha estepa y del desierto de la península. La norma y modo de vivir de los beduinos estaban condicionados por la aspereza

e inseguridad de la vida nómada y por las comunes tradiciones tribales.

El beduino sólo es leal con los miembros de su tribu y con el *sayyıd,* que domina la tribu, gracias a su autoridad personal. Desprecia tanto al habitante de la ciudad como al campesino árabe y por eso consideraba tener derecho al saqueo de las ciudades y de las tierras fértiles. Su ilimitada arrogancia, existente incluso entre las mismas tribus; una desconfianza siempre despierta y la lucha continua por los abrevaderos y mieses, les llevaban a continuos conflictos y guerras entre sí. La autonomía de la tribu, guardada celosamente, no permitía que surgieran planteamientos de una organización política más amplia en la Arabia septentrional y media. Sólo en las fértiles regiones ribereñas de la península no dominaba la ley del desarraigo nómada, y existían ciudades dedicadas a la agricultura, que comerciaban con países lejanos. En Yemen (la *Arabia Felix* de los romanos) se llegó a partir del siglo III, en el reino sabeo de los himiaritas (himyar), a la formación de un estado que abarcaba varios estados-ciudades aislados. La Afabia meridional poseía una avanzada cultura urbana, gracias a la construcción de grandes diques y sistemas de irrigación perfeccionados. Por su posición a la salida del mar Rojo era, al mismo tiempo, punto de confluencia de las grandes rutas mercantiles Oriente-Occidente y pieza de unión entre el comercio marítimo del Océano Índico y las rutas terrestres hacia Siria y Egipto. La Arabia meridional cayó también por esta razón bajo la esfera de influencia de las dos grandes potencias. Bizancio, interesada en la ruta marítima del Mar Rojo como compensación al cierre del Golfo Pérsico por parte de los sasánidas, había apoyado ya bajo Justiniano al reino cristiano de Aksum (cf. arriba p. 191). A la muerte del rey yemenita Dhu Nuwas (525), el país cayó bajo la hegemonía etíope y fue gobernado por sátrapas semiautónomos. La diplomacia persa apoyó una rebelión de los yemenitas, a la que siguió en el año 597 la transformación del Yemen en una provincia sasánida (al mismo tiempo, se operaba la conversión de los cristianos de la Arabia meridional al nestorianismo). Ya fuera por la inseguridad política o por el cambio rápido de soberanía, el dique de Ma'rib (diversamente a lo acontecido en los años 450 y 542) no volvió a ser reconstruido, después de su destrucción hacia el año 570. Se perdieron grandes superficies de terreno cultivado y gran parte del país cayó nuevamente en manos de los beduinos.

La barrera que suponía la zona desértica de Rub al-Khali la separaba al sur, hasta cierto punto, del resto del mundo, no

obstante las rutas de caravanas que la atravesaban. Muy distinta era la situación de la parte noroccidental que estaba desde siglos en la zona de tensión del conflicto romano-parto primero y del bizantino-sasánida después, sometida constantemente a cambiantes influencias políticas y culturales. La esfera de influencia sasánida llegaba hasta la frontera oriental de Palmira y hasta la parte oriental del Nafud. Bizancio intentó mantener bajo control la margen occidental del desierto de Akaba hasta Siria, mediante estados clientes. En las fronteras defensivas, escalonadas en profundidad, de los estados bizantino y sasánida del siglo VI, existían pequeños estados intermedios; estados clientes semibeduinos, bajo el mando de príncipes árabes. En el reino de los gasánidas, que se encontraba en la frontera meridional siria, con Bosra por capital, y que alcanzó bajo Justiniano la más alta significación como Estado vasallo, se había impuesto el monofisismo. La dinastía de los lajmidas, dueños del centro comercial de Hira, en el bajo Eufrates, abrazó, por el contrario, el cristianismo nestoriano, que poseía en la capital una floreciente comunidad. El enfrentamiento religioso reflejaba la situación política: el constante conflicto entre «árabes de los romanos» y «árabes de los persas», al que siguió finalmente el enfrentamiento directo de las potencias protectoras cuando los gasánidas quedaron bajo administración bizantina (582), y los lajmidas bajo la persa (602).

En razón de su situación marginal, estos estados árabes ejercieron tan poco influjo sobre el mundo beduino de la península como el Yemen. Los beduinos habían pasado a formas de vida sedentarias en centros como Taif, en la Arabia central, o Yathrib, en la región nororiental, gracias a condiciones ambientales mejores. En el gran oasis de Yathrib (que después fue Medina) más de cincuenta kilómetros cuadrados de tierra fértil ofrecieron la posibilidad de crear una floreciente industria datilera y de acoger a varias tribus (en parte, judías). Yathrib, como otras ciudades de Arabia, sacó provecho también de ser lugar de paso obligado para las rutas comerciales. La más importante de todas estas aristocráticas repúblicas de ricos comerciantes era la Meca, situada aproximadamente a 450 km. más al sur, que constituía, a la vez, un centro comercial y religioso.

Gracias a su posición en la encrucijada de dos grandes rutas de caravanas —entre la Arabia meridional y Siria y entre el mar Rojo y el Irak—, por la que pasaban el incienso y las maderas del Yemen, las especias y artículos de lujo de la India y del lejano oriente, la Meca, desde hacía mucho tiempo, constituía una importante plaza comercial, con una aristocracia for-

mada por familias de grandes comerciantes. Junto al comercio, se sacaban sustanciosos beneficios de las peregrinaciones: las fechas en que pasaban por allí las caravanas más importantes coincidían, en parte, con la peregrinación anual a la Ka'ba; durante estos días se restablecía la «tregua de Dios» entre las tribus, tan útil para los negocios. La Ka'ba con la «piedra negra», piedra de naturaleza meteórica caída del cielo, venerada por los creyentes, constituía el centro cultural más importante de la Arabia noroccidental.

La oligarquía familiar de la tribu de los Quraysies, que dominaba desde el siglo V, tenía mayor experiencia política y estaba más informada de los asuntos internacionales que los demás príncipes tribales de la Arabia central, gracias a las amplias relaciones comerciales que mantenía la Meca. Más que en ninguna otra parte se hicieron también visibles en la Meca las corrientes religiosas del mundo circundante. Sin embargo, la ciudad permanecía neutral, al margen de la política de las grandes potencias. Tampoco la «tregua de Dios» y las «confederaciones» que en ella se anudaban fueron capaces de modificar la semianárquica situación política del mundo beduino. A comienzos del siglo VII, Arabia era de hecho un espacio muerto en el plano político. Las unidades políticamente más fuertes estaban aprisionadas en la esfera de soberanía de las grandes potencias; por lo demás, lo que dominaba era una situación constante de guerra de guerrillas entre las tribus.

Hacia finales de siglo, era perceptible aún cierto desasosiego en la península: graves enfrentamientos entre tribus judías y árabes en el oasis de Yathrib, que correspondieron a una expansión de la zona dominada por los beduinos. Esto último constituía un hecho bastante típico, relacionado con el aumento de las normales migraciones interiores beduinas, que solía hacer su aparición siempre que se producían cambios de soberanía, sobre todo en el sur de la península.

Nuevas fuerzas espirituales se agitaban; más aún que la influencia del judaísmo en las ciudades y en el sur, se hacía notar la penetración del cristianismo, a partir de las regiones marginales. El nestorianismo, tolerado oficialmente por los sasánidas, gracias a su oposición irreconciliable a la ortodoxia, fue ganando terreno en el sur y en la zona de soberanía lajmida. En Hira existía ya alrededor del año 510 un obispado nestoriano; de este modo, surgió en el siglo VI la comunidad arábigo-nestoriana de los *'ibad* (siervos de Dios), una especie de preludio de la comunidad originaria islámica, en su combinación de grupo religioso y organización tribal. Desde el Oeste, partiendo de los

territorios de los príncipes cristianos gasánidas, la misión monofisita, organizada por el gran Jacobo Baradeo de Edesa (542-578), se anotó éxitos entre las tribus beduinas. Algunos de los grandes campamentos nómadas poseían sus propios obispos. Sin embargo, seguía predominando en la Arabia septentrional y central un paganismo, en el que se destacaban como rasgos comunes el temor a los demonios, el fetichismo de las piedras y la creencia en la naturaleza divina de los astros.

Algunas de sus formas de culto, como la *Hagŷ*, la peregrinación anual, o el caminar alrededor del lugar santo pasaron después al Islam. Los elementos que a finales del siglo VI impulsaban a un cambio espiritual en el mundo árabe fueron el cristianismo y el judaísmo. En la figura del *hanıf*, el predicador asceta, se encarnaba —ya en matices cristianos o judíos o en un vago monoteísmo— la insatisfacción de la religión tradicional y la búsqueda de una forma religiosa más elevada. Los *hanıf* no pasaron de ser santones solitarios (completamente tolerados), en torno a los cuales sólo raramente llegaba a reunirse una pequeña grey.

b) *El profeta y la unificación de Arabia.*

Tanto desde el punto de vista bizantino, como desde el sasánida, Arabia podía parecer, con razón, un espacio políticamente vacío. Pero desde este vacío irrumpió con fuerza inesperada en el año 632 el gran movimiento de conquista árabe-islámico. La identificación del Islam con el arabismo —que conserva todavía hoy una posición privilegiada en el mundo islámico— fue válida tan sólo en los comienzos, cuando los árabes constituyeron la punta de lanza de un imperio y de una religión mundiales.

El comienzo de este movimiento, destinado a modificar el curso de la historia mundial, fue un acontecimiento aparentemente privado: la vocación religiosa que se manifestó en el comerciante Muhammab ibn 'Abdallah (Mahoma) en el monte Hira, en las proximidades de la Meca, en torno al 610. Mahoma pertenecía a la familia de los Hashin, rama de los Quraysies venida a menos. Tal vez su posición marginada de la clase dominante contribuyó a crear en él un espíritu crítico frente al orden y las formas religiosas imperantes. Sin embargo, la vocación religiosa de Mahoma se manifestó después de su matrimonio con la rica viuda de un comerciante, mucho mayor que él, llamada Jadiŷa. La independencia económica dio a Mahoma

la posibilidad de viajar por Arabia y tomar contacto con los grupos cristianos sirios, que contribuyeron a crear en él el estado de ánimo necesario para la especulación religiosa. Mahoma predicó su fe en primer lugar entre su familia, que le era absolutamente fiel. Cuando, en la Meca, se dirigió a círculos más amplios, se le trató con indulgencia, considerándole un *hanif* más. Sin embargo, sus predicaciones encontraron pronto fuerte oposición, no tanto por la doctrina monoteista que defendía, como por sus apasionadas profecías sobre el juicio final de justos y pecadores y la condena del politeismo y, muy especialmente, de las divinidades locales de la Meca. En torno a él se reunió el pequeño grupo de los «totalmente devotos de Dios». «Mirad —decía—, mi oración, mi veneración, mi vida y mi muerte pertenecen a Allah, señor de los mundos. El no tiene seguidores y yo he sido llamado a serlo, y yo soy el primero entre los musulmanes»[4]. La animosidad contra Mahoma estaba reforzada por el resentimiento social y por el temor al daño que pudiera acarrear a la lucrativa industria del peregrinaje. Pero esta oposición fue para él un acicate, que le llevó a separar su doctrina de las viejas tradiciones y a anunciarla en el estilo de una revelación; del predicador de la penitencia que actuaba en círculos restringidos, surgió un profeta. Su predicación daba respuestas claras a los problemas que existían en estado latente, tanto en las ciudades como entre los beduinos de la Arabia central y occidental. Pero este eco escondía a su vez un peligro: la interpretación del papel profético que Mahoma se reservaba podía ser visto como aspiración al poder, al mando político. En el año 622, la situación se hizo tan difícil que el profeta y sus seguidores (sólo unas setenta personas, según la lista tradicional de los «emigrados») se dirigieron a Yathrib. Con la hégira (*hiŷra:* emigración) se inicia la segunda fase de la vida de Mahoma. El año siguiente iba a marcar el comienzo de la cronología musulmana y, efectivamente, significó un cambio de signo para la comunidad primitiva. La sólida estructura social de la Meca no hubiese permitido su expansión más allá de una agrupación reducida. Yathrib, por el contrario, ofrecía a Mahoma el campo de acción que necesitaba. Las tribus del oasis, enfrentadas entre sí en continuas escaramuzas, esperaban al profeta, en cuyo mensaje reconocieron la misión religiosa, pero también una nueva ordenación política para Yathrib. En efecto, Mahoma no obtenía sólo notorios éxitos en las conversaciones. Económicamente, y con independencia de los asaltos a las caravanas de la Meca, se vio apoyado por el grupo político de los *muhaŷirun* («los emigrados») y por los *anṣar*

(«auxiliadores») de Medina, obteniendo, hacia el año 627, la soberanía indiscutida sobre todo el oasis.

En Medina, Mahoma se impuso ante todo como organizador de la nueva religión. Sus comienzos en la Meca constituyeron sólo un intento de convertir al mundo circundante a las verdades que le habían sido reveladas. Medina significó además para su doctrina un segundo gran desafío. Ahora fue cuando el *islam* («rendición incondicional») quedó plena y claramente configurado. Mahoma, hasta ahora, se había tenido a sí mismo como uno de los enviados de Dios, que enseñaba en lengua y estilo árabes la única revelación, anunciada también a cristianos y a judíos; pero la refutación de su doctrina por parte de los hebreos en Medina cambió la concepción de su misión religiosa. Signo exterior fue la introducción de la costumbre de volverse al orar en dirección a la Meca y no hacia Jerusalén. El se tenía a sí mismo ahora como el profeta de la revelación perfecta y definitiva: Moisés y Cristo no eran falsos profetas, sino profetas que no conocían aún la verdad plena o bien fueron sus seguidores los que falsearon la predicación original.

La doctrina de Mahoma no era del todo nueva. Su mundo religioso, como el ambiente espiritual de la Meca, estaba ampliamente impregnado por ideas e imágenes cristianas y judías, aunque usos cultuales árabes y tradiciones sociales contribuyeron a su conformación. Sin embargo, el Islam no es una creación puramente sincretista. Mahoma era una naturaleza genuinamente profética, independiente, en último análisis, de la religión mosaica y del cristianismo en sus rasgos fundamentales. El éxito de la nueva doctrina no se debía solamente al hecho de asociarse en Mahoma un espíritu religioso creador, la fe inconmovible en la propia misión y una conciencia radiante de ser el enviado; a estos rasgos hay que añadir también una inteligencia realista, un tacto extraordinario en la dirección de los hombres y grandes cualidades políticas. El Islam daba respuesta, como renovación profética que era, a las cuestiones de la época, no siempre claramente formuladas a partir de verdades religiosas que existieron siempre. De una nueva vivencia de Dios habían surgido un nuevo sentido de la vida y un mundo religioso, que compilaba los elementos fundamentales de las tradiciones religiosas y experiencias del Próximo Oriente, transformando su significado.

El rasgo fundamental de la nueva doctrina —cuya fuente más importante la constituyen las predicaciones de Mahoma, recogidas en los 114 «suras» de diversa longitud, del Corán, transmitidas oralmente y escritas por primera vez bajo el califa

'Otman (644-656)— era un riguroso monoteísmo, con algunos mandamientos rituales y éticos, sencillos y esclarecedores. «Existe un solo Dios»; con esta fórmula eran condenados como politeístas, no sólo los cultos de los dioses de la Arabia pagana, sino también el concepto trinitario cristiano. La superioridad absoluta del Dios todopoderoso frente a la absoluta dependencia del hombre fue marcada con rasgos acusados; el profeta también era un mensajero humano, no un intermediario divino en figura humana. En el Corán no estaba decidida del todo la cuestión de la relación de la guía divina y la voluntad humana, y pronto fue resuelta en el sentido de una rigurosa predestinación (no excluyendo, naturalmente, el libre albedrío humano). Sin embargo, se mantuvo viva la conciencia de la responsabilidad personal, a través de la doctrina del juicio universal y de la compensación en el más allá de las obras y de la fe. De todos modos no desaparece completamente la antinomia ley-libertad, pues no existe naturaleza humana dañada por el pecado original y, por tanto, ningún «mundo» malo y opuesto a Dios. La doctrina de la *ŷihad,* la «guerra santa», como medio de parcial realización de la vida islámica en la comunidad, correspondía a la creencia fatalista en la predestinación: la promesa de la entrada inmediata en un paraíso, descrito muy sensualmente, como premio garantizado por la muerte en la lucha por la fe, daba a la doctrina del Islam una gran fuerza ofensiva de combate.

La doctrina religiosa del Islam fue sistematizada sólo más tarde; se dio precedencia desde el principio a los mandamientos capitales, a la enseñanza de los deberes: 1) La fe incondicional en Dios, expresada en el credo «No hay más Dios que Allah, y Mahoma es su profeta»; 2) la oración ritual, recitada cinco veces al día; 3) el reparto de limosnas (pronto transformado en un impuesto para los pobres); 4) el ayuno desde la aurora hasta el ocaso durante el mes de *ramadan;* 5) La peregrinación *(haŷ),* una vez en la vida, a la Meca, en cuyo ritual penetraron rasgos de las peregrinaciones pre-islámicas y del tesoro sacro de la antigua Ka'ba.

Gracias a este mandamiento, la Meca se convirtió en el centro espiritual permanente del islamismo.

A pesar de su crítica a la estructura social de la Meca, Mahoma no fue primordialmente un reformador social árabe. Para él importaba sobre todo el anuncio de una nueva experiencia de lo santo y de la divinidad, adecuada a la sensibilidad árabe. El duradero poder espiritual del Islam no está fundamentado en última instancia en el hecho de que estuviese referido a las formas sociales y al modo vivencial de los árabes

contemporáneos. La nueva religión no dejó de tener influencia, sin embargo, en el campo político y social. El profeta no era solamente un maestro religioso, sino también el creador de una forma de sociedad. La necesidad de organizar un número creciente de seguidores obligó a Mahoma a completar su doctrina con principios fundamentales políticos y sociales. En las «suras» de Medina predominan los preceptos prácticos: Puede decirse que en la Meca, Mahoma era el profeta y, en Medina, el estadista que se entregó a la dirección política y militar y a la organización de sus seguidores. De Medina surgió la primera organización comunitaria de la *umma,* la gran «comunidad religiosa musulmana». Para pertenecer a la *umma* era suficiente la fe, es decir, la decisión personal —un principio de organización social, que contrarrestaba la cerrada organización tribal y fue determinante para el pensamiento político y la concepción del Estado en el Islam. El director, juez, y también jefe militar de esta comunidad fue Mahoma.

Con la organización se aceleró la expansión y la conversión a la nueva fe, que llevaba consigo el reconocimiento del liderazgo de su profeta y la conversión de tribus enteras por motivos políticos más que religiosos. El Islam estaba en camino de convertirse en una organización estatal cimentada en motivos religiosos, y creó en Arabia una fuerza expansiva y políticamente unificadora. A partir de los asaltos a las caravanas se llegó a una guerra de larga duración contra los «infieles» de la Meca y contra las tribus aliadas con ellos. El cambio de la situación a favor de Medina se produjo en el año 627, con la «guerra de las trincheras» (por consejo de un esclavo persa, Mahoma hizo excavar una trinchera a lo largo del frente noroccidental de Medina para neutralizar la peligrosa caballería de la Meca). Cada vez eran más numerosas las tribus que reconocían la dirección política de Mahoma; en enero del año 630 fue ocupada la Meca. La conquista de la ciudad santa aceleró la incorporación de las tribus beduinas. Al mismo tiempo, se ponía de manifiesto la destreza diplomática del profeta: la deferencia hacia la nobleza de la ciudad y la aceptación de la Ka'ba como santuario central de la nueva fe, le ganaron a la clase dirigente de la Meca, sin cuya fuerza política y su experiencia apenas hubiese sido posible la expansión de la *umma* en los siguientes decenios. De esta única reserva de fuerzas dignas de mención, que podían desempeñar tareas administrativas y militares en más amplios contextos, proceden los altos funcionarios de la *umma* o los grandes generales como Khalid ibn al-Walid y 'Amr ibn al-'As, el conquistador de Egipto.

Cuando Mahoma murió en junio del año 632, después de una corta fiebre y de manera completamente inesperada para los creyentes, las tribus de la península se encontraban muy unidas bajo el profeta. También el sur de la península, que después del asesinato de Cosroes II (628), había caído bajo control sasánida, reconoció su soberanía. Grupos árabes cristianos de la región fronteriza bizantina, entre ellos el príncipe de Eilath, se habían sometido, aunque conservaban el derecho al ejercicio de su religión mediante el pago de tributos anuales; un importante precedente para el futuro. La muerte del profeta puso de manifiesto la insuficiente consolidación de su obra. El edificio político que dejaba tras sí era menos un estado que una agrupación libre de territorios y tribus, frente a los cuales la *umma* poseía derechos de soberanía muy diferenciados. Mahoma tampoco había decidido nada sobre su sucesión. En el desconcierto de los primeros meses, una gran parte de las tribus sometidas se separaron, pues con la muerte del profeta consideraron rotos los compromisos pactados. Nuevos profetas, imitadores de Mahoma surgían en el sur. Sin embargo la idea anunciada demostró ser más fuerte que los elementos centrífugos; la rivalidad entre *ansar* y *munhaŷirun* fue superada de momento con la elección de un califa (*khalifat rasul Allah*, «representante del profeta de Dios»). Este era Abu Bakr (632-634), uno de los primeros seguidores *quraysies* de Mahoma, el cual ya había representado al profeta en la oración de la comunidad durante su enfermedad. Pero el levantamiento de las tribus contra Medina (la *ridda)*, en el que parecía resucitar nuevamente el particularismo del viejo orden tribal, fue aplastado en rápidas y enérgicas expediciones de los generales árabes.

c) *La expansión desde el desierto: los primeros califas.*

El restablecimiento de la unidad de Arabia y la superación definitiva de la autonomía de las tribus como principio político fue la premisa de la expansión incontenible del poderío árabe-islámico. En una irrupción desde el desierto que se asemejaba a una avalancha, las virtudes guerreras de las tribus árabes y las cualidades políticas de los primeros califas, conjugadas con la idea de la «guerra santa», actuaron como elementos motores en la formación de un gran imperio árabe, que perturbó al conjunto de estados existentes en la cuenca mediterránea. Ya bajo Mahoma había comenzado el islamismo a sobrepasar el marco de un movimiento religioso. La expansión de la *umma*

poseía una dinámica interna, que se desbordaba más allá de las fronteras de Arabia; la única salida al dilema entre las limitadas reservas económicas de la península y la prohibición por el Corán de la lucha entre musulmanes era la ulterior expansión [5]. De la comunidad personal de fe de los seguidores del profeta, pasando por la comunidad de fe política de los árabes, el Islam se convirtió, conducido por una aristocracia militar, realista hasta el agnosticismo, en una potencia hegemónica conquistadora.

Ya en el año 629, una columna de 3.000 beduinos, bajo el mando de Khalid y de Zayd, hijo adoptivo de Mahoma, atacó la fortificación fronteriza de Mu'ta, en la región sudoriental del Mar Rojo, pero fue rechazada sin esfuerzo por las tropas bizantinas. El profeta, en el momento de su muerte, estaba ocupado con el plan de una nueva expedición a la región bizantina del Jordán. Heraclio y su Estado Mayor habían considerado la escaramuza de Mu'ta como uno de tantos episodios normales en la frontera, que venían produciéndose desde hacía siglos en la línea de separación entre el desierto beduino y la franja agrícola costera. En realidad con ese ataque comenzaba la segunda fase de su reinado; la apariencia no correspondía a la realidad. El ataque a Mu'ta constituía el primer paso de una expansión que, en cien años, había de alcanzar a España y el Turquestán. Era también el primer encuentro de un enfrentamiento que había de durar 800 años entre Bizancio y el Islam y que sólo terminaría en el año 1453 con el aniquilamiento definitivo del imperio bizantino.

La expansión árabe alcanza su primer punto culminante bajo el segundo califa Omar I (634-644). La primera ola de la expansión árabe tuvo dos direcciones de ataque desde su comienzo. Una apuntaba hacia el norte, contra el imperio sasánida, que aún se encontraba bajo los efectos de la grave derrota sufrida a manos de Bizancio. En el año 633 se inició la irrupción de las tribus beduinas a través de la zona de protección fronteriza sasánida, en estado de desintegración, en la Mesopotamia media, acción que pronto fue apoyada por una unidad *ansar,* al mando de Khalid. Cayó Hira y, después de una batalla decisiva junto al Yarmuk, en Siria, las fuerzas árabes reforzadas infligieron al ejército persa una derrota aniquiladora en las proximidades de Qadisiya, en los años 636-637. A ésta siguió en el año 637 la caída de la capital, Ctesifonte, en las márgenes del Tigris. Hasta el año 640 y partiendo de Siria, fue ocupada la Mesopotamia superior. En el 642, las tropas árabes se encontraban ya en el Irán. El ejército sasánida sufrió su última gran derrota cerca de Nehavend. En el año 643 alcanzaban las fronteras de la India.

El último sasánida, Yezdegerd III (632-651), tuvo que luchar no solo contra las unidades árabes invasoras, sino también contra los intentos separatistas persas. Reducido al extremo nororiental de su reino, fue asesinado cerca de Merv en el año 651.

Así había terminado no sólo la dinastía sasánida, sino también la historia del antiguo imperio persa que, durante doce siglos, salvo la interrupción originada por Alejandro el Grande, había podido sobrevivir. En el siglo VII, como en la campaña de conquista de Alejandro, se confirmaba que el gran reino persa representaba, a causa de sus particularismos, sólo hasta cierto punto una unidad política estable, que resultaba incapaz de resistir durante mucho tiempo un enérgico ataque, incluso de ejércitos relativamente pequeños. Por otra parte, la cultura persa mostró una admirable capacidad de resistencia. Las tradiciones milenarias de los persas superaron el proceso de arabización y el país conservó su propia lengua culta, constituyendo, desde finales del siglo VIII, un factor determinante en la literatura y el arte islámicos.

El segundo ataque islámico se dirigió hacia las provincias orientales bizantinas y el éxito fue también sorprendente. El sistema defensivo profundamente escalonado evidenció pronto su fragilidad: los árabes arrollaron a los gasánidas, el *limes* sirio y al ejército bizantino. El gran ataque comenzó en el año 633. Un ejército árabe marchó sobre la Palestina meridional; el gobernador, Sergio, sufrió una grave derrota en Wadi Araba (en las proximidades de al-Agnadain), que llevó a la pérdida de la provincia. Esta decisiva batalla fue dirigida por el mejor general de la primera época islámica: Khalid ibn al-Walid (la «espada de Allah»), muerto en el 641. Este había intervenido de manera destacada en el sostenimiento de la *ridda* y había conquistado Hira, en el Irak, en la primavera del año 634. De allí partió su operación más genial: la marcha a través del desierto sirio, que le llevó en 18 días a la retaguardia de un ejército bizantino estacionado cerca de Damasco; se desplazó después hasta las proximidades de Bosra, donde se unió con el ejército árabe del sur. Bajo su mando, consiguieron los ejércitos árabes un éxito definitivo al oeste de Jerusalén en julio del 634, al que siguió la toma de Bosra, y después, de Damasco (en setiembre del 635, tras seis meses de sitio) así como la de Homs. El aniquilamiento de un ejército de socorro, capitaneado por Teodoro, hermano de Heraclio, y que antes había logrado reconquistar Damasco, el 20 de agosto del año 636 a orillas del Yarmuk, batalla que llevó a la conquista de Siria, señalaría el

fin de la carrera de Khalid: a causa de diferencias personales, fue destituído de la jefatura de las tropas por Omar.

El destino de Siria y Palestina estaba decidido, aunque —de modo similar a la fase final de las cruzadas— se conservasen algunos fuertes (Akkon, Tiro y Sidón hasta el año 637; Jerusalén hasta el 638, después de dos años de sitio, y la ciudad administrativa de Cesárea incluso hasta el 640).

La irrupción árabe en el imperio bizantino no había terminado en modo alguno con esto. Tras los grandes combates de Siria, comenzaba en el 639, bajo el mando del segundo gran general de la época, 'Amr ibn al-'As, la conquista de Egipto, que para los árabes, tanto desde el punto de vista económico (reserva de cereales y centro comercial) como estratégico (a causa de la amenaza por el flanco de Siria), era importante.

En julio de 640 perdían las tropas bizantinas la batalla que decidiría la guerra, cerca de Babylon (que no debe confundirse con la Babilonia de Mesopotamia), en la parte noroccidental de El Cairo; el fuerte cayó al año siguiente. En setiembre del 642, abandonaban Alejandría las últimas unidades, de acuerdo con un tratado concertado por el patriarca Ciro (al que había sido transmitida también la administración civil de Egipto); Alejandría era el punto de apoyo más importante de la flota y el centro de construcción naval mayor del Mediterráneo oriental.

La soberanía bizantina en Egipto había terminado. Por el norte, el ataque árabe fue momentáneamente detenido en la línea del Tauros. El Africa bizantina, por el contrario, sufrió la misma suerte de Egipto: durante el año 647 fueron conquistadas Tripolitania y Cirenaica.

El imperio persa de los sasánidas estaba destruído; el oriente bizantino, hasta el Tauros, perdido; el nuevo estado árabe era la única gran potencia del Mediterráneo, junto a Bizancio. Este era el balance, después de poco más de diez años, de la primera oleada de conquistas. Al término del reinado de Heraclio, se habían perdido nuevamente todos los territorios reconquistados por el emperador; las provincias económicamente más poderosas del imperio estaban separadas; el estado bizantino se había reducido en su extensión superficial a escasamente la tercera parte. En realidad, su zona de soberanía abarcaba solamente el Asia Menor y el territorio que quedaba detrás de Constantinopla, aunque amenazado constantemente por eslavos y ávaros. Constantinopla empezaba a desempeñar un nuevo papel histórico: hasta el siglo XV, tendría que mantenerse a la defensiva, con fases cambiantes de expansión y de reducción territoriales. He-

raclio, en los últimos años de su reinado, contempló resignado e inactivo la tremenda catástrofe que destruyó la obra de su vida. Sin embargo, esta (comprensible) resignación engañaba: la obra más importante del emperador no quedaba rota con la catástrofe. Si el problema político que hizo secundarios todos los demás desde entonces fue la lucha defensiva contra el Islam, sólo el nuevo orden estatal ofrecía la posibilidad de una defensa victoriosa: la marea árabe encontraba, en el núcleo central del imperio, reorganizado por Heraclio, un baluarte insuperable.

Los años cincuenta del siglo trajeron incluso una especie de respiro. Seguía desde el 642 la guerra fronteriza y las incursiones de saqueo en Capadocia y Frigia, que incluso alcanzaron algunas veces la Anatolia central; en el año 646, comenzaba la lenta conquista de Armenia, que duró hasta el 666. Pero hubo tres factores que frenaron el ímpetu de la expansión árabe por más de un decenio: la resistencia de los bereberes en el Norte de Africa, la superioridad marítima de Bizancio y los trastornos interiores en el califato, que culminaron en la disputa en torno a la sucesión del cuarto califa, 'Ali.

El problema bereber no lo habían resuelto ni los vándalos ni la ocupación bizantina, que sólo dominaba el cinturón costero y los territorios asegurados por un sistema de fortificaciones y comunicaciones militares. El exarca Gregorio de Cartago, abandonado a su suerte a causa de la utilización de todas las fuerzas en el oriente, fue derrotado en el año 647 por el ejército del emir de Egipto, Ibn Saud. A pesar de ello, la conquista islámica del Norte de Africa se rezagó hasta los años setenta, menos a causa de la resistencia ofrecida por las fortificaciones justinianeas que por la tenaz oposición de los bereberes, los cuales lucharon al lado de las tropas bizantinas.

Aún existía la esperanza de salvar a Africa. Tanto su importancia económica como, sobre todo, su significación estratégica marítima para la seguridad de la posición naval clave de Sicilia, movió a Constantino II (641-688) a establecer decididamente el campamento imperial en Siracusa. En modo alguno pasó por su mente cambiar el centro del imperio hacia Occidente; Bizancio aún no había comprendido que estaba siendo desplazada de su posición de gran potencia en el Mediterráneo oriental. Aún dominaba el mar la flota imperial, a pesar de la pérdida de Alejandría, y aún permanecían indefensas y abiertas a sus ataques las costas de las provincias árabes.

Mu'awiya, gobernador de Siria, fue el primero en percibir cuán débil era la posición árabe sin el poder marítimo. Lenta-

mente, comenzó la construcción de una flota propia, que iba creciendo en número de barcos y en experiencia marinera. Las dotaciones se reclutaron primeramente entre griegos y sirios; según numerosos documentos, construcción y tripulación de barcos se contaban entre los más grandes problemas de la administración árabe en Egipto a finales del siglo VII. La primera ola de conquistas perdió su fuerza a causa de las crecientes dificultades internas del califato. Ningún califa reinaba por mucho tiempo y cada elección creaba sangrientas contiendas. Los amargos enfrentamientos que siguieron a la repentina pérdida del liderazgo carismático del profeta fueron resueltos, por el momento, con la elección de Abu Bakr, primero de los califas «de recta dirección» (ortodoxo). Abu Bakr designa poco antes de su muerte como sucesor a Omar ('Omar ibn al-Khattab, 634-644), que procedía igualmente de un clan quraysi. Omar I, celebrado en la tradición árabe por su fuerza de carácter y su sencillez patriarcal, fue pronto reconocido unánimemente como «jefe de los creyentes» *(amir al-mu'minin)*, sin encontrar oposición. Poseía una inteligencia política de primer orden y se convirtió en el estadista más capacitado de la época.

Omar no fue sólo el motor de la expansión (dirigió personalmente la campaña de Siria), sino también el verdadero fundador del gran imperio árabe. Influyó, al mismo tiempo, de modo decisivo en la futura estructuración del estado islámico, con la estricta separación entre la clase dirigente árabe musulmana, organizada militarmente, y la masa de los súbditos de otras religiones, sujetos al pago de tributos. El principio organizativo del califato primitivo fue teocrático. La meta de la federación política —asegurar la integridad religiosa de la *umma*— y los elementos de su estructura administrativa se rigieron por la revelación del Corán o por las instituciones ejemplares creadas por el profeta de Dios. En la tierra conquistada se superpuso a la población indígena una capa dirigente árabe, que, inicialmente, vivió junto a las antiguas capitales de provincia, en campamentos militares o en ciudades fortificadas, como Basora o Kufa (junto a la actual Bagdad) en Irak, y al-Fustat (El Cairo antiguo) en Egipto, o más tarde Cairuán, en Túnez. En verdad, pronto cedió la rígida separación entre la casta guerrera privilegiada (que obtuvo el derecho a una pensión estatal a cambio del servicio militar activo) y los árabes y la población sometida. La distribución de las tierras a quienes hubieran adquirido méritos particulares en las luchas del califato hizo surgir una capa social similar a la nobleza terrateniente bizantina, cuyos señores en su mayor parte habían huido; por el contrario,

en el viejo territorio persa, los terratenientes mantuvieron su posición, una vez convertidos al Islam. La situación de los súbditos no se diferenciaba, ni económica ni socialmente, de la existente en los tiempos pre-islámicos.

En las provincias reconquistadas, asumían la direccion del ejército y cuidaban del mantenimiento del orden interior los gobernadores nombrados por el califa. Estos dependían directamente del gobierno central; pero las nuevas tierras conquistadas eran administradas con preferencia por la provincia de la que había partido el ejército conquistador (por ejemplo, el Jorasán era administrado por Basora). Esto dio origen a un sistema centralista nada rígido, sino más bien dotado de cierta flexibilidad. Medina era el centro religioso y administrativo, pero los gobernadores poseían una amplia autonomía. De aquí se desviaron pronto tendencias particularistas, aunque por el momento quedaban en un segundo plano, por estar centrado el interés de todos en la conquista. Las provincias, con la gran independencia de que gozaban los gobernadores (que llegaba hasta el derecho de declarar la guerra por su cuenta) tendían al regionalismo político, si no a la formación de unidades autonómas. Tanto más cuanto que los países conquistados no sólo conservaban sus fronteras, sino también tradiciones bastante arraigadas. El control más bien esporádico del gobierno central, y menos aún la unidad de la *umma*, no estaban en condiciones de oponerse eficazmente a estas tendencias. Por otra parte, en la *umma* misma las tribus y clanes habían conservado su identidad, con lo cual perduraban los antagonismos que los dividían. Cuando los viejos lazos de tribu se distendían a través de la expansión, surgía en las ciudades fortificadas un nuevo sentimiento particularista, que, unido a la conciencia local de Basora o Kufa, pronto se convirtió en un factor político.

En noviembre del año 644, Omar fue asesinado por motivos personales por un esclavo persa. El comité de elección, compuesto por seis *quraysíes* designó como califa a uno de sus miembros: al hombre piadoso, de cierta edad y poco enérgico 'Otman ibn 'Affan (644-656) procedente de la familia de los Omeyas de la Meca. La debilidad de 'Otman y la influencia de sus numerosos parientes, llegados bajo su mando a altos puestos, y que utilizaron su posición sin escrúpulos, provocaron pronto la oposición contra la familia de los Omeyas. En el transfondo de la vida política jugaban un papel importante las viejas rivalidades entre las familias de la nobleza de la Meca y de Medina. La revisión oficial del Corán, ordenada por 'Otman, fue muy discutida (653) e hizo que se volvieran contra él los «pia-

dosos». A esto se añadía la creciente oposición de las provincias a la administración central. Revueltas apoyadas secretamente, tanto por otros candidatos al califato (entre ellos, 'Ali), como por los «piadosos» de Medina, hicieron su aparición. Un grupo militar de insurgentes egipcios asesinó al califa en julio del año 656 y designó sucesor en el mismo día a 'Ali, sobrino de Mahoma y esposo de su única hija, Fátima.

El califato de 'Ali ibn abi-Talib (656-661), quien fue celebrado por la posteridad como la encarnación del espíritu caballeresco árabe y que, no obstante su valentía personal, carecía de dotes para la política, hizo que se detuviera completamente la expansión árabe, a causa de los constantes conflictos interiores. 'Ali, tenido por el «asesino de Otman», chocó inmediatamente con otros aspirantes al califato. En diciembre del año 656, en la «batalla del camello», 'Ali, con la ayuda de tropas procedentes de Kufa, pudo deshacerse de dos de los «compañeros del profeta» (Talha y Zubair), que estaban apoyados por el ejército de Basora. Más peligrosa resultó la resistencia ofrecida por Mu'awiya, gobernador de Siria, que, como pariente de Otman, en nombre de la legitimidad se negó con todo su ejército a reconocer a 'Ali. Este se vio obligado, dada la fuerza con que contaba su oponente y la moral de sus propias tropas, a aceptar una propuesta de arbitraje. Contra esta posición se alzaron, entre sus mismos partidarios, los defensores de la idea religioso-conservadora del califato, los jariyíes («secesionistas»). En el 658, 'Ali hizo ejecutar a ocho hombres de su ejército, pero poco después fue asesinado en Kufa (enero del 661) por un jariyí. Su hijo Hasan renunció al califato, a cambio de una compensación monetaria y Mu'awiya fue proclamado califa en Jerusalén. La unidad política de la *umma* y el califato quedaba restablecida aparentemente, pero las heridas que causaron al Islam las agitaciones promovidas por 'Ali no se habían cerrado aún. El califa se mostró más poderoso en su tumba que cuando vivía.

Con la muerte de 'Ali, el Islam se escindió en dos grandes corrientes cargadas de conflictos: el sunnismo y el shiísmo (*si'at 'Ali*, «partido de 'Ali»). Como primer imán de los shiítas, 'Ali ejerció una influencia en la historia del Islam, que casi igualó a la del profeta.

d) *Las causas del éxito*

La expansión árabe-islámica, el acontecimiento más importante del siglo VII, transformó en el espacio de algo más de

un decenio la faz política del mundo mediterráneo. Del mundo sin historia, destrozado por las constantes querellas de las tribus beduinas, surge un estado que se lanza a la conquista del mundo. Con la expansión del mundo árabe fuera de la península, una de las dos grandes potencias de la época, el imperio sasánida, es aniquilada. Y la otra, Bizancio, reducida a una tercera parte de sus territorios aproximadamente, al perder las provincias más importantes de Oriente. Apenas se encuentra nada comparable a la rapidez con que se produce este proceso extraordinario, a no ser en los reinos mongoles de la estepa, con un Atila, Gengis Kan o Tamerlán, que crearon igualmente en pocos decenios reinos de dimensiones sorprendemente grandes. Esta comparación pone, precisamente, de manifiesto la característica extraordinaria del nuevo Imperio: su solidez. La expansión de *dar al-Islam,* de la zona de soberanía islámica, no implicaba únicamente una transformación efímera del mapa político. En el imperio árabe-islámico surgió un gran conjunto estatal y cultural altamente desarrollado, sobre una base inicial y política extraordinariamente estrecha. Pero mientras que las tribus germanas que se encontraron en una situación análoga en los confines del Imperio fueron absorbidas o, al menos, influenciadas radicalmente a largo plazo por éste y por su cultura, casi todas las conquistas islámicas (salvo las de España y los Balcanes) han permanecido hasta el día de hoy como territorios cultural y religiosamente islámicos. Por esto el Islam no cambió únicamente el destino del imperio bizantino en profundidad. Determinó, como ningún otro acontecimiento posterior a la invasión de las tribus germánicas, la ulterior historia de Europa y del Mediterráneo oriental.

A la vista de estas repercusiones surge la pregunta de cuáles fueron las causas de la expansión y éxito de los árabes. Ellos mismos estaban sorprendidos al principio por la magnitud y rapidez de su éxito; avanzaban paso a paso con asombro por un mundo cultural extraño. «Yo he conquistado una ciudad que ni siquiera intento describir. Baste decir que encontré allí 4.000 villas con 4.000 baños; además, 40.000 judíos que pagan impuestos y 400 lugares de recreo dignos de un rey»; en este informe de 'Amr, después de la conquista de Alejandría, se ve claramente la impresión que debieron sufrir al encontrarse los tumultuosos jinetes beduinos con una vieja civilización altamente desarrollada [6].

No es posible explicarlo todo por una sola causa; lo único que puede hacerse es describir un campo de fuerzas, un conjunto de causas para este gran movimiento. Un hecho se repite cons-

tantemente en la evolución histórica del Próximo Oriente, desde el quinto milenio: la península arábiga constituye una reserva de hombres desde la cual irrumpen hacia los países limítrofes tribus beduinas (semitas), que frecuentemente forman allí, después de la conquista, las nuevas capas dirigentes. Este proceso va desde la penetración de los acadios en Sumer a finales del tercero y comienzos del segundo milenio, pasando por la irrupción de los arameos en Siria a lo largo del segundo, hasta la invasión de Palestina por los hebreos. El constante conflicto entre el desierto y las grandes zonas fértiles del Próximo Oriente está estrechamente ligado a la naturaleza de los *Bede win* (los beduinos). De hecho, las tribus de Arabia se encuentran, a comienzos del siglo VII, en ese estado de agitación que (cf. arriba p. 267) suele preceder a estos movimientos. Sin duda, el cambio de clima aclara en parte esta irrupción periódica de las tribus desde el interior del espacio arábigo. Pero la sequía de la península no parece constituir la causa auténtica de la expansión árabe. Las lluvias en esta región más bien han aumentado a partir del siglo I d. de Cristo, aunque también es cierto que entre los años 591 y 640 puede constatarse una reducción temporal de las lluvias (y con ello la sequía de determinadas zonas). Puede ser éste un factor concomitante, así como, en un segundo momento, el económico: la imposibilidad de seguir sosteniendo económicamente en la misma Arabia a la *umma* en constante crecimiento. Sin embargo, el intento de comprender la conquista árabe como un proceso resultante del placer por la vida nómada, de la búsqueda de botín, de un empeoramiento del clima o de la presión ejercida por condiciones de vida insoportables, no explica la fuerza de choque y la tenacidad de esta irrupción, que supera todos los procesos comparables. Que del desierto arábigo surja un imperio mundial de tal duración y dimensiones, es un fenómeno que también ha de tener otras causas.

Para un éxito tan rápido fueron decisivos, así mismo, otros factores políticos, como acontece en casos similares. Los árabes se beneficiaron del viejo conflicto este-oeste: la debilidad momentánea de los dos grandes contrincantes facilitó considerablemente la expansión. El ejército persa estaba desorganizado en el momento del ataque; la defensa de las fronteras, dirigida por generales aislados, carecía de coordinación, y el Estado había de enfrentarse a conflictos políticos interiores. Además, aquí como en Bizancio, no se había considerado nunca a la frontera occidental como algo que pudiera ofrecer un serio peligro. La capacidad de resistencia, de disciplina y de fuerza de las tropas había disminuido también considerablemente en Bizancio des-

pués de veinte años de guerra. El mando era insuficiente, a consecuencia de la ineficaz coordinación de las provincias fronterizas, tanto entre sí como en relación con el ejército en campaña; a esto se añadió más tarde la falta de una dirección central enérgica. No se produjo el necesario reajuste para la lucha con la ligera caballería árabe; a las fronteras orientales les faltaban naturalmente fortificaciones. Un segundo aspecto de su debilidad se encontraba en el hecho de que los *themas* no estuvieran aún implantados en las provincias orientales, afectadas en primer término. El ejército era todavía allí un pesado ejército de mercenarios, cuyos contingentes en Siria estaban mezclados con tropas auxiliares armenias y transcaucásicas de dudosa confianza, y, en Egipto. con una milicia local poco entrenada. Las tropas árabes eran superiores además por luchar, en profundidad, ya que el camello facilitaba un rápido transporte de las unidades al frente.

La capacidad de resistencia del oriente bizantino estaba también políticamente debilitada. Por una parte, tuvo sus repercusiones la rigurosa política impositiva, con la que Heraclio intentó desesperadamente llenar las arcas del Estado, vaciadas durante la guerra persa. A esto se añadía la indiferencia de una población habituada durante siglos a la soberanía extranjera, frente al destino de la clase rectora, pero también —como en Egipto— a la oposición de los terratenientes. Y eran igualmente importantes las consecuencias del cisma monofisita. Herejía y secesión religiosa atizaban la resistencia pasiva contra el gobierno central de Constantinopla. El alejamiento de monofisitas y nestorianos con respecto al gobierno y a parte de la población greco-ortodoxa, creció aún más a causa de las persecuciones contra los monofisitas durante la disputa del monotelismo. Pero también la población ortodoxa estaba descontenta con la política religiosa monotelista por su carácter de compromiso. El bautismo forzoso de los judíos, ordenado por Heraclio en el año 634, condujo igualmente a rebeliones y matanzas.

La lealtad de todos los grupos de población en Oriente se veía gravemente afectada. Esto tuvo como consecuencia una falta de voluntad de resistencia y una tolerancia pasiva ante la conquista árabe. Del lado monofisita y judío se daban incluso algunos casos de apoyo y de abierta traición. En muchas provincias orientales se recibió frecuentemente a los árabes como libertadores, frente a la opresión de la maquinaria estatal bizantina y de la política religiosa ortodoxa. «Vuestra soberanía y vuestra justicia son para nosotros más agradables que la tiranía y las vejaciones a que estábamos sometidos»; éste era (según

un historiador árabe) el parecer de los monofisitas sirios[7]. De hecho, el califato de la primera época fue tolerante en el plano religioso. No se pretendió la conversión de los nuevos súbditos a excepción de los paganos. Cristianos y judíos, como *al-kitab* («pueblos del libro»), como sociedades religiosas que participaban en la verdad, gozaban de la libertad del ejercicio de la religión mediante el pago de un impuesto por cabeza. Su trato era esencialmente más generoso que el dado por Constantinopla a los herejes, siempre que se reconociera lealmente la soberanía árabe.

Pero la debilidad militar de Persia y Bizancio y la escasa lealtad de las provincias orientales constituyen explicaciones igualmente parciales. La última razón para explicar el éxito de la ola de conquista árabe hay que buscarla en el Islam: la nueva fe, con su desprecio fatalista por la muerte, les confería al mismo tiempo fuerza de choque y capacidad para resistir. Sólo esta religión guerrera pudo dirigir en masa, hacia una gran meta política, las energías de las tribus árabes, que hasta entonces no habían poseído ideal político alguno. La meta no era la conversión forzosa de otros pueblos, sino la soberanía de los creyentes sobre aquéllos: «Luchad contra quienes no creen en Allah (...) hasta que sometidos y humillados paguen el tributo»[8]. La política, la estructura estatal, la duración y capacidad cultural del gran imperio árabe se apoyaban en la vinculación indisoluble de la religión y el estado: el Corán constituía también la ley política fundamental del temprano califato. Sólo el Islam capacitó a los árabes para hacer, de una comunidad religiosa árabe, un imperio universal mediterráneo microasiático con una religión universalista. La transformación de las doctrinas religiosas y éticas en una idea política condicionó la supervivencia, la grandeza y el éxito del Islam; pero en él se mantuvo la idea religiosa como fuerza propulsora. Los árabes, al oponer al cristianismo una religión (que además encontró gran resonancia entre la población oriental de las regiones conquistadas), no fueron absorbidos, como les ocurrió a los germanos, por la cultura superior de sus adversarios, sino que, por el contrario, asimilaron las corrientes culturales helenísticas y persas para fomar una cultura propia.

Testigo de excepción del papel jugado por la religión en la historia de los árabes, es un árabe mismo: el historiador ibn Jaldun (1332-1406). Su *Muqqadima* («Introducción») a una historia del imperio islámico en España analiza con precisión la tendencia de los árabes, inscrita en la naturaleza y tradición de los beduinos, a la división política constante y su incapacidad

para formar agrupaciones políticas mayores; situación que, en opinión de ibn Jaldun, sólo una religión como el Islam podía cambiar: «Por su forma de vida salvaje los árabes son entre todos los pueblos los menos dispuestos a subordinarse a alguien; son toscos, orgullosos, ambiciosos, y cada uno de ellos quiere ser jefe. Sus aspiraciones y deseos individuales muy raramente pueden ponerse bajo un común denominador. Sólo si una religión actúa entre ellos mediante santos o profetas, se ejerce una influencia disciplinada y los rasgos característicos de arrogancia y rivalidad disminuyen. Entonces les resulta fácil subordinarse y unirse para formar un organismo social. Esto se consiguió a través de la religión común, que ahora poseen los árabes»[9]. Pese a todos los condicionamientos favorables de las circunstancias exteriores, sin el Islam no hubiera sido posible ni el éxito territorial ni la persistencia de ciertas influencias en la historia, como haber hecho islámicos de un modo permanente los territorios conquistados en la primera expansión, que aún hoy tienen papel determinante en la política mundial

e) *La dinastía de los Omeyas (661-750)*

Los años de transtornos internos que precedieron y siguieron a la muerte de 'Ali tuvieron como consecuencia el cese de la expansión y una profunda transformación interior. La expansión del Imperio se había detenido en Oriente en el río Oxus y en Occidente, en la Gran Sirte. Tras la superación de los conflictos interiores, hace su aparición una nueva fuerza política: la dinastía de los Omeyas. Una casa dinástica venía a ocupar el lugar del jefe elegido del Islam. Los Omeyas fueron, ya antes de Mahoma, uno de los clanes dirigentes del Heyaz; a pesar de su tardía conversión habían jugado ya un destacado papel entre los primeros califas y el tercero de éstos, Otman, fue un Omeya. La soberanía de los Omeyas señala la época mediterránea del califato, y coincide ante todo con una fase de la ulterior expansión y fortalecimiento del estado árabe. Mu'awiya I (661-680) fue, después de Omar, la figura política más destacada del período protoislámico y el segundo fundador del califato. Poseía magníficas dotes militares y supo planear la nueva ofensiva con sentido estratégico realista; además, gracias a su amplia visión de estadista fue el verdadero organizador del gran imperio árabe, que bajo sus sucesores se convirtió por su extensión territorial en el imperio más grande de la historia del mundo, mucho mayor que el romano o el alejandrino. Mu'awiya com-

prendió con toda claridad que el creciente imperio de los califas no podía gobernarse con la primitiva y simple organización de los primeros tiempos. Bajo su soberanía se inició la primera gran transformación del imperio árabe; mediante cambios decisivos en el sistema de gobierno de una fuerza de ocupación acampada libremente en las tierras conquistadas, surgía un verdadero Estado.

El califato, que de soberanía electiva se había convertido en dignidad dinástica, hereditaria, permaneció casi durante un siglo en la familia de los Omeyas, pese a los constantes enfrentamientos internos. Bajo la restauración de 'Abd al-Malik (685-705), la mayor figura de la dinastía política después de Mu'awiya, el gran imperio árabe alcanzó el zenit de su poder y de su cultura. 'Abd al-Malik logró detener nuevamente los particulares intereses regionales y otras tendencias hacia la autodestrucción del estado-nación árabe, no sin recurrir si las circunstancias lo exigían a un ejército profesional, neutral en estas cuestiones. Pero la era de los últimos Omeyas se caracterizó por breves reinados, amargas querellas internas y constantes revueltas. A la muerte del tercer destacado estadista omeya, Hisham (724-743), comenzó un período atormentado de luchas por la sucesión. Marwan II (744-750), un general capacitado, que reorganizó el ejército mediante la introducción de unidades más pequeñas y más ágiles, alcanzó la soberanía de las regiones centrales, en lugar del auténtico heredero Ibrahim. Retenido por levantamientos en Siria y Mesopotamia, no logró dominar la conjuración de los Abasidas (de la línea colateral de la familia de Mahoma), apoyada por los árabes del sur en Jorasán. Al estallar abiertamente la rebelión, fue derrotado junto al gran Zab por 'Abdallah ibn 'Ali, y cuando trataba de huir fue asesinado junto a Busir, en Egipto.

La oposición contra los Omeyas venía de diversos partidos. Los «piadosos» de Medina intrigaban contra la dinastía de los políticos y generales sirios, que manejaban el califato como un reino profano y que poseían un concepto de la soberanía más arábigo que islámico. El Irak se rebeló por intereses regionales contra la preeminencia de Siria, la región de donde procedían los Omeyas. Entre los descontentos se encontraban además los irreductibles jariyíes, pero más aún los seguidores del shiísmo, en torno a los cuales se congregaban los musulmanes no árabes, menos privilegiados. Con Husain ibn-'Ali, que bajo Yazid I (680-683), cayó en una revuelta de shiítas de Kufa, cerca de Karbala, en octubre del año 680, ganó el movimiento un segundo mártir, que juega hasta el día de hoy un papel central en la

religiosidad shiíta. A la tradición local de Kufa, y al recuerdo nostálgico de los días en que esta ciudad había sido, bajo 'Ali, la capital del Islam, se unía el legitimismo político para el que la descendencia de 'Ali constituía la única heredera legal del califato, además de una religiosidad emocional-sectaria, impregnada de entusiasmo shiíta. Tan peligroso como el shiísmo (que pronto se unió a la rebelión de los Abasidas) fue el robustecimiento del particularismo de las tribus. Los usos políticos del mundo beduino, intolerables en un imperio mundial, no habían muerto en modo alguno. Grupos tribales o clanes familiares se convirtieron nuevamente en factores del poder político. Sobre todo, entre los árabes septentrionales y meridionales (Qaysíes y Kalbíes) se creó una fuerte enemistad política, penetrada de un odio profundo. Pero el siglo de los Omeyas aportó, a pesar de esta creciente situación de peligro para los intereses panárabes, la consolidación del Estado y una nueva fase de la expansión territorial; la segunda gran expansión de dar-al-islam. Ya Mu'awiya había vuelto a tomar la línea política de Omar, pero vio que la frontera del Tauros era prácticamente insuperable, incluso por razones geográficas. Su idea estratégica fundamental consistía en atacar a Bizancio en su centro vital, Constantinopla, en lugar de continuar con las constantes incursiones en las montañas de Anatolia. La lucha por el poderío marítimo como preparación de esta estrategia comenzó ya en su época de gobernador. La construcción de una flota y la conquista de una cadena de puntos de apoyo en el Egeo precedieron, como operaciones parciales, al ataque general.

La guerra marítima se prolongó durante casi medio siglo y culminó tres veces en el sitio de Constantinopla (668-669, 674-678, 716-717). Ya en el año 649 fue ocupada Chipre (que como todos los puntos de apoyo isleños cambió varias veces de dueño). En el 654, por primera vez, las fuerzas navales árabes derrotaban a la flota bizantina, mandada por el mismo emperador Constante II. Poco después caía Rodas y más tarde, aunque temporalmente, Creta y Sicilia. Bajo Mu'awiya, en el 668-669, se llevó a cabo un ataque contra la misma Constantinopla, combinando la acción del ejército, que marchó por tierra hasta Calcedonia (las defensas bizantinas eran siempre vulnerables por este tipo de acciones), con la de la flota que operaba en el mar de Mármara. Al primer intento fracasado siguió un segundo, precedido de una impresionante preparación: Chipre, Rodas, Coo y Chío fueron dispuestas para la retaguardia; Qycicos fue ocupada como base de operaciones y durante cuatro años se mantuvo un bloqueo que era completado cada verano por un sitio

en toda regla (674-678). Como ya había ocurrido en el año 668-669, jugó un gran papel —por parte de Bizancio— la utilización del «fuego griego», un líquido explosivo inventado por Calínico, arquitecto huido de Siria, que ardía también en el agua y se disparaba con primitivos lanzallamas montados en barcos *sifonóforos*. Este invento, mantenido secreto, decidió durante decenios los éxitos defensivos de las fuerzas navales bizantinas. En el año 678 se llegó a pactar la paz, consiguiéndose una pausa en la guerra que duró decenios, gracias a los conflictos internos del califato. El último intento de un ataque directo a Constantinopla, realizado con gran aparato, fue el sitio del año 716-717, que fracasó ante la resistencia de los bizantinos mandados por el brillante general León III y ante la superioridad de sus técnicas defensivas. El intento de penetrar en el centro vital de Bizancio, fue abandonado durante varios siglos. Las operaciones marítimas en el Mediterráneo oriental se limitaron por mucho tiempo a acciones aisladas y actos de piratería. La superioridad bizantina en el mar se mantuvo íntegra hasta comienzos del siglo VIII.

Independientemente de esto, la expansión territorial seguía avanzando en otras direcciones. Sobre el ala oriental fue conquistada Kabul, en el año 664; conquista que se vio facilitada por la anarquía de las tribus en las que se disolvió el imperio del Gran Khan turco en la frontera oriental. Diez años después, caían Bujara y Samarcanda. Por último, el año 715 fueron definitivamente sometidos, en campañas de más duración, el Jorasán, la Corasmia y Sogdiana. Al mismo tiempo, 711-712, el ejército islámico alcanzaba el Sind (con Karachi y Haiderabad) y el Punjab, en los umbrales de la India, donde había sucumbido a mediados del siglo VII la soberanía de los reyes Gupta. En sus últimas correrías, los árabes llegaron incluso al Turquestán chino, favorecidos por la decadencia de la dinastía T'ang. Sin embargo, la esfera de influencia árabe-islámica quedó restringida al Turquestán occidental y al paso de Pamir, tras la batalla junto a las márgenes del Talas (751). Los árabes sólo representaban en las regiones orientales del Irán una reducida minoría destinada a desaparecer; lo que explica que surgiera y tomase fuerza en el período islámico una conciencia autonomista persa, desde comienzos del siglo VIII.

También en Occidente ganaba terreno tenazmente la expansión islámica. En el año 642 había sido ocupada la Pentápolis para proteger los flancos; pero varias regiones del exarcado de Cartago resistían aún (véase la pág. 277). En el año 664 se inició un nuevo avance: un ejército bizantino fue derrotado junto

a Adrumeto y Djelula fue tomada. La posición clave para la conquista del norte de Africa fue obtenida con la fundación del campamento militar de Cairuán por Sidi Okba ('Uqba ibn-Nafi') en el año 670; era comparable, como base de operaciones y centro cultural, a las más antiguas ciudades-guarniciones de Siria o Egipto. Desde allí se alcanzó por primera vez en el año 681 la costa atlántica de Marruecos, al tiempo que se iniciaba una intensa guerra contra los bereberes de la región del Aures. Pero, debido a la superioridad bizantina en el mar, fueron necesarios casi veinte años de guerra y numerosos reveses para que pudieran ser eliminados, entre los años 693 y 700 (Cartago cayó definitivamente en el 698), los últimos focos de resistencia bizantina y bereber. Sólo Septem (Ceuta) y algunos baluartes en España se mantuvieron aún por unos diez años. El Norte de Africa se convirtió en una provincia autónoma durante el mando de Musa ibn Nusair (Muza) y Túnez, la nueva capital, con el puerto de La Goleta, en una gran base de la flota árabe, que controló el Mediterráneo occidental. La cultura bizantino-latina de la región costera mostró poca capacidad de resistencia, y los bereberes se pasaron fácilmente al Islam: la islamización del Norte de Africa fue rápida y duradera.

La zona de soberanía árabe se extendió aún más allá, lo que venía impuesto por la necesidad de proporcionar ocupación y botín a los bereberes, que seguían manifestándose inquietos. El primer ataque a España, al mando del general berebere Tariq, aunque estaba planeado solamente como una incursión de saqueo, obtuvo en el año 711 un éxito inesperado, sobre todo teniendo en cuenta que fue llevado a cabo por unos 7.000 hombres solamente. El ejército visigodo, al mando de Rodrigo, sucumbió en el primer combate; sólo algunas ciudades opusieron una seria resistencia. También Córdoba cayó después de dos meses y, algunas semanas más tarde, Toledo. En el año 712, Muza limpió el país de enemigos con operaciones planeadas contra la caballería visigoda, cuya capacidad defensiva estaba muy debilitada a causa de las querellas dinásticas, la impopularidad de los godos y la colaboración judía, atizada por las persecuciones. Muza proclamó en el año 713 en la capital, Toledo, la soberanía del califa sobre la nueva provincia, Al-Andalus. Para el año 718, había sido sometido todo el país a excepción de algunas zonas del norte: Asturias y Cantabria. Aún no había terminado la ofensiva árabe-berebere. Ya en el año 718 comenzaron las primeras incursiones al sur de Francia; en el 720 caía bajo el poder islámico la Septimania, con Narbona, su baluarte más importante. A partir de aquí fueron atacadas durante más

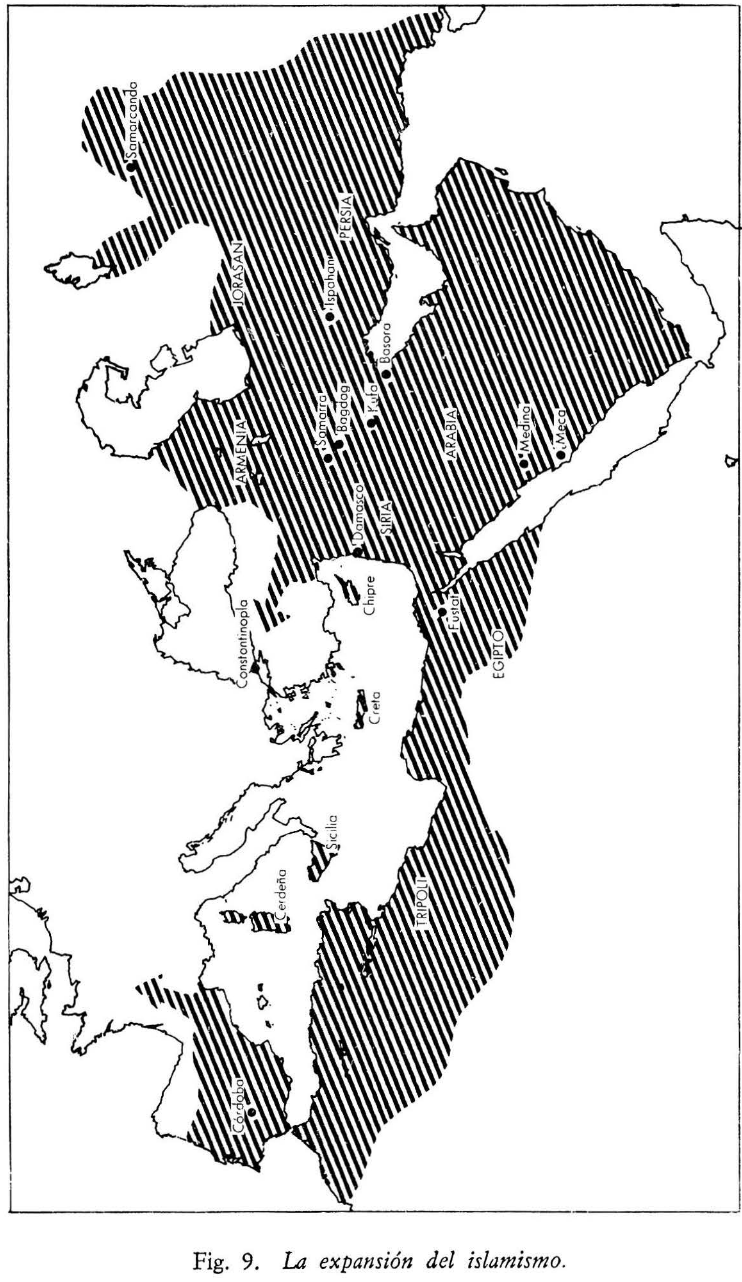


Fig. 9. *La expansión del islamismo.*

de cuarenta años las ciudades del sur de Francia, como Tolosa, defendida victoriosamente por el duque Eudón de Aquitania, Arlés o Avignon. El ataque a la Francia central fracasó en el año 732 en Poitiers, frente a todas las tropas francas dirigidas por Carlos Martel. Sin embargo, no es justo considerar a éste como el salvador de la cristiandad occidental: la capacidad ofensiva de los árabes tocaba ya a su fin, y la segunda ola de expansión había alcanzado su punto culminante. Incluso una conquista duradera del sur de Francia hubiera sido impedida por los transtornos internos del califato y por la barrera del reino de Asturias que se afirmaba en el norte de España y reunía a las fuerzas de resistencia cristianas. Pero en España echó raíces la cultura árabe (que había de conocer su verdadera edad de oro bajo los Omeyas españoles); nada ofrece más claro testimonio de esto que el surgimiento de una clase social propia, la de los «mozárabes» —españoles que siguieron siendo cristianos, pero que adoptaron la lengua y cultura arábiga. Además de la frontera directa entre el mundo islámico y bizantino, surgió una segunda entre el núcleo en formación del mundo medieval de Occidente y el ámbito cultural islámico. Esto fue decisivo para la evolución posterior. Bizancio había actuado como cerrojo para Occidente. Esta acción, en el plano político y militar fue positiva; gracias a la obra defensiva de Bizancio no cambió el mapa de Europa del suroeste, no obstante la ofensiva árabe. Pero en el plano cultural fue negativa: la influencia cultural árabe-islámica llegaba a Europa a través de Bizancio, generalmente muy debilitada o adoptando formas bizantinas. El contacto directo entre el Occidente y el mundo cultural árabe a través de España y Sicilia, se hizo especialmente importante en la Alta Edad Media. Al segundo gran momento de expansión siguió, en política exterior, la fase de las luchas de fronteras y de las campañas de verano, que no aportaron ninguna modificación territorial digna de mención: se había alcanzado un *status quo.* Al mismo tiempo se llegaba en el reino de los Omeyas a una cierta consolidación de estado y sociedad. Los años de los califas ortodoxos constituyeron una solución provisional; el «Estado» árabe no era otra cosa que la casta guerrera árabe en país conquistado, organizada según los mandatos del Corán y los principios de la *umma.* Desde el punto de vista histórico, los grandes compamentos militares ponen de manifiesto (cf. arriba p. 278), que los árabes vivían como ejército de ocupación junto al viejo sistema social y adminis-

trativo. Mu'awiya no hizo aportaciones verdaderamente nuevas para sustituir este sistema de soberanía, limitándose a organizar este estado provisional, dándole formas y reglas más sólidas. La soberanía de la casta guerrera, fundada en la unidad religiosa y, por el momento, predominantemente árabe, siguió siendo el rasgo fundamental del estado primitivo árabe. Sin embargo, Mu'awiya hizo algo más que institucionalizar la *umma.* Con razón le reprochaban sus enemigos una decidida secularización del estado islámico: en el pensamiento político de los Omeyas actúa, junto a la figura del califa como jefe carismático-religioso, la tradición precoránica del *sayyd,* del antiguo príncipe de tribu. Con la fusión de estos dos principios políticos el Estado de los Omeyas representaba algo nuevo, como lo demuestra la translación del centro político de Heyaz a Siria, de Medina a Damasco.

La posición de la privilegiada nobleza árabe-islámica, como clase rectora sometida al califa, siguió siendo fundamental en la estructura del poder. Esta clase formaba un grupo social herméticamente cerrado y a ella estaban reservados los cargos en el ejército y todos los puestos rectores de la administración. Siguió siendo una clase de conquistadores, monopolizadora de las posiciones rectoras; situación que puede compararse, hasta un cierto grado, con las relaciones sociales vigentes en los estados de los germanos orientales; la obligación principal de los súbditos, separados también aquí de la clase dirigente por la confesión religiosa, era como siempre el pago de impuestos, garantizando así la financiación del Estado y de la nobleza militar.

Pero, como aconteció en los estados de los germanos orientales, pronto se hizo difícil el mantenimiento del exclusivismo de la clase dirigente en los nuevos territorios. La exclusión de los súbditos de la *umma,* rígidamente aplicada al principio, para contraponer su exclusivismo político social a la superioridad cultural, andando el tiempo se reveló insostenible. La aristocracia militar árabe no podía mantener su posición exclusiva, sobre todo cuando se había iniciado una islamización de las clases altas de los territorios conquistados. Ciertamente, desapareció la nobleza bizantina; pero las clases rectoras iraníes y bereberes que quedaban, seguían luchando por la igualdad social, sólo asequible a través del Islam (lo cual, dado el sistema de impuestos, aportaba además ventajas materiales). Al cesar la ola conquistadora, cesaba al mismo tiempo la separación espar-

tana de los grandes campamentos militares y, con ella, la seguridad del exclusivismo social: como terratenientes, campesinos o comerciantes, los árabes se veían obligados a adaptarse a su mundo en el orden social, económico y cultural. Los nuevos musulmanes entendían al Islam en sentido igualitario. Sin embargo, los neoconversos no árabes *(mawali)*, no fueron equiparados ni en el orden social ni en el económico. Como soldados, no tenían derecho a aspirar a pensión alguna; no fueron exonerados de los impuestos de las tierras y, a veces, ni siquiera del impuesto por cabeza, reservado exclusivamente a los no musulmanes. Esto llevó, ya bajo los últimos Omeyas, a una callada oposición, y, entre los bereberes, a una rebelión abierta.

Entre la clase dirigente árabe y los súbditos (en general, cristianos) existió en el primitivo Estado árabe un tercer elemento intermediario: la pervivencia de la antigua estructura administrativa. El califa y sus gobernadores se sirvieron del sistema existente; también el ejército fue reorganizado según el modelo bizantino. Los árabes, nómadas del desierto, carentes de experiencia en la administración de unidades estatales complicadas, habían encontrado en los territorios conquistados las organizaciones altamente desarrolladas de bizantinos y sasánidas; el modelo sasánida se utilizó por primera vez bajo los Abasidas; para los Omeyas, con su centro en Siria, se ofrecía más próximo el modelo bizantino. Según prueban documentos escritos en papiro, Mu'awiya y sus sucesores adoptaron deliberadamente el sistema fiscal y administrativo existente sobre todo en Siria y Egipto, por considerar, al parecer, que nada nuevo o mejor había de sustituir aquel aparato, que marchaba relativamente bien. Puesto que los árabes carecían de especialistas experimentados en la administración, fueron pronto escogidos del círculo de los súbditos cristianos, no sólo los funcionarios del escalafón bajo, sino también algunos de alto rango. El sistema impositivo, con las dificultades de recaudación, los abusos y el principio de la pura explotación de los súbditos, siguió vigente, aunque a comienzos del siglo VIII se intentó una reestructuración más acorde con los mandamientos del Islam.

También cambió poco la estructura social y económica de los territorios conquistados. La cultura de las ciudades se mantuvo. La ciudad musulmana era, a la vez, como la romano-tardía-bizantina, un centro político y económico; un tipo de ciudad bizantina oriental, con mezquita (en lugar de iglesia) e insta-

laciones de mercado en el centro. En Siria y Egipto seguían trabajando las antiguas manufacturas textiles y vidrieras; también las asociaciones laborales, controladas por el Estado, subsistían en los gremios, que abarcaban a comerciantes y artesanos, como sus equivalentes sasánidas. El nombramiento de los jefes debía ser aprobado por el Estado. Sus funciones, como las de los funcionarios que controlaban la vida económica de las ciudades, llevaban el sello bizantino, como lo demuestra el título de «maestro de mercado» *(sahib as-suq)* correspondiente al bizantino de *agoranomos*. La moneda en Oriente se basaba en el modelo de plata impuesto por los sasánidas; en Occidente se conservaba con el *dinar*, la divisa de oro bizantina (el *solidus aureus*). El *dinar*, que se implantó alrededor del año 900 se mantuvo como divisa con una estabilidad similar a la del *solidus* bizantino. Las instituciones bancarias siguieron desarrollándose; a ello iba unido un aumento del comercio entre centros distantes. A este hecho, junto a la recuperación de tierras fértiles, mediante el restablecimiento del sistema de irrigación en el Irak, se debe el verdadero progreso económico de la época de los Omeyas. Al aumento del comercio entre centros lejanos contribuyó el nacimiento de un área económica, que iba desde el Atlántico hasta el Asia Central, a lo que hay que añadir la tradicional inclinación de los árabes por este ramo de la economía (cuyo prestigio social subió considerablemente). Basora, Bagdad, Damasco o El Cairo se encontraban en las grandes rutas comerciales, que fueron mejoradas con la construcción de pozos y refugios para las caravanas. El bienestar creciente creó mercados en el mismo interior del imperio árabe. Pero también Constantinopla era importadora de artículos de lujo, tejidos y trabajos en metal. Por los hallazgos de monedas se desprende que el comercio musulmán llegaba a Rusia, a través del reino de los cázaros y hasta el mar Báltico y Escandinavia. Las rutas terrestres más importantes partían del Asia Central y pasaban por Bujara y el Irán; el comercio marítimo discurría por el Golfo Pérsico, el Mar Rojo y llegaba hasta la India, Ceilán y China, donde había oficinas de comercio árabes bajo la dinastía T'ang. Un activo comercio se desarrollaba a lo largo de la costa meridional del mar Mediterráneo. El intercambio comercial con Italia y Francia fue escaso hasta el siglo X; los barcos musulmanes entraban en los puertos más como piratas que como compradores. La vida económica seguía estando en gran parte en manos de los súbditos. Además, para ellos, ésta cambió poco; la carga fiscal del Esta-

do apenas sufrió modificaciones en estos primeros años de la nueva soberanía. Los que ganaron más con la nueva situación fueron los nestorianos y monofisitas, gracias a la política más tolerante para con ellos. La convivencia de señores árabes y súbditos cristianos dentro del Estado árabe ofrecía, con todo, en un punto, una forma peculiar y diferente de la solución de los estados germánicos orientales, forma que sobrevivió en el imperio turco con el sistema del *millet* hasta el siglo XX. El vocablo árabe *millet* significaba nación; nación en el sentido de comunidad religiosa. Este principio, que determinaba también la *umma* se fundaba en dos elementos distintos: por una parte, en el concepto de una personalidad del derecho, que hacía posible la diferente posición jurídica de hombres que profesasen creencias religiosas diferentes dentro del mismo estado; por otra, en la mejor predisposición de los musulmanes, en comparación con Bizancio, para tolerar formas religiosas extrañas. La solución del *millet* se limitaba de todos modos a los *al-kitab* (o sea los «poseedores del libro»); a los cristianos, judíos y seguidores de Zoroastro. Como *dimmi* (pertenecientes a una asociación protegida) recibían un trato especial; a cambio de la renuncia a participar en la dirección del Estado y el pago del impuesto por cabeza, se otorgaba a cada una de las comunidades el derecho al ejercicio de la libre propiedad, al desarrollo económico y a la práctica de su religión, así como una amplia autonomía administrativa.

La comunidad religiosa se convirtió en una especie de sociedad semiautónoma dentro del estado, que, por su parte, determinaba en gran medida los derechos y obligaciones de cada una de ellas. Los patriarcas monofisitas, sobre todo, conservaron en este sistema la posición conquistada en la época bizantina; junto a la autoridad religiosa, tenían otra semioficial, reconocida por la administración árabe; no eran sólo responsables de la dirección espiritual de su comunidad religiosa, sino también de la lealtad política de los miembros de su *millet,* con respecto al califa. De esta manera, surgen «nacionalidades» que no están vinculadas por raza o estado, sino por la común tradición cultural y por la pertenencia a una misma comunidad religiosa. Esta consolidación de la situación religiosa creó, en última instancia, la condición previa a la liberación de los griegos y de los pueblos balcánicos. Sólo porque en este sistema de la comunidad semiautónoma se preservaba la identidad religiosa junto a la cultural, pudo encontrar un buen asidero la idea del estado na-

cional moderno en el imperio turco del siglo XIX. La *umma* árabe-musulmana, las comunidades *dimmi* de súbditos y, como elemento mediador, la administración, esencialmente aceptada en su forma bizantina, determinaron la estructura del Estado de los Omeyas. La conquista árabe había transformado la sociedad en la medida en que había transformado las formas de soberanía y del poder político. Pero en los demás aspectos, la estructura social, económica y administrativa, apenas era diferente del modelo bizantino. La primera época de los Omeyas significó, en primer término —siempre con un cierto paralelismo a los estados germanos orientales—, la penetración de una casta guerrera de conquistadores en el orden social del viejo mundo. La fuerza de las formas de vida tradicionales se puso de manifiesto en la cultura de la época.

Los árabes conquistadores, especialmente los mismos califas y el estamento de los emires, salió al encuentro del nuevo mundo sin animosidad, fascinados por la refinada civilización y el arte del mundo bizantino. Al primer asombro, sucedió la alta consideración y el reconocimiento, en ciertos aspectos comparables a la relación de las altas clases persas con la cultura griega en los siglos VI y V antes de Cristo. Los árabes hicieron suya, con sorprendente rapidez, la floreciente cultura de las ciudades de Persia y del Oriente bizantino. No se trataba solamente de un proceso pasivo: dieron nueva vida a la vieja cultura con la conciencia de su nacionalidad y la pasión de una joven religión en plena expansión. Desde Jorasán hasta España, pasando por Damasco y Africa, surgió una cultura altamente desarrollada, que, segura de sí misma, aceptó tradiciones y conocimientos y los desarrolló de forma creadora. El elemento árabe-islámico mismo actuó más bien de catalizador formal en la nueva síntesis; sólo con unos cuantos rasgos pudo imponer su predominio. Tradiciones greco-bizantinas, sirias, coptas y sasánidas se fundieron con el mundo conceptual islámico. A partir de ahí se desplegó en las grandes capitales y centros del Islam, en interacción de fuerzas viejas y nuevas, una cultura mundial que bien pronto irradió por sí misma.

Esta cultura omeya del siglo VII no era, por su origen y rasgos característicos más importantes, una cultura árabe, sino fundamentalmente, una cultura bizantino-oriental y helenístico-oriental[10]; tampoco era «asiática» en lugar de «europea», sino más bien un producto de la fusión, activa en todo el Próximo

Oriente, de las corrientes culturales semíticas y helenísticas. Sólo en un ámbito de la vida espiritual domina claramente el elemento árabe-islámico: en la religión. Junto a los comienzos de la narración histórica árabe, que pronto aventaja a su contemporánea occidental, se desarrolló en Siria y en Egipto la teología musulmana —por cierto bajo un doble desafío: la invitación a sumnitas, jariyíes y shiítas a la absoluta vinculación con la revelación de Mahoma, y el encuentro con la teología cristiana, superior en un primer momento por el aislamiento del Islam en la elaboración intelectual de las tradiciones religiosas. Esta se hallaba representada, bajo soberanía árabe, por figuras tan destacadas como Juan Damasceno (en torno a los años 680-750), cuyos trabajos de compilación y sistematización del conjunto doctrinal ortodoxo tuvieron una gran influencia. Junto a las noticias de la vida del profeta, como fuente de moral y de comportamiento en la vida, seguía siendo el Corán la más alta autoridad de la religión, derecho moral y orden político. Tanto más urgente era, pues, reunir las palabras del profeta, sistematizarlas y aclarar sus contradicciones. A partir de ahí se desarrolló muy pronto un enorme número de comentarios y de literatura exegética.

Pero, por lo demás, la cultura de los primeros tiempos del califato no era árabe, ni por sus creaciones más significativas ni por el grupo social verdaderamente portador de la cultura. En el arte y la manufactura artística dominaban los sirios y egipcios (también los persas), sólo excepcionalmente convertidos al Islam, que a menudo trabajaban para señores árabes. En las provincias bizantinas orientales florecía la cultura greco-cristiana, pese a las profundas transformaciones políticas. El siglo VII asistió a una sorprendente animación cultural. Sólo lentamente fue penetrando la provincialización espiritual, al separarse de los otros centros de la cristiandad oriental. En la herencia bizantina hicieron naturalmente su aparición las tradiciones culturales orientales, largo tiempo encubiertas en estas provincias (sobre todo Egipto y Siria). La penetración de estos elementos locales, a través del barniz helenístico, y no del elemento árabe-islámico propiamente dicho, da a la cultura de los Omeyas su carácter peculiar, que, en sentido estricto, la separa de la bizantina.

La evolución del arte islámico primitivo puede seguirse una vez más con mayor claridad en la arquitectura. De las múltiples corrientes que pronto funden en una cultura grande y unitaria, surge inicialmente una especie de eclecticismo, gracias

a la adopción de las tradiciones artísticas y artesanas de los territorios conquistados (con frecuencia, altamente desarrolladas). El arte árabe necesita aún decenios para llegar a la plena autonomía, proceso en el que están presentes influencias regionales muy diferenciadas —como se puede observar en la evolución diversa de los estilos del minarete. La arquitectura de los Omeyas encarna, en realidad, el último gran florecimiento del estilo bizantino oriental. La soberanía árabe trajo consigo una intensa actividad constructora. El gusto principesco por la construcción y ornamentación, unido a la peculiar inclinación de los príncipes orientales al cambio constante y a la construcción de nuevas residencias (la aversión a ocupar la de sus predecesores se pone de manifiesto, por ejemplo, en los palacios del desierto de los califas Omeyas) constituyeron un estímulo y un acicate similar a la obligación que tenían los ricos, siempre viva en la tradición islámica, de hacer fundaciones de edificios de utilidad pública. De esta manera, surgieron escuelas, baños, refugios para caravanas; se erigieron ciudades enteras como Basora, Kufa o al-Fustat. Pero los monumentos arquitectónicos más importantes son las sedes de los soberanos: los suntuosos palacios y castillos del desierto de los califas y emires, como Ukhaidiv, Qusair 'Amra o M'Shatta (743-744) y las grandes mezquitas estatales, como la Gran Mezquita de Damasco (705) o la Mezquita de Omar (Qubbat as-Sakhra) en Jerusalén (691). Para el servicio religioso del Islam se adaptaron, inicialmente, las basílicas cristianas, en las que se introdujeron algunas reformas. También en las nuevas construcciones se utilizaron durante mucho tiempo materiales arrancados de edificios bizantinos, como columnas y capiteles. Pero, en las mezquitas erigidas de nueva planta, el nuevo estilo se iba imponiendo ya en formas arquitectónicas típicamente árabe-islámicas, como el patio, la fuente, el *mihrab* (nicho que indicaba al creyente la dirección de la Meca) y el minarete. También las formas ornamentales sufrieron un apreciable cambio, dado el creciente gusto por los elementos decorativos puramente formales, en los que se desarrollan en estilizaciones más abstractas, los conocidos motivos del arte clásico y oriental, como, por ejemplo, el acanto o la parra. En el arte omeya no siempre se tenía en cuenta la prohibición de representaciones de imágenes, ya atribuída a Mahoma; algunos palacios de la costa poseían aún frescos figurativos de estilo bizantino. Mosaicos como los de la Gran Mezquita de Damasco con sus paisajes idealizados, pero también la configuración del espacio y cuerpos arquitectónicos en otras mezquitas, atestiguan la vinculación a la tradición brizantina y las estrechas

relaciones artísticas con estilos de allende las fronteras. En la ola de la conquista, que irrumpió sobre el Próximo Oriente y el Norte de Africa, se conservó con sorprendente tenacidad la forma de vida antigua, tanto en el ámbito espiritual como en el del arte. Pero lentamente se fue introduciendo una islamización y arabización que, a finales de siglo, afectaba ya al área de la cultura. La política religiosa de los califas era tolerante. No fue la presión estatal la causante del lento declinar de las comunidades religiosas cristianas y de la fosilización de su propia cultura, sino el oportunismo indiferente en el plano religioso y una aproximación espiritual entre las formaciones sociales más cultas. Coptos y nestorianos coexistieron ciertamente como grupos. Pero, mientras que los invasores germanos se fueron romanizando cada vez más, el Islam mostró la energía suficiente para ejercer una acción siempre más honda, no sólo en el ambiente religioso de sus súbditos, sino también en el cultural. El proceso de arabización se puede observar claramente en algunos acontecimientos. Con 'Abd al-Malik comenzó a acuñarse una moneda con inscripción árabe, el *dinar*, que fue desalojando paulatinamente al *denarius* griego y en Occidente también al *denarius* latino-árabe (sólo hacia el año 720). Tuvo aún mayores repercusiones el desarrollo de los monopolios económicos (como por ejemplo los del papiro y tejidos de lujo) y la introducción del árabe como lengua oficial y de la burocracia. Hasta entonces se servían del griego, el copto y el pahleví (en los distritos persas) como lenguas de la administración. Hasta que en el año 705 se instauró el árabe en Damasco como lengua oficial. De este modo fue imponiéndose el árabe como lengua internacional (demostrable en Alejandría, por ejemplo, hacia el año 700). Con todo, el proceso de arabización alcanzará sólo sus mayores éxitos en el siglo VIII.

III. BIZANCIO, A LA DEFENSIVA

El surgimiento del Islam y la posición mundial del califato fueron los acontecimientos dominantes del siglo. Pero la época ofrece también otros aspectos y el mundo mediterráneo otros centros de gravedad. Tanto en Bizancio como en la Europa Occidental se inician procesos evolutivos que rompen el marco del «viejo mundo». En el imperio bizantino de finales del siglo VII persisten las guerras defensivas del Imperio en dos frentes y prosigue el robustecimiento y expansión regional de la reforma en el orden estatal. Los sucesores de Heraclio luchan con tenaz

empeño por la existencia del Imperio, sin percibir con claridad, naturalmente, su propia situación. Sin duda era difícil para los contemporáneos comprender la completa transformación del mundo y, al mismo tiempo también, los propios problemas vitales. Bizancio fue todavía durante el siglo VI la única gran potencia del Mediterráneo, y la capital, Constantinopla, el centro del mundo civilizado. La aparición de los eslavos y del Islam hizo cambiar de raíz el equilibrio político: las provincias orientales y Africa se perdieron a favor del califato; los Balcanes se fueron eslavizando de manera creciente; el área de influencia en Italia iba siendo cada vez más limitada con la invasión lombarda. A esto hay que añadir el retroceso de la potencia naval bizantina, que quedó reducida a una posición defensiva en los mares Egeo y Adriático. La ocupación de la cuenca mediterránea por los árabes redujo la influencia política, económica y cultural de Bizancio en el Occidente de modo considerable.

Incluso las fronteras del Estado, que habían quedado reducidas a un fragmento de sus antiguas dimensiones, estaban amenazadas constantemente. La guerra fronteriza, especialmente en el Este, fue algo habitual tanto para el imperio bizantino como para el romano. Pero, como en el siglo III, se producía ahora un cambio de gran transcendencia: de una actitud defensiva, destinada de antemano al éxito, que se apoyaba en la conciencia de la propia superioridad, se pasaba a una pura y simple lucha por la existencia. Los árabes se mostraron mucho más peligrosos que los sasánidas; la frontera de los Balcanes planteaba problemas desconocidos hasta entonces. En las dos generaciones que sucedieron a Heraclio, se fueron consumiendo las energías del imperio en la doble tarea gigantesca de la lucha por la existencia y de la consolidación interior. Frente al intento de hacer funcionar al Estado y de adaptarle a las nuevas condiciones de la vida, debía retroceder todo lo demás.

No era fácil proseguir la línea política enérgica y consciente de sus fines, llevada por Heraclio. Sólo la desnuda utilización de los plenos poderes absolutistas era capaz de posibilitar la supervivencia. Con todo, hacia finales del siglo fue creciendo la oposición política interior contra el régimen autocrático imperial. Esta resistencia no provenía de la amplia masa de población; partía de la nobleza, cuyo poder, también en Bizancio, se basaba ampliamente en los latifundios. Algunos emperadores, como Constante II (641-688) y su hijo Constantino IV (668-685), fueron monarcas enérgicos y generales capaces; es decir, lo que Bizancio necesitaba en primer término. Constante II poseía dotes

poco comunes de estratega en la guerra marítima y contribuyó esencialmente de este modo a la lucha defensiva bizantina. La fase creadora de la dinastía terminó con Justiniano II (a partir del 685) y más exactamente con su primer derrocamiento (695). Su política decididamente autocrática, pero también cruel frente a la nobleza, condujo a su destronamiento. Al emperador le fueron cortadas la nariz (de ahí su sobrenombre de *Rhinotmetos*) y una parte de la lengua: un método corriente para impedir el retorno de los pretendientes al trono o de los emperadores derrocados, pues con la deformación de la cara y de la naturaleza humana se creía les faltaba un prerrequisito para la investidura del más alto cargo. Justiniano huyó, se refugió entre los cázaros y se casó con la hija del Khagan, para hacerse nuevamente con el trono en el año 705, con ayuda búlgara. Su segundo gobierno fue un régimen de terror sistemático, de venganza de todos los supuestos enemigos. En el 711 terminó ordenando la matanza de los miembros de la misma familia imperial.

a) *Política exterior: la lucha defensiva.*

La vida en Bizancio estaba dominada por la política exterior. Pero política exterior que significaba ahora el enfrentamiento militar con los árabes, los eslavos y los búlgaros. En el Oriente seguía avanzando la ola árabe conquistadora; en la región de los Balcanes, presionaban los pueblos eslavos y búlgaros. Era de importancia vital para Bizancio, que cambiase el centro de gravedad en los tres frentes de esta lucha defensiva. Hasta mediados de siglo, ocupó el primer plano el frente árabe (cf. arriba p. 287). Cierto es que; a la muerte de Omar, el avance en Africa se había detenido en Trípoli. Bizancio consiguió incluso algunos éxitos, como la ocupación de Alejandría durante algunos meses en el año 646. Sin embargo, se mantuvo la presión islámica en torno al núcleo central del país. En Cilicia y Armenia se llegó, junto a la lucha fronteriza permanente, a profundas penetraciones que se repetían todos los años y llegaban hasta la Anatolia interior. Sin embargo, los árabes no ocuparon ningún territorio más, fuera de Armenia occidental, Cilicia y Capadocia. Así, la línea del Tauros pudo ser mantenida. Poco a poco la permeabilidad de las posiciones defensivas dio paso a una frontera fortificada y consolidada.

La segunda ola expansiva, que se inicia con el gobierno de Mu'awiya, se enfrentó estratégicamente a Bizancio de dos modos. Por una parte, preparó la construcción de una flota árabe y la

conquista de las islas del Egeo, como punto de apoyo de operaciones anfibias directas contra el mismo centro del Imperio (cf. arriba pp. 277 y ss.). Las luchas defensivas de los años 668-669 y 674-678 llevaron en este frente, cuando menos por treinta años, a una mejoría de la situación, que se vio corroborada por un tratado con Abd al-Malik. Era el primer éxito duradero desde hacía casi cincuenta años y constituyó un paso decisivo para la seguridad del territorio metropolitano en Asia Menor. No fueron tan bien las cosas para Bizancio en el otro flanco de la expansión árabe; sobre todo en el Norte de Africa, donde hubo de aceptarse la pérdida definitiva del exarcado. Lo que en el último cuarto del siglo mantuvo sujeto a Bizancio a una presión constante en sus fronteras, fue el problema de los Balcanes. No encontró confirmación en los hechos el juicio del historiador bizantino Teófanes, después del segundo sitio de Constantinopla: «Se produjo una paz imperturbable, tanto en Oriente como en Occidente» [11]. En el norte, se producían precisamente entonces acontecimientos extraordinariamente peligrosos. La fundación del reino búlgaro constituyó el primer paso en la futura configuración política de los Balcanes, que ahora se desarrollaba fuera de la esfera de influencia política de Bizancio. Desde la ocupación eslava, la soberanía bizantina efectiva se había reducido a las fortificaciones y a las acciones de las cortas campañas de verano. Sin embargo, las tribus eslavas sólo se convirtieron en un factor peligroso para el territorio bizantino y para la capital cuando una potencia política extranjera reunió sus fuerzas. La hegemonía de los ávaros se había quebrado después del ataque perpetrado contra Constantinopla conjuntamente con los sasánidas (cf. arriba p. 258).

Como los croatas y los servios, los búlgaros, emparentados con los hunos, se independizaron hacia el año 640 de la soberanía ávara, para crear, mediante la fundación de su propio estado, un campo de fuerzas políticas de diversa concentración, que habían vivido hasta entonces en el caótico trasiego de las migraciones tribales, siempre en busca de asentamientos permanentes.

Durante el reinado de Constante II, la evolución de la zona de soberanía búlgara se hizo amenazadora: la horda búlgara de Asparuk ocupó la región de la desembocadura del Danubio. La política bizantina de mantenimiento de estados satélites, que tantas ventajas había aportado, se volvía ahora contra Bizancio, pues los búlgaros fueron desalojados, primero de la estepa rusa meridional del Azov por los cázaros y empujados hacia el sur. Estos (un pueblo turco de procedencia desconocida)

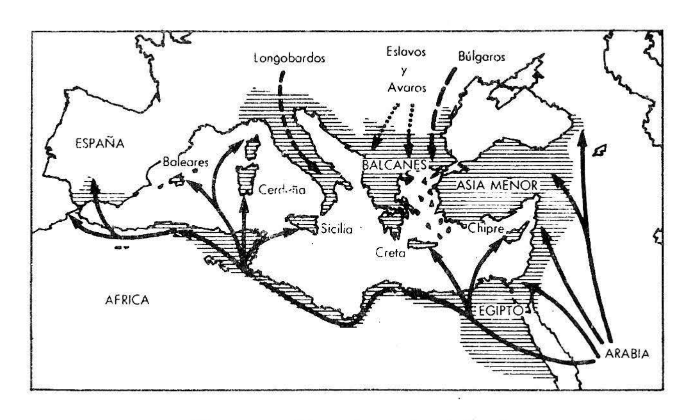


Fig. 10. *Bizancio, a la defensiva*

dominaban desde el siglo VI la región comprendida entre los mares Azov y Caspio. Su colaboración con Bizancio se inició después de un tratado con Heraclio en el año 626. Hasta el siglo IX, apoyaron la lucha defensiva bizantina contra los árabes, mediante ataques en los flancos de Caucasia y Armenia. La estrecha cooperación política se puso de manifiesto en el matrimonio de dos princesas cázaras con miembros de la casa imperial (una fue esposa de Justiniano II, la otra de Constantino V, 741-775). Constantino IV emprendió una contraofensiva en el año 679-680 contra la penetración búlgara. Sin embargo, una completa derrota obligó al emperador a asegurar al Khan de los búlgaros un tributo anual y a entregarle Mesia y la Dobrudja. El Estado, organizado militarmente, en el que los búlgaros, como casta guerrera soberana, dominaban a una población campesina eslava, pronto se fue ensanchando, al someter nuevos territorios eslavizados en los Balcanes, y afrontó victoriosamente los repetidos intentos de reconquista de los ejércitos bizantinos, a pesar de su táctica altamente desarrollada. La fundación del reino búlgaro constituyó un punto clave en la historia de los Balcanes: con él surgía el primer estado completamente independiente sobre el viejo suelo imperial, que se convirtió en una nueva amenaza mortal para Bizancio, cuando el Islam hubo perdido su acometividad.

Sin embargo, la situación parecía estabilizada por el momento, si bien a base de concesiones diplomáticas y financieras. Bizancio logró restablecer un orden momentáneo en la región de los Balcanes, y volvió a afincarse en los territorios no pertenecientes al Estado búlgaro. Ya Constantino II había dirigido una primera ofensiva contra *Sclavinia*. La consolidación ulterior de la situación la aportó la gran campaña eslava de Justiniano II en los años 688-689. Justiniano intentó liquidar el problema eslavo (como lo había intentado ya Constantino IV en una medida más modesta) empleando métodos que se dirían modernos: mediante deportaciones masivas de inmigrantes eslavos. Una de éstas afectó aproximadamente a 80.000 hombres, que fueron trasladados al *thema* Opsikion en el Asia Menor. Su asentamiento como stratiotas en Anatolia debería hacerlos políticamente inocuos mediante el desarraigo de su mundo circundante, de los Balcanes, permitiendo así la utilización de sus indiscutibles dotes militares para la defensa de la frontera.

Pero la presión de los árabes en la frontera oriental hizo que pasara a segundo plano el problema balcánico; que fue afrontado, como en tiempo de Justiniano I, mediante soluciones de emergencia y nunca se llegaron a tomar serias medidas de largo alcance; Bizancio no contaba con fuerzas suficientes para darle solución. A finales de siglo, vuelve a hacerse sentir la fuerte presión del Este: nuevamente los frentes del Islam pasaban al primer plano. Para el año 698 se perdían las últimas fortificaciones del Norte de Africa. Una nueva gran ofensiva árabe iniciaba simultáneamente el tercero y último ataque a la capital del imperio. El intento de conquistar por mar Constantinopla conjuntamente con los búlgaros, pudo ser rechazado vigorosamente por León III.

b) *Política interior: Progresos de la reforma del imperio.*

Durante las luchas defensivas prosiguió su avance la reorganización del imperio. Constantino IV y Justiniano II, sobre todo, impulsaron enérgicamente su militarización prosiguiendo la constitución de *themas* (cf. arriba pp. 260 y ss). La presión de la prolongada situación defensiva fortaleció el nuevo orden estatal.

El sistema de *themas* no solamente fue consolidado en Asia Menor, sino también en vastos territorios. Donde se afirmaba nuevamente la administración bizantina, se establecía dicha organización.

En los Balcanes, en el territorio de la actual Macedonia griega y en el sur de Bulgaria, se instauró el *thema* de Tracia; en Grecia, a finales de siglo, el *thema* de Hélade. A estos hay que añadir el distrito militar de Tesalónica, con un exarca propio, y Sicilia, posiblemente organizada como exarcado contra las incursiones árabes. En este progreso de la reforma imperial se ponía una vez más de manifiesto la vitalidad bizantina, pese a las crisis interiores y exteriores.

Con la consolidación del sistema administrativo, se hicieron sentir en los últimos decenios del siglo VII los efectos político-sociales de aquellas reformas que sobrepasaban ampliamente el marco de la organización militar y de la fuerza defensiva. Un documento decisivo de esta evolución lo constituye el *Nomos Georgikos*. Este reglamento de la policía rural testimonia también (con la crudeza de ciertas prescripciones) el carácter intranquilo de la época. Junto a latifundios y colonos, hacen en él su aparición nuevos elementos del orden social: propiedad privada de los campesinos, abolición de la servidumbre, propiedad rural comunal y libertad domiciliaria, que elimina la vinculación a la gleba [12]. La legislación imperial y la política interior intentaron atajar el avance ulterior, peligroso desde el punto de vista político, de los grandes dominios y la desaparición de los pequeños propietarios libres; estas medidas apuntaban así a una mejora de las condiciones sociales del campesinado. Como consecuencia de ello, surgió una nueva clase social de pequeños propietarios libres, que implicó la traslación del centro de gravedad económico desde el latifundio al campesinado, el cual se convirtió en un factor económico y social determinante para las provincias bizantinas. En pleno período de grandes guerras, se llevaba a cabo de esta manera una transformación interna de la sociedad.

El fomento de un campesinado libre militarizado coincide con los trastornos étnicos debidos a las deportaciones masivas, lo que también acentuó aún más las transformaciones en el sistema social. La política tendente a trasladar a los eslavos de los Balcanes a los *themas* creados, para equilibrar así la escasez de hombres y soldados de las regiones desangradas por las luchas fronterizas, sufrió algunos reveses. En el año 691 se produjo una deserción de alrededor de 30.000 nuevos colonos en una zona fronteriza que se pasaron en masa a los árabes. Bizancio

reaccionó con terribles matanzas. Pero la política de traslados de población se produjo también en otros casos, por ejemplo en el intento de trasladar al Asia Menor a todos los habitantes de Chipre en el momento de la amenaza árabe, logrando salvar de esta manera a hombres aptos en el manejo de todas las armas, que eran precisos para la defensa del Imperio. Esta mezcla de elementos eslavos, anatolios y griegos en la zona sometida a la soberanía bizantina no dejaba de traer perturbaciones. El hecho tuvo también repercusiones importantes en la fundación del reino búlgaro y fue uno de los factores determinantes de que la Grecia moderna fuera étnicamente más eslava que helénica. No obstante, esta tentativa de gran estilo de realizar una mezcla de la población, guiada por el Estado, condujo sustancialmente a una ulterior consolidación interior, que además, por efecto de las tradiciones sociales de los neoemigrantes, provenientes de los Balcanes, apoyó la orientación político-social del gobierno. A pesar de las diferencias étnicas, se produjo una fusión sorprendentemente rápida de neocolonos y de población autóctona gracias a la religión común que facilitó la integración cultural y étnica.

c) *Identidad de imperio y ortodoxia.*

La defensa y la reforma de la sociedad apenas si dejaron tiempo para otra cosa: la aridez cultural que constituye el reverso de la lucha por la existencia, contrasta netamente con el florecimiento creador de la época justinianea. La literatura y el arte languidecieron durante casi doscientos años; buena parte de la herencia de la antigüedad clásica se perdía en esta época sombría. La esterilidad espiritual de ese tiempo estaba condicionada también por el hecho de que todas las energías habían sido acaparadas por la defensa del centro cultural de la capital y por la pérdida de las provincias de Oriente, las más activas en el campo artístico y literario. La clericalización de la cultura da a la vida espiritual un aspecto místico-ascético y hace retroceder la cultura profana, apoyada hasta entonces en las necesidades de la administración civil. Sin embargo, se producen excepciones, que señalan naturalmente la persistencia de una capacidad cultural incluso más allá de las nuevas fronteras. Dentro de los confines del imperio, apenas encontró continuadores la gran arquitectura de la época justinianea. Pero en la mezquita de Omar de Jerusalén (687-690), en las obras arquitectónicas de Roma o en las catedrales armenias de Etzmiadzin (611-628) y Ani (622) surgieron grandes creaciones de estilo bizantino

oriental. La literatura era estéril. No se escribió ninguna obra histórica de algún valor, cosa extraña si se considera la situación de la época. El anónimo *Chronikon Paschale* no es sino una mera sucesión de fechas desde Adán hasta el año 629, con algunas anotaciones importantes para la historia de la época. Alguna información histórica nos ha trasmitido el único poeta de la época: Jorge Pisidio. El diácono de Santa Sofía, con sus tres obras versificadas sobre las campañas de Heraclio contra los eslavos y los persas, constituye la gran excepción: pese a ser el poeta profano más importante de toda la literatura bizantina, constituye en su época un caso aislado.

La teología se empantanó en la literatura polémica en torno al monotelismo. Incluso las figuras más destacadas, como Juan Damasceno y Máximo el Confesor, que vivieron en tiempos de Heraclio y Constante II (Máximo fue encarcelado y desterrado como defensor inflexible de la ortodoxia), eran, en realidad, recopiladores y comentaristas de los Padres del siglo V. Sin embargo, Máximo fue decisivo en la creación de la mística bizantina por haber dado a conocer a Dionisio Areopagita. También tienen cierto interés histórico-social algunas de las numerosísimas y populares vidas de Santos escritas por el Obispo Leoncio de Neapolis (Chipre), que se diferencian notablemente de la hagiografía más común, elaborada para amplias masas.

Sin embargo, no puede caracterizarse a la cultura de la época con el simple rótulo de «barbarización». También conoce un proceso fructífero: el de la helenización. Junto al desarrollo administrativo y político-social, la recuperación de la unidad eclesiástica en la ortodoxia contribuyó intensamente a la consolidación del Imperio en el siglo VII. La erudita cuestión monofisita, que emperadores, patriarcas y obispos habían afrontado sin éxito, quedó resuelta. La pérdida de las provincias orientales hizo del imperio bizantino, en el orden religioso, un territorio unitario de cristiandad ortodoxa. La política religiosa pasó momentáneamente a un segundo plano. El ensayo de compromiso monotelista estaba ya superado en el momento de la publicación de la Ekthesis (738) (cf. arriba p. 263). Sin embargo el monotelismo, fomentado por Constante II, siguió constituyendo durante algún tiempo un motivo de intranquilidad religiosa. El intento del emperador de atajar la disputa sobre la voluntad, mediante el *Typos* del año 648, y de terminar con la oposición del papa Martín I (que había condenado la *impiissima Ekthesis* y el *scelerosus Typus)*, mediante encarcelamientos por alta traición, fracasó rotundamente. Constantino IV, siguiendo el antiguo ejemplo, recurrió al concilio. El VI Concilio Ecuménico de Cons-

tantinopla (680-681), en el que aún estuvieron representados los patriarcas de Oriente, condenó definitivamente el monotelismo, mediante la fórmula de las dos naturalezas, que actúan en Cristo en una hipóstasis y poseen «dos voluntades y energías», las cuales «actúan armónicamente entre ellas para salvación del género humano». La paz eclesiástica estaba ganada también con Roma: el Concilio reconocía al Papa como «cabeza de la primera sede episcopal de la Iglesia universal». Para el Oriente monofisita quedaba claro así que Constantinopla había abandonado la búsqueda de un entendimiento. Mas, para Bizancio mismo, la vuelta a la fórmula de Calcedonia significaba un éxito y garantizaba la estabilidad del imperio ortodoxo-cristiano.

A la unidad religiosa iba unida una profunda helenización, tanto de la cultura como de la conciencia espiritual y política de las clases dirigentes, que de ahora en adelante se considerarían únicamente griegas[13]. En las nuevas fronteras del imperio bizantino estaban ausentes las religiones romanizadas del nordeste de los Balcanes, así como el este con sus tradiciones orientales. En las zonas de ocupación de Italia creció, sobre todo en el sur, la población greco parlante, a causa de las evasiones del Norte de Africa y Egipto. Los nuevos colonos eslavos, tanto del sur de los Balcanes como del Asia Menor, que carecían de toda tradición cultural propia, fueron asimilados rápidamente: la lengua y el espíritu de la confesión ortodoxa, que aceptaron, eran griegos. La helenización del imperio encontró también su expresión en el lenguaje administrativo y en los títulos y tratamientos estatales; en lugar de las viejas denominaciones latinas, los cargos estatales de nueva creación recibieron solamente designaciones griegas como *logothetes* o *strategos.* También el mismo título de emperador se liberó de la vieja fórmula latina: en lugar de *imperator* o *augustus* hizo su aparición el viejo título griego de *basileus.*

La helenización del territorio metropolitano greco-anatólico fue igualmente resultado de la supervivencia y renovación de Bizancio, no menos importante que la reforma del orden estatal o el hecho de que Anatolia, en contraposición a las viejas provincias orientales, poseyese poderosas fronteras naturales. Si el horizonte del estado bizantino se estrechó con la pérdida de su posición de gran potencia mundial, surgió en compensación aquella identidad de conciencia griega y de confesión ortodoxa, que en su estrecho entrelazamiento de existencia política y religiosa se reveló como elemento decisivo de la capacidad de resistencia frente al Islam. La cultura griega de Bizancio no fue inmune a las corrientes subterráneas orientales de infiltración, y esto

determinará en los siglos futuros su posición mediadora entre Oriente y Occidente. Entre los elementos griegos y orientales en el campo de la cultura y de la religión subsistía aún una secreta tensión, que adquiere mayores proporciones en el siglo VIII hasta llegar a la crisis de los iconoclastas.

A finales del siglo VII se delínea una crisis estatal destinada a durar veinte años. Con el primer derrocamiento de Justiniano II (cf. arriba p. 301) tocó a su fin la afortunada política de consolidación de la dinastía de Heraclio. La vuelta de Justiniano y su segundo derrocamiento en el año 711 llevaron a seis años de guerras civiles y a rápidos cambios de emperadores, que sólo terminaron con la toma del poder de parte de un comandante de *thema*, el capaz y enérgico general León. La crisis tenía también un carácter diferente a la de cien años antes bajo Focas, al fin del período de Justiniano. Ahora se trataba de una conmoción grave, pero temporal, no de una amenaza a la existencia misma del estado. En los transtornos de esta crisis de crecimiento, políticamente condicionada, el nuevo ordenamiento supo mantenerse, para constituir la base del papel histórico de Bizancio en los siglos futuros.

Las razones de la crisis estatal había que buscarlas fundamentalmente en los problemas políticos interiores —haciendo abstracción de los métodos de gobierno autocráticos de Justiniano II y de su desmesurada crueldad—. En el campo ortodoxo se agitaban también corrientes monofisitas. La inquietud creada por las deportaciones masivas de poblaciones, que terminó teniendo un efecto estabilizador, produjo al principio una cierta inestabilidad en la estructura del estado. Pero, sobre todo, tuvo una parte no desdeñable en esta crisis la resistencia de los grupos [illegible]ales afectados por las repercusiones político-sociales de la institucionalización de los *themas*, especialmente la aristocracia terrateniente. Èl latifundio había conservado hasta tal punto su posición, que, sobre todo, bajo Justiniano II, estaba aún en condiciones de oponer una considerable resistencia al gobierno central.

Junto a estos tres elementos de inestabilidad política sale ahora a relucir un nuevo factor, que, como la resistencia de los latifundistas, anuncia la ulterior evolución social de Bizancio: el papel que los militares, los *strategos* y las tropas de los *themas* desempeñaron en la sucesión al trono. El proceso del siglo III se repite así sobre bases similares. Como en los tiempos de los emperadores-soldados, la concentración de la administración imperial en manos de militares tuvo como consecuencia la intervención de los generales en las luchas políticas por

el poder. Como entonces ocurrió con la jefatura de los grandes ejércitos estacionados en las Galias o en Siria, así ahora el mando sobre uno de los *themas* del Asia Menor representaba el trampolín en la lucha por el poder. Los altos jefes militares rivalizaban por obtener influencia en la política interior y, finalmente, por sustituir al emperador. Esta situación forzó pronto a una reducción de los territorios que comprendían los *themas*, originariamente muy extensos, para disminuir el gran poder de que disponían los comandantes en jefe, como por ejemplo el de *Anatolikon*, que se encontraba al mando de la cuarta parte del Asia Menor y de sus tropas correspondientes. Emperadores-militares en este sentido lo fueron Leoncio, Tiberio II, Filípico y el mismo León III, que había llegado a ser poderosísimo como *strategos* de *thema* y llegó al poder en un momento de peligro exterior, por renuncia al trono de Teodosio III.

Las dificultades políticas con el exterior y los reveses militares agudizaban la crisis. En el apogeo de la segunda expansión árabe (cf. arriba p. 286) se produjo una tercera fase de violentos ataques sobre el Asia Menor. A partir del 711 se llevaban a cabo incursiones que penetraron hasta lo más profundo de esa región, además de las operaciones marítimas; éstas llegaron hasta Crisópolis en el Bósforo. Paralelamente, se produjeron los ataques de los búlgaros que llegaron hasta los suburbios de Constantinopla. Las tropas árabes ocuparon en el año 717, Pérgamo y Abidos, como preparación del ataque a la capital. En el verano del mismo año, pocos días después de la entronización de León III, se iniciaba el sitio de Constantinopla por tierra y por mar. El éxito del 678 parecía inútil y la catástrofe inevitable. Pero tras heroica resistencia y luchas prolongadas, el emperador pudo alejar definitivamente el ataque, gracias a la superioridad de la flota y de la ingeniería bizantina (y el uso del «fuego griego»). Fue una de las batallas decisivas de la historia del mundo; más importante que la de Poitiers. Entonces se decidió que el Asia Menor siguiera siendo, durante casi setecientos años, bizantina y ortodoxa y constituyera así un bastión contra el Islam. El triunfo definitivo por tierra junto a Akroinos, en el año 740, consolidó el éxito inicial.

Era fácil eliminar las causas de la crisis del Estado con una política sensata. Esta fue la obra de León III, después del éxito militar del año 717, que consolidó también rápidamente la situación política interior.

Bajo su soberanía, por el contrario, se perfiló ya una crisis mucho más profunda; la crisis religiosa de los iconoclastas. El

peligro de una división de la Iglesia bizantina en monofisita y ortodoxa quedaba superado. Sin embargo, después de algunos decenios de sosiego, con la cuestión de la veneración de las imágenes, surgía un problema que dividió nuevamente a la Iglesia ortodoxa.

IV. LOS ESTADOS DE OCCIDENTE

La parte occidental de la cuenca mediterránea fue la menos afectada por las grandes mutaciones políticas que se verificaban en el escenario internacional. España cayó víctima de la ola de expansión islámica, la cual no logró superar los Pirineos. En el momento de su encuentro con los merovingios, la expansión islámica había alcanzado el límite de su fuerza de choque. Una vida que discurrió al abrigo de los acontecimientos políticos mundiales, protegida por la barrera del reino lombardo y de los estados de los Balcanes, hizo posible en Occidente la concentración en sus propios problemas internos. Paralelamente a una exacerbación de la vida política y a una decadencia temporal de la organización del poder, se llevó a cabo un proceso de transformación, que naturalmente es de una especie muy diferente a la que se produce en Bizancio. Ya la posición de partida es diferente. Toda reforma se levanta en Oriente sobre un complicado tinglado de instituciones y tradiciones, y había de tener en cuenta no sólo la lucha con el Islam sino también su propio sistema político establecido, con un grupo de notables, seguro de sí mismo, en una sólida posición política y con una herencia cultural llena de contradicciones internas. En Occidente, una sociedad simplificada debió afrontar exigencias de naturaleza muy diferente: no existe la amenaza exterior, y, al mismo tiempo, la disolución del viejo orden socio-político ofrece a la propia iniciativa y a la capacidad de creación campo más amplio. De la fusión de las tradiciones romana, cristiana y germana surgen, en síntesis creadora, nuevas formas. Tres fuerzas determinan la evolución: los lombardos, el reino merovingio y el papado. Aquí comienzan a perfilarse las primeras formas del mundo europeo medieval.

a) *La Antigüedad tardía y el declinar del reino visigodo.*

El reino español de los visigodos permaneció ajeno a todos estos movimientos. El complejo de causas, que desata una transformación del Estado y la sociedad, era ciertamente muy simi-

lar al del reino merovingio. La posición precaria del reino, debilitado también por las luchas dinásticas, determinó una creciente pérdida de poder de los monarcas, al tiempo que se afirmaba la nobleza. A ello se sumó una decadencia económica, ligada a la regresión del comercio, y la ausencia de conflictos políticos con el exterior que forzase, al menos, a una cierta unión política interior. Sin embargo, las transformaciones resultantes de esto no provenían, en la España de los visigodos, de las viejas formas de vida: en la coexistencia de elementos romano-tardíos, cristianos y germanos, se impusieron claramente las tendencias romano-tardías o bizantinas en el Estado y en la vida cultural. La confrontación directa desde la reconquista justinianea, convirtió claramente a Constantinopla en el modelo para la organización interior del reino godo.

La situación política exterior de los visigodos fue, hasta la víspera de la conquista árabe, relativamente segura. El reino de los suevos, amenaza constante, fue ya anexionado por Leovigildo en el año 585, a la muerte del rey Miro (Teodomiro). Los merovingios no constituían peligro alguno, debido a su constante decadencia como potencia política durante el siglo VII. Sisebuto (612-621), príncipe interesado en cuestiones literarias y compilador de vidas de santos (cuya clemencia fue celebrada por sus contemporáneos, como Isidoro de Sevilla) recuperó las zonas de ocupación bizantina, con ayuda de una nueva flota y aprovechando el momento de las guerras sasánidas. El último resto de territorio que quedó en manos bizantinas en el sur fue reconquistado por Suintila (621-631), el primer rey visigodo que extendió su gobierno a toda España. Cierto es que no logró someter a los vascones, pero este pueblo montañés tampoco representaba una seria amenaza para el estado visigodo.

En el plano de la política interior, el reino se hallaba también en camino de superar el conflicto fundamental que originaba la debilidad política de todos los estados germanos orientales: el dualismo de conquistadores y sometidos. Ya a finales del siglo V había ejercido una acción positiva el hecho de que godos y latinos militasen en el mismo ejército (aunque en franca posición de inferioridad respecto a la caballería goda, como arma decisiva). La eliminación del dualismo se desarrolló en tres fases distintas: supresión de la prohibición de matrimonios mixtos bajo Leovigildo; posteriormente, la conversión al catolicismo de Recaredo (589; cf. arriba p. 250), con la consiguiente eliminación de la división religiosa, y, por último, la abolición de la personalidad del derecho bajo Recesvinto (653-672).

El amplio *Liber Iudiciorum* del año 654 sustituyó al derecho popular visigodo (recopilado en el año 475 por Eurico en el *Codex Euricianus)* y al viejo derecho romano de la población romana (publicado por Alarico en el año 506 para protección de los súbditos como *Lex Romana Visigothorum* [*Breviarium Alaricianum*]) creando un derecho igual y unitario para todos los súbditos del reino. El proceso de equiparación se vio también favorecido por el hecho de que la lealtad de la población hispano-romana con respecto al Imperio flaqueaba rápidamente.

Para Isidoro de Sevilla y para sus contemporáneos, los *romani* (bizantinos) no eran ya *compatriotes,* sino extranjeros, contra cuyas «intrusiones» había que defenderse [14]. Ciertamente, la aristocracia goda mantenía una conciencia particular de sí misma, pero ésta era más bien de orden social. En ninguno de los estados germanos se llegó a una fusión tan completa de dominadores y dominados, que aquí implicaba, naturalmente, una absorción de los conquistadores por el medio cultural romano-tardío bizantino.

La conversión de los godos al catolicismo robusteció la posición de la Iglesia en el reino visigodo. Nació así una Iglesia nacional, cerrada y ampliamente independiente del exterior. Recaredo era para sus contemporáneos españoles un «nuevo Constantino» [15]. El intento de Gregorio el Grande de conseguir una mayor influencia en el episcopado español, tuvo muy poco éxito. Los obispos tuvieron siempre, por el contrario, una mayor importancia en la vida política; se convirtieron en soporte de la monarquía (y, naturalmente, en un peligroso factor de poder). Los concilios nacionales fueron, asimismo, expresiones de la política interior; desde el año 638 tuvieron en ellos derecho de voto los miembros de la alta nobleza. El rey de los visigodos fue coronado, a partir de Recaredo, por el arzobispo de Toledo: era «el ungido del Señor». Ciertamente, hubo también en la Iglesia española manifestaciones de decadencia similares a las del reino morovingio, como lo muestran las decisiones del XI Concilio de Toledo del año 675, contra la simonía, la corrupción o el empleo de leche en lugar de vino en la misa. Sin embargo, su unión era más rígida y la soberanía del rey sobre la Iglesia fue aún durante mucho tiempo indiscutida.

La igualdad de dominantes y dominados creó en el reino visigodo una conciencia política común, independiente frente al Imperio. Pero las formas de vida siguieron estando estrechamente emparentadas. Las relaciones económicas y sociales apenas se transformaron en relación al siglo VI: predominaba la economía rural con latifundios en manos de la nobleza y de la Iglesia. Esta obtuvo más tierras, sobre todo a través de dona-

..ones reales y de las numerosas exenciones de impuestos. Las ciudades portuarias españolas del sur, mantenían aún amplias relaciones comerciales con el Mediterráneo oriental. En este cuadro de una estructura social romano-tardía bizantina, el papel del obispo en la vida pública de la ciudad fue ganando importancia. El orden administrativo conservó los elementos romano-tardíos, como la simplificada organización de las *civitas* bajo la dirección de los *comites* (cf. arriba p. 214). La administración tributaria, sobre todo la recaudación de los impuestos directos, decayó.

En la lucha por el mantenimiento y fortalecimiento de la autoridad real, las formas de poder tomaron un carácter marcadamente bizantino. La situación política interior seguía el ciclo de fluctuación entre la autocracia real y la anarquía de la nobleza; de esta debilidad estructural nunca se vio completamente libre el reino visigodo. Bajo soberanos enérgicos como Leovigildo (568-586) y Recaredo (586-601), la posición absoluta del rey fue mantenida en un estado homogéneamente gobernado, frente a la nobleza y la Iglesia (cf. arriba p. 249). Con todo, a la muerte de Sisebuto (621), comenzaron de nuevo a enseñorearse del país algunas de las facciones aristocráticas. En el IV Concilio de Toledo se implantó oficialmente (633) el principio de la monarquía electiva: el ejercicio legal del poder descansaría en la elección del monarca por los obispos y magnates del reino[16]. Esta determinación no fue derogada, pero quedó en buena medida relegada a un plano puramente formal. Chindasvinto (642-652), pero, sobre todo, su hijo Recesvinto (653-672) y Wamba (672-680) restablecieron nuevamente el poder monárquico central, inspirado en las formas absolutistas del imperio bizantino. Ya Leovigildo había introducido elementos del ceremonial romano-tardío. Ahora los reyes visigodos creaban dignidades cortesanas y una guardia personal, los *spatarii,* como la que tenía el emperador. La posición del *sacratissimus rex,* como detentador del poder y «ungido de Dios», era destacada ahora con mucha más fuerza que en el siglo VI: «Es un pecado poner en duda la autoridad de aquel al que compete por decisión divina todo poder»[17]. Fundamento de su poder era el sometimiento, a veces brutal, de la aristocracia (Chindasvinto hizo ejecutar a doscientos nobles que se opusieron a él) y el apoyo de la Iglesia, que dependía rigurosamente del rey (quien, como los reyes merovingios, negociaba libremente con las sedes episcopales y con los bienes de la Iglesia). Los concilios de Toledo fueron convocados por el rey, que los presidía y determinaba el orden del día: una mezcolanza de lo sacro y lo profano que, pese a toda recíproca

dependencia de rey e Iglesia, era una forma del ejercicio de la soberanía, orientada hacia el absolutismo bizantino.

Se produjeron, sin embargo, acontecimientos que contrarrestaron la consolidación de un fuerte poder central. Como en Bizancio, los grandes propietarios nobles constituían un problema latente para la política interior. En España, éstos se mostraron al final más fuertes que la misma monarquía. Las tendencias centrífugas de la nobleza visigoda únicamente podían ser reprimidas, pero no destruidas, por reyes poderosos. A la muerte de Wamba la nobleza acabó minando el poder real. Pero la transformación de la posición política de la nobleza constituía, al mismo tiempo, un paso importante en el camino hacia el feudalismo, elemento determinante de la organización estatal en la Edad Media. Los comienzos del paso decisivo desde la simple posesión del suelo al sistema del vasallaje pueden seguirse en las regiones del reino visigodo del sur de Francia. Los orígenes de este fenómeno obedecen a un haz de causas: elementos económicos y sociales estrechamente unidos en su funcionamiento que, procedentes tanto de la tradición germana como romano-tardía, fueron entretejiéndose casi inextrincablemente [18].

La nobleza senatorial de los siglos IV y V presentaba ya rasgos «feudales»: en el latifundio, con residencias que frecuentemente tenían el carácter de castillos; en la figura del terrateniente, como cúspide de una serie de relaciones de dependencia y en la existencia de una tropa privada (los *bucellarii)*, dependiente directamente del señor. El poder de los señores de la tierra había ya minado la estructura del estado romano-tardío y conducido a la debilidad política del imperio (cf. arriba pp. 84 y ss.).

Estas tendencias de la nobleza senatorial se asociaban fácilmente a las concepciones y tradiciones políticas de la nobleza visigoda. Para ésta figuraban en primer plano las vinculaciones de carácter personal; en la caballería visigoda la fidelidad personal y las relaciones de dependencia tenían un claro carácter militar. Es posible que a la expansión de tales formas sociales, tendentes al feudalismo, hayan contribuido también ciertas tradiciones célticas, que todavía permanecían vivas en las Galias de la época romano-tardía: la palabra *vassus* procede del latín vulgar galo, pero tiene su origen en el término celta *gwas* (muchacho, siervo).

Fue decisivo en esta evolución que los reyes visigodos, pese a su política de limitación del poder de la nobleza, legalizasen

en el orden jurídico las relaciones personales de servicio que eran favorables para los nobles. Ya el *Codex Euricianus* (h. 475) reconocía, en contraposición al derecho romano-tardío, la institución de los *bucellarii.* Terminología y formas de vinculación personal se hallan ya muy cerca de las que más tarde encontraremos en el feudalismo franco: el *bucellarius* se comprometía por el *obsequium* con el *patronus,* que le proporcionaba el equipo militar. Pese a estarle permitido cambiar de señor, lo común era una vinculación duradera y frecuentemente hereditaria. En el reino visigodo, la evolución se detuvo en este punto. Las relaciones de fidelidad personal y de servicio siguieron teniendo un carácter jurídico privado. No se formó ninguna institución política cerrada en sí misma, que estuviese destinada a sustituir a la vieja administración civil (como aconteció más tarde con el feudalismo franco). El reino visigodo siguió siendo en su último período un estado prefeudal, pues, aunque separado del ámbito político del imperio, permaneció bajo la influencia de la concepción del estado romano-tardía y bizantina.

Con los últimos monarcas, hombres poco enérgicos, el poder real decayó rápidamente. La decisión de Wamba de reforzar el ejército con siervos de los grandes latifundios, demostró la desintegración del ejército visigodo. Las agitaciones de la nobleza y la latente oposición de los judíos debilitaron al estado. Las fanáticas persecuciones por parte del rey y del clero, que se iniciaron en el año 616 con la orden de bautismo y las medidas de represión de Sisebuto, convirtieron a los judíos en enemigos jurados del reino. Este sucumbió finalmente en menos de dos años bajo el ataque de los árabes (cf. arriba p. 289). En la decisiva batalla que tuvo lugar entre Medina Sidonia y Jerez de la Frontera (julio, año 711), donde don Rodrigo perdió la vida y el estado visigodo dejó de existir, desertó una parte de la nobleza.

Todavía floreció en el siglo VII una cultura hispano-visigoda de tradición romano-tardía. Las escuelas públicas de retórica habían dado paso por falta de apoyo estatal a las escuelas episcopales y monacales; algunos reyes y parte de la nobleza tuvieron aún interés por las cuestiones culturales. Pero sólo una figura tiene rango y personalidad: Isidoro de Sevilla (aproximadamente 560-636) fue para el mundo que le rodeaba una especie de «lumbrera del siglo». El polifacético obispo, escribió una *Historia Gothorum,* de carácter muy oficial, y una *Chronica,* donde sostenía la idea de una autonomía de cada reino dentro de la comunidad de pueblos cristianos. Pero más que su obra teológica, las *Sententiae,* que tomaron como modelo a Agustín y

Gregorio el Grande, fueron, sus *Etymologiae* (una inmensa compilación enciclopédica que, en la intención del autor, debería ahorrar el estudio de los «condenados paganos») las que ejercieron una profunda influencia en los siglos posteriores. La obra isidoriana, de una erudición a veces disparatada, similar a la de Gregorio el Grande o Gregorio de Tours, con todas sus reservas respecto a la cultura antigua, pero penetrada de ésta por todas partes, tuvo gran repercusión en toda la Edad Media.

También en el campo del arte predominaba la tradición romano-tardía, robustecida por intensas influencias bizantinas. Las artes menores, especialmente los trabajos de orfebrería, testimonian un estilo de vida cada vez más lujoso en la corte y en la nobleza. Al contrario de lo que ocurría en el siglo VI, las formas artísticas típicas del estilo de las invasiones germánicas (como las fíbulas de águila) son desplazadas por modelos bizantinos o lombardos y merovingios. Ejemplo destacado de este arte cortesano visigodo son las coronas votivas de los reyes, adornadas con joyas, como la de Recesvinto. El rasgo típico de la época, la tendencia a las formas bidimensionales y a la abstración, se atestigua en los pocos bajo-relieves que han llegado hasta nosotros (Santa María del Naranco, San Miguel de Lillo), donde, en un equilibrio algo inseguro, encontramos elementos visigodos, romano-tardíos y bizantinos. Las iglesias de la época, como San Pedro de la Nave o San Juan de Baños, construida por orden de Recesvinto, son de dimensiones bastante reducidas y siguen desarrollando la combinación de elementos romano-tardíos con los de procedencia oriental. Estos pequeños edificios influyeron poderosamente en la arquitectura del primer período de la dominación musulmana en España (los arcos de herradura aparecen en ellos por primera vez), pero también en las construcciones del reducido principado visigodo de Asturias, en el que desde mediados del siglo VIII, pese a su aislamiento, surge una cultura de extraordinaria fuerza.

b) *La crisis del reino merovingio*

Si el reino visigodo permanece hasta su extinción en la esfera cultural romano-tardía bizantina, si en su estructura interior predominan aún elementos absolutistas, el reino merovingio recorre un camino muy diferente, orientado hacia el futuro. Aunque en ambos estados actúan complejos de causas muy afines, el cambio estructural producido por la desaparición de la vieja organiza

ción administrativa conduce aquí a las formas tempranas de un estado de vinculaciones personales, a partir del cual se desarrollará más tarde el feudalismo propiamente dicho, con la formación del sistema de feudos. En la crisis política permanente del reino merovingio, durante el siglo VII, es en verdad muy difícil seguir la lenta evolución de la estructura política. Son tiempos caóticos, donde los reyes surgen como sombras fugaces, para desaparecer de pronto y, casi siempre, por muerte prematura y misteriosa. Crimen y violencia, hambres y epidemias llenan las páginas de las crónicas; el robo sacrílego en las iglesias es tan corriente como el asalto en los caminos. Como en el siglo VI, las intrigas no tienen fin, así como las querellas dinásticas y las divisiones del reino. Los territorios marginales —Aquitania en el sur; Baviera, Suabia y Turingia en el este— llevan una vida casi independiente, bajo potentados locales. Los grandes del reino y los obispos fundan señoríos semiindependientes, inspirados sólo en su propio interés. El prestigio exterior *del reino merovingio* había descendido considerablemente. Su política seguía manteniéndose a la defensiva; la época de la expansión territorial había terminado ya en el siglo VI. Los intentos de conquistar la Septimania visigoda habían sido abandonados. La soberanía franca sobre los bretones quedó en algo puramente nominal, pese a las múltiples expediciones a aquel territorio. Los intentos de extender la soberanía merovingia sobre la Italia del Norte prosiguieron desde el año 569. Childeberto II no había conseguido imponerse militarmente, a pesar de sus alianzas temporales con Bizancio. Después de hacer la paz con el rey de los lombardos, Agilulfo (591), toda la política italiana merovingia dejó de existir de modo planificado durante casi siglo y medio. El peligro ávaro que emergía más allá de las fronteras orientales parecía aún pequeño; los primeros ataques contra territorio franco pudieron ser rechazados en los años 561-562, 565-566 y 596. Se mantenían aún las relaciones diplomáticas con la corte de Constantinopla; para la cancillería imperial, el rey franco seguía siendo «un hijo muy cristiano y muy amado» del emperador. Pero, en realidad, el reino merovingio había llegado durante el siglo VII a carecer de todo interés para la diplomacia bizantina.

En el campo de la política interior, los años que van del 561 al 613 están ocupados por una casi ininterrumpida guerra civil. (cf. arriba pp. 247 y ss.). Los territorios reales de Austrasia, Neustria, Borgoña y Aquitania se convirtieron en reinos semiautónomos, que comenzaban a tener una conciencia regional Los persistentes trastornos aceleraban la decadencia del poder real.

la Iglesia se escapó de las manos del monarca; la nobleza, de cuyo ejército dependía el rey en las luchas dinásticas, se hizo cada vez más independiente. Brunegilda había sabido, pese a todos los desagradables rasgos de su carácter, controlar estas fuerzas. Supo sujetar a la Iglesia con mano dura y piadosas fundaciones, y combatió a la nobleza incansablemente y sin piedad. Con su muerte, se decidía el triunfo de la aristocracia, que exigía ahora su parte en el poder. Clotario debía su soberanía —al menos nominal— sobre todo el reino (613-629) a la traición de la nobleza de Austrasia y de Borgoña. Pero pronto hubo de pagar su precio. En octubre del año 614, una asamblea real en París, comparable a los concilios visigodos, que reunía a obispos y nobles, impuso el *Edictum Clotharii*. Su fin declarado era el restablecimiento del orden después de las guerras civiles. Pero, de hecho, contenía claras concesiones del rey a la nobleza, que no sólo consistieron en la eliminación de ciertos impuestos de reciente creación. La nobleza terrateniente ganó en prerrogativas frente a los funcionarios de la corte; se sancionó la autonomía de la nobleza local con una estructura propia de soberanía y, finalmente, Austrasia y Borgoña obtuvieron el mantenimiento de una administración especial, con *major domus* propio. La libertad en la elección de los obispos y las más amplias facultades de los tribunales episcopales fomentaron la independencia eclesiástica, aunque el derecho real de ratificación pudo asegurar durante algún tiempo la soberanía del monarca sobre la Iglesia del reino franco[19].

El reinado de Dagoberto I (623-638), hijo de Clotario, retardó durante un decenio el proceso de disolución. Decidido y capaz, este último monarca merovingio importante, gobernó, de hecho, como un autócrata. Gracias a su actividad, adquiría nuevamente el reino merovingio una cierta posición política de cara al exterior, aunque por poco tiempo; posición que no había poseído desde mediados del siglo VI. La campaña emprendida conjuntamente con bávaros y lombardos contra el reino eslavo, fundado por el aventurero franco Samo, que se extendía desde Bohemia hasta el interior de Lausacia y hasta las fronteras de Turingia, no dio ningún resultado. Sólo la desmembración del reino de los vendos a la muerte de Samo impidió que se produjese una situación inquietante en la frontera oriental. La política meridional de Dagoberto, sobre todo sus planes de expansión a costa de los lombardos, tampoco obtuvo resultados, pese a la alianza pactada con el emperador Heraclio. Después de él, apenas si se produce intento alguno de intervención en Italia o España dignos de mención. Pero el hecho de que la diplomacia bizantina

esperase de esta alianza una acción militar conjunta en el Rin y el Danubio contra eslavos y búlgaros, muestra el peso de Dagoberto en la escena política internacional.

En el plano político interior, Dagoberto reafirma el poder real. En los tres «viajes reales» por Austrasia y Borgoña, a comienzos de su reinado (años 630 y 631), arremetió sin consideraciones contra nobles y obispos: «Olvidó toda justicia en su avaricia por los bienes de las iglesias y de los súbditos»[20]. Frente al autonomismo de Austrasia tampoco pudo imponerse plenamente, a pesar del apoyo del poderoso obispo Arnulfo de Metz. En el año 634 se vio obligado a entregar como rey a su hijo Sigiberto III, de sólo tres años, a la nobleza de Austrasia. La suntuosa corte del joven rey en París se convirtió en un centro del arte. Nuevas fundaciones de monasterios dieron impulso a las corrientes misioneras. Pero el reinado de Dagoberto fue demasiado corto para poder detener la decadencia de la monarquía. Cuando a su muerte, en enero del año 639, fue dividido el reino nuevamente, se desató, en la lucha entre rey, palacio y nobleza, la anarquía de fuerzas e intereses encontrados. Nobleza e Iglesia, pero también los reinos parciales de Austrasia y Neustria, emergieron cada vez con mayor nitidez como fuerzas protagonistas en la estructuración de un orden político y social diferente.

El proceso político decisivo en el reino merovingio del siglo VII, fue el ascenso político de la nobleza frente a la realeza. El reino se desmembraba con intensidad cada vez mayor en señoríos nobles, con extensiones territoriales frecuentemente considerables y numeroso séquito; señoríos que, en sus rivalidades, despreciaban totalmente los intereses estatales y el orden público. Estos estados particulares, especialmente Austrasia, estuvieron dominados de modo progresivo por la nobleza, o por ciertas fracciones de la nobleza, en sus enfrentamientos internos o en lucha contra las distintas ramas de la familia real. En el surgimiento de las formas feudales concurrieron elementos evolutivos muy variados, y frecuentemente heterogéneos. Un aspecto más de la disolución política de la monarquía que bajo Clodoveo era absoluta. A falta de una tradición estatal que tuviera fuerza vinculadora por sí misma, todo acceso al poder descansaba en primera línea en la fuerza financiera de las arcas reales; en la soberanía sobre la Iglesia, mediante la asignación de las sedes episcopales, y en la intervención del palacio y de los *comites* en apoyo de la administración.

La degeneración de estos elementos políticos, que se inicia ya en el siglo VI, prosigue en el siglo VII. La Iglesia fue per-

diendo su función de apoyo de la realeza. Los derechos sobre el clero fueron desapareciendo a cambio de dinero. Esto era una consecuencia de la reducción constante de la base económica de la realeza. Cada vez se hizo más difícil la fijación y recaudación de impuestos y derechos aduaneros. Al mismo tiempo, la multiplicación de los privilegios y de las inmunidades hicieron descender las recaudaciones fiscales y aduaneras. Disminuyeron también los ingresos derivados de la cotización de la moneda real, a causa de que la Iglesia y los monasterios acuñaban sin autorización. Al mismo tiempo, se reducían las propiedades de tierras reales, precisamente cuando, con la regresión de los ingresos en concepto de impuestos, se hacían más importantes que nunca como apoyo vital de la realeza. No existiendo conciencia del Estado, la precaria lealtad de funcionarios y séquito sólo podía asegurarse mediante compensaciones materiales o entrega de posesiones reales. Las adjudicaciones de tierras de los merovingios no tenían aún carácter de cesión feudal, sino de donativos efectivos con todas las características de la propiedad. Es cierto que, con frecuencia, era exigida su devolución bajo la mera sospecha e incluso bajo el pretexto de la *infidelitas.* Pero la monarquía tenía cada vez menos fuerza para aumentar de esta manera sus posesiones. En el intento de conservar la lealtad de la nobleza y de la Iglesia, se consumió el elemento más importante, y a la postre el único que podía garantizar esa lealtad.

Pero el incremento del poder político de la nobleza y de las propiedades rústicas hizo que los dos factores más importantes de la administración real, en vez de aliados se convirtieran en contrarios: éstos eran el *major domus,* que tenía el cargo más alto de la corte, y los *comités* («condes»), que constituían la columna vertebral de la administración regional. La nobleza merovingia fue inicialmente cortesana y el *comes,* un funcionario nombrado por el rey, destituible en todo momento (cf. arriba p. 218). El viejo orden administrativo, organizado según el modelo romano-tardío y que había terminado por ser un aparato completamente rudimentario, fue disolviéndose bajo las nuevas condiciones sociales y políticas. Con la educación laica desaparecía también el cuerpo de funcionarios laicos (lo más tarde a principios del siglo VIII), dotado de una formación idónea. El portador del cargo de conde pasó de funcionario de la tradición romano-tardía a príncipe autóctono y copartícipe del poder real, al imponer la nobleza que el conde debería elegirse de entre los señores terratenientes de la región que administraba.

Se abría así camino al principio de la soberanía regional, que pronto se convirtió también en hereditaria[21].

A pesar de esto, el Estado merovingio no era aún un estado feudal. La soberanía no estaba aún fundada exclusivamente en las relaciones jurídicas personales del vasallaje Pero, diversamente a lo acontecido en España, donde la formación del vasallaje fue contenida por la reacción de formas absolutistas de soberanía (cf. arriba p. 316), en el reino merovingio se desarrollaron las condiciones previas a un Estado basado en las relaciones personales. Ciertamente no surgieron vinculaciones de vasallaje en sentido estricto, como garantía de seguridad para la monarquía; entre el soberano y su séquito, o sea, su guardia personal *(antrustiones)*, sólo existían obligaciones de fidelidad, apoyadas en una especie de *commendatio:* eran «leudes» u «hombres del Rey». Pero la monarquía merovingia no sólo sucumbió por el hecho de que no supiese crear tales relaciones personales en proporciones más importantes. El declinar de otros elementos de orden de la infraestructura política robusteció el papel de las vinculaciones personales, dándose así el último paso hacia el sistema feudal.

En Neustria actuaron como prolegómenos del feudalismo algunas de las formas surgidas en el sur de Francia bajo la dominación visigoda, entre ellas la cesión a título definitivo de los bienes otorgados por el rey, que la nobleza consiguió arrancar por el tratado de Andelot (587). El surgimiento de vinculaciones personales como elementos primarios de la estructura política y social, estuvo condicionado sólo en escasa medida por la persistencia del ordenamiento tribal germano, pese a la existencia de ciertas influencias de las tradiciones francas en Austrasia. Ya la sociedad romano-tardía había sustituido en buena medida la idea de Estado, como institución que establece la ley y el orden político igual para todos, por el principio del poder basado en las vinculaciones personales; la fideidad abstracta hacia un poder central era sustituida por la obligación concreta contraída con una persona, en una extensión territorial determinada. La estructura política y la historia interna del reino merovingio favorecieron la formación del feudalismo en mucha mayor medida que en el sistema visigodo. En el reino de los francos quedaban ya pocos elementos de la administración romano-tardía: muchos condes y, sobre todo, los *duces* de las Marcas, se habían hecho semi-independientes desde hacía mucho tiempo. Tales condiciones favorecían la difusión en la sociedad de las relaciones de dependencia, basadas en la lealtad; poco a poco el concepto de *leudus (leute:* gente) se vio significativamente sustituido por el de *vassus.*

La consolidación de las relaciones personales de dependencia, como elemento principal de la estructura del poder, que se produce a lo largo del siglo VII, va acompañada por un cambio de las funciones sociales y de la posición económica de las propiedades agrarias. También aquí, como en los demás componentes del feudalismo, venían a consolidarse tendencias que ya existían desde hacía mucho tiempo en el latifundio romano (cf. arriba p. 86). A medida que el centro de gravedad económico se fue desplazando hacia una economía agraria autosuficiente tanto más se incrementó la influencia social de la nobleza terrateniente: cada vez era mayor el número de pequeños propietarios que buscaban la protección de los grandes señores terratenientes, cediendo a cambio su derecho de propiedad. Esta evolución marchó paralela a la del feudalismo. En ambos casos hay una prestación de servicios a cambio de protección[22].

Otro fenómeno típico de este desarrollo es el de las iglesias pertenecientes a los señoríos rurales, que ya aparece en los siglos IV y V, como, por ejemplo, en las *villae* españolas, pero que sólo halló gran difusión en el reino merovingio, donde tales iglesias se convirtieron en centros de irradiación cultural en los medios rurales. Mayor trascendencia tuvo el traspaso de competencias estrechamente ligadas al mantenimiento del orden público a los señores rurales, ya fueran eclesiásticos o laicos. Junto a la exención de impuestos y de derechos de aduana y de caminos, se otorgó frecuentemente a los señores feudales la jurisdicción civil de las causas menores. La incapacidad de la administración central para controlar a sus propios funcionarios fiscales y de policía, llevó a los grandes propietarios —inicialmente, en acción de legítima defensa— a la implantación de ciertas inmunidades, mediante las cuales se arrogaron los derechos de los funcionarios. Propiedad y soberanía empezaban a ser una misma cosa.

En la vida económica, al progreso de una economía agraria no monetaria y a la estructura social determinada por ella, correspondían dos fenómenos opuestos, estrechamente ligados entre sí. Bajo la doble acción del Islam y de los eslavos, y con la decadencia del tráfico comercial interno y de la moneda (motivada en parte por una falta absoluta de política económica), el comercio con los países mediterráneos se vio cada vez más afectado. También la vida de las ciudades decaía. En los comienzos del reino merovingio, tras atenuarse los desórdenes provocados por las invasiones, resurgió un comercio interior y exterior relativamente intenso (véanse págs. 218 y ss.). El comercio transmediterráneo con el Oriente se mantuvo hasta mediados del siglo VII en un discreto nivel, pero se limitó cada vez más a los

artículos de lujo para la nobleza y para la Iglesia. Se tienen noticias sobre las propiedades o fundaciones de ricos comerciantes, en parte también locales. Pero, a finales de siglo, disminuyeron las importaciones de especias, papiro y aceite en los puertos meridionales franceses a favor de las ciudades comerciales italianas. Simultáneamente, desaparecían en el reino merovingio la divisa en oro y las acuñaciones en oro; se iniciaba un difícil período de transición al denario de plata como principal moneda de cambio. Por el contrario, pasaron al primer plano las relaciones comerciales con los países costeros del mar del Norte y el Báltico (comercio de ganados, sal, minerales suecos), a través de centros como Haithabu (Hedeby).

Las viejas formas de vida en las ciudades decayeron cada vez más, al transformarse progresivamente el campo en un mundo autosuficiente de bienes de consumo. Mientras en el siglo VI existían aún centros relativamente florecientes, con calles flanqueadas por soportales y grandes mercados e industrias especializadas (véase arriba pág. 266), ahora, a causa de la concurrencia de la producción propia de bienes de consumo, el comercio llegó a la paralización casi completa y también la industria de las ciudades. Unicamente la orfebrería, el esmaltado y las fábricas de armas, a las que el lujo de los eclesiásticos y profanos, proporcionaba su mercado, continuaban trabajando sin competencia. La urbanización, que en otro tiempo había sido un factor decisivo en la romanización de estos territorios, retrocedía; la ciudad sólo sobrevivía como centro residencial o sede episcopal. Incluso residencias reales, como París, Orléans, Reims o Metz, con una extensión de cinco a doce hectáreas y algunos miles de habitantes, eran ciudades pequeñas, comparadas con las del Oriente bizantino o islámico. Su extensión, en general muy reducida ya en el siglo III, no aumentó hasta el siglo XII. A veces se encontraban rodeadas de murallas; junto a las ruinas de los templos, anfiteatros y edificios públicos, había huertas y campos; los cerdos y gallinas andaban por las calles. Como en la baja Edad Media, se trataba de centros habitados por ciudadanos agricultores, en los cuales los reyes residían con mucha menos frecuencia que en sus villas. La verdadera soberanía de la ciudad pasó de los últimos residuos de los órganos de administración ciudadana al obispo, quien tenía también en sus manos gran parte de los bienes raíces de la ciudad. La construcción, ornamentación y restauración de las iglesias proporcionaban trabajo todavía a los habitantes de las ciudades.

La razón de la decadencia de las ciudades y de las relaciones comerciales con el Oriente no ha de atribuirse necesariamente a

los árabes. Estos juegan un papel más bien accidental en el proceso de expansión de las formas de existencia agraria vinculadas a los latifundios —que como tendencia de la evolución económica es muy anterior al surgimiento del Islam. Es cierto que el temprano comercio árabe tuvo muy pocos contactos con el sur de Francia. Sin embargo, la política comercial de los Omeyas no apuntaba en modo alguno a un entorpecimiento del intercambio con Bizancio y el Occidente. También el comercio bizantino se sostuvo a lo largo de las costas italianas. Sólo la ocupación de la Provenza en el siglo VIII bloqueó las rutas comerciales hacia el Mediterráneo, con la destrucción de los puertos y las constantes incursiones de saqueo. Pero, en realidad, la ruptura o cuando menos la atenuación de las relaciones económicas con el Oriente está ligada, en última instancia, a un complejo de causas: los cambios en el gusto y en la demanda; un control más riguroso de los monopolios estatales (por ejemplo, el del papiro) en Bizancio y en Damasco; descenso del poder adquisitivo en Occidente, a causa de una reducción de la producción; decadencia de la red de comunicaciones y de seguridad pública en el último período del reino merovingio; finalmente, el bloqueo de las rutas terrestres por parte de ávaros y eslavos. La regresión del comercio (como se demuestra por el limitado volumen de los cambios comerciales) no fue la causa más importante, sino sólo un momento del proceso de decadencia interna y de la transformación de la situación política exterior del reino merovingio[23].

Las transformaciones económicas no pueden separarse del desplazamiento del centro de gravedad política fuera de Neustria, la región más intensamente romanizada (véase arriba pág. 259); es éste un acontecimiento que tuvo notables efectos políticos y culturales. La pérdida de la preeminencia política de Neustria significó el ascenso de la dinastía austrásica de los mayordomos arnolfingos (cf. más adelante p. 333). Esta traslación del poder político quizá esté relacionada con el hecho de que los territorios nórdicos y nororientales eran desde el principio más intensamente agrarios y, por tanto, se vieron menos afectados por la decadencia de la economía de las ciudades y de la administración estatal. Simultáneamente, la rotulación de nuevas tierras (por ejemplo, en las Ardenas y Alsacia), en el siglo VII, y la apertura de factorías reales y monasterios hizo en estas regiones progresos decisivos.

Pero ya la economía agraria predominaba en la totalidad de las regiones del reino merovingio. La gran propiedad era, como en la época imperial, pese a las convulsiones étnicas y políticas,

la verdadera fuente de riqueza, y la gran hacienda un elemento fundamental de la estructura social. La mayor parte de la campiña pertenecía a los grandes dominios, que encarnaban el principio de una «economía doméstica cerrada». Como ya aconteció en la época romano-tardía, éstos poseían, por ejemplo, talleres de hilaturas, tejidos o alfarerías. Los grandes *fundi* o *villae,* cuya extensión era de 1.200 a 1.300 hectáreas (sus nombres se han conservado en la denominación de lugares belgas y franceses), así como los extensísimos dominios del rey, de los obispados y de las abadías (por ejemplo, St. Denis o St. Germain-des-Prés), no poseían, sin embargo, grandes talleres que aspirasen a producir bienes de consumo de origen rural o artesanal en cantidades masivas para mercados lejanos. Además de la producción de bienes necesarios para el sustento de la finca, jugó un cierto papel el intercambio comercial. Pero la autonomía económica de los latifundios servía, en primer lugar, para asegurar las necesidades vitales esenciales de los habitantes, en unos tiempos de comunicaciones difíciles y dificultad de intercambios; de la misma manera, la iglesia lugareña debía mantener la autonomía religiosa de la hacienda. La forma misma de explotación era muy similar a la de la *villa* romano-tardía. La «tierra del señor» *(indominicatum* o, en las regiones germanas, la *tierra salica),* se dedicaba en una pequeña parte al cultivo, a la que se añadían bosques y olivares, que eran directamente administrados por un comisionado del señorío y trabajados por los campesinos, que aportaban sus brazos y sus animales de tiro *(corvatae* y *manuoperae).* Por lo demás, el dominio se dividía en *mansus* (en Oriente, *hoba, huf),* unidades de producción, no de superficie, que nutrían cada una a una familia. Los campesinos de las fincas, como los colonos, eran libres *de jure,* pero *de facto* siervos vinculados a la gleba. Sus modestas viviendas se encontraban a veces desparramadas en el territorio de los dominios, pero, en general, se concentraban en una calle en el centro de la finca, en torno a la iglesia y a los talleres. Las sedes señoriales no eran ya instalaciones abiertas, con patios rodeados de arcadas y baños, sino edificios cerrados similares a los castillos. El pueblo libre, el *vicus,* fue cada vez más arrinconado por la *villa.* Tanto la inseguridad de la época como el violento movimiento de expansión de los grandes propietarios empujaron también a los *vicani* a buscar «protección» en el señor. La economía de las grandes propiedades destruyó las bases de la existencia de muchos artesanos.

Este «sistema de horizontes locales» tiene un origen bastante remoto: en el hundimiento del comercio, de las comunicaciones y de la administración central en el siglo III. La recuperación

económica forzada del siglo IV no pudo evitar en Occidente una evolución regresiva hacia condiciones más simplificadas de autoabastecimiento económico, especialmente en regiones marginales como Inglaterra o el norte de Francia, donde la forma de vida de las ciudades no llegó a implantarse nunca del todo. Sin embargo, en la imagen secular que sustancialmente se había conservado inalterable, hicieron su aparición tres elementos transformadores: la importancia cada vez más acusada de las grandes propiedades, como forma económica; la creciente asociación del poder político con la gran propiedad rural y el comienzo de profundas transformaciones en las técnicas agrícolas de cultivo. La época merovingia había significado para la economía rural, ante todo, una vuelta a formas más sencillas, anteriores a la época imperial. Pero esta regresión era, al mismo tiempo, «una revolución orientada hacia el pasado»: el abandono de las formas tradicionales de cultivo romano, que eran inadecuadas para los suelos pesados del húmedo clima septentrional, creó la posibilidad de un nuevo desarrollo. Lo mismo que en el campo del arte, también en el tecnológico se hizo perceptible la energía de una joven cultura, en un proceso de apropiación creadora y desarrollo de herramientas y métodos conocidos desde hacía mucho tiempo, pero poco utilizados. Ahora se adoptó en mayor escala el molino de agua, conocido ya desde la época imperial. Para la economía rural medieval en expansión y especialmente para el sistema de cultivo de rotación trienal *(three field rotation)*, que fue imponiéndose a finales del siglo VIII, fue más importante el empleo del pesado arado de ruedas, al que siguió en el siglo IX la importantísima introducción de los tiros modernos. También fueron desarrolladas paulatinamente formas más efectivas de ganadería y de aprovechamiento de los abonos. Esta incipiente revolución de la economía agraria elevó el rendimiento de las viejas superficies cultivadas e hizo posible la apertura de otras nuevas; debido al incremento en capacidad productiva, así como a sus ulteriores consecuencias sociales, fue de una extraordinaria importancia para el futuro [24].

El papel del obispo en las ciudades se encontraba ya prefigurado en los siglos IV y V. Pues no era únicamente la ciudad, también la Iglesia se había transformado. Ahora ya no era la salvaguardia de la cultura. Sustrayéndose cada vez más al poder real, las sedes episcopales fueron convirtiéndose en botín de las grandes familias nobles. Con pocas excepciones, los obispados fueron tratados de la misma manera que los señoríos mundanos de la nobleza. El obispo era, ante todo, un gran señor; con frecuencia, inculto e implicado en los transtornos políticos interio-

res, a la cabeza de numerosos seguidores, cuyo interés principal residía en la multiplicación de propiedades e influencia. Hacía tiempo que había desaparecido la separación neta entre la actividad religiosa y el interés político. La anarquía eclesiástica del siglo VII correspondía a la anarquía política, si no era una consecuencia directa de aquélla. Especialmente en el sur, pero también en Autun o Châlons, se mantenían vacantes las sedes episcopales durante decenios; algunas de ellas permanecieron así hasta bien entrado el siglo IX. Desde el 695 al 742 no se reunió ningún sínodo franco. Con la extinción del arrianismo y pelagianismo sólo penetró en el reino merovingio un eco lejano de los enfrentamientos dogmáticos. El grado de instrucción de los obispos no era suficiente para la comprensión de la teología —que ciertamente no fue nunca un punto fuerte de la Iglesia franca—. El conocimiento del griego o de los Padres de la Iglesia latina se había convertido en una gran rareza. Esta decadencia sólo puede explicarse en parte por el dominio ejercido sobre la Iglesia por la realeza, que situaba en las sedes episcopales a servidores de la corona, con frecuencia inadecuados para el cargo. Cierto es que la Iglesia apenas cambió después de liberarse en buena medida de la tutela del Estado, tras el *Edictum Clotharii* (614). La simonía (compra de cargos eclesiásticos) vino a sustituir a la designación real. Ahora surgieron sobre viejos fundamentos, los grandes principados eclesiásticos que los carolingios más tarde convirtieron en feudos para sus vasallos.

El modo de vivir y el mundo espiritual de los pastores no dejaron de influir, como es natural, en la grey. El clero diocesano puede decirse que no poseía instrucción alguna; no era disciplinado y no observaba las reglas canónicas, como, por ejemplo, la del celibato. La Iglesia cumplía con sus funciones sociales y espirituales con muchas lagunas. La roturación de nuevas tierras avanzaba sólo lentamente. Los hospitales y hospicios se habían convertido en ruinas. Las escuelas episcopales, que habían substituido a las viejas instituciones de formación laica, transmitían únicamente la ignorancia y superstición de los docentes. Superstición y milagrería en el clero y el laicado constituyen un rasgo destacado de la tardía Iglesia merovingia. Oficialmente, el paganismo estaba eliminado (aunque Baviera, que se encontraba bajo soberanía franca, aún no se había convertido totalmente en el siglo VII). Pero las viejas divinidades del campo, del bosque y de las fuentes siguieron siendo veneradas con los mismos ritos, donde no fueron superficialmente cristianizadas y tenidas por santos. Los demonios y las brujas, el «cazador negro» y el diablo, jugaban un papel destacado en las creencias popu

lares. La religiosidad cristiana estaba determinada por el culto a los santos, la veneración de las reliquias, las peregrinaciones (a Tours sobre todo, pero también a Roma), las apariciones milagrosas y el temor del diablo. El mundo espiritual del siglo VII era, en todos los estratos sociales del reino franco, un mundo de espíritus propicios y demonios, en el cual ya no era posible separar claramente lo natural de lo sobrenatural; también era muy escasa la influencia de la religión sobre las costumbres.

El monacato salvó a la Iglesia franca de una total decadencia espiritual y moral. Tras un primer florecimiento del monacato galo (ciertamente muy poco unitario en sus reglas y usos), en el siglo VI se inicia ahora, con la llegada de monjes irlandeses una ola de fundaciones. Columbano (hacia el 530-615) fundó monasterios en Borgoña, Luxeuil y Fontaines; después del año 610, en Bregenz y, finalmente, en el 614, en Bobbio. Sobre todo en Austrasia, Alsacia, Lorena y la Francia Central surgieron nuevos monasterios (Stavelot, Malmédy, Nivelles, Péronne, etc.). Dos elementos son importantes en el futuro de estos monasterios. De una parte, se hicieron rápidamente con ricas posesiones, gracias a gran número de donaciones, lo que redundó en un sensible aumento de su influencia espiritual. Pero fue más importante que paulatinamente, desde mediados de siglo, se implantase en la vida monacal la *Regula Benedicti,* después de una fase de transición en la que, sobre todo en Luxeuil, se intentó la elaboración de una fórmula de compromiso entre la rigurosa regla de Columbano y la de Benito. La dirección ascético-contemplativa de origen sirio-egipcio fue superada, del mismo modo que las observaciones extranjeras de la Iglesia monacal irlandesa, pese a la introducción de nuevas formas en la cura de almas (como la confesión oral).

De esta manera fue capaz el monacato de desempeñar un papel social y espiritual decisivo. Gracias al hábito de los «mártires blancos» escoceses e irlandeses de fundar monasterios en regiones apartadas, se convirtieron también en pioneros de la cultura material. Pero esta función la llevaron más allá de las fronteras del reino franco: pues la misión era la actividad más importante para ellos. La Iglesia del reino franco hacía mucho tiempo que no se interesaba en las misiones exteriores. Un primer intento lo llevaron a cabo, en el norte del reino y durante el siglo VII, obispos procedentes de Aquitania, como Eligio (que ocupó la sede de Tournai del 641 al 660). Pero su campo de misión quedó esencialmente reducido a la región comprendida entre los ríos Mosa y Escalda. Sin embargo, los irlandeses pasaron el Rin. Columbano, sus discípulos Galo y Fridolin y,

más tarde, en el siglo VIII, el español Pirminio llevaron a cabo la misión de Alemania sudoccidental y de Suiza. El obispado de Constanza (fundado por el ducado alemán) y los monasterios de San Galo y Reichenau constituyeron los centros religiosos y culturales de esta región. Los misioneros anglosajones del siglo VIII Willibrord y Bonifacio, prosiguieron la obra misionera (cf. más adelante p. 357) en Frisia y Sajonia.

Monjes y monasterios no se limitaron a transmitir una fe fundada en sencillas exigencias éticas. Los monasterios se convirtieron en última salvaguardia de lo que había quedado de cultura profana y tradición espiritual. Sin sus *scriptoria* (escritorios) apenas habría sido posible la transmisión de una obra de la Antigüedad. En realidad, la Iglesia de Occidente no mostraba un interés especial en la conservación de la cultura antigua. Pese a ciertas excepciones, la actitud de lucha abierta sin componendas, iniciada por Tertuliano (cf. arriba p. 65), fue imponiéndose a partir de Gregorio el Grande. Sin embargo, los conocimientos necesarios para la formación de los sacerdotes —comprensión de los cánones de la misa y tal vez de algunos textos teológicos y canónicos—, no constituyeron el único contenido de la actividad intelectual, al menos en la Iglesia irlandesa y anglosajona. Aquí estaba surgiendo una cultura monástica que con elementos de la ciencia y literatura antiguas, de las tradiciones de los Padres de la Iglesia y de los legados arquitectónicos y gráficos del arte romano-tardío, creó su propia síntesis y desarrolló un programa de formación con nuevos valores y metas. El disponer de tiempo libre, poseer bibliotecas y seguridad económica, ofrecía a los monasterios una posibilidad de mantenimiento de la cultura, que no podía tener en aquel tiempo ninguna otra institución. Pero el extraordinario nivel intelectual, a escala del siglo VII, de centros como Canterbury, York o Jarrow, con eruditos como Beda o Aldelmo, no era representativo de la época, sobre todo en el caso del reino merovingio. Antologías y vidas de santos son los productos típicos de este tiempo.

En una sociedad en la que la vida llevaba la impronta de la lucha, la caza y de las diversiones primitivas, debía paralizarse necesariamente tanto el nivel de formación del clero como la cultura profana y el arte. El siglo VI había aportado al menos a un Gregorio de Tours y a un Venancio Fortunato. Ahora, en el transcurso de algunos decenios, la vida espiritual que se nutría de viejas tradiciones, decayó con rapidez, fenómeno estrechamente relacionado con la decadencia de las ciudades que habían formado, junto con las instituciones eclesiásticas, el terreno abonado para el arte y la literatura. Esta ha quedado redu-

cida a relatos históricos y hagiográficos. En el prefacio de *Fredegarium,* obra que continúa hasta el año 768 la *Historia Francorum,* de Gregorio de Tours, el anónimo autor confiesa no sin razón: «el mundo se ha hecho viejo; ningún escritor de nuestro tiempo puede medirse con los retóricos del pasado». Una frase que puede aplicarse aún mejor al *Liber historiae Francorum,* cuyo autor fue posiblemente un monje de St. Denis (casi la única fuente de información para el período comprendido entre los años 657 y 727). El número de las «vidas de santos», es concretamente, lo que constituye un claro indicio de la reducción de la teología a construcciones mágico-conjuradoras. El valor histórico de estas descripciones de vidas de Arnulfo de Metz, Leodegario de Autun o de la reina Batilde, es muy escaso. Los clichés del rico tesoro de la hagiografía desplazan con demasiada frecuencia los rasgos individuales.

Es en la hagiografía donde primero se pone de manifiesto, y con más fuerza, la decadencia del latín. La desaparición de las viejas escuelas de retórica, la pérdida de interés en las clases altas por los valores culturales, la enemistad latente de la Iglesia contra la cultura pagana, hizo cada vez mayor la distancia entre el latín literario y el latín vulgar. Ya a mediados del siglo VII, en el reino merovingio se era incapaz de escribir un latín medianamente correcto. Un proceso constante de simplificación no sólo había acabado con la sensibilidad para los matices del latín clásico, sino que transformó radicalmente la gramática y la sintaxis. Se llegó incluso a declinar con preposiciones *(flumina de sanguine,* «ríos de sangre») en lugar de *sanguinis flumina.* La forma pasiva, la del futuro y algunas del pasado se expresaban con circunloquios *(sum amatus:* «yo soy amado» en lugar de *amor).* Simultáneamente, se introdujeron gran número de palabras y de formulaciones procedentes del latín vulgar, del celta y de las lenguas germanas (que predominaban en las regiones nororientales). Los neologismos sustituyeron rápidamente las expresiones clásicas (por ejemplo, *testa* en lugar de *caput).* De esta manera, no sólo surgió una horrible degeneración del latín, sino una nueva lengua: la *lingua romana,* como preludio del francés. En esta lengua están escritos los documentos y obras literarias del siglo VII. Que ésta fuese percibida como nueva lengua lo testimonia de la manera más clara la «renovación del latín» en el renacimiento carolingio. El latín clásico era para los merovingios de la útima época una lengua tan extranjera como para los monjes irlandeses y anglosajones, que introdujeron a su llegada la renovación de la lengua clásica.

A estos cambios correspondieron otros en el medio cultural. El alejamiento de los miembros de las viejas familias «senatoriales» de sus cargos estatales y eclesiásticos abrían un decidido proceso de desromanización, al tiempo que despertaban tradiciones celtas en el mundo de la expresión artística y en el lenguaje de las formas, junto a las cuales continuaron presentes las influencias orientales [25]. En el campo del arte figurativo, continuaba dominando una síntesis a veces insegura, pero con frecuencia llena de encanto, de rasgos germanos, galo-romanos, bizantinos y orientales. En escultura, se desarrolló un estilo ornamental de bajorrelieves de influencia copta y, tal vez, adicionalmente lombarda (por ejemplo, en Metz). En los monumentos funerarios de la región renana, junto a una mezcla de motivos animalísticos y bizantino-orientales (en Gondorf), se encuentran también figuras apenas bosquejadas, sumarias y muy primitivas. En la construcción de iglesias siguieron empleándose artesanos italianos, pero casi exclusivamente se edificaron edificios pequeños y sencillos de tipo basilical, con techo de madera. San Juan de Poitiers recibió entonces sus arcadas ciegas, preludio de la arquitectura carolingia. Entre los pocos monumentos que se conservan de esta época, resultan especialmente impresionantes las criptas de Notre Dame de Jouarre; adorna la tumba del obispo Agilberto (muerto en el año 685), un Cristo admirable, encerrado en una forma almendrada con los símbolos de los evangelistas, obra que está estrechamente vinculada, por su composición y estilo, a modelos bizantinos como Hosios Lukas.

El mosaico, el arte del bronce o la cerámica fina tan sólo continuaron existiendo en formas rudimentarias. Unicamente dos géneros de arte siguen floreciendo: el arte altamente desarrollado de la orfebrería en oro y plata de tipo *cloisonné* (cuyos productos son muy codiciados en las iglesias y en las cortes de los príncipes) y las miniaturas de códices. En las suntuosas fíbulas redondas de la época, en las que también a veces se utilizan gemas antiguas, se impone la influencia bizantina y lombarda, siempre más respetuosa que el estilo de la invasión. El estilo inconfundible en la ilustración miniada de los códices se desarrolla sobre todo a partir de las tradiciones orientales bizantinas (posiblemente coptas o armenias), como se muestra claramente en los fantásticos adornos de animales y vegetales entrelazados con las iniciales de los códices de pergamino, material que va sustituyendo al papiro. Una cierta impronta celta perceptible en ellos no es genuina, sino venida a través del arte irlandés del libro; se trata más bien de un preludio de propia gestación, que se va afirmando paralelamente a la sustitución gradual de la es-

critura merovingia, casi ilegible a causa de sus ligaduras, por las letras capitales y unciales carolingias.

Bajo el reinado de los sucesores de Dagoberto, el reino merovingio parecía próximo a su destintegración en una anarquía protagonizada por la nobleza; en su vuelta a formas de vida más primitivas, hacía el papel de un organismo débil, que se mostraba tan incapaz como el reino visigodo de oponer resistencia a la invasión árabe. Sin embargo, existía un elemento político que actuaba cada vez con mayor fuerza como factor estabilizador en la confrontación de la nobleza de Austrasia y Neustria: la institución de los mayordomos. La aristocracia heredó parte del poder real; pero fue el mayordomo quien sacó la mayor ventaja de la situación de anarquía. En el creciente ascenso político de los funcionarios de la corte real, fue decisivo el hecho de que, en el siglo VII, las querellas dinásticas y la minoría de edad de muchos soberanos ofrecieran al «palacio» un papel preponderante en el gobierno del *regnum francorum*. El mayordomo, que originariamente era uno de tantos altos funcionarios, alcanzó una posición rectora en el último tercio del siglo VI, cuando vino a disponer del cuerpo de funcionarios y de la persona msma del rey, a lo que se añadía la jefatura de las fuerzas armadas reales. Inicialmente actuaba como el funcionario de más alto rango de palacio y, al mismo tiempo, para la nobleza, como el genuino representante de sus intereses en la corte. Sólo poco a poco fue poniéndose de manifiesto cuán ambivalente era esta posición política en el período de transición de los funcionarios reales a los vasallos asentados en las tierras. Durante mucho tiempo, los mayordomos representaron los intereses reales contra la nobleza, o bien, se aliaron con la nobleza contra la política real (especialmente en Austrasia). Sólo a mediados de siglo se hizo evidente la divergencia de intereses entre la nobleza y la institución de los mayordomos. Con Grimoaldo se da el primer caso de un mayordomo que toma posición política contra la nobleza y la realeza. De este modo se inicia una lucha de la aristocracia contra los disidentes de sus propias filas, con el propósito de suprimir el cargo de mayordomo, o, al menos, de asegurar el derecho de la nobleza a su nombramiento. El desenlace, incierto durante mucho tiempo, llegó algunos decenios más tarde con el triunfo de los carolingios.

De hecho, la historia de finales del siglo VII es, en gran medida, la historia de la pugna entre unos cuantos mayordomos por la obtención de la preeminencia en el reino franco. Si es verdad que el mayordomo sacaba provecho de la situación política interior, también es cierto que su éxito estaba condicio-

nado al reconocimiento y aceptación de una estructura política transformada. El triunfo de los mayordomos robusteció la evolución hacia una sociedad organizada sobre la propiedad rural, que fue reordenada políticamente mediante la relación del vasallaje.

Es un legado de la institución del mayordomo el advenimiento y afirmación del estado fundado en las relaciones personales.

A la muerte de Dagoberto (638), el reino se dividió nuevamente en reinos parciales, en los que tenían campo libre las fuerzas de la desintegración interna. Clodoveo II (640-657) hizo su entrada en el reino de Neustria siendo aún menor de edad: pero el papel dominante lo jugaba aquí el mayordomo Erchinoaldo. Poco después de Dagoberto, moría en Austrasia el mayordomo Pipino el Viejo, fundador de la dinastía de mayordomos de los Arnolfingos, que inicialmente dominaban en las cuencas del Mosa y el Mosela. Pipino II era nieto de Arnulfo de Metz y de Pipino el Viejo. Su hijo Grimoaldo gobernaba en Metz en nombre de Sigiberto III, lo que ya constituía una vieja costumbre de la nobleza austrasiana. Este obligó al rey, que por el momento no tenía descendencia, a adoptar a su propio hijo como heredero, al que situó en el trono a la muerte de Sigiberto (656) con el nombre de Childeberto III. El verdadero heredero del trono, Dagoberto II, fue consagrado sacerdote y desterrado a Irlanda. Pero se había intentado demasiado pronto fundar abiertamente la dinastía de la propia familia contra la casa real y la nobleza. Grimoaldo fue atraído a una emboscada por la nobleza de Neustria y ejecutado en París el año 662. Durante algunos años, los inciertos destinos de ambos reinos estuvieron en las manos de Batilde, la reina madre de Neustria, pero el verdadero vencedor fue el nuevo mayordomo Ebroino. En Austrasia los arnolfingos fueron relevados de su posición; bajo el rey niño Childerico II fue mayordomo Wulfoaldo.

Contra la política de unidad, ventajosa para Neustria, pero llevada con violencia por Ebroino, se rebelaron la nobleza y los obispos de Neustria y Borgoña. Estos tomaron contacto con el mayordomo de Austrasia y Teuderico III, creatura de Ebroino, fue obligado a entrar en el monasterio de St. Denis, mientras que el propio Ebroino salía desterrado para el lejano Luxeuil, en los Vosgos. La nobleza parecía haber alcanzado la meta: el rey de Austrasia, Childerico II (662-675), que quería reunir en su mano los tres reinos parciales, se vio obligado a garantizar a la nobleza los «viejos derechos» de los tres reinos y a dar a cada uno de ellos un mayordomo propio, procedente del mis-

mo país, para que «no se erigiera nuevamente en tirano otro cualquera como Ebroino». A pesar de estas concesiones, Childerico II fue el último merovingio que intentó reinar por sí mismo; «llevado por la altanería juvenil, corrompido por los consejos de libertinos casi paganos, derogó repentinamente los acuerdos, que con tanta sabiduría había ratificado primero» [26]. El influyente dirigente de la nobleza borgoñona, el obispo Leodegario de Autun, fue también desterrado en el año 675 a Luxeuil. Pero ya en el mismo año, el rey caía víctima de una conjuración de los nobles de Neustria. En los transtornos que siguieron, tanto Ebroino como Leodegario escaparon del monasterio. Aliado con Wulfoaldo, que jugaba sin embargo un papel secundario, Ebroino tenía en sus manos los destinos de los reinos. Con el pretexto jurídico de perseguir al asesino de Childerico, desató su ira contra todos aquellos que creía sus enemigos, ya se tratase de obispos o de la alta nobleza. El exilio constituía el más suave castigo; la ejecución se aplicaba a los casos más graves, pero ambas penas iban siempre acompañadas de la confiscación de propiedades. A su antiguo enemigo Leodegario hizo que le sacaran los ojos y le cortaran la lengua y las orejas, para ser ejecutado dos años después.

Bajo el mando de Ebroino nada quedó de los planes de la nobleza para la neutralización de los mayordomos. Su posición se había hecho demasiado fuerte, tanto para los reyes como para la nobleza. Lo único que quedaba por resolver era la rivalidad entre los mayordomos de Austrasia y Neustria, después de la vuelta de Dagoberto II al trono de Austrasia (676). El reinado de Dagoberto terminó ya de todos modos en diciembre del año 679, al ser apuñalado por uno de sus hijos durante una cacería. Al morir aproximadamente al mismo tiempo Wulfoaldo, que era manejado por Neustria, llegaban nuevamente al poder los Arnolfingos, con Pipino II como mayordomo. Este sufrió, sin embargo, en las proximidades de Laon una gran derrota en lucha contra las aspiraciones de Teuderico III al trono de Austrasia. Pero la ejecución de Martín, hermano de Pipino, fue el último triunfo de Ebroino, aunque volvió a imponerse con éxito a la creciente oposición de la oprimida nobleza de Neustria. En el año 680 (ó 683) fue apuñalado a la puerta de su casa por un alto funcionario de palacio, que había sido expropiado por él; el asesino huyó a la corte de Pipino.

Los desórdenes provocados por la nobleza de Neustria a la muerte de Ebroino fortalecieron la posición de Austrasia. Una parte de la nobleza de Neustria, encabezada por el obispo de Reims, se alió con el mayordomo de Austrasia. En el año 687,

Pipino derrotaba, en las proximidades de Tertry (cerca de San Quintín), al ejército de Neustria. Pero lo más importante de aquel acontecimiento no era el fin de la preeminencia de Neustria, que había durado varios decenios. El triunfo significaba, en un sentido más amplio, un importante cambio de signo de la política franca: sancionaba el definitivo paso del centro de gravedad político y económico a las regiones norteñas, las más intensamente germanizadas del reino franco. Al mismo tiempo, quedaba fortalecida la posición de Pipino, incluso frente a la nobleza de Austrasia. La casa de los mayordomos recibía la herencia política de la monarquía y otorgó a la nobleza el papel de participante en el poder, aunque la relación entre el soberano y la nobleza del reino siguió siendo un problema político en el reino carolingio. Bajo Pipino y sus sucesores se inició ya pese a la pervivencia nominal de la dinastía merovingia, la estructuración de un nuevo estado: la reunificación y transformación del viejo reino franco en un estado de vinculaciones personales, que regirían los carolingios con ayuda de la nobleza de Austrasia y de la Iglesia.

Los últimos reyes merovingios fueron soberanos nominales, que Pipino toleró en el trono, para que no se repitiera la experiencia de Grimoaldo y porque, realmente, molestaban poco. El mando se encontraba seguro en manos del mayordomo de Austrasia (que nunca puso el pie en Neustria). Un mando unitario así era ahora más necesario que nunca. El reino franco se encontraba amenazado en todas las fronteras. Los frisones, al mando de Radbodo, enemigo declarado de los francos y del cristianismo, habían atravesado el Rin y avanzado hasta Utrecht. Tras largos combates, Pipino les obligó a cruzar nuevamente el río e hizo obispo de los frisones al misionero anglosajón Willibrord (695 ó 696). En el oeste, fue necesaria una larga guerra contra los alamanes (709-712), mandados por el duque Willehario, para restablecer la soberanía franca, al menos provisionalmente. En el sur, Aquitania había llevado una vida independiente durante decenios; una expedición de castigo contra el duque Eudón, tuvo efectos de corta duración.

Lentamente se iban haciendo perceptibles las primeras consecuencias de la política de Pipino: el reino franco comenzó a afirmarse como federación política, y a mantenerse nuevamente en condiciones de efectuar una enérgica acción defensiva; en la incipiente lucha política contra el Islam, sobre suelo francés meridional, el reino comenzó a encarnar el papel de una destacada potencia política de carácter suprarregional. Con la muerte de Pipino, en diciembre del año 714, quedó nuevamente en sus-

penso la posición rectora de los Arnolfingos y la unidad costosamente adquirida del reino franco. Los nobles de Neustria se levantaron contra la regencia que ejercía su viuda Plectrudis en nombre de su nieto, menor de edad. El ejército de Austrasia fue derrotado en Compiègne, y Raganfredo, nuevo mayordomo elegido en Neustria, se alió con los frisones, enemigos del reino. Simultáneamente, irrumpían los sajones en la Renania y, Aquitania se hacía de nuevo independiente.

En esta confusa situación, un hijo natural de Pipino, que contaba trece años de edad, Carlos Martel, logró hacerse con el poder en Austrasia. Después de algunos éxitos militares contra Neustria, expulsó a los sajones de Renania, restableció nuevamente la soberanía sobre los frisones e instauró en el trono, en el año 718, como «su» rey merovingio a Clotario IV, un (dudoso) hijo de Teuderico III. La última esperanza del partido de Neustria, Eudón de Aquitania, fue derrotado en las cercanías de Soissons y llegó a un acuerdo con Carlos Martel bajo la presión de los ataques islámicos sobre España. El remate de estas victorias en todos los frentes fue el triunfo sobre los ejércitos árabes en la región de Poitiers, en el año 732, al que siguió en el 737 un contraataque coronado por el éxito en Provenza.

Carlos Martel fue el verdadero fundador de la soberanía carolingia y la figura militar y política más destacada del reino franco desde Clodoveo I. Pero sólo Pipino el Breve, su sucesor, después de un acuerdo con el Papa, envió al último merovingio a un monasterio y tomó él mismo el título de rey (751). Pero su coronación por el Papa Esteban II en San Denis de París, en el año 754, representaba sólo la culminación de una evolución, que se había iniciado con los triunfos de Carlos Martel contra los enemigos interiores y exteriores. La dirección del proceso histórico del reino merovingio había cambiado ya desde Tertry. Los últimos pasos decisivos que van de la tradición romano-tardía bizantina a las nuevas formas de ordenamiento estatal y social estaban ya dados, aunque serían necesarios varios decenios para que se implantasen definitivamente.

Esta evolución interna del reino merovingio se vio favorecida esencialmente por la función de cerrojo que ejercía el reino lombardo. La soberanía lombarda, como la de los demás estados germanos orientales, fue un fenómeno histórico pasajero, pero sus repercusiones tuvieron largo alcance.

Por un singular fenómeno de ambivalencia, el poder lombardo reforzó la influencia bizantina en Italia; pero, al mismo

tiempo impidió que el país se uniera a la Europa Central. Sin la herencia lombarda no es concebible la evolución de Italia durante la Edad Media.

c) *Un nuevo estado: el reino lombardo.*

Pablo Diácono, el cronista carolingio de los destinos del reino lombardo, describe así la sucesión de Autario en el año 590: «Entonces (después de la muerte del rey Autario) decidieron todos los lombardos, estando muy contentos con Teodolinda, que ésta siguiese siendo reina y que escogiese esposo y rey entre los lombardos. Ella escogió al duque de Turín, Agilulfo [...]. Después de cambiar unas palabras en el momento de su primer encuentro, la reina mandó traer vino. Al recibir la copa de manos de la reina, Agilulfo besó su mano con profundo respeto. Pero ella se ruborizó y dijo sonriendo: "Quien tiene derecho a besar mis labios no debería besar mi mano»[27]. Tras este cuadro de género se ocultaban duras realidades políticas. La irrupción de los lombardos en la Italia septentrional, en los años sesenta, se había producido con brutal violencia. La diferencia entre los incursores, en parte aún paganos, y la población autóctona era aún más fuerte que en los demás estados germanos. A la primera fase de la conquista dirigida por Alboino (asesinado en el año 572), había seguido una época de desórdenes interiores, en la que el reino lombardo se desmembró en las zonas de soberanía de los ducados. Agilulfo unió de nuevo el estado (590-616) y prosiguió la ofensiva. A su muerte, se encontraba en manos de los lombardos la Italia septentrional (a excepción de la región que rodea Rávena y Venecia, que iba surgiendo entonces entre las lagunas); centro del nuevo reino era Pavía. Bizancio logró estabilizar, hacia el año 605, la frontera septentrional de su territorio en la línea Rávena-Ancona-Roma. Pero más allá del haz de territorios bizantinos comprendidos entre los mares Adriático y Tirreno (su anchura en Perugia no pasaba de veinte kilómetros), los ducados lombardos semi-independientes de Spoleto y Benevento habían sustraído al imperio bizantino más de la mitad de la Italia meridional.

En el fracaso de la defensa bizantina tuvo importancia decisiva la ruptura de la alianza con los merovingios (alrededor del año 591), las dificultades internas de Bizancio y la amenaza política exterior representada por ávaros y persas. Frente a un debilitado potencial bizantino en Italia, se encontraba un Estado que se consolidaba lentamente y que tenía las espaldas protegidas contra la amenaza franca. El reinado de Agilulfo constituyó

la segunda fase importante en la afirmación del reino lombardo. Es cierto que la nobleza lombarda había superado sus rivalidades sólo bajo la presión de la situación externa y había proclamado rey a Agilulfo de una manera mucho menos poética de cuanto hace suponer el relato de Pablo Diácono. La evolución posterior mostrará cuán endeble era el poder monárquico central cuando lo tomaron los lombardos.

La política exterior agresiva casi le era impuesta al rey lombardo por la estructura social y política de su propio reino. La seguridad de la posición real dependía, en primer lugar, de sus seguidores personales. Ante todo, era constantemente necesario asegurar la lealtad de los duques, demasiado propensos a pactar con Bizancio o con el Papa. Considerando la falta de una organización financiera, sólo podían ganarse seguidores mediante la concesión de tierras —y esto era válido en cualquier nivel, pues los guerreros lombardos, ya fuesen duques o soldados, vivían de sus posesiones rurales—; pero el rey sólo podía disponer de nuevas tierras mediante nuevas conquistas. De esta manera se desarrolló en el siglo VII y principios del VIII un juego de fuerzas políticas concurrentes sobre el tablero de ajedrez italiano; un juego que estaba determinado por cinco centros de poder, cuyos fines eran inconciliables. Junto a lombardos y bizantinos, el reino franco sólo intervino de tarde en tarde, pero comenzó a jugar un papel decisivo desde mediados del siglo VII, que culminó en tiempos de Carlomagno. El papado continuaba acrecentando constantemente su poder, aunque esto no era fácilmente perceptible desde fuera. El quinto poder estaba constituido por los ducados de Spoleto y Benevento, los cuales, en cierto sentido, eran los alfiles de la partida que se estaba jugando en el tablero italiano; teniendo la posibilidad de actuar por líneas interiores, estaban en condiciones de resolver muchas cuestiones con sus movimientos imprevisibles. Frente a la aspiración lombarda de conquistar toda Italia, estaba la decisión bizantina de defender su propia soberanía, al menos a lo largo de la línea costera, y en el sur. Se oponía a ello Roma, que luchaba sólo por subsistir, aspirando a que el Papa no quedase reducido al rango de un simple obispo lombardo o de un funcionario imperial. Las metas de los ducados eran más limitadas y consistían en lograr la mayor autonomía y expansión posible de su territorio. De este conflicto de intereses, surgían agrupaciones de fuerzas constantemente cambiantes y, con frecuencia, confusas. Los gobernantes bizantinos se aliaban con los lombardos contra los papas recalcitrantes, mientras que éstos se

aliaban con los mismos lombardos contra las agresivas veleidades de los duques de Benevento y Spoleto[28].

A primera vista podrá parecer el reino lombardo la potencia dominante sobre la escena italiana. Los merovingios se encontraban ahora neutralizados por las necesidades de la defensa de su flanco meridional contra el Islam y por los interminables conflictos interiores. El imperio bizantino estaba ligado al Oriente y además tenía que defender la Italia del sur contra los ataques árabes. Los papas, después de Gregorio el Grande, fueron más débiles y gozaron de menor influencia, tanto desde el punto de vista político como eclesiástico. Pero también el reino lombardo hubo de luchar con dificultades internas, relacionadas con la sucesión, y se hallaba debilitado por su misma estructura política; todo esto hacía bastante inestable el equilibrio de fuerzas en la Italia del siglo VII. Esta situación política tuvo consecuencias importantes. Bizancio intentó reafirmar su posición en Italia, mediante la mejora de la estructura defensiva, y, con disposiciones administrativas, aspiró a una asimilación centralista del país a las demás provincias del Imperio. Con este motivo llegaron a Italia gran número de oficiales y altos funcionarios griegos, a los que acompañaban clérigos, monjes, comerciantes y artesanos. La nobleza italiana, cuando se mantenía fiel al Imperio, recibía títulos y honores griegos. De esta manera, logró penetrar con fuerza el elemento bizantino en el arte, la manufactura, la moda y el estilo de vida de la nobleza veneciana, como por ejemplo, en el atuendo de ceremonial del dux. La veneración en Roma de santos orientales, como Teodoro, Cosme y Damián, tuvo una gran propagación. Los sirios jugaron un papel destacado entre el clero romano e incluso algunos papas fueron de origen oriental. Este proceso de rehelenización continuó en la Italia meridional hasta la llegada de los normandos en el siglo XI. En el norte se vio interrumpido a finales del siglo VIII por la conquista carolingia; pero Venecia siguió siendo un foco de irradiación de poderosas influencias bizantinas, las cuales actuaron durante el siglo VII, no solamente en la cultura lombarda, sino también en el desarrollo del arte medieval de toda Europa.

A la muerte de Agilulfo, el reino lombardo se sumió en una serie de confrontaciones internas. Sólo Rotario (636-652), duque de Brescia y yerno de Agilulfo, inició nuevamente una activa política exterior. Ocupó Liguria, hasta entonces bizantina, con su capital, Génova, y una gran parte de la *terra ferma* veneciana. Un armisticio (652) sancionó en la práctica las conquistas

ya realizadas. A este movimiento de expansión siguió una fase de consolidación interna. Ariberto I (652-661), duque de Asti, se esforzó por obtener la igualdad religiosa. Ya Teodolinda, que como princesa bávara era católica, había mantenido buenas relaciones con la corte papal y ayudado a Columbano, más tarde desterrado por los merovingios, al que facilitó la fundación del monasterio de Bobbio, que había de jugar un papel destacado en el contacto cultural de Irlanda con el Mediterráneo. Sin embargo existieron fuertes tensiones entre el clero católico y la capa dirigente arriana. Ariberto dio el paso decisivo, al convertirse al catolicismo, aunque fueron necesarios algunos decenios para que el arrianismo desapareciera entre los lombardos.

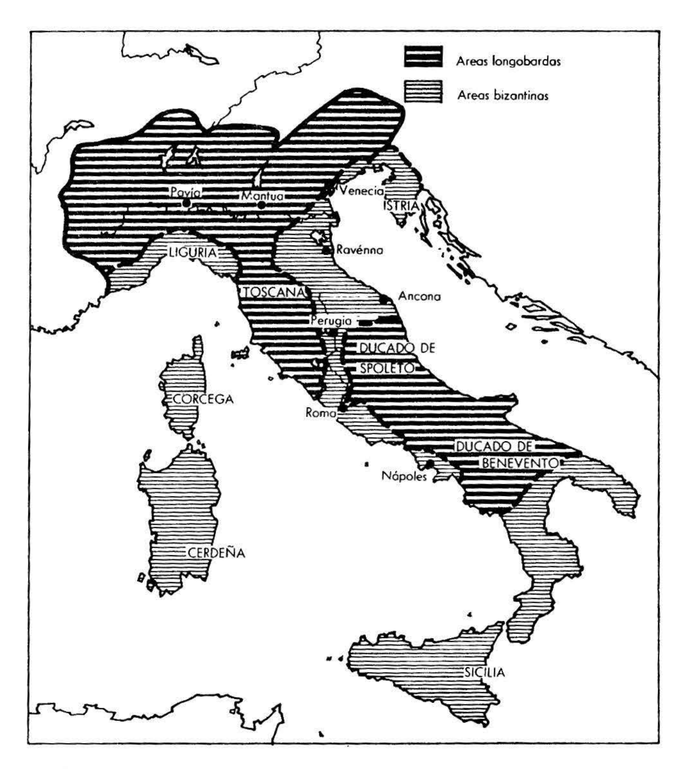


Fig. 11. *La Itália lombarda en el siglo VII:*

El reinado de uno de los grandes duques del sur, Grimoaldo de Benevento (662-671), llevó por breve tiempo a una verdadera unificación del reino lombardo. Incluso Spoleto y Friul, los otros dos centros que propugnaban una política separatista, reconocieron la autoridad central del rey de Pavía. Esto dio a los lombardos la posibilidad de ofrecer resistencia con éxito a la política italiana de Constante II, que, después del armisticio con los árabes (cf. arriba p. 301) visitó Roma como último emperador romano. Las tropas bizantinas fueron derrotadas en Calore y cerca de Forino; el duque de Benevento, Romualdo, penetró incluso hasta Tarento y Brindisi en el año 668. El asesinato de Constante ese mismo año puso fin a los grandes planes sobre Italia. El hijo de Ariberto, Pertarito (671-681), firmó la paz sobre la base del mantenimiento del *statu quo* con el imperio bizantino, que en esos momentos se encontraba con dificultades en el exarcado de Rávena (cf. más adelante p. 353).

Se anunciaba una reagrupación de fuerzas. Ariberto II (700-712), previa la restitución de las posesiones papales de los Alpes Ligures, se salió con el papa, que se encontraba fuertemente enfrentado con la capital imperial. Esta alianza constituía uno de los muchos síntomas de la debilidad de la posición bizantina en Italia, que, en buena medida, se veía afectada por la evolución interna de los mismos territorios bizantinos. Los reveses sufridos en el siglo VII aceleraron la sustitución del ejército de campaña por milicias reclutadas en las regiones afectadas, como guarniciones de las ciudades y *castra*. Los soldados de estos *numeri* vivían como autócratas en propiedades estatales, eclesiásticas y privadas; su función había pasado a ser importante. Simultánea y paralelamente a la evolución en el Oriente bizantino, el exarca, como comandante en jefe, había tomado a su cargo también la administración de las finanzas y la jurisdicción civil. Los *duces* y los *tribuni*, comandantes de los *numeri*, se convirtieron en gobernadores locales; en tanto que los funcionarios civiles desaparecieron. De esta manera surgía el *ducatus*, como unidad de administración territorial. Pero el lejano gobierno central no podía controlar ya a los gobernadores militares de Italia. Pronto se fueron haciendo hereditarios entre las familias de los latifundistas los cargos de *dux*, *tribunus* o *magister militum*. Estos tenían ya en sus manos, desde tiempo atrás, la jurisdicción local y la recaudación de impuestos. Pero fueron también factor decisivo en la organización de las milicias locales, que estaban integradas por sus propios vasallos. De

modo que los jefes militares, así como los soldados mismos, se sentían de esta manera más vinculados a los intereses regionales, que a la política imperial; sobre todo, al dificultarse los movimientos de tropas bizantinas, las milicias adquirieron mucha mayor importancia. A esto se sumó una lenta fusión de la nobleza itálica y de los dignatarios griegos. Los funcionarios extranjeros afirmaron su posición económica y política mediante la adquisición de bienes raíces; la nobleza local disponía de modo creciente de los puestos claves de la administración. Tras la fachada exterior de la administración imperial, surgía así un sistema político prefeudal de señoríos locales. Bizancio solamente tenía influencia en Italia sobre algunos altos cargos. Por lo demás, todo el poder se concentraba en manos de las familias feudales de los *tribuni,* a cuyas amplísimas facultades anteriores se añadían ahora la dirección militar y el poder ejecutivo civil. De esta manera tomaron un nuevo aspecto los roces entre el gobierno central y los funcionarios bizantinos en Italia: no se trataba de la resistencia de poderosos gobernadores provinciales, sino de las aspiraciones a la autonomía de una nobleza local.

«La mayor parte de los lombardos llevaban barba, pero se rapaban el cuello y la nuca; el largo cabello les caía por ambos lados de la frente hasta las mejillas. Sus vestidos eran en general de lino, similares a los que llevaban los anglosajones, con anchas franjas de diferentes colores. Las botas estaban abiertas casi hasta abajo y las sujetaban con cordones entrecruzados. Más tarde empezaron a llevar pantalones, sobre los cuales se ponían polainas burdamente tejidas cuando iban a caballo; costumbre que heredaron sin duda de los romanos»[29]: Esta descripción que nos ofrece Pablo Diácono según los frescos que había hecho pintar Teodolinda para su palacio de Monza hacia el año 610, así como los hallazgos hechos en los cementerios, nos muestran que los lombardos, al menos en la primera mitad del periodo de su dominación en Italia, se habían mantenido como un grupo étnico claramente diferenciado. Habían llegado no como *foederati,* sino como puros conquistadores, expulsando de vastas superficies a sus anteriores propietarios. Pero, a la larga, no podía mantenerse este hermetismo étnico ni los viejos usos en contacto con el mundo social de sus súbditos y con las instituciones de la Italia bizantina. La clase dominante lombarda se asentó en las ciudades de la Italia septentrional y el soberano en el palacio real ostrogodo de Pavía. Pronto aparecieron los hábitos de vida más refinados y el lujo de una vieja

civilización; los lombardos terminaron aceptando el atuendo, el gusto artístico y hasta la lengua de sus súbditos. Ya en el siglo VII se hacía perceptible una creciente romanización. El trato diario y los múltiples matrimonios con latinos hicieron que pronto el uso de la lengua lombarda quedase limitado a las personas incultas.

En las tradiciones romanas y lombardas de la vida jurídica se acusa cada vez más el predominio del elemento latino. En los documentos y actas se conservó siempre la forma romana; y los códigos jurídicos —sobre todo el *Edictus Rothari,* completado varias veces por monarcas posteriores— testimonian un buen conocimiento del derecho vulgar romano, pese a la presencia de principios germánicos de derecho civil y penal. Como en otros estados germanos, la tradición romana se imponía sobre todo en el derecho público. El edicto robusteció la autoridad y especialmente la posición jurídica del rey, aunque la tendencia a una monarquía de carácter absolutista se fue imponiendo sólo lentamente. Pues la posición del *rex gentis langobardorum* no estaba únicamente limitada por el principio de la monarquía electiva y el derecho de intervención de la asamblea de la nobleza en materia legislativa, sino también por el poder de los duques lombardos.

Uno de los instrumentos más importantes de poder era, como en otros germanos, la corte real, el *sacrum palatium* en el palacio de Teodorico en Pavía, la capital del reino. Junto a los usuales altos funcionarios de la corte, como el mariscal, el mayordomo y los chambelanes, existía una cancillería organizada según el modelo romano-tardío, dirigida por los *referendarii* y *notarii,* que administraban justicia en nombre del rey y también las finanzas del Estado. Subsistió un gran número de impuestos indirectos y derechos de aduana (no hubo impuestos sobre los bienes raíces). Pero el capítulo de ingresos más importante del reino se encontraba en las extensas propiedades rurales, procedentes en parte de los viejos dominios imperiales; estas tierras estaban concentradas sobre todo en torno a Milán, Monza y Pavía. La administración territorial de las tres regiones Austria (con Friúl y Trento), Neustria y Tuscia, así como los ducados semiautónomos de Spoleto y Benevento, se encontraban en manos de los *duces,* que de jefes de guarniciones en las grandes ciudades pasaron a ser gobernadores provinciales. El cargo de los duques se hizo pronto hereditario. El conflicto entre el rey y los duques, como tema más importante de la política interior,

fue la causa esencial de la inestabilidad del reino. Durante casi todo el siglo VII la posición de los duques fluctuó entre la de funcionarios reales y la de príncipes territoriales independientes; lo que dependía de la habilidad política y de la fuerza de los vasallos del monarca. Sólo un monarca fuerte podía implantar su autoridad entre los duques y excepcionalmente incluso en los dos principados del sur, protegidos por el cinturón de las zonas de ocupación imperiales. Los enemigos políticos extranjeros necesitaron siempre ganarse aliados entre duques y nobles de la oposión. Esta debilidad interna del reino explica el que nunca llegaran los lombardos a conquistar por completo Italia. Sin embargo, el poder real central logró imponerse con más fuerza hacia finales de siglo. Como órganos ejecutivos del poder del rey jugaban un papel fundamental los *gastaldi*, agentes reales. Originariamente meros administradores de los dominios regios, fueron extendiendo progresivamente sus compentencias político-jurídicas frente a los duques. En las nuevas regiones conquistadas no existían duques, sino únicamente *gastaldi*, a veces con el título de *comes*. Una monarquía, cada vez más segura de sí misma, se fue apropiando a lo largo del siglo VII de métodos bizantinos, que desarrolló después independientemente. El ejército se formaba con el reclutamiento de todos los hombres libres lombardos (los *arimanni)*; éstos eran en general guerreros que disponían de propiedades rurales, pero no formaban parte de la pequeña nobleza lugareña, aunque ya comenzaban a dibujarse entre ellos diferenciaciones sociales. Las posesiones de tierras de los lombardos diferían mucho entre sí; los duques, sobre todo, reunían en sus manos extensiones extraordinariamente grandes. Frente a esta capa guerrera, demasiado reducida para una repoblación, se encontraba la población sometida, con su clasificación en esclavos, libres y, sobre todo, colonos, que rápidamente se mezclaron en la clase lombarda de los semilibres *(aldiones)*. A lo largo del siglo VII este sistema bastante simple de capas sociales se transformó. Los *arimanni* dejaron de ser un grupo guerrero puro; ahora aparecen en nuevas actividades sociales, como oficiales de policía, jueces o ciudadanos privilegiados. Tampoco la capa social de los *possessores* romanos desapareció por completo, pues, conforme se iban conquistando nuevas tierras, se hacía cada vez más inútil la eliminación sistemática de los grandes propietarios. Subsistió igualmente un conjunto numeroso de comerciantes, artesanos y artistas como grupos sociales diferenciados, lo que testimonian las leyes de Astolfo, que regulan el servicio militar de esta clase. A este grupo pertenecían también las fraguas de armas de Lucca y Cremona,

y los propietarios de barcos, que mantuvieron vivas las relaciones comerciales en el Po y también con los mercados orientales, a través de Comacchio y Venecia. Con todo, la columna vertebral de la economía en Italia, junto a un comercio limitado y algunas industrias especiales, era el sector agrario, en la forma del latifundio, aunque —una anomalía digna de nota— el propietario vivía frecuentemente más en la ciudad que en sus propias tierras. A lo largo del siglo VII, se fueron fusionando, de manera cada vez más acusada, la nobleza germana latifundista y lo que quedaba del gran latifundismo itálico, en el proceso de romanización de los lombardos. La nivelación social superó la vieja separación étnica y jurídica: también aquí se echan las bases para un orden feudal fundado en la propiedad rural.

La educación y la vida literaria retrocedieron lógicamente durante la época de ocupación y de consolidación, pero, contrariamente al desarrollo del reino merovingio, florecieron nuevamente durante el siglo VII. A ello contribuyó la helenización de los territorios bizantinos; así se formaba en Roma un círculo de intelectuales greco-orientales, que habían huído primero de los árabes y luego de la política iconoclasta de los emperadores. La Italia lombarda no aportó ningún intelectual de la categoría de un Isidoro de Sevilla y menos aún de un Beda —con la única excepción de Pablo Diácono, en el siglo VIII. Pero, pese al latín bárbaro de la época, subsistieron escuelas de laicos en algunos grandes centros ciudadanos, que enseñaban los elementos de las *artes liberales*. En Pavía se restableció, sobre todo desde el reinado de Cuniberto (688-700), la formación de gramáticos y juristas en mayor escala. Este hecho no carecía de significación. El derecho lombardo se mantuvo aquí hasta el siglo XI y los métodos de interpretación jurídica desarrollados por los lombardos tuvieron hondas repercusiones en las facultades de Derecho medievales de la Italia septentrional. Además, siguieron siendo las grandes abadías centros culturales importantes: de Bobbio partió una influencia cultural y educadora de este tipo, así como de Verona (que poseía, como Bobbio, un importante *scriptorium*), de Nápoles y de Montecassino (fundado nuevamente en el 718, tras su destrucción en el año 585 por los lombardos). Sobre todo Nápoles transmitió las influencias bizantinas, mientras que en los monasterios más septentrionales se hacían perceptibles en el estilo de los códices, elementos irlandeses, merovingios y españoles. El «renacimiento carolingio» se basó, en sus aspectos literarios y artísticos, en las condiciones creadas por la cultura del reino lombardo. Las diversas influencias extranjeras son aún claramente discernibles en el arte lombardo;

no podía quedar sin efecto el contacto con una tradición secular. En arquitectura, escultura y artes menores se impusieron las formas del estilo bizantino de la época, así como las de las escuelas locales romano-tardías bizantinizantes, mientras que en el arte de la orfebrería comenzó a implantarse el estilo de la invasión. Corrientes tradicionales se cruzaban con frecuencia en conjuntos inextricables: los trabajos en metal «lombardos», franjas con representaciones de fieras, imitan un modelo romano-tardío importado del Oriente. Por otra parte, las fíbulas de estilo de animales del siglo VI muestran ya la existencia de un contacto con francos y godos, anterior a la invasión lombarda. El modelo bizantino predomina particularmente en la escultura y en la arquitectura; pero, con frecuencia, surgen creaciones originales, que no nacieron simplemente de la imitación del extranjero.

La creación artística se orientó, de manera similar a como acontecía en el reino merovingio, hacia una demanda bastante limitada. Junto a las exigencias del servicio divino y de las edificaciones de iglesias, el estímulo para el trabajo provenía, sobre todo, de las necesidades de lujo y ostentación de la corte y de la nobleza en trabajos de orfebrería, artesanía del mueble, armería y arquitectura. Por esta razón jugó un papel destacado en el arte lombardo la artesanía artística. En Pavía se ha conservado una silla plegable ricamente decorada con incrustaciones de oro y plata, una especie de trono real portátil, y también numerosas joyas lombardas pertenecientes a coronas, como la cruz de la corona de Agilulfo o la diadema de la reina Teodolinda. Era muy apreciado un estilo próximo al *cloisonné* de los merovingios, con incrustaciones de gran número de perlas, piedras semipreciosas y gemas. Una obra maestra de estos utensilios de ceremonial principesco —cuya simbología no está, por lo demás, clara— es un plato del tesoro de la reina Teodolinda, que representa una gallina con siete polluelos. El estilo de decoración con representaciones de animales en combinación con los recuadros ornamentales fue típico en objetos de uso corriente, como fíbulas o guarniciones de sillas de montar. En la curiosa placa del yelmo de cobre dorado, única en su género —se representa al rey Agilulfo con su corte—, se impone la tradición romano-tardía tomada de una manera elemental, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en las victorias aladas situadas junto al trono.

Del estilo lombardo en arquitectura y decoración dan una idea bastante exacta algunos monumentos del siglo VIII en la vieja sede ducal de Cividale, en Friul, como por ejemplo el portal de Sta. María in Valle, con seis figuras de santos en estilo

rigurosamente bizantinizante, o el altar de Rachi. Las construcciones abstractas de estilo bizantino-oriental juegan un papel decisivo; también aquí se ve claramente que Italia se había convertido en un refugio del arte bizantino durante el período de la iconoclastia.

En el siglo VII apenas hubo cambios sensibles en la situación política de Italia. Pero el incipiente siglo VIII aportó transformaciones decisivas. Una serie de grandes figuras políticas dominaron la escena: Liutprando (713-744), el rey lombardo más destacado; los papas Gregorio II (715-731) y Gregorio III (731-741) y el nuevo emperador de Bizancio, León III (717-741). La agudización de los conflictos no se debió solamente a sus enérgicas intervenciones, sino también a transformaciones más profundas de la estructura política. La romanización de la clase superior y la adopción de métodos bizantinos habían robustecido en el reino lombardo la unidad y el poder de la realeza. En la formación creciente de un feudalismo local existía, sin embargo, un elemento de debilidad; pero, al mismo tiempo, la necesidad de un ejército profesional ofreció un nuevo instrumento de poder real. Por el contrario, en los territorios bizantinos, las tendencias feudalizantes habían repercutido sobre la capacidad defensiva y el poder central, debilitándolos (cf. arriba pp. 342 y ss.). Esto permitió a Liutprando desarrollar una política exterior ofensiva. En un acertado cambio de frente diplomático entre el exarca y los papas, utilizó las graves disensiones interiores que habían sacudido a Italia como consecuencia de la disputa iconoclasta Bajo su reinado, alcanzó su apogeo el poder lombardo, pero, naturalmente, provocó también la desconfianza y la reacción de sus vecinos. Aliado con el papado, Liutprando impuso la autoridad real en los ducados de Spoleto y Benevento e inició la anexión del territorio bizantino, empresa en la que fue apoyado por un levantamiento contra la soberanía bizantina en Roma, Venecia y Pentápolis. En el año 730, Liutprando se unió con el exarca para aplastar totalmente el levantamiento en Roma; en el año 731-732 rompió nuevamente la alianza y las tropas lombardas tomaron en el 732 (ó 733) Rávena. El papa incitó a una flota veneciana a la reconquista de la fortaleza para el exarca. En los años que siguieron a este confuso juego de guerras y de alianzas ya no obtuvo Liutprando ningún éxito territorial destacado.

Por el contrario, el papa Gregorio III, sintiéndose amenazado, intentó una primera vinculación diplomática con los francos. Carlos Martel rechazó la oferta porque estaba obligado con Liutprando por la ayuda que le prestó contra los árabes (738).

De este modo el papado, pese a todos los conflictos religiosos, no pudo renunciar al apoyo del emperador bizantino para hacer frente al reino lombardo.

La legislación de Liutprando testimonia la lenta desaparición de elementos germanos, como el derecho de venganza, y de un robustecimiento de las prerrogativas reales. Una dirección política más rígida y una mayor seguridad interior favorecieron el comercio entre las ciudades italianas septentrionales, Venecia, y los territorios bizantinos. También en lo que concierne al arte fue el reinado de Liutprando, descrito por Pablo Diácono al final de su obra, como un hito en la historia del reino lombardo. Pero Rachi (744-749), sucesor de Liutprando, no pudo imponerse contra las resistencias internas. Sólo Astolfo (749-756) y Desiderio (756-774) iniciaron nuevamente la tradicional política lombarda de expansión. En el año 751 cayó definitivamente Rávena; todo el exarcado, a excepción de Venecia e Istria, quedó en poder de los lombardos, que marcharon a continuación sobre Roma. Con esta decisión se alcanzaba el punto álgido. El Papa Esteban II se esforzó personalmente por conseguir la ayuda del nuevo rey de los francos, Pipino (entronizado en el año 751 con su beneplácito). En el año 754, marchaba el ejército franco sobre la Italia septentrional. Astolfo sólo pudo resistir en el fuerte de Pavía y se declaró dispuesto a la devolución de Rávena y de los territorios papales. En el año 756, intentó conquistar nuevamente estos territorios. El ejército franco volvió en ayuda del papado por segunda vez. Después del segundo sitio de Pavía, el rey lombardo tuvo que firmar condiciones que constituyeron el preludio de una solución definitiva: la región del exarcado fue entregada al Papa; los lombardos tuvieron que reconocer la autoridad suprema de Pipino. Una vez más parecía abrirse camino un cambio favorable a la soberanía lombarda en Italia: Desiderio logró establecer una alianza dinástica con francos y bávaros. El rey lombardo, teniendo así cubiertas las espaldas, intentó anexionarse en el año 772 los territorios del Papa; el intento falló de nuevo cuando Carlos, nuevo rey franco, repudió a su esposa lombarda y aceptó la demanda de ayuda del papa Adriano I. El ejército franco atravesó los Alpes en el año 773, conquistó en un paseo militar las ciudades y fortalezas lombardas —sólo Pavía ofreció resistencia, soportando el sitio de los francos hasta junio del año 774. El último *rex gentis langobardorum* y su familia quedaron prisioneros de los francos; el reino lombardo, como unidad política independiente, había dejado de existir.

d) *Papado y monacato.*

A través de la lucha con los lombardos y de los conflictos con los exarcas, el papado encontró su propia forma política. La evolución de esta potencia, la más importante de la Edad Media junto al reino carolingio, se describe en el *Liber Pontificalis.* Pese a su estilo árido de crónica, esta colección de biografías papales constituye un documento político de gran interés. En el pontificado de Gregorio el Magno se dio un paso decisivo en la implantación de la aspiración papal a la primacía, tanto en doctrina y jurisdicción como en la posesión de una zona territorial de soberanía papal. Cuando éste subió al solio pontificio, en el año 590, el papado parecía más amenazado que nunca en medio de los desórdenes de la época justinianea tardía y los ataques lombardos. Con su capacidad y su gran realismo, dominó la difícil situación y llevó a la Iglesia por el camino de su independencia. Procedía como Ambrosio, de la nobleza romana y había sido *praefectus urbi,* antes de ingresar en el monasterio de San Andrés, fundado por él mismo, y de ser legado pontificio en Constantinopla. Esto le proporcionó un íntimo conocimiento de los métodos de la diplomacia imperial. Como agudo observador de la situación política de Bizancio así como de los estados germanos, no se asustó ante la idea de colaborar con figuras como Brunegilda o Focas en su lucha por el logro de sus aspiraciones eclesiásticas. Dedicó la máxima atención a la *propagatio fidei* y su política misionera, bien planeada y exactamente aplicada (de la que es un buen ejemplo la actividad misional en Inglaterra dirigida por Agustín en el 596), tuvo gran importancia para la evolución posterior de la cristiandad. Pero su obra cobra especial relieve en lo referente a la política eclesiástica y en su decidido propósito de imponer el primado del obispo de Roma.

Un instrumento importante de su gobierno fueron los administradores de las posesiones papales, que constituían también una especie de servicio diplomático de información. Las dificultades, como era de esperar, se iniciaron en Italia. Gregorio se impuso pronto en su propio distrito metropolitano con enérgicas intervenciones en la elección de los obispos. Más difícil le resultó establecer su predominio sobre los tres grandes arzobispados del norte, Rávena, Aquileia y Milán, sobre todo porque la diplomacia bizantina obstaculizaba tales intentos. En otros lugares, Gregorio se sirvió con éxito del brazo secular; así, en el intento de someter a las normas de Roma a los obispos de Iliria. Con España estableció estrechas relaciones y luchó,

a través de múltiples cartas, contra las anomalías del clero franco. Gracias a la autoridad personal del Papa estos consejos fueron recibidos con el mayor respeto. Pero la tentativa de ejercer influencia sobre la Iglesia franca a través de su legado en Arlés fracasó. La mayor dificultad para el Papa estribaba, sin embargo, en afirmar su posición frente al emperador, el exarca y el patriarca de Constantinopla. Para el emperador el Papa no era otra cosa que uno de tantos obispos del Imperio, subordinado al exarca como representante del monarca. Para Gregorio, en cambio, no existía la autoridad del exarca frente al Papa y la Iglesia, aunque tampoco discutió la suprema autoridad del emperador. Veía con claridad que la supervivencia frente a la amenaza lombarda sólo era posible en colaboración con Bizancio. Sin embargo, no faltaron las tensiones. Un motivo de éstas fue la disputa de los rangos político-eclesiásticos. Por esta razón se llegó en el año 593 a la ruptura con el patriarca de Constantinopla, al atribuirse éste el título de patriarca ecuménico.

La fuerza del Papa se debía al hecho de disponer, en estos tiempos turbulentos de Italia, de una administración competente y de ser, a través del *Patrimonium Petri,* uno de los más grandes propietarios de tierras de la península. Lo que no deja lugar a dudas de que también las obras espirituales necesitan de la independencia que otorga la propiedad. Dedicó la mayor energía a la ampliación y mejor administración de sus territorios, que se extendían más allá de la frontera de Italia. Sus instrucciones muy detalladas, dirigidas por correspondencia a los funcionarios eclesiásticos, que administraban sus dominios, recuerdan con frecuencia la correspondencia de un gran magnate rural. La varia aplicación de los ingresos procedentes del *Patrimonium,* incluía también sumas importantes dedicadas al soborno de los altos funcionarios de la administración imperial, contra cuya «injusticia y avaricia» dirigió Gregorio un ataque constante y sin cuartel.

Bajo el pontificado de Gregorio se produce el paso definitivo de las funciones políticas de Roma a su obispo. El Papa se hizo cargo del suministro de cereales de Roma a través de las posesiones eclesiásticas sicilianas y se convirtió, *de facto,* en un gobernador secular de las *partes romanae.* Pagaba la soldada de las tropas imperiales y, en épocas de crisis impartía órdenes al jefe de la guarnición romana. De esta manera, reunía en su persona el dominio sobre amplios territorios en calidad de terrateniente y la autoridad política: aquí se encuentran los

comienzos de una evolución hacia el Estado eclesiástico. El principio fundamental de que una influencia duradera de la Iglesia en la sociedad sólo es posible a través de una rígida administración y mediante la utilización de medios profanos, tuvo hondas repercusiones. El «cónsul de Dios» como se definió Gregorio Magno sobre su losa sepulcral, no sabía que llevaba al papado hacia derroteros completamente nuevos. Luchó con los medios de que disponía por la superación de las nuevas emergencias que diariamente se producían, por la autoridad de la sede romana y por el mantenimiento de sus posesiones. En una época de turbulencias, fue uno de aquellos eclesiásticos que intentó asegurar el orden a partir de la herencia romana, como prerrequisito de supervivencia de la Iglesia.

También bajo los menos destacados sucesores de Gregorio, prosiguió el afianzamiento de la influencia romana en la Europa occidental, a pesar de algunos reveses. Ninguno de sus sucesores poseyó las dotes y la autoridad moral de Gregorio. La conversión de los visigodos y más tarde de los lombardos resolvió muchos problemas político-eclesiásticos. Pero, sin embargo, se desarrollaron en los tres reinos germanos, Iglesias estatales, cuyo respeto por la autoridad papal era sólo nominal. El avance islámico del que fue víctima primero la Iglesia africana y más tarde, en parte, también la española, redujo el campo de acción del Papa a Italia, al reino franco y a las islas británicas. Por otra parte, el abandono de Italia por Bizancio, a causa de las luchas defensivas en el Oriente, robusteció la posición del papado; Honorio I (625-638) nombró incluso un *magister militum* para Nápoles. La sede romana, con todo, se vio constreñida a oponerse al emperador, a causa de los violentos intentos de éste para imponer el monotelismo como fórmula de compromiso. Honorio declaró la *Ekthesis* monotelista de Heraclio como herética y sus sucesores mantuvieron la misma línea, a pesar de las duras medidas tomadas por el emperador. Martín I (649-653) hizo condenar el *Typos* de Constante II en un sínodo lateranense. El año 653, el exarca Teodoro llevó prisionero al Papa a Bizancio, donde fue condenado a muerte por alta traición; después, indultado, se le envió al exilio a la península de Crimea, donde murió en el año 655. La pérdida de las provincias orientales monofisitas hizo posible una nueva aproximación político-religiosa; el Papa Agatón (678-681) estuvo oficialmente representado en el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla. El precio de esta colaboración con Oriente fue el reconocimiento del Papa como «cabeza de la primera sede episcopal de la Iglesia universal».

Con Agatón se inició una época de intensa influencia oriental en Roma: de trece papas, entre los años 678 y 752, sólo dos fueron romanos; los restantes eran sirios, griegos o sicilianos helenizados. Esta nueva y estrecha vinculación con el Oriente griego, que ha dejado sus huellas en la historia del papado, no podía ser atribuida a una influencia bizantina directa; se trataba de un efecto secundario del movimiento general de helenización en Italia. El poder bizantino estaba gravemente afectado (cf. arriba pp. 343 y ss.) y esto se puso claramente de manifiesto en las nuevas tensiones entre Roma y Constantinopla. Cuando Sergio I (687-701) se negó a reconocer las decisiones del II Concilio trullano (691-692), el *protospatharos* Zacarías (un alto funcionario de la corte) tenía órdenes de detener al Papa reacio; pero tropezó con la oposición de las milicias de Roma y se vio finalmente obligado a salvar su vida, escondiéndose debajo de la cama del pontífice. No podía demostrarse de una manera más palmaria la decadencia del poder imperial en Italia frente a los poderes locales.

Como pastor supremo de Occidente y como gobernador de las *partes romanae*, el Papa se había hecho, *de facto*, independiente. Sin embargo, razones políticas mantuvieron aún unidos al Papa y al emperador. El pontificado del romano Gregorio II (715-731) trajo consigo, no obstante, una grave crisis.

La política impositiva de León III y el anuncio de los primeros decretos contra la veneración de imágenes llevaron a una rebelión abierta de Italia, bajo la dirección del Papa. Gregorio condenó con una fuerza desacostumbrada los escritos del emperador. El comandante bizantino en Roma fue expulsado; Venecia y la Pentápolis se encontraban en abierta insurrección; las tropas bizantinas fueron derrotadas por las milicias romanas y desalojadas de Benevento y Spoleto, con ayuda de fuerzas lombardas. Solamente después que un nuevo exarca inició la conquista de Nápoles desde Calabria y se alió con el rey lombardo Liutprando (que había apoyado al Papa hasta entonces), pudo ser aplastado definitivamente el levantamiento. Pero el nuevo Papa Gregorio III hizo excomulgar en un sínodo romano celebrado el año 731 (ó 732) a los representantes de la política enemiga de la veneración de las imágenes. A partir de este momento, el emperador León colocó Iliria, Calabria y Sicilia bajo la jurisdicción del patriarca de Constantinopla; la del Papa —cuyo patrimonio había sido confiscado simultáneamente— sólo se extendería, en la zona de soberanía imperial, a los territorios de Rávena y Roma. Una descentralización debería de

terminar con las aspiraciones a la autonomía de Italia, incluso en el plano administrativo: el exarcado fue reducido a algunas regiones al norte de los Apeninos y Roma se convirtió en un *ducatus* aparte; Nápoles, la Italia meridional y Sicilia formaron una unidad autónoma con un gobernador propio. Este paso fue rico en consecuencias: la separación de la Italia septentrional y meridional quedaba prefigurada para los siglos futuros, sin que por ello el Papa hubiese quedado relegado —como se proponía la política imperial— a un papel de obispo provincial bizantino.

Pese a todo esto, el Papa no podía renunciar aún al apoyo imperial. Ya Gregorio II, en el año 727, había impedido la elección de un antiemperador italiano, menos por fidelidad al Estado imperial que por cálculo político; Gregorio III apoyó la reconquista de Rávena en el año 735, a pesar de la grave crisis que atravesaban las relaciones con Constantinopla. Pero, al mismo tiempo, fue también el primer Papa que tanteó la posibilidad de un apoyo político en el reino franco. Esta nueva orientación coincidía con una reanudación de la política misionera; Bonifacio, el llamado apóstol de Frisia, nombrado arzobispo en el año 732, fue también el hombre que estableció contactos políticos entre el Papa y Carlos Martel. El Papa y el mayordomo franco murieron en el año 741 casi simultáneamente. Bajo sus sucesores se produjo el cambio definitivo. La política iconoclasta del fanático emperador Constantino V (741-775) ahondó aún más las diferencias con Roma. Pero la política expansionista de Astolfo impulsó al Papa definitivamente a una alianza con los carolingios (cf. arriba pp. 350 y ss.). El papa Zacarías (741-752) sancionó el traspaso del trono merovingio a Pipino. Su sucesor Esteban II obtuvo el apoyo del nuevo rey franco contra los lombardos y lo consagró solemnemente como rey en St. Denis (754). Por este camino se llegó a la coronación, como emperador, de Carlomagno en Roma el año 800.

En el cuadro de la actividad misionera de Gregorio el Grande, figura el fomento del monacato; inspirándose en la regla benedictina, intentó limitar la jurisdicción de los obispos sobre las abadías. A la acción conjunta del papado y del monacato debió la Iglesia —como ha ocurrido frecuentemente en los momentos críticos de su historia— una mayor estabilidad, renovación espiritual y expansión de la fe. A diferencia del clero secular, prisionero con demasiada frecuencia de los intereses sociales de las clases superiores, los monjes y monasterios se convirtieron en el auténtico instrumento de penetración en las regiones semicristianizadas o paganas, donde propagaron no solamente la

doctrina cristiana, sino también la instrucción general y el saber técnico. La vida monacal de aquella época no concedía mucho espacio a la contemplación y al estudio teológico (aunque la regla benedictina dejaba lugar para este aspecto de la actividad monacal); bajo condiciones a veces primitivas y peligrosas, eran necesarios valor, decisión y cualidades prácticas. En un mundo predominantemente agrario, los monasterios, fundados con frecuencia en tierras recientemente roturadas o vírgenes, eran también lugares de una actividad pionera y de educación para una mejora de las condiciones económicas y de la vida en general. El ascenso del monacato en Occidente se inició con el intento de Gregorio de poner en práctica el cometido misionero universal de la Iglesia y de acometer también la conversión de las regiones marginales apenas cristianizadas.

El monacato italiano y también el merovingio se habían limitado en principio a su estrecho círculo. Los primeros planes misioneros de Gregorio fueron llevados a cabo por monjes romanos; pero los puntos de apoyo decisivos para este tipo de actividad se encontraron, en los dos siglos siguientes, en la periferia del mundo civilizado: en Irlanda y en Inglaterra de reciente conversión.

Irlanda, con su iglesia monacal, es una de las formaciones más peculiares de esta época. En el periodo oscuro de Inglaterra, entre los años 440 y 550, oleadas de conquistadores, sobre todo anglosajones, habían barrido casi totalmente la herencia cultural de Roma y empujado a la mayor parte de los cristianos romano-británicos al oeste de la isla. De aquí partió la cristianización de Irlanda, que quedó libre de las invasiones germanas hasta la época de los vikingos. A partir de raíces celtas, de tradiciones de la Antigüedad y del tesoro intelectual cristiano, se desarrolló en los grandes monasterios de Irlanda una cultura monacal, en la que la tradición clásica sobrevivió, asumiendo formas sorprendentes. En este mundo exótico, que atrajo incluso a monjes eruditos de los países meridionales, surgieron poemas latinos, penetrados de ritmos y asonancias celtas. El arte de la ilustración de códices, de calidad extraordinaria, evolucionó hacia un refinado sistema decorativo, cuya fantástica expresividad no ha encontrado paralelo hasta el día de hoy.

La Iglesia irlandesa misma tenía un carácter peculiar muy acentuado. Su verdadera unidad, en un país casi desprovisto de ciudades, era el monasterio, no el obispado. En la festividad de la Pascua y en muchos detalles del rito y de la cura de almas se diferenciaba netamente de la Iglesia Occidental; pero, sobre

todo, en su soberano desprecio por una jerarquía organizada. Sin embargo, la cultura irlandesa cristiana tenía, con su seriedad ascética, una extraordinaria fuerza de irradiación. Columcille (Columbano) inició la conversión de Escocia y de las Hébridas, donde Iona se convirtió en un importante centro cristiano. Bajo la dirección de Columbano se fundaron monasterios en la parte oriental del reino merovingio, de los que partió la cristianización de la Alemania meridional (cf. arriba pp. 330 y ss.). Los misioneros irlandeses entraron a veces en conflicto con las autoridades seculares y con la jerarquía local.

Los monjes irlandeses, que no eran fácilmente controlables, ni por los obispos ni por el papa o el rey, debieron parecerle a Gregorio el Grande menos idóneos que los benedictinos para un movimiento dirigido de un modo centralista, como el que intentaba realizar la Iglesia para disponer de una organización monástica autónoma con que oponerse a los obispos, pertenecientes a la alta nobleza. Así, partiendo de premisas diferentes, comenzó una nueva fase de la misión con el envío de Agustín a Inglaterra.

En el transcurso de los siglos V y VI habían surgido allí una serie de reinos regionales: Sussex, Kent, Essex y Anglia Oriental a los que se añadieron Nortumbría, Mercia y Wessex. De estos, Nortumbría y después Mercia, se alzaron con la dirección política en el siglo VII. La conversión de Inglaterra desde la llegada de Agustín (596), estuvo condicionada en sus avances y reveses por la situación interna de los reinos y por las relaciones entre ellos. Mercia se mantuvo durante mucho tiempo pagana; Kent era, con la sede episcopal de Canterbury, el principal punto de apoyo de las tradiciones romanas; en Nortumbría era fuerte la influencia de la Iglesia celta de Lindisfarne. Sólo en el año 664, el sínodo de Whitby aceptaba definitivamente para Inglaterra el orden eclesiástico romano.

La isla, que había permanecido sin contacto con la cultura del continente durante casi doscientos años, conocía ahora un período de florecimiento del arte y la literatura, originado por la acción conjunta de tradiciones romano-latinas y de la influencia irlandesa-céltica. Las escuelas catedralicias propagaron una formación extraordinariamente elevada entre la clase superior. Se hizo traer músicos para el desarrollo y difusión de la música sacra, así como artífices para el ornamento y embellecimiento de las iglesias. Inglaterra, con su arte del códice miniado, inspiró a las escuelas monacales de Europa Occidental. Beda el Venerable superaba con mucho en ciencia y erudición a todos sus

contemporáneos de Occidente. Del centro espiritual de Nortumbria, a través de Alcuíno y sus discípulos, partieron impulsos decisivos para el Renacimiento carolingio y la naciente cultura medieval de Europa.

Los grandes misioneros que, en colaboración con el rey franco, acometieron la conversión de los Países Bajos y de Alemania, fueron los mediadores de esta transmisión cultural. Con Wifredo de York y Bonifacio, se abrió al cristianismo y a la cultura un nuevo espacio que había estado fuera de las fronteras del Imperio. Esta misión estableció la autoridad papal entre los bávaros y alamanes de Alemania meridional, donde primeramente había actuado la misión irlandesa. Bonifacio inició simultáneamente la reorganización de la Iglesia franca. A través de las estrechas relaciones de la Iglesia anglosajona con Roma y gracias a los lazos personales de Bonifacio con los Papas, la autoridad del papado se consolidó de modo duradero. Este hecho tuvo importantes consecuencias políticas para el futuro, pues la alianza del Papa y el soberano franco fue decisiva para la historia de la Europa Occidental.

5. La transformación del mundo mediterráneo a comienzos del siglo VIII

En el siglo de la conquista islámica, el nuevo mapa político comprende tres grandes formaciones estatales: el califato, Bizancio y el reino franco. Pero el mundo mediterráneo no se transforma sólo en su configuración exterior, sino también en su estructura interna. Nuevos estímulos espirituales y sociales actúan dentro de los nuevos espacios políticos; estímulos que ya habían iniciado su resurgir en el siglo VII: la reforma del estado en Bizancio, la arabización en el imperio de los Omeyas, la feudalización y creciente poderío de la institución de los mayordomos en el reino merovingio. Pero estos procesos incipientes —que como en todo cambio histórico sobrepasan las cesuras impuestas por nosotros— no han modificado aún la imagen global del periodo; la tenacidad con que resisten las viejas estructuras es clara en todas partes. El siglo VII es una fase decisiva pero todavía sólo preparatoria, en la que el viejo orden del mundo —claramente perceptible en el arte— sigue siendo aún ampliamente determinante para los contemporáneos. Sólo en los comienzos del siglo VIII presionan las nuevas fuerzas, cada vez con mayor intensidad, hacia la superficie y comienzan a forjar el proceso histórico. Una continuidad entre merovingios y carolingios es tan indiscutible como la existente entre omeyas y abasidas o entre la dinastía de Heraclio y los emperadores isáuricos. Pero los acentos ciertamente se han desplazado, así como en una partitura un determinado motivo, introducido como tema secundario, desplaza paulatinamente al tema principal y se convierte en dominante. Varios elementos aislados de la nueva sociedad y de la cultura se encuentran ya en los siglos IV y V. Los indicios de una nueva síntesis se hacen cada vez más precisos en el siglo VII. Sólo el siglo VIII llegará a tomar el rumbo decisivo.

La política exterior cambia poco; es más bien una consolidación de las transformaciones acaecidas en el siglo VII. Se consolidan las fronteras entre las dos nuevas zonas de poder. La transformación exterior del mundo mediterráneo pierde su importancia, mientras aumenta la intensidad y rapidez del pro-

ceso de transformación interior. Los primeros decenios del siglo VIII serán decisivos para el desarrollo histórico. Aunque retrospectivamente aparezcan muchas veces como un corte tajante, la brusca transformación abarca un espacio de tiempo que es tan largo como el que va desde los comienzos de la primera guerra mundial hasta hoy; se desarrolla paso a paso, no como una catástrofe elemental.

La unidad del proceso histórico queda deshecha. Las formas de vida diferenciadas, cerradas por tanto, del mundo mediterráneo son definitivamente rechazadas. Se afirman tres nuevos mundos, que por su estructura social y política, sus formas de pensamiento y de expresión, el sistema de sus convicciones espirituales y religiosas, se diferencian fundamentalmente; el Occidente latino-germano, el Imperio bizantino (al que pertenecen también los Balcanes greco-eslavos, cuya frontera cultural estuvo situada durante mucho tiempo en la región de la actual Carintia y Estiria), y el mundo oriental del Islam.

La comunidad de los fundamentos sociales y, sobre todo, culturales, sobre los que se desarrollan estos tres tipos de civilización, sigue siendo perceptible en la evolución posterior. Han surgido de la tradición cristiano-antigua, en la que ya se había asimilado mucho del espíritu y de las formas de vida del Oriente. El intercambio cultural continúa, a pesar de las fronteras. Existe incluso una especie de tendencias paralelas, como ocurre, por ejemplo, en la clericalización de la vida espiritual de los siglos VIII y IX. Dentro del mundo mediterráneo se había hecho ya perceptible desde los siglos IV y V una diferenciación creciente entre el Oriente y el Occidente. Pero las transformaciones del siglo VIII condujeron a una acentuación del contraste, al surgir un nuevo centro de poder político, el imperio carolingio, y al crecer considerablemente la importancia del papado. Además se debilitó la influencia de la cultura oriental en el Occidente, al abrir la expansión carolingia regiones no romanizadas y ganar terreno la tradición latina, a través de la influencia irlandesa-anglosajona. Por otra parte, habían sido nuevamente incorporadas por el Islam grandes zonas de territorios que en otro tiempo fueron helenísticos, mientras que la influencia helenista de Bizancio se limitaba especialmente al Asia Menor y a algunas zonas de los Balcanes. El centro de gravedad de Europa se desplazó, durante el siglo VIII, del Mediterráneo a las regiones septentrionales del reino franco, gracias, en buena parte, al desarrollo de una economía agraria más productiva.

En los primerios decenios del siglo, la situación política externa presenta una estabilidad cada vez mayor; nuevos campos de fuerza y fronteras en vías de consolidación se iban perfilando con creciente claridad. El Islam, con la ocupación de España, se había apoderado en el año 711 de toda la zona meridional mediterránea. El intento de penetrar, tanto en Oriente hacia el Asia Menor como en Occidente hacia la Europa Central, fracasó, aunque Bizancio fue expulsado definitivamente del área mediterránea occidental. La ola de la expansión árabe arrolló todavía los Pirineos; en el año 720 fue conquistada Narbona y en el 725 Carcasona. La resistencia de los francos bajo Carlos Martel consiguió detener su avance. La victoria definitiva de la caballería franca en Poitiers, en octubre del año 732, fue solamente posible porque la fuerza árabe de choque estaba militarmente gastada. Los éxitos decisivos de la defensa no fueron conseguidos allí, sino en las montañas del Asia Menor y en las costas del Egeo y de la Italia meridional.

Bizancio había sufrido ingentes pérdidas de territorio. A pesar de ello siguió siendo, junto a los Omeyas, la segunda gran potencia de la época —incluso muy superior en el mar a los árabes. Así surgió a partir del año 718 un progresivo equilibrio militar en el Próximo Oriente. La frontera en el Asia Menor se consolidó; el centro vital del Imperio quedaba por mucho tiempo al amparo de una fuerza militar adecuada. Un éxito similar se lograba también en el norte: en la lucha defensiva contra los búlgaros. Después de la primera gran guerra contra ellos (756-763), pudo estabilizarse la frontera hasta finales del siglo VIII, cuando el reino búlgaro volvió a ser un peligro bajo el destacado monarca Krum. De esta manera quedaban también definitivamente despejados los territorios próximos a la capital; Constantinopla se vio así liberada de la obsesión de ver aparecer casi diariamente ante sus puertas un nuevo grupo tribal ávaro-eslavo o búlgaro, que podía convertirse en una amenaza mortal para el imperio. Bizancio sufrió graves pérdidas aún en Occidente, donde las posesiones de la Italia central y septentrional pasaron en el año 751 a poder lombardo. La extensión territorial del reino franco cambió poco, si se prescinde de Septimania, arrancada primero a los visigodos por los árabes y después arrebatada a éstos por los francos (737-759). La verdadera expansión sólo iba a iniciarse bajo Carlomagno. Este conquistó Sajonia, Baviera e Italia septentrional. Pero el panorama había cambiado

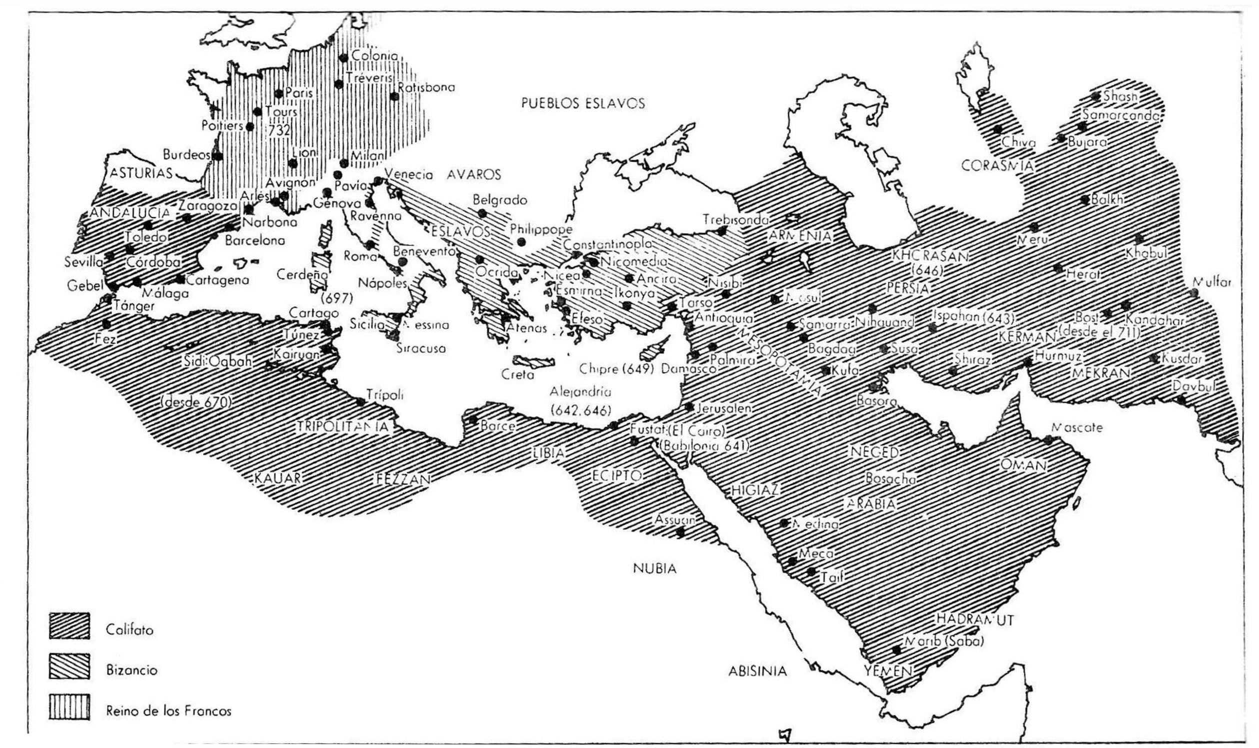


Fig. 12. El mundo mediterráneo en torno al 715.

radicalmente. Con la eliminación del Estado lombardo (774), el reino franco se convirtió en la única estructura política sólidamente organizada de la Europa Central, a la cual dominó más por el azar que por méritos propios.

La segunda mitad del siglo señaló en política exterior una fase de tranquilidad. Las tres potencias crearon un nuevo escenario político, que sólo fue comprendido y aceptado claramente a principios del siglo IX. Todavía a fines del 787 el papado romano tenía que fechar sus cartas según los años de gobierno del emperador bizantino, como única cabeza legítima del mundo cristiano. Pero en el año 812 el emperador bizantino Miguel I reconocía, por primera vez, en Carlomagno a un soberano de rango equiparable al de él. De esta manera, el Imperio bizantino abandonaba las aspiraciones universales de soberanía, fundadas en su calidad de único heredero del imperio romano, aun cuando en el fondo, los bizantinos consideraron al emperador occidental como un antiemperador y un usurpador. Sigue hablándose aún de la «familia de los reyes». Pero la imagen, en la que se concreta la concepción bizantina del orden de categoría de los soberanos, se transforma radicalmente. El soberano de Occidente no es ya el «hijo» sino el «hermano» del emperador de Bizancio. Aquí se encuentran indudablemente los fundamentos espirituales del *Imperium Romanum* occidental de los Otones.

Si en el período precedente hubo cambios importantes en el mapa político, ahora aparece una frontera defensiva elástica en la margen oriental y occidental del mundo árabe: en España, entre el emirato de Córdoba y los pequeños reinos cristianos de Asturias y Cantabria; en la región fronteriza de Siria y del Asia Menor, a lo largo de la línea del Taurus. Un *status quo* que ya no volvió a ser discutido seriamente, pero donde los habitantes militarizados de ambos lados se consideraban en estado de guerra permanente. Se repetía la situación del *limes*, que encontró su expresión lírica legendaria en la epopeya franca de la Canción de Rolando, así como en la leyenda bizantina de Digenis Akritas. Sólo en el siglo XI este estado de escaramuza permanente dio paso a un nuevo movimiento ofensivo, que se inicia con las Cruzadas.

Pero no en todas partes existían tales fronteras defensivas. Dos campos constituían las zonas neurálgicas, porque en ellas las fronteras de los ámbitos de soberanía no estaban aún fijadas: el mundo eslavo y el centro del área mediterránea, con Italia meridional y Sicilia. Aquí se libraba una lucha por la influencia política, poderío naval y ventajas comerciales, que ocupó a la diplomacia en los dos siglos siguientes. Las ciudades

comerciales de Italia, como Venecia, Nápoles, Amalfi y Bari, supieron obtener notables ventajas de situaciones y alianzas constantemente cambiantes.

Más allá de las fronteras políticas, se consolidaron líneas de demarcación en el campo religioso, cultural y, también en parte, económico. El mundo mediterráneo terminó, por consiguiente, dividiéndose en una mitad septentrional y otra meridional. También la línea fronteriza anterior, que había dividido el área en una mitad oriental y en otra occidental, en una zona latina y otra helenística, seguía siendo claramente perceptible en la frontera entre Bizancio y Occidente, entre ortodoxos y latinos. Pero la línea decisiva corría ahora de Oriente a Occidente, entre el Islam y la cristiandad. «La diferencia cultural entre la costa europea y la sirio-egipcia (y sus zonas inmediatas), que era ya considerable hacia el fin de la Antigüedad, aumentó con la retirada de Europa y el florecimiento de la cultura islámica en los primeros siglos después de la muerte de Mahoma; esta línea de demarcación se profundizó aún más, también psicológicamente, después del año 750 por la política de expansión de los califas, enteramente orientada hacia el Este y Nordeste»[1]. Las fronteras surgidas entonces entre las áreas europea e islámica son, en el fondo, válidas aun hoy, con ligeros retoques, si se prescinde del hecho de que España ha vuelto al área europea, mientras que el Asia Menor ha sido absorbida en la islámica.

II. TRANSFORMACION INTERNA DE LAS TRES POTENCIAS

a) *Bizancio y la lucha iconoclasta.*

La desintegración del viejo mundo, en el curso de una crisis donde vinieron a manifestarse tendencias activas desde mucho tiempo atrás, se expresó en Bizancio con la disputa de las imágenes, que sirve de fondo a toda la historia bizantina durante el siglo VIII. Esta lucha no era sólo un fenómeno teológico y político-eclesiástico, sino que afectó a la estructura estatal hasta lo más profundo. Todavía se encontraba Bizancio empeñada en la defensa y reorganización del núcleo territorial que había conservado. Los problemas políticos correspondían en gran medida a los del siglo VII, con algunas notorias diferencias. En política exterior pudo ser despejada la situación paso a paso y, al término del gobierno de León III (717-741), la frontera oriental del

Asia Menor quedó asegurada desde ahora en adelante. Fueron concertadas alianzas contra el Islam (con los cázaros), que iban a marcar el estilo de la diplomacia bizantina en los siglos siguientes. En Occidente, Bizancio perdió la Italia septentrional; pero la meridional fue defendida con éxito, frente a los ataques árabes. La situación en los Balcanes estaba definida, al menos temporalmente; la amenaza exterior quedó reducida a una proporción soportable, que no ponía en peligro la supervivencia del imperio.

En el interior proseguía la reforma del Estado y la política de los emperadores isáuricos aspiraba, sobre todo, a la consolidación de la institución de los *themas*. El ordenamiento por *themas* fue proseguido, tanto para lograr una mayor flexibilidad de la administración como para neutralizar los peligros de orden interno, mediante la división de las originariamente ingentes extensiones de los *themas*. En el Asia Menor se constituyeron, en lugar de cuatro, catorce *themas;* junto a Tracia y Hélade, surgían los nuevos *themas* de Macedonia y Peloponeso (cf. arriba p. 304), y a comienzos del siglo IX, los de Cefalonia, Tesalónica y Durazzo, que presagiaban ya una reconquista de los Balcanes. Puesto que la fuerte eslavización de estas regiones escondía un elemento de inseguridad, siguieron aplicándose las medidas políticas de recolonización, lo que también constituía una herencia del siglo VII (cf. arriba p. 305). Esto provocó un desasosiego interno, sobre todo a principios del siglo IX, pero supuso a largo plazo también una rehelenización de la región meridional de los Balcanes.

Si bien la política interior de la nueva dinastía mantenía los planteamientos del siglo VII, se actualiza ahora, sin embargo, la tendencia general a una sacralización de la vida y la política, como lo demostraron las bien perfiladas creencias religiosas de los soberanos durante el surgimiento y agudización de la gran crisis iconoclasta. Esta se convirtió en un nuevo peligro para el orden interno y para la cohesión del imperio bizantino, en un momento de recuperación política interna y externa. El conflicto iconoclasta, como las controversias arrianas y monofisitas, fue mucho más que una querella teológica. El movimiento penetró profundamente en la situación política y social y llevó una vez más a Bizancio al borde de la disolución

El punto de partida era un problema teológico. La imagen y el culto de las imágenes, el ornato de iglesias con mosaicos, frescos e iconos, se había convertido desde el siglo IV, precisamente en el oriente griego, en un elemento esencial de la religión popular. Los teólogos partidarios de las imágenes justifica-

ban la veneración de éstas con la encarnación de Cristo (que hacía aparecer posible y llena de sentido también la representación de su figura humana) y con la diferenciación de imagen y arquetipo; según su interpretación, en el icono era venerado Dios, no la imagen material en sí. Pero en la religión popular no existía naturalmente esa diferenciación entre imagen y arquetipo; la imagen misma era venerada como un objeto taumatúrgico y milagroso. La oposición veía, por el contrario, en la veneración de las imágenes simplemente una reminiscencia del culto pagano de los ídolos. Más tarde, a partir de Constantino V (741-775), la disputa, aunque diferenciada de las controversias cristológicas, se desenvolvió siempre en íntima relación con ellas. Bajo la premisa de una similitud esencial de la representación y lo representado, la copia de la naturaleza humana de Cristo fue declarada imposible y sacrílega. Son indiscutibles las conexiones de esta interpretación con las anteriores controversias cristológicas, pero también con las corrientes islámicas coetáneas: en el año 723, un edicto del califa Yazid II ordenó que se retirasen todas las imágenes de las iglesias cristianas.

El primer edicto formal de León III contra el culto de las imágenes data del año 726 y provocó disturbios duraderos y extensos, acompañados de excesos de fanatismo. Decisivas fueron las fuerzas que se formaron tras ambas direcciones teológicas. Los *iconódulos,* partidarios de la veneración de las imágenes, reunían en todo el imperio y especialmente en la parte occidental, a las amplias capas de la población; a las que hay que añadir una gran parte del clero y, de una manera acusada, el monacato. Los *iconoclastas,* enemigos de la veneración de las imágenes (más exactamente, «destructores de imágenes»), provenían de la casa imperial, del ejército y de determinadas regiones, sobre todo, del Asia Menor oriental, en las que subsistían sectas como la de los paulicianos o grupos minoritarios monofisitas y en donde era claramente perceptible la influencia de las doctrinas islámicas.

La disputa de las imágenes fue también, en un determinado sentido (por ejemplo, en el conflicto con el monacato y con su personalidad más influyente, Teodoro de Studión) una confrontación sobre los derechos del poder eclesiástico y del secular Pero, sobre todo, era la lucha entre la tradición helenística occidental y la oriental. Esta contraposición, que en ciertos aspectos no puede definirse en términos racionales, dormitaba bajo el barniz helenista de la región anatolio-balcánica del imperio. En el momento en que una clase dominante orientalizada intentaba imponer al imperio y a la Iglesia su concepción religio-

sa, se produjo la rebelión del elemento griego contra el desconocimiento de los orientales de la dignidad de la criatura humana. El que creyese en la encarnación del *logos*, debería considerar legítima para Cristo la representación visible de la realidad espiritual. Por esto entraron los *iconódulos* en lucha contra la iconoclastia y contra el intento de imponer en el mundo bizantino una orientalización interior de su mundo espiritual, después de haber fallado la inclusión del imperio en el mundo oriental. La decisión final fue favorable a la veneración de las imágenes. El séptimo y último concilio ecuménico, que se celebró en Nicea en el año 787, fue determinante, a pesar de una corta reacción iconoclasta en el siglo IX (813-842).

El peligro de una orientalización quedaba definitivamente eliminado. La fórmula «triunfo del helenismo» es demasiado simplista para definir lo ocurrido. El mundo sigue sufriendo un proceso de eslavización. El elemento oriental continúa siendo activo étnica y culturalmente. Pero, de la acción mutua de estas tradiciones espirituales, surge el medio cultural típicamente bizantino; la forma espiritual propia y permanente de Bizancio como imperio greco-cristiano entre Oriente y Occidente. El desenlace de la disputa de las imágenes consolida su posición mediadora peculiar entre el mundo oriental del Islam y el mundo occidental de la naciente Edad Media. La feliz solución de la crisis iconoclasta señaló el comienzo de la ascensión del imperio bizantino, bajo la dinastía de los macedonios, en el siglo X y XI, a una nueva posición de potencia mundial.

b) *Los Abasidas y el mundo islámico.*

En la segunda gran región histórica, el conjunto político islámico del califato, parece discurrir, a primera vista, el proceso de transformación de una manera mucho más superficial. En el año 750, ocupaba el lugar de la primera dinastía de los califas Omeyas, la casa dinástica de los Abasidas (cf. arriba p. 286). Damasco perdió su posición rectora a favor de la nueva capital, Bagdad, fundada por los Abasidas. Pero Bagdad no es una fundación arbitraria, expresión del capricho de una nueva casa dinástica, sino el signo de una traslación del centro de gravedad del área islámica-árabe desde Siria, centro de la vida espiritual en el reino omeya, al Irak. Tras el cambio de la dinastía y tras el traslado de la capital —que es tan poco casual como lo fue la fundación de Constantinopla—, existe un cambio fundamental de la clase dirigente y del sistema de gobierno del

califato, así como de la cultura islámica. El fundador de la nueva dinastía, Abu'l-'Abbas, era ciertamente de ascendencia árabe. Pero llegó al poder como portavoz de la oposición contra los Omeyas, de los musulmanes no árabes y también de los shiitas. El califato se convirtió en un estado supranacional. En lugar de la hermética aristocracia militar árabe, que había constituido el elemento decisivo en la estructura del reino, hace su aparición una capa dirigente mixta. Los árabes no fueron excluidos; pero la diferencia entre el musulmán, que era de ascendencia árabe, y el neoconverso fue perdiendo significación. En la nueva alta clase islámica estaban representados los pueblos más diversos del Estado abasida, aunque inicialmente predominaban, como era natural, los elementos persa-iraníes.

También la estructura estatal del califato sufrió una gran transformación en el sentido de una mayor islamización, así como de una creciente institucionalización. En el ulterior perfeccionamiento de la organización estatal ya no se tomó de modelo, como bajo los Omeyas, la estructura bizantina, sino el modelo histórico rival, la organización política de los sasánidas. Con la penetración del elemento persa en el califato se imponen las tradiciones propias del Irán y con ellas las formas preislámicas de la monarquía oriental. A este cambio de la estructura política correspondía un proceso similar en la cultura islámica. La cultura de los Abasidas que, sobre todo en sus comienzos, había dado grandes frutos, no era pura y simplemente una reminiscencia de las tradiciones iraníes. Sus elementos determinantes y el grupo social portador no procedían ya de la herencia helenístico-bizantina y del área siria. La parte oriental de la esfera de poder islámico, Persia, pero también el Irak, jugaban aquí el papel más destacado. Así se actualizan tanto las tradiciones sasánidas, como otras más antiguas, artísticas y espirituales de Mesopotamia, opuestas a los elementos bizantinos. Junto al cambio de grupo dirigente y de la organización política, junto a la misma transformación de la cultura, existía un tercer elemento de cambio en el área islámica. El universalismo de los estados plurinacionales, que había seguido con los Abasidas a la expansión de la soberanía árabe, obra de los Omeyas, comenzaba a disolverse. El surgimiento de diferenciaciones regionales estaba estrechamente unido con el nuevo orden político: con la dinastía de los Abasidas se iniciaba ya, en realidad, la desmembración del gran imperio islámico en Estados particulares. Esta evolución sólo terminaría dos siglos más tarde. Pero ya cinco años después de la subida al poder del primer abasida, España se independizó de Bagdad. 'Abd ar-Rahman I (Abderra-

mán, 756-788) creó en la Península un emirato omeya, que más tarde se separaría *de jure* del imperio islámico, mediante la fundación de su propio califato —el último heredero de este Estado, el reino moro de Granada, subsistiría hasta 1492. Este proceso de disolución, que debilita de modo creciente al mundo islámico durante los siglos IX y X, hace posible el resurgimiento de Bizancio y más tarde la empresa de las Cruzadas. El apogeo del poder político de los Abasidas, desde al-Mansur (754-775) hasta al-Watiq (842-847), coincide con el período de mayor florecimiento cultural del reino. La espléndida residencia de Bagdad se convirtió en el centro del mundo literario y científico. Aquí trabajaban traductores y eruditos, con frecuencia persas v sirios cristianos, en las obras más importantes, tanto de la ciencia griega como de la persa e india (las figuras griegas más apreciadas fueron Aristóteles, los neoplatónicos y Galeno). A través de España y Sicilia, este tesoro cultural árabe demostró ser un factor importante para la cultura medieval europea.

c) *El ascenso de los carolingios.*

La subida al poder de los carolingios en el reino franco, pareció también en el siglo VIII un cambio político más. Pero este acontecimiento señalaba el comienzo de una profunda transformación. En la esfera internacional, el reino carolingio constituía un poder unitario como no había existido en Europa occidental desde la destrucción del Imperio Romano de Occidente. La expansión de la soberanía carolingia hasta las fronteras de España, a través de la Alemania septentrional y central hasta las regiones fronterizas eslavas y, por el norte de Italia, no aportó ciertamente una unidad política a todo el espacio comprendido entre las fronteras islámica y bizantina. El papa y los duques lombardos competirían con Bizancio por la posesión de la Italia central; un gran número de pequeños reinos luchaban por la primacía en Inglaterra; Escandinavia, las regiones germanas y eslavas de la Europa central y oriental, así como las posesiones residuales cristianas en España, se habían dividido en pequeños principados. Sin embargo, surgió una unidad de Europa fundada en el común cristianismo latino, y en la presencia de una estructura social similar, pese a la gran división en zonas de soberanía locales. Que Carlomagno haya dejado a «la totalidad de Europa» en bienestar y paz, es ciertamente una exageración del cronista carolingio Nitardo[2]. Pero

el concepto de Europa en el sentido de una unidad espiritual, y no sólo geográfica, está aquí expresado correctamente.

En su estructura, el reino carolingio era modelo para los demás países de Occidente. Su sistema estaba determinado por un orden feudal. La vinculación jurídica personal entre señor feudal y vasallo, constituía el fundamento de la soberanía. La nobleza territorial llegó a ser copartícipe en la soberanía del reino, mediante la organización militar, que formaba el núcleo del vasallaje. La Iglesia fue también gestora de la administración, tras la desaparición de la institución laica. La amplia dispersión de las posesiones del rey, de la aristocracia y de los monasterios creó una vinculación personal que aseguró la cohesión del reino.

Un segundo elemento determinante para el ascenso de los carolingios fueron las innovaciones en la economía rural, que se efectuaron en los siglos VII y VIII e hicieron posible en el norte una producción más abundante y segura que en la zona mediterránea. La rotación a tres hojas con siembra de primavera, no era rentable en el clima mediterráneo con sus secos veranos; y careció de importancia al sur de los Alpes y del Loira. Pero daba progresivamente a las grandes llanuras del norte una gran ventaja económica sobre las regiones ribereñas del Mediterráneo, y las ciudades que ahora surgían y florecían vinieron a tener un respaldo económico más seguro.

A los cambios políticos iba unida una profunda transformación del mundo espiritual. Clérigos y monjes pasaron a ser los únicos portadores de la cultura, la literatura y el arte. En el movimiento espiritual del «renacimiento carolingio» se reveló una diferencia fundamental con respecto a la cultura de la época merovingia. La apropiación consciente de formas y contenidos de la Antigüedad nos muestra el hecho fundamental de que aquí la cultura clásica era considerada como algo que debía ser nuevamente renovado. Los carolingios no se sintieron ya, al contrario que los merovingios, herederos naturales de una tradición que había subsistido hasta entonces. Aspiraban a comenzar de nuevo, basándose en un modelo que se había convertido ya en algo histórico. Se trataba del renacimiento de una tradición cristiano-antigua, como lo formuló muy claramente la cabeza rectora del movimiento, Alcuino de York: «Si vuestros propósitos (los del emperador) llegan a realizarse, puede surgir en el reino franco una Atenas más espléndida que la antigua. Pues nuestra Atenas, ennoblecida por las doctrinas de Cristo, superará la sabiduría de la Academia»[3]. Pese a toda vinculación a la tradición como fuente de vida espiritual, es inconmensurable

la transformación operada con respecto al viejo mundo mediterráneo.

El «renacimiento carolingio» raramente alcanzó el ambicioso programa de Alcuino; en muchos casos, el progreso intelectual apenas superó el nivel de la escuela de gramática La cultura poseía un carácter ecléctico, que respondía a una mezcla de influencias bizantinas, merovingias y anglosajonas. Carlomagno trajo a su palacio favorito de Aquisgrán, construido para la corte imperial, a artistas y artífices, sabios y amanuenses, procedentes en su mayoría del área mediterránea. El emperador aparecía en la literatura, siguiendo los modelos clásicos, como un héroe germánico de cuño virgiliano; la residencia verdaderamente rústica de Aquisgrán era designada como la «sede de David» e incluso como una «segunda Roma». Los *scriptoria* desarrollaron una nueva y espléndida caligrafía: la «minúscula carolingia». En la miniatura de códices, que se asoció a la ilustración y a la escritura y que muestra claras influencias irlandesas y bizantinas, alcanzó el arte carolingio su punto culminante en obras como el Evangeliario de Lorsch, escrito (hacia el año 810) en caracteres de oro, por la escuela cortesana de Carlomagno.

De la arquitectura de la época, con sus iglesias de planta redonda y orientadas hacia el oeste, nos da una idea general un documento en pergamino de principios del siglo IX: el plano de la abadía de San Gall, que puede considerarse el modelo ideal de monasterio carolingio.

El testimonio más grandioso del Imperio carolingio y de su renacimiento es la capilla palatina de Aquisgrán, un edificio octogonal de planta central que incorpora elementos arquitectónicos de Rávena. Aquí, en el centro de su Imperio, coronó Carlos a su sucesor; aquí fue él mismo enterrado en el año 814 y canonizado en el 1165 por Federico Barbarroja. La capilla de palacio, monumental en su sencillez, atestigua las creaciones que pudo ofrecer el estilo carolingio más allá de todo eclecticismo. Pero atestigua igualmente la conciencia que de sí tenía el soberano, quien aparece en múltiples miniaturas e ilustraciones de libros como encarnación del monarca ideal y del buen cristiano. No era solamente el soberano del reino franco, sino también el emperador de Occidente: *imperator romanum gubernans imperium et per misericordiam Dei rex francorum et langobardorum*. Es dudoso que la idea de un restablecimiento del *Imperium Romanun* en Occidente tuviese importancia en la actuación de Carlomagno. Pero sí es cierto que la transformación interna del reino carolingio quedó completada mediante el cambio de relaciones entre el emperador y el papa, en conexión con la posición reciente

mente adquirida por la sede de Pedro. La alianza política entre el soberano franco y el Papa tuvo una honda repercusión sobre la relación entre Iglesia y poder secular durante la Edad Media

Al término de los decenios de transición, comprendidos entre los años 711 y 760, surge un nuevo mundo con tres regiones históricas: el imperio carolingio en Occidente, el califato islámico de los Abasidas en Oriente y, entre ambos, el imperio Bizantino.

Esta división tripartita disolvió definitivamente la unidad política, social y espiritual que había creado en la zona mediterránea el *Imperium Romanum Christianum* de Constantino el Grande, y que fue temporalmente reconstruido por Justiniano. Si seguimos retrospectivamente en todos los sectores de la vida de la época el constante mantenimiento de estructuras y, finalmente, su transformación, veremos que el sistema del *dominatus* en el estado y en la sociedad se manifestó mucho más duradero que la misma idea de unidad política. Es decir, perduró sobre todo el estado burocrático absolutista y centralista, con sus correspondientes estructuras económicas y sociales. Pero también en este aspecto terminan por constituirse tres nuevas formas: la constitución bizantina de los *themas,* el estado feudal carolingio y el califato abasida. Las tradiciones comunes que se mantuvieron por más tiempo fueron esencialmente culturales y religiosas. Las tradiciones artísticas mantuvieron tenazmente su influencia; el siglo VII, en muchos aspectos, supone una renovada intensificación de la influencia bizantina. Sólo más tarde se inicia la disolución de las formas tradicionales con el estilo carolingio y pre-románico, con el arte abasida, de marcada tendencia iraní, y con el renacimiento bizantino del siglo X. En el aspecto religioso, se observa una lenta y dispar decadencia de la unidad entre la Iglesia y el mundo, entre la vida política y religiosa. Es en Bizancio donde esta unidad tradicional se conserva con más fuerza; Occidente, por el contrario, manifiesta una tendencia más acusada hacia una solución dualista, que sólo llega a imponerse con la disputa de las investiduras.

¿Cuál fue, en fin, la causa determinante del derrumbamiento del mundo antiguo, del *Imperium Romanum Christianum,* que, pese a todas las dificultades provocadas por las invasiones de los bárbaros, había dado muestras de una inusitada capacidad de resistencia?

En el Occidente europeo se plantea también ese interrogante, con el claro cambio de dirección del proceso histórico que supone la transformación del reino merovingio en el imperio carolingio. Sin duda, tuvo gran peso en este fenómeno la barrera

lombarda, que separó al reino merovingio de Oriente, del inquietante mundo de los Balcanes y de los árabes. Los efectos que esta barrera ejerció en el comercio y en la economía deter- una especie de servicio diplomático de información. Las dificul- minaron el desarrollo de la agricultura, base del feudalismo, pero también la paulatina pérdida de la influencia bizantina en la cultura y la organización estatal. Este aislamiento permitió que tendencias del desarrollo social e institucional existentes desde hacía mucho tiempo pudieran actuar sin oposición alguna. La importancia social y política cada vez mayor de los señoríos rurales llevó inicialmente a un debilitamiento de la realeza, pero terminó transformando las antiguas instituciones estatales para formar un estado basado en los vínculos personales. Hubo, además, otro elemento que ejerció su influencia en este proceso: la aparición de instituciones germánicas y celtas en el reino franco y, en general, en toda la Europa septentrional. Durante el último período del reino merovingio se hizo notar con fuerza, tanto en el plano político como en el social, la preponderancia de Austrasia. El orden intelectual y religioso siguió también una evolución similar, como lo demuestra la importancia asumida en la Iglesia y en la cultura por irlandeses y anglosajones; resulta revelador a este respecto el hecho de que la idea del primado del papa fuera propagada fundamentalmente por anglosajones.

Tales explicaciones sólo pueden tener un carácter provisional, pues el problema de las causas de la transformación operada en el reino franco no está resuelto aún y sigue siendo un problema sumamente inquietante, pues en estos siglos surge Europa, ese espacio en el que, a diferencia del mundo bizantino y oriental, la razón y la voluntad determinan la actitud hacia el mundo.

Lista de Reyes

I. EMPERADORES ROMANOS (ULTIMA EPOCA) Y BIZANTINOS

289-305	Diocleciano
306-337	Constantino el Grande
337-361	Constancio II
361-363	Juliano el Apóstata
363-364	Joviano
364-375	Valentiniano I
375-378	Graciano
379-395	Teodosio I

Emperadores de Occidente después de la división del Imperio

395-423	Honorio
423-424	Juan
424-455	Valentiniano III
455	Petronio Máximo
455-456	Avito
457-461	Mayoriano
461-465	Libio Severo
467-472	Antemio
472	Olibrio
473-474	Glicerio
474-480	Julio Nepote
475-476	Rómulo Augústulo

Emperadores de Oriente después de la división del Imperio

395-408	Arcadio
408-450	Teodosio II
450-457	Marciano
457-474	León I
474-491	Zenón
491-518	Anastasio I
518-527	Justino I
527-565	Justiniano I
565-578	Justino II
578-582	Tiberio II
582-602	Mauricio
602-610	Focas

Dinastía de Heraclio

610-641	Heraclio
641-668	Constante II
668-685	Constantino IV Pogonatos
685-695	Justiniano II Rinotmetos
695-698	Leoncio
698-705	Tiberio III
705-711	Justiniano II (retorna al poder)
711-713	Filípico Bardanes
713-715	Anastasio II
715-717	Teodosio III

II. REYES SASANIDAS

224-241	Artajerjes I	399-420	Yezdegerd I
241-271	Sapor I	420-438	Bahram V
271-272	Ormazd I	438-457	Yezdegerd II
273-276	Bahram I	457-459	Ormazd III
276-293	Bahram II	459-484	Peroz
293-306	Narsés	484-488	Valas
306-309	(Varios pretendientes)	488-531	Kawadh I
		531-579	Cosroes I
309-379	Sapor II	578-590	Ormazd IV
379-383	Artajerjes II	590-628	Cosroes II Parwiz
383-388	Sapor III	628-632	Doce reyes y reinas
388-399	Bahram IV	632-651	Yezdegerd III

III. SOBERANOS ISLAMICOS

Los inmediatos sucesores del Profeta

632-634	Abu Bakr	644-656	Otman
634-644	Omar I	656-661	'Alí

Omeyas

661-680	Mu'awiya	717-720	'Omar II
680-683	Yazid I	720-724	Yazid II
683-684	(?) Mu'awiya II	724-743	Hisham
684-685	Marwan I	743-744	Al-Walid II
685-705	Abd-al-Malik	744	Yazid III
705-715	Al-Waild	744	Ibrahin
715-717	Soleimán	744-750	Marwan II

IV. REYES OSTROGODOS

493-526	Teodorico	540-541	Hildibaldo
526-534	Atalarico	541	Erarico
534-536	Teodato	541-553	Totila
536-540	Vitiges	553	Teya

V. REYES VISIGODOS (ESPAÑA)

466-484	Eurico	610-612	Gundemaro
484-507	Alarico II	612-621	Sisebuto

506-526 Teodorico y Amalarico
526-531 Amalarico (solo)
531-548 Teudis
548-549 Teudigiselo
549-554 Agila
554-567 Atanagildo
568-572 Liuva I
568-586 Leovigildo
586-601 Recaredo I
601-603 Liuva II
603-610 Witerico
621 Recaredo II
621-631 Suintila
631-636 Sisenando
636-640 Chintila
640-642 Tulga
642-652 Chindasvinto
653-672 Recesvinto
672-680 Wamba
680-687 Ervigio
687-701 Egica
701-709 Vitiza
709-711 Rodrigo

VI. REYES VANDALOS (AFRICA)

428-477 Genserico
477-484 Hunerico
484-496 Guntamundo
496-523 Trasamundo
523-530 Hilderico
530-534 Gelimer

VII. REYES LOMBARDOS

568-572 Alboino
572-574 Clef
584-590 Autario
590-616 Agiulfo
616-626 Adaloaldo
626-636 Arialdo
636-652 Rotario
652 Rodoaldo
652-661 Ariberto I
661-662 Godeberto
Pertarito
662-671 Grimialdo
671-688 Pertarito (retorna al poder).
688-700 Cuni
700 Luiberto
700-712 Ariberto II
712 Asbrando
713-744 Liutprando
744 Hildebrando
744-749 Rachi
749-756 Astolfo
756-774 Desiderio

VIII. REYES MEROVINGIOS

481-511 Clodoveo I
511-534 Teodorico I
534-548 (?) Teodoberto I
548-555 Teodobaldo
511-524 Clodomiro
511-558 Childeberto I
558-561 Clotario I
633/4-656 Sigiberto III
656-660/62 Dagoberto II
660-661/62 Childeberto, hijo de Grimoaldo.
640-657 Clodoveo II
657-673 Clotario III
662-675 Childerico II

561-567	Cariberto I
561-592	Gontrán
561-575	Sigiberto I
575-595	Childeberto II
595-612	Teodoberto II
595-613	Teodorico II
613	Sigiberto II
561-584	Chilperico I
584-629	Clotario II
623-638	Dagoberto I
629-632	Cariberto II
675-676	Clodoveo, hijo de Clotario III
673-690	Teodorico III
690-695	Clodoveo III
695-711	Childeberto III
711-715	Dagoberto III
715-721	Chilperico II
718-719	Clotario IV
721-737	Teodorico IV
737-743	*Interregno*
743-752	Childerico III

Notas

[1] NITHARD, *Historiae*, I, 1: «Karolus (...) omnen Europam omni bonitate repletam reliquit».

[2] A. J. TOYNBEE, *A Study of History*, vol. I, 7.ª ed. Londres, 1956, pp. 39, 62.

[3] Perspectiva sobre el problema de la delimitación cronológica en K. F. STROHEKER, *Germanentum und Spätantike*. Zürich-Sttutgart, 1965, pp. 275-308; P. E. HUBINGER, *Spätantike und frühes Mittelalter*. Darmstadt 1962; una visión histórica más amplia S. MAZZARINO, *La fine del mondo antico*. Milán, 1959.

[4] El problema planteado por J. HALLER («Der Eintritt der Germanen in die Geschichte», en *Reden und Aufsätze zur Geschichte und Politik*. Stuttgart, 1941, p. 35) no ha sido aún resuelto: «La invasión de los bárbaros [...] no traza una clara línea de separación entre los diversos períodos. Por el contrario, debemos acostumbrarnos a mirar los siglos del mundo antiguo tardío, de la Roma tardía y de la instalación de los germanos hasta Carlomagno y sus epígonos, como una unidad». Pero, incluso cuando se ha intentado entender aquellos tiempos como una época de transición, continuaron subsistiendo, aunque de forma más refinada y mejor construida, los dos viejos modos de entender el problema: como *Fin du monde antique et début du moyen âge*, en F. LOT; como continuación de la antigüedad romana en H. PIRENNE (y, análogamente, como agonía de los elementos de la Antigüedad tardía hasta finales del siglo VIII, en L. HALPHEN, o como última fase de la Antigüedad tardía, en K. F. STROHEKER) o, al contrario, como «formación del mundo occidental» en CH. DAWSON, W. C. BARK o C. DESLILE BURNS. Formas similares de pensamiento se encuentran también presentes en la historiografía de Bizancio, cuando se interpreta la época de los siglos IV al VII, como periodo de lento surgimiento de «Bizancio» (como en L. BRÉHIER, *Vie et mort de Byzance*. París, 1947; o B. RUBIN en: *Propyläen Weltgeschichte*, vol. IV, Berlín, 1963, p. 607).

No por ello disminuye el mérito de interpretaciones tan sugestivas como la de DAWSON o MOSS (para quien esta época representa «uno de los problemas centrales de la historia europea»; cf. *Econ. Hist. Rev.*, 7, 1937, p. 209). Pero aunque aquí se alcanza un mayor grado de equilibrio al referirse también a Bizancio y el Islam, la perspectiva elegida ha de destacar forzosamente la línea directa que conduce a la Edad Media. También BURNS, a quien se deben excelentes observaciones, ve en la «crisis del sistema romano, que ha dejado de ser flexible», el camino que lleva a la «primera Europa» (este mismo punto de vista aparece también en la instructiva obra colectiva preparada por LYNN WHITE, *The transformation of the Roman World*, Berkeley, 1966; cf., a título de ejemplo, las pp. 179, 204, 248, 301), sin que se plantee el problema de la posible existencia de un tipo peculiar de civilización intermedia absorbida por la barbarie germánica.

En BARK se aprecia claramente el peligro que supone considerar este periodo en función de la Alta Edad Media; su aguda rivalidad con Pirenne le lleva a supervalorar los elementos disgregadores del periodo romano-tardío, elementos que por supuesto son valorados positivamente en su teoría. La tesis de H. Pirenne, según la cual el imperio no fue ni destruido ni barbarizado por la invasión de los germanos y la *Romania* se conservó como un área económica y cultural que sólo fue destruida por la invasión islámica, al interrumpir ésta todo intercambio comercial entre Oriente y Occidente, ha sido violentamente discutida. Las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años han aportado elementos a favor y en contra de esta tesis, así como de la formulada en su tiempo por Gibbon (una buena selección, muy orientadora en este aspecto, es: A. F. HARVIGHURST, *The Pirenne thesis. Analysis, criticism and revision*, Boston, 1958; numerosas referencias bibliográficas sobre el desarrollo de la polémica hasta Bark). Las teorías de historia económica de Pirenne quedan corregidas o refutadas en sus puntos más esenciales: las repercusiones económicas de la expansión islámica no fueron tan terribles y graves como para ser consideradas la única causa de este proceso. Ello, sin embargo, no significa que sea errónea la visión fundamental de Pirenne, según la cual las tradiciones romano-tardías sólo desaparecen en el siglo VII con los merovingios (y no con los visigodos). «Las pruebas reunidas con gran celo (por los críticos de Pirenne)... no dicen nada ante el importantísimo hecho histórico ignorado por ellos de que pueblos y países de la cuenca mediterránea hayan forjado una unidad mucho antes... y que esta unidad haya sido destruida tan sólo en el siglo VII por la expansión árabe. Naturalmente, no se puede obligar a ver cosas tan elementales a quienes no tienen ojos para verlas... La tesis de Pirenne queda completada si se recuerda que el avance de los eslavos por el otro extremo de Europa acabó por romper los lazos que unían a Oriente y Occidente. Arabes y eslavos llevaron a cabo conjuntamente una gran transformación del mundo» (H. DANNENBAUER, *Die Entstehung Europas*, t. II, Stuttgart, 1962, p. 339). La crítica masiva de BARK, que acepta las razones más importantes derivadas de los estudios sobre las técnicas agrícolas de Lynn White) es también, en el fondo, una exaltación del aspecto nacional-estatal basada en las categorías liberal-burguesas de M. ROSTOVZEFF: una interpretación del periodo, como la época del surgimiento de la libertad y de la democracia en Occidente.

5 K. F. STROHEKER, ibidem (nota 3), p. 118.

6 Precisamente es en este momento el que ha hecho que se aplique al período, junto al aspecto de la decadencia y al nacimiento de un nuevo mundo, el punto de vista de la gran crisis; de la gran transformación considerada como un hecho típico en el que surgen fuerzas y agrupaciones fundamentales del discurrir histórico. Ya J. BURCKHARDT vio en el encuentro de viejos e importantes elementos del mundo antiguo con las nuevas y dinámicas fuerzas, el estadio en el que «la acción lenta y prolongada de las grandes potencias mundiales» se convirtió en un «proceso acelerado», que sacó a la luz la crisis, latente hasta entonces (*Weltgeschichtliche Betrachtungen*, dirigida por J. OERI, Berlín-Stuttgart, 1910, p. 160). Naturalmente, quien aún define este periodo como *una* gran crisis, parte de un punto de vista histórico extraordinariamente limitado y dramatiza erróneamente la situación.

[1] TERTULIANO, *De anima*, 30.

[2] CIPRIANO, *Ad Demetrianum*, 3 ss.

[3] Casi todos los datos demográficos relativos a la Antigüedad son inseguros, a causa de la falta de toda fundamentación estadística. En este caso nos servimos de indicios relativamente seguros de un descenso, como se desprende del empequeñecimiento de la superficie de las ciudades en esta época.

[4] *Edictum Diocletiani de pretiis*, S. I., p. 1 y ss. (*Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL), III, 3, 824).

[5] AURELIO VICTOR, *De Caesaribus*, 37, 5.

[6] También es éste el momento en que la desvalorización de viejos títulos lleva a la creación de otros nuevos —el *vir gloriosus*, bajo Justiniano, y, finalmente, el *gloriosissimus*.

[7] ULPIANO en: *Digesta*, I, 12, 1, 12. Apenas ha sido tratado de una manera completa este oscuro aspecto de la época imperial, a excepción de CH. G. STARR, *Civilisation and the Caesars*. Ithaca (N. Y.), 1954.

[8] AMIANO MARCELINO, 28, 1, 16: «*tortorem et vincula somniabat et deversoria tenebrarum*».

[9] El sistema de la *capitatio-iugatio* es aún discutido en muchos de sus pormenores. Una panorámica de las tesis generales se encuentra en R. RÉMONDON, *La crise de l'Empire Romain*, París, 1954, pp. 287-292.

[10] LACTANCIO, *De mortibus persecutorum*, 23.

[11] AMIANO MARCELINO, 21, 10, 8.

[12] EUSEBIO, *Vita Constantini*, II, 24.

[13] LACTANCIO, *De mortibus persecutorum*, 48, 2.

[14] JERÓNIMO, *Vita Malchi*, 1 (MIGNE, *Patrologia latina*, XXIII, 55).

[15] F. GREGOROVIUS, *Athen und Athenais*, Dresden, 1927, p. 27.

[16] GREGORIO DE NISA, *Oratio de Deitate Filii et Spiritus Sancti* (MIGNE, *Patrologia Graeca*, 47, p. 557).

[17] AMBROSIO, *Epistolae*, 24, 4, 5; *De Incarnatione*, 4, 32

[18] ATANASIO, *De morte Arii*, 3, 3.

[19] AMIANO MARCELINO, XXI, 16, 18.

[20] JERÓNIMO, *Epistolae*, 130, 14; véanse 52, 10; 58, 7.

[21] La declinante cultura pagana ha sido tratada aquí más pobremente que en ninguna otra parte (cf. la reciente obra de J. VOGT, *Der Niedergang Roms*, Zürich, 1965, pp. 258 y ss.). No se discute su papel de fermento para la nueva cultura cristiana; pero merece mayor atención por nuestra parte el estudio de los nuevos elementos de la vida espiritual.

[22] OPTATO DE MILEVE, III, 4; AGUSTÍN, *Enarrationes in psalmos*, 10, 5; *Epistolae*, 108, 8.

[23] AMIANO MARCELINO, XXII, 5, 4.

[24] JERÓNIMO, *Epistolae*, 46, 9; AMBROSIO, *Epistola*, 22, 1 y ss.; PRUDENCIO, *Peristephanon*, VI, 132, 135.

[25] TERTULIANO, *Apologeticus*, 38.

[26] TERTULIANO, *De Idolatria*, 18, 17; *De pallio*, 5.

[27] Cf. AGUSTÍN, *De civitate Dei*, 18, 46, 53; 4, 4; 19, 24; 18, 22; 15, 5; 19, 26.

[28] HERODIANO, VII, 3, 3.

[29] *Edictum Diocletiani*, ibidem (nota 4), I, pp. 10-12.

[30] LACTANCIO, *De mortibus persecutorum*, 23, LIBANIO, *Contra Florentium*, 472; SALVIANO, *De gubernatione Dei*, IV, 30.

[31] *Codex Theodosianus*, 11, 16, 18 (390).

[32] SALVIANO, *De gubernatione Dei*, IV, 30.

[33] *Cod. Theod.*, 12, 1, 63 (370).

34 LACTANCIO, *De mortibus persecutorum*, 7.
35 *Cod. Theod.*, 14, 3, 8 ((365).
36 *Cod. Theod.*, 12, 1, 146 (395); 14, 3, 11 (365); 12, 1, 144 (395).
37 Sobre la cuestión controvertida de la extensión de la divisa de oro, cf. las recientes publicaciones de R. LATOUCHE, *Les origines de l'economie occidentale*, París, 1956, pp. 21 y ss.; J. GAGE, *Les classes sociales dans l'empire romain*, París, 1964, pp. 342 y ss.
38 PLINIO, *Nat. hist.*, 18, 35.
39 La medida de la vuelta a las formas de economía natural (y en estrecha relación con ésta el grado de regresión en Occidente) ha sido sobreestimada por razones fácilmente comprensibles por autores como E. STEIN, F. LOT, E. DEMOUGEOT y, recientemente, W. S. BARK, en *Origins of the Medieval World*, Nueva York, 1960, pp. 46 y ss., 51-54, 71-73, 89. Falta aún una elaboración sistemática de todos los datos existentes.
40 Cf. R. PARIBENI, en: *Le dimore dei «potentiores»* «Mitt. des dr. arch. Instituts», Römische Abt., 55 (1940), pp. 131 y ss. Para los mosaicos figurativos de Africa, cf. M. ROSTOVTZEFF, *Gesellschaft und Wirtschaft im Römischen Kaiserreich*, t. II, Heidelberg, sin fecha, pp. 372 y ss.
41 *Cod. Theod.*, 5, 17, 1 (333).
42 *Cod. Theod.*, 7, 22, 3 (331); 7, 22, 1 (319); 12, 1, 58 (364); 13, 1, 59 (364); 12, 1, 149 (395); 14, 2, 4 (412); 14, 3, 5 (364); *Codex Justinianus*, XI, 51; *Cod. Theod.*, 16, 3, 9 (349).
43 SALVIANO, *De Gubernatione Dei*, IV, 30-35.
44 *Cod. Theod.*, 12, 1, 187 (436).
45 AUCTOR, *Peri Hypsous*, 44, 3.
46 JUAN CRISÓSTOMO, *Homiliae in Math*, 50; SALVIANO, *De gub. Dei*, V, 36-37, 43-45.
47 CLAUDIANO, 24, 150-159.
48 AMIANO MARCELINO, 22, 5, 2.
49 *Epitome de Caesaribus*, 47, 5.
50 AMIANO MARCELINO, 22, 16, 19.
51 *Contra Constantium Imperatorem*, 8.
52 *Cod. Theod.*, 16, 1, 2 (380).
53 AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, X, 10.
54 AMIANO MARCELINO, 23, 5, 19.
55 CLAUDIANO, *III Cons. Honor.*, 96 y ss.

CAPITULO II

1 ZÓSIMO, 4, 59, 3.
2 ORIENCIO, *Commonitorium*, 2, 184.
3 *Cod. Theod.*, 7, 8, 5 (398).
4 *Cod. Theod.*, 9, 40, 24 (419).
5 OROSIO, *Adv. P.*, VII, 43, 4-7.
6 SIDONIO APOLINAR, *Carm.*, 12, 6 y ss.
7 CLAUDIANO, 21, 222-223; 26, 52-56.
8 RUTILIO NAMACIANO, *De reditu suo*, 1, 140.
9 SALVIANO, *De gub. Dei*, IV, 30-31; V, 31-36; 33-37.
10 SIDONIO APOLINAR, *Ep.*, 7, 14, 10; 8, 2, 2; *Carmen*, 23, 13.
11 AGUSTÍN, *Sermo Caill.*, 2, 92, 2; cf. *Sermo* 81, 9.
12 PRUDENCIO, *Contra Symmachum*, 2, 662; 3, 658 y ss.
13 JERÓNIMO, *Ep.*, 126, 3; 123, 16, 17; 128, 5.
14 E. MEYER, *Kleine Schriften*, t. I, 2.° ed. Halle, 1924, p. 160.
15 M. ROSTOVTZEFF, *Geschichte der alten Welt*, t. II, Leipzig, 1942, p. 460; A. PIGANIOL, *L'empire chrétien*. París, 1947, p. 422. Son innumerables las obras que tratan el problema de la decadencia (*one is*

inclined to the uncharitable suspicion that some scholars have been attracted to this period for the very reason that it yields a minimum of hard data to inhibit their soaring hipotheses, C. WARREN HOLLISTER en: *The transformation of the Roman World,* publicado por LYNN WHITE JR., Berkeley, 1966, p. 180). Una buena visión de conjunto sobre la discusión se encuentra en PIGANIOL, ibidem, pp. 411 y ss. A. H. M. JONES, *The later Roman Empire,* t. II. Oxford, 1964, pp. 1025 y ss.; *Decline and Fall of the Roman Empire,* publicado por KAGAN, Boston, 1966. Cf. también las sustanciosas argumentaciones de W. C. BARK, *Origins of the Medieval World,* Nueva York, 1960. Para la tesis sobre el empeoramiento del clima a causa de la sequía (E. HUNTINGTON, *Civilisation and Climate,* 3.º ed., New Haven, 1924) falta igualmente todo dato seguro, así como para la explicación biológica de la «extinción de los mejores» (O. SEEK, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt,* t. I, 4.ª ed., Stuttgart, 1921, pp. 269 y ss.), o de la «enfermedad del mundo antiguo» (F. KAPHAN, *Zwischen Antike und Mittelalter,* Munich, sin fecha). A. E. R. BOAK estudia la causa principal de la despoblación (junto a aspectos sociales y económicos) en: *Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire in the West.* Ann Arbor, 1955; pero no puede probarse aún que el retroceso demográfico tuviera caracteres catastróficos (cf. a este respecto también M. I. FINLEY, en *Journal of Roman Studies,* 48, 1958, pp. 156 y ss.). Exponente de una explicación marxista fuertemente deductiva es F. W. WALBANK, *The Decline of the Roman Empire in the West,* Londres, 1946; mucho más razonable es E. M. STAERMAN, *Die Krisis der Sklavenhalterordnung im Westen des Römischen Reiches.* Berlín, 1967. El papel jugado por los conflictos políticos interiores y por las decisiones militares fallidas es destacado por W. SESTON en *Propyläen Weltgeschichte,* t. IV, Berlín, 1963, pp. 553 y ss., o en R. M. HAYWOOD, *The Myth of Rome's Fall.* Nueva York, 1958; la acción de los germanos es cuidadosamente analizada por A. PIGANIOL, ibidem, o por P. COURCELLE, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques,* 3.ª ed., París, 1964. Por el papel decisivo jugado por la decadencia abogan, entre otros, M. ROSTOVTZEFF (ibidem; cf. también Cap. I, nota 40); M. WEBER, «Soziale Gruende des Untergangs der antiken Kultur», en *Gesammelte Aufsaetze zur Wirtschaft- und Sozialgeschichte.* Tubinga, 1924; CH. DAWSON, *Die gestaltung des Abendlandes.* Frankfurt, 1961 cf. p. 61: «El hecho de la caída del Imperio [...] se hubiera [...] producido lo mismo, de no haber ocurrido la invasión de los bárbaros); J. VOGT, *Der Niedergang Roms,* Zurich, 1965; H. DANNENBAUER, *Die Entstehung Europas,* 2 vols., Stuttgart, 1959, 1963; F. LOT, *La fin du monde antique et le début du moyen âge,* 2.ª ed. París, 1951. Interesante, aunque no del todo convincente, es el intento de C. BARK (ibidem) de interpretar la decadencia como renacimiento (cf. Introducción, nota 4).

16 Sobre el condicionamiento a su tiempo de cada una de las tesis cf. especialmente S. MAZZARINO, *La fine del mondo antico.* Milán, 1959. Juega también un papel esencial en el enjuiciamiento del problema la fuente más importante que se ha usado, como ocurre en el caso de BARK (Salviano) o de HAYWOOD (Amiano).

17 Sobre los datos demográficos, cf. J. C. RUSSEL, «Late Ancient and Medieval Population», en: *Transact. Am. Philos. Soc.,* 48, 3 (1958), pp. 71 y ss.

18 El enjuiciamiento de la situación real económica, sobre todo en Occidente, sigue siendo una cuestión muy discutida. Lo que sigue coincide en lo esencial con A. H. M. JONES, ibidem (cf. nota 15), que mantiene también una posición muy equilibrada en la cuestión de las causas de la decadencia.

[19] SALVIANO, *De gub. Dei*, VI, 8, 39 y ss.; SIDONIO APOLINAR, *Carmen*, 23, 59 y ss.

[20] Más cuestionable es, como supone A. MOMIGLIANO («Christianity and the Decline of the Roman Empire», en: *Te conflict between Paganism and Christianity in the Fouth Century*. Oxford, 1963, pp. 1 y ss.), que la influencia de la Iglesia haya contribuido a la disminución de la capacidad defensiva. Ciertamente existe una extraña interrelación entre la acción estabilizadora de la doctrina eclesiástica en el estado y la sociedad y el debilitamiento simultáneo, provocado por la dedicación a la Iglesia de la parte más activa y creadora de de la población, que deja de este modo de prestar servicio al imperio. Pero por el momento no puede determinarse si este proceso fue más fuerte en Oriente o en Occidente.

[21] Cf. J. MASPERO, *Histoire des Patriarches d'Egypte*. París, 1923, p. 37, nota 1; J. P. MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*, t. VI, pp. 1029 y ss. Graz, 1960.

[22] *Acta Conciliorum Oecumenicorum*, I, 4, pp. 25, 34.

[23] PEDRO DE ALEJANDRÍA, *Patrologia Orientalis*, I, pp. 445 y ss.

[24] *The Rhythms of Ephrem the Syrian*, traducido por J. B. MORRIS, Oxford Library of the Holy Catholic Church, pp. 95, 102. Oxford, 1847.

[25] LEÓN I, *Ep.*, 162, 2; GELASIO, *Tomus de Anathematis vinculo* (MIGNE, *Patrologia Latina*, 59, 102).

[26] JUAN DAMASCENO, *Dialectica*, prol. 5.

[27] GREGORIO TAUMATURGO, *Agradecimiento a Origenes*, 13.

[28] JERÓNIMO, *Ep.*, 22, 30.

[29] TERTULIANO, *De Prescriptione*, 7 *Apolegeticus*, 46.

[30] Cf. D. TALBOT RICE, *Morgen des Abendlandes*. Munich, 1965, p. 10.

CAPITULO III

[1] E. GIBONN, *The history of the decline and fall of the Roman Empire* (publicado por J. B. Bury), Londres, 1896, t. IV, p. 226.

[2] PROCOPIO, *Anekdota*, 10, 11; 15, 1 y ss.

[3] PROCOPIO, *Anekdota*, 12, 4.

[4] PROCOPIO, *De aedificis*, L, 1, 6-7.

[5] PROCOPIO, *Anekdota*, 13, 28; véase 8, 12 y ss.; 12, 26 y ss. 30, 21 y ss.

[6] JORDANES, *Getica*, 28.

[7] PABLO SILENCIARIO, *Descriptio St. Sophiae*, 232 y ss.

[8] *Scriptores originum Constantinopolitarum* (publicado por T. PREGER), I, 105.

[9] PROCOPIO, *De aedif.*, L, 1, 8-11.

[10] *Novellae*, 8 (16), 10, 2.

[11] Palabras pronunciadas por Teodora, según PROCOPIO, *Bell. Pers.* I, 24, 33 y ss.

[12] *Novellae*, 8 (16), 8; 28 (31), 5.

[13] *Novellae*, 8 (16), 10.

[14] JUAN LIDO, *De magistratibus*, III, 70.

[15] COSMAS, *Cosmographia Christiana*, II (MIGNE, *Patrologia Graeca*, 88, 116).

[16] *Corpus Juris Civilis*, I, 5; 12, 5 (527).

[17] *Novellae*, 33 (54), introd.

[18] CASIODORO, *Variae*, I, 1, 3.

[19] CIL, X, 6850.

[20] A. GRAF STAUFFENBERG, *Das Imperium und die Völkerwanderung*, Munich, sin fecha, p. 142.

[21] GREGORIO DE TOURS, *Historiae*, III, 30.

[22] GREGORIO, *Hist.*, IV, 38; cf. ISIDORO DE SEVILLA, *Historia Gothorum*, 51: «A los más nobles y poderoso les mataba o despreciaba, enviándoles al destierro».

[23] Sobre la frontera lingüística, cf. G. KURTH, *La frontière linguistique en Belgique et dans le nord de la France*, t. II. Bruselas, 1896, 1898; E. GAMILLSCHEG, *Romania Germanica*, t. I, Berlín, 1934; «Germanische Siedlung in Belgien und Nordfrankreich», en *Abh., Akad.* Berlín, 1937, n.º 12; E. SALIN, *La Civilisation Mérovingienne*, t. I, París, 1949.

[24] GREGORIO, *Hist.*, VI, 46.

[25] GREGORIO, *Hist.*, II, 37.

[26] GREGORIO, *Hist.*, VII, 37, 46.

[27] ANTIMO, «Epistula d'observatione Ciborum» (en: *Corpus Medicorum Latinorum*, publicado por LIECHTENHAIN, 2.ª ed. Berlín, 1963), 14; 36; 80; 81.

[28] K. F. STROHEKER, «Die Geschichtliche Stellung der Ostgermanenstaaten am Mittelmeer», en: *Germanentum und Spätantike*. Zurich-Stuttgart, 1965, pp. 106 y ss. El problema multifacético del carácter antiguo-tardío o medieval de los estados germánicos es tratado aquí de la manera más equilibrada.

[29] TEOFILATO, IV, 10, 11.

[30] *Novellae*, 30, 11, 2.

[31] ISIDORO DE SEVILLA, *Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi*, XI, *Chronica minora*, II, 479.

CAPITULO IV

[1] TEÓFANES, *Ad annum* , 6127; MICHAEL SIRO, *Chron.*, XI, 7, 420 y ss.

[2] Cf. G. OSTROGORSKY, *Geschichte des Byzantinischen Staates*, 3.ª ed. Munich, 1963, p. 85, nota 3.

[3] Sobre la constitución de los *themas*, cf. A. VASILIEV, *History of the bizantine Empire*, tomo I, Madison, 1958, pp. 226-229; W. ENSSLIN en: *Cambridge Medieval History*, t. IV, 2, Cambridge, 1967, pp. 37-29.

[4] Corán, 6, 163.

[5] Cf. G. E. de GRUNEBAUM, «Der Islam», en: *Propyläen Weltgeschichte*, t. V, Berlín, 1963, p. 47, cuya opinión sigo también en otros puntos.

[6] IBN 'ABD AL-HÁKAN, p. 82; cf. P. K. HITTI, *History of the Arabs*, 7.ª ed. Londres, 1961, pp. 164 y ss.

[7] BELADSORI, *Liber expugnationum regionum* (publicado por M. J. DE GOEJE), 137 El papel del sentimiento antiortodoxo al producirse la conquista de las provincias orientales es cuestión disputada, sobre todo al faltar casi completamente fuentes contemporáneas. Cf. H. ST. L. B. MOSS, *The birth of the Middle Ages*. Londres, 1935, p. 150; VASILIEV, ibidem (nota 3), pp. 208 y ss.; S. RUNCIMAN, *A history of the Crusades*, t. I, Cambridge, 1957, pp. 5 y ss., 20 y ss.; más reservado por el contrario A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire*, t. II, Oxford, 1964, p. 1024; M. LICHTHEIM, «Autonomy versus unity in the Christian East», en: *The transformation of the Roman World*. Berkeley, 1966, pp. 138-141.

[8] Corán, 9, 29.

[9] IBN JALDUN, *Muqqadimah*, I, 273 (cf. 274 y ss., 295), traducido por F. ROSENTHAL.

[10] Cf. HITTI, ibidem (nota 6), 340 y ss., 256.

[11] TEÓFANES, *Chron.*, 678.

[12] Se discute sobre cuál fue el momento en que apareció el *Nomos Georgikos*; cf. más en detalle este problema en VASILIEV, ibidem (nota 3), pp. 244-26; OSTROGORSKI, ibidem (nota 2), p. 75, nota 10. Aunque el código sólo fue recopilado bajo León III o incluso más tarde, sus prescripciones se refieren en su mayor parte a la época de fines del siglo VII.

[13] Cf. también a este respecto S. VRYONIS, «Hellas Resurgent», en: *Transformation of the Roman World* (cf. nota 7), pp. 104, 112 y ss.

[14] ISIDORO DE SEVILLA, *Hist. Gothorum*, 54.

[15] JUAN DE BICLARO, *Ad annum*, 590, 1.

[16] Cuarto Concilio de Toledo, canon 75 (MANSI [véase cap. II, nota 21], X, 637 y ss.).

[17] Octavo Concilio de Toledo, canon 30 (MANSI [véase cap. II, nota 21], X, 1224).

[18] De entre la amplia literatura relativa a los orígenes del feudalismo, cf. M. BLOCH, *Les caractères origineaux de l'histoire rurale française*, 4.ª ed. París, 1964; del mismo, «The Rise of Dependent Cultivation and Seigniorial Institutions», en: *Cambridge Economic History*, t. I, 2.ª ed. Cambridge, 1966, pp. 235 y ss.; F. L. GANSHOF, *Was ist das Lehenswesen?* Darmstadt, 1961;- contribuciones ulteriores de diferentes autores en: *Settimane di studio del centro italiano di studi sull' alto medievo*, t. I: «I problemi de la civiltà carolingia». Spoleto, 1954. Referido especialmente al papel de los visigodos en el sur de Francia, A. DOPSCH, «Benefizialwesen und Feudalitaet», en *Mitteilungen des Instituts fuer Oesterr. Geschichtsforschung*, 46 (1932), pp. 13 y ss.; C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *En torno a los orígenes del feudalismo*, 3.ª ed., Mendoza, 1942; y un resumen de la presente situación de las investigaciones puede encontrarse en K. F. STROHEKER, ibidem (cap. III, nota 28), pp. 126 y ss.

[19] *Monumenta Germaniae Historica*, cap. I, n. 9. El intento de R. SPRANDEL, «Struktur und Geschichte des merovingischen Adels», en: *Hist. Zeitschr.*, 193 (1961), especialmente pp. 62 y ss., de interpretar el edicto como medida para limitar el poder de la nobleza, no convence.

[20] FREDEGARIO, IV, 60, desde el punto de vista de Austrasia.

[21] Sobre el «carácter subromano» de la administración merovingia, cf. J. M. WALACE HADRILL, *The Long-Haired Kings*. Londres, 1962, pp. 1 y ss. Sobre el cambio operado en el cargo de *comes*, cf. R. SPRANDEL, «Dux und Comes in der Merowingerzeit», en: *Zeitsch. d. Savigny-Stiftung f. Rechtsgesch*, Departamento de Germanística, 74 (1957), pp. 41 y ss.; D. CLAUDE, «Untersuchungen zum frühfraenkischen Comitat». Ibidem, 81 (1964), pp. 1 y ss.

[22] Cf. M. BLOCH, en: *Cambridge Econ. Hist.*, t. I (cf. nota 18), p. 290.

[23] La importancia y las consecuencias de esta «regresión» son fuertemente controvertidas desde que H. Pirenne, en contraposición a A. Dopsch, hizo de la irrupción del Islam la causa de la regresión económica, condicionada por el bloqueo de las rutas comerciales ultramarinas; regresión que sería a su vez la causa más importante de la transformación del Estado y de la sociedad en el reino merovingio (y de esta manera del paso a la Edad Media). Esta argumentación, unilateralmente histórico-comercial, se ha mostrado ya insostenible, aunque la tesis conserva su validez en un contexto histórico más amplio (cf. intr. nota 4); A. F. HARVIGHURST ofrece una visión de conjunto en: *The Pirenne thesis*, Boston, 1958, especialmente pp. 58 y ss.; 84 y ss. El comercio con Bizancio no desapareció en el siglo VIII, aunque disminuyó considerablemente.

[24] Cf. LYNN WHITE Jr., *Medieval Technologie and Social Change*, Oxford, 1962, especialmente pp. 39 y ss.; R. LEFEBVRE DES NOETTES, *L'Attelage et le cheval de selle à travers des âges*, París, 1931; A. HAUDRICOURT, «De l'origine de l'Atelage moderne», en *Annales*, 8 (1936), pp. 515 y ss.; E. M. JOPE, «Vehicles and Harness», en: *A History of Technology*, t. II, Oxford, 1956, pp. 538 y ss.; R. PARAIN, «The Evolution of agricultural Technique», en: *Camb. Econ.* Hist., t. I (cf. nota 18), pp. 125 y ss.; F. BENOIT, *Histoire de l'outillage rural et artisanal*. París, 1947. W. C. BARK (cap. II, nota 15) ha construido su tesis de la «reverse revolution» en los siglos IV y V sobre estos resultados (ibidem, p. 122).

[25] Cf. H. PIRENNE, *Mahomet und Karl der Grosse*, Frankfurt, 1963, pp. 110-112, 142 y ss.

[26] *Vassio Leodegarii*, 7 (*Monumenta Germaniae Historica, Scriptores rerum meroving.*, V, 289).

[27] PABLO DIÁCONO, *Historia Langobardorum*, III, 35.

[28] Cf. H. ST. L. B. MOSS, *The Birth of the Middle Ages*. Londres, 1935, p. 214.

[29] PABLO DIÁCONO, *Hist. Lang.*, IV, 22.

[30] *Monumenta Germaniae Historica*, Leges, IV, 196.

CAPITULO V

[1] G. E. von GRUNEBAUM, «Der Islam», en: *Propyläen Weltgeschichte*, t. V, Berlín, 1963, p. 71.

[2] NITARDO, *Historiae*, I, 1.

[3] MIGNE, *Patrologia Latina*, 100, ep. 86, p. 282.

Bibliografía

INTRODUCCIÓN: LA LEYENDA DE LAS «DARK AGES»

BARK, W. C.: *Origins of the Medieval World*, Stanford, 1958.
BREHIER, L.: *Le monde byzantin*, 3 vols. París, 1947-1950.
BURNS, C. D.: *The first Europe (400-800)*. Londres, 1947.
BURY, J. B.: *History of the Later Roman Empire from the Death Theodosius I to the Death of Justinian*, 2 vols. Londres, 1923.
THE CAMBRIDGE ECONOMIC HISTORY OF EUROPE, t. I.: *The agrarian life of the Middle Ages*, 2.ª ed., Cambridge, 1966; t. II: *Trade and Industry in the Middle Ages*, Cambridge, 1952; t. III: *Economic Organizations and Politics in the Middle Ages*, 2.ª ed., Cambridge, 1963.
CAMBRIDGE MEDIEVAL HISTORY, t. IV: *The Byzantine Empire*, 2.ª ed., 1966-67.
DANNENBAUER, H.: *Die Entstehung Europas*, 2 vols., Stuttgart, 1959-1962.
DAWSON, C.: *The Making of Europe*, Londres, 1936.
DEANESLY, M.: *A History of Early Medieval Europe*, 476-911, 2.ª ed., Nueva York, 1956.
DIEHL, CHR. y G. MARÇAIS: *Le Monde oriental de 395 à 1081*. París, 1936.
GIBBON, E.: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. Londres, 1776-1778 (publicado nuevamente por J. B. Bury, Londres, 1896-1900).
HALPHEN, L.: *Les Barbares*, 5.ª ed. París, 1948.
JONES, A. H. M.: *The Later Roman Empire*, 3 vols. Oxford, 1964.
— *The Decline of the Ancient World*, Nueva York, 1966 (ed. abreviada del título precedente).
KATZ, S.: *The Decline of Rome and the Rise of Medieval Europe*, Ithaca (N. Y.), 1955.
KORNEMANN, E.: *Weltgeschichte des Mittelmeerraums*, 2.ª ed. Munich, 1967.
LOT, F.: *La Fin du monde antique et le début du moyen âge*, 2.ª ed. París, 1951.
LOT, F., L. GANSHOF y C. PFISTER: *Les Destinées de l'Empire en Occident de 395 à 888*, París, 1928 (*Histoire Générale*, II, 1, 1).
MANN, G. y A. NITSCHKE (editores): *Propyläen Weltgeschichte*, t. V. Berlín, 1963.
MOSS, H. St. L. B.: *The Birth of the Middle ages*, Londres, 1935.
OSTROGORSKY, G.: *Geschichte des byzantinischen Staates*, 3.ª ed. Munich, 1963.
PIRENNE, H.: *Mahomet et Charlemagne*, Bruselas, 1937.
REMONDON, P.: *La Crise de l'Empire romain*, París, 1964.
SEECK, O.: *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, 3.ª ed. Berlín, 1920-1921.
Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sul Alto Medioevo, IX: *Il passagio dall'antichità al Medioevo in Occidente*, Spoleto, 1962.
STEIN, E.: *Histoire du Bas-Empire*, 2 vols. París, 1949-1959.
TALBOT RICE, D. (editor): *Morgen des Abendlandes*, Munich, 1965.
VOGT, J.: *Der Niedergang Roms*, Zurich, 1965.

VASILIEV, A. A.: *History of the Byzantine Empire, 324, 1453*, 2.ª ed. Madison, 1958.

WALLACE-HADRILL, J. M.: *The Barbarian West, 400-1000 A. D.*, 2.ª ed. Londres, 1957.

AUBIN, H.: *Vom Altertum zun Mittelalter*, Munich, 1949.

BOEHNER, K.: «Die Frage der Kontinuität zwischen Altertum und Mittelalter im Spiegel der fränkischen Funde des Rheinlandes». *Trierer Zeitschrift*, 19 (1950), pp. 82-106.

DOPSCH, A.: *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen Kulturentwicklung*, 2.ª ed. Viena, 1923-1924.

FUHRMANN, M.: «Die lateinische Literatur der Spätantike. Ein literarhistorischer Beitrag zum Kontinuitätsproblema». *Antike und Abendland*, 13 (1967), pp. 56-79.

HARTMANN, L. M.: *Ein Kapitel vom Spätantike und frühmittelalterlichen Staat*. Stuttgart, 1913.

HARVIGHURST, A. F.: *The Pirenne Thesis, Analysis, Criticism and Revision*, Boston, 1958.

HÜBINGER, P. E.: *Spätantike und frühes Mittelalter*, Darmstadt, 1962.

LYNN WHITE, JR. (editor): *The Transformation of the Roman World*. Berkeley, 1966.

STROHEKER, K. F.: «Um die Grenze zwischen Antike und abendländischen Mittelalter», en: *Germanentum und Spätantike*, Zurich-Stuttgart, 1965, pp. 275-308.

CAP. I: IMPERIUM ROMANUM CHRISTIANUM

I. *El viejo mundo del Imperium Romanum: Imperio y crisis imperial en el siglo III.*

CAMBRIDGE ANCIENT HISTORY: t. XII, Cambridge, 1939.

CHRISTENSEN, A.: *L'Iran sous les Sassanides*, 2.ª ed. Copenhague, 1944.

GIRSHMAN, R.: *Iran, Parther und Sassaniden*, Munich, 1962.

POPE, A. U. (editor): *A Survey of Persian Art*, 5 vols. Londres, 1958.

WALSER, G. y TH. PEKÁRY: *Die Krise des römischen Reiches*, Berlín, 1962.

WIDENGREN, G.: *Iranische Geisteswelt von den Anfängen bis zum Islam*, Baden-Baden, 1961.

II. *Nuevas formas de vida: Absolutismo y cristianismo.*

BERCHEM, D. v.: *L'Armée de Dioclétien et la réforme constantinienne*, París, 1952.

BURCKHARDT, J.: *Die Zeit Constantins des Grossen*, publicado por B. Wyss, Berna, 1950.

GAUDEMET, J.: *L'Église dans l'Empire Romain, IV-V siècles*, París, 1958.

GREENSLADE, S. L.: *Church and State from Constantine to Theodosius*, Londres, 1954.

MOMIGLIANO, A. (editor): *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford, 1963.

PIGANIOL, A.: *L'Empire chrétien (325-396)*, París, 1947.

SESTON, W.: *Dioclétien et la tétrarchie*, t. I. París, 1946.

STARR, Ch. G.: *Civilization and the Caesars*, Ithaca (N. Y.), 1954.

VOGT, J.: *Constantin d. Gr. und sein Jahrhundert*, 2.ª ed. Munich, 1960.

III. *Igesia y cristiandad.*

ALTANER, B. y A. STUIBER: *Patrologie,* 7.ª ed. Friburgo, 1966.
CAMPENHAUSEN, H. v.: *Griechische Kirchenväter,* 4.ª ed. Stuttgart, 1967.
— *Lateinische Kirchenväter,* 2.ª ed. Stuttgart, 1965.
DANIELOU, J. y H. J. MARROU: *Nouvelle Histoire de l'église. I: Des Origines à Grégoire le Grand,* París, 1963.
FLICHÉ, A. y V. MARTIN: *Histoire de l'église,* t. 2-6. París, 1943-49.
FREND, W. H. C.: *The Donatist Church,* Oxford, 1952.
GRABAR, A.: *Martyrium. Recherches sur le culte des reliques et l'art chértien antique,* París, 1946.
HEUSSI, K.: *Der Ursprung des Mönchstums,* Tubinga, 1963.
LABRIOLLE, P. de: *Histoire de la littérature latine chrétienne,* 2 vols. 3.ª ed. París, 1947.
— *La Réaction païenne,* 2.ª ed. París, 1950.
LEROY, J.: *Moines et monastères d'Orient,* París, 1958.
LIETZMANN, H.: *Geschichte der Alten Kirche,* 4 vols. 3.ª ed. Berlín, 1961.
PETERSON, E.: *Der Monotheismus als politisches Problem,* Leipzig, 1935.
PUECH, A.: *Hsitoire de la littérature grecque chrétienne,* 3 vols. París, 1928-1930.
QUASTEN, J.: *Patrology,* 3 vols. Utrecht, t. I, 1950; t. II, 1953; t. III, 1960.
RABY, F. J. E.: *A History of Christian Latin Poetry to the Close of the Middle Ages,* 2.ª ed. Oxford, 1953.
SCHNEIDER, C.: *Geistesgeschichte des antiken Christentums,* 2 vols. Munich, 1954.
THOMPSON, E. A.: *The Historical Work of Ammianus Marcellinus,* Cambridge, 1947.
BETTINI, S.: *L'arte alla fine del mondo antico,* Padua, 1948.
LAURENT, M.: *L'Art chrétien des Origines à Justinien,* Bruselas, 1964.
MOREY, C. R.: *Early Christian Art.* Princeton, 1942.
SWIFT, E. H.: *Roman Sources of Christian Art,* Nueva York, 1951.
VOLBACH, W. F., y M. HIRMER: *Frühchristliche Kunst,* Munich, 1948.

IV. *La sociedad del Imperium Romanum Christianum: Economía y orden social.*

CHARLESWORTH, M. P.: *Trade-Routes and Commerce of the Roman Empire,* 2.ª ed. Cambridge, 1926.
COLLINET, P.: *Le Colonat dans l'Empire romain,* Bruselas, 1937.
DOWNEY, G.: *A History of Antioch in Syria.* Princeton, 1961.
FRANK, T. (editor): *An Economic Survey of Ancient Rome,* t. I-IV. Baltimore, 1933-1940.
GAGÉ, J.: *Les classes sociales dans l'Empire romain,* París, 1965.
GAUDEMENT, J.: *La formation du droit séculier et du droit de l'Église aux IV et V siècle,* París, 1957.
HARMAND, L.: *Le patronat sur les collectivités publiques des origines au bas empire,* París, 1957.
HEICHELHEIM, F.: *Wirtschaftsgeschichte des Altertums,* Leiden, 1938.
HONIG, R.: «Humanitas und Rhetorik in spätrömischen Kaisergesetzen». *Göttinger Rechtswissenschaftliche Studien,* 30. Gotinga, 1960.
LATOUCHE, R.: *Les origines de l'économie occidentale,* París, 1956.
LEIPOLDT, J.: *Der soziale Gedanke in der altchristlichen Kirche,* Leipzig, 1952.
MACMULLEN R.: *Enemies of the Roman Order,* Cambridge (Mass.), 1967.
L'ORANGE, H. P.: *Art Forms and Civic Life in the Later Roman Empire,* Princeton, 1965.
LOT, F.: *Nouvelles recherches sur l'impôt foncier et la capitation personnelle sous le Bas Empire,* París, 1955.

MAZZARINO, S.: *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma, 1951.
MICKWIT, G.: *Geld und Wirtschaft im Römischen Reich des 4. Jahrhunderts*, Helsinki, 1932.
— *Die Kartellfunktionen der Zünfte*, Helsinki, 1936.
ROBERTIS, F. M. de: *Lavoro e lavoratori nel mondo romano*, Bari, 1963.
ROSTOVZEV, M.: *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 2.ª ed. Londres, 1957.
WHITE, K. D.: *Agricultural Implements of the Roman World*, Cambridge, 1967.
WIEACKER, F.: *Recht und Gesellschaft in der Spätantike*, Stuttgart, 1964.

V. *El Imperio y las nuevas potencias.*

ALFÖLDI, A.: *A Conflict of Ideas in the Late Romane Empire*, Oxford, 1952.
CAMPENHAUSEN, H. v.: *Ambrosius von Mailand als Kirchenpolitiker*, Berlín, 1929.
DALLMAYR, H.: *Die grossen vier Konzilien. Nicaea, Constantinopél, Ephesus, Chalcedon*, Munich, 1961.
HIHTOIRE DES CONCILES OECUMENIQUES, editado bajo la dirección de G. Dumeige, t. I: «Nicée et Constantinople», par J. Ortiz de Urbina; t. II: «Ephèse et Chalcédoine», par P. Th. Camelot. París, 1964.
KING, N. Q.: *The Emperor Theodosius and the Establishment of Christianity*, Londres, 1961.
LIPPOLD, A.: *Theodosius d. Gr. und seine Zeit*, Stuttgart, 1968.

CAP. II: LA LUCHA DEL IMPERIO POR SU EXISTENCIA: LA CRISIS DEL SIGLO V

II. *Rasgos fundamentales de la política interior: Emperadores fantasmas y camarillas.*

DEMOUGEOT, E.: *De l'unité à la division de l'empire romain (395-410)*, París, 1951.
MAZZARINO, S.: *Stilicone*, Roma, 1942.
SIRAGO, V. A.: *Galla Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente*, Lovaina, 1961.

III. *El Imperio y la invasión de los bárbaros.*

ALTHEIM, F., y H. W. HAUSSIG: *Die Hunnen in Osteuropa*, Baden-Baden, 1958.
COURCELLE, P.: *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, 3.ª ed. París, 1964.
DIESNER, H. J.: *Der Untergang der Römischen Herrschaft in Nordafrika*, Weimar, 1964.
GORDON, C. D.: *The Age of Attila. Fifth Century Byzantine and the Barbarians*, Michigan, 1960.
HOMEYER, H.: *Attila, der Hunnenkönig, von seinen Zeitgenossen dargestellt*, Berlín, 1951.
LATOUCHE, R.: *Les Grandes Invasions et la crise de l'Occident au V siècle*, París, 1946.
LOT, F.: *Les Invasions barbares et le peuplement de l'Europe*, 2 vols. París, 1937.
LOYEN, A.: *Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule aux derniers jours de l'Empire*, París, 1943.
MUSSET, L.: *Les Invasions. I: Les vagues germaniques; II: Le second assaut contre l'Europe chrétienne*, París, 1965.

SCHENK v. STAFFENBERG, A.: *Das Imperium und die Völkerwanderung*, Munich, s. a.
STEVENS, C. E.: *Sidonius Apollinaris and his Age*, Oxford, 1933.
THOMPSON, E. A.: *A History of Attila and the Huns*, Oxford, 1948.
WERNER, J.: «Beiträge zur Archäologie des Attila-Reiches», en: *Abhandlg der Bayr. Akad. der Wissenschaften*, phil-hist. Kl., 38 (1956).

IV. *Las causas de la caída de Occidente.*

BAYNES, N. H.: «The Decline of Roman Power in Western Europe. Some Modern Explanation», en: *Journal of Roman Studies*, 33 (1943) pp. 29-35.
BOAK, A. E. R.: *Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire in the West*. Ann Arbor, 1955.
CHAMBERS, M. (editor): *The Fall of Rome: Can It Be Explained?* Nueva York, 1953.
DILL, S.: *Roman Society in the Last Century of the Western Empire*, 2.ª ed. Nueva York, 1958.
HAYWOOD, R. M.: *The Myth of Rome's Fall*, Nueva York, 1958.
JOHNSON, A. CH., L. C. WEST: *Byzantine Egypt*. Princeton, 1949.
KAGAN, D. (editor): *Decline and Fall of the Roman Empire. Why did it collapse?* Boston, 1963.
MAZZARINO, S.: *La fine del mondo antico*, Milán, 1959.
RUGGINI, L.: *Economia e società nell'Italia annonaria*, Milán, 1961.
SAUNDERS, J. J.: «The Debate on the Fall of Rome». *History*, 48 (1963), pp. 1-17.
STECCHINI, L. C.: «The Historical Problem of the Fall of Rome», en: *Journal of General Education*, 5 (1950-51), 57-88.
WALBANK, F. W.: *The Decline of the Roman Empire in the West*, Londres, 1946.

V. *Iglesia y cultura en el siglo V.*

BLANDRET, E.: *Humanisme et Christianisme. Ausone et Saint Paulin de Nole*, Burdeos, 1954.
CHABOT, J.-B.: *Littérature syriaque*, París, 1934.
CHADWICK, N. K.: *Poetry and Letters in Eearly Christian Gaul*, Londres, 1955.
COCHRANE, CH. N.: *Christianity and Classical Culture. A Studi of Thought and Action from Augustus to Augustine*, 2.ª ed. Oxford, 1944.
FERGUSON, J.: *Pelagius. A Historical and Theological Study*, Cambridge, 1956.
FRENCH, R. M.: *The Eastern Orthodox Church*, Londres, 1951.
FORTIN, E. L.: *Christianisme et culture philosophique au cinquième siècle*, París, 1959.
GRILLMEIER, A., y H. BACHT (eds.): *Das Konzil von Chalkedon*, 3 vols. Würzburg, 1951-1953.
HAGENDAHL, F.: *Latin Fathers and the Classics*, Göteborg, 1958.
JUGIE, M.: *Theologia dogmatica christianorum orientalium*, 5 vols., 1926-1931.
LAISTNER, M. L. W.: *Christianity and Pagan Culture in the Later Roman Empire*, Nueva York, 1951.
MAIER, F. G.: *Augustin und das antike Rom*, Stuttgart, 1955.
MARROU, H.-J.: *St. Augustin et la fin de la culture antique*, 4.ª ed. París, 1958.
SELLERS, R. V.: *The Council of Chalcedon. A Historical and Doctrinal Survey*, Londres, 1953.
SHERRARD, PH.: *The Greek East and the Latin West. A Study in the Christian Tradition*, Oxford, 1959.

CAP. III: RENOVATIO IMPERII: EL SIGLO DE JUSTINIANO (518-610).

I. *Justiniano y su época.*

BAYNES, N. H., y H. ST. L. B. MOSS: *Byzantium. An Introduction to East Roman Civilization*, Londres, 1948.
DOWNEY, G.: *Constantinople in the Age of Justinian*, Oklahoma, 1960.
DVORNIK, F.: «The Circus Parties at Byzantium», en *Byzantina Metabyzantina*, I (1946), pp. 119-133.
RUBIN, B.: *Das Zeitalter Justinians*, t. I. Berlín, 1960.
SCHUBART, W.: *Justinian und Theodora*, Munich, 1943.
URE, P. N.: *Justinian and his Age*, Harmondsworth, 1951.
VASILIEV, A. A.: *Justin the First. An Introduction to the Epoch of Justinian the Great*, Cambridge (Mass.), 1950.

BECK, H. G.: *Kirche und theologische Literatur im Byzantinischen Reich*, Munich, 1959.
BOVINI, G.: *I monumenti antichi di Ravenna*, Milán, 1952.
CROWFOOT, J. W.: *Early Churches in Palestine*, Londres, 1941.
DALTON, O. M.: *Byzantine Art and Archaelogy*, Nueva York, 1961 (1911).
DEMUS, O.: *Byzantine Mosaic Decoration. Aspects of the Monumental Art in Byzantium*, Londres, 1948.
EBERSOLT, J.: *Les arts somptuaires de Byzance*, París, 1923.
GRABAR, A.: *La Peinture byzantine*, Ginebra, 1953.
HAMILTON, J. A.: *Byzantine Architecture and Decoration*, 2.ª ed. Londres, 1932.
HAUSSIG, H. W.: *Kulturgeschichte von Byzanz*, Stuttgart, 1959.
IVANKA, E.: *Hellenisches und Christliches im frühbyzantinischen Geistesleben*, Viena, 1948.
LEMERLE, D.: *Le Style byzantin*, París, 1948.
PEIRCE, H., y R. TYLER: *L'Art byzantin*, 2 vols. París, 1932-1934.
RUBIN, B.: *Prokopios von Kaisarea*, Stuttgart, 1956.
SCHWEINFURTH, P.: *Die byzantinische Form, ihr Wesen u. ihre Wirkung*, 2.ª ed. Maguncia, 1954.
TALBOT RICE, D.: *The Art of Byzantium*, Londres, 1959.

II. *Status Imperii.*

BARKER, E.: *Social and Political Thought in Byzantium from Justinian to the Last Palaeologus*, Londres, 1957.
BOULNOIS, L.: *La Route de la soie*, París, 1963.
HARDY, E. R.: *The Large Estates of Byzantine Egypt*, Nueva York, 1931.
HEYD, W.: *Geschichte des Levantehandels im Mittelalter*, 2 vols. Stuttgart, 1879.
HUSSEY, J. M.: *Church and Learning in the Byzantine Empire*, Londres, 1937.
KARAYONOPOULOS, J.: *Das Finanzwesen des frühbyzantinischen Staates*, Munich, 1958.
McCRINDLE, J. W.: *The Christian Topography of Cosmas*, Londres, 1897.
ROUILLARD, G.: *La vie rurale dans l'Empire byzantin*, París, 1953.
RUNCIMAN, S.: «Byzantine Trade and Industry», en: *Cambridge Economic History of Europe*, t. II, 1952.

III. *El nuevo mundo político: Estados mediterráneos durante el siglo VI.*

HODGKIN, T.: *Italy and her Invaders, A. D. 376-814*, 8 vols. Oxford, 1880-1899 (I-IV en 2.ª ed., 1892-1896).
LAISTNER, M. L. W.: *Thought and Letters in Western Europe, 500-900*, 2.ª ed. Londres, 1957.
SCHMIDT, L.: *Geschichte der deutschen Stämme bis zum Ausgang der Völkerwanderung*, 2.ª ed. Munich, 1941.
SETTIMANE DI STUDIO del Centro Italiano di Studi sul Alto Medioevo. III. *I Goti in Occidente*, Spoleto, 1956.
STROHEKER, K. F.: *Germanentum und Spätantike*, Zurich-Stuttgart 1965.

COURTOIS, Chr.: *Les Vandales et l'Afrique*, París, 1955.
COURTOIS, C., L. LESCHI, C. PERRAT y C. SAUMAGNE: *Tablettes Albertini. Actes privées de l'époque Vandale*, París, 1966.
DIESNER, H.-J.: *Das Vandalenreich*, Stuttgart, 1966.
SCHMIDT, L.: *Geschichte der Wandalen*, 2.ª ed. Munich, 1942.

ABERG, N.: *Die Goten und Langobarden in Italien*, Uppsala, 1923.
ENSSLIN, W.: *Theoderich d. Gr.*, 2.ª ed. Munich, 1959.
FUCHS, S.: *Kunst der Ostgotenzeit*, Berlín, 1944.
MOMIGLIANO, A.: «Cassiodorus and the Italien Culture of this Time», en *Proceedings of the British Academy*, 41 (1955), pp. 218-245.

ABERG, N.: *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit*, Uppsala, 1922.
LACARRA, J. M.: *Il tramonto della Romanità in Hispania*, Madrid-Roma, 1961.
MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España, III: España visigoda*, Madrid, 1940.
PALOL, P. De, y M. HIRMER: *Spanien, Kunst des frühen Mittelalters*, Munich, 1965.
SCHLUNK, H.: *Arte visigodo. Historia Universal del Arte Hispánico*, II. Madrid, 1947.
ZEISS, H.: *Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*, Berlín, 1934.

BERGENGRUEN, A.: *Adel und Grundherrschaft im Merowingerreich*, Wiesbaden, 1958.
BODMER, J. P.: *Der Krieger der Merowingerzeit und seine Welt*, Zurich, 1957.
BUCHNER, R.: *Die Provence in merowingischer Zeit*, Stuttgart, 1933.
DILL, S.: *Roman Society in Gaul in the Merovingian age*, Londres, 1926.
EWIG, E.: *Die fränkischen Teilungen und Teilireiche (511-613)*, Wiesbaden, 1953.
GAMILLSCHEG, E.: *Romania Germanica*, 3 vols. Berlín, 1934-1936.
HOFBAUER, S.: *Die Ausbildung der grossen Grundherrschaften im Reiche der Merowinger*, Leipzig, 1927.
PATZELT, E.: *Die fränkische Kultur und der Islam*, Baden, 1932.
PETRI, F.: *Zum Stand der Diskussion über die fränkische Landnahme und die Entstehung der germanisch-romanischen Sprachgrenze*, Darmstadt, 1954.
SALIN, E.: *La Civilisation mérovingienne d'après les sépultures, les textes et le laboratoire*, 4 vols. París, 1949-1959.
SPRANDEL, L.: *Der merowingische Adel und die Gebiete östlich des Rheins*, Friburgo, 1957.
STENGERS, J.: *La Formation de la frontière linguistique en Belgique ou de la legitimité de l'hypothèse historique*, Bruselas, 1959.

WALALCE-HADRILL, I. M.: *The Long-Haired Kings*, Londres, 1959.
WARTBURG, W. v.: *Umfang und Bedeutung der germanischen Siedlung in Nord-Gallien im 5. und 6. Jahrhundert im Spiegel der Sprachen und der Ortsnamen*, Berlín, 1950.

IV. *Recuperatio Imperii: ideología y realidad.*

CHASSIN, L. M.: *Bélissaire, généralissime byzantin (504-565)*, París, 1957.
DIEHL, C.: *L'Afrique byzantine*, 2 vols. París, 1896.
HONIGMANN, E.: *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071*, Bruselas, 1935.
NERSESSIAN, C. DER: *Armenia and the Byzantine Empire*, Cambridge (Mass.), 1945.

V. *La desintegración del sistema justinianeo.*

DVORNIK, F.: *The Slavs: Their Early History and Civilization*, Boston, 1956.
GOUBERT, P.: *Byzance avant l'Islam*, 2 vols. París, 1951-1965.
KOLLANTZ, A.: «Die Awaren», en: *Saeculum*, 5 (1954), pp. 129-178.
LEMERLE, P.: «Invasions et migrations dans les Balkans», en *Revue Historique*, 211 (1954), pp. 265-308.
LIPSIC, E. E.: *Byzanz und die Slaven*, Weimar, 1951.
MORAVCSIK, G.: *Byzantinocturcica*, 2.ª ed. Budapest, 1958.

VI. *Las tribulaciones de Occidente.*

BREZZI, P. S.: *Leone Magno*, Roma, 1947.
CASPAR, E.: *Geschichte des Papsttums*, t. I y II. Tubinga, 1930-1934.
HALLER, J.: *Das Papsttum*, t. I. Stuttgart, 1934.
JEAN-NESMY, C.: *Saint Benoît et la vie monastique*, París, 1959.
LINDSAY, T. F.: *St. Benedict, his life and Work*, Londres, 1950.
ULLMANN, W.: *The Growth of Papal Government in the Middle Ages*, Londres, 1955.
WERNER, J.: *Die Langobarden in Pannonien*, Munich, 1962.

CAP. IV: EL DESPERTAR DE ORIENTE: EL SIGLO DE LA CONQUISTA ARABE-ISLAMICA

I. *Lucha defensiva y reforma del Estado en Bizancio hasta el año 631.*

BARISIC, H.: «Le Siège de Constantinople par les Avares et les Slaves en 626», en: *Byzantion*, 24 (1954), pp. 371-395.
KARAYANNOPOULOS, J.: *Die Entstehung der byzantinischen Themenordnugn*, Munich, 1959.
LÓPEZ, R. S.: «The Role of Trade in the Economic Readjustment of Byzantium in the Seventh Century», en: *Dumbarton Oaks Papers*, 13 (1959), pp. 67-85.

II. *Surgimiento y expansión de una nueva potencia: Dar al-Islam.*

BROCKELMANN, C.: *Geschichte der islamischen Völker und Staaten*, 2.ª ed. Munich, 1943.
CAETANI, L.: *Annali dell'Islam*, 10 vols. Milán, 1905-1926.
CRESWELL, K. A. C.: *Early Muslim Architecture*, 2 vols. Oxford, 1932-1940.

GIBB, H. A. R.: *Mohammedanism: An Historical Survey*, 2.ª ed. Londres, 1953.
GLÜCK, H., y E. DÍEZ: *Die Kunst des Islam*, Berlín, 1925.
GRUNEBAUM, G. E. v.: *Medieval Islam. A Study in Cultural Orientation*, 2.ª ed. Chicago, 1953.
HARDY, E. R.: *Christian Egypt. Church and People. Christianity and Nationalism in the Patriarchate of Alexandria*, Nueva York, 1952.
HITTI, PH. K.: *History of the Arabs*, 7.ª ed. Londres, 1961.
LAMMENS, H.: *Études sur le siècle des Ommayades*, Beirut, 1930.
LEVY, R.: *An Introduction to the Sociology of Islam*, 2.ª ed. Cambridge, 1959.
LEWIS, B.: *The Arabs in History*, Londres, 1950.
PARET, R.: *Mohammed und der Koran*, Stuttgart, 1957.
PHILBY, H. St. J. B.: *The Background of Islam, being a Sketch of Arabian History in Pre-Islamic Times*, Alejandría, 1947.
SPULER, B.: *Geschichte der islamischen Länder* (Handbuch der Orientalistik, t. VI), Leiden, 1952-1953.
WATT, W. M.: *Muhammad*. Oxford, 1961.

III. *Bizancio a la defensiva.*

CHARANIS, P.: «Ethnic Changes in the Byzantine Empire in the Seventh Cenutry», en: *Dumbarton Oaks Papers*, 13 (1959), pp. 23-44.
EICKHOFF, E.: *Seekrieg und Seepolitik zwischen Islam und Abendland.*
HODGSON, F. C.: *The Early History of Venice (to A. D. 1204)*, Londres, 1901.
LEWIS, A. R.: *Naval Power and Trade in the Mediterranean, A. D. 500-1100*, Princeton, 1951.
RUNCIMAN, S.: *A History of the First Bulgarian Empire*, Londres, 1930.

IV. *Los Estados de Occidente.*

ABERG, N.: *The Occident and the Orient in the Art of the Seventh Century*, 3 vols. Estocolmo, 1943-1947.
SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *En torno a los orígenes del feudalismo*, 3 vols. Mendoza, 1942.

FONTAINE, J.: *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne visigothique*, 2 vols. París, 1959.
HILLGARTH, J. N.: «The East, Visigothic Spain and the Irish», en: *Studia Patristica*, IV (1961), pp. 442-456. Berlín, 1961.
KATZ, S.: *The Jews in the Visigothic and Frankish Kingdoms of Spain and Gaul*, Cambridge (Mass.), 1937.

BLOCH, M.: *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française*, 4.ª ed. París, 1964.
GANSHOF, F. L.: *Étude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au moyen âge*, París, 1943.
— *Was ist das Lehenswesen?* Darmstadt, 1961.
GRIERSON, P.: «Commerce in the Dark Ages: A Critique of the Evidence», en: *Transact. Royal History Soc.*, 5th series, 9 (1959).
HAUCK, K.: «Von einer Spätantiken Randikultur zum karolingischen Europa», en: *Frühmittelalterliche Studien*, 1 (1967), pp. 3-93.
JANKUHN: *Haithabu. Ein Handelspaltz der Wikingerzeit*, 4.ª ed. Neumünster, 1963.
LEFEBVRE DES NOETES, R.: *L'Attelage et le cheval de selle à travers les âges*, 2 vols. París, 1931.
LYNN WHITE, JR.: *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962.

RICHÉ, P.: *Education et culture dans l'Occidente barbare, VI et VIII siècle*, París, 1962.
SPRANDEL, R.: «Struktur und Geschichte des merowingischen Adels», en: *Histor. Zeitscher.*, 193 (1961), pp. 33-71.
WERNER, J.: «Fernhandel und Naturalwirtschaft im östlichen Merowingerreich nach archäologischen und numismat. Zeügnissen». *Bericht der Röm. - Germ. Kommission*, XLII (1961), pp. 307-346.
ZOLLNER, E.: «Die politische Stellung der Völker im Frankenreich», *Veröffentlichungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung*, 13 (1950).

DIEHL, CH.: *Études sur l'administration byzantine de Ravenne (568-751)*, París, 1888.
LUZZATTO, G.: *Storia economica d'Italia*, t. I, Roma, 1949.
SCHAFFRAN, E.: *Geschichte der Langobarden*, Berlín, 1938.
WERNER, J.: «Langobardischer Einflus in Süddeutschland während des 7. Jahrhunderts im Lichte archäologischer Funde», en: *Atti del I Congresso di studi Langobardi*, Spoleto, 1951, pp. 521-524.

BUTLER, C.: *Benedictine Monachism*, 2.ª ed. Londres, 1924.
DEANESLEY, M.: *A History of the Medieval Church, 590-1500*, 8.ª ed. Londres, 1958.
DUDDEN, F. H.: *Gregory the Great*, 2 vols. Londres, 1905.
SCHMITZ, PH.: *Histoire de l'ordre de S. Benoît*, t. I, 2.ª ed. París, 1948.
SETTIMANE DI STUDIO del Centro Italiano di Studi sul Alto Medioevo, IV: *Il monachesimo nell'alto medioevo e la formazione de la civiltà occidentale*, Spoleto, 1957.

BIELER, L.: *Irland. Wegbereiter des Mittelalters*, Olten, 1961.
BLAIR, P. H.: *Roman Britain and Early England, 55 B. C. - A. D. 871*, Edinburgo, 1963.
CRAWFORD, S. J.: *Anglo-Saxon Influence on Western Christendom, 600-800*, Oxford, 1933.
DILLON, M. (editor): *Early Irish Society*, Dublín, 1954.
DUCKETT, E. S.: *Anglo-Saxon Saints and Scholars*, Nueva York, 1948.
GREENAWAY, G. W.: *Saint Boniface*, Londres, 1955.
HENRY, F.: *Early Christian Irish Art*, Dublín, 1954.
— *L'Art Irlandais*, 3 vols. *L'Abbaye Sainte-Marie de la Pierre-Qui-Vire*, 1963-1964.
PAOR, M. DE, y L. DE: *Early Christian Ireland*, Londres, 1958.
WHITELOCK, D.: *The Beginnings of English Society*, Harmndsworth, 1952.
WILSON, D. M.: *The Anglo-Saxon*, Londres, 1960.

CAP. V: LA TRANSFORMACION DEL MUNDO MEDITERRANEO A COMIENZOS DEL SIGLO VIII

BLOCH, M.: *La société féodale*, 2 vols. París, 1939-1940.
BOUTRUCHE, R.: *Seigneurie et féodalité*, París, 1959.
BUCHNER, R.: *Die römischen und die germanischen Wesenzüge der neuen politischen Ordnung des Abendlandes*, Spoleto, 1958.
CURTIUS, E. R.: *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948.
DENNET, D. C.: «Pirenne and Muhammad», en: *Speculum*, 23 (1948), pp. 165-190.
EBERSOLT, J.: *Orient et Occident*, 2.ª ed. París, 1954.
GRABAR, A.: *L'Iconoclasme byzantin: dossier archéologique*, París, 1957.
HATPHEN, L.: *Charlemagne et l'Empire carolingien*, París, 1947.

MARTIN, E. J.: *History of the Iconoclast Controversy*, Londres, 1930.
LAISTNER, M. L. W.: *The Intellectual Heritage of the Early Middle Ages*, Ithaca (N. Y.), 1957.
LÓPEZ, R.: «Mohammed and Charlemagne: a Revision», en: *Speculum*, 18 (1943), pp. 14-38.
RIJSING, A.: «The Fate of Henri Pirenne's Thesis on the Consequences of de Islamic Expansion», en: *Classica et Medievalia*, 13 (1952), pp. 87-130.

Indice alfabético

Indice de figuras

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI



impreso en editorial andrómeda, s. a.
av. año de juárez 226-local c/col. granjas san antonio
del. iztapalapa-09070 méxico, d. f.
dos mil ejemplares y sobrantes
28 de mayo de 1986

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.

Consta de 34 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

